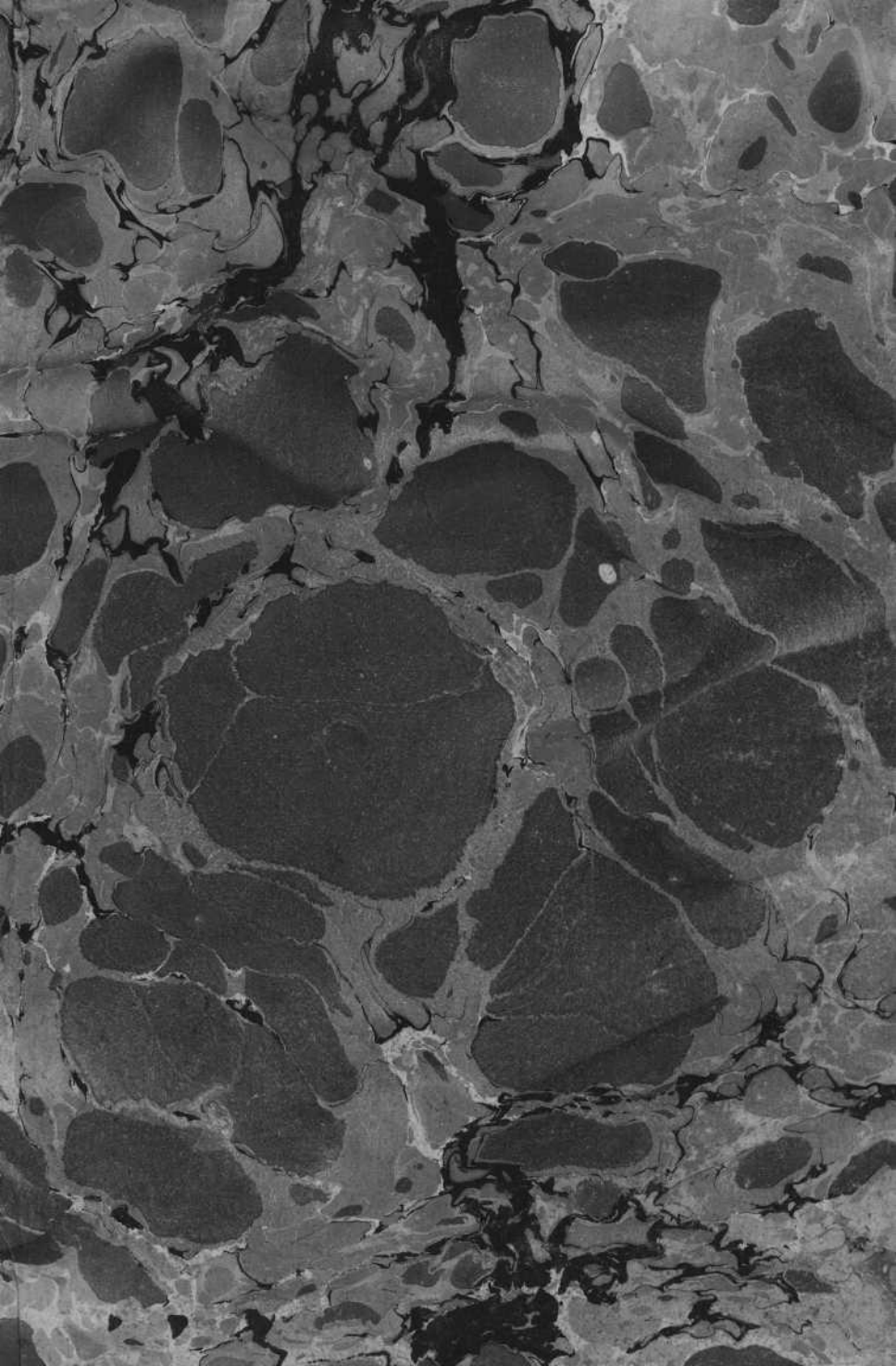
100374



R-4356

PLÁTICAS DOMINICALES,

QUE EL ILMO SEÑOR

DON JOSEF CLIMENT,

OBISPO DE BARCELONA,

PREDICÓ

EN LA IGLESIA PARROQUIAL

DE SAN BARTOLOMÉ

DE LA CIUDAD DE VALENCIA

DE QUE FUÉ PÁRROCO.

TOMO III.

Se reimprimen de cuenta y á beneficio del Colegio ó Casa de Huérfanos de Castellon de la Plana, fundado por S. S. I.

NM 88
NE 87
R 89

SEGUNDA IMPRESION.
BARCELONA: EN LA OFICINA DE BERNARDO PLA.
MDCCXCIX.

INDICE

DE LAS PLÁTICAS.

TOMO III.

PLÁTICA LXXXIV. *Dom. VII. post Pentec.* La devocion verdadera es la interior; y la devocion sólida está bien ordenada, Pág. 1.

LXXXV. La hipocresía es injuriosa á Dios, y perniciosa al próximo, 10.

LXXXVI. Se descubren dos especies de hipocresía: carnal, y espiritual. 19.

LXXXVII. *Dom. VIII. post Pentec.* El desapego de San Cayetano á los bienes terrenos; y su solicitud en recoger los bienes espirituales, 29.

LXXXVIII. La verdadera prudencia consiste en aprovechar todas las ocasiones que Dios nos facilita para salvarnos; y el malograrlas es una imprudencia y ceguedad deplorable, 38.

LXXXIX. Quán terrible es la justicia de Dios contra los que emplean los bienes que les ha dado, en ofensa suya, 48.

XC. *Dom. IX. post Pentec.* Lo que hacemos contra Dios resistiendo á sus auxilios; y lo que Dios hace contra nosotros en castigo de haberlos resistido, 58.

XCI. La fineza y ternura con que Dios nos ama: la pena y violencia con que nos dexa; y la severidad y rigor con que nos castiga, 69.

XCII. *Dom. X. post Pentec.* La razon nos enseña que debemos humillarnos, y el evangelio cómo debemos humillarnos, 78.

XCIII. El dolor de contricion debe ser sobrenatural, amargo y constante, 88.

XCIV. *Dom. XI. post Pentec. Infr. oct. de la Asuncion de nuestra Señora.* María Santísima despues de la muerte de su divino Hijo, gozó de una inmensa deliciosa,

no interrumpida felicidad, que no disminuyó su muerte, y aumentó su asuncion gloriosa, 98.
XCV. Ceguedad y desgracia de los que se rebelan á la divina providencia: sabiduría y felicidad de los que se abandonan á su conducta, 108.
XCVI. Gravedad, causas y remedios de la dureza de corazon, 119.
XCVII. *Dom. xii. post Pentec.* Vano pretexto, perniciosa ilusion, y deplorable obstinacion de los que no se instruyen en la doctrina christiana, 129.
XCVIII. *Dom. xiii. post Pentec.* Debemos y podemos ser agradecidos á Dios, 138.
XCIX. La ingratitud es un vicio enorme y detestable: es un vicio comun y freqüente, 146.
C. *Dom. xiv. post Pentec.* Para ser verdadero devoto es menester separarse del comercio del mundo, y privarse de los placeres que ofrece el mundo, 157.
CI. De la avaricia, y de sus remedios, 169.
CII. *Dom. xv. post Pentec.* Un christiano no debe temer la muerte, pero debe prepararse bien para la muerte, 179.
CIII. Es deplorable la miseria del pecador que llega á acostumbrarse á pecar: es imponderable la misericordia del Señor quando lo justifica, 188.
CIV. *Dom. xvi. post Pentec.* Es grave delito publicar las faltas del próximo: es obligacion precisa á quien lo ha hecho reparar la injuria, 197.
CV. La precipitacion es causa de que juzgueis mal del próximo: la pusilanimidad lo es de que hableis mal; y el ódio, de que le trateis mal, 206.
CVI. *Dom. xvii. post Pentec.* El entendimiento debe emplearse en conocer á Dios, y la voluntad en amarle, 216.
CVII. *Dom. xviii. post Pentec.* Es grande la impiedad de los que se quejan de Dios, porque no les favorece: es injusta la impaciencia de los que se quejan de Dios, porque les aflige, 226.
CVIII. *Dom. xix. post Pentec.* Los motivos que hacen agra-

, agradable á María Santísima la devocion del Rosario; y las circunstancias que nos la hacen provechosa, 236.
CIX. *Dom. xx. post Pentec.* Los yerros que el Régulo cometió en sus súplicas, y el acierto con que el Señor procedió en su socorro, 245.
CX. *Dom. xxi. post Pentec.* Quien debe y no paga, peca; y solo pagando se justifica, 255.
CXI. De la misericordia de Dios para con los hombres: de la crueldad de los hombres para con los hombres; y del terrible justo castigo, que por ella merecen, 264.
CXII. *Dom. xxii. post Pentec.* Quan grande es la culpa de los lisonjeros, y de los que quieren ser lisonjeados, 275.
CXIII. Cómo se ha de hacer juicio, amar la misericordia, y exercitarse en la religion, 284.
CXIV. *Dom. xxiii. post Pentec.* Difiriendo la penitencia causan los pecadores la mayor pérdida, y se exponen á la mayor desgracia, 294.
CXV. Con qué respeto, y con qué fe ó confianza debemos pedir á Dios, 302.
CXVI. La confianza en Dios es provechosa, y aun necesaria para alcanzar su misericordia; y es muy agradable á su magestad, 311.
CXVII. *Dom. infra oct. de todos santos.* Dios nos da bastantes fuerzas, y los hombres nos dan bastantes exemplos para ser santos, 319.
CXVIII. *Dom. última post Pentec.* Los que no tienen mas que ineficaces deseos de convertirse, se pierden: y casi todos los christianos se contentan con esos vanos inútiles deseos, 332.
CXIX. Si no huís de las ocasiones de pecar, no adquirireis la gracia de Dios: y si volveis á las ocasiones de pecar no conservareis la gracia de Dios, 341.
CXX. La fineza con que Dios amó á los judíos; y la severidad con que los castigó, 351.
CXXI. *Dom. I. de. adviento.* Pues que los pecadores se constituyeron jueces de Jesu-Christo, Jesu-Christo será el Juez de los pecadores, 331.

CXXII.

CXXII. Necesidad de oir la divina palabra con respeto, especialmente sobre el último juicio, 392.
CXXIII. La memoria y meditacion del juicio necesaria para fomentar el temor de Dios, 410.
CXXIV. *Natividad de nuestro señor.* Narracion del nacimiento del Señor, 421.
CXXV. El nacimiento del Señor es digno de nuestra admiracion, y de nuestro agradecimiento, 428.
CXXVI. El nacimiento del Señor es un beneficio que debe llenarnos de gozo, 429.
CXXVII. El nacimiento del Señor debe meditarse con atencion, y devocion, 430.

IN-

INDICE

DE ALGUNAS COSAS NOTABLES.

Los números romanos denotan las pláticas, y los arábigos los apartes.

Abstinencia: dispone para recibir al Señor IX. n. 6. sig. Véase *Gula*.

Adviento: tiempo de prepararse para celebrar el nacimiento del Señor, I. 2. sig. IX. I. s. dos advientos del Señor, II. I. s.

Agradecimiento. Véase *Ingratitud*.

Alma: entre diversiones y gustos enferma, IX. 7.: Dios nos manda el cultivo del alma, y debemos obedecer por tres motivos, XXIX. 4. s.

Amor de Dios: ha de vencer los pretextos de la necesidad XXXIX. 4. s.: los atractivos del apetito, II. y las aprehensiones de impunidad, 16. s.: ha de preferir Dios á todas las cosas 14. 15.: Qual debe ser, XLVII. 16.: El entendimiento debe emplearse en conocer á Dios, CVI. 6. s. La voluntad en amarle 14. s.

Amor propio: hace hipócritas, LXXXVI. 13. s.

Avaricia: feo vicio, XLVI. 3.: ciega el entendimiento, 4. s.: endurece el corazon, II. s.: el avaro vive sin conocerse, y muere sin arrepentirse, 3. s.: hijas de la avaricia disfrazadas, 4. s.: sus efectos, 7. s.: no es posible servir á Dios y á las riquezas, CI. 3. s.: señales de la avaricia, 6. s.: con que remedios la cura Jesu-Christo, 10. s.: con el nombre de avaricia se prohibe todo anhelo de bienes temporales, 10.

Auxílios de Dios: exteriores ó interiores, XC. 5. Dios nos los dá misericordioso, LXXIII. 9. XC. 6. LXXXVII. 3. Los malogramos por ignorancia, XC. 7. s. por inacción ú ociosidad, 9, y por resistencia, 10. s. Como castiga Dios este desprecio, 12. s.

Bautismo: fuente de toda nuestra dicha, VI. 9. s.: obligaciones que en él contraemos, 13. s.: nos obliga á ser santos, 14. s.: nos hace hijos adoptivos del eterno Padre, LXX. 6. s.: miembros de su unigénito hijo, II. s.: y templos del Espíritu Santo, 16. s.: en él se nos perdona el pecado original, mas no toda su pena, III. 10.

Beneficios: son voces con que Dios nos llama, VII. 4.

Bienaventuranza ó felicidad: todos la desean, XLI. 4. XLV. I. En esta vida no se halla la verdadera, XLI. 5. s.: solo se merece, 13. s.: la de los santos es felicidad universal, XLII. 4. s. y eterna, 10. s.: su camino arduo I.: sus varios nombres, 4.

Calamidades: Véase *Trabajos*.

Caridad: remedios de la ira, XX. 16.:

16.: madre de la misericordia, XLVI. 3.: nos la enseña Jesus en su circuncision, IX. 13. s.: sus oficios respecto del cuerpo y del alma, CIX. 5. su elogio, LXXIX. 18.: la misericordia de Dios nos inspira caridad, LXXXIII. 9.

Castigos: son voces con que Dios nos llama, VII. 3. 7.

Cayetano (San): su desapego de los bienes terrenos, LXXXVIII. 3.: su solicitud en recoger los espirituales, 9.

Ceguedad espiritual: es poco conocida, XXX. 2.: que es, 3.: su primera causa el pecado original, 4.: la aumentan los demas pecados, 5. y las pasiones, 8.: la fomenta el demonio, 9: es peor que la corporal, XXXVII. 4.: es poco sentida; 5.

Christianos: lo que son por naturaleza, VI. 2. 4.: y lo que son por la gracia, 2. 4. s. qué reciben en el bautismo, 4. s.: qué prometen en el bautismo, 12. s.: son reyes, sacerdotes y profetas, VI. 6.: somos christianos por suerte, y como, 8.: son pocos los fieles á sus obligaciones, 12.: su vocacion es de ser santos, 14. s.: los verdaderos reconocen su dependencia de Dios, XXII. 2.: son espirituales y mudados por Jesus, XIX. 11. s.: han caido del fervor de los primeros siglos, XXXI. 6. s. X. 5.: LXXVII. 14. s.: carácter del verdadero christiano, LIX. 3. s.: debe ser devoto, XIII. 20.: el ser pesadas sus obligaciones no es excusa para no cumplirlas, LXXVII. 4. s.: porque para ser hombre de provecho es menester hacerse violencia, 4. 5, porque en todo estado hay que padecer, 6. 7. 8.: porque por las angustias de la virtud se llega á consuelos eternos, 9.: porque merecemos las penas como pecadores, 10.: y porque solo por ser christianos debemos padecer, 11. La vida christiana no es tan áspera como parece, LXXVII. 13.: consiste en unirse con Jesu-Christo por la fe y la caridad, LXXXIII. 1. s. El christiano debe hacer juicio consigo mismo, CXIII. 4. s.: amar la misericordia con sus próximos, 10. s.: ser diligente en cumplir con Dios, 14. s.: para que sea santo Dios le da fuerzas, CXVII. 4. s.: y los hombres exemplos, 11. s.: es comun entre christianos contentarse con ineficaces deseos de convertirse, CXVIII. 11. s.: Deben resistir á las malas costumbres para sanear sus conciencias, XXXIX. 4. s.: y para asegurar su salvacion, 12. Los christianos deben estar contentos en el estado en que Dios los puso, XCV. 19. s.: Las obligaciones del christiano no son incompatibles con las de la vida civil, XCVII. 4.: Padece una especie de violencia de parte de los bienes eternos, y otra de parte de los temporales, LIX. 4. La paz de un christiano consiste en la guerra que se hace á sí mismo, LXXVII. 17.

Confesion: infame vergüenza la de los que no se confiesan, XX. 3. s.: loca soberbia la de los que se confiesan mal, 10. s.: quien la difiera hace injuria á Dios, LXXII.

4. s. y se expone á un gran riesgo, 12. s. CXV. 9. s. causas de la dilacion, LXXII. 8. s.: la ley de la confesion es fácil, XCIII. 4.
Confianza. Véase *Esperanza.*
Corazon del hombre: es un desierto, VII. 2.: quán deplorable es su dureza espiritual, XCVI. 2.: quánta es su gravedad, 4. s.: quien la causa, 9. s.: quáles son sus remedios, 13. s.
Correccion fraterna: de esta ley nos dió exemplo Jesu-Christo, XLVII. 2.: con todo es ley olvidada, 3. s.: es ley que nos obliga, 4. s.: como la del amor de Dios, 6.: y del amor del próximo, 9.: circunstancias con que debe hacerse la correccion, 12.: debe guiarla la prudencia, 13.: y animarla la caridad, 16.
Costumbre: es menester oponerse á las malas, XXXIV. 3. s.: esta oposicion limpia las conciencias, 4. s.: y preserva de la culpa, 12. s.: fuerza de las malas costumbres, 4., 4. s.: varias especies de costumbres, 9. las malas se fomentan en los consejos de los impios, 13.: y en las cátedras del error, 14.: se corrigen meditando la ley de Dios, 17. s.: la costumbre no excusa las diversiones peligrosas ó malas, XXXVI. 12.: costumbre de pecar es deplorable miseria, CIII. 4. s.
Curiosidad: quál es provechosa, II. 3.
Deleytes: daños de su amor y uso, IX. 8.
Demonio: sus varios nombres, XL. 5. su oficio es tentar, ib.
Deseos: combate interior entre ellos, CXVIII. 5. s.
Deudas: quien debe y no paga peca, CX. 3. s.: pecado de ingratitud, 3: de mala fe, 5: de injusticia, 6. s. solo pagando se justifica, 8. s.: vanos pretextos por no pagar, 11. s.
Devocion: la de los santos Reyes, XIII. 5. La verdadera qual es, 18.: C. 4.: LXXIX. 10. s: es rara, XIII. 19. es interior, LXXXIV. 3. s.: y la sólida está bien ordenada, 12. s.: la verdadera nos aparta del comercio del mundo, C. 3. s.: y nos priva de los placeres del mundo, 11. s.: ni es áspera, ni dexa de ser un yugo, 3. s.: la del rosario agradable á María santísima, CVIII. 5. s. y provechosa á los fieles, 11.: con tal que se reze con respeto y atencion, 12.: verdadera devocion, 13., y meditando los misterios, 15. s. La falsa es aparente, LXXXIV. s.: devociones indiscretas, 13. s. CIX. 8.: devotos falsos, C. 15.: devoto verdadero, 16. s.
Dias de fiesta: los emplea mal quien en ellos obra mal, XV. 5.: quien trabaja lo que no debe, 10.: quien no hace nada, 14.: excesos de los christianos en los dias de fiesta, 6. s.: pretextos con que algunos trabajan, 12.: modos de emplearlos, 16. s. CXV. 3. s.
Dios: sin providencia no seria criador, I. 4.: su providencia resplandece en los hombres, 5. ceguedad y desgracia de los que se rebelan á la divina providencia, XCV. 4.: sabiduría y felicidad de los que se abandonan á su conducta, 11. s. La sumision á la divina providencia ha de ser vo-

luntaria, absoluta y universal, 14. s. Impiedad de los que se quejan de Dios porque no les favorece, CVII. 4. s.: ó porque los aflige, 11. s. Tres especies de providencia de Dios, LVI. 15. La misericordia y beneficencia son los atributos de que mas se gloria, v. 5.: no quiere la muerte, sino la conversion del pecador, XXIII. 2. Paciencia con que espera los pecadores, 7. s.: ansia con que los busca, 10. s.: misericordioso da tiempo al pecador para arrepentirse, XXIV. 3. s.: justo destina tiempo para su castigo, 3. s.: su misericordia y su justicia están unidas, 4.: se comunica á los hombres de varios modos, XXV. 5. s. Continuamente nos llama á su servicio, y por tres motivos debemos obedecerle, XXIX. 5. s. Dios se dexa hallar de quien le busca, LXXI. 3. s.: y le recibe en su compañía y gracia, 9.: su misericordia admirable con los pecadores, LXXIII. 5. s. CXI. 4. s.: aun con los que pecan de costumbre, CIII. 10. s.: resplandece á vista de la gravedad y número de los pecados que sufre, CXI. 4. á 9.: su justicia terrible con los que emplean en ofensa suya los bienes que les da, LXXXIX. 4. s. cómo castiga el desprecio de sus auxîlios, XC. 12. s. Une la misericordia con la justicia, XCI. 1. s.: nos ama con fineza y ternura, 5. s.: nos dexa con pena y violencia, 9. s.: nos castiga con severidad y rigor, 14. s.: le hacemos dos especies de violencia, 11. Su poder con medios débiles obra grandes portentos, XXV. 1.: su sabiduría con expresiones comunes declara arcanas verdades, 2.: En todos lugares nos oye, XVI. 11. Con su misericordia nos insta á tenerla de nuestros próximos, CXI. 10.: castiga con rigor á los que no la tienen, 14. s. Nos da fuerzas para que seamos santos, CXVII. 4. s. Amó á los judíos con fineza, CXX. 4. s.: los castiga con severidad, 8. s. En Dios se juntan todas las razones que nos mueven á amar y servir á los hombres, CXIII. 14. s. La obligacion de darle honor y culto es natural, XVI. 5. s.

Diversiones: locura de las del carnaval, XXXIII. 1. s.: reglas para distinguir las lícitas de las ilícitas, XXXVI. 3. s.

Doctrina christiana: su ignorancia proviene de un vano pretexto de los mundanos, XCVII. 4. s.: de una perniciosa ilusion de los soberbios, 9. s. y de una deplorable obstinacion de los relaxados, 14. s.

Dolor: el de los pecados debe ser de corazon, XIV. 5. s.: y de todo corazon, 13. s.: El de contricion debe ser sobrenatural, XCIII. 4. s.: amargo, 10. s.: constante, 15. s.: Es muy útil repetir las palabras del acto de contricion, XIV. 6. s.

Enemigos: el reconciliarse ha de ser luego, LXXVIII. 4. s. Esta obligacion insta, no solo al ofensor, 6.: sino tambien al ofendido: porque así lo hace Dios, 7.: porque así se logra ser hijo del padre celestial, 8.: porque á quien no perdona, Dios no le per-

perdona, 9.: porque la reconciliacion quanto mas tarde es mas dificil, 10. s. Por la reconciliacion se ha de volver al punto de amistad que habia ántes, LXXVIII. 12.: hay pocas sinceras, 13. s.: Negarse á dar señas de amistad, es ser peor que los escribas, 15. Se ha de llegar á hacer bien á los que injuriaron, 17.

Enfermedades espirituales: significadas con los enfermos que Jesus curó, v. 8. s.

Envídia: su malignidad, XXVIII. 4. s.: su remedio, 11. s.: se introduce por todo, 4.: qué cosa es, 5. Es propia del demonio, 6.: es madre fecunda de otros vicios, 7. Nadie se libra de sus tiros, 8. Es injuriosísima á Dios, 9. s. Señales para conocer si la padecemos, 11. Se cura conociendo que es nada lo que se envidia, 12. s. Por qué se llama vicio justo, 16.

Escándalo: que se da y que se toma, IV. 3. LXII. 2. Sus causas, la soberbia, IV. 5. s.: la infidelidad, 9. s.: la flaqueza, 13. La doctrina y ley de Jesu-Christo nunca pueden ser motivo de escándalo, LXII. 4. s. Es necesario que haya escándalo, 12. s.: freqüencia y perjuicio de los escándalos, 14. s.

Esperanza: su elogio, XXI. 2. su falta, XXII. 2. La confianza en Dios nos hace alcanzar su misericordia, CXVI. 4. s. y es muy agradable á Dios, 9. s. En punto de oracion se confunde con la fe, CXV. 13. En que se diferencian, CXVI. 2. Exemplos de confianza en Dios, 10. s.

Espíritu Santo: su ser, LXIV. 9. s. Su venida, 12. Se describe su descenso sobre los apóstoles, LXV. 4. s.: motivos de su venida, 10. s. disposiciones para recibirle LXVI. 7. s. Descenso visible é invisible, LXIV. 12.: quatro visibles, 13. Espíritu triplicado que pedia David, 15. Fineza del amor con que Dios ama á los hombres, LXVII. 6. y con que los hombres aman á Dios, 12.

Estevan (San): fué diácono y embaxador de Christo, X. 4.: desempeñó su eleccion y confianza, 9. su martirio, 12.

Eternidad: que es la de los santos, XLII. 12.

Eucaristía: sus efectos, XCVIII. 6.: es una memoria de los beneficios de Dios, 4. s. y un medio de agradecerlos, 12.

Fariseos: es malicia farisayca el tener por vil la pobreza y humildad, IV. 6.

Fe: falta de fe en las verdades prácticas, IV. 9. s.: qué es la fe, y qual su fuerza, CXV. 11. s.

Fragilidad: decantada para la disculpa, mal conocida para el escarmiento y para el remedio, III. 16.

Gloria: es imponderable la de los santos, XXIX. 15. s.: es inmensa, XLI. 16. s.

Gracia: habitual ó santificante, XC. 5.: actual ó auxílios, ibid. Véase *Inspiraciones*, *auxilios*.

Gula ó glotonería: muy impropia para celebrar el nacimiento del Señor, IX, 4. s.: contraria á la vida natural, LXXXII. 4. s.: á la vida racional, 9. s.: y á la vida christiana, 14. s.

Hereges: de los últimos siglos,

LXXXVI. 1. s. Molinistas, 2. s.
Hipocresía: es injuriosa á Dios, LXXXV. 4. s.: y perniciosa al prójimo, 11. s.: no debe confundirse con la verdadera virtud, 15. s. Una es carnal, LXXXVI. 5. s.: otra espiritual, 10. s. Hipócritas que quieren salvarse á poca costa, 11. s.: los hace el amor propio, 13.
Hombre: el interior y el exterior, XIV. 13. viejo y nuevo, XIX. 13. el hombre es nada, XLI. 9.: debe dar culto á Dios en la tierra, como los ángeles en el cielo, XVI. 7.: A su entendimiento debe estar sujeto su apetito, CXIII. 4. s. y los sentidos de su cuerpo, 7. s.: y sobre todo la lengua, 7. 8. 9.: Puede elevarse sobre los ángeles, y hacerse peor que los brutos, LXXXII. 9. s.: flaqueza del hombre para todo lo bueno, LXI. 6.: regalando el cuerpo se entorpece el alma, XXI. 4.
Humildad: no la tuvieron los gentiles, XXVI. 4. s.: nos la enseña Jesu-Christo con palabras, 5. s.: y con obras, ibid, 7. s.: en su circuncision, XI. 9. s.: en su nacimiento, XIII. 1.: entrando en Jerusalen, LI. 12.: Es el camino del cielo, LXIII. 11. remedio de la ira, XXI. 10. Es propia de un christiano la emulacion de la humildad, XXI. 11.: Los ricos y poderosos deben ser humildes con Dios, XVIX. 4. s.: y con los hombres, 12. s.: Nunca se predica bastante la humildad, LI. 10.: La razon nos enseña que debemos humillarnos, XCII. 4. s.: y el evangelio cómo debemos humillarnos, 11. s. La naturaleza, la fortuna y la sociedad civil nos enseñan humildad, 4. s.: Quatro especies de falsa humildad, 12. s.
Jerusalen: su ruina infunde temor de Dios, CXVIII. 2. s. CXX. 14. s.
Jesu-Christo: los profetas suspiraban su venida, 11. 4. s. Viene Dios, hijo de Dios humillado y hecho hombre, 7. s.: viene á vencernos con halagos, 8.: viene para nuestro bien, para redimirnos y santificarnos, 9. s.: III. 10.: viene para rebatir las máximas del mundo, IV. 7.: debemos prepararnos para recibirle, y cómo, I. 16. s. II. 9. 12. s. IX. 2. s. Su encarnacion motivo de júbilo, XLIII. 3. s.: misterio de gran gloria para María, 6. s.: Se refiere el nacimiento del Señor, CXXIV. 4. s. El nacimiento del Señor es digno de nuestra admiracion y de nuestro agradecimiento, CXXV. 4. s.: El Nacimiento del Señor es un beneficio que debe llenarnos de gozo, CXXXVI. 6. s.: debe meditarse con atencion y devocion, CXXVII. 5. s. No debe celebrarse con glotonerías, IX. 4. s.: Su circuncision prueba la verdad de su nacimiento, XI. 1. s.: En ella nos da exemplo de obediencia, de humildad y de caridad, XI. 4. s. Como Jesus es señal, XII. 3.: como es señal de contradiccion, 7.: como es ruina de muchos, 12. Es servido de los Santos Reyes con devocion, XIII. 5. s.: y adorado con reverencia, 13. Son infelices los que le pierden, XIV. 1.: Como y por qué se dexó perder de sus padres, XV. 1. s. Su Epifanía ó manifestacion, XIX.

1. 2. Misterioso silencio de lo que hizo y dixo el Señor en muchos años de su vida, XVI. 1. s. Es tentado para nuestro exemplo, XL, 3. Porque asistió á unas bodas, XVII. 2. s. XVIII, 2. 3. Mudó la ley antigua en la evangélica, XIX 4. s. Muda los hombres antiguos en nuevos hombres, 10. s. Por qué usó tanto de parábolas, XXVI. 1. s. Jesu-Christo sin poder pecar merece, XI. 5. Era imposible que pecase, XLVIII. 5. s.: por su inocencia nos redime, 7. s.: por su inocencia nos enseña y corrige, 12. s. Vino á santificar todos los estados XLIX. 3. Vino como Rey divino para que le veneremos, L. 5. s.: y como bienhechor nuestro para que le seamos agradecidos, L, 12. s. Es rey, LI. 4. s. y es humilde, 10. s.: quienes y por qué se escandalizaron en Jesus, IV. 4. s. Jesus prueba que es Dios haciendo beneficios, V. 5. s.: y haciéndolos á los pobres, 12. s.: á quienes ama con especialidad, XLIX. 1. s. Enfermos que curó, V. 8. s. Jesu-Christo es el buen pastor, LVI. 1. s.: quánto ama á sus ovejas, LVII. 4. s.: quánto siente perderlas, 11. s.: ama á los christianos mas que á los israelitas, 7. Jesu-Christo es cabeza de la Iglesia, 8. s.: Jesus multiplicando los panes nos excita á la fe, LXXXIII. 4. y á la caridad, 9. Llora por nuestro amor, XCI. 8. s.: CXI. 8.: trata con los pecadores, LXXII. 1. s.: quanto hace, lo hace por nosotros, LXXIII. 11.: Eloqüencia de Jesu-Christo, 1.: es nuestro legislador, LXXX. 5. Consulta con los apóstoles, LXXXIII. 4. s.: prueba su fe, 5.: tres especies de misericordia en Jesu-Christo, 10. s. Jesu Christo comparado al sol, CXV. 1. s.: es nuestro Juez, I. 12. s. Jesu-Christo juzgará á los pecadores al modo que fue juzgado por ellos, CXXI. 9. s.: es de nuevo entregado, burlado y crucificado de los pecadores, XXXIII. 5. s. su cruz endulza toda suerte de trabajos, XXXV. 1. s.: padeció por nosotros á impulsos de su bondad, 4. s.: y para que padezcamos en su obsequio, 12. s.: resucita por su propia virtud, LII. 2. s.: así prueba su divinidad, 4. s.: historia de su resurreccion, 6. s.: sus causas, 16. s. En ella triunfa Jesus de la muerte, LIII. 4. s.: de la infidelidad, 10. s.: y de la culpa, 14. s. El dia de Pascua es menester alegrarnos, LIV. 1. s. LV. 1. s.: purificarse con la mortificacion, y esto es comprar aromas para ungir su cuerpo, LIV. 5. s.: y adornarse con virtudes, y esto es levantar la losa del sepulcro, 12. s. La ascension del Señor comparada al triunfo de los Romanos, LXIII. 2. s. Quien es el Señor que sube, 4. s.: hasta donde sube, 8. s. para qué sube, 12. s.

Iglesia: en ella se introducen los abusos del mundo, X. 4.: fervor en la primitiva, 5.

Ilusiones: en órden á la salvacion, VIII. 5. IX. 9.: en órden á la virtud, XXXII. 14. XCVII. 11.: en asunto de religion, y de la moral, 10. s.: en punto de devo-

vocion, LXXIX. 10. 11.
Impío. Véase *Pecador.*
Imprudencia. Véase *Prudencia.*
Infierno: mortífera luz entre sus tinieblas, XXIV. 17.
Ingratitud: Debemos ser agradecidos á Dios, XCVIII. 4. Podemos serlo, 10. s. XCIX. 8. 9. La ingratitud es vicio enorme y detestable, XCIX. 4. s. XCVIII. 1. Es vicio comun entre los christianos, XCIX. 12. CXVIII. 1. s. Es asombrosa la de los pecadores, VII. 4. s.
Inspiraciones ó auxîlios: son voces con que Dios nos llama, VII. 3. 10. s.: su eficacia, 10. s.: su freqüencia, 12. 13. A nadie niega Dios las que bastan para cumplir los preceptos, XII. 12. Tres motivos de obedecer pronto á las inspiraciones ó llamamientos de Dios, XXIX. 4. s. v. *Auxîlios.*
Jóvenes: juventud: sus peligros, LVI. 4. s.
Ira: su violencia, XXI. 2. Es de tres maneras, 3.: la genial se cura con la mansedumbre, 4. s.: la soberbia con la humildad, 9. s.: la vengativa con la caridad, 13. s.: la ira genial se fomenta con el regalo del cuerpo, 5.: y con la mala educacion, 6.: domina tal vez á los devotos, 15. La ira hace faltar á la caridad y á la justicia, LXXX. 7.: tres grados de su aumento, 9.
Juan Bautista (San): su elogio, V. 1. s. IX. 10. Su penitencia, XII. 14. IX. 10. Su exemplo nos enseña á huir del mundo, IX. 10. Inocente predica penitencia, IX. 13. 14. Su deseo de que el Mesías fuese conocido, IV. 1. v. 3.: debemos serle agradecidos, y como, VII. 2.
Judíos: se les asemejan los que dexan de mortificarse, fiados en los méritos de Jesu-Christo, IX. 9.: á ellos fue enviado San Estevan, X. 8. con qué fineza los amó Dios, CXX. 4. s.: con que severidad los castigó, CXX. 8. s.
Juicio universal: debe temerse, I. 4. s. CXXII. 12.: debe esperarse en el Juez, I. 13. s. justifica la providencia, 6. 7.: es necesario á mas del particular, 7. CXXI. 5. s.: en él se publicará lo mas oculto, 11. s.: I. 9.: será la confusion de los malos, *ibid.*: la gloria de los buenos, I. 12.: dificultad de creerse y de dónde nace, CXXII. 13. s.: Jesus le anunció varias veces, 18. Narracion de lo que en él sucederá, CXXI. 3. s. CXXII. 12. CXXIII. 8. Jesus juzgará a los pecadores del modo que fué juzgado, CXXI. 8. s.: la vista de Jesus aterrará á los malos, 9. s. Todas las criaturas clamarán justicia contra el pecador, CXXI. 16. La cruz será el fiscal del pecador, 19. s. Su memoria y meditacion muy importantes, CXXIII. 7. s.: con su memoria se vencen las tentaciones, 14.
Juicio particular despues de la muerte de cada uno, I. 7. La razon y la fe le convencen, LXXX. 4. s. Viene á la hora ménos pensada, 6. es muy terrible, 8. s.
Justo: oprimido de males es feliz aun en este mundo, XVIII. 12. Cómo y por qué le es suave el yugo de la ley, XIX. 8. s. Su dicha en este mundo, LXXV. 12. s.: tra-

trabaja con gusto y provecho, 27. s.
Lágrimas: son inevitables, LVIII. 4. s.: las de esta vida acarrean ahora un gozo puro, 12. s.: y despues el eterno, 16. s. Son propias del christiano aun inocente, LIX. 15. s.: no es gloria el no saber llorar, XCI. 9. Unos lloran lo que no deben, otros no lloran lo que deben llorar, XCIII. 10. s.: la tristeza de los christianos es apacible, LVIII. 12.
Ley antigua: sus preceptos y promesas imperfectas, XIX. 4. Sus ceremonias sombras de las verdades de la nueva ley, 6. Su yugo insoportable, 7. Sus observadores por lo comun terrenos, 10. Es ley que amedrenta en su principio, en su promulgacion y en su observancia, LXX. 6.
Ley evangélica ó nueva: sus preceptos y promesas mas nobles que en la ley antigua, XIX. 5.: en todo es mas perfecta la nueva ley, 6. s.: su yugo es suave, 7.: sus observadores se transforman en hombres celestiales, 11. s.: la ley no debe ser motivo de escándalo, LXII. 5. s.: quienes se escandalizan en ella, 6. s.: preceptos fáciles y dificiles, XXXII. 10.: es ley que enamora en su principio, en su promulgacion y en su observancia, LXX. 6.
Limosna: debe ser ordenada, XXVII. 21.: es medio para la salvacion, LXXIX. 12. s.: debe ahorrarse en tiempo calamitoso para hacer limosna, 14. s.
Lisonja: peor que la maledicencia, CXII. 5.: es contraria de todas las virtudes, 13.: casi es idolatría, 14.: gran culpa de los lisonjeros, 4. s.: los lisonjeros son hipócritas, 6. s.: son tentadores, 8. s. Culpa de los lisonjeados, 11. s. La pasion de ser lisonjeado es indigna del ser de hombre, 11.: y del ser de christiano, 12.: lijonjeros perecerán, 15.
Luxuria. Vide *Torpeza.*
Maledicencia ó murmuracion: es contraria á la caridad, CIV. 4. Es muy comun, CV. 13.: caen en ella los que parecen virtuosos, CIV. 7. s.: y mas los que no contienen su loquacidad, 10. s.: el maldiciente debe reparar el mal que ha hecho, 12. s. Esta reparacion es dificil, 12. s.: con todo debe procurarse con esfuerzo, 16.: no debe confundirse la maledicencia con la invectiva contra las faltas públicas, 18.: el maldiciente de todo habla mal, CV. 2. La precipitacion le hace juzgar mal del próximo, 4. s. La pusilanimidad y envidia le hace hablar mal, 9. s.: y el ódio le hace fomentar grandes discordias, 15. No debe hacerse caso de lo que el mundo dice CIV. 2. CV. 2. No debe hablarse mal de una nacion en comun, CV. 13. 14.
Malo Véase *Pecador.*
Mansedumbre: es remedio de la ira genial, XXI. 7.
María Santísima: por ser madre de Jesus fué concebida sin culpa, III. 2. 11. s.: felizmente redimida por su hijo, 13. s. Su victoria contra el dragon infernal, 15. s. Eficacia de su proteccion, XXIII. 17. s.: la encarnacion del Verbo gran gloria de María,

xliii. 6. s.: los escritores sagrados hablan poco de María, 6.: xciv. 4. Desde la muerte de su hijo fué constante su felicidad, xciv. 5. s.: que no se interrumpe en su muerte, 7. s.: y se aumenta en su asuncion, 9. s. Porque le es agradable la devocion del Rosario, cviii. 5. s.

Matrimonio: su dignidad, xvii. 4. s.: indignidad con que muchos le reciben, 12. s.: y con que otros le tratan despues de recibido, 17. s. Su autor, 4. 5.: sus efectos, 5. 6.: obligaciones que importa, 7. s.: matrimonios infelices y las causas, 12. s.

Misericordia: sus elogios, xlvi. 3.: debemos compadecernos de la miseria de nuestros próximos, lxxxi. 4. s.: y debemos socorrerlos, 10. s.: la misericordia que Dios tiene de nosotros nos obliga á tenerla de nuestros próximos, cxi. 10. s. Castigo terrible de la falta de misericordia, 14. s. Nos la enseñan bestias y gentiles, cxiii. 11. s. lxxxi. s.: es muy propia de los hombres, lxxxi. 4.: es comun la falta de misericordia, 6. 9.: el amor natural, y la caridad nos obligan á ser compasivos, 7.: quien pudiendo no socorre al proximo, no es compasivo, 10.

Mortificacion: en que está la de Jesu-Christo, c. 11. s.

Muerte: útil su memoria, cii. s. La razon natural inspira su temor, 5. El christiano no debe temerla, 6. s.: pero debe prepararse para morir bien, iii.: y cómo, 14. s. Es injusto el horror de ver los cadáveres, 3.

Mundo: su miseria ántes de la venida de Jesu-Christo, ii. 10. s. lxxi. 3.: era un hospital de enfermos, ii. 10.: inconstancia de sus bienes, xxii. 6. l. 1. s.: los bienes de este mundo son males para el pecador, y por qué, xviii. 5. s.: los males de este mundo son bienes para el justo, y por qué, 12. s. Infelices aquellos á quienes todo sale bien, xxiv. 15. vii. 7. Se consuela á aquellos á quienes todo sale mal, xxiv. 16. Felicidad aparente, é infelicidad verdadera, lxxv. 12. El mundo condenado á ser infeliz, x. 4. Que es el mundo enemigo de Dios, c. 5. 6.: se ha de huir de su trato y bullicio, ix. 12. s.: c. 7.: sin hacerse incivil, 10.: sus peligros son semejantes á los del mar, xxii. 4. s.: medios de evitar el naufragio en este mundo, 11. No hemos de quejarnos de la crueldad con que el mundo nos trata, xxv. 8. 9. No puede fiarse en lo que el mundo aprueba, xxxvi. 11. No debe hacerse caso de las burlas y censuras del mundo, xxxvii. 5. 6. cxiv. 2.: los elementos del mundo, lix. 5.: morir á ellos, 6.

Murmuracion. v. *Maledicencia.*

Obediencia: la enseña J. C. en su circuncision, xi. 5. s.

Ocasiones de pecar: es preciso huirlas, iii. 16.: ix. 11. s. xcvi. 14. Quien no las huye, no adquiere la gracia de Dios, cxix. 4. s. Quien vuelve á ellas no conserva la gracia, 10. s. Quales son las principales, xcvi. 14. Ocasiones de salvarse. Véase *Salvacion.*

Ocio-

Ociosidad: culpable en los pobres, XXVII. 5. s.: perniciosa en los ricos, porque es un vicio, 12. s.: y por los daños que causa, 16. La ley del trabajo es natural y divina, 6. 7. s.: mal observada, 9.: es conveniente á todo género de personas, CI. 8. Excusas de los pobres que ántes fuéron ricos ó nobles, XXVII. 9. s.: el trabajo obliga á todos, LXXV. 9. Tres especies de trabajo, ibid.
Oracion: qué es la oracion, LXI. 7.: su importancia, LX. 2.: su eficacia, 2. 3. LXI. 1. s.: por qué es necesaria, LXI. 3. s.: porque á veces es inútil, 10. s.: qué la hace eficaz, 14. s.: debe acompañarse con el ayuno, LXXVI. 2. s.: que se ha de pedir, LX. 4. s.: CIX. 4.: XXXVII. 9. s.: podemos pedir bienes temporales, y como, LX. 7. s.: á quien se ha de pedir, 10. s.: cómo se ha de pedir, 14. s.: CXV. 3. s.: en las aflicciones debemos orar y como, CIX. 4. s.: con resignacion á lo que Dios disponga, 13.: con humilde respeto, CXV. 6. s.: con fe y confianza, 10. s.: CXVI. 4. s. La mental es importantísima, LXXVI. 6. s.: sus partes ó instruccion para hacerla, 10. s.: facilita el exercicio de las virtudes teologales, LXXIX. 4. s.: fomenta la devocion, raiz de las morales, 10. s.: injustos reparos que retraen de su exercicio, 1. s.: ellos mismos demuestran su utilidad, 3. s.: este exercicio no es privativo de los santos, 14.
Paciencia: hace las obras perfectas, XXV. 15. s.: LIX. 14. comparada con la escultura, *ibid.*: es característica del christiano, y nos asemeja á Jesu-Christo, LIX. 13. s. Es tan necesaria como el pan, LIV. 12. Vide *Trabajos*, *Castigos*.
Padres de familia: son pastores de la suya, LVI. 3.: deben procurarle el pasto espiritual, 3. s.: á esto los destina Dios, 6. s.: en esto tienen su propia conveniencia, 11. s.: é interesan la Iglesia y el estado, 15. s.: sus malos exemplos quánto mal causan, III. 9.: los padres ricos y ocupados deben buscar buenos maestros para sus hijos, LVI. 18. s.: las madres deben educarlos por sí en los primeros años, 21.
Palabra de Dios: debe oirse, XXX. 3.: obligacion de oirla con atencion y docilidad, XLV. 5. s.: por ser muy útil, XLV. 8. s.: obligacion de guardarla, 13. s.: de predicarla, CXXII. 1. s.: es semejante á la semilla, XXXI. 1. s.: enseña lo que debe saber y hacer el christiano, 6. s: en ella se reunen los medios de lograr la bienaventuranza, XLV. 3.: por falta de disposicion en los oyentes no hace futo, XXXII. 3. s.: infeliz suerte de tales christianos, 5. s. Causas de que no fructifique, XXX. 3. s.: la distraccion, 4. s: XXXII. 4. s.: la dureza de corazon, 8. s. XXX. 9. s.: el apego á las cosas terrenas, 13. s.: XXXII. 13. s.
Pasiones: su fuerza y medios para superarlas, XXXVII. 7.: recurrir al Señor quando nos combaten, XXI. 1.: XXXVII. 8.: debemos mirar qual nos domina, XXXVIII. 11.: la dominante hace idólatras,

tras, XIV. 15. s.
Pecado: contraemos el original por ser hijos de Adan, III. 1. s.: cómo se contrae, 4.: las miserias del hombre le demuestran, 5. s.: razones de congruencia que le persuaden, 7. s.: se perdona en el bautismo, mas no toda su pena, 10. Gravedad del pecado mortal, CXI. 4. s.: por la dignidad de la persona ofendida, 5. s. vileza del ofensor, 7. s.: y motivo de la ofensa, *ibid.*: sus estragos, CXIV. 4. LXXI. 5.: por qué Dios permite los pecados, LVII. 14.: quien está en pecado mortal mal puede rezar el padre nuestro, LX. 12.: debe orar y cómo, 13.
Pecador: su corazon un desierto, VII. 2.: su ingratitud á Dios, 4. s.: su sueño letárgico, 7.: los castigos tal vez le dispiertan, 8.: quán mal difiere su conversion, XI. 14. s.: Dios tal vez le castiga endureciéndole, XII. 14. s.: abandonándole á sus deseos, XXIV. 13.: y de varios modos, XCVI. 4. 5. El pecador opulento de bienes es infeliz en este mundo, XVIII. 4. s.: desengaño de aquellos á quienes todo sale bien, XXIV. 15.: voces con que el Señor le llama, VII. 3.: Dios le da tiempo para convertirse, XXIII. 2. s.: quiere su conversion, 4. s.: le espera con paciencia, 7. s.: le busca con ansia, 10.: LXXI. 9.: le recibe en su compañía, 9. s.: el pecador debe ser fiel á la misericordia de Dios, XXIII. 12. s.: gran culpa del que de ella abusa, XXIV. 4. s.: terrible pena con que le castiga la divina justicia, 12. s.: quán grande es con ellos la misericordia de Dios, LXXIII. 5.: el pecador renueva los tormentos de Jesus, XXXIII. 4. s.: le entrega á sus enemigos, 5. s.: le llena de oprobrios, 9. s.: vuelve á crucificarle, 14. s.: debe tomar por guia al ciego del evangelio, XXXVII. 2. s.: ceguedad del pecador y sus causas, XXXVIII. 2. s.: vive y trabaja entre tinieblas, LXXIV. 4.: con fatiga, 9.: sin provecho, 13.: LXXV. 24. 26.: su desgracia en este mundo, 4. XVIII. 4. s.: pierden al pecador los deseos ineficaces de convertirse, CXVIII. 5. 6.: es comun contentarse con tales deseos, 11. s.: el pecador es él mismo causa de su pérdida, CXIV. 5. s.: las criaturas y los atributos de Dios claman contra él, CXXIII. 7. s.: es esclavo, LXXV. 17. s.: su confusion en el último juicio, I. 9. s.: el que peca de costumbre es un muerto hediondo, CIII. 5. s.: es un apestado, 7. s.: es peor que un bruto, 9.: con todo no debe desesperar, 10. s.: Dios resucita al que se arrepiente, 11. s.: el pecador endurecido es como el aspid, XCVI. 7.: Dios llega á abandonarle, 10. s.
Pedro (San) habiendo sido pecador es elegido para absolver los penitentes, IX. 14.
Peligros. V. *Ocasiones.*
Penitencia: es un gran bien, conseqüencia de un gran mal, VIII. 1.: es necesario predicarla, 1. s.: sus partes como sacramento, 4. 8.: la satisfaccion es necesaria para aplacar á Dios, 5.: es el me-

mejor medio de precaver las culpas, 13.: es hija de varias virtudes, 12.: dispone para recibir al Señor, IX. 2. s.: es mas necesaria en tiempos de diversion, XXXIII. 16. s.: la pasion del Señor nos anima á la penitencia, XXXV. 16.: perjuicios que causa su dilacion, CXIV. 4. s.: desgracia á que expone, 9. s.: penitencias oportunas, VIII. 17.: satisfactorias y medicinales, 18.: las penitencias ó satisfacciones no han de ser ligeras, 6. s. 15. s.: deben proporcionarse á las culpas, 9. s.: austeridad de las antiguas, y floxedad de las de ahora, XII. 8.: quien no tiene mas que ineficaces deseos de convertirse, perece, CXVIII. 5. s.

Pobreza: amor que le tuvo Jesus, V. 12. s.: XLIX. 1. s.: es despreciada, LXXXVI. 5.: se procura ocultarla, 6.: exemplos de verdadera pobreza, LXXXIII. 8.

Providencia. v. *Dios.*

Prudencia: la verdadera consiste en aprovechar las ocasiones de salvarse, LXXXVIII. 4.: malograrlas es imprudencia deplorable, 11.

Reincidencia: sus daños, XLIV. 3.: su freqüencia, 4. s.: dexa á los pecadores sin excusa, 6. s.: aumenta su iniquidad, 7. s.: hace muy dificil el perdon, 11. s.: de parte del hombre, 13. s.: y de parte de Dios, 15.

Religion: la de los santos Reyes, XIII. 4. s.: debemos exercitar esta virtud, XVI. 4. s.: su elogio, 8.: sus actos, 9. s.: no está en los vicios, 10.

Reyes (Santos): verdaderos devotos, y adoradores de Dios, XIII. 4. s.

Riqueza, poder y honras mundanas: su inconstancia, L. 3.: los ricos pueden ser pobres de espíritu, V. 13.: ricos y poderosos deben ser humildes, XLIX. 4. s.: Jesu-Christo santificó su estado, 3.: ostentar riquezas que no se tienen, es hipocresía LXXXVI. 4. s.: justicia con que Dios castiga su mal uso, LXXXIX. 7.: por qué es imposible servir á Dios y á las riquezas, CI. 3. s. servir á las riquezas no es lo mismo que poseerlas, 6.

Rosario. v. *Devocion.*

Salvacion: ilusiones en órden á ella, VIII. 5. s.: Dios desea la nuestra, LXXXVIII. 1.: nos da ocasiones de merecerla, 4. s.: es gran ruina despreciarlas, 11. s.

Samaritanos: tres de ellos nos enseñan excelentes virtudes, XCIX. 2. s.

Santidad: aparente, VI. 15.: verdadera, Dios nos llama á la santidad, CXVII. 1.: nos da fuerzas bastantes para ser santos, 4. s.: ningun estado es estorbo de la santidad, 14.

Santos: debemos acudir á su intercesion y cómo, CIX. 8.: nos dan exemplos bastantes paraque seamos santos, CXVII. 11. s.

Santuarios: visitados con poca religion, XV., 7. s.

Sermones: su division en panegíricos y morales poco exácta, CXXI. 1. s.: idea de los buenos, CXXIII. 3.

Soberbia ó vanidad: qué es, XXVI. 9.: es muy comun, 10.: sus graves daños, 11. s.: enciende la

la ira, XXI. 9. s.: los soberbios aborrecidos de *Dios* y del mundo, XLIX. 16.: castigos de la soberbia, 6. s.: hace á muchos christianos prácticamente impíos, 9.: contrahace muchas virtudes XCII. 11.

Temor de Dios: servil y filial, XXXIX. 17.; mundano, servil y filial, LV. 9.: la Iglesia desea infundirnosle, CXVIII. 1.: debe preceder á la confianza en Dios, 14. s.

Templanza: es característica del christiano, LIX. 4. s.: su exercicio es de precepto, 8. Vide *Gula*.

Templo: con qué modestia debe estarse en los templos, XV. 8.: deben freqüentarse, XVI. 11.: los de los christianos mas recomendables que el de Salomon, 13.: ha de haber costumbre de visitarlos, 14.

Tentaciones: qué amor las vence, XXXIX. 3. s.: se cubren con pretexto de necesidad, 4. s.: se apoyan en los atractivos del apetito, 11. s.: y en las aprehensiones de impunidad, 16. s.: son inevitables, XL. 5. s.: provechosas 11. s.: y vencibles, 15. s.: las de salirse de su estado son peligrosas, CXVII. 14.

Terremotos: son efectos de la ira de Dios, LV. 3. s.: son motivos de un santo temor, 9. s.

Tiempo: conformarse con el tiempo eclesiástico, I. 1.: tres modos de emplearle mal, XV. 4. s.: siempre debe haberlo para instruirse en las obligaciones propias, XCVII. 7. 7.

Torpeza: sus delitos *incesables*, V. 9.: su fuego no se apaga con los años, *ibid.*: hace esclavos á los que domina, LXXIV. 19.

Trabajos: son medios para precaverse de vicios, XXV. 5. s.: y para inclinar á la virtud, 12. 8.: corrigen muchos pecadores, LIX. 11.: mueven á acudir á Dios, CIX. 4. s.

Trinidad (Santísima): misterio ignorado en la antigua ley, LXVIII. 8.: predicado por los apóstoles, 9.: misterio inexplicable, LXIX. 2.: su fe hace formar un justo concepto de Dios, 5.: y de nuestra dependencia, 10.: su fe en el bautismo, LXX. 5. s.

Venganza: hace la ira obstinada. XXI. 14.

Virtud: á su exercicio nos debe mover la bondad del Señor, XXIX. 5. s.: el tiempo en que Dios nos llama, 9. s.: y el premio que nos ofrece, 14. s.

PLÁTICA LXXXIV.

DE LA DOMINICA SÉPTIMA

POST PENTECOSTEM.

Atténdite á falsis Prophetis::: A frúctibus eorum cognoscetis eos. Matt. v. 15. & 16.

1. * Apénas la magestad de Christo acaba de proferir que es estrecho el camino del cielo, y angosta su puerta: quando inmediatamente os previene, Señores, que os guardeis de los falsos profetas, que al contrario intentan haceros parecer llano el camino, y espaciosa la puerta de los cielos. Para lograr mejor su intento se disfrazan con el trage de la benignidad: estudian y os proponen laxêdades con el nombre de opiniones, que al parecer os exîmen del ayuno, y de la mortificacion, que halagan vuestras pasiones rebeldes al yugo del evangelio, condescienden ó á lo menos no se oponen á vuestros deseos, aunque sean depravados y opuestos á las leyes mas sagradas. Célebres maestros de espíritu, los llaman muchos, grandes teólogos, varones misericordiosos, baxados del cielo para consuelo de los mortales. Mas crueles, diré yo: lobos carniceros, dice Jesu-Christo, cubiertos con la piel de ovejas, y os avisa que os guardeis de ellos: *Atténdite á falsis Prophetis.*

2. ¿Pero qué, Dios mio, bien hay en vuestra Iglesia falsos profetas, engañosos maestros de espíritu? ¿Llegan á sentarse en vuestra cátedra, en la silla de la verdad los escribas y fariseos? ¡Qué horror! ¡A qué peligro no están expuestos los christianos que dan en sus manos! Fuera inevitable la ruina, si vos, Señor, no hubierais dexado en el evangelio señas para conocerlos. Es cierto,

Oyen-

* 1. *de Julio de* 1742. 12. *de Julio de* 1744.

Oyentes mios, que en tiempo de Jesu-Christo hubo falsos profetas, y es igualmente cierto (no tiene reparo en decirlo nuestro santísimo prelado Santo Tomas de Villanueva) que en nuestros tiempos hay muchísimos falsos maestros de espíritu, engañosos directores de conciencias; pero tambien es cierto, que el Señor nos dexó en el evangelio luz bastante para conocerlos. Por sus obras, dice, podreis fácilmente averiguarlo. Porque así como es bueno el árbol que produce sabrosos frutos: así tambien es verdadera la doctrina, y provechosa la direccion que produce en vosotros buenas obras. Y aun reparando S. Pedro Crisólogo en este símile, advierte, que al modo que no juzgamos de la bondad del árbol por sus hojas, ni por sus flores: así tampoco debeis aseguraros del zelo de vuestros directores, ni de vuestra devocion ó virtud, por algunos exercicios exteriores é intempestivos en que os empleais.

3. Toda devocion, Oyentes mios, (entiendo por devocion lo mismo que entendeis por piedad christiana) toda devocion, digo, á la qual no la vivifica y anima un espíritu interior, es vana é ilusoria. Toda devocion, á la qual no la dirige una sabia justa subordinacion, es quimérica é inútil. La devocion verdadera es la interior: la devocion sólida está bien ordenada, y quien la promueve es verdadero profeta. Estas dos proposiciones intento persuadiros en el discurso de mi plática; para que huyais de los falsos profetas, y hagais acertada eleccion de quien os enseñe á ser interior y subordinadamente devotos.

Primera parte.

4. La misma diferencia que se halla entre el arte y la naturaleza, se encuentra entre la verdadera y falsa devocion. El arte solamente se ocupa en las partes exteriores de su obra, como es de ver en el escultor, que quiere hacer una estatua de hombre que le acredite hábil. Pone todo el cuidado en formar y pulir la cabeza, las manos, los muslos, y las otras partes externas, y en darlas una hermosa perfecta proporcion; pero ni aun pien-

piensa en venas, arterias, pulmones, corazon, ni en otros miembros que constituyen al cuerpo humano orgánico y capaz de vivir una vida sensitiva y racional. No así la naturaleza, que empeñada á producir al hombre comienza por el corazon, por el celebro, y acaba por las partes externas, siendo aquellas mas nobles el primer asunto, y estas el último ménos principal objeto á su cuidado.

5. Pues no de otra suerte la falsa devocion toda se emplea en daros una exterioridad ventajosa, una compostura exterior que tenga las apariencias de virtud. Como vuestros ojos derramen alguna lágrima, vuestra boca despida algun suspiro, vuestras manos golpeen con método el pecho, logró su designio, aunque seais estatuas inanimadas, aunque vuestro corazon ni se mude, ni tenga el menor influxo en vuestras acciones. ¿Quién con ternura besa los pies de un Crucifixo, y sin piedad se abandona á sí mismo, miembro vivo del crucificado, á la ira, á la vanidad, ó á la torpeza? ¿Quién como Judas hace del prudente ó del misericordioso, llamando profusion á las dádivas de una Madalena, y anhela al patrimonio de los pobres? Hipócritas, devotos falsos. Pero al contrario la verdadera devocion, persuadida que el bien y el mal proviene del fondo de vuestras almas, toda se aplica á dirigir el entendimiento con la fe á las verdades del evangelio, y con la mas humilde docilidad á sus preceptos: á purificar el corazon con la intencion mas recta, y á inflamarle con el amor mas sincero. Ántes que la Madalena fina con su hermano Lázaro fuera á postrarse á los pies del Señor, y ántes que obsequiosa derramara bálsamos, allá á sus solas reconoció sus culpas, vertió lágrimas de penitencia, y con esto mereció que su magestad publicamente la perdonara, y la admitiera á su amistad y gracia. Su devocion, ántes de salir á la parte de afuera, la perfeccionó á la parte de dentro.

6. No pretendo, Señores, despojar á nuestra religion de aquel culto exterior, de aquellas prácricas y ceremonias que reprueban los Luteranos y Calvinistas sepa-

rados de la verdadera Iglesia visible, que fundó Jesu-Christo en el mundo. No pretendo que vuestra devocion sea puramente interior: porque sé muy bien que la virtud para ser perfecta debe ser edificante, y no puede serlo, como dixo Tertuliano, sin que aparezca. Así como el sol alumbra para que veamos sus luces, y el fuego quema para que sintamos su calor: así tambien nuestra religion tiene su propia luz y calor: luz para que vistas las buenas obras, glorifiquemos al Padre celestial: calor para que inflamadas de la caridad enciendan á los tibios, confundan el vicio, y hagan amable la virtud. Solo pues pretendo que santifiqueis vuestra devocion exterior, haciendo que vuestras acciones nazcan de un corazon santo, para que no sea monstruosa é inútil, como lo será sin duda si no proviene de este principio.

7. Porque ¿ qué mayor monstruo que un hombre, decia San Gerónimo, que pareciendo manso como una paloma, es en la rabia un perro: que llevando la piel de oveja, es en la voracidad lobo: que mostrándose un Caton en las palabras, es en las costumbres un Neron? Descubrirá las contradicciones que envuelve ese falso devoto, qualquiera que haga anatomía de su conducta irregular. Si ántes que se vieran las apariencias de virtud hubiera procurado corregir sus afectos, humillar su orgullo, contener su avaricia, refrenar sus pasiones, ¿ qué progresos no hubiera hecho en la perfeccion? Pero como todo su cuidado le puso en adquirirse una vana reputacion con un exterior engañoso, quedó en el órden de la gracia monstruo mas horrible que quantos admiró el mundo en la naturaleza.

8. Pues ciertamente, Oyentes mios, nadie podrá valerse del pretexto de la ignorancia para cohonestar sus devociones puramente exteriores. Porque Dios ha declarado innumerables veces, que el corazon es lo que nos pide, y lo que le agrada. Y así lo entendió su mejor intérprete el real profeta David, que deseoso de que fueran atendidos sus ruegos, no se contentó con representar al señor las lágrimas que derramaba, las genuflexiones que ha-

hacia, la ceniza que por pan se comia, los suspiros que echaba; sino que le manifestó que su corazon estaba devoto, preparado y pronto á hacer en todo su voluntad: [1] *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum.* Que su corazon era el que impelia, y daba movimiento á los sentidos y potencias, para que con su devocion externa dieran fiel público testimonio de su interior devocion.

9. ¿ No habeis visto que quando la granada se madura, sus granos sacan á la corteza algunas pintas del color que ellos tienen? Pues asimismo quando el corazon se santifica, sus afectos causan algunos exteriores exercicios que son señales de su santidad interior. Pero si la granada ántes de sazonarse apareciera colorada á la parte de afuera, ¿ no diriais que estaba podrida? Pues ese mismo nombre debeis dar á la devocion puramente exterior. Me parece muy bien, Señoras, que el rubor y la modestia se descubra en vuestro semblante, en vuestras palabras, acciones y vestidos; pero trayga ella su orígen del corazon purificado de torpes deseos: porque sin eso será vuestro recato, y toda vuestra devocion monstruosa, y de mas á mas inútil.

10. Jesu-Christo lo dixo, quando en el evangelio hablando de aquellos que dan limosna á vista de todos, por merecer sus alabanzas, declaró que con ellas ya logran la debida y deseada recompensa, y que no tienen que esperar el premio de su mano, supuesto que no la dieron por agradarle á él, sino á los hombres. ¡ O quántos pierden el tiempo, el trabajo, y el fruto, porque una recta intencion no dirige sus acciones al fin que deben tener, que es Dios, el mismo que las ha de pesar en la balanza de su equidad! Tiemblo, decia San Agustin, al contemplar el riguroso exámen que Dios ha de hacer de nuestras acciones.

11. Poco importa, Oyentes mios, que seais castos en el cuerpo, si no lo sois en los deseos, ó solo lo sois por no incurrir la infamia que os acarreara vuestra incontinencia. Poco importa que seais sufridos, si solo lo sois por no irritar mas á los poderosos que os maltratan. Poco importa que

[1] *Ps. LVI. v. 8.*

que seais sobrios, si solo lo sois por evitar los gastos del luxo, del juego, y de la intemperancia. Poco importa que visiteis al atribulado, si solo lo haceis por mera urbanidad. Poco importa que socorrais la miseria del próximo, si lo haceis por vanidad. Porque estas acciones, al parecer virtuosas, las calificará inútiles aquel Señor, que llama felices no á los pobres, sino á los pobres de espíritu: no á los puros, sino á los puros de corazon: no á los sufridos, sino á los que lo son por la justicia: [1] *Beati páuperes spíritu: beati mundi corde: beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam.* No basta, Oyentes mios, que vuestras acciones sean en la apariencia buenas, para que sean útiles y meritorias. Porque al modo que no es precioso un vaso por mas que esté dorado, si no es todo de oro: así tampoco vuestra devocion exterior no tiene precio ni valor, si la interior no la acompaña y la valora. Y si la prudencia no la regula, no está bien ordenada, segun debe, y os haré ver en mi

Segunda parte.

12. No debe causaros novedad, Señores, que yo me queje de las devociones indiscretas y desordenadas de nuestros tiempos; porque San Agustin [2] se quejó ya de que algunos christianos de su siglo se ocupaban en ciertos exercicios que les impedian el cumplimiento de su primer obligacion. Confieso, decia el Santo, que no les encuentro evidentemente malos, ni opuestos á los principios de nuestra fe; pero me basta para reprobarlos el que sean unas prácticas serviles contrarias á la libertad de nuestra religion, á la qual Jesu-Christo exôneró de las ceremonias que hacian pesado el judaismo. Y aun por otra parte los miro como estorbo para que cumplais con las obligaciones de vuestro estado, que es en lo que consiste toda la perfeccion christiana: *Hæc ergo perfecta justitia est, si potius potiora, si minus minora diligímus.*

13. De este principio de San Agustin infiero que es indiscreta y desordenada la devocion de aquellos, que an-

[1] *Matt. v. v. 3. & seq.* [2] *S. Aug. Ep. 119. ad Januar.*

anteponen las obras que llamamos de supererogacion ó de consejo á las que son de precepto: como tambien la de aquellos que en lugar de regular su devocion segun su estado, sujetan su estado á su devocion. El primer desórden es terrible; pero muy ordinario en los que mas se precian de muy devotos. ¿No conoceis á muchos que hacen copiosas limosnas, y del todo descuidados del manejo de su hacienda, le fian á un mayordomo tal vez infiel é injusto, que atesora para sí, y no paga el salario á los demas criados, ni las deudas á los mercaderes y pobres oficiales? ¿Y estos son devotos? Llamadlos iniquos y malvados. Veo otros (San Agustin es quien habla) tan aficionados á rezar, que por ningun caso permiten que les interrumpan las horas que destinaron á este fin ¿Qué diré de estos? ¿Que no rezen? No por cierto. Pero bien les diré, que si son padres de familia no se olviden de su cuidado y asistencia por rezar. Y si están empleados en algun ministerio de la república, les diré, que no dediquen á la oracion las horas que están destinadas al beneficio del público. Veo á muchos, que hacen escrúpulo de no oir misa todos los dias, y aun de no confesarse con freqüencia; y con todo en sus escrupulosas conciencias se descubre una enemistad irreconciliable con sus mas próximos parientes: una dureza que les hace en sus casas fieros, intratables, insufribles. ¡O qué devociones tan mal ordenadas, tan hipócritas! Solo sirven para infamar la verdadera devocion, que prefiere el cumplimiento de los preceptos á la observancia de los consejos.

14. Tambien es desordenada la devocion de aquellos que no la regulan segun su estado. Dios nos da las gracias á proporcion de nuestras obligaciones; y siendo estas tan distintas en los religiosos, y en los que viven en el siglo, es fuerza que tambien lo sean las gracias. En su buen uso, en tomar el punto á la vocacion, en perseverar constantes en el estado á que Dios nos llamó, consiste la verdadera devocion. Querer valerse por capricho de otros medios irregulares para servir á Dios, es pretender invertir el órden de su providencia: es exponerse al riesgo

de

de quedar vencidos del demonio, como lo hubieran sido las estrellas que pelearon contra Sisara, si no hubieran guardado el órden prescrito: [1] *Stellæ manentes in órdine suo, adversus Sisaram pugnaverunt.* Y esto prácticamente sucede en aquellos padres de familias que quieren hacer de anacoretas. No se encargan de educar christianamente á sus hijos: con esto sus pasiones se desenfrenan, miéntras ellos asisten en los hospitales ú oran en los templos. Pero bien pueden clamar: Señor, Señor: [2] *Dómine, Dómine*, que segun dice Jesu-Christo en nuestro evangelio, no entrarán en el reyno de los Cielos, ménos que no se sujeten á hacer la voluntad de su Padre celestial, quien nos manda cumplir ante todas cosas con las obligaciones de nuestro estado, regulando por ellas nuestras devociones.

15. Un exemplar de la mas bien ordenada devocion nos propone Salomon en aquella muger fuerte, cuya vida y acciones nos describe en los Proverbios. [3] Ella dice, teme á Dios: por su acertada conducta merece toda la confianza de su marido: trabaja al mismo tiempo que manda trabajar á sus domésticos: en fin regula los gastos de su casa de suerte, que le sobre para dar muchas limosnas. ¿Y no mas? ¿esta muger no hace milagros? ¿no tiene muchos éxtasis y revelaciones? No, oyentes mios. Todo su elogio se reduce á que teme á Dios, y cumple exâctamente con las obligaciones de su estado. Y con esto es ella misma, á juicio de San Agustin, un milagro mayor que quantos milagros pudiera hacer. Es una heroina tan rara, que para hallarla es menester ir á los extremos de la tierra: [4] *Procul et de últimis fínibus pretium ejus.* ¡O quán léjos están de imitar á esta muger verdaderamente devota y santa las que dexan de hacer lo que deben, llevan perturbada su casa y familia por ir tras sus antojadizas devociones! ¿No habeis visto que un niño, á quien le dan á elegir un libro para que lea, ó una pelota para que juegue, dexa aquel, y toma esta? Pues no hacen otra cosa las

[1] *Judic. v. v.* 10.
[2] *Math. VII. v.* 21.
[3] *Prov. XXXI. v.* 10. *et seq.*
[4] *Ibid.*

las que dexan de hacer lo que las importa, por hacer lo que en tales circunstancias no debieran. Y en verdad, ellas en sus devociones buscan como niños mas su diversion que su provecho. ¡Qué desórden tan pernicioso! ¡Y qué lástima, que se encuentren directores ó confesores que aprueben tan irregular conducta!

16. Guardaos, Oyentes mios, de tales falsos profetas: *Atténdite á falsis prophetis.* Y para conocerlos reparad si os aconsejan como Jesu-Christo aconsejaba á la Samaritana, que adoreis á Dios en espíritu y en verdad, esto es, con una devocion interior y bien ordenada; pues estos son los frutos que manifiestan la verdad de su doctrina, y el buen estado de vuestras conciencias. Y aun para mas aseguraros en negocio de tanta importancia, decid muchas veces con el real profeta: Señor, solo Vos podeis hacer que yo me conozca á mi mismo: [1] *Proba me Deus et scito cor meum.* Haced pruebas en mi corazon, para que vea si hay en él algun ídolo oculto, algun afecto depravado, que os usurpe su dominio. Desterrad de mi entendimiento las sombras del engaño y de la hipocresía, para que vea la virtud, segun es en sí. Y luego haced que os ame sobre todas las cosas, que os sea verdaderamente devoto. Hasta ahora Dios mio, solas las apariencias y exterioridades han hecho de mí un fantasma de piedad, mas propio á irritar vuestra indignacion, que á conciliarse vuestra misericordia; pero ya os pido, Señor, que me inmuteis interiormente por medio de vuestra gracia, para que en adelante os sea fiel en serviros, y fervoroso en amaros, para que viva de vuestro espíritu, y para que ahora mismo arrepentido, os diga, que me pesa de haberos ofendido. Pésame, &c.

[1] *Ps. CXXXVIII. v. 13.*

PLÁTICA LXXXV.

DE LA DOMINICA SÉPTIMA POST PENTECOSTEM.

Atténdite á falsis prophetis, qui veniunt ad vos in vestimentis ovium, intrínsecus autem sunt lupi rapaces. Matth. VII. v. 15.

1. * Los que por su gusto ó por su empleo viviendo en medio del mundo comercian con muchos, están muy expuestos al riesgo de engañarse en el concepto que forman de aquellos con quienes tratan. Porque segun está el tiempo, los hombres por la mayor parte procuran ocultar lo que son, y parecer lo que no son, haciendo con su estudio, si no imposible á lo ménos muy difícil el llegar á conocerlos. Ya en su tiempo, decia San Gregorio, [1] que eran tenidos por sabios los que sabian encubrir con hermosos artificios los feos afectos de su corazon, paliar con buenas palabras sus malvadas intenciones. Era entonces muy apreciable el arte que enseñaba á disimular y á fingir. Pero ahora tiene sin competencia mayor estimacion este arte del que tenia en tiempo de San Gregorio; pues son tan varias las figuras con que aparecen, tan diferentes los papeles que cada dia representan los hombres en el teatro del mundo. ¿No empobrecen hoy los que ayer eran á nuestra vista ricos y opulentos? ¿No se persiguen hoy los que ayer eran amigos? ¿En donde se halla la sinceridad, la buena fe, lo que vulgarmente llamamos honradura? ¿Quán necesaria fuera ahora, si no fuera inútil, aquella linterna con que Diógenes en medio del dia y de Athenas buscaba á un hombre que fuese hombre de bien? ¿Quán conveniente fuera, si fuera posible, el que se pusiera en execucion aquel pensamiento que soñó un filósofo, de que cada uno habia de tener en el pecho una ventana para que estuviera patente su corazon? ¿Quán graves son los daños que

* 21. *de Julio* 1743.
25. *de Julio* 1745.

[1] *S. Greg. Mag. Lib.* x. *Moral. in Job cap.* 12.

que se experimentan en lo natural, y que causa á la sociedad el disimulo, el embuste y la falsedad?

2. Pero aun es mas pernicioso el otro engaño peculiar á los christianos, la hipocresía digo, de que se valen muchos para adquirir fama de santidad. Porque hiere un punto mas delicado y mas sagrado, qual es el de la excelente virtud de la religion, con cuyos actos exteriores pretenden los hipócritas encubrir sus depravadas costumbres. Contra estos embusteros declamó muchas veces la magestad de Christo, y en el evangelio de este dia encargó á sus oyentes que se guardaran de ellos: *Atténdite á falsis prophetis.* Así concluyó el Señor aquel célebre sermon que predicó en el monte: este fue su epílogo, para que se vea quanto deseaba, y quanto os importa el que os guardeis de los falsos profetas: *Atténdite á falsis prophetis.* A ménos que no pongais el mayor cuidado, se malogró en vosotros el fruto de aquel sermon, se hizo inútil la doctrina del evangelio, podeis daros por perdidos. Y en efecto con qué lástima vemos y oimos decir que muchos y muchas por incautas son pasto ó víctimas de los que siendo lobos rapaces, van cubiertos con la piel de ovejas. Guardaos de dar en sus manos ó en sus garras, os dice una y mil veces Jesu-Christo: *Atténdite á falsis prophetis, qui veniunt ad vos in vestimentis ovium, intrínsecus autem sunt lupi rapaces.*

3. No se contentó el Señor con daros el consejo de que os guardeis de los hipócritas, sino que quiso daros señas bastantes para que los conocierais, diciéndoos que atendierais á sus frutos, ó á sus obras [1]: *Ex fructibus eorum cognoscetis eos.* Son las obras de los hipócritas las mas perversas; porque directamente quebrantan los dos fundamentales preceptos de nuestra santa ley, que son el amor de Dios, y del próximo. Es la hipocresía injuriosa á Dios, y perniciosa al próximo. Es injuriosa á Dios por el ultrage que le hace. Es perniciosa al próximo por el perjuicio que le ocasiona. Uno y otro intento haceros ver en las dos partes de mi plática; para que poseidos del horror de tan enorme delito, procureis huir de los hipócritas, y evitar la hipocresía: *Atténdite á falsis prophetis.*

[1] *Matth. VII. v. 20.*

Primera parte.

4. Paraque conozcais á los hipócritas, bastará, Señores, pintarlos del modo que los pintó Jesu-Christo en persona de los fariseos. Ellos, decia, son en la apariencia devotos, religiosos: pero en realidad su devocion es política, su religion remedo, su piedad monería, su virtud una sombra, baxo la qual como que se sientan para coger el honor y la gloria que es el fruto de la virtud verdadera. A eso aspiran, á la fama de virtuosos, sin querer llevar la costa ó el trabajo de merecerla. Por mas que los veais, decia Hugo de San Victor, con los brazos extendidos en forma de cruz, nada mas aborrecen que la cruz. Por mas que se expongan á vuestros ojos como muy desasidos, muy descuidados de sí propios, abrigan en su pecho un amor particular, una gran complacencia de sí mismos: siendo juntamente los ídolos, y los idólatras.

5. ¿Oran, rezan largas oraciones? Es para ser vistos. [1] ¿Dan limosna? Para ser alabados. ¿Ayunan? Por parecer austeros. Algunas veces visitan las primeras casas para ser estimados: otras se retiran para ser mas atendidos. Aunque mas ásperos que Ismael, aparecen risueños como Isaac. Aunque mas iracundos que Esau, contrahacen la voz apacible de Jacob. Tal vez corrompidos de aquel pecado carnal que San Pablo tiene vergüenza de nombrar, toman el ayre de espirituales y modestos. Peores que aquellos idólatras que colocaron en Belen la estatua de Adonis, sacrifican á sus detestables correspondencias el Dios de la pureza. Buscan á Jesus en la casa del pan sacramentado; pero es con la misma intencion depravada con que Herodes le buscaba en Belen recien nacido para matarle. Se acercan con freqüencia á la mesa del Señor; pero es con el mismo maligno espíritu con que Judas se sentó para venderle.

6. Este es, Señores, el retrato que hizo Jesu-Christo de un hipócrita. Miradle bien. Reparad que es artificiosa

[1] *Matth. VI.*

ciosa la uniformidad en sus acciones, estudiado el arte en sus palabras, ninguna la sinceridad, grande el cuidado en ocultar lo que es; y luego con estas señas conociendo que es hipócrita apartaos de su compañia: *Attendite á falsis prophetis.* Y sobre todo, procurad no serlo; pues el mismo retrato que habeis visto os manifiesta quán horrible es la hipocresía, quan sangriento es el ultrage que hacen á Dios los hipócritas. Los demas pecadores al parecer conservan algun respeto hácia Dios: como que le injurian á medias. El mentiroso ofende su veracidad, el impuro su pureza, el vengativo su dulzura, el iracundo su paciencia, el maldiciente su caridad, el avaro su liberalidad y misericordia. Pero el hipócrita ofende á Dios en todos sus atributos y perfecciones, en la simplicidad, en la santidad, en la sabiduría, en la grandeza, en la gloria, y con esto se hace reo en los crímenes de todos los pecadores.

7. Dios es simple sencillo en su esencia, verdadero en sus palabras: es la sencillez y la verdad misma. Pero el hipócrita siempre doble, siempre mentiroso, es la doblez y la misma mentira. En Dios todo es real, todo sincero: en el hipócrita todo aparente, todo falso. Es una fantasma, un monstruo compuesto de falsas virtudes y vicios verdaderos. El mismo reconociéndose desnudo de buenas obras, busca como Adan para cubrirse las hojas de la virtud que no tiene; ó segun se explica el Nazianceno busca apariencias de piedad, para disimular las faltas de su corazon: del mismo modo que una muger fea y vana recurre á los afeytes, para disimular las de su rostro. Así como, decia San Basilio, un comediante para salir á las tablas se transforma y desfigura: así tambien el hipócrita, quando piensa que le ven, procura parecer otro de lo que es y parece quando no le miran. Devoto y mortificado en la Iglesia, impio gloton en su casa. Humilde hiere su pecho á los pies de un confesor, fiero soberbio maltrata á sus domésticos. Así todo contradicciones se opone á la inefable simplicidad de nuestro Dios.

8. No es menor que este el ultrage que hace el hipócrita á la sabiduría de Dios. Dios, decia San Agustin,

todo es ojos, con que todo lo ve: todo es oidos, con que todo lo oye: todo es manos, con que todo lo escribe: todo es pies, con que todo lo anda. No hay espesas tinieblas, que no aclarezca: secretos ocultos, que no descubra: profundos abismos, que no sondee: retiradas soledades, que no penetre: implicados movimientos del corazon, que no desdoble. Bien puede Adan esconderse, que Dios sabe donde está, y lo que hace. Bien pueden aquellos malditos viejos decirle á Susana que nadie les ve, para inducirla á que condescienda en sus torpes deseos: que ella sabe como Dios los mira [1]. Bien puede la muger de Putifar creerse sola para declararle á Josef su infame amor: que él sabe que no está solo, sino que Dios le acompaña, y le asiste para que huya [2]. Y yo Señor, os digo con el real profeta, que desde léjos veis mis pensamientos, seguís mis pasos, y desatais los intrincados ñudos de mi mala vida: [3] *Intellexisti cogitationes meas de longe, sémitam meam, & funículum meum investigasti.*

9. Pero muy de otra suerte que David hablan los hipócritas. Y no se contentan con hablar, sino que obran como si Dios fuera ciego y ignorante, haciendo la mayor injuria á su sabiduría. Decidme, hipócritas: ¿ó creeis que Dios os ve y os oye; ó no lo creeis? Si no lo creeis, haceis á vuestro Dios semejante á aquellos ídolos, simulacros de oro y plata, de quienes decia el real profeta, [4] que tienen ojos y no ven, oidos y no oyen, pies y no andan. Si creeis que os ve y os oye, ¿de qué sirven esas exterioridades y apariencias de virtud: esas ficciones y embustes? ¿Aspirais á engañar á los hombres, para alcanzar entre ellos la estimacion que no teneis con Dios? Confieso que no injuriais su sabiduría, pero le ultrajais en otro atributo, en su honor y gloria. Dios dixo por boca de Moyses, que su gloria á nadie la daria, y quiso que todas las criaturas se la dieran. Los cielos la anuncian con la perpetua admirable uniformidad de su movimiento, la tierra con la estupenda diversidad de sus producciones, y to-

[1] *Dan. XIII. v. 20.*
[2] *Gen. XXXIX.*
[3] *Ps. CXXXVIII. v. 3.*
[4] *Ps. CXIII. v. 12. et seq.*

todo el universo con la hermosa varia distribucion de sus partes. Pero como todas estas voces que publican la gloria de Dios son inanimadas é imperfectas: crió al hombre, dice Filon Hebreo, para que lo executara de un modo mas digno, dirigiendo á ella, como á su último fin, todos los movimientos de su lengua, de su corazon y de su espíritu. Esta es vuestra primer obligacion, ó criaturas racionales que nada teneis que no provenga de Dios, y que no deba ordenarse á Dios. Por eso es tan enorme la injuria que le haceis los que hipócritas en lugar de su gloria apeteceis la vuestra. Faltais á vuestra primer obligacion, y perturbais el órden y el fin de las cosas mas santas y consagradas á Dios.

10. Porque ¿ no os manda Dios que os exerciteis en la oracion, para que reconozcais en ella su soberanía, y protesteis vuestra dependencia ? ¿ No se dirige el ayuno y la penitencia á aplacar su indignacion ? ¿ No se ordena la limosna á conciliaros su misericordia ? ¿ Pero qué fin os proponeis vosotros, ó hipócritas, en vuestras oraciones, ayunos y limosnas ? Orais en el templo, para ser vistos: ayunais, por parecer austeros: dais limosna, para ser aplaudidos. Y así sobre privaros con vuestra hipocresía del fruto que traen consigo estas buenas obras, le quitais á Dios la gloria que debierais darle con ellas, por atribuírosla á vosotros propios. Le usurpais lo que mas aprecia y zela: [1] *Gloriam meam álteri non dabo.* Haceis al Señor la mayor injuria, y ocasionais á vuestros próximos el mayor perjuicio, como vereis en la

Segunda parte.

11. Si Jesu-Christo se hubiera contentado con reprehender á los escribas y fariseos que deshonraban á Dios, honrándose á sí mismos: que sin guardar los mandamientos de la ley, hacian vanidad de llevarlos escritos en sus vestidos; y que sin ser dignos por su santidad y sabiduría, pretendian ocupar los primeros puestos en las sinagogas: tu-

[1] *Isaiæ* XLII. *v.* 8.

tuviéramos motivo para creer que toda su malicia se reducia á una vana sacrílega ostentacion, y que siendo el amor de la gloria la pasion que les dominaba era solo Dios el ofendido. Pero quando reparamos que maldice á los escribas y fariseos, [1] acusándoles el que baxo la capa de devotos se comen las haciendas de los huérfanos y de las viudas: que por llevarse las ofrendas, inspiran á los hijos el que sean desobedientes á sus padres: que miéntras erigen sepulcros á los profetas difuntos, persiguen de muerte á los vivos por las verdades que les dicen: que mientras pagan con nimia puntualidad los diezmos, quebrantan la justicia, la fe y la misericordia: quando reparamos, digo, en estos cargos, comenzamos á mirar á la hipocresía como un pecado el mas pernicioso al próximo, como una fuente venenosa de perfidias, violencias, detracciones, ódios, venganzas, homicidios.

12. Lo que San Agustin [2] dice del amor del deleyte, puede apropiarse muy bien á la hipocresía. Aquel santo padre pinta al amor del deleyte sentado sobre un trono, desde donde manda á todas las pasiones. A la lascivia manda que se cebe en los gustos sensuales: á la ambicion, que se satisfaga de las pompas mundanas: á la avaricia, que recoja riquezas: á la prodigalidad, que las derrame: á la gula, que las emplee en los mas exquisitos manjares. En el pensamiento de San Agustin, el amor del deleyte es como un monarca, que avasalla al corazon, y mueve á todas sus pasiones para que concurran al logro de su designio. Pues asimismo podemos decir que la hipocresía domina á todos los vicios, haciendo que se escondan, y aun se sirve de las virtudes para la execucion de su proyecto. Sinceridad aparente, devocion, misericordia, todo lo emplea el hipócrita para sorprehender á su próximo, y perderle.

13. Qualquier hipócrita á primer vista os parecerá sincero, ingenuo, digno de que conteis sobre su palabra. Pero deteneos, y conocereis que es ceremoniosa su aber-

[1] *Matth. XXIII. v. 14. & seq. Lib. V. cap. 20.*

[2] *S. August. De Civit. Dei,*

abertura, y que tira á engañaros con ella para hacer su conveniencia. ¿Quien no creyera que venian de muy léjos los Gabaonitas al verlos llegar rotos y estropeados? [1] Josué sobre ser tan advertido se lo persuadió, y que era recta la intencion con que le pedian su alianza. Pues no estaban sino dos jornadas distantes del exército de Israel, y lo disimularon tan bien para sacar un buen partido. ¿Quien no creyera que Absalon era muy compasivo, al verle que puesto á la puerta del palacio saludaba y abrazaba á todos los pretendientes, ofreciéndoles su proteccion, y lastimándose de su desamparo [2] ? Pues no era otro su ánimo que el sublevar al pueblo, y quitarle á su padre David la corona y la vida.

14. ¿Quién no se fiará (permitidme que haga anatomía de los hipócritas de nuestros tiempos) quién no se fiará de aquel que modera los gastos, tiene muy recogida á su familia? Pues regatea á sus hijos las precisas asistencias, los salarios á sus criados, y el jornal justo á sus oficiales. ¿Quién no alabará la conducta de la otra, que huye de los concursos profanos y peligrosos, se lamenta de la relaxacion de las costumbres? Pues con eso se toma la licencia de murmurar de todos. ¡Ah hipócritas! ¡qué maligno es el arte con que os valeis de la apariencia de las virtudes en perjuicio de los próximos! Guardaos, Oyentes mios, de ser presa de esos lobos rapaces, que van vestidos con la piel de ovejas: *Atténdite á falsis prophetis.*

15. Pero no quisiera, Señores, que confundierais á los hipócritas con los verdaderos virtuosos. No quisiera que por huir el extremo de la sencillez, dierais en el de la malignidad. No. No habeis de ser temerarios en vuestros juicios. Atended, reparad muy bien las señas que os dió Jesu-Christo de los hipócritas, para que reconocidos con certeza os guardeis de ellos. Y sobre todo, como os decia en la primera parte, poned el mayor cuidado en que no prenda en vosotros el vicio de la hipocresía. No so-

[1] *Josue* IX. *v.* 4. *& seq.* [2] *II. Reg.* XV. *v.* 3. *& seq.*

solo porque es injurioso á Dios, pernicioso al próximo, y digno de que Jesu-Christo fulminara terribles maldiciones contra él; sino porque es muy dificil alcanzar el perdon.

16. En la sagrada escritura hallamos lascivos convertidos, publicanos santificados, ladrones absueltos; pero ningun hipócrita arrepentido. Porque segun enseña San Gregorio, los hipócritas ponen obstáculos á su conversion. De los medios para alcanzarla, el primero es quererla de veras, y esta voluntad sincera de ser justos jamas la tienen los hipócritas, contentos con parecerlo: *Sanctus non appetit esse, sed vocari.* El otro medio para convertirse es una humilde disposicion para recibir con gusto los avisos y correcciones de otros, las que no pueden sufrir los hipócritas: empeñados á hacer creer que son santos, se irritan apénas alguno les echa en rostro sus vicios. Ántes, concluye San Gregorio, querrán quedarse muertos, que ser reprehendidos: *Paratior mori quam córripi.*

17. Procurad, Fieles mios, no dar entrada en vuestro corazon á la hipocresía, rechazadla con las virtudes opuestas. La hipocresía busca la vanagloria: haced un generoso sacrificio de la vuestra. Ella quiere agradar á las criaturas: vosotros al criador. Ella se vale de artificios para perder á otros: vosotros emplead vuestros talentos en beneficio ageno. Semejante á la higuera que Jesu-Christo maldixo tiene pomposas hojas, pero no tiene fruto: dexad las hojas, y llenaos de frutos de buenas obras. El hipócrita clama: Señor, Señor, *Dómine, Dómine*; pero no piensa en hacer la voluntad del Señor: vosotros decid con David, que le ofreceis en holocausto vuestra voluntad llena del meollo de su amor: [1] *Holocausta medulata ófferam tibi.* Hagan otros voto, decid con San Agustin, de erigir altares, de ayunar, de rezar, que nosotros os le hacemos, Señor, de nuestra propia alma. Os la ofrecemos, Señor, y queremos ofrecerla de modo que os sea agradable. Léjos de nosotros la

[1] *Ps. LXV. v. 15.*

la levadura farisáyca, la doblez, el engaño: nos confesamos á vuestros pies reos de innumerables delitos: os pedimos humildemente perdon. Pésanos, dulcísimo Jesus, de haberos ofendido. Os adoramos, Redentor nuestro, en espíritu y en verdad. Queremos vivir en vuestra gracia, &c.

PLÁTICA LXXXVI.

DE LA DOMINICA SÉPTIMA POST PENTECOSTEM.

Non omnis qui dicit mihi Dómine, Dómine, intrabit in regnum cœlorum, sed qui facit voluntatem Patris mei. Matth. VII. v. 21.

1. * En las primeras cláusulas del evangelio de este dia nos encarga la magestad de Christo, que nos guardemos de los falsos profetas: [1] *Atténdite á falsis prophetis.* Y por falsos profetas entienden los santos padres á los hereges, que con la apariencia de buenos christianos, ó segun la frase de Jesu-Christo, con la piel de ovejas, introduciéndose en el rebaño de la Iglesia, como lobos rapaces le devoran. Pero esto que es comun á todos los hereges, parece peculiar y propio de los de los últimos siglos, Lutero, Zuinglio, Calvino y otros. Pues del mismo modo que renovaron casi todas las heregías antiguas: así reunieron en sí todas las malignas artes de que se valieron los antiguos heresiarcas para pervertir á los fieles. ¡Cómo aparecieron disfrazados con la piel de ovejas! ¡Cómo dieron á entender que no predicaban sino el evangelio puro, y que solamente pretendian la reforma de la doctrina y costumbres que suponian depravadas en la Iglesia Romana! ¡Y qué apriesa, con el plausible nombre de evangélica y reformada, que atribuyeron á su religion, la esparcieron por toda la Europa¡ Tanto se acercó á los Pirineos el fuego de la heregía, que saltando á es-

* 17. *de Julio* 1746. [1] *Matth. VII. v.* 15.

esta parte de España algunas centellas, se vieron llamas, que hubieron de sofocarse con otras llamas.

2. Pero ya, gracias á Dios, y gracias á la custodia, ó digámoslo así, á los ladridos de los zelosos mastines de la fe, están léjos de España, y ahuyentados al norte los lobos descendientes de Lutero y Calvino. De suerte, que no es necesario que os les dé á conocer, para que os guardeis de ellos. Mas no pienso que fuera inútil hablaros en esta ocasion de los Molinistas. Porque son no solo peores, sino mucho mas dificiles de conocer que los Luteranos y demas hereges, por motivo de que siendo en realidad los mas carnales carniceros lobos, afectan ser en el semblante, en palabras, acciones, en todo espirituales. Y por otra parte (con harto dolor lo digo) cada dia estamos viendo las mas impuras llamaradas ó humaradas del molinismo, que empañan el ayre, y obscurecen el honor de nuestra España: dando motivo para que sus émulos digan que la pureza de la fe de los españoles es mas efecto del temor del castigo, que del amor de la verdad; porque son capaces de abrazar los mas extravagantes detestables errores aquellos que llegan á caer, y se revuelcan en el obceno, sucio, abominable cieno del Molinismo.

3. No fuera pues, vuelvo á decir, inútil hablaros de una heregía, que habiendo comenzado en tiempo y á vista de nuestros padres, todavía, como la culebra baxo la yerba, se oculta baxo el especioso disfraz de la espiritualidad ó mística teología. Y no fuera ageno de este lugar y de mi ministerio; pues desde el púlpito todos los antiguos sabios prelados de la Iglesia refutaron las heregías de su tiempo. ¿Pero qué he de deciros? ¿He de haceros patente, á imitacion de aquellos venerables padres, la falsedad de los errores de Molinos? Era menester que os predicara tantos sermones, como predicaron San Atanasio contra Arrio, San Basilio contra Apolinar, S. Juan Chrisóstomo contra Eunomio, y San Agustin contra Pelagio. Me contentaré pues con advertiros, que los Molinistas pretenden ir y llevar á sus sequaces al cielo por una cier-

cierta pretendida aniquilacion de sus sentidos, por un atajo desconocido de la antigüedad, y del todo opuesto al camino real de la práctica de las virtudes, y de la observancia de los divinos mandamientos. Porque allá en su imaginacion se fingen una vida toda interior, independiente de las obras exteriores con que nos exercitamos en las virtudes, y guardamos los mandamientos de la ley de Dios. Fíngense tambien un amor puro de Dios, sin mezcla del temor del castigo, ni de la esperanza del premio. Y hablando un lenguage elevado, se hacen imperceptibles para acreditarse mas perfectos.

4. Pero esa misma obscuridad, y esa misma extravagancia que los aparta del cámino trillado de los mandamientos, por donde corrieron y llegaron David y los santos al término de la eterna felicidad, bastan para que, Señores, los conozcais, y les tengais aquel horror que se merecen. Y así sin detenerme mas, paso á descubriros otro engaño no ménos pernicioso, y mas universal que el de los hereges: qual es el de aquellos que sin hacer la voluntad de Dios, con solo decir Señor, Señor, piensan adquirir el reyno de los cielos. Porque tal vez muchos de vosotros estareis comprehendidos en esta especie de engaño, y será conveniente haceros ver que sois hipócritas indignos de salvaros, miéntras que con las obras desmentís vuestras palabras: *Non omnis qui dicit Dómine, Dómine, intrabit in regnum celorum, sed qui facit voluntatem Patris mei.* Pero para mayor instruccion vuestra, y para mayor claridad, dividiré con el venerable y mi venerado P. M. Fr. Luis de Granada, á la hipocresía en carnal y espiritual. Llamo hipocresía carnal á la de aquellos que ostentan las riquezas que no tienen. Y llamo espiritual á la de aquellos que afectan la virtud que no tienen. De aquella hablaré en la primera parte de mi plática, y de esta en la segunda.

Primera parte.

5. Por mas que los filósofos estoycos se difundieran en alabanza de la pobreza, y en el vituperio de las riquezas,

zas, no pudieron conseguir que sus discípulos prácticamente les creyeran, prefiriendo la pobreza á las riquezas. Antes bien leemos que Séneca, y otros de los mas célebres maestros de aquella filosofia, no quisieron ser pobres, sino que procuraron por todos los medios posibles hacerse ricos. Pero es de admirar, que lo que no pudieron conseguir los filósofos de los gentiles, no lo consiguiera Christo señor nuestro de los christianos. Es de admirar que no queramos ser pobres, siendo así que nuestro divino maestro lo fue, nos exhortó á que lo seamos, y prometió la eterna bienaventuranza á los que lo fuesen. ¡ O qué dura resistencia encuentra en nuestro corazon el amor de la pobreza! Tanto exemplo, tanta persuasion, tanta recompensa, no solo no basta á inducirnos á que queramos ser pobres; sino que todavía los christianos los miramos con los mismos ojos, y con la misma ignominia con que los miraban los hombres al tiempo en que el eclesiástico decia: Habla el pobre, y todos preguntan ¿ quién es este ? y hablando con cordura, no le dan oidos. Habla el rico, y todos callan; y hablando desatinos, los celebran: [1] *Locutus est pauper, & dicent: Qui est iste? Locutus est dives, & omnes tacuerunt.*

6. Y de ahi, Señores, de este vil concepto que hacemos de los pobres, y del vehemente deseo que tenemos de la propia gloria y excelencia, nace el que los hombres por lo regular ocultan la pobreza que padecen. Porque ¿ quántos sin tener en casa un bocado que ponerse á la boca, andan por esas calles con un vestido muy lucido, y quizas galoneado ? ¿ Quántos están en sus casas pereciendo por no echar á la calle su pobreza ? Y no hay que hablarles de que procuren ganarse la comida trabajando con sus manos, sirviendo á algun señor, ó que á mas no poder se recojan á la casa de la misericordia. Ni aun se les puede decir que den á sus hijos algun oficio mecánico, para que despues tengan que comer. Porque airados responden: nos criamos en buenos pañales, y nuestra calidad, y la decencia no nos permiten executar

[1] *Eccli. XIII. v. 28. & 29.*

tar semejante baxeza. ¡ Qué locura ! ¿ Vuestra calidad ? Volved atrás dos generaciones, podré decir á muchos, y encontrareis á vuestros abuelos exercitando este mismo ficio mecánico, que no quereis tomar para vosotros, ni dar á vuestros hijos. Pues ha de ser bueno que ellos por haber experimentado propicia la fortuna pasaron del trabajo al descanso, y que vosotros experimentándola adversa ¿ no habeis de volver del descanso al trabajo ? ¿ Qué sois como los cuerpos leves, que con facilidad suben, con dificultad baxan ? ¿ Vuestra calidad ? Demos que sea muy ilustre; pero no será tanto como la de Adan, hijo inmediato del mismn Dios, y sin embargo se hubo de ganar la comida con el sudor de su rostro. No lo será tanto como la de Jesu-Christo, y sin embargo trabajó de carpintero hasta la edad de treinta años. ¿ Vuestra calidad, vuestra decencia ? Decid mas verdad; la soberbia y la holgazanería es la que no os dexa manifestar vuestra pobreza, ni sujetaros al trabajo.

7. No puede pareceros, Señores, que esta hipocresía ó disimulo de la pobreza, de que os hablo, sea un defecto mas político que christiano. Porque estais viendo que muchos por no querer socorrer su necesidad con el trabajo, vienen á parar en embusteros, moatristas, y aun en ladrones; y que muchas por no perder un honor aparente sirviendo en alguna casa honrada, pierden el honor verdadero, dando en la suya entrada á los que se le quitan. Y no podeis dexar de conocer, Oyentes mios, que esta hipocresía, ó empeño que hacen los hombres de ostentarse mas ricos de lo que son, es la causa del mayor trastorno de la república en lo político y en lo christiano. Porque ? no es trastorno culpable el que no haya en el trage de las personas aquella distincion que corresponde á la diferencia de sus estados ? ¿ Que el plebeyo haya de vestir como un noble, el noble como un título, el título como un príncipe ? Y este trastorno ó profusion ¿ qué de pecados acarrea ? ¿ Qué discordias en las familias, qué fraudes, qué engaños, qué opresiones de los próximos ?

8. ¿ Quántos patrimonios se menoscaban, y aun se ar-

arruinan, porque una muger loca quiere rozar la gala que no puede, ó tener las visitas que su posibilidad no permite, por no descaecer de aquel punto en que la puso Dios, segun ella dice, y segun es la verdad, su antojo ó su soberbia? ¿Quántos dexan de dar limosna, porque no ciñéndose á lo preciso, gastan mas de lo que pueden en lo superfluo? ¿Y no pecan? Mortalmente, Oyentes mios, á ménos que no digamos que tuvo razon aquel en excusar á los príncipes de la obligacion de dar limosnas, permitiendo que la vanidad de cada uno pusiera la medida á la decencia de su estado. ¿Quántos contraen deudas, que no pueden satisfacer? ¿Y Quántos despues de contraidas voluntariamente, se imposibilitan para pagarlas? ¿Y no pecan? Consultándolo con su conciencia, diré que no; pues ni les remuerde, ni escrupuliza. Pero consultándolo con la justicia, diré que sí; porque los que piden prestado dinero, con el conocimiento de que no pueden volverle, fraudulentamente le quitan. Y los que no hacen todo lo que pueden por pagar lo que deben, aunque sea á costa de cercenar gastos, aunque sea á costa de la mayor incomodidad, retienen injustamente lo que no es suyo. Con que unos y otros son en buen romance ladrones.

9. ¡O qué de inducciones podeis hacer, Oyentes mios, segun estos principios! ¡Qué de funestas conseqüencias podeis sacar de estos antecedentes! Pero suspended el discurso, y ocupaos, en llorar amargamente las culpas de los que no conociéndolas no están en estado de enmendarlas. Pues ellos rien, se pasean, se divierten, mientras el pobre oficial gime, y padece de hambre. Ellos no sienten el dogal que oprime al pobre, ni sienten el peso de sus propias culpas; pues confiesan, comulgan, y no se arrepienten. Porque no sé qué resplandor tiene el fausto, que deslumbra á quantos comenzaron á ostentarle, y les embelesa de suerte, que ántes que á regularle, les obliga á hacer bancarrotas, ó á sacar moratorias. Por eso os aconsejo con San Pablo, Fieles mios, que moderados en gastar lo preciso, jamas excedais de los límites de vuestra posibilidad. Temed los daños que causa la hipocresía carnal, y oid como comienzo á hablaros de la espiritual. *Se-*

Segunda parte.

10. Poco trabajo me costara traducir en español la pintura que hizo San Gerónimo de ciertos hipócritas, que en su tiempo fingiéndose devotos, iban engañando las matronas de Roma para enriquecerse. Pero ó sois mas delicados, ó mas maliciosos de lo que entónces eran los christianos. Porque sin duda al oirme, ó vuestra delicadez se ofendiera, ó vuestra malicia sospechara que pretendia con las palabras de San Gerónimo quitar la fama que muchos tienen en el pueblo de virtuosos, equivocándose estos en el exterior con aquellos á quienes pintó el santo. Por eso omitiendo hablaros de esta especie de hipocresía, os ruego que segun el consejo de Jesu-Christo, hagais juicio de vuestros próximos por sus buenas ó malas obras, sin querer averiguar sus interiores, cuyo conocimiento se reservó á sí la perspicacia de nuestro Dios. [1] *Ego Deus scrutans cor.* Y sobre todo os ruego, que pongais los ojos en vosotros mismos, y procureis conoceros: que tal vez os hallareis en el número de aquellos hipócritas, que á poca costa piensan adquirir el reyno de los cielos.

11. Tal vez direis muchas veces, Señor, Señor, Ave María, Ave María. Tal vez emplearéis muchas horas del dia en rezar, en leer, en oir la divina palabra, en asistir al sacrificio de la misa. Pero si á mas de esto, en que encontrais muy poca ó ninguna dificultad, no haceis en todo la voluntad de Dios, sois hipócritas, y no entrareis en el reyno de los cielos. Porque es decisiva la sentencia de Jesu-Christo en el evangelio: *Non omnis qui dicit Dómine, Dómine, intrabit in regnum cœlorum, sed qui facit voluntatem Patris mei.* Y en hacer la voluntad de Dios se comprehenden los exercicios de todas las virtudes; pues Dios en todas quiere que nos exercitemos para que seamos santos, y podamos entrar en el reyno de los cielos, bastando sola la mancha de un vicio para cerrarnos la puer-

[1] *Jerem. XVII. v.* 10.

puerta de aquella habitacion de espíritus purísimos. Y así á ménos que no seamos misericordiosos con los pobres, humildes, sufridos en los trabajos, á ménos que no perdonemos á nuestros enemigos, y crucifiquemos nuestra carne con sus vicios y deseos, á ménos que negándonos á nuestra propia voluntad, no la sujetemos en todo á la divina, no conseguiremos el reyno de los cielos.

12. ¡O santidad christiana, ó reyno de los cielos, qué costa nos llevais en adquiriros! No en vano el Señor poco ha dixo [1], que es estrecha la senda que guia, y angosta la puerta por donde se entra en el cielo. No en vano comparó su reyno á aquella preciosa margarita, que para comprarla es menester que venda quanto tenga [2], y aun que me deshaga de mí mismo. No en vano, sino con mucha razon, nos dió á entender la gran dificultad que tiene el conseguir la gloria. Porque ¿como podia ser una preciosa corona, un premio inefable de la justicia de Dios, si no hubiera de costarnos el mayor trabajo? ¿Cómo pensais que la adquirieron aquellos patriarcas Abraan, Isaac y Jacob, de quienes hace mencion la Iglesia en sus sufragios por las almas: cómo pensais que entráron en aquel seno que llamamos suyo, sino por el camino de las penas y tribulaciones? Leed sus vidas, y los vereis en todo su discurso peregrinando por distintas regiones, sin tener en alguna de ellas domicilio fixo, ni descanso seguro. Vereis á Abraan afligido con la esterilidad de Sara, y despues mucho mas con la muerte que miraba próxima de su hijo Isaac. Vereis á Isaac ciego y atribulado con la discordia de sus dos hijos, y con la ausencia de Jacob. Vereis á Jacob prófugo de su casa, maltratado en la de su suegro Laban, é inconsolable con la pérdida de Josef. Pero los hallareis á todos siempre fieles, obedientes á la voluntad de Dios.

13. Y estos exemplares os los he acordado, Señores, para que no penseis adquirir el reyno de los cielos diciendo Señor, Señor, y haciendo solamente aquello en que no encontrais dificultad. Pues no habeis de ser de mejor con-

[1] *Matth. VII. v. 14.* [2] *Matth. XIII. v. 46.*

condicion que aquellos tres patriarcas que fueron los mas estimados de Dios, sino que á imitacion suya debeis continuamente ir superando las dificultades que encontrareis en el exercicio ó camino de las virtudes. Pero aunque las supereis todas, aun os queda que practicar otra diligencia, qual es la de dirigir vuestras obras al fin de la gloria de Dios, ó del provecho del próximo. Porque sin esto, sin esta recta intencion sereis tan hipócritas como los fariseos, que todo lo hacian, segun dixo Jesu-Christo, para que los hombres los vieran y alabaran. Y es tanto mas grande el peligro que teneis de dar en el escollo de esta hipocresía, quanto es mas vehemente y oculto el impulso con que el amor propio os lleva hácia la vanagloria. No puede pues ser mayor el peligro; porque no puede ser mas vehemente y oculto el impulso del amor propio que se mezcla en vuestras oraciones, limosnas y demas exercicios de piedad, y torciéndolos hácia vuestra conveniencia ó vanagloria, los malea é inutiliza. Del mismo modo que aquel gusanillo del Líbano penetró el tronco del cedro, y llegando hasta la medula, le mató: así el amor propio se introduce en vuestro corazon, y corrumpiendo su intencion, espiritualmente le mata. Y lo peor es, que lo executa con tal arte y disimulo, que vosotros mismos no lo conoceis, mintiéndoos, como dice San Gregorio [1], y dándoos á entender que en vuestras buenas obras amais lo que ciertamente no amais: *Sæpe mens sibi mentitur & fingit de bono ópere amare quod non amat.*

14. Y en prueba de esta verdad refiere el santo doctor un terrible raro suceso. El santo obispo Fortunato, dice, lanzó del cuerpo de un hómbre al demonio, quien por vengarse, vistiéndose de peregrino, se fue por las calles de la ciudad gritando: Vuestro obispo Fortunato, ese varon que llamais santo, mirad lo que ha hecho: me ha echado de la posada que tenia, y no encuentro otra en donde recogerme. Entónces un ciudadano al oirle, y al parecer compadecido le hospedó en su casa, y haciéndole sen-

[1] *S. Greg. Mag. Dial. Lib. 1. cap. x.*

sentar á la lumbre en que estaba con su muger y su hijo, se puso á hablar con él en buena conversacion; pero á poco rato aquel maligno espíritu entrándose en el cuerpo del niño, le arrojó á las llamas, y le quitó la vida. En este caso no es de extrañar, Señores, que el demonio fuese ingrato al beneficio; pero sí el que Dios le permitiera serlo. Por eso San Gregorio haciendo reflexion, discurre que aquel hombre hospedó al fingido peregrino, mas que por socorrerle, por sugilar al obispo, ó por la vanidad de excederle en la misericordia, y que Dios castigó la depravada intencion con que hizo aquella obra al parecer buena. Y castigará quantas hiciereis con otro fin que el de la gloria de Dios y provecho de vuestros próximos.

15. Siempre pues que hagais una obra que sea de sí buena, averiguad el fin que os mueve á hacerla, y descubriendo ser el de vuestra conveniencia ó vanagloria, retractad la intencion, rectificadla; porque de otra suerte, en lugar de merecer, desmereceis y pecais. ¡O quántas obras que nos parecen buenas, exâminadas á esta piedra de toque, Oyentes mios, las encontraremos malas! ¡O quánta vigilancia y cuidado debemos poner en que no nos engañe el amor propio! ¡Quánta necesidad tenemos, Dios mio, de que nos inspireis aquel espíritu que pedia David! [1] *Spíritum rectum ínnova in viscéribus meis.* Dadnos pues, Señor, por vuestra infinita bondad un espíritu recto, que dirija nuestras acciones al fin de vuestra mayor gloria. Arrancad de nuestras entrañas al espíritu del engaño y de la hipocresía, y introducid en ellas al espíritu de la sinceridad y de la candidez christiana, que no permitiéndonos disimulos, nos haga mostrar humildemente á los hombres lo que somos: *Spíritum rectum ínnova in viscéribus meis.* Dadnos, Señor, un espíritu de compuncion, con que postrados á vuestros pies, y arrepentidos confesemos nuestras culpas. No tenemos, Señor, vergüenza de decir que somos pecadores: vergüenza y dolor tenemos de haberlo sido. Nos pesa de haberos ofendido. Esperamos el perdon de vuestra misericordia, &c.

JA-

[1] *Ps. L. v.* 12.

JACULATORIAS.

16. ¡ Dulcísimo Jesus, amabilísimo maestro! ¿ Qué gracias debo daros porque me enseñasteis á serviros, y á ser verdadero devoto, verdaderamente virtuoso? De no haberlo sido hasta ahora, digo que me pesa de lo íntimo del corazon.

¡ Dulcísimo Jesus! No os agradais de apariencias y exterioridades. Quereis que os adore en espíritu y en verdad; pero no podré si no me asistís con vuestra gracia: dádmela, Señor: misericordia, Dios mio, misericordia.

¡ Benignísimo Jesus! Inmutad mi corazon, para que viva de vuestro espíritu, para que sea fiel en serviros, fervoroso en amaros, para que arrepentido os diga que me pesa de no haberlo sido. Perdonadme, Señor, misericordia.

PLÁTICA LXXXVII.

PARA LA DOMINICA OCTAVA POST PENTECOSTEM.

DE SAN CAYETANO.

Ne sollíciti sitis ánimæ vestræ quid manducetis, neque córpori vestro, quid induâmini. Matth. VI. v. 25.

1. * Nuestra madre la Iglesia, gobernada por el Espíritu Santo, tiene dispuesto que no solo en las dominicas, en las témporas, y en las festividades en que adoramos alguno de los divinos misterios; sino que tambien en las que veneramos la memoria de los santos, se canten algunas cláusulas del evangelio que escribieron los evangelistas. Y con admirable acierto distribuyendo ó colocando, al modo de la gerarquía celeste, en diferentes coros á aquellas almas que pasaron á ser ciudadanos del cie-

* 7. de *Agosto* 1740.

cielo, señala un evangelio comun á cada uno de ellos; y en verdad muy propio para celebrar el zelo de los apostoles, la fortaleza de los mártires, la pronta obediencia de los confesores, y la cándida pureza de las vírgenes. Pero como la infinita santidad y gracia de Dios, segun se explica San Pedro, se comunica en distinta forma á cada uno de los santos: [1] *Multiformis gratia Dei*, cada uno de ellos tiene un don y un mérito especial, que distinguiéndole de todos los otros, le sirve de divisa y de carácter. Por eso es muy dificil que un predicador por hábil que sea, saque sin violencia de un evangelio comun á muchos, expresiones propias para formar el elogio de uno; y es mas difícil, quanto es mas admirable y extraordinario el carácter de su santidad, como sucede en el gran patriarca San Cayetano, que hoy veneramos. ¿Qué dificultades, Señores, tendria que vencer, qué rodeos, si la Iglesia no le hubiera señalado un evangelio tan propio, que en sus líneas se ve perfectamente delineada su hermosa imágen? Oidme si quereis verla.

2. Nadie, dice la magestad de Christo, puede servir á dos dueños: amando ú obedeciendo al uno, es preciso que aborrezca ó desprecie al otro. No podeis servir á Dios, y á las riquezas. Y así os digo, que no seais solícitos en buscar que comer y que vestir. Levantad los ojos, y mirad como las aves que cruzan esos ayres ni siembran, ni siegan, ni recogen las mieses: vuestro Padre celestial las apacienta. ¿Acaso no os estima mas á vosotros que á ellas? ¿Qué es esto que andais tan solícitos por el vestido? Baxad los ojos, y registrad las azucenas del campo, que ni hilan ni texen; y con todo os aseguro que Salomon en medio de su opulencia y de su gloria, no llevó un vestido tan hermoso como ellas. Pues si Dios á una flor que nace hoy, y mañana se marchita, así la viste, ¿quánto mejor lo haria con vosotros, si tuvierais viva la fe que teneis muerta? No querais ser ambiciosamente importunos, preguntando continuamente: ¿qué hemos de comer, qué hemos de beber, qué hemos de ves-

[1] *I. Pet. IV. v. 10.*

vestir? Esos cuidados dexadlos para los gentiles. Vuestro padre sabe muy bien que lo habeis menester. Buscad ansiosos el reyno de Dios, cumpliendo con su santa ley, que con eso nada os faltará. Esta, Señores, es la letra de nuestro evangelio, y esta es al pie de la letra la vida de nuestro santo. Despreciando las riquezas, eligió á Dios por su único dueño; y descuidando de lo temporal solo pensó en la eternidad. Estas serán las dos partes de mi oracion. En la primera vereis el desapego de San Cayetano á los bienes terrenos. En la segunda vereis su solicitud en recoger los bienes espirituales, para adquirir con ellos el reyno de los cielos.

Primera parte.

3. Aquel Dios, que despues de haber criado el mundo perfectamente hermoso, le conserva: despues de haber producido los cielos, los mueve por el ministerio de sus ángeles: despues de haber criado la tierra, la fecunda con el beneficio de la lluvia: aquel mismo Dios, digo, despues de haber redimido el mundo, le mantiene libre de la esclavitud del demonio: despues de haber abierto en su ascension los cielos, nos dexó en los sacramentos las llaves de sus puertas: despues de haber rociado con su sangre nuestras almas, las riega con sus gracias, para que produzcan el fruto de su redencion. En conseqüencia de aquella voluntad que tiene de salvar á todos, y en conseqüencia de la muerte que padeció por todos, á todos confiere, ú ofrece auxilios con que poder salvarse. ¿Quién hay que no experimente ó haya experimentado en su entendimiento alguna luz que le ha hecho ver la fealdad de sus vicios, que no haya sentido en su voluntad alguna inclinacion hácia la hermosura de las virtudes? Pues uno y otro son efectos de los auxilios internos de la divina gracia. Y no se contenta con esto su misericordia, sino que nos da otros auxilios externos, que pueden percibirlos los sentidos. Aquella desazon y disgusto con que tal vez mirais las cosas del mundo que mas quereis, no es efec-

efecto de la melancolía: la muerte inopinada de un compañero, de un amigo, no es efecto de la casualidad: la grave enfermedad que padecisteis, ó padecereis, no es originada de alguna constelacion ó de algun desórden: los desengaños que ois de la boca de un predicador zeloso, no se profieren para que se los lleve al ayre. Todos son golpes sensibles que no da la mano de Dios, son auxîlios externos de su gracia.

4. ¡Infelices los que los malogran! ¡Mas infelices los que desconociéndolos los desprecian! Felices los que se aprovechan, y mas que todos feliz nuestro santo, que á impulsos de la gracia aspirando á la santidad, llego á la perfeccion de la misma santidad. No me detendré, Señores, á deciros, que para que perfecto imitador de Jesu-Christo, naciera al mundo despreciando sus vanidades y sus riquezas, dispuso el cielo que su madre no pudiera darle á luz entre las colgaduras, los tapices, y otras preciosas halajas que adornaban los quartos de su casa noble y opulenta, hasta que encontró con las pajas y las telarañas de un rincon desacomodado. No me detendré á deciros que en su tierna edad no hizo cosa ninguna pueril. O bien devoto iba al templo á adorar á su Dios, ó compasivo distribuia su comida entre los pobres, ú obediente á sus padres se aplicaba al estudio de las letras: que es el gran elogio que dió el Espíritu Santo á aquel joven de la tribu de Nephthali: *Nihil puerile gessit in ópere* [1]. No me detendré á deciros que admitido en la familia de un sumo Pontífice supo venerar su alta dignidad, sin imitar los defectos de su persona.

5. Si supierais, Señores, quan viciosas eran en aquel siglo las costumbres de los cortesanos de Roma, quan exêcrables los desórdenes que se veian en el vaticano ó palacio pontificio, os causaría mayor admiracion, que Cayetano se mantuviera inocente en él, que el que Daniel lo fuera en el de Nabuco. Aunque causa horror el contemplarle rodeado de tantos riesgos; pero no quiero salir de este palacio. Quiero ántes, para mayor maravilla ha-

[1] *Tobiæ* 1. v. 4.

haceros ver como es verdadero israelita en medio de aquella Babilonia. Miéntras el Pontífice su amo llevado de su genio turbulento, poseido del espíritu del siglo, arrima el cayado de pastor para empuñar el baston de general: Cayetano gozando de una paz interior percibe la vocacion del cielo, que le llama á la Iglesia y al sacerdocio. Miéntras el Pontífice, ó mal sufrido ó ambicioso hace padecer á toda la Italia los estragos de la mas cruel guerra; empeña en ella á la España ó política ó católica; inquieta y perturba á la Alemania; y tiene declarada enemiga, y casi cismática á la Francia: Cayetano allí mismo teniendo por su único enemigo la ambicion, renuncia los bienes de su patrimonio, y renuncia con la prelacía que goza, las esperanzas de ascender con la púrpura al solio pontificio. Y miéntras aquel apóstata pérfido Lutero violenta los testimonios de la escritura para maldecir la pobreza de las religiones mendicantes: Cayetano la abraza, y con el exemplo y los milagros persuade al mundo, que es posible, y que es agradable á los ojos de Dios.

6. Leyó nuestro santo en el evangelio, que la magestad de Christo decia á las turbas, y en ellas á todos, que no fueran solícitos en buscar que comer y que vestir: *Ne sollíciti sitis ánimæ vestræ quid manducetis, neque córpori vestro quid induámini.* Y aunque habia leido en su maestro el Señor Santo Tomas de Aquino [1] que Jesu-Christo solo prohibe la solicitud de aquellos que buscan los bienes temporales con tanto aprecio, que les miran como su último fin, con tanto cuidado que descuidan de los bienes espirituales, con tanta ansia que desconfian de la providencia de Dios, y así que podia ser inocente su posesion, inculpable su uso, y á lo ménos que ni aun era arriesgada la diligencia de adquirirles con el trabajo, ó pedirles como limosna: con todo no se valió de esta doctrina, sino que tomó á la letra las palabras del hijo de Dios; creyó sencillamente al evangelio: oyó el oráculo, y le dió cumplimiento: entróse en el seno de la divina pro-

[1] *D. Thomas 2. 2. q. 55. a. 6.*

providencia, y encontró, (¡ qué dicha !) un tesoro, un capital sobre que aseguró su alimento y los de todos aquellos, que puesta una entera confianza en la divina providencia, entraron en la sagrada religion de Clérigos Regulares que instituyó.

7. Confieso, Señores, que con razon se admiró el mundo al ver que el grande Antonio, tomando el consejo que da Jesu-Christo por San Mateo, vendió quanto tenia, lo dió á los pobres, y se fue á la Tebayda. Confieso tambien que justamente volvió á admirarse el mundo, al ver que San Francisco de Asis, renunciando por sí y por sus hijos á todos los bienes temporales, fundó su manutencion y la de ellos sobre la piedad y la misericordia de los fieles. Pero sin duda causó mayor admiracion á Roma, y á todo el mundo, ver que Cayetano ni aun se reserva la industria de adquirir su alimento con el trabajo ú la facultad de coger las yerbas del campo, ó los frutos de una selva, como el grande Antonio: ni que tampoco se reservó la diligencia de pedir de puerta en puerta, como Francisco. Dirian todos que era igual su pobreza á la de aquellos patriarcas, y mayor su confianza en la divina providencia.

8. Pero tal vez me preguntareis vosotros: ¿ cómo pudieron mantenerse Cayetano y sus hijos segun las reglas de un instituto tan rígido ? Si los que piden apénas recogen lo preciso para alimentarse, si ya las limosnas se dan mas por vanidad, y por humanos respetos que por socorrer la miseria del pobre, ¿ quién se acordó de socorrer las necesidades de Cayetano ? Esta pregunta no tiene otra respuesta que el haber ofrecido la magestad de Christo, que daría la comida y el vestido á quantos descuidando de los bienes temporales buscasen ansiosos los eternos: *Quærite primum regnum Dei, et hæc omnia adjicientur vobis.* Cumplió pues el Señor en Cayetano su palabra; porque Cayetano buscó ansioso los bienes eternos, como vereis en la

Se-

Segunda parte.

9. Aunque Dios asegurara los socorros de su providencia á quantos descuidaran de adquirir bienes temporales, no por eso las riquezas dexarian de tener sus esclavos. Unos avaros al oro y plata, que costó tanto trabajo de sacar de las minas ó entrañas de la tierra, les sepultarian de nuevo en ella, ó en un cofre, y con él su corazon: [1] *Ubi est thesaurus tuus ibi et cor tuum.* Otros recogerian las riquezas para expenderlas en gastos superfluos, que la astucia del demonio, como decia San Basilio, ha sabido inventarlos y persuadirlos como necesarios. Pocos, no obstante esa seguridad, se contentarian como San Pablo con lo preciso: [2] *Habentes alimenta, et quibus tegamur, his contenti sumus.* Solo aquellos que ahora no tienen que comer y que vestir, no teniendo bienes que dexar, dexarian el cuidado de adquirirlos; mas no por eso se ocuparian en buscar los bienes eternos, sino que se entregarian á un ocio tan malo ó peor que la misma ambicion. ¿ Y para qué hablo yo, en el caso de que Dios hubiera asegurado la comida y el vestido á los que no fueran solícitos en buscarlo, si ahora mismo hay muchos que sin tal seguridad no tienen aquella solicitud; pero tampoco la tienen de adquirir bienes eternos, sino que inútiles á Dios, y á la república no ayudándose con el trabajo como debieran, quitan ó roban la limosna que piden?

10. No hablaba con estos Jesu-Christo en nuestro evangelio: directamente hablaba con Cayetano, que dexó todos los cuidados para tener solo el de adquirir el reyno de los cielos. No permite, Señores el tiempo, que os pondere aquella constancia penitente con que dixo que no tenian que persuadirle mitigar el rigor de sus penitencias: porque deseaba morir entre cenizas y cilicios. No podré deciros que su corazon humildísimo baxó por todos los grados que señaló San Benito á la humildad. No podré ce-

[1] *Matth. VI. v. 21.* [2] *1. Timot. VI. v. 8.*

celebraros la perfeccion de su sacerdocio, ni el fervor de su zelo apostólico; aunque estas virtudes y todas las demas fueron los bienes espirituales ó eternos que recogió solícito y diligente: porque pretendo daros alguna noticia de su misericordia, que fué el tesoro que depositó en el cielo, ó el caudal con que adquirió su reyno: [1] *Thesaurizate vobis thesaurum in cælo.*

11. La misericordia, segun nos enseña San Agustin, es aquella virtud que nos mueve á compadecernos de las miserias agenas, y á socorrerlas; y así su objeto son las miserias del próximo, sus actos la compasion y el alivio de ellas. Nunca ha dexado de haber en el mundo pobres y miserables, en quienes poder exercitar la misericordia; pero parece que al tiempo de nuestro santo se doblaron los males, para que fuera mayor su misericordia. ¿Qué estragos no causó á su vista la peste en las provincias de Italia? Cada una de ellas, cada uno de sus pueblos, y aun cada casa era un teatro en donde se representaba el espectáculo mas triste, la tragedia mas lamentable. No se oian, sino ayes y gemidos. Se miraban sin cultivo los campos, sin freqüencia los caminos, sin vecinos muchos pueblos. Allí se veia que el padre llevaba á enterrar á su hijo, y que tal vez el sepulturero se caia muerto sobre el mismo cadáver. Allá se veia que un hijo vilmente cobarde y temeroso del contagio dexaba solo á su padre moribundo: que la muger desamparaba al marido: que el amigo huia de su amigo. Pero al mismo tiempo se admiraba, como Cayetano se entraba intrepido en las casas, y en los hospitales, á asistir á los enfermos, á darles el alimento, á curar y aun á chupar con la lengua sus llagas.

12. Bastan, ó Dios mio, bastan tantos males juntos para exercicio de la misericordia de Cayetano. Pero no. No bastan, Señores, á juicio del cielo: pues dispone que sea testigo de vista de los robos, de las muertes, de los incendios, de las insolencias, de los sacrilegios que cometieron los bárbaros soldados en aquel ignominioso memo-

[1] *Mat. VI. v. 20.*

morable asalto y saqueo de Roma. No quiso Cayetano buscar en algun templo asilo á su vida, sino que buscó los lugares en donde se cometian las mayores atrocidades. Consuela á unos, anima á otros, hasta que compasivo se empeña á persuadir la piedad á aquellas fieras que nunca mejor manifestaron serlo que quando prendieron á nuestro santo, y le encerraron en un obscuro calabozo. Tambien fue esta, Señores, disposicion del cielo, para que exercitara su misericordia, viendo con sus ojos lo que padecen los encarcelados. ¡Qué lastimosas palabras bastan á pintar al vivo esta especie de miseria! ¿Han de representarse las cárceles á modo de malditas regiones en donde no cae el rocío ni la lluvia? ¿Han de describirse como funestos sepulcros, en que sepultados los vivos, ó aguardan la muerte con el suplicio, ó la desean con la desesperacion? ¿Han de pintarse aquellos infelices, separados del comercio del mundo, y como los llama el sabio [1], fugitivos de la divina providencia? Entre aquellas tinieblas y horrible soledad lloran sin poder manifestar al publico sus necesidades: sufren sin el alivio de la lástima: están en el centro del dolor, ocultos á nuestra vista, y desconocidos á nuestra caridad. No lo estuvieron á nuestro santo, que se entró por las puertas de la cárcel para consolarlos, y si salió de ella, salió finalmente para morir de lastima y de pena de no poder apaciguar en Nápoles un furioso tumulto.

13. Su misericordia se acabó con su vida, ó su misericordia le quitó felizmente la vida, ó se llevó consigo la misericordia para entrar triunfante con ella en el reyno de los cielos; supuesto que con tanta dificultad se encuentra entre los mortales esta virtud. Seria inútil que yo pretendiera persuadiros que vendierais todos vuestros bienes, y los dierais á los pobres, y que puestos en manos de la divina providencia solo cuidarais de vuestra salvacion. Esto supo practicarlo un San Cayetano, y pudo predicarlo un San Basilio recien venido del desierto. Me contentaré de proponeros con el Chrisóstomo el exemplo de Job.

[1] *Sap. XVII. v. 2.*

Job, que siendo rico, no era esclavo sino dueño de sus riquezas, ó por mejor decir dispensero de ellas; pues quedándose con parte de ellas como por salario, dispensaba las restantes entre los pobres. Por eso continua el Chrisóstomo, como no las poseia con amor, las perdió sin dolor. Desprendeos, Señores, os diré con Jesu-Christo, de ese anhelo que teneis de atesorar riquezas para vosotros ó para vuestros hijos. Y esto no es consejo, es precepto evangélico. Tanta solicitud es delito. Cuidad de recoger tesoros para el cielo, poniendo parte de vuestros bienes en manos de los pobres que los llevarán al cielo. Compadeceos de las miserias de los encarcelados, de la afliccion de los enfermos, de las necesidades de los pobres. Sed misericordiosos con todos, para que el Señor lo sea con vosotros. Postraos á sus pies y decidle, &c.

PLÁTICA LXXXVIII.

DE LA DOMINICA OCTAVA POST PENTECOSTEM.

Filii hujus sæculi prudentiores filiis lucis in sua generatione sunt. Lucæ XVI. v. 8.

1. * Aquel Dios, que tanto desea nuestra salvacion para atraernos á su servicio, se vale de medios muy diferentes, y al parecer opuestos. Muchas veces nos propone á nuestra imitacion los buenos exemplos de los fieles: algunas otras nos representa la conducta de los mismos infieles. No solo los que llama San Pablo [1] domésticos de la fe, sino tambien los que habitan la region del error y de la iniquidad, se hallan empleados en los designios de Dios, para alentarnos ó para confundirnos. ¿Quiere el Señor exhortarnos á hacer penitencia? nos acuerda la de los Ninivitas, amenazándonos que ellos nos acusarán en el

* 16. *de Julio* 1741.
8. *de Julio* 1742.
28. *de Julio* 1743.
1. *de Agosto* 1745.

[1] *Gal. VI. v.* 10.

el dia del juicio. ¿ Quiere inspirarnos una piadosa ansia de oir la divina palabra ? nos trae el exemplo de una reyna idólatra, que sale de su patria para oir los oráculos, y tomar los consejos de Salomon. ¿ Quiere manifestarnos el carácter de una fe verdadera ? nos habla con elogio de la de aquella muger cananea, y de aquel centurion romano, ilustrados entre las mas espesas tinieblas del paganismo.

2. En fin, si quiere el Señor enseñarnos la prudencia con que debemos aprovecharnos de las ocasiones de salvarnos que nos da su misericordia: en el evangelio de este dia nos describe las medidas que tomó un mayordomo ó procurador, para precaver las fatales conseqüencias que podia acarrearle la indiscreta disipacion, que habia hecho de los bienes de su amo. Yo no puedo, decia á sus solas, dar bien la cuenta que se me pide. Mi amo sin duda me quitará el manejo de su hacienda. ¿ Qué haré infeliz ? Yo no aprendí oficio: no tengo fuerzas para trabajar en el campo: no me atrevo á pedir limosna. ¿ Qué haré ? ¿ Qué ? Ya lo he pensado. Llamaré á los deudores de mi amo, y entregándoles sus vales, al que debe ciento le diré, que en otro confiese deber cincuenta, al que ochenta quarenta; y así estos hombres, ó por compasion ó por agradecimiento, me asistirán en mi necesidad ó desamparo.

3. No puede negarse que fue injusto el pensamiento de este hombre: pero su amo le alabó de ingenioso [1]: *Laudavit Dóminus víllicum iniquitatis, quia prudenter fecisset.* Y Jesu-Christo nos propone su conducta, para que la imitemos sin injusticia en el negocio de nuestra salvacion: y concluye diciendo, que los hijos del siglo son mas prudentes que los hijos de la luz: *Fílii hujus sæculi prudentiores fíliis lucis in generatione sua sunt.* Verdad, que la acredita la experiencia. Porque en el siglo se llaman prudentes aquellos que nada omiten de lo que puede contribuir á su fortuna, ó satisfacer su ambicion: que se aprovechan de todos los medios posibles para subir ó para en-

[1] *Lucæ XVI. v. 8.*

enriquecerse: aquellos á quienes nada parece despreciable, como lo crean útil al logro de sus designios, y que se culpan á sí mismos si dexan pasar la menor ocasion favorable. ¿Pero quiénes son los christianos que ponen una solicitud igual á esta para adelantarse en la perfeccion, y enriquecerse de virtudes y gracias? Son mas prudentes sin comparacion, diré segunda vez, los hijos del siglo, que los hijos de la luz. Para que en vosotros, Oyentes mios, se cumpla el designio que tuvo Jesu-Christo en la parábola de nuestro evangelio: para que seais, quiero decir, verdaderamente prudentes, os haré ver en la primera parte de mi plática, que la verdadera prudencia consiste en aprovecharse de todas las ocasiones que Dios nos facilita para salvarnos; y en la segunda, que el malograrlas es una imprudencia y ceguedad deplorable. Lo que ganan unos, y lo que pierden otros será todo el asunto de mis discursos, y de vuestra atencion.

Primera parte.

4. De ninguna manera podemos conocer mejor lo que ganamos, aprovechándonos de todas las ocasiones que tenemos de adquirir la santidad y la gloria, que considerando de donde provienen. Dios es sin duda, Señores, quien nos las facilita; porque ellas son aquellos talentos que el Padre celestial distribuye á su gusto y con equidad entre sus siervos, segun se explica Jesu-Christo en muchas parábolas evangélicas. Y así es vano el pretexto de aquellos que dexan pasar muchas ocasiones de convertirse á Dios, con el motivo de que son poco considerables y ménos oportunas. ¿No dimanan todas de nuestro gran Dios? ¿Pues cómo por mínimas que parezcan pueden dexar de sernos muy preciosas? No os hablo, Señores, como podeis fácilmente entender, de aquellas gracias extraordinarias, con que Dios á costa de prodigios convierte á los Saulos, y á los Jonas. No hablo de aquellas gracias especiales y victoriosas, que arrebatan de golpe el consentimiento de una voluntad rebelde, que ya dócil si-

gue

gue el movimiento de un espíritu superior, que sin violentarla infinitamente lo que quiere de ella. Hablo de las gracias, de los medios, de las ocasiones que Dios ordinariamente nos ofrece. Para unos lo es un buen libro, cuya leccion les edifica y enternece: para otros lo es una desgracia, que les hace conocer la instabilidad de las cosas humanas: para estos lo es la muerte repentina de un amigo: para aquellos la voz de un predicador zeloso. Ocasiones todas, que Dios en los inescrutables juicios de su misericordia ó de su justicia, nos dispensa para atraernos á sí, si nos aprovechamos de ellas, ó para convencernos culpados, si las malogramos: ocasiones todas que provienen, no del casual concurso de causas segundas, si no de la sabia providencia del Padre de las luces, que quiere dispertarnos del letargo de la culpa, turbar con remordimientos la fatal paz de nuestra conciencia, y advertirnos nuestra obligacion.

5. Haceis muy poco ó ningun aprecio de estas ocasiones ordinarias, los que quisierais recibir especiales gracias; y baxo el pretexto de que aquellas son débiles, aguardais para vuestra conversion otras mas fuertes. ¿Pero en qué fundais vuestras esperanzas? ¿En que otros lograron aquellas gracias vencedoras, que, como decia ántes, de golpe sujetan la voluntad mas rebelde? ¿Acaso os son debidos esos favores, qué como una lluvia voluntaria derrama Dios sobre su heredad? Porque estas ocasiones repetidas no causan en vosotros grandes efectos, ¿las teneis en poco? Sabed pues, dice San Agustin, que por ser infieles en eso que os parece poco, os haceis indignos de lo demas. Y sabed, añade San Bernardo, que de quanto Dios os ofrece para salvaros, nada debe pareceros poco.

6. ¿Quién es el cortesano que no se tiene por muy feliz quando logra que su príncipe le hable una palabra, ó le escuche un breve rato? ¿Mira con indiferencia estos primeros favores, ó los desprecia con el motivo de que otros grandes son mas favorecidos? ¿Quién es el que apasionado á una mortal hermosura, no se conmueve á la

menor seña de su agrado? ¿Qué gusto siente porque le permite ó verla ó acompañarla? ¿Quánto estima una flor ó qualquier don? ¿Con qué cuidado cultiva aquellos favores, primicias de una amistad frágil y aun perniciosa? Bien conoce que todo en sí es nada; pero publica que le es sumamente apreciable por venir de aquella mano. ¿Y no han de ser de mayor aprecio para vosotros, Christianos mios, todas las gracias que os dispensa Dios, que es la soberanía, la belleza, la bondad misma? ¿No fuera bastante que su magestad os mirara desde léjos? ¿Qué estimacion se merecen los primeros pasos que el Señor da hácia vosotros? ¿Qué suave debe seros, diré con Salomon [1], el olor de los perfumes con que os atrae? Todavía no está dentro de vuestras almas; pero ya toca á sus puertas: abridlas, pecadores, al primer golpe que da el rey de la gloria.

7. Tambien conoceremos mas fácilmente la prudencia con que debemos aprovecharnos de los auxîlios que Dios nos envia, si consideramos que son medios que se dirigen á Dios como á su fin. Dios es el principio y el término: aquella perturbacion que sentís quando estais en desgracia de Dios: la inquietud y el temor de la muerte: las luces, que como relámpagos os hacen ver en la noche de la culpa que caminais en derechura á un precipicio inevitable, son los medios ordinarios de que el Señor se vale para atraeros á sí por el camino de la virtud. Y si bien lo reparais, las mas célebres conversiones tuvieron estos principios. Va la Samaritana [2] todos los dias á sacar agua de la fuente ó del pozo de Jacob. Uno de ellos sin pensar encuentra á Jesu-Christo, que fatigado del camino le pide por merced una poca de agua. Ella desdeñándose de tratar con un judío, se niega á hacerle un tan corto obsequio. Replica el Señor; y oyendo ella lo que le dice, del desprecio pasa á la indiferencia, de la indiferencia á la curiosidad, de la curiosidad á la admiracion; y finalmente convencida de la razon se inmuta de suerte, que daxando junto al pozo vacíos los cántaros, se

[1] *Cant. I. v. 3.* [2] *Joan. IV. v. 7. et seq.*

se vuelve á su casa, como dice San Máximo [1], llena de santidad: *Vacua videtur reverti óuere, sed plena revertebatur sanctitate.* De infiel y pecadora, convertida en apóstol, predica á Jesu-Christo mesías prometido.

8. Entra Antonio en la Iglesia á tiempo que se leen aquellas palabras del evangelio: [2] Si quieres ser perfecto, vende todo quanto tienes, y dalo á los pobres. Y sin consultarlo con su edad, ni con el mundo, las pone literalmente en práctica, y se va á la Tebayda á ser el asombro de los desiertos. Toman en sus manos dos cortesanos del emperador Constancio la vida que del mismo Antonio escribió Atanasio; y mirando en aquel espejo la fealdad de sus vicios; resuelven dexar el palacio, para imitar en la soledad sus virtudes. Se pone á leer Augustino uno de los capítulos de la carta que escribió San Pablo á los Romanos; y luego encuentra el desengaño que le determina á dexar las delicias y vanidades del mundo. Pide Ignacio de Loyola enfermo un libro de novelas con que entretenerse vana é inútilmente; y la providencia le trae un libro en cuyas hojas encuentra el mas provechoso desengaño.

9. Así, Señores, sirviéndose de las ocasiones mas comunes, se han formado grandes santos y grandes penitentes. Así por los caminos mas ordinarios han ido á Dios, y han hecho admirables progresos en la virtud. Estos son los caminos que Salomon [3] compara á una luz que crece hasta que llega á formar un hermoso dia. Ellos son como la pequeña fuente de Mardoqueo [4], que luego se convirtió en caudaloso rio. Figuras misteriosas que deben instruiros, Oyentes mios, y animaros á que os aprovecheis de las ocasiones de salvaros que Dios os ofrece. Si os resolveis á buscar al Señor, decia un amigo de Job, si caminais en su presencia con un corazon recto, aumentará de suerte el mérito de vuestras obras, que habiendo sido pequeñas al principio, al fin serán grandes: [5] *In tantum ut si priora tua fuerint parva, novissima multiplicentur nimis.* Ea,

[1] *S. Max. Hom. ult.*
[2] *Matth. XIX. v. 21.*
[3] *Job VIII. v. 7.*
[4] *Prov. IV. v. 18.*
[5] *Esther X. v. 6.*

10. Ea, buen ánimo: toda la dificultad consiste en empezar: una vez que os aprovecheis de las primeras ocasiones que Dios os facilita para convertiros, os colmará de abuntantes gracias. Porque aunque á nada esté obligado por su soberanía; con todo, por su misericordia observa con nosotros la conducta de recompensarnos el buen uso que hacemos de sus gracias con otras mayores, como lo declara en la parábola de los siervos del evangelio: pues al que se aprovechó de los talentos que le habia entregado, le dice: Corage, siervo fiel: ya que lo has sido en lo poco que te he fiado, te fiaré mucho mas, para que crezca tu mérito y mi premio: [1] *Euge serve bone & fidelis, quia in pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam.* Pero al otro siervo que fue tímido, perezoso ó negligente, le quita el talento que le habia entregado, y le condena á las tinieblas de un infierno: [2] *Tóllite ab eo talentum & ejícite in ténebras exteriores.* ¡O Dios mio! Venerando vuestra misericordia, alabo la prudencia de aquel siervo fiel; y venerando tambien vuestra justicia, abomino de la imprudencia del siervo inútil. Procurad pues, Señores, disponeros á imitar á aquel siervo fiel en el negocio de vuestra salvacion; miéntras os hago ver en mi segunda parte la desgracia á que os exponeis si imitais al siervo inútil.

Segunda parte.

11. Siguiendo aquella misma parábola de San Mateo, que tiene tanta conexion con la de nuestro evangelio, y con el asunto, os diré con San Máximo [3]: Que al modo que el padre de familias, recompensando con liberalidad el buen uso que hizo el siervo fiel de sus talentos, castigó al otro con usura, condenándole á grandes penas sobre quitarle el talento: así tambien Jesu-Christo dispensando nuevas gracias á los que se aprovecharon de las primeras, á los negligentes les quita su gracia, y de mas á mas les castiga: *Talentum suum necesse est, ut Christus requi-*

[1] *Matth. xxv. v. 21.*
[2] *Ibid. v. 28. & 30.*
[3] *D. Maxim. sup. illa verba: Caupones vestri.*

quirat, solvéntibus gratiam réferat, non solventes injuriis subdat. Muy poca ó ninguna reflexion habeis hecho, Señores, sobre esta verdad importante, los que habeis malogrado las ocasiones que habeis tenido de convertiros á Dios: los que como Herodes, enviasteis á los Magos á buscar el recien nacido, que una estrella propicia os demostraba, sin pensar en salirle al encuentro: los que, como aquel gentil, habeis diferido para otro tiempo el instruiros de las verdades que os anunciaban: los que habeis dexado pasar las mejores ocasiones de reformar vuestra depravada vida. Pero os aseguro, que si no volveis sobre vosotros, ya no teneis que aguardarles: sereis mas infelices que aquellos con quienes Dios ha sido ménos liberal que con vosotros.

12. Y la razon nos la da el Espíritu Santo [1]: Quien no hace caso de lo pequeño, dice, caerá poco á poco á lo sumo de la desgracia. Y en el mundo sucede lo mismo. ¿De dónde provienen casi siempre las ruinas de las casas? No de la pérdida de un pleyto, ó de otra casual desgracia, sino del mal gobierno de la familia, y de la disipacion cotidiana de la hacienda. ¿De dónde proviene por lo regular la muerte? No de una apoplexía, ni de una calentura violenta, sino de un habitual desórden, ó del descuido de curar una indisposicion que pareció leve. Asimismo, dice Casiano, la relaxacion de las costumbres no proviene de los pecados enormes que cometeis, sino del descuido en aprovecharos de las ocasiones que teneis de exercitaros en la virtud. Despues de haber malogrado una, malograis otra. Así adquirís la costumbre de no hacer obra buena. El espíritu poco á poco se disipa, el fervor se apaga. La austeridad de la vida christiana horroriza: el placer embelesa: el ímpetu de las pasiones arrebata: los remordimientos de la conciencia se sufocan: el temor de Dios cesa; y últimamente desde el cielo, como decia San Bernardo: caeis á lo mas profundo del infierno.

13. ¿Quién habia de creer que vendrian á parar á tan miserable estado los que ántes llevaban una vida al pa-

[1] *Eccli XIX. v. 1.*

parecer regular? Con todo ello es así, y no puede dexar de ser. Porque la negligencia en aprovecharse de las ocasiones es manifiesta injuria á la gracia de Dios, y llega á ser desprecio del mismo Dios. El Señor, que con poco se satisface, de poco á veces se irrita. Si no decidme? de dónde provino la reprobacion de Saul? De unas faltas al parecer ligeras. Le mandó Dios que no ofreciera el sacrificio hasta el arribo de Samuel, y que no perdonara á ningun Amalecita. Tardaba Samuel, y quiso anticipar el sacrificio: tuvo lástima del infeliz rey de Amalec, y no le quitó la vida. Pero luego oyó de la boca del profeta la terrible sentencia de que le habia arrojado de su gracia, y desposeido del reyno de Israel: [1] *Abiecit te Dóminus, ne regnes.*

14. Llamad ahora pequeña la injuria que haceis á Dios, despreciando sus órdenes y auxîlios en el exercicio de alguna virtud, con el pretexto de pareceros poco importante, á vista del severo castigo que experimentó aquel rey ántes tan amado y tan favorecido. Mas no por eso penseis, que el Señor os pide heroicidades para concederos su gracia y su gloria. No. Se agrada de una oracion corta y fervorosa, de un consejo tomado con docilidad, de una desgracia sufrida con paciencia, de una injuria perdonada con caridad, de una abstinencia que corrija al apetito, de una limosna hecha para merecer el perdon de vuestras culpas, de un gran cuidado en cumplir con las obligaciones de vuestro estado, de un verdadero deseo de servirle; y en una palabra, se da por satisfecho, como decia Pablo, de que correspondais á los auxîlios de su gracia: [2] *Ne quís desit gratiæ Dei.*

15. Gran motivo de consuelo tener un Dios tan benigno, que se contenta con que recibais con estimacion sus mismos favores: con que seais tan prudentes y advertidos en el negocio de vuestra salvacion como lo son los hijos del siglo en sus intereses temporales. Si estos no dexan pasar ninguna ocasion favorable, sino que desde luego, como dicen, la cogen de los cabellos, vosotros, Oyentes mios,

[1] *I. Reg. XVI. v. 1.* [2] *Hebr. XII. v. 15.*

mios, haced lo mismo. Aprovechaos de las ocasiones que Dios os facilita para asegurar vuestra felicidad eterna, y siendo una de ellas el estar en su presencia en este dia en que venerais á su santísima Madre con la invocacion del Cármen, pedidle que por su intercesion os perdone todas vuestras culpas. No hemos, Señor, de levantarnos de vuestros pies, ménos que no nos hagais esta gracia. Ya que descubrimos al original de aquella nubecilla que vió el profeta Elías [1] salir de entre las ondas del mar, y derramar despues tal abundancia de agua que humedeció y fecundó las secas estériles campañas de Israel: ya que vemos, digo, á vuestra santísima madre María protectora y abogada nuestra, lluevan sobre nosotros vuestras bendiciones, vuestra gracia, con que arrepentidos de corazon os digamos, &c.

Un año que en esta dominica se celebraba la fiesta del Angel Custodio, la plática se concluyó como sigue:

16. Aprovechaos de los favores que dios os dispensa para facilitaros el logro de vuestra felicidad eterna; y siendo uno de ellos el que haya destinado para cada uno de vosotros un Angel Custodio, que os dirija y os defienda, no querais malograrle. ¿Qué estimacion se merece tanto favor? ¿Un espíritu celeste dexa la corte de su príncipe soberano para baxar á ser soldado de guardia de un hombre? ¡O dicha inefable! ¡O infinita dignacion de mi Dios! ¡O valeroso soldado de los exércitos del Rey de la gloria! No solo aprecio tu compañía, sino que me confunde tu fineza. No me desampares, Angel soberano, no te ausentes de mí. Dirige mis pasos, inspírame aciertos y prudencia, llévame á los pies de tu dueño y dueño mio, para que postrado, arrepentido, &c.

[1] *III. Reg. XVIII. v. 44.*

JA-

JACULATORIAS.

17. Dulcísimo Jesus! Mas cuidado me han debido los intereses temporales de este mundo, que el importante negocio de mi salvacion. ¡Qué imprudente, qué loco he sido! Ya reconozco mi error, y arrepentido os digo de lo íntimo del corazon, que me pesa de haberos ofendido.

¡Benignísimo Jesus mio! El mal uso, el desprecio que he hecho de las muchas ocasiones que me habeis dado para emplearme en vuestro servicio, merece vuestra indignacion. Pero compadézcase vuestra piedad de mi miseria. Tened, Señor, misericordia de mí.

¡Amabilísimo Jesus, Dios soberano! Reconozco que todos los medios de salvarme vienen de vuestras liberales manos: ¿cómo puedo dexar de hacer el mayor aprecio de ellos? Continuadme, Señor, vuestros auxîlios, que ofrezco emplear en vuestro servicio. Agradecido os amo mas que á mi alma, y por ser quien sois me pesa de haberos ofendido.

PLÁTICA LXXXIX.

DE LA DOMINICA OCTAVA POST PENTECOSTEM.

Redde rationem villicationis tuæ, non enim póteris ultra villicare. Lucæ XVI. v. 2.

1. * Segun el consejo del máximo intérprete de la sagrada escritura San Gerónimo, no debemos reparar en todas las voces de las parábolas evangélicas, sirviendo muchas de ellas al adorno y al contexto; sino que debemos atender el designio que tuvo Jesu-Christo al proponerlas; porque de su inteligencia depende nuestra instruccion y aprovechamiento. Así vemos, que en la parábola de las diez vírgenes se propuso dispertar nuestra vigilancia con el castigo de las cinco perezosas, y el premio de las cinco di-

* 16. *de Julio.* 1747.

diligentes, para que en todo tiempo estemos prevenidos á comparecer delante de su magestad, que vendrá á juzgarnos quando menos pensemos. Así tambien en la parábola de aquel criado que fue condenado á una cárcel perpetua, porque despues de haberle perdonado su amo diez mil talentos, no quiso perdonar á otro ciento que le debia, nos dió á entender el Señor, que para alcanzar su misericordia debemos usar de ella con nuestros proximos.

2. Pero no puedo negar, que á veces en una misma parábola se descubren dos designios, como sucede en la del evangelio de este dia. Pues nuestro divino maestro nos dice en ella, que un hombre rico fió el manejo de su hacienda á un mayordomo, que en lugar de recaudarla la disipó; y que advertido el dueño de su infidelidad le pidió estrecha cuenta, y le quitó la administracion: *Redde rationem villicationis tuæ: non enim póteris ultra villicare.* Con lo qual nos manifiesta el Señor claramente, que nos pedirá cuenta de los bienes que nos ha entregado, para que los empleemos en su servicio, al mismo tiempo que con la vida nos quitará su uso y su dominio. Mas continuando la misma parábola se descubre otro designio; pues nos dice Jesu-Christo, que aquel ecónomo ó mayordomo, estrechado de la cuenta que se le pedia, y de la pobreza que le amanazaba, pensó modo como con la misma hacienda de su dueño se grangeara amigos, que despues le ampararan en su necesidad. Y aunque cedia en perjuicio de su dueño, con todo este le alabó de prudente, segun nos dice el Señor, y luego concluye exhortándonos á que con los bienes y riquezas que nos dió Dios, distribuyéndolas entre los pobres, hagamos de ellas unos amigos que nos llevan á los cielos: [1] *Fácite vobis amicos de mammona iniquitatis: ut cum defeceritis recipiant vos in eterna tabernacula.*

3. Y ahora reparo que si bien se mira, esta parábola tiene un solo fin, que es el de movernos al buen uso de los bienes, que Dios con mano liberal nos dispensa, aun-

[1] *Lucæ XVI. v. 19.*

aunque son dos los medios de que se vale para conseguirlo. El primero es amenazarnos con su justicia en la estrecha cuenta que há de tomarnos despues de la muerte. El segundo es ofrecernos su misericordia en premio de la que tengamos con nuestros próximos. Pero yo no puedo comprehender á entrambos en el discurso de una plática; y así habiéndoos asegurado en el último domingo, que la misericordia de Dios es propicia con los que distribuís los bienes en socorro de los pobres, pienso proponeros esta tarde á su justicia terrible con los que los empleais en ofensa suya. Y discurro, pecadores, que habeis de amedrentaros y mudar de vida, si acierto á ponderaros la estrecha cuenta que Dios ha de pediros.

ASUNTO.

4. Las palabras con que Salomon concluyó el libro del Eclesiastes son las mas propias para acabar de persuadiros el desprecio que se merecen las cosas del mundo, que es el intento que se propuso en aquel libro de desengaños. Porque nos acuerdan la noticia de que Dios despues de la muerte ha de llamar á todos los hombres á juicio, para tomarles cuenta del bien ó del mal que obraron en su vida. Noticia á la verdad por si sola capaz de contenernos en los términos de nuestra obligacion, y noticia tan cierta, que con las luces de la razon natural la tuvieron los filósofos gentiles. Pues Ciceron dixo, que en comun sentir de los sabios, los impios tenian prevenido castigo en los infiernos. Y Alexandro de Anfrodisia en su carta á Antonino Pio se explicó de esta suerte: Si Dios no tiene cuenta del bien y del mal que hacen los hombres, será porque no sabe lo que en el mundo pasa; ó porque sabiéndolo no puede premiarlos y castigarlos segun se merecen; ó porque sabiéndolo y pudiendo no quiere hacerlo. Si dices que Dios no sabe lo que en el mundo pasa, le quitas la sabiduria: si dices que no puede premiar á los buenos y castigar á los malos, le quitas el poder: si dices que no quiere, le quitas la justicia, la gratitud y la pro-

vi-

videncia, y haces á Dios de una naturaleza invidiosa y iniqua.

5. Pues si así hablaba un gentil con otro gentil, segun los principios de la filosofia, ¿con quanta mas razon, Christianos mios, debemos nosotros, ilustrados con las luces de la fe, tener presente, que Dios lleva una exâcta cuenta de lo que hacemos, para tomárnosla en el dia de nuestra muerte? Si entendieramos lo contrario faltaríamos á la fe y á la racionalidad, y podríamos con el vulgo de los idólatras venerar á los peñascos, á los troncos, como á Dios; pues lo mismo de este que de aquellos tendríamos que temer y que esperar. Mas no cabe en vosotros un error tan pernicioso y tan grosero; aunque puede ser que alguno, como el otro lascivo, de quien habla el Eclesiastico [1], se atreva á decir: ¿Quién me ve? Ocultándome las tinieblas, y las paredes á los ojos de los hombres, ¿qué me acobarda ni avergüenza? Dios no se acordará de mis delitos. O á lo ménos aunque no os atrevais á proferir semejante atroz blasfemia, tal vez alguno ó algunos de vosotros, conociendo y confesando que habeis de dar á Dios cuenta, vivís como si no hubierais de darla, como aquel mayordomo del evangelio, que habiendo disipado los bienes de su dueño, quedó alcanzado en la cuenta.

6. Por eso, para que no os suceda lo mismo, os prevengo de parte de Dios, que quando ménos penseis os dirá como al mayordomo del evangelio: Venid á juicio: dadme cuenta de los bienes que de mi órden habeis administrado: *Redde rationem villicationis tuæ.* Y este juicio, Señores, aunque particular y privado, tendrá todas las circunstancias que se requieren para que sea formidable; porque en él intervendrán acusadores, testigos y juez, que ha de sentenciar visto el proceso de vuestra vida. Los acusadores serán los demonios que nada omitirán, para que seamos condenados. Los testigos serán los angeles, que fueron nuestras guardias de vista, y inseparables compañeros. Testigo será nuestra propia conciencia, que vale por mil. Testigo será el mismo juez, segun él dice de sí pro-

[1] *Eccli. XXIII. v. 25.*

propio: [1] *Ego judex et testis.* Y testigo contra quien no podreis alegar excepcion alguna; porque, como decia el mismo Elesiástico, [2] rebatiendo la loca necedad de aquel lascivo, los ojos del Señor, mas resplandecientes que el sol, ven los pasos que damos, y registran los senos mas escondidos de nuestro corazon.

7. Ahora bien, suponiéndonos, Oyentes mios, reos llamados á juicio, ¿ qué haremos? *Quid igitur faciam?* ¿ Qué haremos? ¿ Qué méritos podremos alegar, qué patronos ó abogados podrán defendernos? ¿ Qué responderemos, quando comenzando el proceso de nuestra vida, nos pregunte el Señor de los bienes temporales que nos concedió? ¿ No es verdad, dirá á los ricos, que muchos hubieran tenido á gran regalo alimentarse de las sobras de vuestra mesa? ¿ No es verdad, que muchos estuvieron oprimidos de la hambre y de la desnudez, miéntras vosotros disfrutabais muchas riquezas? ¿ Pues por qué no socorristeis su miseria? ¿ En qué los empleasteis? A esta pregunta responderán unos, que mirando á los bienes, como patrimonio propio heredado de sus padres ó adquirido con su industria y trabajo, lo emplearon á beneficio suyo y de sus hijos, persuadidos que no tenian obligacion de dar limosna. Responderán otros (porque allí la conciencia precisa á decir verdad) responderán otros, que emplearon las riquezas en galas, en banquetes, en fábricas suntuosas, en pompas y vanidades. Y luego el Señor sin pasar mas adelante pronunciará contra unos y otros la terrible sentencia que leemos al capítulo XXV. de San Mateo: Id malditos al fuego eterno: pues estuve hambriento, y no me disteis de comer: estuve sediento, y no me disteis de beber. Y ¿ qué dirán aquellos ricos, que emplearon sus riquezas en combatir la honestidad de las doncellas, viudas, y casadas, haciendo de los beneficios de Dios armas con que invadir su reyno, y aumentar el del demonio? ¿ Qué dirán? Confesándose culpados, se sepultarán en los abismos.

8. Y aunque habiendo sido misericordiosos con los po-

[1] *Jer.* XXIX. *v.* 23. [2] *Eccli.* XXIII. *v.* 28.

pobres, podais satisfacer al primer cargo que el Señor os haga; sin embargo no teneis que daros por libres. Porque continuará su magestad pidiéndoos razon y cuenta de los bienes espirituales que os dispensó, de los socorros de la fe, del bautismo, de los sacramentos, de los buenos consejos, sermones y inspiraciones, con que tantas veces tocó á la puerta de vuestro corazon, para dispertaros al exercicio de las virtudes. Y si aun este cargo te parece ligero, christiano mio, qué responderás, quando el Señor, te diga: Dame cuenta del provecho que has sacado de mis afrentas, bofetadas, espinas y azotes, de mi sangre y de mi muerte. Porque todo lo padecí para bien tuyo. Con tanto trabajo te busqué; á tanta costa te redimí: con estos beneficios quise ganar tu voluntad, y con mis exemplos de virtud procuré moverte á la imitacion. ¿Y tú qué aprecio has hecho de mis finezas? ¿Cómo has correspondido á mi amor? ¿En qué exercicio de virtud has empleado los años, los meses y los dias? *Redde rationem villicationis tuæ.* Dame cuenta de todos los instantes de tu vida, del empleo de tus sentidos, de la menor palabra y pensamiento ocioso: *Redde rationem villicationis tuæ.* ¡Qué cuenta tan terrible! ¡Quán dificil es que la data corresponda al cargo!

9. Pues crecerá el terror y la dificultad, si contemplais, Señores, que Dios no solo os pedirá cuenta de vuestras obras, sino tambien de las de vuestros hijos y criados; siendo vosotros responsables en el tribunal de Dios de lo que ellos hicieren. Porque San Pablo dixo en su carta á Timoteo [1], que los que no tienen cuidado de sus domésticos negaron la fe, y son peores que infieles. Y en el libro de los Reyes [2] leemos, que la negligencia del sumo sacerdote Helí en la educacion de sus hijos acarreó á ellos, á sí mismo y á todo el pueblo la mayor ruina. ¿Pues porqué no temeis que os suceda lo mismo, padres descuidados en la crianza de vuestros hijos? ¿Porqué no los instruís bien en las obligaciones de christianos? ¿Porqué no los corregís? Y si importa, ¿porqué no los castigais? ¿Porqué

[1] *I. Tim. v. v. 8.* [2] *I. Reg. II. v. 29. et seq.*

qué en sus primeros años les permitís travesuras, que con la edad pasan á insolencias? ¿Porqué el mismo amor que les teneis no os obliga á practicar las mas vivas diligencias, para que sean buenos? Y ya que el amor no os mueva, muévaos el temor de la cuenta que habeis de dar á Dios de sus maldades. No querais condenaros por ellas, que harto hareis de no salir condenados por las vuestras. Porque ¡ay Fieles mios! ¡quántos motivos tenemos para temer nuestra condenacion, si consideramos la gravedad de nuestras culpas, y la justicia del juez que ha de juzgarnos! ¿Qué haremos, vuelvo á decir, quando el angel nos lleve á aquel severo tribunal? *Quid igitur faciam?* ¿Qué diremos? ¿A qué parte nos volveremos á implorar socorro? *Quid sum miser tunc dicturus, quem patronum rogaturus, cum vix justus sit securus.* Porque justo era San Cipriano, ínclito confesor era de la fe de Christo, preso estaba en una cárcel destinado al martirio, y sin temer á la muerte, temeroso del juicio, clamaba: ¡Ay de mis pecados! ¡A qué monte he de decir, Señor, que cayga sobre mí, y que me oculte de vuestra presencia? *Væ peccatis meis? Cui monti dicturus sum, Dómine, ut cadat super me?* Pues si un Cipriano, invencible á los tormentos, temia el juicio: si una víctima tan hermosa, reusaba ponerse delante de los ojos de Dios: ¿qué hacemos nosotros cobardes, y afeados con tantas culpas? Somos estólidos, insensibles, si no nos entremetemos al eco de la voz con que el Señor ha de llamarnos á juicio: *Redde rationem villicationis tuæ.*

10. Otro exemplo de temor no ménos admirable que el de San Cipriano nos da Job [1], diciéndole á Dios: Dexadme, Señor, que llore un poco mi dolor ántes que vaya á la tierra tenebrosa, cubierta con las sombras de la muerte. Porque contemplad quién era Job, y os admirareis de que temiera la cuenta que habia de dar á Dios. ¿No era aquel varon justo, que por testimonio del Señor no tenia semejante en la tierra? ¿No era aquel varon misericordioso, que pudo decir: Fuí padre de los pobres, serví de ojos al ciego, de pies al coxo? ¿No era aquel va-

[1] *Job. x. v. 20. et 21.*

varon inocente, que pudo decir: Ni me acusa, ni me remuerde mi conciencia? ¿No era aquel varon pacífico, que acosándole y abrumandole de tropel calamidades, que no han visto los siglos otras iguales, no desplegó los labios para quejarse de Dios, ni profirió palabra que pudiera ofenderle? Pues este mismo varon le pedia al Señor plazos, y que alargara el tiempo de la cuenta: porque queria ántes llorar sus culpas: [1] *Dimitte me, ut plangam páululum dolorem meum, antequam vadam ad terram tenebrosam, & opertam mortis calígine.*

11. ¿Qué mas puedo decir, Oyentes mios? ¿Qué corazones, qué peñascos, qué rocas no se quebrantan al golpe de estos exemplos? Llamo al cielo, á la tierra, y al mar por testigos de nuestra dureza y ceguedad. Porque si es el mismo el juicio con que Dios nos amenaza, que el que temieron Job y Cipriano: si es la misma la eternidad de los gozos y de las penas que se nos proponen, que la que se propuso á aquellos santos: si el último dia de nuestra vida ha de decidir para siempre nuestra suerte, como decidió la suya: viendo quan temerosos estaban ellos, quanto procuraron prevenirse para la muerte, y para el juicio: ¿cómo nosotros, que somos reos de tantas culpas, que hemos servido al mundo, no á Dios, y hemos procurado agradar á aquel, no á este: cómo nosotros, que atendidos los méritos de nuestra causa, no podemos sino esperar que Dios nos condene, cómo dormimos á sueño suelto? ¿Quién nos ha alucinado? ¿Quién ha perturbado nuestro entendimiento de suerte, que jamas pensemos en el juicio? ¿Cómo amedrentados, y aun persuadidos que si Dios ahora nos llamara, nos condenaria, no le pedimos que difiera el plazo á la cuenta? *Dimitte me, ut plangam páululum.*

12. Parece que estoy oyendo como me decís, que temeis mucho al juicio, y que por él, no por otro motivo, temeis á la muerte, y que por lo mismo le pedís á Dios que os alargue la vida. ¿Mas para qué? ¿Para llorar vuestras culpas, para mejorar de costumbres, para re-

[1] *Job x. v. 20. et 21.*

recompensar con buenas obras las malas que habeis hecho? Si eso fuera, alabara vuestro temor y vuestra piedad, como la de Job. Pero no es así; sino que pedís á Dios largos años de vida, porque estais bien hallados con las riquezas, con los deleytes y vanidades de este mundo, y sentís perderlas de vista. Y me persuado que tan desprevenidos comparecereis en el tribunal de Dios dentro de dos ó tres ó mas años, como ahora mismo. Porque el miedo que teneis no es un miedo santo, un miedo eficaz, como el que tienen aquellos que sabiendo que en el camino les aguarda su enemigo, van con armas bastantes para vencerlo; sino que vuestro miedo es vil, estéril, que os acobarda, y no os enmienda; pues así vivís y caminais, como si al cabo de vuestra vida no hubierais de encontrar á un severo juez, que os juzgue, y os condene.

13. ¡O qué lastimosa, pecadores, qué fatal será vuestra desgracia! Porque con la vida perdereis todos los bienes, y la libertad de merecer con su buen uso la gracia del Señor, segun lo dió á entender en persona del dueño de nuestro evangelio, diciéndole al mayordomo, que le quitaria la administracion de su hacienda: [1] *Non póteris ultra villicare.* No penseis pues que entónces os suceda lo que á muchos procuradores, que alcanzados en su cuenta, continuan por la benignidad de sus principales en la procura, con cuyo salario satisfacen la deuda. No. La cuenta que nos pedirá Dios será final. Con la muerte se acabará el tiempo de pagar y de satisfacer la deuda de nuestras culpas. Miéntras vivimos tienen lugar los ruegos, los ayunos, las limosnas, las penitencias, los méritos, y tiene lugar la misericordia de Dios para con nosotros; y así procuremos alcanzarla con aquellos medios ahora que podemos usar de ellos. Ahora que es de dia trabajemos, como decia el Espíritu Santo, en nuestra salvacion: [2] *Ambulate dum lucem habetis.* No aguardemos á que venga la noche, y con ella las tinieblas, que nos condenen á la mas miserable ociosidad.

No,

[1] *Lucæ XVI. v. 2. Rom. XIII. v. 13. et al.*

[2] *Joan. XII. v. 35.*

14. No, Christianos mios. Abrid ahora mismo los ojos de la razon y de la fe para considerar atentamente la rigurosa cuenta que habeis de dar á Dios. Estremeceos á vista del peligro de quedar condenados; y para evitarlo comenzad á llorar vuestras culpas, y continuad llorándolas todo el resto de vuestra vida. No dilateis para lo último la penitencia: procurad aplacar desde luego la divina justicia con buenas obras, y singularmente con obras de misericordia: [1] *Fácite vobis*, os diré con las palabras con que concluye Jesu-Christo la parábola del evangelio: *Fácite vobis amicos de mámmona iniquitatis; ut cum defeceritis recipiant vos in æterna tabernácula.* Haced de los pobres con las riquezas que les diereis, unos amigos que os conduzcan á los eternos tabernáculos. Bien podeis fiar de su amistad y patrimonio el que os concilien propicia la misericordia de Dios en el tribunal de su justicia. Porque así como aquellas pobres viudas enseñando á San Pedro los vestidos que les habia dado la piadosa Tabita, le movieron á que la resucitara: así tambien los pobres enseñando á Dios las limosnas que los hiciereis, le moverán á que os restituya á la vida de la gracia. Así como la sangre de Abel derramada en tierra clamaba á Dios venganza contra el fratricida Caín: así tambien las limosnas expendidas con los pobres, clamarán por vuestro perdon á la misericordia de Dios; y serán tanto mas bien oidas sus voces, quanto el Señor es mas propenso al perdon que á la venganza. Ea, proponed, Fieles mios, ser misericordiosos con los pobres; y para que el Señor comience á serlo con nosotros, digámosle arrepentidos que nos pesa de haber pecado. Pésanos, amabilísimo Jesus, de haberos ofendido: tememos los rigores de vuestra justicia: imploramos vuestra misericordia, &c.

[1] *Luc. XVI. v. 9.*

PLÁTICA XC.

DE LA DOMINICA NONA POST PENTECOSTEM.

Si cognovisses & tu, quidem in hac die tua, quæ ad pacem tibi: nunc autem abscóndita sunt ab óculis tuis... Eo quod non cognóveris tempus visitationis tuæ. Luc. XIX. v. 42. & 55.

1, * ¡Qué reprehensiones, qué amenazas, qué lamentos son estos! ¿A quién reprehende, á quién amenaza, de quién se lamenta Christo señor nuestro en las palabras del evangelio que habeis oído? Reprehende el Señor, Oyentes mios (¡quién lo creyera!), á la ciudad de Jerusalen, porque habiéndola gobernado con sus leyes, protegido con su amparo, y colmado de beneficios, le ha desconocido y ultrajado. La amenaza de que llegará el tiempo en que sus enemigos los romanos la sitien, la tomen, y la demuelan en castigo de su obstinacion. Y últimamente se lamenta y llora la inevitable fatal ruina de aquella ciudad, sorda á sus avisos é inspiraciones.

2. No podemos negar que Jesu-Christo reprehende, amenaza y castiga con razon á Jerusalen; porque es inexcusable su infidelidad. No puede alegar ignorancia; pues la hace conocer claramente su voluntad con las leyes que la impone: su justicia con los castigos que la envia: su omnipotencia con los milagros que obra: y su misericordia con los avisos é inspiraciones que la da; y con todo ella se obstina mas y mas en cerrar los ojos para no ver y conocer á su Dios y redentor: *Si cognovisses & tu.* ¡Ah Jerusalen! ¡Ah infeliz Jerusalen! Demolida, arrasada por los emperadores Vespasiano y Tito, arrancas de nuestros corazones las lágrimas, para que lloremos amargamente tu desgracia, como la lloró el Se-

* 15 *de Julio* 1742. 23 *de Julio* 1747.
4 *de Agosto* 1743.

Señor en este dia: [1] *Videns civitatem flevit super illam.* ¡Mas ay! no lloreis, christianos mios, sobre Jerusalen: llorad, tened lástima de vosotros mismos, que os hallais comprehendidos en la propia culpa y desgracia que aquella ciudad. A cada uno de vosotros reprehende Jesu-Christo, porque no le conoceis, siendo así que os busca, visita y favorece no ménos que á su ciudad de Jerusalen: *Si cognovisses & tu.* Y á vosotros amenaza con la desolacion del espíritu, con la substraccion de sus auxîlios, en castigo de no haberle conocido quando vino á visitaros: *Nunc autem abscóndita sunt ab óculis tuis.... eo quod non cognóveris tempus visitationis tuæ.*

3. Así nos lo dan á entender los santos padres en sus homilías sobre nuestro evangelio; y por eso mismo intento haceros ver esta tarde la grave culpa que cometeis, y la gran desgracia en que incurrís desconociendo y rechazando las inspiraciones con que Dios os favorece. Lo que vosotros haceis contra Dios resistiendo á sus auxîlios, y lo que Dios hace contra vosotros en castigo de haberles resistido, dará todo el asunto á las dos partes de mi plática. Confieso que es muy semejante ó casi el mismo que el del domingo pasado; pero es el mas propio, por otra parte de suma importancia, y así me ha parecido repetirle, alegando para acabar de convenceros otras razones diferentes de las que os propuse el otro dia.

Primera parte.

4. Aunque os he hablado muchas veces, y os hable hoy de los auxîlios de la divina gracia, no penseis que sea tomando partido en las qüestiones escabrosas que se controvierten en las escuelas, ni valiéndome de aquellos términos metafísicos que se oyen en las cátedras. Porque me he propuesto hablaros de la gracia de Jesu-Christo del mismo modo que la defendió San Agustin contra el ingrato Pelagio, que la impugnaba. Ni ménos penseis que no os importe á todos tener alguna noticia de este dogma de

[1] *Luc. XIX. v. 41.*

de nuestra fe. Si eso fuera, pudiereis dar por vanos é inútiles innumerables discursos que hizo San Agustin á sus feligreses, hombres y mugeres, doctos é indoctos. Desechad, si la teneis, Oyentes mios, una preocupacion tan ruda; y oid como brevemente os explico la diferencia que hay entre la gracia habitual, y la gracia actual.

5. La gracia habitual santificante ó justificante es una qualidad sobre natural, que intrínsecamente recibida en nuestras almas, las purifica de la mancha de la culpa, y las hermosea. Una gracia de reconciliacion, que nos reconcilia con Dios, ántes enemigo nuestro por el pecado. Gracia de union, que nos une con Jesu-Christo, como lo están los miembros vivos con su cabeza. Gracia de adopcion, que nos constituye hijos de Dios y herederos de su reyno, y por eso se llama formal participacion de la naturaleza divina. Las gracias actuales ó auxiliantes, son aquellos auxilios ó socorros que Dios nos envia para que hagamos penitencia, si somos pecadores, ó para que adquiramos mas gracia habitual, si somos justos. Estas, unas son exteriores, Oyentes mios, como los sermones que os predican, los buenos consejos que os dan, las repentinas muertes de otros que os asustan, las propias enfermedades y desgracias que os amedrentan. Otras son interiores, como las ilustraciones con que Dios alumbra vuestro entendimiento, para que conozcais el bien y el mal, y aquellas inspiraciones ó impulsos con que excita, mueve y determina vuestra voluntad para que ameis lo uno, y aborrezcais lo otro. Unas y otras gracias son voces con que Dios os llama, visitas que os hace, socorros que os envia.

6. Alabad, Fieles mios, la infinita misericordia de nuestro Dios, que solo por su bondad, sin merecerlo vosotros, ántes bien desmereciéndolo, os busca quando mas perdidos, os alumbra quando mas ciegos, os inflama quando mas tibios, os fortalece quando mas flacos; pero al mismo tiempo llorad con Jesu-Christo la ingratitud de muchos christianos, que á imitacion de los judíos desconocen y desprecian estas gracias que el Señor les hace;

y

y para evitar tan grave culpa, atended miéntras os señalo las tres funestas causas de su infame correspondencia.

7. La primera causa de que muchos malogran los auxilios de la divina gracia, es su ignorancia. Porque ¿ quántos ignoran lo que son los socorros que Dios les envia, para que se animen á salir del infeliz estado de la culpa ? ¿ Quántos no reparan que las correcciones fraternas, los exemplos trágicos, los sueños espantosos, los remordimientos de la conciencia, y todo lo que ántes dixe, son dones y auxilios de Dios ? ¡ O si vosotros, Oyentes mios, lo conocierais así : *Si cognovisses & tu*, qué aprecio hicierais de todas esas gracias absolutamente necesarias para comenzar y concluir la gran obra de vuestra santificacion !

8. Porque bien podeis ser santos, privados de todos los bienes de la tierra, y separados de todos los hombres; pero no podeis serlo sin los socorros del cielo, y en ausencia de Dios. No podeis serlo, ménos que haciendo reflexîon sobre la enormidad de vuestras culpas, no os sintais conmovidos de aquel temor, que es el principio de la sabiduría : ménos que poniendo los ojos en la infinita bondad de Dios no tengais una humilde confianza que ha de perdonaros por los merecimientos de Jesu-Christo, y no le ameis como fuente de toda justicia, segun se explican los padres del Concilio de Trento. Y esto lo conseguireis á beneficio de las inspiraciones y gracias actuales de que os hablo : gracias que os preparan y os excitan al amor perfecto de Dios : gracias que os ayudan á lograr con su amistad la mayor dicha : *Si cognovisses & tu.* ¡ Ah ! ¡ Si lo conocierais ! Pero una ignorancia crasa, afectada y maligna es la primera causa de vuestra infidelidad y mala correspondencia.

9. La segunda es la inaccion y la ociosidad. Pues á muchos sucede lo mismo que á la esposa de los Cantares, [1] la qual bien conoció la honra que la hacia su amado en ir á visitarla : estaba convencida que sus visitas la eran no ménos honrosas que necesarias ; y con todo pudo mas

[1] *Cant. v. v. 1. ad. 6.*

mas su negligencia que su obligacion. No se atrevió á despedirle descortes; pero con el pretexto de que no estaba calzada, ni vestida, tardó á abrir la puerta á su esposo, que enfadado no quiso aguardar á que saliera. ¡Ah indiscreta, perezosa! dice Hugo de San Victor. ¡Qué frívolas son tus excusas! ¡Qué cara te costará tu pereza! Quando salgas ya no encontrarás á tu amado: *Declináverat, atque transíerat.* Y lo mismo diré de aquellos christianos, que por no levantarse á las ocho de la mañana dexan de comulgar y de oir una misa solemne en los dias mas sagrados: de aquellas que por el calor ó por el frio, por el paseo ó por la visita dexan de venir al templo á adorar, á recibir gracias y favores de ese divino esposo enamorado de sus almas. ¡Qué indolencia! ¡Qué desórden! ¡El Dios de la magestad toca á las puertas de vuestro corazon, y no salís á abrirle! ¡El criador os convida á su casa, y no venís por ver á las criaturas!

10. Y no para aquí la maldad. No solo los christianos ignorantes desconocen los auxîlios de la divina gracia: no solo negligentes los malogran, sino que insolentes les resisten y rechazan: tercera causa que agrava mas su culpa, y que llevó al extremo la ingratitud de los judíos. Muchos de ellos, segun el testimonio del evangelista San Juan, desconocieron á Jesu-Christo, quando fue á visitarles y redemirles [1]: *Et mundus eum non cognovit.* Otros oyeron sus sermones, admiraron sus prodigios; pero frios irresolutos se volvian á sus casas impenitentes: *Mirabantur, & non convertebantur*; y finalmente, despues casi todos le aborrecieron, ultrajaron y condenaron á muerte.

11. Me persuado que os horroriza, Oyentes mios, la atroz infidelidad de los judíos; pero sin pensarlo os haceis cómplices en ella, siempre que resistís á los auxîlios de la divina gracia, siempre que cerrais los ojos á las luces con que Dios os alumbra, los oidos á las voces con que os llama, y el corazon á los golpes con que toca. Quando encenagados en el lodazar de la impureza no veis los escarmientos, y á pesar de las voces con que el Bautista,

[1] *Joan. I. v.* 10.

tista, como á Herodes, os dice, que no es lícito gozar de la muger agena, perseverais en una torpe criminal correspondencia: quando esclavos del interés no os resolveis á restituir lo mal ganado, y á dar limosna á los pobrecitos lázaros, por mas que un rico avariento os predique desde el infierno desengaños: quando iracundos no deponeis el ódio, respirais venganzas contra los mas desvalidos, aunque la escritura os proponga los exemplares trágicos de los crueles Antíocos, Athalías y Jezabeles: entónces debo deciros lo que San Estévan á los jerosolimitanos [1]: *Dura cervice, & incircumcisis córdibus, vos semper Spiritui Sancto resístitis.* Rebeldes de dura cerviz, de un corazon incircuncidado, vosotros haceis resistencia al mismo Espíritu Santo. Entónces debo deciros lo que Jesu-Christo en nuestro evangelio á los mismos jerosolimitanos. Debo amenazaros con el severo castigo, que os haré ver en la

Segunda Parte.

12. La funesta desgracia de los que resisten á los divinos auxîlios, consiste en que Dios enojado les priva de ellos: *Nunc autem abscóndita sunt ab óculis tuis*, y en que les abandona al furor de sus enemigos los demonios [1]: *Inimici tui circúmdabunt te vallo.* La rebelde ciudad de Jerusalen destituida de socorros, y tomada por los romanos nos lo persuade; y vosotros experimentareis una y otra desgracia, si resistís á los divinos auxîlios. Os privará Dios de ellos. ¡Qué lástima! Ya es por sí mismo bastantemente fatal el malogro de una inspiracion; pero inevitable con la resistencia. Porque las gracias actuales, á diferencia de la habitual, que es una forma permanente en nuestras almas, son fluidas, rápidas, pasageras. Así son en verdad, y así lo entendió Orígenes reparando en que Dios se dexó ver de Abraan como un caminante, de Isaías como un correo, de Jeremías como un torbellino, de Ezequiel como una rueda, de Juan como una nube: símiles todos que declaran la priesa con que pasan las divinas

[1] *Act. VII. v. 51.* [2] *Luc. XIX. v. 43.*

nas inspiraciones. Descuidaos pues un poco, Oyentes mios, y se malograron. Malograd las primeras, que tal vez no lograreis segundas.

13. Porque el mismo Dios, que por su bondad graciosamente nos franquea los auxîlios de su gracia, justo los retira, los esconde en castigo de nuestra resistencia: *Nunc autem abscóndita sunt ab óculis tuis.* De ahí nace que muchos pecadores están como estúpidos, insensatos, inmobles. Ni oyen las voces del cielo, ni ven los rayos del sol de justicia, ni sienten los golpes de la divina mano. Ya á sus oidos penetrados del ayre de la vanidad no sopla el zéfiro del divino Espíritu: ya no cae en su corazon impuro el celestial rocío de la gracia: ya el omnipotente escarmentado del poco fruto que ha producido en sus almas la semilla evangélica, no la arroja, retira la mano. Ellos sin que la conciencia les remuerda, ni el infierno les amedrente, comen, duermen, pasean, viven á su parecer en una paz octaviana, gozan de una serenidad segura. ¡Mas ah infelices! ¡Perdisteis la razon y el sentido! Estais en poder del demonio sin armas, sin auxîlios, sin socorros, para vencerle en el trance de la muerte: os hallais en medio del mar sin norte que os guie en la borrasca que os amenaza. Perecereis sin remedio: *Nunc autem abscóndita sunt ab óculis tuis.*

14. A esta substraccion de sus auxîlios con que Dios castiga á los rebeldes pecadores, se sigue inmediatamente la otra desgracia de abandonarles al poder de sus enemigos los demonios. Así lo executó con la infiel Jerusalen. Apénas dexó de protegerla, quando dió lugar á que los romanos la sitiaran, asaltaran, tomaran y arruinaran. Me aflijo, y aun lloro con Jesu-Christo cada vez que leo la exâcta relacion que hace Flavio Josefo del sitio y pérdida de Jerusalen; pero ahora contemplo que me toca mas de cerca la lástima de la calamidad que padece un alma destituida de los auxîlios de Dios, y entregada á manos de los demonios. Ellos astutos enemigos, viendo al alma rebelde á su Dios, privada de sus socorros, la sitian, la circuyen por todas partes de ocasiones peligrosas, de objetos pro-

provocativos: luego asestan sus baterías de donde disparan ó sugieren deseos ambiciosos, torpes pensamientos: abierta la brecha la asaltan, entran; ¿y qué hostilidades no cometen? Inmediatamente la saquean de las pocas virtudes adquiridas que conservaba: la derriban hácia la tierra con el peso de las pasiones que cae sobre ella: no dexan piedra sobre piedra del espiritual edificio que fabricó el soberano artífice [1]: *Et non relinquent lápidem super lápidem.*

15. ¡Ah! ¿Quién creyera que de la ignorancia, de la negligencia, del desprecio de las divinas inspiraciones habia de originarse en un alma tal ruina? Pues ella, Oyentes mios, es tan cierta, como lo es la de Jerusalen. Quiera Dios, que vosotros esteis exêntos de semejante culpa y desgracia. En este caso sírvaos de precaucion lo que os he dicho; y para vuestro provecho tomad el consejo que os da San Bernardo. [2] Temed, dice, quando el Señor os favorece y visita con sus gracias. Porque ántes las mide y las pesa: os las da con cuenta y razon, para pedírosla exâctamente en el dia del juicio: *Time cum visitáverit gratia.* Temed quando Dios retira sus gracias. Porque entónces ó castiga vuestra mala correspondencia, ó prueba vuestra vigilancia. Temed; pues estais próximos á caer. ¿Sabeis si volverá á deteneros con sus gracias? Puede ser que si, puede ser que no: *Time cum abíerit gratia.* Y aun quando vuelva el Señor benigno, ¿usareis de sus nuevos favores segun se merecen? Y una vez malogrados ¿serán los últimos? Temed: *Time cum dénuo revertetur gratia.* Temed siempre; pero con un temor que sea principio de sabiduría, no de desesperacion. Temed con un temor saludable que os disponga á recibir los primeros dones y visitas que Dios os haga con reconocimiento, con fidelidad, con respeto.

16. A los primeros resplandores que esparcen los ra-

[1] *Luc. XIX. v. 44.*
[2] *S. Bern. in Cant. Serm. LIV. n. 9. & seq.*

rayos de la divina justicia, se conmueve la tierra [1]: *Vidit & commota est terra*: á las primeras luces con que Dios alumbra vuestro entendimiento, inmútese vuestra voluntad. A la primer ojeada que dió Jesu-Christo á San Pedro, lloró este amargamente sus culpas: el Señor os mira, llorad las vuestras. A las primeras palabras que pronunció Christo convidándose al Zaqueo, se ofreció este á hospedarle en su casa: el mismo Señor se convida, recibidle en vuestros corazones. Venid, dulcísimo Jesus, que ya reconocidos, fieles, obsequiosos os aguardamos. Venid, Señor, á socorrernos, para que podamos vencer al demonio. Venid con una gracia que nos haga conocer y arrepentirnos de nuestra ingratitud pasada. ¡Qué liberal habeis sido con nosotros! ¡Qué liberal sois! Pues ahora mismo nos inspirais á que digamos, que nos pesa de haber pecado: mas gracia, Señor, para que sea de todo corazon. Gracia, dulcísimo Jesus, misericordia, &c.

INTRODUCCION.

PARA LA PLÁTICA DE LA DOM. IX. POST PENTEC. AÑO 1744.

Flevit super illam dicens: si cognovisses & tu, &c.

17. Que un Dios hombre llore, me enternece en verdad, Señores, pero no me sorprehende; porque contemplo que unido á nuestra humana naturaleza no pudo sujetarse á sus flaquezas, sino por el motivo que señala San Pablo, [2] de que tuviéramos un Pontífice que supiera compadecerse de nuestra miseria. Ni ménos me sorprehende que el mismo Dios llore por las culpas que cometen los pecadores; porque si se alegra tanto de la penitencia de uno solo, que manda á sus ángeles que hagan en el cielo las mas solemnes fiestas, [3] ¿quánto ha de sentir las culpas de innumerables pecadores, que se pierden á pesar de las

[1] *Ps. XCVI. v. 4.*
[2] *Ad Heb. V. v. 2.*
[3] *Luc. XV. v. 10.*

las gracias que les comunica, y de las lágrimas y sangre que derrama por santificarlos y redimirlos?

18. Todas las veces que leemos en el evangelio que lloró Jesu-Christo, aunque á primer vista parezca que lloró por otros motivos, en verdad lloró por las culpas de los pecadores. Porque si lloró en el pesebre, fue, segun dice San Bernardo, [1] como fiador de los pecadores. Si lloró sobre el sepulcro de Lázaro, fue, dice San Agustin, [2] por considerar en aquel difunto la hediondez de las costumbres de los pecadores. Y si lloró al mirar á Jerusalen, fue, segun dice San Gerónimo, por contemplar la imágen de la ceguedad de los pecadores. Siempre lloró Jesu-Christo por respeto de los pecadores; ¿y no lloran los pecadores por correspondencia á Jesu-Christo? Esto sí que me sorprehende, y aun me confunde y me pasma. Ah pecadores, ¿no veis que Jesus llora? ¿No veis que vuestra infelicidad motiva sus lágrimas? *Flevit super illam.* ¿Y no llorais? Sois ciegos, no teneis ojos, como no los tenia Jerusalen insensible á los lloros de su Redentor.

19. Christo señor nuestro señala en el evangelio en lo que consistió la ceguedad de Jerusalen, diciendo entre lágrimas, que no se acordó de las culpas que cometió en el tiempo pasado para llorarlas: *Si cognovisses & tu*: que no tuvo presentes las gracias que entónces mismo la dispensaba para aprovecharse de ellas: *Et quidem in hac die tua quæ ad pacem tibi*; y finalmente que no preveyó los castigos que la amenazaban para evitarlos: *Nunc autem abscóndita sunt ab óculis tuis.* ¡O qué imprudente fue Jeruealen! Lo fue respecto del tiempo pasado, del presente, y del futuro. Y por haber sido tan imprudente, por no haber sabido aprovecharse de las ocasiones que le dió el Señor en las muchas veces que fue á visitarla, experimentó la última ruina y desolacion: *Eo quod non cognóveris tempus visitationis tuæ.*

20. Deseara, Pecadores, que Jerusalen demolida y ar-

[1] S. *Bern. in Nativ. Dom. Serm.* III. *n.* 3.
[2] S. *Aug. in Joan. cap.* XI. *Trac.* 49.

arrasada por los emperadores Vespasiano y Tito os sirviera de escarmiento. Deseara que Jerusalen delinqüente y castigada os hiciera cuerdos y prudentes en todo tiempo: que os acordarais del tiempo pasado que perdisteis, para recobrarle con la penitencia: que emplearais bien el tiempo presente; y que precavierais los males que os amenazan en el tiempo futuro. Y principalmente deseara que os aprovecharais de las ocasiones que Dios os da, de las visitas que os hace. Quiero decir, que correspondierais á las gracias y inspiraciones con que os favorece. Porque el resistirlas es vuestra mayor culpa, y de ahí nace vuestra última desgracia; como os hare ver en las dos partes de mi plática, para que con la enmienda enxugueis las lágrimas que derrama Jesu-Christo, &c.

JACULATORIAS.

21. ¡Dulcísimo Jesus! ¡Qué mal he conocido vuestros auxílios é inspiraciones! ¡qué descuidado he sido en aprovecharme de ellas! ¿Y con todo insistís en favorecerme? ¡O misericordia infinita! ¡O liberalidad inmensa! Os amo sobre todas las cosas, y digo que me pesa de haberos ofendido.

¡Benignísimo Jesus! ¿Vos me llamabais, y no os respondia? ¿me socorriais, y os despreciaba? ¡Qué ingratitud, qué fiereza! Ya me arrepiento, y os pido perdon.

¡Amabilísimo Jesus! No retireis vuestras gracias en castigo de haberlas malogrado. No me abandoneis al poder de mi enemigo el demonio. Aunque lo merezco por mi rebeldía, compadeceos de mí por vuestra bondad. Misericordia, Dios mio.

PLÁ-

PLÁTICA XCI.

DE LA DOMINICA NONA POST PENTECOSTEM.

Videns Jesus civitatem flevit super illam dicens: quia si cognovisses & tu, & quidem in hac die tua, quæ ad pacem tibi: nunc autem abscóndita sunt ab óculis tuis. Luc. XIX. v 41. &. 42.

1. * Que Dios sea admirable en sí y en sus obras lo declaró él mismo quando preguntándole Jacob: ¿cómo se llamaba le respondió: ¿Porqué buscas saber mi nombre, que es admirable? [1] *Cur quæris nomen meum, quod est mirabile?* Y en verdad no hay en la naturaleza cosa alguna por pequeña que sea, aunque sea una hormiga, que no dé grande materia á la admiracion de su criador. Pero todavía se ostenta Dios mas admirable en algunos de sus atributos, y singularmente en su misericordia y en su justicia; porque no podemos facilmente entender, y así admiramos como Dios es infinitamente misericordioso sin dexar de ser infinitamente justo. Cómo se compadece la ternura y benignidad de la divina misericordia, que pondera Salomon en sus cánticos, con el rigor y severidad de la divina justicia, que nos pone delante de los ojos Ezequiel al capítulo V. de sus profecías.

2. Ciertamente vemos, que los hombres por su naturaleza misericordiosos freqüentemente faltan á la justicia, castigando con demasiada blandura los delitos; y que los hombres por su naturaleza justos, castigándolos con demasiado rigor, faltan á la misericordia. Pero esta gran dificultad y repugnancia que se encuentra para que estas dos virtudes en grados heroycos se junten en un mismo hombre, la vence Dios infinitamente perfecto, comprehendiendo á entrambas, sin que la perfeccion de la una sirva de impedimento á la otra; ántes bien en el mas severo

* 8 *de Agosto* 1745. 31 *de Julio* 1746.

[1] *Gen. XXXII. v. 29.*

vero exercico de su justicia, ¡ qué maravilla! acredita la mayor benignidad de su misericordia. Así nos lo dan á entender las sagradas letras; y especialmente el suceso de nuestro evangelio. Porque ¿ quándo manifestó Dios mejor los rigores de su justicia que en la ruina de Jerusalen? ¿ Qué estragos no hizo en sus habitadores la hambre, la peste y el hierro? En el tiempo que duró su sitio ¿ no murieron dentro de sus muros un millon y cien mil hombres? Y luego despues ¿ no hicieron los romanos noventa y siete mil cautivos? ¿ Quedó piedra sobre piedra de todos sus excelsos suntuosos edificios? No se ha visto, Señores, en el mundo despues de su universal diluvio otra calamidad igual á la de Jerusalen, otro efecto mas terrible de la divina justicia.

3. Pues entónces mismo, quando pronosticó Jesu-Christo en el evangelio lo que su justicia haria padecer á aquella ciudad, entónces mismo dió las mas claras señales de su misericordia. Por que al poner los ojos en ella ayrado, se puso á llorar compadecido. Apénas prorumpió en amenazas, hubo de interrumpirlas con sollozos; y con la misma boca que las proferia hubo de beberse las lágrimas, que por los ojos derramaba: *Videns civitatem flevit super eam.* No supo el Señor hablar del castigo sin manifestar su disgusto, y el deseo que tenia de no castigarla. ¡ Oxalá, dixo, vieses, ó Jerusalen, el bien que te traygo con la paz que te anuncio! Pero ¡ ah! tienes los ojos cerrados, y quando ménos pienses vendrán con la guerra tus enemigos á arruinarte: *Si cognovisses & tu.* Y aun mas no supo el Señor amenazarla sin señalar el justo motivo de su amenaza, diciendo, que la castigaria, porque no reconocia los favores que la habia hecho, viniendo desde los cielos á visitarla: [1] *Eo quod non cognóveris tempus visitationis tuæ.*

4. ¿ Puede ser, Oyentes mios, mas admirable el enlace de la misericordia y justicia de nuestro Dios de lo que fue y se aparece en este suceso? Sin embargo confieso que no debemos admirarnos, si no lo hacemos de lo que

[1] *Luc. xix. v. 44.*

que acontece muchas veces; porque Dios executa en todos nosotros lo mismo que executó en Jerusalen. A semejanza de lo que hizo en aquella ciudad, símbolo de nuestras almas, nos visita con sus gracias, nos socorre con sus sacramentos, y tal vez por nuestra mala correspondencia y obstinacion nos amenaza y nos castiga. Tenedlo entendido, Fieles mios, y si no os admirais, escarmentad en cabeza de la infeliz Jerusalen. Yo, para que os sean mas sensibles los efectos de la misericordia y justicia divina, os haré ver en el discurso de mi plática la fineza y ternura con que Dios nos ama: la pena y violencia con que nos dexa: y la severidad y rigor con que nos castiga. Todo á fin de que procureis amar y temer á Dios misericordioso y justiciero.

Primera parte.

5. Son muchos los símiles de que se valió Dios para manifestarnos su grande amor; pero á mi juicio es mas propio y expresivo aquel, en que le compara al amor que una madre tiene á sus hijos; porque al mismo tiempo declara la fineza y la causa de su amor. Pues así como la madre mira á su hijo como una porcion de su substancia, le llevó nueve meses en su vientre, le dió á luz á costa de muchos dolores, y le alimentó con la leche de sus pechos: así Dios hecho hombre nos engendró espiritualmente con la virtud de su sangre, nos llevó en el seno de su misericordia, nos parió en el árbol de la cruz, y nos sustenta con los sacramentos que manaron de su costado. No hay duda que el habernos Dios criado, y el ser nuestro padre, es fuerte motivo para que nos ame; pero lo es mucho mas el habernos reengendrado como madre nuestra. Porque en criarnos ó producirnos no tuvo el menor trabajo: lo hizo, segun se explica el sabio, como jugando: [1] *Ludens in orbe terrarum.* Pero el reengendrarnos le costó no ménos que el perder la honra y la vida. Y como lo que mas nos cuesta nos es mas precioso; y quanto mas da-

[1] *Prov. VIII. v 31.*

damos por adquirirlo, tanto es mayor nuestro cuidado por conservarlo: ¿ qué estimacion hará Jesu-Christo de nosotros? ¿ Quan grande será su amor? Tanto como pueda serlo el que tiene la mejor madre á sus hijos.

6. ¿ Mas qué digo? Anduve corto en comparar el amoroso vínculo que une á Dios con nosotros con el vínculo que une á una madre con sus hijos. Porque en fin el hijo al nacer se separa de su madre; pero nosotros al renacer por la gracia, en lugar de separarnos, nos unimos íntimamente con Jesu-Christo. Pues no somos, Christianos mios, como decia San Agustin con San Pablo [1], no somos solamente vasallos de su reyno, soldados de su exército: somos miembros, componemos un mismo cuerpo con Jesu-Christo, que como cabeza nuestra nos ama, y se une con nosotros con aquella misma ternura y estrechez con que ama, y se une la cabeza con las partes del cuerpo natural. ¿ No sabeis, Señores, que la cabeza, en que residen los sentidos y potencias, es la que da movimiento á nuestro cuerpo, la que mira por la conservacion de sus partes? ¿ No habeis visto que quando llega el caso de cortarnos una mano, la cabeza con la lengua se lamenta, con los ojos llora? ¿ Y no habeis reparado que la mano, en correspondencia del amor que la cabeza la tiene, se expone al golpe por preservarla? Pues asimismo Jesu-Christo da con sus auxîlios movimiento á nuestras almas, se interesa en nuestra conservacion, llora y gime, si acaso alguno de nosotros se corta, ó por su culpa se aparta de su cuerpo. ¿ Y quán justo fuera que nos expusieramos á perder la vida en su obsequio?

7. Si acaso estas expresiones que inculca San Pablo á cada paso, para darnos á entender lo mucho que Jesu-Christo nos ama, y la grande obligacion que tenemos de amarle, os parecen imperceptibles y figuradas: poned los ojos en el evangelio, y vereis la fortaleza y la priesa con que su magestad busca á los mismos que dentro de pocos dias le han de crucificar: vereis que para prueba del gusto con que ha de morir por nosotros, permite que los Je-

[1] *Ephes. I. v. 22. IV. v. 13. I. Cor. XII. v. 27. & al.*

Jerosolimitanos le reciban en su ciudad con palmas en las manos, le aplaudan, y victoreen como triunfante. Verdad es, que luego se pone á llorar amargamente. Mas no llora porque contemple próxima su muerte: no llora porque ve el calvario en que ha de morir: llora porque viendo á Jerusalen, se le representa su ruina: *Videns civitatem, flevit super illam.* Y aun, si bien se mira, no llora la ruina de sus muros, de sus palacios y de su templo; sino que llora la ruina de los pecadores, á los quales simbolizaba aquella ciudad arruinada.

8. Tres veces leemos que lloró Jesu-Christo, y todas tres lloró por respeto y amor nuestro. Lloró en este dia por el motivo que acabo de deciros. Lloró en la muerte de Lázaro, porque en aquel difunto hediondo miró la imágen de un pecador corrompido en sus costumbres. Y lloró al morir en la cruz, porque tuvo presente que muchos malograrian el fruto de su sangre, y la eficacia de su muerte. ¡Ah, qué notorio, qué tierno es, Señores, el amor que Jesus nos tiene! ¿Pudo dar otro testimonio mas auténtico que el de sus lágrimas? Al verle llorar los judíos en la muerte de Lázaro [1], ¿no se dieron por convencidos de que le amaba mucho? Y nosotros hemos de dudar que nos ama tiernamente, quando no una sino muchas veces llora por nuestro amor? No por cierto. Lo confesamos abiertamente, y confesamos asimismo que es grande la pena y violencia que padece quando nos dexa, y nos apartamos de su amistad y compañía.

Segunda parte.

9. Discurro que basta para prueba de esta verdad, que me propuse persuadiros en la segunda parte de mi plática, lo mismo que acabais de oir. Porque ¿no son las lágrimas los mas eficaces argumentos de una pena? Bien que no lo sean las de los niños y las de las mugeres, ¿pueden dexar de serlo las de un varon tan fuerte como Jesu-Chris-

[1] *Joan. XI. v. 35. & 36.*

Christo? Digan los que dicen que no saben ó no pueden llorar, que sienten una pena mas que los que lloran, que yo les diré que habremos de creerlos sobre su palabra, y en fuerza de la calidad del suceso que les aflige; pues les falta en las lágrimas la mejor seña de su sentimiento. Lo cierto es, que no pueden gloriarse de que no saben llorar; pues los mayores héroes del mundo lloraron, y no sé que haya habido algun capitan esclarecido que no llorara. Lloró Alexandro la muerte de Dario: César la de Pompeyo: Hernan Cortes la de Motezuma. Lloró David: y en fin lloró Jesu-Christo. De suerte, que si alguno no supiera reir, pudiera gloriarse mejor que los que no saben llorar; supuesto que constándonos que el Señor lloró muchas veces, no nos consta que jamas riera.

10. Pero no quiero apartarme mas con esta digresion del asunto. Y así dexando á las lágrimas que derramó Jesu-Christo toda la eficacia para persuadirnos que es inmensa la pena que tiene en la pérdida de los pecadores, busquemos en la sagrada escritura otras razones que la convenzan. Yo encuentro que quando Dios irritado por los enormes infames delitos de los Sodomitas, resolvió baxar á la tierra á castigarles, manifestó bastantemente la repugnancia con que lo hacia: pues pasándose por casa de Abraan, hizo que le guiara, como si no supiera el camino de las ciudades nefandas: [1] *Erat Abraham deducens eum.* Y era tan grande la pena que tenia de destruirlas, que á nuestro modo de entender se la comunicó á aquel patriarca para desahogarla, y para que viera quan inclinado estaba á perdonarlas. Pues diciéndole: Señor, si hubiera cincuenta justos en Sodoma, ¿no perdonarais á los otros por su respeto? Sí, respondió el Señor, aunque no hubiera mas que veinte, aunque no hubiera sino diez. ¡O qué inefable es, concluye San Juan Chrisóstomo, la misericordia de un Dios, que con tanta facilidad perdona, y con tanto disgusto y aun con violencia castiga!

11. No os sorprehenda, Señores, esta voz como opuesta á la infinita soberanía y poder de nuestro Dios. Por-

[1] *Gen. XVIII. v. 16.*

Porque es cierto que en algun modo haceis dos especies de violencia á Dios: una á su justicia, otra á su misericordia. ¿Os humillais arrepentidos? Haceis violencia á su justicia. ¿Os obstinais en la culpa? Haceis violencia á su misericordia. Así nos lo dió á entender el mismo Dios, quando rogándole Moyses que perdonara al pueblo de Israel, merecedor por su idolatría del mayor castigo, le decia [1]: No me ruegues: no me ates las manos: dexame vengar de ese pueblo ingrato, infiel. Y esta violencia que le hizo Moyses, y que haceis á su justicia siempre que le pedís perdon, es en sentir de Tertuliano, muy agradable á Dios. Quando al contrario si os obstinais en la culpa, haceis á su misericordia una violencia que le desagrada, y le aflige del modo que es capaz de afligirse.

12. Pero todavía debo explicarme mas, y satisfacer á la dificultad que teneis de entender, cómo Dios repugnando y sintiendo apartarse de nosotros, sin embargo lo executa. Y para ello supongo, que entre todas las criaturas solamente el hombre en fuerza de su libertad puede en algun modo resistir á la voluntad de Dios. Y supongo asimismo tambien que cada tentacion nuestra es una batalla en que Dios y el demonio como que pelean sobre la posesion de nuestras almas. Mas no pelean solos: que si así fuera, sin duda quedara el demonio vencido, como lo quedó Luzbel quando se atrevió á apostárselas con su magestad. Peleamos tambien nosotros; y si nos ponemos de parte de Dios, queda vencedor: si de parte del demonio, queda vencido. Porque aunque pueda, no quiere el Señor vencer sin nosotros, para que si vence, sea nuestro el mérito de la victoria; y si es vencido, sea culpa nuestra el perder su gracia, y el que se aparte de nuestra compañía.

13. En Ezequiel encuentro comprobada esta verdad. Viendo el profeta que Dios abandonaba el templo de Jerusalen, y diciéndole: ¿Cómo os olvidais de vuestras promesas? ¿Cómo dexais ese lugar que elegisteis para vuestra

[1] *Exod. XXXII. v. 10.*

tra habitacion ? Le respondió el Señor : [1] Rompe ese muro, y mira que los mas ancianos del pueblo se postran delante de los ídolos : mira que aquellas mugeres desgreñadas lloran la muerte del impuro Adonis : mira que aquellos vueltos de espaldas á mi altar, adoran el sol que nace. Pues profeta, ¿ puedo yo quedarme entre esas detestables deydades ? ¿ Puedo recibir el incienso de unas manos sacrílegas que le ofrecen á los ídolos ? No. No es justo. Debo salir y dexar el santuario : [2] *Recedam á sanctuario meo.* Y del mismo modo, Oyentes mios, procede y habla Dios con los pecadores, que siendo templos suyos dieron entrada al pecado y al demonio. ¡ O si yo pudiera romper el muro, y penetrar vuestros interiores ! ¡ Cómo viera en el corazon del iracundo al ídolo de Marte, á quien sacrifica las venganzas que executa ! ¡ Cómo viera en el corazon de aquel avaro los ídolos de Mercurio y de Saturno, á quienes sacrifica las usuras que comete ! ¡ Cómo viera en el corazon de aquella deshonesta los ídolos de Venus y de Adonis, á quienes sacrifica los impuros deleytes que la entorpecen ! Y como oyera la voz del Señor, que apartándose de ellos á mas no poder, publicará la razon con que los abandona : *Recedam á sanctuario meo.*

Tercera parte.

14. Ya no espereis, Pecadores, que os hable de los efectos de la misericordia de Dios. Una vez que la hicisteis la mayor violencia, obstinándoos en la culpa, debo proponeros los efectos terribles de su justicia. ¿ No despreciasteis sus gracias ? ¿ No abusasteis de sus sacramentos ? ¿ No hicisteis del de la penitencia y del pecado un círculo detestable ? ¿ No os confesasteis hoy para pecar mañana ? ¿ Qué os aprovechó el que Dios hecho hombre médico celestial viniera á visitaros, si ni oisteis lo que os ordenaba, ni tomasteis á su tiempo la medicina ? ¡ Ah ! ¡ Si le hubieseis conocido ! *Si cognovisses & tu.* Pero no le conocisteis, le echasteis de vuestras almas, y en castigo de vues-

tra

[1] *Ezech. VIII.* [2] *Ibid. v.* 16.

tra obstinacion quedasteis ciegos y deslumbrados: *Nunc autem abscóndita sunt ab óculis tuis.*

15. En la exposicion de estas palabras, que nos representan á Jerusalen destituida de la proteccion y del socorro de Dios, se lamentan los santos padres de aquellos pecadores que se hicieron indignos, y están privados de los auxilios de la divina gracia. No puede darse, Oyentes mios, castigo mas terrible: es legítimo infalible antecedente del infierno. Y no penseis que estos infelices solamente se encuentran entre los infieles. Entre los christianos se encuentran muchos; y tal vez entre vosotros algunos abandonados de la misericordia de Dios. Con el entendimiento ciego, la voluntad depravada, el corazon empedernido caminais por el camino de la divina justicia, sin que jamas paseis al de la misericordia; porque el Señor, como se explica San Agustin, puso un muro que quita la comunicacion entre estos dos caminos. Y sin embargo caminais, vivís muy alegres, muy gozosos, y muy confiados de que encontrareis propicia, quando implorareis la divina misericordia.

16. Pero en esto consiste vuestra mayor desgracia. Porque al modo que los romanos sitiaron á Jerusalen, así quando esteis mas entretenidos llegará la hora destinada de vuestra muerte; y los demonios que tienen vuestra alma mucho tiempo ha sitiada, estrecharán mas el sitio, doblarán las baterías. Entónces, dice San Gregorio, el espíritu de la lascivia os pintará con vivos colores los de leytes: el espíritu de la avaricia os representará apetecibles las riquezas: el espíritu de la ira os propondrá agradables las venganzas. Y como estos inmundos espíritus hallarán auxiliares suyos á vuestras malas costumbres, á vuestras rebeldes pasiones, y sin otra defensa de vuestra parte que una confianza vana, un arrepentimiento aparente, entrarán en vuestra alma, y se la llevarán cautiva al infierno.

17. ¡Ay! ¡Ay! ¡Fieles mios! Aunque Jesu-Christo al parecer llora la desgracia de Jerusalen, en verdad llora la vuestra: *Videns civitatem flevit super illam.* Sus lágrimas

mas que convencen lo fino de su amor, lo acerbo de su pena, no ménos convencen lo funesto de vuestra desgracia; ¿y no os enternecen? Deplorable es vuestra insensibilidad, cierto vuestro abandono. No ha de ser así, Fieles mios. No ha de ser así, dulcísimo Jesus. Debo deshacerme en lágrimas al ver las vuestras. Vuestros ojos anublados: bañadas vuestras mexillas; ¿y no he de llorar? Vuestro rostro, en que desean mirarse los ángeles, entristecido por mi culpa, ¿y el mio ha de estar muy sereno? No podia hacer mayor injuria á vuestro tierno amor. Lloro con Vos, ó inocentísimo cordero, el haber sido pecador: me pesa de haberos ofendido. Abrazado con vuestros pies haré violencia á vuestra justicia, os diré con el patriarca Jacob: [1] *Non dimittam te nisi benedixeris mihi.* No me apartaré de Vos hasta que me echeis vuestra bendicion. Lo que no merecen mis lágrimas, lo merecen las vuestras. Perdonadme por vuestros propios méritos. Misericordia, &c.

PLÁTICA XCII.

DE LA DOMINICA X. POST PENTECOSTEM.

Dixit Jesus parábolam istam: Duo hómines ascenderunt in templum, ut orarent: unus Pharisæus, & alter Publicanus. Lucæ XVIII. v. 9. & 10.

1. * En la parábola del evangelio de este dia nos lleva la magestad de Christo al templo, para que veamos á dos hombres que subieron á orar, uno fariseo, y otro publicano. El fariseo, que está en pie junto al altar, jactancioso publica que ayuna dos veces á la semana, y da á Dios el diezmo de quanto posee: muy satisfecho de sí mismo se gloría que no es ladron, ni es adúltero, ni es injusto, que no es como los demas hombres, ni como aquel pu-

[1] *Gen. XXXII. v. 26.*

* 30. *de Julio* 1741. 7. *de Agosto* 1746. 11. *de Agosto* 1743.

publicano [1] : *Non sum sicut cæteri hominum... velut etiam hic publicanus.* Al contrario el publicano no se atreve á acercarse al tabernáculo, y compungido hiere con duros golpes su pecho: no se atreve á levantar sus ojos al cielo, y humillado pide á Dios que le perdone: *Deus propitius esto mihi peccatori.*

2. ¡ Extraño admirable espectáculo ! ¡ Misteriosa parábola ! con que Christo señor nuestro, á juicio de San Gerónimo, quiso persuadiros que huyéramos de la soberbia, vicio capital, y buscáramos la humildad, fundamento de todas las virtudes. Porque lo mas fiero, mas injurioso, lo mas opuesto á la caridad, y á la justicia, se descubre en la persona del fariseo. ¡ Qué vana confianza en sus falsas virtudes ! ¡ Qué ridícula ostentacion de sus pretendidos talentos ! ¡ Qué desdeñoso, insolente desprecio de sus próximos ! No contento con engrandecer su propio imaginario mérito, desacredita maliciosamente á los otros: en la odiosa comparacion que hace de todos los hombres consigo, declara á su favor la ventaja con desdoro ageno. Y aun quando hipócrita da gracias á Dios de las virtudes que cree tener, malignante fiscaliza los vicios que atribuye á los demas: *Gratias tibi ago, quia non sum sicut cæteri hóminum; raptores, injusti, adúlteri.*

3. En la persona del publicano, en su conducta, y sus palabras se descubre lo mas modesto, lo mas sincero, lo mas propio para conciliarse la amistad de Dios y de los hombres. ¿ Qué humilde cede el primer lugar al fariseo ? ¿ Con qué profundo respeto adora la infinita magestad de Dios ? Se queda junto á la puerta del templo: fixa sus ojos en el suelo, y confundido del horror y gravedad del peso de sus culpas, hiriéndose el pecho, exclama: Señor, tened misericordia de mí [2] : *Propitius esto mihi peccatori.* Quando esta contraposicion que habeis oido no bastara, Señores, á haceros odiosa la soberbia, y amable la humildad, bastará el oir que Jesu-Christo declara réprobo al fariseo, y justo al publicano [3] : *Dico vobis, descendit hic jus-*

[1] *Luc. XVIII. v.* 11.
[2] *Ib. v.* 13.
[3] *Ibid. v.* 14.

justificatus in domum suam ab illo. Bastará el que consulteis la razon y el evangelio. Como hombres teneis á la razon por guia; como christianos teneis el evangelio por regla. Como hombres, y como christianos estais obligados á ser humildes. En la razon natural hallareis razones con que condenar la soberbia: en el evangelio encontrareis motivos con que destruirla. Escuchad hombres á la razon, que os enseña, porqué debeis humillaros. Escuchad christianos el evangelio que os enseña, como debeis humillaros. Y escuchadme, Señores, os ruego, miéntras discurro sobre estas dos verdades, que han de ser el asunto de mi plática.

Primera parte.

4. Lo que somos, lo que poseemos, lo que tratamos, la naturaleza, la fortuna, la sociedad civil nos están dando continuas lecciones de humildad. Todo esto, prescindiendo de los principios de nuestra fe, nos manifiesta la sinrazon del orgullo y vanidad de los hombres. Porque desvanecerse de las ventajas de un nacimiento ilustre, es desconocerse: valerse de la fortuna para una jactancia orgullosa, es hacerse odioso: faltar á las reglas de la civilidad en el trato, es hacerse insoportable. Y esto la recta sana razon natural lo dicta; pues hasta los gentiles lo conocieron. Y aunque por una ceguedad deplorable llevaron una conducta del todo contraria á las reglas de la filosofia moral que leemos en sus escritos: con todo, en sentir de San Agustin, con ellos contribuyeron á preparar los caminos del evangelio; siendo sus libros semejantes á las inscripciones de aquellas colunas, que colocadas en los caminos reales, sin moverse demuestran por donde debemos ir para no errar.

5. ¿Qué es el hombre mas ilustre? No se lo pregunto á Job [1] para que me repita, que todo su patrimonio se reduce á nacer de una muger, vivir poco, llorar mucho, morir luego. No lo pregunto á David, á Salomon, ni á Isaías; que inspirados de Dios dixeron, que el hombre es

[1] *Job. XIV. v 1.*

es una sombra, un sueño, un compuesto de vanidad, afliccion y miseria. No. Quiero como se explican los santos padres adornar el templo del Señor con los despojos de Samaria. Quiero quitar al soberbio infiel Egipto los vasos profanos, para dedicarlos al culto del verdadero Dios. Quiero argüir contra la soberbia con los testimonios de los mas soberbios. A los filósofos gentiles, á quienes Tertuliano llama animales de gloria, pregunto: ¿Qué es el hombre? Y me responden: que ántes de nacer es una masa informe, nacido miseria, y muerto corrupcion. Ellos me dicen, que la naturaleza trata peor á los hombres, que á los demas animales; porque á estos les da armas con que defenderse, yerbas de que alimentarse, y una dura piel con que cubrirse: pero aquellos vienen al mundo con miembros delicados, y sin armas, sin vestido, sin defensa, al modo que llegan por casualidad á la playa los que arrojó al mar un naufragio.

6. Es menester cerrar los ojos á las luces de la razon, para no ver quan irracional es la soberbia. Hombres, ¿qué puede desvaneceros? ¿La robusta salud que gozais? Huye como la sombra; y estais continuamente expuestos á que una calentura, una xaqueca, una gota habitual os la robe, y con ella todo el gusto. Mugeres, ¿qué es el asunto de vuestra vanidad? ¿La hermosura? ¿Qué jamás os haya de venir al pensamiento, que ella es como una feble delgada tela, que brilla sobre la superficie de unas cenizas? ¿que no es mas que una flor delicada, que á pocos soles se marchita? ¿que no es mas que un agregado de partes con cierta proporcion, que una enfermedad descompone, desfigura, y una muerte hace horrible? Si lo pensarais una y otra vez, yo aseguro que no idolatrarais en vosotros mismos, ni recibierais con tanto gusto las adoraciones de vuestros idólatras. Pues el casto esposo decia á su amada: Eres la mas hermosa de las mugeres; pero si llegas á desconocerte, sigue las huellas que tu rebaño dexa en el polvo, y verás en él lo mismo en que has de

de parar [1]: *Si ignoras te, ó pulchérrima mulíerum, egrédere, & abi post vestigia gregum.*

7. Tampoco las riquezas que poseeis pueden ser título para pretender ser preferidos á los demas. Porque la razon natural no permite el que faltos de méritos personales hagais ostentacion de los bienes que no son vuestros, sino de la fortuna. Y aun el mundo, aunque tan corrumpido, culpa el que á imitacion de los israelitas, haciendo de vuestras riquezas un ídolo, le pongais á los ojos de todos, para celebrarle fiestas en los convites que haceis, en las galas que rozais, y en los palacios que erigís. El mundo hace justicia á los ricos soberbios, y á los pobres humildes, porque se alegra de ver á estos exâltados, y á aquellos abatidos: aborrece y murmura del orgullo de unos, alaba y ama la modestia de otros. ¿Veis, dice el fariseo en nombre del mundo, veis á ese rico opulento? yo le ví pedir limosna. ¿Veis los galones que cubren su vestido? yo conocí á sus padres bien desnudos. ¿Veis la magnífica casa que habita? yo la he visto fabricar sobre las ruinas de aquellas, que derribó con sus usuras. Y aun quando las riquezas son heredadas, ó bien adquiridas, si quien las posee es soberbio, se concilia el ódio del mundo, que no pudiendo sufrir su vanidad, para ajarla averigua las manchas de su genealogía, y publica todas sus faltas.

8. Yo os confieso, Oyentes mios, que en los mayores concursos del pueblo, al ver las notas de soberbia en los semblantes de unos, y en las palabras, movimientos, y acciones de otros, ó sin ser Demócrito me rio de su simpleza, ó sin ser Heráclito lloro su desgracia, porque aquellos soberbios cargados de oro y plata, se me representan semejantes á la estatua de Nabuco, y estoy temiendo que se desprenda del monte de la divina justicia una piedra que dando en sus pies de barro, los reduzca á polvo. Y me lastimo, que pudiendo grangearse la universal estimacion y aprecio solo con ser humildes, quieran comprar con la vanidad, que hacen de sus riquezas ó nobleza, el ser

[1] *Cant. 1. v. 7.*

ser aborrecidos y despreciados. Pues desengañense que lo serán á los ojos de Dios y del mundo, miéntras serán soberbios; porque quebrantan las sagradas leyes de la sociedad civil.

9. Todos, siendo partes de un mismo cuerpo político, estamos obligados á vivir, á tratar, y á comerciar mútuamente. Pero esta paz y recíproca union no puede conservarse si no somos afables, sufridos, si no tenemos aquellas virtudes oficiosas, cuyo fundamento es la humildad. ¿Cómo, si con un ayre fiero, con una rústica impolítica, con una voz ágria, con un sobrecejo desapacible, si con otras señas, y palabras desdeñosas apartamos de nosotros á los que se nos acercan, cómo pueden dexar de mirarnos con los mismos ojos? ¿Cómo puede evitarse la discordia? ¿Cómo puede mantenerse la sociedad civil? De ninguna manera. Por eso solo ni la hermosura, ni la nobleza, ni las riquezas pueden cohonestar la soberbia.

10. Mas no quisiera que al oir reprehender este vicio, creyerais que solo los que se hallan favorecidos de la naturaleza y de la fortuna pueden ser soberbios. No es así. Hay muchísimos pobres soberbios, porque astuto el demonio les finge no sé qué motivos para desvanecerse. Pero me he hecho el cargo, que una vez convencido el asunto en aquellos, quedaba convencido en estos. Y mas, quando veo que escasa la naturaleza, y adversa la fortuna, conspiran á humillar al pobre, y que este á su pesar se ensoberbece; ¿qué puedo decirle, si no lo que dixo Séneca: Que un pobre desvalido y soberbio, es un loco incurable? ¿Pero hasta quando he de hablaros como filósofo gentil? Lo que habeis oido lo decia el Chrisóstomo en una homilía al pueblo Antioqueno; mas ya es tiempo de que os hable con el mismo Chrisóstomo como christiano. Habeis visto que la naturaleza, la fortuna y la sociedad civil hacen necesaria la humildad en los hombres: ahora vereis lo que la hace útil y meritoria en los christianos. Habeis visto en la razon natural porqué debeis humillaros; y en la segunda parte vereis en el evangelio, cómo debeis humillaros.

Segunda parte.

12. Si la soberbia, como prueba mi angélico maestro Santo Tomas [1], fué el primer pecado del mundo, tambien es á su juicio el mas dañoso de todos los pecados; porque es el orígen funesto de todos ellos; y porque hipócrita contrahace la mayor parte de las virtudes. ¿La caridad hace limosnas? tambien la soberbia. ¿La castidad tiene sus vírgenes? la soberbia tiene sus vestales. ¿La moderacion endulza el genio áspero? la soberbia aplaca la mayor fiereza. ¿La clemencia perdona las injurias? la soberbia facilita la reconciliacion. ¿El ayuno y el martirio tienen sus santos? la soberbia tiene sus ayunadores y penitentes. En fin ¿la humildad se cubre de cilicios y ceniza, y habla de sí modestamente? la soberbia hurta los labios y la lengua á su enemigo, y como decia San Bernardo, para ennoblecerse se disfraza con el hermoso trage de la humildad: [2] *Gloriosa res humílitas, qua ipsa superbia paliare se áppetit, ne vilescat.* Por eso quanto mas nos importa el no engañarnos, tomando la falsa humildad por la verdadera, tanto es mas dificil el conocerlas y distinguirlas. Pero gracias os sean dadas, ¡ó divino Maestro! de que nos habeis advertido las engañosas sorpresas de un pecado tan artificioso y tan maligno: de que nos habeis enseñado con la instruccion y el exemplo, con la doctrina y las obras, en que consiste la verdadera humildad, cuyas reglas solo Vos sois capaz de darlas, cuyo carácter nos demostrasteis, para que no nos dexáramos llevar de las ilusiones de la falsa.

12. Llamo falsa humildad á aquella, cuyas especies nos describen Ricardo y Hugo de San Victor. Hay, dicen, una humildad artificiosa y política, otra feroz intratable, otra condicional y á medias, otra inquieta y violenta: todas falsas humildades reprobadas por Jesu-Christo. La primera, por estar llena de disimulo: la segunda, por la

[1] *S. Tom. 2. 2. q. 82. a. 1. cap. XVI. num. 47.*
[2] *S. Bern. De Grad. Humil.*

la dureza que le quita el agrado : la tercera , por conservar alguna mezcla de soberbia : la quarta , por no nacer del corazon. A la primera le falta sinceridad , á la segunda dulzura , á la tercera integridad , á la quarta voluntad. ¿Fueron estas , Dios mio , las especies de humildad que Vos practicasteis en el mundo? No. La vuestra fue sincera sin disimulo , fue dulce sin amargura , fue perfecta sin reservas , fue voluntaria sin disgusto. Y así quisisteis que fuera la nuestra.

13. Baxo este principio , no llamo humildes á los que lo sois para alcanzar mas fácilmente el fin que pretendeis , ó bien sea de vanagloria ó de conveniencia. Algunas veces os humillais á los que os han injuriado : os alaban , y eso es lo que buscais. Si os conocieran bien, verian que os humillais para mas abatir á vuestro enemigo , condenando su orgullo inflexible con vuestra sumision orgullosa , con vuestra flexibilidad hipócrita. Yo os llamara verdaderamente humildes , si lo hicierais por amor de la virtud , y por Dios : si atendierais ménos á lo que dicen las criaturas , que á lo que ordena el criador : si con una conducta sencilla , ingénua conservarais en vuestro corazon el espíritu de Jesu-Christo.

14. Tampoco llamo humildes á aquellos que un amargo áspero zelo hace fieros é intratables : que apartados por su genio de las diversiones del siglo , no pueden sufrir que otros usen con moderacion de las mas honestas : que por una pretendida regularidad de vida creen tener derecho para condenar todo lo que irrita su bílis piadosa : que obligados á humillarse á algunos , como que se vengan , tratando con un ayre imperioso y severo á otros. Yo les llamara verdaderamente humildes , si siendo severos consigo mismo , fueran dulces con sus próximos , tolerando y corrigiendo con blandura sus defectos : si tuvieran una caridad , que paciente , benigna , oficiosa ; como la llama S. Pablo [1] , ni se irrita , ni se engrie , ni se ofende : que desinteresada , es toda para todos , á fin de ganar á todos para Jesu-Christo.

Baxo

[1] *I. Cor. XIII. v. 4. & seq.*

15. Baxo el mismo principio no llamo humildes á los que lo sois con reserva y á medias : que lo sois ó lo pareceis en ciertos casos , y en otros no quereis serlo : que confesais culpas ligeras , callando las que pudieran confundiros : que hablais mal de vosotros , sin poder sufrir que otros os le digan : que queriendo parecer despreciables , os irritais á la menor seña de desprecio : que conociendo que todo es vanidad sin virtud , buscais á la virtud por la vanidad. Sereis verdaderamente humildes si lo sois en toda suerte de estados , tanto prósperos , como adversos : si superiores á las alabanzas por el desprecio que hareis de ellas , y á los oprobrios por la indiferencia con que les oireis , caminais á un paso igual en los caminos del Señor.

16. Buscad únicamente la mayor gloria de Dios , y su gusto , sin tener deseo mas ardiente que el de obedecerle y agradarle : dolor mas vivo , que el de haberle ofendido : ansia mayor , que la de hacerle un sacrificio absoluto y entero de todas vuestras pasiones. No sea vuestra humildad violenta y forzada , que seria villana : no sea mal sufrida , que seria inútil : sea como la de Job, voluntaria , apacible : sea como la de Jesu-Christo , interior , absoluta , perfecta : sea como una virtud universal, que encierre en sí la prudencia , la templanza , la fortaleza , la pobreza , la misericordia , la obediencia y la negacion de sí mismo.

17. ¿Sois de esta suerte humildes? Pues sois aquellos sabios eminentes , que conociendo la grandeza del criador, y la baxeza de la criatura , aciertan á dar á cada uno lo que se le debe. ¿Sois verdaderamente humildes? Pues ya teneis aquella especie de templanza heroyca , que corrige el desordenado apetito de la vanagloria. ¿Sois de esta suerte humildes? Pues ya sois aquellos fuertes brazos de Israel , que rinden á los soberbios Goliates: aquellos pobres del evangelio , que huyendo de los bienes temporales , solo buscan los eternos: aquellos hombres piadosos y caritativos , que solo miran como complacer á sus próximos : aquellos hombres obedientes , en todo resignados á la voluntad de Dios. ¡Ama-

18. ¡Amabilísimo Jesus! ¡Adorado Redentor nuestro! que venisteis al mundo á ser el maestro y el exemplar de la mansedumbre y humildad, solo Vos podeis abrirnos los ojos para que conozcamos quanto nos importa tener esa virtud admirable, que encierra en sí toda la perfeccion christiana: solo Vos podeis darnos fuerzas para adquirirla. Vos, Señor, sois la guia, la verdad y la vida: sedlo para nosotros. Como guia, conducidnos por la recta estrecha senda, por donde caminasteis: como verdad, instruidnos en aquellas máximas, que ocultasteis á los sabios soberbios del siglo, y revelasteis á los rudos pequeñuelos: como vida, fortaleced, animad la flaqueza y pusilanimidad en que nos hallamos, quando se trata de abatirnos y humillarnos. Hasta ahora, Dios mio, hemos andado las espaciosas calles de la vanidad: hemos oido al mundo, que no enseña sino soberbia. Pero ya que advertimos que nos llamais al magisterio de la humildad: [1] *Díscite á me, quia mitis sum & húmilis corde*: á imitacion del publicano, arrepentidos, humillados os pedimos perdon de nuestras pasadas culpas: *Propitius esto mihi peccatori.* Nos pesa, Señor, de haberos ofendido, tened misericordia, &c.

JACULATORIAS.

19. ¡Adorado Jesus mio! Hasta ahora no me conocia á mí mismo, y por eso era vano y soberbio. Pero ya la razon natural me hace ver mi flaqueza, mi miseria, mi nada: y así humillado os pido misericordia, y arrepentido os digo que me pesa.

¡Amabilísimo Jesus! Vos venisteis al mundo á ser el maestro de la verdadera humildad; y Vos solo podeis abrirme los ojos, para que conozca quanto me importa el ser humilde. Ilustrad, Señor, mi entendimiento para que acierte á pediros perdon de mis vanidades. Perdonadme, Dios mio.

¡Dulcísimo Jesus! Vos venisteis al mundo á ser el exemplar de la humildad, y solo Vos podeis darme fuerzas

[1] *Matth. XI. v. 29.*

zas para humillarme. Imploro, Señor, los auxîlios de vuestra gracia. Asistidme, Señor, piedad, misericordia.

PLÁTICA XCIII.

DE LA DOMINICA DÉCIMA POST PENTECOSTEM.

Publicanus á longé stans nolebat óculos ad cœlum levare, sed percutiebat pectus suum dicens: Deus propitius esto mihi peccatori. Luc. XVIII. v. 13.

1. * Será dificil, Señores, que encontreis otras señales mejores de un pecador verdaderamente arrepentido, que las que la magestad de Christo nos describe en la persona del publicano del evangelio. En él todo respira penitencia. ¡Qué humildad! Se queda junto á la puerta del templo: *A longé stans.* ¡Qué modestia! No se atreve á levantar sus ojos al cielo: *Nolebat óculos ad cœlum levare.* ¡Qué mortificacion! Hiere á duros golpes su pecho: *Percutiebat pectus suum.* ¡Y qué conformes son á lo que se ve sus sentimientos interiores! Se reconoce miserable pecador, y clama á Dios misericordia: *Deus propitius esto mihi peccatori.*

2. Muy distintas señas se descubren en el fariseo, que fué al templo á la misma hora que el publicano. Miéntras aquel soberbio ocupa el primer lugar, este se contenta con el ínfimo, y aun cree que no merece entrar por las puertas de la casa del Señor. Miéntras aquel hinchado levanta la cabeza, y la vuelve á todas partes, este tiene clavados sus ojos en el suelo. Miéntras aquel lleno de amor propio hace una oracion injuriosa á Dios, por la vana ostentacion de sus ayunos y limosnas, é injuriosa á los hombres por la malignidad con que reprehende sus operaciones: este cubierto de vergüenza, y confundido con el conocimiento

* 22 *de Julio* 1742. 30 *de Julio* 1747.
2 *de Agosto* 1744.

to de su propia miseria, no pide sino misericordia: gime, llora, y irritado contra sí mismo, hiere su pecho, para castigar, como dice S. Juan Chrisóstomo, la parte mas delinqüente, que es el corazon, funesto orígen de su avaricia, de su ira, de su impureza, y de todos sus pecados.

3. Reparad bien, Oyentes mios, en las medidas que toma este famoso penitente, á fin de concebir un dolor de vuestras culpas, de tener una contricion como la suya. ¿Ofendió él mas á Dios que vosotros? ¿Habeis cometido mas pecados que él? Esto toca juzgarlo al soberano juez de vivos y muertos: y yo solo podré deciros de su parte, que si salís del templo tan contritos como el publicano, os volvereis á vuestras casas justificados: [1] *Amen dico vobis, descendit hic justificatus in domum suam.* Mas no penseis que para quedar contritos, y ser justos, os basta tener un dolor natural, un dolor estéril, un dolor pasagero de vuestras culpas. Porque el dolor de contricion debe ser sobrenatural, amargo, constante, como os haré ver en las tres partes de mi plática.

Primera parte.

4. Aunque algunos tengan por dura la ley que nos obliga á confesar nuestras culpas; con todo siempre he tenido por mas fácil su cumplimiento, que no el de la que nos prescribe un verdadero dolor de haberlas cometido. Y aun si he de decir lo que siento, ni encuentro ni jamas he encontrado la menor dificultad en la confesion. Porque ¿qué trabajo nos cuesta el emplear un rato en exâminar nuestras conciencias? Y despues ¿qué horror nos puede causar el decir los pecados que la memoria nos acuerda á un hombre, que ha de guardar un secreto inviolable y sacrosanto? Y como por otra parte, todos sabeis que la confesion diminuta es sacrílega, y la absolucion nula, ¿no es una especie de locura el callar los pecados en la confesion? Los que ó las que los callan por vergüenza ¿no per-

[1] *Luc. XVIII. v. 14.*

dieron el juicio? ¿Qué impresion pueden hacer en sus ánimos las mas bien ponderadas razones? Los tales son á mi entender casi incorregibles.

5. Pero quando se trata del dolor de contricion que debe preceder ó acompañar á la confesion, aquí de la dificultad, aquí del trabajo; aquí del engaño. Porque ¿os parece fácil, Christianos mios, tener un verdadero dolor de contricion? ¿Os parece que basta una consternacion como la de Cain? ¿un quebranto como el de Esaú? ¿un remordimiento como el de Saul? ¿una humillacion como la de Acab? ¡Ah, á quántos engañan estas aparentes equívocas señas de dolor! ¿Quántos entran en el templo con gran desembarazo, con gran sosiego, y queriendo ser privilegiados, son los primeros en confesar, no tanto sus vicios, como sus virtudes? ¿Y estos están contritos? ¿vuelven á sus casas justificados? Como el fariseo del evangelio. Porque no conciben aquel ódio de sus pecados, que segun dicen los padres del concilio de Trento, se requiere y causa al dolor de contricion: *Animi dolor, ac detestatio de peccato commisso.*

6. Por eso os aconsejo, Señores, que despues de haber cometido muchas veces un pecado, no os creais tan apriesa y tan fácilmente arrepentidos. ¿Qué el avaro á poca costa aborrece de veras las riquezas? ¿El vengativo al desahogo de su cólera? ¿Qué el lascivo luego aborrece á los deleytes sensuales, y al cómplice de sus torpes delitos? Aquí de toda la diligencia del hombre, aquí de toda la gracia de Dios. Es la mudanza del amor del pecado al odio del pecado obra de gran trabajo, y obra de la diestra del altísimo: [1] *Hæc mutatio déxteræ Altíssimi.*

7. En esta inteligencia estuvo el pecador publicano del evangelio. Me persuado que ántes de ir al templo, allá á sus solas meditó ó recogitó, como David [2], sus años pasados. Allí midió la corta duracion de los gustos del mundo, y la eternidad de las penas del infierno: ponderó quan graves eran sus ofensas, y quan infinita la magestad de Dios; y al cabo de largo rato concluyó que debia aborrecer al pecado que habia amado, y amar á Dios á quien ha-

[1] *Ps. LXXVI. v. 11.* [2] *Ibid. v. 6.*

habia aborrecido. Porque sabiendo que su dolor, para ser disposicion á la gracia santificante, debia ser sobrenatural en el motivo, no se movió á aborrecer sus contratos usurarios por las quiebras que habia padecido: no sus venganzas por los riesgos á que se habia expuesto: no los torpes placeres, por punto de honra, sino que detestó todas sus culpas por motivos sobrenaturales, conocidos con la luz de la fe, y principalmente por satisfacer la injuria que habia hecho al criador posponiéndole al amor de las criaturas.

8. Ya el publicano conmovido, en parte inmutado, va al templo á pedir á Dios que le ayude con los auxîlios de su gracia, para que su dolor sea tambien sobrenatural en su principio. Ya clama misericordia: *Propitius esto mihi peccatori.* Ya el ódio perfecto del pecado como que pone á su corazon en la prensa del dolor, para que salga quebrantado, molido ó contrito que es lo mismo, atendida la propia significacion de esta voz. Ya el Espíritu divino por su parte aprieta mas para que el dolor penetre mas, y fluya el corazon derretido en lágrimas por los ojos: [1] *Flavit spíritus ejus, & fluent aquæ.*

9. Haced, Oyentes mios, á la luz del evangelio anatomía del corazon del publicano, y luego pasad á registrar el vuestro para ver si está perfectamente contrito ¿Aborreceis á los pecados? ¿Los aborreceis por motivos sobrenaturales? ¿Os sentis penetrados de un verdadero dolor y tristeza de haberlos cometido? Me alegro pues, os diré con S. Pablo: [2] *Nunc gaudeo, quia contristati estis ad pœnitentiam.* Pero aun no basta ese dolor verdadero y sobrenatural: es menester, para que sea de contricion, que sea amargo y penitente, como vereis en mi

Segunda parte.

10. No son ménos desagradables á los ojos de Dios, en sentir de S. Agustin, los que lloran lo que no deben llorar, que los que no lloran lo que deben llorar. Muchos lloran la pérdida de los bienes temporales; y muchos

[1] *Ps. CXLVII. v.* 18. [2] II. *Cor. VII. v.* 9.

no lloran la pérdida de los bienes eternos. Quando un incendio, ú otro golpe de fortuna los empobrece, aquellos gimen; y gimo yo, dice el Santo, porque gimen mal. Quando estos no gimen, gimo yo tambien, porque dexan mal de gemir: [1] *Multi gemunt, gemo & ego, & hoc gemo quia male gemunt.* Se afligen, y procuran reparar el daño. Quando su propia voluntaria culpa les priva de la gracia de Dios, y los reduce á la mayor miseria, no lo sienten: á lo mas lo sienten con un sentimiento dulce, estéril, incapaz de satisfacer la injuria, y de recobrar la gracia.

11. Con aquellos hablaba Dios por el profeta Malaquías [2], quando decia: Habeis innundado con vuestras lágrimas mi altar: las bóvedas de mi templo resonaron al eco de vuestros sollozos. ¡Mas ah infelices! No volveré los ojos á vuestros sacrificios profanos, no me conmueven esas lágrimas, que nacen, no del dolor de haberme ofendido, sino de la pérdida de un bien que amabais en ofensa mia. Con los otros hablaba Jesu-Christo por boca de David, quando decia [3]: He aguardado que alguno tomara parte en mis penas, se afligiera conmigo, y nadie lo ha hecho. He buscado en mis compañeros consuelo á mis males, y no le he hallado. Porque aunque mis discípulos se pusieron tristes al verme entre agonías, fue con una tristeza muy dormida.

12. Por eso repara muy bien el mismo S. Agustîn, que hay un dolor que dispierta, y otro que adormece. Un dolor amargo activo, que no nos dexa sosegar: otro dulce indolente, que nos infunde una quietud letárgica, una inaccion, y un horror á las obras de penitencia. Tal vez dormimos, Oyentes mios, en una apacible tristeza, tan bien hallados con el sueño, que nos molesta la menor vigilia, y para evitarla decimos á nuestras conciencias con las palabras del Esposo, que no dispierten con remordimientos á nuestras almas dormidas [4]: *Ne suscitetis dilectam.* Somos pues muy desemejantes á David, que perturbaba

[1] *S. Aug. Enar. in Psalm. CI. Serm. I. t. IV. c. 1095.*
[2] *Malach. II. v. 13.*
[3] *Ps. LXVIII. v. 21.*
[4] *Cant. VIII. v. 4.*

baba todas las noches el sueño para pensar en sus pecados, y se hacia tanta violencia para llorar, que bañaba en lágrimas su real cama, ó por mejor decir, su cama de dolores [1]: *Super léctum doloris mei.*

13. ¿Qué dolor es el nuestro, Fieles mios? ¿No nos ha de tener siquiera media hora dispiertos para llorar nuestras culpas? ¿Qué penitencia es la nuestra tan contemplativa, tan lisonjera, tan á gusto de nuestro paladar? ¿Todo han de ser Padres nuestros, y Ave Marías, sin que se hable de la mortificacion de los sentidos? ¿Hemos de ayunar los sábados por costumbre, y hemos de ser toda la semana glotones de vicios? ¿Hemos de oir misa todas las mañanas, y todas las tardes hemos de ir al teatro, al paseo, ó á la conversacion peligrosa? ¡Ah penitencia! ¡Ah Dios mio! Vos que pesais las lágrimas, y aun la misma justicia, ¿os dais por satisfecho de nuestro dolor estéril? ¿Sois Vos quien nos ha enseñado este nuevo secreto de una contricion amiga del placer, enemiga de la pena? Entre tantos penitentes que nos habeis propuesto por exemplares á nuestra imitacion, ¿se hallan algunos de este carácter?

14. Yo no los encuentro, Oyentes mios. Porque si abro la sagrada escritura, leo que quantas veces habla Dios de contricion, mezcla con la tristeza ó dolor el ayuno, el saco, el cilicio y la mortificacion. Si pongo los ojos en el primer hombre, primer pecador, y primer penitente, le veo á mas de adolorido condenado á un trabajo penoso, á una muerte dura en castigo de su pecado. Si pregunto á Orígenes, ¿qué es un penitente? Me responde, que es un hombre, que como Job atormenta su carne sin cesar, ó que es un hombre, que como David no aparta los ojos de la espantosa vision de sus culpas, que le perturba á todas horas, y le aparta de las diversiones de su corte. Si se lo pregunto á S. Basilio, y á los demas santos padres, me darán una respuesta que nos llenará de asombro, y nos hará parecer insoportable la penitencia. ¡Qué tibieza la nuestra! ¡Qué fervor el de nuestros mayores, que

[1] *Ps. XL. v. 4.*

que por espacio de diez siglos se sujetaron á las mas severas públicas penitencias ! Ya están antiquadas , me direis. Harto lo siento con S. Cárlos Borromeo , y os digo con el mismo , que no está abolida la obligacion de mortificar privadamente vuestras pasiones : de llevar el cilicio , y ayunar si sois lascivos , de dar limosna si fuisteis avaros , de sufrir las injurias si fuisteis vengativos. Aprended del publicano humildad y modestia para curar las llagas , que causaron en vuestras almas la soberbia , el desahogo. Hiriendo su pecho os enseña á castigar vuestro cuerpo rebelde á la razon : os persuade un dolor fecundo de frutos dignos de penitencia , y un dolor constante , como vereis en mi

Tercera parte.

15. Si no se ha borrado de vuestra memoria la idea que hasta ahora os he dado de la contricion : si la habeis considerado con los padres del concilio de Trento , como un dolor no solo sobrenatural , no solo amargo y activo, sino tambien acompañado de un firme propósito de no cometer mas los pecados que aborrecisteis : podreis fácilmente comprehender que un dolor pasagero , interrumpido con freqüentes reincidencias , no es dolor de contricion , es un dolor fingido , propio , como se explica el Chrisóstomo, de penitentes de farsa ó de teatro : propio , como dice el Espíritu Santo en varios lugares de la escritura , de penitentes malditos de Dios. Maldito , dice el Señor , aquel que reedificará á Jericó [1] , ciudad rebelde , derribada al son de mis trompetas. Maldito el filistéo que pondrá sobre el altar al ídolo Dagon , postrado á los pies de mi arca. Maldito el israelita que recoge las cenizas del becerro de oro , que se consumió de mi órden. Y por consiguiente malditos los falsos penitentes , que reincidís en los pecados representados por esos símiles detestables. Ya fuisteis traydores , ¿y volveis á rebelaros? Muy léjos estais de satisfacerme la injuria que me hicisteis con vuestra desobediencia é infidelidad.

Ello

[1] *Josue VI. v.* 26.

16. Ello es imposible, Señores, que habiendo sido una vez pecadores, se diga con verdad que no lo habeis sido. Siempre llevareis la infame nota de haber ofendido á vuestro Dios y Señor. ¿Y qué remedio habrá para en adelante? No hay otro, dice Hugo de S. Victor, que un dolor constante, un propósito firme de no volver á ofenderle, una mudanza de vida tan perfecta, que podamos decir con verdad que no somos lo que éramos. Así lo enseña San Ambrosio en el libro segundo de la penitencia [1], valiéndose del exemplo de un jóven, que despues de haber vivido amancebado largo tiempo con una muger, se fue muy léjos de su tierra, y no volvió hasta que pasaron muchos años, y hasta que se apagó en su pecho la torpe llama de aquel amor. Encontró un dia en la calle con aquella muger, y pasando sin saludarla, creyó ella que no la habia conocido: le llamó, y le dixo: Yo soy. Pero él le respondió: Mas yo no soy yo: *Ego non sum ego.* Pues asimismo los que fuimos pecadores debemos mudarnos de suerte, que quando penitentes podamos decir, que nosotros no somos nosotros: *Ego non sum ego.* ¡Mas ah, qué difícil es esta mudanza! Tuvo por mas fácil S. Ambrosio el encontrar entre los christianos á quien conservara la inocencia adquirida en el bautismo, que no á quien la recobrara, una vez perdida, por la penitencia. ¡Qué terrible sentencia para nosotros que hemos perdido la gracia ó la inocencia! ¡Qué seguridad podemos tener de haberla recobrado por la penitencia! ¡Qué seguridad de que nuestro dolor ha sido sobrenatural, amargo, eficaz! Nosotros que hemos reincidido tantas veces en las mismas culpas. Nosotros que experimentamos á nuestro corazon nada inmutado, nada constante en aborrecer el mal, y amar el bien.

17. ¡Ah corazon humano, clama S. Agustin, qué lástima me das! Tú mismo debieras tenerla de tí propio, si conocieras tu desgracia. Hoy eres de Dios, mañana del demonio. Hoy eres fiel á tu dueño, mañana traydor. Un deleyte momentáneo, un interes sórdido, un punto de honra,

[1] *Cap. 10. ap. Can.*

ra, un nada ¿ha de apartarte de su servicio? Detente, corazon mio: fixa tu movimiento con el propósito mas firme: únete con la eternidad de Dios, para ser de algun modo eterno é inmutable: [1] *Junge cor tuum æternitati Dei, & infra te erunt ómnia mortalia.* Así hablaba S. Agustin contrito. Así hablaba con el suyo el publicano del evangelio, miéntras heria á duros golpes su pecho. Así hablaba con Dios S. Pablo despues de convertido. Ni la vida, decia, dulcísimo Jesus, amado dueño mio, ni la vida, ni la hambre, ni la abundancia, ni el fuego, ni el hierro podrán apartarme de vuestro amor y servicio. Fixad mi voluntad hácia Vos, para que os sea fiel en adelante. Estableced en mí un reyno eterno. Ya que mis primeros pensamientos se desviaron de vuestro obsequio, os consagro en recompensa todo el resto de mi vida, con la confianza de que os dignareis recibirle con regocijo: [2] *Reliquiæ cogitationum diem festum agent tibi.* ¡O feliz yo, si logro ser como aquellos hombres de buena voluntad, á quienes prometiste, Señor, vuestra paz! ¡Ah infeliz de mí si me rebelo! ¿A qué guerra me expongo? Quedaré vencido, y condenado á un suplicio eterno. Y si aun esto no basta á moveros á contricion, Fieles mios, así hablaba tambien María Madalena. ¡Qué perfectos exemplos de contricion os propone en este dia la Iglesia nuestra madre del publicano y la Madalena! Si aquel no os mueve á la imitacion, muévaos el dolor verdadero que penetra el corazon de Madalena: el dolor amargo y activo con que llora sus culpas, y en lo mas florido de su edad arroja galas y adornos, para vestir saco y cilicio: el dolor mas constante con que huye de los pecados, y busca á Jesu-Christo. Bien puede el Señor entrar en el castillo de Betánia, que allá va Madalena á ungirle con el bálsamo mas precioso. Bien puede subir al calvario, que Madalena será compañera de sus afrentas. Bien puede espirar en una cruz, que Madalena recogerá la sangre para mezclarla con sus lágrimas. Bien puede ser enterrado en un sepulcro, que Madalena se quedará de guardia. Bien

[1] *D Aug. in Ps. XCI. n.* [2] *Ps. LXXV. v. 11.*
10. t. IV. c. 987.

Bien puede resucitar glorioso, que Madalena será la aurora que adore al sol refulgente. Bien puede subirse á los cielos triunfante, que allá vuela con anticipacion el corazon de Madalena, y lleva tras sí el nuestro, que siguiendo sus pasos comienza, ó dulcísimo Jesus, por el arrepentimiento de nuestras culpas. A su lado, postrados á vuestros pies, decimos que nos pesa de haber pecado: lloramos amargamente de haberos ofendido, abrazados con vuestra cruz prometemos ser constantes en serviros. Perdonadnos, Señor, como perdonasteis al publicano, y á la Madalena; fortaleced nuestro propósito con vuestra gracia. Misericordia, &c.

JACULATORIAS.

19. ¡Dulcísimo Jesus! ¡Qué enormes son las ofensas que he cometido contra Vos! ¡Qué inmensa es vuestra magestad! Solo este conocimiento me mueve á que penetrado del mas vivo dolor, os diga que me pesa de haber pecado.

¡Amabilísimo Jesus! ¡Qué estéril ha sido el dolor de mis culpas! ¡Qué ligera mi penitencia! Mas ya abrazado con la cruz de la mortificacion, crucificaré mis pasiones rebeldes. Dadme, Señor, vuestra gracia.

¡Benignísimo Jesus! ¿Hasta donde llega vuestra paciencia? ¿Hasta donde mi atrevimiento? ¿Quántas veces he quebrantado la palabra de no ofenderos? ¿Quántas veces me he rebelado? ¡O bondad infinita! ¿Y aun me das tiempo para arrepentirme? Prometo, Señor no ofenderos mas. Perdonadme: misericordia.

PLÁTICA XCIV.

DE LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA EN SU DOMINICA INFRAOCTAVA, XI. POST PENTECOSTEM.

Maria óptimam partem elegit. Lucæ X. v. 42.

1. * Ya que la Iglesia nos acuerda por espacio de ocho dias la feliz muerte y gloriosa Asuncion de María señora nuestra á los cielos, me ha parecido en el dia de hoy domingo infraoctava tomar esta festividad por asunto de mi plática. Ni puede ser otro á vista de la imágen de María difunta, que miro colocada en ese túmulo. ¿Habian de ser los romanos mas obsequiosos con sus cónsules y emperadores, que nosotros con nuestra Emperatriz, nuestra soberana Reyna? Uno de ellos á vista del augusto cadáver decia la oracion fúnebre, y el primer obligado á decirla era el hijo heredero del mismo difunto. Vuestra piedad, Señora, y mi dicha, que al pie de la cruz os hizo madre de pecadores, me hizo hijo vuestro, y me constituyó en la obligacion de haceros esta tarde el elogio. Vuestra singular devocion, oyentes Feligreses mios, que para su desahogo, como si no bastaran ocho dias, logra alargar por dos dias mas en este templo estos cultos, me hace esperar que me oireis atentos. No temais que siendo el asunto una muerte, sea mi oracion fúnebre, que os entristezca y horrorice. Estos efectos los causaban las oraciones profanas que oia Roma en las exêquias de sus Césares gentiles. Mi oracion, bien que sea de honras, ha de ser gratulatoria, que llene vuestro corazon de alegría y de regocijo; porque la muerte de María señora nuestra fue el mas feliz instante, la mejor parte de su vida: *Maria óptimam partem elegit.*

2. En María santísima encuentra San Bernardo [1] á aquellas dos hermanas, de quienes habla San Lucas, ó por

* 21. *de Agosto de* 1740. 19. *de Agosto de* 1743.

[1] *S. Bern. in Assumpt. B. Mar. Serm.* 11. *n.* 9.

por mejor decir sus dos empleos. Distingue, dice el Santo, precinde un poco, y la verás Marta en el cuerpo, María en el espíritu: Marta en el ministerio, María en el ocio: Marta en el oficio, María en el júbilo: en una palabra, Marta en la vida activa, María en la contemplativa. El Espíritu Santo con admirable artificio unió en la Vírgen las excelencias de una y otra vida. Mejor que Marta exercitó con el Señor, dice San Anselmo, [1] todas las obras de misericordia. En su útero virginal hospedó á Dios quando desde el empireo baxó al mundo. De su propia sangre le formó el hermoso vestido de la humanidad, que se llevó á los cielos: con el trabajo de sus manos le dió de comer y de beber: visitóle quando enfermo en la cruz; y luego muerto le enterró en el sepulcro. Desde que nació su hijo Jesus hasta que murió, ¿qué penas, qué ansias, qué cuidados no tuvo María señora nuestra? ¿Quándo se apartó de su compañía? ¿Quándo dexó de emplearse en su servicio? ¿Quándo siendo madre dexó de ser su esclava? [2] *Ecce ancilla Dómini.* ¡O Marta! exclama Santo Tomas de Villanueva. ¿Qué Marta? Ni hubo, ni pudo haber en el mundo tal Marta: *Nunquam fuit ab initio talis Martha.* [3]

3. Pero no por eso dexaba de ser María en la contemplacion. Los exercicios laboriosos de su vida activa no le impedian las dulzuras de la contemplativa. Trabajaba orando, oraba trabajando. María contemplaba al Señor como á su Dios, sin dexar como Marta de servirle por dueño; hasta que despues de su muerte, dexando de ser Marta, fue toda María. Ya no alteraron su ánimo los cuidados: ya no afligieron su corazon las penas: ya no fatigaron su cuerpo los trabajos. Ya no pudo llamarse Marta solícita laboriosa [4]: *Martha, Martha solícita es, et turbaris*

[1] *D. Ans.* 3. parte. *in hom. evang. Lucae, super illa verba intravit Jesus in quoddam castellum, &c. p.* 299.

[2] *Luc. 1. v.* 38.

[3] *S. Th. Villan. de Assumpt. Virg. Conc. 1. circ. med.*

[4] *Luc. x. v.* 41.

baris erga plúrima. Sino que puesta muy de asiento á los pies del Señor [1] : *Sedens secús pedes Dómini* , embelesada como María , toda se ocupó en la oracion , logrando con esto elegir por entero la mejor parte : *Optimam partem elegit.* Desde que murió Christo señor nuestro contemplo que su santísima madre murió para el mundo , y vivió para el cielo : murió en el cuerpo , vivió en el espíritu. Desde entónces contemplo , y intento haceros ver en su alma una inmensa , deliciosa , no interrumpida felicidad , que no disminuyó su muerte , que aumentó su asuncion gloriosa.

ASUNTO.

4. En otra ocasion os dixe , Señores , que es de admirar el que los evangelistas en la sagrada historia que escribieron hablen tan pocas veces , y tan de paso de María señora nuestra. Pero aun causa mayor admiracion que San Lucas habiendo referido por extenso en el libro de los Hechos apostólicos lo que hicieron los apóstoles despues de la ascencion de Christo señor nuestro , ni siquiera una palabra nos diga del resto de la vida , y de la muerte de su santísima madre. Es sin duda mas misterioso silencio que aquel ; pero en lugar de disminuir , á juicio de nuestro santo Prelado , [2] engrandece mas la dicha y la gloria que gozó María ántes de morir , y en su muerte , que quanto pudieran decir cien bocas con cien lenguas de metal. Porque nos hace conocer , que la perspicacia de San Lucas no pudo penetrar tanta gloria. Estuvo oculta , como profetizó el real profeta , allá en el interior del pecho de María. [3] *Omnis gloria filiæ Regis ab intus:* oculta en su mente contemplativa , en su voluntad abrasada : [4] *In fímbriis aureis.* La virtud del Altísimo , que como sombra la protegia : [5] *Virtus Altissimi obumbrabit tibi* , como sombra tam-

[1] *Luc. x. v. 39.*
[2] *S. Th. Villan. De Nat. Virg. Conc. II. post. med. & III. post init.*
[3] *Ps. XLIV. v. 14.*
[4] *Ibidem.*
[5] *Luc. I. v. 35.*

tambien la ocultaba á los ojos del mundo. Solo el Espíritu Santo que baxó á su seno veia los favores, las delicias que experimentaba su amada feliz esposa.

5. ¿Que puedo yo pues, Señores, decir de un asunto en que San Lucas no acertó á hablar? ¿Quán de léjos, y con que respeto debo yo mirar aun las paredes de aquella casa, en que nuestra Señora estuvo recogida orando continuamente? Fiel su memoria, como dice S. Lucas [1], conservaba quanto vió hacer á su Dios por la redencion del mundo, quanto le oyó decir para su enseñanza. ¿Acaso, diré con Isaías, podia olvidar accion ni palabra alguna de su unigénito Hijo? [2] *Numquid oblivisci póterat mater filii úteri sui?* O bien le contemplaba concebido en sus entrañas, ó nacido en un pesebre, ó dormido en su regazo, ò arrimado á sus pechos. O bien le contemplaba predicando en las ciudades y desiertos, ò aplaudido de las turbas, ó perseguido de los judíos, ó muerto en la cruz, ó resucitado, ó triunfante en los cielos. Contemplaba su entendimiento todo lo que habian visto sus ojos; y penetrando la profundidad ó infinita magnitud de tantos misterios, sería continuo el éxtasis, era sublime la elevacion de su mente. Volabas, ó águila generosa, volabas mas alto de lo que puede alcanzar mi vista.

6. ¡Qué fervorosos serían los afectos de su oracion! ¡Qué tiernas sus expresiones! ¡Qué dulces sus coloquios! ¡Qué deliciosos, qué suaves sus consuelos! Porque aquel mismo inmenso piélago de luces que inundaba su entendimiento, dice Santo Tomas de Villanueva, era un piélago de llamas que abrasaba su voluntad. Cada pensamiento era como un soplo que encendia su amor. El mismo amor la impelia á meditar lo que amaba su voluntad, y con la meditacion se enardecia mas y mas aquel divino fuego, de quien habla David: [3] *In meditatione mea exardescit ignis.* ¡O virgíneas entrañas! pregunta Santo Tomas [4] ¿cómo no

[1] *Luc. II. v. 19. & 51.*
[2] *Is. XLIX. v. 15.*
[3] *Ps. XXXVIII. v. 4.*
[4] *S. Th. Villan. De Assump. Virg. Conc. IV. ant. fin.*

no os consumió el fuego que os inflamaba? ¡O sagrado pecho! ¿cómo no os derritieron las llamas que dentro ardian? Y ó hermosísima entre las mugeres, preguntan las hijas de Jerusalen, ¿cómo tan enamorada de vuestro Hijo podeis sufrir su ausencia? Dinos, qué se hizo, á donde fué vuestro amado, irémos á buscarle contigo: [1] *Quó ábiit dilectus tuus, ó pulchérrima mulíerum, quó abiit dilectus tuus, & quæremus eum tecum.* Id, responde María, id, os ruego, y si le encontrais, avisadme; porque yo no puedo moverme; á impulsos del amor desfallezco; [2] *Adjuro vos ... ut nuntietis mihi, quia amore langueo.*

7. Por eso creyera yo, Señores, que en este tiempo de que os hablo, baxaban los ángeles enviados de Dios á fortalecer el espíritu de María señora nuestra, á explayar su ánimo, á llenarla de delicias, suavidades y consuelos, para que no la consumieran los ardientes deseos de ver á su Hijo, no la sufocaran los extáticos ímpetus de su amor. Y tambien por otra parte, como su voluntad estaba tan conforme con la de su Hijo, que dispuso se quedara en el mundo para bien y consuelo de los fieles, á quienes amaba esta Señora como hijos, aunque ansiosa, estuvo contenta, hasta que llegó el dia feliz, el dia deseado de su muerte. Mereció que el mismo San Gabriel baxara segunda vez á decirla: Alégrate, Vírgen pura, cumpliéronse tus deseos, permite ya que te consuma ese fuego que tanto tiempo ha te abrasa: muere dulcemente en el deliquio de tu amor, espira entre los suaves parasismos de tu caridad.

8. Sagrados Apóstoles, murió vuestra madre: gemid, llorad tan gran pérdida. Ni aun os han de quedar las preciosas reliquias del cuerpo que adorais difunto en el sepulcro; porque ya el Señor uniéndolas con su alma, las resucita para llevárselas á la gloria. Oid como dice: Levántate, sal del sepulcro, amada mia, paloma mia, hermosa mia levántate, y ven: [3] *Surge, própera amica mea, columba mea, formosa mea, et veni.* Ven, ven apriesa: vea yo tu cara, suene tu dulce voz en mis oidos: [4] *Veni ::: ostende*

[1] *Cant. v. v.* 17.
[2] *Cant. v. v.* 8.
[3] *Cant. II. v.* 10.
[4] *Ib.*

de mihi faciem tuam, sonet vox tua in áuribus meis. No es decente que se corrompa en el sepulcro el cuerpo que no se manchó con el vicio: no es decente que se convierta en cenizas el cuerpo que dió cuerpo á mi divinidad. Ven pues, ven del líbano, ven á coronarte en el cielo: [1] *Veni de Líbano, sponsa mea, veni de Líbano, veni, coronáberis.* Piadosas Marías, que como fuisteis guardias del sepulcro del Hijo, lo sois tambien del de la madre, mirad como ya esa Señora resucita, ó como que dispierta á la voz de su Hijo. Mirad como subiendo á los cielos se va apartando de vuestra vista. Clamad, llamadla, decidla por vosotras y por nosotros que estamos interesados en que no se vaya, decidla con Salomon muchas veces, que baxe, que vuelva: Vuelve soberana princesa, vuelve Sulamitis, vuelve, vuelve para que te veamos: [2] *Filia príncipis revértere, revértere Sulamitis, revértere, revértere, ut intueamur te.* Y ya que no nos oye, llorad Marías, y lloremos todos nuestra desgracia.

9. Mas no. Suspended el llanto. Son intempestivas las lágrimas, y la tristeza en el dia en que se celebra el triunfo de María. Acompañad con aclamaciones de júbilo y de alegría el carro triunfal en que sube nuestra Emperatriz á los cielos. A la carroza de Faraon la comparó Salomon en los Cantares: [3] *Equítatui meo in cúrribus Pharaonis assimilavi te, amica mea.* Y nunca se me representa mas semejante, que en este dia en que su cuerpo arrastrado, digámoslo así, de los ángeles, lleva como en triunfo al alma de María, y rompiendo la esfera del ayre sube al capitolio del empireo. Llega á sus puertas, sale á recibirla toda la angélica celeste milicia, todo el respetable senado de Potestades, Tronos, Dominaciones, Querubines y Serafines. Y admirados de tanta magestad preguntan unos: ¿Quién es esta, que subiendo del desierto despide mas fragrancia que el humo de todos los aromas de la Arabia? Otros preguntan: ¿Quién es esta, que sube qual se levanta la aurora de entre las aguas, hermosa como la luna, ele-

[1] *Ibid. IV. v.* 8.
Cant. VI. v. 12.

[3] *Ibid. I. v.* 8.

elegida como el sol? ¿Quién es esta, continuan preguntando otros, quién es esta que sube inundada de delicias reclinada sobre su amado? [1] *Quæ est ista, quæ ascendit de deserto, delitiis affluens, innixa super dilectum suum?*

10. ¿Quién puede, celestes espíritus, responder á vuestras preguntas? ¿Quién conoce mejor que vosotros á esa que sube triunfante? ¿No sabeis que es la ardiente incombustible zarza, trono del Señor? ¿El vellocino rociado con el rocío del cielo? ¿La misma escala por donde subís y baxais? ¿La vara de Aaron florida sin humano concurso? ¿No sabeis que es el propiciatorio, el arca, la urna del maná? Mas claro: ¿no sabeis que es la puerta oriental por donde Dios entró en el mundo, y por donde los hombres han de entrar en el cielo? ¿No sabeis que es el templo de Dios, el tálamo de su Hijo, el sagrario del Espíritu Santo, el domicilio de la Trinidad? ¿La Madre de Dios, la Hija de Dios, la Esposa de Dios? Pues si esto sabeis, ángeles, ¿qué preguntais? No son estas vuestras preguntas, segun veo, hijas de la ignorancia, sino de la admiracion. Sabiais quien era la que subia á ser vuestra reyna: saliais á recibirla, y al ver el esplendor, la magestad con que entraba triunfante en los cielos, atónitos ó deslumbrados preguntabais. ¿Quién es esta? Grande era la idea que teniais de su gloria, pero esta á la vista excedió vuestra idea: *Quæ est ista?*

11. Así, Señores, entre admiraciones, aplausos y vítores: así entre suaves cánticos, dulces músicas, armoniosos conciertos entra triunfante María señora nuestra en los cielos. Tómanla sobre sus hombros los Tronos, los Querubines con sus alas forman un toldo ó pabellon magestuoso. Su amado Hijo seguido de sus reales guardias, y de su lucida corte la sale al encuentro. ¡Qué gozo sentiria Nuestra Señora al verle! ¡Qué deliciosos serian los ósculos! ¡Qué dulces los abrazos! ¡Qué dulces las palabras! ¡Qué tiernos los coloquios! Si, como dice San Pablo, [2] ni los ojos ven, ni los oidos oyen, ni el hombre imagina lo que Dios tiene preparado para los que le aman,

lo

[1] *Cant. VIII. v. 5.* [2] *I. Cor. II. v. 9.*

lo que tenia preparado para quien le engendró, y le amó sin duda mas que todos, ¿quién puede pensarlo, pregunta S. Bernardo, quien puede decirlo? [1] *Quod præparavit gignenti se, et proculdubio præ ómnibus diligenti, quis loquatur?*

12. Son incomprehensibles, son inefables las delicias que gozó María señora nuestra en el dia de su Asuncion triunfante. Y es no ménos inefable, y en algun modo infinita la felicidad que goza desde aquel dia. Su Hijo está sentado á la diestra de Dios Padre, y tiene á su Madre á la derecha. El Padre Eterno y María miran en medio al Hijo de entrambos. Ve el Padre en el Hijo la persona que engendró en la eternidad: ve la Madre en el Hijo la naturaleza humana que engendró en el tiempo. Gózase el Padre en su Hijo: en el mismo se regocija la Madre. El Padre le dice: en mi seno te engendré ántes de producir el mundo: [2] *Ex útero ante lucíferum genui te.* La Madre le dice: en mi seno te engendré para redimir al mundo. Pásmase María, dice nuestro santo ilustrísimo de Valencia, de la inmensa magnitud de su gloria. No puede comprehenderla, y absorta repite el cántico que cantó en la casa de Zacarías [3]: *Magníficat ánima mea Dominum*, dice, *& exultavit spíritus meus in Deo salutari meo.* Engrandece, magnifica al Señor mi alma, enagenada de regocijo; porque el omnipotente hizo en mí alarde, echó el resto de su poder [4]: *Quia fecit mihi magna qui potens est.* Desde hoy me llamarán feliz todas las gentes: *Beatam me dicent omnes generationes.*

13. Sí, soberana Reyna, cumplióse vuestro vaticinio: todos os llamamos feliz y bienaventurada. La Iglesia celebra vuestra felicidad eterna, como efecto de los aciertos de vuestra eleccion: *Maria óptimam partem elegit, quæ non auferetur ab ea.* Yo, Señores, aunque para manifestaros la felicidad de la muerte, y la gloria de la asuncion de María, me he valido de las palabras de S. Bernardo

[1] *S. Bern. in Assumpt. B. V. Mar. Serm. 1. n. 4.*
[2] *Ps. CIX. v. 3.*
[3] *Lucæ 1. v. 46.*
[4] *Ib. v. 49.*

do y Santo Thomas de Villanueva [1], que ingeniosamente pios buscáron en los Cantares los pensamientos mas sublimes, y las expresiones mas nobles; con todo mi cortedad los habrá desfigurado de suerte, que no habreis podido formar una justa idea de estos misterios. Yo lo confieso. Pero reparo que los esplendores de María triunfante, para su lucimiento no necesitan de las luces ó adornos de la eloqüencia. Vuestra gran piedad no ha menester estímulos: por sí misma os hace venerar á María, y aclamarla feliz en su triunfo.

14. Mi profunda veneracion, ó Emperatriz soberana, tambien recurre á las aclamaciones y á los aplausos. Os aclamo mil veces feliz; y con vuestra licencia os diré lo que el troyano á su pretendida protectora: *Sis felix, nostrumque leves quemcumque laborem.* Sed enhorabuena feliz en vuestra muerte y asuncion; pero hacednos felices aliviando nuestras miserias. No pretendemos subir á la inaccesible cumbre de vuestra gloria; sino que postrados á los pies de vuestro hijo, os rogamos alargueis la mano de vuestro patrocinio, para subirnos á su gracia por la senda de la penitencia. Hemos sido pecadores, deseamos ser justos; para que llegando á ser bienaventurados con la vision de vuestro hijo tengamos el gozo de veros á su lado. Solo el deseo, Señores, de ver á María, debia empeñaros á servir á su hijo. ¿No habeis de llegar á ver vuestra madre? ¿Por toda una eternidad habeis de estar privados de su vista? No, Oyentes amados mios. Disponeos para caminar á la gloria con el arrepentimiento de vuestras pasadas culpas. Decidle al Señor, que por ser quien es, por ser Dios hijo de Dios, y hombre hijo de María, os pesa de haberle ofendido. Pésanos de todo corazon de haber pecado. Tened piedad de nosotros por vuestro amor y por el de vuestra madre, &c.

Otro Exôrdio.

15. No he de creer, Señores, que por solos humanos

[1] *S. Th. Villan. De Assumpt. Virg. Conc. II. circ. fin.*

DIPUTACION PROVINCIAL BIBLIOTECA REGIONAL LEON

nos respetos se ha transferido á este dia dominica infraoctava de la asuncion de María señora nuestra la festividad de su dichoso padre el gran patriarca S. Joaquin. ¿Qué? ¿He de pensar que el único fin de esta translacion ha sido la conveniencia que puede acarrear á los christianos el trabajo corporal de un dia? No. Fuera hacer agravio á la Iglesia, la que gobierna un espíritu superior á todo lo terreno. Fuera desacierto, quando se descubre la razon que aprueba esta providencia. Pues no constándonos del dia en que murió S. Joaquin, para celebrar su muerte ¿puede hallarse tiempo mas propio que aquel en que se celebra la de María señora nuestra? Si fue la mayor alegría de Joaquin en el mundo el tener en sus brazos á María, ¿no es su mayor gloria en los cielos el tenerla á la vista? Ya era Joaquin bienaventurado ántes que muriera María; pero en su muerte se aumenta en gran manera su felicidad: porque se refunde en el padre toda la que goza su amada hija. Aplaudid pues, Señores, aclamad á María feliz, que vuestros aplausos son el culto ó el sacrificio mas agradable á su dichoso padre. Con cuyo conocimiento juzgo hacer el mayor obsequio á nuestro preexcelso patriarca, ponderando esta tarde la dicha de su amada hija y señora nuestra en su muerte y asuncion: la qual, segun el modo con que se explica la Iglesia en el evangelio, fue la mayor que alcanzó en su vida: *María óptimam partem elegit.*

En María santísima, &c.

JACULATORIAS.

16. ¡Amabilísimo Jesus! ¡Con qué fineza amais á vuestra madre y nuestra señora! ¡Con qué magestad os la subís á los cielos, para coronarla reyna de los ángeles! Por su amor, por su intercesion os pido que me perdoneis las culpas que he cometido. Perdonad, Señor: misericordia.

¡Dulcísimo Jesus! Este dia en que vuestra santísima madre triunfa con gloria de la muerte, venza yo con vuestra gracia á la culpa. Conozca yo mi miseria, y arrepentido diga, que me pesa de haberos ofendido.

¡Benignísimo Jesus! ¿Vuestra madre colocada junto á vuestro trono es mi abogada? ¡Qué dicha! Merezca por sus ruegos vuestra gracia. Merezca veros en su compañía en la gloria. Misericordia, Señor, misericordia.

PLÁTICA XCV.

DE LA DOMINICA XI. POST PENTECOSTEM.

Admirabantur dicentes: Bené omnia fecit. Marc. VII. v. 37.

1. * No me admiro, Señores que las turbas al ver que la magestad de Christo entrando en la provincia de Fenicia, á los ruegos de una muger gentil lanzó los demonios del cuerpo de su hija, y que luego despues en Galilea aplicando los dedos á las orejas, y la saliva á la lengua de un sordo y mudo, le restituyó el oido y el habla: no me admiro, digo, que al ver estos prodigios le aclamaran universal bienhechor: *Bené omnia fecit.* Ni tampoco me admiro que las mismas turbas, acabando de oir poco ántes la severa libertad con que el Señor reprehendió la hipocresía de los escribas y fariseos, aprobaran no una ú otra, sino todas sus obras: porque creyendo que todas sin excepcion eran segun y conforme al órden de su sabia providencia, no podian dexar de calificarlas por buenas: *Bené omnia fecit.*

2. Bien pueden algunos infelices sentirse de la dureza de su estado: bien pueden otros ambiciosos ó lascivos quejarse de que no logran satisfacer su deseo y su gusto: bien pueden muchos ignorantes escandalizarse de la prosperidad de los malos, y de la afliccion de los buenos; que nosotros veneramos y alabamos en un todo la providencia del Señor que gobierna el universo, y confesamos con las palabras del evangelio, que quanto ha hecho y hace está bien hecho:

* *6 de Agosto* 1741. *23 de Agosto* 1745. *29 de Julio* 1742.

cho: *Bené omnia fecit.* Los que os hallais afligidos de la pobreza ó de la enfermedad, y como oprimidos de una larga cadena de calamidades, adorad los designios de la divina providencia, y para conseguir el alivio, exclamad con el patriarca Job [1]: El mismo Señor que me lo dió todo, me lo ha quitado: en todo se ha hecho su gusto: sea alabado su santo nombre. Los que estais viendo que una fuerza superior reprime vuestra ambicion, y frustra vuestras vanas ideas, admirad los invencibles decretos de la providencia de Dios, y reconoced con Nabucodonosor [2] humillado, que el Señor tanto en el cielo como en la tierra dispone de las cosas segun su voluntad: que nadie puede resistirle, y pedirle cuenta de lo que hace. Los que sin sumision, sin ciencia, sin luz, como fugitivos de la divina providencia, habeis divagado por los errados caminos del mundo, abrid los ojos, comenzad á ser sabios á costa de aquellos rebeldes, á quienes, segun dice el Espíritu Santo [3], la misma providencia unas veces ata con cadenas de tinieblas, otras amedrenta con espectros, ya les quita la fuerza, ya les perturba el ánimo.

3. Jamas, ó Dios mio, impunemente se os resisten los mortales: jamas inútilmente se resignan á vuestra voluntad. Por eso confesando que quanto haceis está bien hecho, me lamentaré esta tarde de la ceguedad y desgracia de los que se rebelan á vuestra providencia, y alabaré la sabiduría y felicidad de los que se abandonan á su conducta. Estas serán, Señores, las dos partes de mi plática, y todo su asunto persuadiros que os resigneis á la voluntad de Dios.

Primera parte.

4. Con juiciosa reflexion nos enseña San Agustin [4], que los hombres, quieran que no quieran, se someten á la providencia de Dios; pero con esta diferencia, que respecto de aquellos que voluntariamente se someten, es amo-

[1] *Job I. v. 21.*
[2] *Dan. IV. v. 32.*
[3] *Sap. XVII. v. 2.*
[4] *S. Aug. in cap. IV. Epist. Ad Gal. tom. III. p. 2. c. 961.*

roso padre, y respecto de los otros, es severísimo juez. Los unos, dice el mismo santo doctor, puestos en el órden que deben, están baxo la proteccion de una providencia misericordiosa y benévola: los otros como que saliéndose del órden, traidos á él, padecen el castigo de su infame desercion. Estos rebeldes de qualquier lado que se vuelvan encuentran en Dios un poderoso contrario, que á veces les resiste, y á veces como que cede, para su mayor ruina. Ciertamente infelices, porque no saben lo que quieren hacer: infelices, porque no pueden hacer lo que quieren: infelices aun quando Dios les dexa hacer lo que quieren. Atended las pruebas de lo que os he propuesto.

5. No saben lo que quieren aquellos, que apartándose del camino que les señala la mas sabia providencia, siguen el que su ciega pasion les propone. Todo lo que es á gusto de su apetito les atrae, les lisonjea, les embelesa: todo lo que se le opone, les parece inaccesible, duro, insoportable. Quando, viendo que no saben dirigirse, ni pueden ser los árbitros de su suerte, debieran consultar la suprema voluntad de su dueño, que sin riesgo les llevara al fin mas dichoso, ellos se forman una especie de providencia falaz, que les lleva á un precipicio no previsto. Se me representan semejantes á los que van embarcados en un baxel sin árbol, sin timon, sin piloto: veo como en la mas deshecha borrasca suben hasta las nubes, como baxan hasta el abismo; pero no veo como pueden librarse del naufragio. Muy bien pueden compararse á los idólatras, que atribuyendo á las criaturas la divinidad y el honor que deben á su criador, pierden, como se explica S. Pablo [1], el sentido y el juicio. No quiero decir que los christianos ofrezcan inciensos á los falsos dioses; pero contemplo que se hacen un ídolo del deleyte, y otro de la vanagloria. No consultan con estátuas inanimadas lo que han de hacer; pero lo preguntan como á sus oráculos á las pasiones que les dominan; y una vez olvidados de lo que deben á la providencia, ciegos infelices no saben lo que piden.

¿Quán-

[1] *Rom. 1. v. 25.*

6. ¿Quántos padres ansiosos solicitan para sus hijos un casamiento, que creen ha de ennoblecer y enriquecer su familia, y encuentran una muger que la infama y empobrece? ¿Quántos se empeñan en que un hijo sea eclesiástico, para que el otro sea mas rico; y despues lloran la temprana muerte de este, y la escandalosa vida de aquel? No lo consultaron con Dios, sino con su ambicion y vanidad. ¿Quántos mueven un pleyto injusto, para sacar un buen partido; y luego á mas de la quietud y el caudal, le pierden? No lo consultaron con su propia conciencia, sino con un abogado, que sabian que no la tenia. Todos estos experimentan el castigo con que Dios amenazaba al pueblo judayco rebelde á su providencia. En lugar de poneros, decia, en manos de mi fiel poderosa voluntad, habeis puesto vuestra confianza en la inconstante voluntad de los hombres. En lugar de someteros á mis resoluciones ó decretos, y de no hacer sino lo que fuere de mi agrado, habeis hecho lo contrario, robos, homicidios, adulterios, sacrificios á Baal, y á otros dioses falsos y desconocidos. Pero airado juro, que no sabreis lo que os es útil ó dañoso. Yo haré suspender los regocijos en las ciudades de Judá, y en las plazas de Jerusalen, desolando toda vuestra tierra [1].

7. Así hablaba Dios por boca de Jeremías en otro tiempo á los judíos rebeldes; y así habla ahora, Señores, á los que les imitais en la rebelion: á los que no le pedís que os dé alguna seña de su voluntad, sino que solo pensais en hacer la vuestra: á los que le quitais los respetos debidos, por tributarles á un poderoso, á un amigo, á una muger. ¿Y qué sucede? Que el poderoso os abandona, el amigo os engaña, la muger os ofende, y la divina providencia se opone é impide que hagais lo que quereis: otra prueba de vuestra infelicidad. ¡Qué de exemplos se me ocurren á la memoria! ¿Quereis que os hable de aquel Cain, que manchó sus crueles manos en la sangre del inocente Abel [2]? Este bárbaro hermano creyó que su fratricidio le haria dichoso; y le hizo el primer y mas desdichado

[1] *Jerem. VII. v. 34. & al.* [2] *Gen. IV. v. 8.*

do de los hombres. Pues trémulo y atónito, toda su vida fue por el mundo huyendo de todos, temiendo que habia de matarle el primero que le encontrara. ¿Quereis que os represente á Faraon resuelto á sacrificar á su venganza á los israelitas? Yo decia [1], les perseguiré, les cogeré, dividiré sus despojos, y arrancando mi espada, la clavaré en sus pechos. Pero encontró opuesto á sus designios á un Dios que le confundió, le postró, y le sepultó entre las ondas del mar bermejo. ¿Quereis que os proponga á Nabucodonosor [2] irritado contra aquellos tres jóvenes, que no quisieron adorar su estatua? Manda que atados de pies y manos los arrojen á un horno ardiente. Pero Dios preservándoles de las llamas, burla la cólera del mayor monarca del mundo.

8. ¿Quereis que os haga ver al soberbio Aman [3] pendiente de la horca, que mandó levantar para Mardoqueo? ¿Quereis ::: Pero no es menester que registre las historias de los pasados siglos, para convencer que los mortales no pueden hacer lo que quieren contra el órden de la divina providencia; porque el mismo Dios que nos dice en la sagrada escritura, que desvanecerá las ideas de los hombres, nos hace ver por la experiencia que su testimonio es mas que creible: [4] *Testimonia tua credibilia facta sunt nimis.* ¿Y cómo pueden dexar de quedar confundidos y humillados los que se atreven, digámoslo así, á luchar con Dios? No es posible. Pero me direis, que vemos cada dia, que muchos logran sus ideas, opuestas sin duda al órden regular de la divina providencia. Es verdad. No puedo negarlo, Señores. Mas por eso mismo, creedme, son infelices. Nada, decia San Agustin, [5] es mas fatal á los pecadores que su pretendida felicidad. Dios la permite, para vengarse con ella misma de su rebeldía. Suspende el castigo: con esto la licencia crece; y la voluntad depravada, como un enemigo doméstico, se fortifica.

Lo-

[1] *Exod. xv. v. 9.*
[2] *Dan. iii. v. 19. & seq.*
[3] *Esther vii. v. 9. & 10.*
[4] *Ps. xc. v. 5.*
[5] *S. Aug. Epist. cxxxviii. 2. c. 416.*

10. Loco pérfido Judas, [1] mas te hubiera valido que no hubieras executado tu detestable designio: no te hubieras ahorcado con tus propias manos. Injusta bárbara Jezabel, [2] mas te hubiera valido no quitar la viña y la vida al pobre Naboth: no fuera tu cuerpo, arrojado á un muladar, pasto de los perros. Abominables judíos, mas os hubiera valido no haber clavado á una cruz á Jesu-Christo: no se hubiera llenado la medida de vuestros delitos, ni padecierais, en la dispersion y en el odio universal de todas las naciones, la nota y la pena de vuestro deicidio. Lascivos, mejor os estuviera, que la divina providencia se opusiera á vuestros torpes deseos: enemigos, á vuestra cruel venganza: avaros, á vuestras infames usuras. Pero os lo permite, bien asegurada de que á vuestro pesar entrareis en el órden que dexais, pagando en un infierno la pena que tiene destinada á vuestra desercion. Jamas, ó Dios mio, impunemente se os resisten los mortales, como hemos visto; ni jamas inutilmente se resignan á vuestra voluntad, como veremos en la

Segunda parte.

11. No podemos mejor conocer la sabiduría y felicidad de los que se entregan en manos de la divina providencia, que considerándolos con San Bernardo [3] en una disposicion semejante á la de la esposa de los cantares quando decia, que su amado era todo de ella, y ella toda de él: *Dilectus meus mihi, et ego illi.* Tal vez parecerá indiscrecion y temeridad el que la esposa salga fiadora de los afectos del corazon de su esposo. Pero no lo es, dice San Bernardo, porque este es el verdadero estado de los que sinceramente, y sin reserva ponen su confianza en la providencia de Dios. Dios es de ellos; y ellos son de Dios. Quieren ellos lo que Dios quiere; y Dios quiere lo que ellos quieren. ¡Qué mayor dicha!

Aun-

[1] *Math. XXVII. v. 5.*
[2] *IV. Reg. IX. v. 33. & seq.*
[3] *S. Bern. Serm. 46. in Cant.*

12 Aunque es propio de los hombres el hacer la voluntad de Dios, y no de Dios el hacer la voluntad de los hombres; con todo decia el real profeta, [1] que Dios hará la voluntad de los que le temen: *Voluntatem timentium se faciet.* Porque quando los hombres son fieles, y se resignan en todo á su providencia, Dios como que se despoja de su soberanía, para hacer lo que ellos quieren. Quando logran tener un corazon puro, una alma buena, una confianza sincera, bien pueden decir con la esposa: [2] *Dilectus meus mihi.* Mi amado es mio: en mí piensa el soberano: aquel, á quien toca el gobierno de todo el mundo, la disposicion de todos los siglos, no se desdeña de encargarse de mi conducta.

13. A mas de la universal direccion de la providencia de Dios sobre todas las criaturas, se lisonjea la esposa de que le merece un especial cuidado. En mí fixa sus ojos: hácia mí se acerca: con su mano siniestra me abraza, con su diestra me defiende. Todo es mio: es la guia que me conduce, el asilo que me protege, el consejo que me gobierna, la fuerza que me anima, el gozo que me consuela, y la corona que me premia. No pueden, Señores, decir otro tanto los vasallos de sus mejores príncipes, los mas favorecidos de sus bienhechores, los hijos de sus padres. De solo Vos, Dios mio, podemos decir que sois todo nuestro: *Dilectus meus mihi.* Pero baxo la condicion de que seamos del todo vuestros: *Et ego illi.* En vano nos lisonjeáramos de ser felices, si no contribuyéramos de nuestra parte. En vano pretenderíamos, que vos nos cubrierais con vuestras alas, si no nos pusiéramos á vuestra sombra. No fuerais nuestro escudo, si no le tomáramos para rebatir los tiros de nuestros enemigos.

14. Con estas expresiones figuradas del real profeta [3] se nos da á entender que la providencia divina solo es útil para aquellos que se le rinden con una sumision voluntaria, absoluta y universal. No. No fue de su agrado la sumision forzada de Antíoco, ni la sumision condicio-

[1] *Ps. CXLIV. v 19.*
[2] *Cant. II. v. 16.*
[3] *Ps. LVI. v. 2. XC. v. 5.*

cional de los de Betulia, ni la sumision imperfecta de Saul. Aquel Antíoco, tan famoso por sus enormes delitos: aquel Antíoco que toda su vida hizo burla y guerra al Dios verdadero, y aun llegó á ponerse en la cabeza la loca idea de divinizarse, herido de una llaga, que el sagrado libro de los Macabeos [1] llama divina, conoce que hay sobre si un Señor, que juega con los soberanos del mundo, y confiesa que es justo sometérsele: *Justum est súbditum esse Deo.* Pero ya llegas tarde infelíz príncipe; como tambien llegan tarde los que enagenados de la prosperidad y embebecidos en las delicias y vanidades, á los últimos instantes de su vida se someten á Dios. Es intempestiva forzada esa sumision que debiera ser voluntaria.

15. Tambien debe ser absoluta, y no condicional vuestra sumision á la divina providencia, para que no merezcais la reprehension que dió Judit [2] á los de Betulia, que resolvieron entregarse al enemigo, si dentro de cinco dias no les enviaba Dios el socorro. Quién sois vosotros, decia aquella magnánima viuda, quién sois vosotros para señalar plazos á la misericordia, y poner términos á la omnipotencia del Señor? ¿Y quién sois vosotros, puedo decir, que no os someteis absolutamente á la voluntad de Dios: que en vuestras desgracias ó trabajos os atreveis á decir: Yo tendré paciencia una semana, un mes, un año, pero mas no? ¿Acaso la divina providencia no tiene derecho á hacerse obedecer en todo tiempo? ¿No debe ser vuestra sumision absoluta?

16. Y no basta esto. Debe ser vuestra sumision perfecta. De otra suerte será semejante á la de Saul, que publicaba haber cumplido el órden de Dios en la derrota de los Amalecitas: [3] *Implevi verbum Dómini.* Pero te engañas, le dixo Samuel. Has quitado la vida á los amalecitas, y has dexado vivo á su rey Agag. ¿No te mandó el Señor que pasaras á cuchillo á todos sin excepcion de personas? Obedeciste en parte, en parte no. Perderás luego la corona y la vida.

Ya

[1] *II. Mach. IX. cap. 9.*
[2] *Judic. VIII. v. 10.*
[3] *I. Reg. XV. v. 13.*

17. Ya habeis oido tres funestos exemplos de una sumision forzada, condicional, imperfecta. Oid ahora otros tres heroycos exemplos de la sumision y obediencia que debeis imitar. El primero nos le da Abraan. ¿Qué no pudiera decir este santo patriarca, quando Dios le mandó que sacrificara á su hijo? Vos, Señor, me le disteis, para que fuera el regocijo de mi casa, ¿y ahora me le quereis quitar, y con mis propias manos? Me ofrecisteis que sería mi heredero, ¿y ha de morir ántes que yo? Qualquiera otro á lo ménos hubiera vacilado, y obedecido por fuerza. Pero Abraan sale de su casa sin detenerse, y sin decírselo á Sara, para que no le pusiera reparos y dilaciones: camina con Isaac hácia el monte: saca la espada, levanta el brazo, y solo un ángel puede suspender el golpe. [1] El otro exemplo nos le da David, que noticioso de la conspiracion de su hijo Absalon, sale de Jerusalen descalzo y lloroso; pero tan resignado con la voluntad de Dios, que le dice al sacerdote Sadoc: [2] Restituid el arca del Señor á la ciudad; que si yo merezco su gracia, volveré á adorarla. Mas si me dice que no quiere, estoy pronto á obedecerle: hágase en mí su voluntad. El tercero nos le da el anciano Tobías. Sus parientes le culpaban los excesos de su misericordia en socorrer los pobres, y enterrar los muertos; porque se exponia á un evidente riesgo de perder la vida. Pero aquel santo varon confiado en la providencia de Dios, les dexaba decir. Y quando perdió la vista, este nuevo accidente aumentó su confianza, para que sirviera, segun se explica la escritura, de exemplo á la posteridad: [3] *Ut pósteris daretur exemplum.*

18. No me cansara de proponeros otros exemplos de sumision á la providencia de Dios; pero considero que os cansariais de oirme. Y así os ruego que imitais los que os he referido. Dios bendecirá vuestras familias como la de Abraan: confundirá vuestros enemigos, como los de David; y si no os da la vista corporal como á Tobías, os dará los ojos espirituales, para que veais lo que mas os convie-

[1] *Gen. XXII.*
[2] *II. Reg. XV. v 25.*
[3] *Tob. II. v. 12.*

viene. Ya vemos, Señor, que nuestro mayor enemigo es nuestra propia voluntad. Ya le declaramos la guerra. Prometemos, Dios mio, no hacer lo que ella quiere, sino lo que vos quereis. Damos por bien hecho todo lo que haceis; *Bené omnia fecit.* Pero humildemente os rogamos, que os digneis hacer en nosotros la gran misericordia de perdonarnos: pues arrepentidos os decimos de lo intimo &c.

OTRO EXORDIO.

PARA LA MISMA PLÁTICA EN LA DOMINICA INFRAOCTAVA DE LA ASUNCION.

19. Estaba, como en otras ocasiones semejantes, indeciso sobre si os hablaría esta tarde de la muerte y glorioso tránsito de María señora nuestra á los cielos, ó si tomaría algun asunto moral propio de esta dominica. Primeramente comencé á leer el evangelio que canta la Iglesia en la festividad de la Asuncion, y encontré, que Marta, aquella misma que gustosa hospedó á la magestad de Christo en su casa, se quejaba agriamente de que su hermana María no la ayudara á prevenir lo necesario para la comida y agasajo de tanto huésped. ¿No reparais, Señor, le dixo puesta en su presencia, que mi hermana me ha dexado sola? ¿Es razon que yo esté muy oficiosa sirviéndoos, ella ociosa escuchándoos? ¿Yo atareada, ella descansada? Ea decidla, que se levante de vuestros pies, y me ayude: [1] *Dómine, non est tibi curæ, quod soror meæ reliquit me solam ministrare? Dic ergo illi, ut me ádjuvet.*

20. Y por poca reflexion que hice sobre estas palabras, me vinieron á la imaginacion muchos y muchas que se quejan en el mundo del mismo modo que Marta. ¡Ah! dicen unos: ¡Que no me hiciera yo clérigo ó frayle! ¡Que por mi libre voluntad me metiera en el cuydado de muger y hijos que me agovia! ¡Ah! dicen otras: ¡Que no tenga yo caudal con que pagar el dote para ser monja! ¡Que ha-

[1] *Luc. x. v. 40.*

haya de estar condenada á servir en una cocina, ó en un tocador: peynando á una muger impertinente! Y aunque contemplaba que María Magdalena estaba muy gustosa, y como embelesada á los piés de Jesu-Christo, sin embargo me puse á pensar que tal vez, y sin tal vez, muchas que debieran como ella emplearse del todo en la oracion, están disgustadas en los claustros. ¡Ay! dicen, ¿qué ligera, qué inconsiderada fuí en meterme entre quatro paredes? ¿Qué mal hice en privarme de las diversiones y placeres del siglo que apetesco? Pero dexando la correccion, ó el consuelo de estas infelices á aquellos que están encargados de su direccion, habré de confesar que el mundo está lleno de Martas quejosas; y que tuvo razon el otro gentil en decir, que nadie está contento con su suerte.

21. Sin embargo tengo razon para culparos, Christianos mios, el que no esteis, gustosos, y contentos en el estado en que os puso la divina providencia. Y mas quando reparo que no envidiais la suerte de los eclesiásticos y religiosas, porque quisierais exercitaros en la oracion y en las virtudes, lo que tambien pudierais hacer en vuestras casas; sino porque quisierais gozar del descanso y comodidad, que aprehendeis que gozan aquellos. Ciertamente ese vuestro injusto resentimiento, esa falta de resignacion en la voluntad de Dios, es muy desagradable á sus ojos: es la principal causa del trastorno del mundo, y podrá serlo de vuestra condenacion. Porque veo que la magestad de Christo al oir las quejas de Marta, ni la hizo quedar en su compañía, ni dixo á Madalena que fuera á ayudarla, sino que las dexó como ántes estaban, á aquella en el ministerio, y á esta en la contemplacion: y porque leyendo el evangelio de esta dominica he visto que los judíos menos ilustrados que vosotros confesaron á boca llena que Dios nuestro Señor todo lo hace bien: *Bené omnia fecit.* Y así, conspirando los dos evangelios en un mismo designio, me lamentaré en la primera parte de mi plática de la locura y desgracia de los que se quejan y resisten á la providencia de Dios, y alabaré en la se-

segunda la sabiduría y felicidad de los que se conforman con ella: todo á fin de que procureis resignaros en la divina voluntad.

JACULATORIAS.

22. ¡Soberano Dios, y dueño mio! Rebelde á vuestra voluntad no he hecho lo que vos queriais que hiciera, no he obedecido lo que me habeis mandado. Pero ya me rindo á vuestra voluntad, me sujeto á vuestra ley, y os pido perdon de haberla quebrantado. Pésame, Señor, de haberos ofendido. Misericordia.

¡Señor y Dios mio! Conozco que mi propia voluntad es mi mayor enemigo. Ya no he de hacer su gusto sino el vuestro: porque en esto consiste mi felicidad. Dadme, Señor, vuestra gracia para que acierte á agradaros. Misericordia.

¡Amabilísimo Jesus! Todo lo que haceis, y habeis hecho está bien hecho. Haced en mí la gran misericordia de perdonarme: pues arrepentido de no haber hecho lo que Vos quereis que haga, os digo que me pesa de lo íntimo del corazon.

PLÁTICA XCVI.

DE LA DOMINICA XI. POST PENTECOSTEM.

Adducunt ei surdum & mutum, & deprecabantur eum, ut imponat illi manum. Marc. VII. v. 32.

1. * El evangelio de este dia, Señores, nos propone la curacion de un enfermo verdaderamente admirable, misteriosa, y desemejante á otras muchas que leemos haber hecho la magestad de Christo. Porque nos refiere San Marcos, que al salir nuestro Señor de los confines de Tiro y Sidon, unos hombres le pusieron delante un

un sordo y mudo: rogándole que le curara, segun y conforme á la gran piedad que acostumbraba exercitar con otros. Y en efecto condescendiendo á sus ruegos, apartó al sordo y mudo de la turba que le acompañaba: puso los dedos en sus orejas: escupió, y con la saliva tocó su lengua: levantó los ojos al cielo, y gimiendo dixo: [1] *Ephe-za*, que significa abrir; y luego el sordo y mudo recobrando el oido y el habla, comenzó á oir y á hablar con expedicion. Todos comenzaron á admirar el prodigio, y á aplaudir el beneficio: [2] *Admirabantur dicentes: Bené omnia fecit.* Pero á mí mas que la substancia del suceso me parecen admirables y misteriosas sus circunstancias. Porque ¿quié no admira que el Omnipotente practicara tantas diligencias para curar á un enfermo? ¿Y quién no reconoce que están llenas de misterios? Acaso no habiendo hecho Dios en el órden natural cosa alguna en vano, ¿podemos decir que su unigénito hijo Jesu-Christo fue ménos exâcto en el órden milagroso ó de la gracia? No por cierto.

2. Todo quanto dixo el Señor, todo quanto hizo, lo dixo y lo hizo de propósito para nuestra enseñanza y aprovechamiento. Así nos lo da á entender el apóstol San Pedro [3], y nos lo persuaden los santos padres en la explicacion del evangelio de este dia; pues nos dicen, que aquel sordo y mudo representa á un pecador endurecido, sordo para oir las voces del cielo, y mudo para implorar los socorros de la divina gracia. Deplorable estado el de un pecador reducido á estos términos, como se dexa conocer á primer vista, y lo manifiestan bastantemente las diligencias que practicó Jesu-Christo para curar al sordo y mudo que le representaban: las mismas con corta diferencia que practicó en la resurreccion de Lázaro. Porque así como entónces el Señor se estremeció, lloró, oró al eterno Padre, dió gracias, y á grandes voces llamó á Lázaro, diciendo; [4] *Lázare, veni foras*: así tambien ahora hizo todo lo que habeis oido. Y es que si Lázaro difunto

y

[1] *Marc. VII. v.* 34.
[2] *Ib. v.* 37. *II. v.* 21. *& seq.*
[3] *I. Pet. I. v.* 3. *&* 21. *&*
[4] *Joan. XI. v.* 43.

y hediondo significaba á un pecador acostumbrado á pecar: el sordo y mudo significa á un pecador endurecido en el pecado, y entrambos males, costumbre de pecar, y dureza de corazon, son los peores, los mas peligrosos, y dificiles de curar.

3. No quisiera pues que vosotros, Oyentes mios, adolecierais de semejante mal. Mas por si acaso, para que procureis quanto ántes libraros de él, pienso esta tarde daros á conocer su gravedad, sus causas, y sus remedios. Y discurro que así como el médico corporal no tiene mas que saber que la calidad, la causa, y el remedio de la enfermedad del cuerpo: así tambien para que seais perfectos médicos espirituales, os importa saber la gravedad, la causa, y el remedio de la enfermedad de vuestras almas. Atended pues, miéntras os explico lo que me he propuesto conforme al designio de nuestro evangelio.

Primera parte.

4. En todo es admirable la justicia de Dios; pero se ostenta mas admirable en la gran diversidad con que castiga á los pecadores. Porque á veces hiere al cuerpo para sanar á la alma; y entónces mas se porta como amoroso padre, que como severo juez, habiendo dicho el sabio, que el Señor castiga así á los que mas ama [1]: *Quos díligit Dóminus córripit.* Y aun si bien se mira, ese castigo, mas que castigo es medicina, segun el modo con que se explicó Job: [2] *Ipse vúlnerat, & medetur*; y segun se explica Jeremías, quando en persona del pueblo de Israel dixo [3]: Me castigaste, Señor, y quedé instruido ó disciplinado el que ántes era un indómito novillo. ¿Y quántos exemplares quereis que os dé de pecadores arrepentidos ó curados á la eficacia de semejantes castigos ó remedios? Felices vosotros, si acertais á hallar en la desgracia, ó en la enfermedad del cuerpo, la curacion de vuestra alma. Bien podeis alabar la infinita benignidad de Dios: bien podeis

[1] *Prov. III. v. 12.* [2] *Jerem. XXXI. v. 18.*
[3] *Job V. v. 18.*

darle gracias por el castigo, como por el mayor beneficio que puede haceros.

5. Pero á veces trata Dios á los pecadores de otra suerte: los castiga con el mayor rigor con que puede castigarlos en este mundo; como sucede quando castiga unos pecados con otros, ó quando despues de haber añadido ellos pecados á pecados, permite que se endurezca su corazon, y que cayga, segun se explican las sagradas letras [1], en réprobo sentido. Puede ser, y tengo por cierto, que entónces los pecadores no sienten el mal que padecen sus almas, consistiendo su mayor gravedad en esa misma especie de insensibilidad. Porque hay esta gran diferencia entre las enfermedades del cuerpo y las de la alma; que las del cuerpo, quanto mas leves, ménos se sienten, y quanto mas graves, son mas dolorosas, y estimulan á buscar con mayor diligencia el remedio: quando al contrario las enfermedades ó culpas leves de la alma las sienten los justos, y las lloran; pero las mas graves no las sienten los malvados pecadores, porque su misma gravedad los ensordece, enmudece, les quita el sentimiento, y la accion de solicitar el remedio.

6. Se hacen semejantes al sordo y mudo del evangelio, porque tienen tapadas las orejas para oir las voces del cielo, é impedida la lengua para pedir socorro. Bien podeis ponerles delante el peligro de una muerte repentina, la estrecha cuenta que han de dar á Dios, la gloria inmensa que está prometida á los buenos, y la pena eterna destinada para los malos. Bien podeis hacerles presentes los beneficios de nuestro Señor, sus azotes, bofetadas y espinas, sus clavos, su cruz, su muerte afrentosa padecida para su bien: que se conmoverán tanto con esas amenazas, promesas y finezas, como si hablarais con un sordo. Bien lo acredita la experiencia; porque ¿quántas veces los predicadores les amenazan con Jeremías, con Isaías les halagan, y con los evangelistas les acuerdan los favores del divino amor; sin que nada de esto produzca el menor saludable efecto en sus corazones endurecidos?

7.

[1] *Rom. 1. v. 28.*

7. Con razon los comparó David á los áspides. Porque así como, segun dixo este profeta [1], acomodándose á la opinion del vulgo, quando un hombre intenta encantar á los áspides para que no muerdan, ellos ponen una oreja en la tierra, y con la cola tapan la otra, para librarse del encanto, y conservar reconcentrado en sus entrañas el veneno: así tambien quando un sabio encantador, un predicador evangélico, intenta mudar á los pecadores, y quitarles el veneno de la culpa que reside en sus almas, ellos con la ayuda del demonio cierran los oidos de su corazon, de modo que no se aprovechan de lo que oyen con los del cuerpo. ¿Y qué diremos de aquellos, que jamas se ponen á trecho de encantarse, jamas oyen sermones, ó solo oyen los que les entretienen y no les desengañan: que están en este mundo como en una tierra de olvido, olvidados de Dios y de sí mismos? ¿Qué hemos de decir? que viven como unos ateistas, supuesto que tanto se acuerdan de Dios, como si no creyeran que le hay; mereciendo la acre reprehension que su magestad dió á Jerusalen: [2] *Mei non es recordata, neque cogitasti in corde tuo.*

8. Pero volvamos á hablar de los pecadores, que oyen con los oidos del cuerpo la palabra de Dios, y con la lengua del mismo cuerpo le hacen alguna oracion. Porque tal vez entre vosotros habrá algunos de estos muy persuadidos de que no teneis el corazon endurecido, y conviene desengañaros, y deciros abiertamente: que miéntras avaros no distribuís las riquezas que os sobran entre los pobres: miéntras lascivos perseverais en esas torpes complacencias: miéntras iracundos respirais venganzas: aunque oigais con los oidos del cuerpo la divina palabra, aunque profirais con la lengua muchas oraciones á Dios, teneis endurecido el corazon. Porque ¿no le tenia Faraon, aunque veia portentos, y oia las voces con que Moyses le amenazaba con mayores castigos? ¿No le tenia Balaam, aunque claramente veia al ángel que le detenia para que no fuera á maldecir al pueblo de Israel? Pues así teneis vosotros endurecido el corazon, tapados sus oidos, impe-

[1] *Gen. LVII. v. 5. & 6.* [2] *Isai. LVII. v. 11.*

dida su lengua. Ábrid, pecadores, los oidos del corazon, para que la divina palabra, espada de dos filos, entre, penetre, y corte depravados afectos: moved la lengua del corazon, para que prorumpa en humildes, fervorosos, devotos ruegos á Dios; inmutad, ablandad con la penitencia vuestro corazon, si quereis libraros de la deplorable dureza, cuya causa voy á señalaros en la

Segunda parte.

9. Será muy fácil, Señores, encontrar con la causa de la dureza del corazon de los pecadores, y de la dificultad de convertirse á Dios. Porque ciertamente lo son ellos mismos, ayudados del demonio. Este procura introducir en el corazon de los hombres el amor de las cosas terrenas, y consintiendo ellos, se llena de suerte, que no puede caber el amor de Dios. Porque á mas de la oposicion, que dicen entre sí Dios y el mundo, siendo limitada la capacidad del corazon humano, no pueden caber en él el amor de entrambos. Y al modo que un vaso lleno de agua no da cabida al vino: así tambien el corazon lleno de la agua turbia del amor mundano, no permite la entrada al generoso vino de la caridad ó del divino amor. Y al modo que hartándose el estómago de manjares, no puede tragar otros: así tambien el corazon como ahito de los manjares de Egipto, no apetece al maná ó manjares del cielo; con que poco á poco, ó apriesa los aborrece, y adquiere un hastío que viene á ser lo mismo que la dureza de que os hablo.

10. Pero de ahí toma Dios justo motivo para abandonar á los pecadores: con lo qual acaba de endurecerse su corazon, segun él mismo nos lo dió á entender por el profeta Isaías [1] en aquel útil símile de la viña, perfecta representacion de un pecador endurecido. Pues así como circuyó de pared ó de una albarada la viña, erigió una torre para atalaya, la aró, le dió todo el cultivo que debia darle, y viendo despues que no produxo uvas de pro-

[1] *Isai. v.*

provecho, derribó la cerca y la torre, y dexándola inculta, se llenó de maleza: así tambien se porta con los christianos. Porque primeramente ¿no los circuye con el fuerte muro del bautismo y demas sacramentos? Luego desde el púlpito, como desde una atalaya, ¿no les avisan los predicadores los enemigos que les infestan? ¿No les ara muchas veces con la reja de los trabajos? ¿No está siempre sobre ellos, como puede estar sobre su viña el labrador mas laborioso? ¿Quién no ha experimentado los efectos de su cultivo ó de su cuidado en repetidas inspiraciones y auxîlios? ¿Quién no ha oido allá interiormente como le ha dicho muchas veces: Mira miserable el peligro á que está expuesta tu salvacion: mira con quán enormes delitos vas ofendiendo á tu criador: mira con quánta paciencia te aguanta para que hagas penitencia: mira no te coja la muerte desprevenido, y te veas de un instante para otro en el infierno?

11. Pero si despues de todo esto el pecador no se arrepiente, no produce frutos de buenas obras, ¿qué mucho que Dios le inutilice los sacramentos, retire los socorros de su gracia, y permita que el mismo pecador con nuevas malas obras se castigue su pasada esterilidad y perfidia? Así como un capitan valeroso, viendo que ni ruegos ni amenazas sirven para llevar á la batalla á sus soldados, que cobardes vuelven la espalda al enemigo, á mas no poder se retira: así como un médico prudente, viendo que el enfermo no quiere tomar, ni aprovecharse de las medicinas que le receta, le dexa: así tambien Dios, viendo la mala correspondencia, y la obstinacion del pecador, le abandona, segun dixo David, á los depravados deseos de su corazon: [1] *Non audivit pópulus meus vocem meam ::: Ideo dimisi eum in desideria cordis eorum.*

12. Y no hay quien pueda decir, que Dios es cruel con el pecador. Porque está tan satisfecho de su justicia y de su piedad, que se sujeta al juicio de los hombres mismos, para que sentencien si debió hacer mas de lo que hizo por el pecador: [2] *Nunc ergo habitatores Jerúsalem,* &

[1] *Ps. LXXX. v.* 12. & 13. [2] *Is. V. v.* 3.

& viri Juda judicate inter me, & víneam meam. Quid est quod ultra debui fácere víneæ meæ, & non feci ei? Y David declara que Dios es justo, es sufrido, y es fuerte: [1] *Deus judex justus, fortis, & patiens.* Es justo: porque ni dexa de castigar los delitos, ni excede de los términos de la justicia. Es sufrido: porque acaso, dice el real profeta [2] ¿se enoja todos los dias? ¿No dexa lugar al arrepentimiento? Es fuerte: porque contra los que abusan de su paciencia vibra la espada de su justicia, asesta el arco, y dispara saetas, no como quiera, sino encendidas, para acabar con hierro y fuego á los pecadores endurecidos: [3] *Nisi conversi fueritis, gladium suum vibrabit: arcum suum tetendit, & paravit illum: sagittas suas ardéntibus effecit.* No teneis pues que quejaros de Dios: quejaos de vosotros mismos, que sois la causa de vuestra desgraciada dureza; y si acaso os mueve la lástima de vosotros, aplicad los remedios que os diré en la

Tercera parte.

13. Para daros remedios del mal que padeceis, pecadores, no tengo mas que reparar en lo que hizo Jesu-Christo con el sordo y mudo del evangelio; porque primeramente advirtiendo que le retira de la turba de gentes que le acompañaba, debo aconsejaros que os aparteis del bullicio del mundo, si quereis curar la enfermedad de vuestras almas, y mantenerlas sanas con su gracia. Pues así como el mundo es nuestro comun enemigo: así la soledad es el mayor castillo para defendernos de sus asechanzas, y como un muro que cierra las puertas de nuestros sentidos, para que no se introduzca por ellas hasta nuestras almas el amor depravado del mundo y de sus vanidades. ¡Pobres de nosotros! Perdidos somos, si con el retiro no cerramos las puertas de los sentidos á tantos objetos provocativos como nos pone el mundo delante de nosotros. Perdidos somos, si no huimos las ocasiones de pecar, que él

[1] *Ps. VII. v.* 12.
[2] *Ibid.*
[3] *Ibid. v.* 13. & 14.

él mismo nos facilita. Porque por la culpa original tenemos dentro de nosotros mismos en la concupiscencia, una fecunda semilla de pecados, que fácilmente brotan á la primera ocasion que se ofrece de cometerlos. Al modo que al dar con el hierro en el pedernal despide este las centellas de fuego que estaba en sus senos oculto: así al dar en nosotros con los bienes terrenos centellea nuestra concupiscencia depravados deseos. Huid el golpe ó el encuentro, si quereis libraros del incendio.

14. Bien veo, que no todos podemos ser anacoretas y vivir separados del trato de las gentes. Pero os encargo lo que os es posible, que huyais de los juegos, que llamamos de suerte, de la compañía de los malos, y de la demasiada familiaridad con mugeres, que son las tres principales ocasiones de pecar. Porque tales juegos dan abundante materia para las mentiras, juramentos falsos, pendencias, y á lo ménos fomentan con el deseo de la ganancia á la avaricia. La compañía de los malos, ¿qué perjuicios no acarrea? ¿Cómo los ponderan las sagradas letras? No ménos que de los apestados debemos huir de la compañía de aquellos que con sus perversas costumbres inficionan nuestras almas. ¿Y quánto mas debemos huir de la familiaridad con las mugeres? ¿Quereis que os diga lo que sobre este particular dixeron los sagrados escritores? Bastará que leais el libro de los Proverbios que compuso Salomon. Y aun bastará que pongais los ojos en el mismo, para que escarmentados en su infeliz cabeza; temais el peligro que lleva consigo el trato con las mugeres; pues no obstante la especial gracia de que estuvo fortalecida su voluntad, y la luz superior de que estuvo ilustrado su entendimiento, se depravó aquella, y se obscureció este tanto con el amor de las mugeres, que vivo dió en el desvarío de la idolatría, y muerto, en sentir de muchos santos padres, dió con su alma en los infiernos. Y esta diligencia de huir las ocasiones de pecar, que comprehende á todos, Oyentes mios, especialmente obliga á los que sentís endurecido vuestro corazon, y gravado con el peso de muchas culpas; porque vuestra propia experimentada fra-

fragilidad debe haceros mas desconfiados de vosotros mismos, y mas solícitos en evitar los peligros de cometerlos.

15. Mucho teneis andado con esto, para curar la dureza de vuestro corazon. Pero todavía os falta, que pidais humilmente á Dios, que con los dedos de su mano abra los oidos de vuestro corazon; porque si no hace en vosotros lo que hizo con el sordo del evangelio, no podrá penetrar, y fructificar en vuestro corazon la semilla de la divina palabra, por ser para este efecto necesario el contacto de su mano, ó de su gracia poderosa. Y ademas debeis pedirle á Dios, que bañe vuestra lengua, esto es, el paladar de vuestra alma, con la saliva de su boca: quiero decir, con aquella sabiduría que salió de la boca del altísimo, para que endulzados con el conocimiento, el gusto de los bienes verdaderos del cielo, desprecieis las engañosas delicias de la tierra. En fin haced quanto esté de vuestra parte para que se ablande la dureza de vuestro corazon, y se diga como el sordo y mudo del evangelio, que teneis los oidos del corazon abiertos para oir las voces con que Dios os llama á penitencia: [1] *Apertæ sunt aures ejus*; y que asimismo teneis expedita la lengua del corazon para hablar y tratar con Dios en la oracion del negocio importante de vuestra salvacion eterna: *Loquebatur recté.*

16. No querais diferir para mas adelante la curacion de vuestras almas mortalmente enfermas. Muévaos á buscar y aplicar el remedio, ya que no la lástima de vosotros mismos, la lástima de Jesu-Christo, que gime, llora, y se duele de vuestra desgracia, como si fuese propia. Y principalmente gime, porque no gemís: llora, porque no llorais: se duele, porque no os doleis; siendo vuestra insensibilidad lo que mas le aflige. Pero no, no gimais, dulcísimo Jesus, no lloreis, no os dolais, que ya nosotros gemimos, lloramos, nos dolemos de nuestras culpas. Porque vuestros gemidos dispiertan nuestro corazon dormido: vuestras lágrimas le ablandan: vuestro dolor le penetra. Ya á bene-

[1] *Marc. VII. v. 35.*

beneficio de vuestra gracia, Dios mio, se ha trocado nuestro corazon: ya no es de las criaturas: ya es todo vuestro. Admitidle en sacrificio, y al deciros de lo mas íntimo del mismo corazon que nos pesa de haber pecado, de haberos ofendido, perdonadnos misericordioso, sacrificadnos, fortalecednos en vuestro servicio. No mas pecar. Misericordia, Señor, &c.

PLÁTICA XCVII.

DE LA DOMINICA XII. POST PENTECOSTEN.

Magister, quid faciendo vitam æternam possidebo? Luc. X. v. 25.

1. * Por mas que sea culpable la malignidad con que pregunta un doctor de la ley á la magestad de Christo, ¿qué ha de hacer para conseguir la vida eterna? con todo, no dexa al mismo tiempo de enseñarnos ser loable la ansia de instruirnos en los medios mas útiles para alcanzarla. No nos es lícito imitar la hipocresía de aquel sabio presumido; pero tenemos obligacion, dice San Juan Chrisóstomo, de informarnos de buena fe, y de pedir con humildad al Señor, que nos diga lo que hemos de hacer para asegurar un buen éxito en el negocio de nuestra salvacion: *Magister, quid faciendo vitam æternam possidebo?*

2. Aquel se acercó á Jesu-Christo á preguntarle con ánimo perverso, á fin de encontrar en su respuesta motivo para acusarle: *Surrexit tentans illum.* Nosotros debemos acercarnos con el corazon mas sencillo, á fin de aprender el mejor modo de servirle. Aquel le llamó maestro, sin querer ser del número de sus discípulos: nosotros debemos reconocer su magisterio con una ciega sumision á to-

* 5. *de Agosto* 1742. 13. *de Agosto* 1747. 29. *de Agosto* 1745.

todo lo que nos diga. Aquel dándole exteriormente el honor que le es debido, interiormente le despreciaba: nosotros debemos acompañar con la obediencia y docilidad interior el culto exterior que le tributamos. Aquel se presumia saber lo bastante, y aun demasiado: nosotros debemos saber confesar altamente nuestra ignorancia, gemir delante del Señor, y rogarle con el real profeta [1], que se digne disipar las espesas tinieblas que nos circuyen.

3. ¡Infeliz hipócrita el fariseo, que preguntaba lo que presumia saber, y en verdad ignoraba! ¡Felices los christianos que convencidos de que jamas saben demasiado lo que les importa saber para su salvacion, procuran con ardor instruirse bien! ¿Mas quienes son estos? ¿Quiénes son los que conociendo la necesidad y obligacion que tienen de saber lo que deben hacer para alcanzar la vida eterna, se lo preguntan al Señor con mejor intencion que el fariseo del evangelio? *Magister quid faciendo vitam æternam possidebo?* Unos dicen, estamos muy ocupados en el gobierno de la república, ó de nuestras familias: otros, ya sabemos lo bastante; y aquellos dicen, no queremos saberlo. Con esto la mayor parte de los christianos viven en una fatal ignorancia de sus primeras obligaciones, y en un descuido culpable de hacerse instruir en ellas. Tenemos muchos que haceres: este es el pretexto de los mundanos. Sabemos lo bastante: esta la ilusion de los soberbios. No queremos saberlo: obstinacion de los relaxados. ¡Vano pretexto! ¡ilusion perniciosa! ¡obstinacion deplorable! Sus funestas conseqüencias os propondré, Oyentes mios, en las tres partes de mi plática, para que con el mas vivo deseo de vuestra salvacion, pregunteis lo que habeis de hacer para alcanzarla.

Primera parte.

4. No son entre sí incompatibles las obligaciones de la vida christiana, y las de la vida mas civil, ni es menester ignorar aquellas para saber y cumplir exâctamente

[1] *Ps. CVI. v. 14.*

te con estas. Antes bien quanto mas á fondo estudiamos los principios de nuestra religion, tanto mejor aprendemos á ser fieles en el trato, hombres de bien, y de provecho. Llamo por testigos de esta verdad á tantos que para llegar á gobernar bien sus familias, y sus ciudades comenzaron ántes á arreglar bien sus propias conciencias. A tantos, que en los empleos mas eminentes y mas arriesgados, en que les constituyó la providencia, se sirvieron del conocimiento que tenian de la ley de Dios, para evitar los peligros, y lograr los mayores aciertos. A tantos, que jamas fueron mas templados en la comida, mas sufridos en los trabajos, mas dulces en el trato, mas justos en los tribunales, mas valerosos en las campañas, mas liberales y provechosos á sus próximos, mejores ciudadanos, ni mejores príncipes, que quando se hicieron cargo que eran christianos.

5. Pero tambien es verdad, que aunque no se opongan entre sí las obligaciones christianas y civiles, con todo deben estar subordinadas. El conocimiento y observancia de estas, debe ceder al conocimiento y observancia de aquellas. Porque las obligaciones de christiano ¿no son, Señores, las primeras, y su cumplimiento de una necesidad absoluta? ¿No somos por ventura ántes christianos que civiles? ¿No somos ántes miembros de la Iglesia que del estado? ¿No somos criados y redimidos á fin de alcanzar la suma felicidad de ver á Dios? ¿Y cómo hemos de verle, si no le servimos en esta vida? ¿Mas cómo hemos de servirle, si no sabemos lo que nos manda? Por eso Jesu-Christo en nuestro evangelio, respondiendo al fariseo, nos dice: *In lége quid scriptum est*[1]? Abrid los ojos, mirad lo que contiene mi santa ley. Si llegais á entenderla, no teneis mas que saber: si llegais á observarla, no teneis mas que hacer para salvaros.

6. De estos dos infalibles principios se infiere legitimamente, Señores, que no hay pretexto que pueda disculpar vuestra ignorancia en materia de religion. Porque, ¿qué excusa podreis alegar, quando Jesu-Christo os llame

[1] *Luc. x. v. 26.*

me á juicio: quando abriendo el libro que ahora está cerrado: os haga ver por una parte su santa ley, y por otra vuestras transgresiones? ¿Direis que no sabiais lo que debiais hacer? ¿Pero qué, responderá el Señor, no habia médicos en Galaad, ni profetas en Israel? Y si los habia, ¿porqué no acudiais á ellos? En vuestras enfermedades corporales luego llamasteis al médico, y no á qualquiera, sino al mas hábil y mas experimentado; y en medio de la depravacion de vuestra voluntad, é ignorancia de vuestro entendimiento, no buscasteis á alguno que como médico os curara, y como maestro ó profeta os instruyera. O si buscasteis á alguno, fue á qualquiera: qualquiera que sentado en una silla supiera decir: Yo te absuelvo. Y aun aquel fué á vuestro juicio el mejor maestro, el mejor médico de vuestras almas, que por no molestaros no se detuvo á curar de raiz vuestra enfermedad. Y así vuestra mala eleccion os hizo habitualmente ignorantes y depravados.

7. Tal vez direis en el tribunal del juicio, que no tuvisteis tiempo para instruiros en el conocimiento de vuestras obligaciones: que el cuidado de vuestras familia, y las muchas ocupaciones de vuestro empleo se os llevaron las mejores horas del dia. Pero este pretexto no es ménos vano que el otro, para disculpar vuestra ignorancia. Dios no os prohibe el que cumplais con las obligaciones de vuestro estado; pero os prohibe el que cumplais con ellas á perjuicio de las que teneis como christianos: os manda, que por lo mismo que teneis poco tiempo, le distribuyais bien, empleando la mayor parte en el negocio de vuestra salvacion, que es el que mas os importa. Pues así arguye aquel demonio que San Juan vió baxar empeñado á perdernos. Tengo poco tiempo, dice: [1] *Sciens quód módicum tempus habet*; y de este antecedente se mueve á darse priesa para lograr su designio. Nos acomete, nos circuye, nos perturba, y quando por sí solo no basta á perdernos, se vale del mundo que nos embelese con vanidades, y de la carne que nos entorpezca con deleytes. No se ocupa en otro, que en el negocio de nuestra

[1] *Apoc. XII. v. 12.*

tra condenacion, porque sabe que tiene poco tiempo: *Sciens quòd mòdicum tempus habet.* ¿Y vosotros, Oyentes mios, por lo mismo que teneis poco tiempo, os excusais de emplearlo en el negocio de vuestra salvacion? ¡Qué inconseqüencia! La vigilancia de vuestro enemigo el demonio, por no decir su exemplo, muévaos siquiera á ser de aqui adelante mas solícitos y cuerdos.

8. Por mas ocupados que esteis, no os falta tiempo para el juego, para el paseo, para la diversion, para el cumplido: ¿y solo ha de faltaros para leer un libro, para oir un sermon, en que aprendais á conocer la infinita bondad de Dios para amarle, y la gravedad del pecado para aborrecerle? *Ut istis occuperis*, escribia San Paulino á uno de los cónsules de Roma, *immunis & liber es: ut Dei sapientiam discas, tributarius & occupatus.* Sois libres y dueños de vuestras acciones, para cumplir con el mundo ó con vuestro gusto: ¿y sois esclavos de vuestros empleos quando se trata de cumplir con Dios y con vuestra obligacion? ¿Os parece que el Señor ha de darse por satisfecho de la disculpa de vuestra ignorancia, quando le digais que estuvisteis muy ocupados? Mas ocupados que vosotros estaba el rey Salomon en el gobierno de las doce tribus; y con todo se creyó obligado á adelantarse mas y mas en la sabiduría que Dios le habia infundido. A costa, dice, de mi quietud, de mis placeres, de mis honras, de mi corona, y aun de mi propia vida, lo he de tentar todo para llegar á ser sabio: [1] *Cuncta tentavi in sapientia. Dixi: sapiens efficiar.* No tuvo ciertamente este monarca á las mayores ocupaciones por pretexto bastante para disculpar la mas leve ignorancia, y aunque tan sabio no presumió saber lo bastante para dexar de instruirse mas. Así no os excuseis con las ocupaciones, ni digais, por vida vuestra, que sabeis demasiado; porque es tentacion de vuestra soberbia, como vereis en mi

[1] *Eccle. VII. v. 24.*

Se-

Segunda parte.

9. Siempre se ha dicho, y se dice con razon, que no hay gente mas perniciosa que los semi-sabios, ó medio sabios; porque ignorantes, al mismo tiempo que presumidos, no tienen la docilidad de discípulos, y sin tener la habilidad de maestros cometen enormes faltas en desdoro de las ciencias que profesan. Pero aun sin comparacion son mas fatales los semi-sabios en materia de fe y de buenas costumbres; porque su satisfaccion propia, mezclada de ignorancia, no solo perjudica á la hacienda ó á la salud, como la de los abogados y médicos semi-sabios, sino que quita á las almas los dones que las enriquecen, y la gracia que les da la vida. La poca luz que ven les hace creer que están en lleno del dia: lo poco que saben les hincha, les ensoberbece, les sirve de pretexto para no instruirse mejor. Medio sabios, medio ignorantes, ó como dice el Apóstol, del todo ignorantes, caen en el abismo del error, de donde es mas dificil el salir, por lo mismo que afectan ser sabios: [1] *Dicentes se esse sapientes, stulti facti sunt.*

10. Por mas preocupados que estemos, Oyentes mios, del amor propio, permitidme que os diga, que en asunto de la religion, y de la moral christiana, no sabemos todo lo que nos importa saber. ¿Quántas veces los vicios nos parecen virtudes? ¿Quántas veces el demonio nos engaña con ilusiones? ¿Qué de dudas perturban nuestra conciencia? ¿Qué de tinieblas obscurecen nuestro entendimiento? Ya nuestro juicio, Fieles mios, no es como el de Adan inocente, ilustrado de la primer verdad, purificado de pasiones terrenas, elevado sobre estas negras exhalaciones que ocultan á nuestros ojos al sol de la verdad. Ya con el pecado se cegó el juicio, se turbó la razon, se pervirtió la voluntad: no hay quien no deba decir con el real profeta: [2] *Cor meum conturbatum est, dereliquit me virtus mea, & lumen oculorum meorum non est mecum.* De

[1] *Rom. I. v. 22.* [2] *Ps. XXXVII. v. 11.*

11. De ahí nace, dice el gran padre de la Iglesia San Agustin, que tomando los vicios por virtudes, esperamos el premio de algunas obras que merecen el castigo eterno. ¿Quántas veces, teniendo por zelo á la cólera, exâsperamos al próximo, que pudiéramos corregir con la dulzura? ¿Quántas veces, teniendo por piedad á la contemplacion, fomentamos los pecados agenos, que evitáramos con el rigor? ¿Quántos pródigos se creen liberales? Y al contrario, ¿quántos avaros se reputan cuerdos? ¿Quántos abatidos de ánimo se tienen por humildes? ¿Quántos perezosos por retirados? Es dificil, Señores, el dar en el punto medio de la virtud, el encontrar el camino del cielo. Es diestro el amor propio: es astuto el demonio, para engañarnos.

12. Decid pues que sabeis lo que basta para salvaros: quales son los mandamientos de la ley de Dios, y de la Iglesia, y que en su observancia consiste la perfeccion christiana. Decid que no teneis necesidad de oir la divina palabra: ¿que puede decir el predicador que vosotros no sepais? ¡Ah soberbios! Si sois tan sabios, ¿cómo vuestros hijos son los mas ignorantes é insolentes del pueblo? ¿Cómo vuestros criados y criadas publican que jamas sois ménos apacibles, ménos sufridos que el dia en que recibís al Dios de la paciencia y de la dulzura? Si sois tan sabios, ¿cómo estais tan bien hallados con el fausto del mundo, con la vanidad, con la maledicencia, y con otros desórdenes habituales, que Jesu-Christo reprueba, y vosotros conocierais mejor que yo, si la satisfaccion propia no os hiciera ignorar lo que debeis saber?

13. Se cumplió en vosotros, semi-sabios, el triste vaticinio de Christo señor nuestro que leemos en el evangelista San Juan: Yo, dice el Señor, he venido al mundo, para que los que no ven vean, y los que ven cieguen. Porque sin duda amenaza con la ceguedad á aquellos soberbios que presumen no necesitar de agenas luces ó instrucciones: así como promete la vista á los dóciles de corazon, que reconociéndose incapaces de dirigirse á sí mismos, consultan á los mas bien instruidos ministros

del

del Señor: buscan como Saulo humillado un Ananías que les cure la ceguedad: gracia, que alcanzan en premio de su humildad. No digais pues, Fieles mios, que sabeis lo que os importa para salvaros. Hablad verdad: decid que no quereis saberlo, y de esta suerte pasaré á combatir vuestra obstinacion, causa última de vuestra ignorancia.

Tercera parte.

14. No siempre la negligencia, ni la ilusion ó la soberbia es causa de vuestra ignorancia: muchas veces lo es una malicia afectada, un temor de saber lo que pudiera moveros á dexar el vicio que apeteceis. Hay muy pocos tan desesperados, que quieran, digámoslo así, condenarse á sangre fria, haciendo lo que saben ser positivamente malo; pero hay muchos que no quieren saber si es bueno ó malo lo que hacen. Son ignorantes, y quieren serlo: ven las tinieblas que les ofuscan, y huyen de la luz: sienten los remordimientos de su conciencia, y no hacen caso: conocen la ignorancia de sus obligaciones, y no buscan un maestro que se las enseñe; porque sus pasiones desordenadas les perturban, y como que les enagenan.

15. Si todos, Oyentes mios, fuerais sinceros, confesareis que vuestra ignorancia afectada ó supina no puede cohonestar vuestras depravadas acciones. ¿Porqué amais el engaño que lisonjea vuestro apetito? ¿Porqué aborreceis la luz que allá desde léjos os hace ver bastantemente que caminais por el camino de la perdicion? Habeis oido decir que todo préstamo debe ser gracioso; pero sin averiguar mas, os persuadís que en cierto modo, y segun ciertas opiniones podeis percibir alguna ganancia de lo que prestais. Habeis oido decir que no es lícito pedir ni esperar el menor interes por los beneficios eclesiásticos; pero un curial os asegura, que sin saber cómo ni de qué manera os darán doscientos pesos por el vuestro. Habeis oido decir, que Dios prohibe no ménos los deseos que las acciones deshonestas; y con todo dexais que vuestro corazon en una amistosa, y al parecer decente correspon-

den-

dencia, se vaya poco á poco preocupando de afectos demasiadamente vivos. Si lo consultarais con ministros sabios y timoratos, supierais que lo primero es usura, lo segundo simonía, y lo tercero adulterio. Pero os está bien esa ignorancia, que serena y pierde vuestras conciencias.

16. ¡Qué deplorable es el estado de tales christianos! Quieren engañarse: ellos se engañarán. Quieren cegar: cegarán, y se condenarán infaliblemente. Pero vosotros, Oyentes mios, no imiteis la conducta, no sigais los pasos de estos ciegos voluntarios. Vivid en una continua desconfianza de vosotros mismos, y deseosos de salvaros, decidle al Señor: *Dómine quid faciendo vitam æternam possidebo?* ¿Qué he de hacer, Dios mio, para alcanzar la vida eterna? ¿He de leer y meditar vuestra santa ley? Yo la meditaré dia y noche: yo buscaré un sabio maestro que me la explique. Pero, Señor, no podré entenderla, si Vos no alumbrais mi entendimiento: no podré observarla, si no inclinais mi voluntad. Apartadme de las torcidas sendas del mundo, en que me miro enredado con ocupaciones mundanas, desvanecido con la presuncion de sabio, embelesado con los placeres del sentido: llevadme al camino recto de vuestros preceptos: [1] *Deduc me in sémitam mandatorum tuorum.* Ya confieso, Señor, mi descuydo, mi soberbia, mi obstinacion; y arrepentido os digo de lo íntimo del corazon, que me pesa. Prometo, dulcísimo Jesus, ser en adelante diligente, humilde, dócil en instruirme en las obligaciones de discípulo vuestro ó de christiano, para acertar á cumplirlas con los auxilios de vuestra gracia, &c.

JACULATORIAS.

17. ¡Dulcísimo Jesus! ¡Qué poco cuidado me han merecido vuestros servicios y mi salvacion! Solo he procurado cumplir con el mundo y con mi gusto, no con Vos, y

[1] *Ps. CXVIII. v. 35.*

y con mi primer obligacion. Pero ya en adelante seré mas diligente, y mas cuerdo: ya arrepentido os digo, que me pesa de haber pecado.

¡Amabilísimo Jesus! Venisteis al mundo á dar vista á los ciegos, y á cegar á los soberbios presumidos sabios. Yo confieso humildemente mi ignorancia, y os pido luz para que viendo vuestra bondad, y la fealdad de mis culpas, os ame sobre todas las cosas, y llore amargamente el haberos ofendido.

¡Benignísimo Jesus! Embelesado con las vanidades y placeres del mundo, por no dexarlos he querido positivamente ignorar mi obligacion. Camino sin luz, sin guia, y daré sin remedio en el abismo de la mayor desgracia, si Vos no me alumbrais, no me convertís, para que os diga que me pesa. Perdonad mis yerros. Misericordia, Señor, misericordia.

PLÁTICA XCVIII.

DE LA DOMINICA XIII. POST PENTECOSTEM.

Nonne decem mandati sunt? & novem ubi sunt? Luc. XVII. v. 17.

1. * Aunque la ingratitud es un vicio tan infame y tan aborrecido de los hombres, que aun el mas insolente, el que hace vanidad de ser vicioso, no puede sufrir que le llamen ingrato: con todo, como oimos que tantos se quejan de que no hallan correspondencia á sus beneficios, sin duda está muy arraygado en el mundo este vicio: sin duda es ahora grande el número de los ingratos. Y siempre lo ha sido. No solo los particulares, sino las repúblicas mas célebres de la antigüedad, fueron ingratísimas á sus mayores bienhechores. ¿Qué premio dió Roma á los dos Scipiones Africanos? El uno venció al exército cartaginés,

* 4. *de Septiembre* 1740. 28. *de Agosto* 1746. 13. *de Agosto* 1742.

ginés, y lo que es mas al hasta entonces invencible Aníbal, que vencedor hubiera hecho á Roma esclava de Cartago. El otro arruinó del todo á la misma Cartago, para que así Roma pudiera ser sin disputa señora del imperio del mundo; y entrambos murieron perseguidos y desterrados de su patria. ¿Acaso el grande Aníbal, tan benemérito de su república, sacó de ella otra recompensa, que el puñal con que se quitó la vida? Hasta la insigne Atenas, que fue la sola ciudad que impuso severo castigo á los ingratos, ¿no fue la mas desagradecida con sus mejores ciudadanos? Díganlo los Teseos, los Solones, los Aristides, los Melciades, los Temístocles, y los Fociones, que muertos ó desterrados claman contra su ingrata patria.

2. Pero para que tengo que referiros estos ni otros feos exemplos de la ingratitud, que sacados de la historia profana he leido en San Agustin, quando solo debo hablaros de la ingratitud de los hombres con Dios, cuyos exemplos, mejor que en otra parte, se encuentran en los sagrados libros. Allí leemos que la república ó pueblo de Israel fue el mas favorecido de Dios, y fue el mas ingrato del mundo. Dios entre todas las naciones eligió aquel pueblo por pueblo suyo; y él eligió por dioses suyos á los dioses de todas las naciones. Dios le libraba de la esclavitud de los idólatras; y él se hacia esclavo de la idolatría de ellos. Abatido en la desgracia, insolente en la prosperidad. Miéntras Dios le oprimia, era fiel: apénas levantaba la mano del castigo, se volvia infiel. Así alternaron siempre los beneficios de Dios con la ingratitud de aquel pueblo; y llegó esta al extremo, quando llegaron aquellos á lo sumo. ¿Qué no hizo el Señor viniendo al mundo por los israelitas? Nació entre ellos, se crió entre ellos, á ellos dirigió su predicacion: delante de ellos, y por su bien, obró los mayores milagros. ¿Y qué hicieron ellos con el Señor? Le arrojaron de sus ciudades, le apedrearon, le infamaron, y en fin le quitaron ignominiosamente la vida. Pero nada de esto era menester acordaros, para que conocierais quan ingrata fue á Jesu-Christo su propia patria; porque bastará referiros el suceso de nuestro evangelio.

3. Diez leprosos desahuciados de humano remedio, al pasar Christo señor nuestro por Galilea hácia Jerusalen, salieron al camino, y levantando los gritos hasta el cielo le pidieron la salud. Oyó la divina magestad sus súplicas, y mandándoles que fueran á presentarse á los sacerdotes, al instante les curó la lepra. ¿Quantos os parece, Señores, que volvieron á darle gracias del beneficio? ¿Volvieron todos los diez? ¿Volvieron ocho, seis, ó á lo ménos dos? ¡Qué ingratitud! ¡Qué infamia! Solo uno se manifestó agradecido; y este infiel, idólatra, Samaritano: *Et hic Samaritanus.* Los nueve ni aun se dexaron ver. Por esto pregunta enojado el Señor: *Nonne decem mundati sunt? & novem ubi sunt?* ¿No fueron diez los que yo he curado de la lepra? ¿Los nueve qué se hicieron? ¿No eran estos paysanos de Jesu-Christo, fieles, israelitas? ¿No eran los mas obligados al agradecimiento? ¿Y fueron tan ingratos? Mayor es su iniquidad, diré con Jeremías, que el pecado de las ciudades nefandas:[1] *Major effecta est iníquitas pópuli mei peccato sodomorum.* No quisiera, Oyentes mios, que ninguno de vosotros fuera del número de los nueve, que fuera ingrato á nuestro Dios; y si alguno lo ha sido hasta ahora, para que no lo sea en adelante, intentaré persuadiros brevemente, que debeis y podeis ser agradecidos. Estas serán las dos partes de mi asunto.

Primera parte.

4. No es ménos ingrato el que niega el beneficio, que el que confesándole no le agradece. Y aun entiendo que es mayor villanía negarle, que confesarle sin agradecerle. Ninguno de vosotros se atreverá á negar los beneficios que debe á la magestad de Dios; porque de su mano os vienen visiblemente el ser, la vida, los bienes de la naturaleza y de fortuna. Y todas las finezas que hecho hombre hizo al pueblo de Israel, fueron en beneficio vuestro. Predicando á aquel pueblo, nos enseñó á todos la verdadera religion: con aquellos milagros nos confirmó en ella:

y

[1] *Thren. IV. v. 6.*

y nos redimió con la sangre que derramó en aquella tierra. En una palabra, somos los christianos ahora el pueblo escogido: somos poseedores de los beneficios que en otro tiempo hizo al de Israel; y para que no fuéramos herederos de su ingratitud, quiso hacernos la mayor fineza de dexarnos en este augusto sacramento una perenne memoria de sus beneficios.

5. Bien sabeis, Señores, que en el sacrificio incruento del altar, se nos representa la pasion de Jesu-Christo: que *Eucaristía* significa lo mismo que accion de gracias; y que para darnos exemplo el Señor, al instituirla las dió á su Padre eterno: [1] *Accepto pane gratias egit.* Y no solo ese sacramento nos acuerda los beneficios que debemos á Dios para que no seamos ingratos; sino que por sí mismo es un beneficio digno del mayor agradecimiento. En profecía le vió el real profeta, y luego dixo que la Iglesia alabara á Dios, y le diera muchas gracias por este favor: [2] *Lauda*, dice, *Jerusalem Dóminum, lauda Deum tuum Sion.* Alaba Jerusalen al Señor, alaba á tu Dios ciudad de Sion; porque te alimenta y te sacia con un pan floreado venido del cielo: *Quoniam ... ex ádipe frumenti satiat te.*

6. Con la digna participacion ó comida de ese divino pan, dice nuestro santo prelado Santo Tomas de Villanueva [3], se ilumina el entendimiento, se inflama el afecto, se excita el gusto, se vivifica el sentido, se purifica el espíritu, las virtudes se aumentan, los dones se acumulan, las gracias se multiplican, y todos los deseos se sacian, todos los bienes espirituales se poseen de lleno. Justo es pues, que deis muchas gracias al Señor, que os convida á una mesa tan sagrada, y os alimenta con un manjar tan precioso. Si no lo haceis así, os diré lo que Isaías á los israelitas: El buey conoce al dueño que le apacienta: el jumento conoce al pesebre de su amo; y vosotros no conoceis á vuestro Dios, no le agradeceis sus beneficios: [4] *Israel*

[1] *Luc. XXII. v. 19.*
[2] *Psal. CXLVII. v. 1. & 5.*
[3] *S.Th. Villan. in die Corp. Christ. Conc. III. post med.*
[4] *Isai. I. v. 4. & 5.*

rael autem me non cognovit. Væ genti peccatrici, & filiis sceleratis. ¡Ah ingratos! ¡Ah hijos de la iniquidad! Peores sois que las bestias. No ha de quedar sin castigo vuestra infame culpa: *Super quo percutiam vos ultra?*

7. Yo no sé como los pecadores ingratos á su Dios, y obstinados en la ingratitud no temen venir al templo á ponerse en presencia del Señor patente en esas aras. Si algun hombre se descuida de dar gracias por el beneficio que le hicieron, huye de su bienhechor avergonzado, y si acaso le encuentra, le pide perdon de su descuido. Pero muchos pecadores se ponen en presencia de Dios, sin manifestar ningun dolor de sus pecados. Vienen al templo, no con el trage de penitentes, sino de pecadores, no á llorar sus pecados, sino á cometerlos mayores. No fijan, como debieran, la vista en el suelo, sino que la esparcen por todas partes. Hacen como gala de su desvergüenza, insultan á su Dios en su propia casa, y con temerario arrojo desprecian su poder y su justicia. No sé, vuelvo á decir, como no temen ponerse en su presencia. ¿Es acaso Dios insensible á las injurias? ¿Es algun Dios de palo? Pues si no es así, ¿quién les resguarda de su ira ¿En quien confian? La seguridad, ó la vana confianza de esos ingratos se desleirá, segun dice Salomon, como el yelo en las manos: [1] *Ingrati spes, tanquam hibernalis glacies tabescet.*

8. Es verdad que Dios no castiga visiblemente á los que ingratos á sus beneficios no cesan de injuriarle y ofenderle; pero invisiblemente les castiga con mayor severidad y rigor; porque, segun dice San Agustin, les desconoce, se olvida del todo de ellos: *Deus ingratos prorsus ignorat.* Y de este desemparo de Dios, nacen aquellos horrorosos efectos espirituales que señala á la ingratitud San Bernardo. [2] Es enemiga del alma, dice el santo, aniquila los méritos, destruye las virtudes, aleja los beneficios, es un viento que seca la fuente de la piedad, el rocío de la misericordia, las influencias de la gracia. Y todos estos estragos

[1] *Sap. XVI. v. 29.* *Pent. Serm. II. n. 1. & de Diver.*
[2] *S. Bern. in Dom. VI. post* *Serm. XXVII. n. 8.*

gos experimentó Salomon el rey mas favorecido de Dios y el mas ingrato. Pues quanto mayores fueron los beneficios que recibió del cielo, tanto mas severa fue por su ingratitud la divina justicia. No le quitó violentamente la vida, no le privó del reyno, ni de los bienes de fortuna que con tanta liberalidad le habia comunicado. Obscureció las luces de su entendimiento, perturbó los afectos de su voluntad, de suerte que él dice de sí mismo, que estaba hecho una bestia. Y lo que es mas sensible le privó de su gracia, y en sentir de muchos de los santos padres le condenó á que ardiera eternamente en el infierno.

9. Escarmentad, Señores, en cabeza de este rey infeliz; y ya que la memoria de los beneficios de Dios no os mueva al agradecimiento, solo el temor de su castigo debe haceros agradecidos. Harto manifestó la magestad de Christo quanto siente, y quanto se enoja de la ingratitud. Sufrió sin hablar una palabra los oprobrios y tormentos de su pasion; pero quando aquel perverso le dió la bofetada, se quejó amargamente: [1] *Cur me cedis?* Porque era ingrato al beneficio que el Señor le hizo en el huerto. Y la ingratitud de los nueve de nuestro evangelio le obligó á que sentido preguntara que se hicieron: *Et novem ubi sunt?* No querais pues ser del número de los nueve ingratos. Sed como el Samaritano, que aunque infiel, idólatra, sin mas luz que el mismo beneficio, os persuade con el exemplo, que debeis ser agradecidos al Señor, y os enseña tambien el modo con que podeis serlo, como vereis en la

Segunda parte.

10. Es digno de alabanza el pundonor de aquellos que se excusan de recibir un beneficio, quando se consideran imposibilitados á la recompensa; porque es insufrible para qualquiera hombre de bien la carga de una obligacion perpetua. Pero si hubiera en el mundo un hombre tan generoso, que no pidiera otra satisfaccion á sus beneficios, que el que le amaramos, y no le ofendiéramos, ¿quien

[1] *Joan. XVIII. v. 23.*

¿quién se negara á recibirlos? ¿Y quién dexara de serle agradecido? Pues Dios por los beneficios que nos hace, solo pide que le amemos, y que no le ofendamos. No es como aquellos que hacen un beneficio con la esperanza de recibir otro; porque para nada necesita de nosotros. Nada gana en que seamos agradecidos: solo desea que lo seamos por nuestro propio bien: y haciéndose cargo de nuestra poquedad se contenta con los afectos de nuestro corazon. Por eso el real profeta agradecido al Señor y á sus beneficios, le ofrece en sacrificio su espíritu tierno, enamorado, y compungido: [1] *Sacrificium Deo spiritus contribulatus.*

11. Pero mejor que todos nos enseña á ser agradecidos el Samaritano de nuestro evangelio. Apénas se sintió libre de la lepra: *Ut vidit quia mundatus est*, empezó á grandes voces á alabar, y á engrandecer la misericordia del Señor; y sin poner excusas ni dilaciones, luego corriendo fue á postrarse á sus pies. Sabia muy bien lo que despues escribió Séneca con tanto acierto: sabia, digo, muy bien quanto se aprecia la prontitud, quanto perjudica y ofende la dilacion: *Multum celéritas fecit, multum ábstulit mora.* Sabia que muchas veces el confesar el beneficio es agradecerle: *Interdum beneficii solutio est ipsa confessio.* Por eso ya ántes de llegar á la presencia del Señor le confesaba á gritos; y á las voces añadió las expresiones de la mayor humildad, postrándose á sus pies, y las mas verdaderas señales de su reconocimiento. Solas las palabras, son buenas razones, falsas señas de amor y de agradecimiento: estas en todos los christianos se encuentran: de sus bocas se oyen muchas acciones de gracias. Gracias á Dios, dicen, que tenemos vida, salud, hacienda: gracias á Dios de todo; pero estas palabras no van acompañadas de los internos afectos de gratitud. Por eso no experimentais el agrado de Dios, que logró el Samaritano. Como le vió el Señor verdaderamente agradecido por la salud de su cuerpo, le añadió la salud del alma, y le ofreció su amistad y su gloria, por aquellas dulces palabras: [2] *Surge: quia*

[1] *Ps. L. v. 19.* [2] *Luc. XVIII. v. 19.*

quia fides tua te salvum fecit. Levántate á mis brazos, que tu buena fe, y tu gratitud te hacen digno de mayores beneficios.

12. ¡O Dios mio! ¡Qué liberal sois! ¡Qué generoso! Haceis méritos de lo que es obligacion nuestra. Agradeceis nuestro propio agradecimiento. Y aun mas, nos habeis hecho á los christianos un beneficio, que nos sirve de medio para seros agradecidos. Conocia la magestad de Dios, dice el Chrisóstomo (oidme, que el pensamiento es como del santo), conocia, dice, que los hombres no son capaces de satisfacerle por entero los muchos beneficios que le deben; y queriendo que le fuesen perfectamente agradecidos, instituyó ese augusto sacramento á fin de que puedan volverle quanto han recibido de su mano, ofreciéndole ese sacrificio que le da toda la gloria, y todas las gracias que se merece por todos los beneficios. Ahora entiendo con San Agustin porque pregunta David: ¿Qué retornaré yo al Señor por lo que él me ha vuelto? [1] *Quid retríbuam Dómino pro ómnibus quæ retríbuit mihi?* ¿Qué tenia tuyo el Señor, ó David, que dices que te ha vuelto? *Retribuit mihi.* ¿Qué? El precioso cáliz de su sangre y de su pasion, ese admirable sacramento que siendo todo suyo le hace nuestro, para que podamos retornársele agradecidos. Por eso respondemos con David á su pregunta: [2] *Cálicem salutaris accipiam.* Recibiremos vuestro cuerpo y vuestra sangre en accion de gracias por vuestros beneficios.

13. Pero si quereis ser agradecidos recibiendo ese augusto sacramento, debeis recibirle dignamente: de otra suerte abusando del beneficio os haceis mas ingratos. Despues de haber confesado vuestras culpas, y vuestra indignidad, humillados, como el Samaritano, contemplad la divinidad del Señor que cura la lepra de vuestras almas, y corrobora las fuerzas de vuestro espíritu. Contemplad que como ántes os dixe, y canta la Iglesia, en ese augusto sacramento se nos acuerdan los tormentos de la

[1] *Ps. CXV. v. 3.* [2] *Ibid. v. 4.*

la pasion de Jesu-Christo: *Recólitur memoria passionis ejus.* Desde esas aras os dice el Señor por boca de San Buenaventura: Bien veis, ó Christianos, los clavos con que estoy clavado, bien veis las llagas de mi cuerpo, las penas que padezco: pues siendo tan acerbo este dolor, es mayor la angustia de mi corazon el experimentaros ingratos: *Dum ingratum te experior.* Ea, apartaos de mi presencia: no os vean mis ojos, ó venid agradecidos.

14. Si, Dios mio. Llegamos á vuestros pies como el Samaritano. Conocemos que debemos, y podemos ser agradecidos. Y si hasta ahora, habiéndolo sido con los hombres, no lo hemos sido con Vos, detestamos nuestra villana infame ingratitud. Confesamos que hemos merecido mil muertes, mil infiernos. Es infinita vuestra paciencia y vuestra misericordia; pues nos dais tiempo para pediros perdon de nuestra ingratitud. Y así reconocidos á este nuevo beneficio, decimos que nos pesa de haber pecado: de haber ofendido á un Dios tan bueno, tan benéfico, tan liberal. No nos horroriza el infierno: mayor horror nos causa nuestra ingratitud. No por el castigo, Señor, nos pesa de haber pecado: por ser quien sois, bondad infinita, nos pesa de corazon. Ya no os ofenderemos mas, asistidos de vuestra gracia, &c.

PLÁTICA XCIX.

DE LA DOMINICA XIII. POST PENTECOSTEM.

Non est inventus qui rediret, & daret gloriam Deo, nisi hic alienígena. Lucæ XVII. v. 18.

1. * Jamas hago reflexion sobre estas palabras del evangelio que habeis oido, que no exclame con San Gerónimo: ¡Qué los forasteros hayan de venir á enseñar á los naturales del reyno de Dios, qual es su primer obliga-

* 5. *de Septiembre* 1745. 20. *de Agosto* 1747.

gacion! ¡Qué los ménos favorecidos del padre de familias hayan de ser mas obsequiosos, mas reconocidos, que aquellos á quienes admite en su casa, y colma de beneficios! Pérfida ingrata Judea, por reducir á su rebaño tus ovejas descarriadas, por curar tus enfermos desahuciados obró tu paysano Jesu-Christo innumerables milagros en el discurso de su vida. ¿A quántos ciegos, sordos y paralíticos restituyó el uso de la vista, del oido y del movimiento? Sus trabajos, sus exhortaciones, sus cuidados ¿á cuyo bien se dirigieron, sino al tuyo? ¿Pero qual fue tu reconocimiento y gratitud? Para saberlo basta poner los ojos en el suceso del evangelio.

2. Entre los diez que curó la magestad de Christo de la lepra hay nueve judíos, y de ellos ni uno siquiera vuelve á darle gracias del beneficio. Solamente el Samaritano se manifiesta agradecido, para confusion de aquellos judíos, que eran los mas obligados, y para enseñanza nuestra, que somos igualmente favorecidos: *Non est inventus qui rediret, & daret gloriam Deo, nisi hic alienígena.* Y no es este el único hijo de Samaria, que nos proponen los evangelistas, como maestro de quien debemos aprender, y como exemplar á quien debemos imitar. Tres son los hijos de aquella ciudad, que nos inspiran la práctica de las tres mas excelentes virtudes: La Samaritana convertida junto al pozo de Jacob: el Samaritano que se compadeció del que encontró herido, postrado en el camino de Jericó: y el Samaritano que curado de la lepra volvió á dar gracias del beneficio. En la primera se descubre un gran zelo del honor de Dios: en el segundo una caridad heroyca hácia el próximo: en el tercero un profundo reconocimiento á Jesu-Christo. La Samaritana convencida de la divinidad del Señor, no solo la cree, sino que como un apóstol predica á sus paysanos que es el Mesias prometido. El Samaritano misericordioso no solo alivia con el aceyte y el vino las llagas de aquel herido, sino que le lleva á una posada, y encarga al huesped que le cure de su cuenta. El Samaritano agradecido no solo da

da gracias del beneficio, sino que se postra á los pies de su bienhechor.

3. Veis ahí, Señores, las virtudes en que se exercitaron, los buenos exemplos que nos dieron los hijos de Samaria. La Samaritana de quien habla San Juan, condena la infidelidad de los judíos, y nos da exemplo de la fe mas viva. El Samaritano de quien habla San Lucas en el evangelio del domingo pasado, condena la impiedad de los mismos judios, y nos da exemplo de la mas tierna misericordia. En fin el Samaritano, de quien habla el mismo San Lucas en el evangelio de este dia, condena la ingratitud de los nueve leprosos tambien judíos, y nos da exemplo de la mas noble gratitud. Y aquí debo detenerme. Mi asunto ha de ser, Oyentes mios, hablaros de la ingratitud, haciéndoos ver en la primera parte de mi plática, que la ingratitud es un vicio enorme y detestable, y en la segunda que es un vicio comun y freqüente entre los christianos; para que á vista de su horror y de vuestro riesgo, procureis imitar la gratitud ó agradecimiento del Samaritano.

Primera parte.

4. Es una máxima no ménos conforme á los principios de nuestra fe, que á los de la razon natural, el que debemos mirar con otros ojos las injurias que los beneficios. Las injurias debemos olvidarlas: de los beneficios debemos acordarnos, diciéndose vulgarmente y bien, que se escriban las injurias en la arena, y que se graben en el mármol los beneficios. Séneca procuró inspirar á todos esta máxima, y persuadirla con argumentos naturales y verdaderamente eficaces. Pero sin duda tuvieron mayor conocimiento de ella los insignes varones á quienes ilustró Dios con las luces de la fe. Pues no por otra razon, que por conformarse con aquella máxima, Josue despues de haber pasado el Jordan, próximo á entrar con su exército en la tierra prometida, mandó sacar del rio doce piedras, para que fueran otros tantos perennes mo-

nu-

numentos de reconocimiento á los beneficios que Dios les hizo en el desierto: por lo mismo los patriarcas, los jueces, y los reyes de Israel erigieron tantos altares, ofrecieron á Dios tantos sacrificios. ¿Y porqué se introduxo en aquel pueblo la costumbre de pagar diezmos y primicias á los ministros del Señor, sino para que fueran públicas señales y protestas de agradecimiento á sus beneficios?

5. Esta conformidad, que dicen con la razon, y con la fe la memoria y la gratitud de los beneficios de Dios, manifiesta bastantemente que es detestable vicio la ingratitud. Pero aun mejor nos lo dan á entender las quejas con que Dios por boca de los profetas se lamenta de los ingratos desertores de su providencia, enemigos declarados de su bondad. Oid cielos, así comienza Isaías su profecía, y escucha tierra, Dios es quien habla: Yo he criado á mis hijos los israelitas: los he exâltado á la cumbre del honor y de la felicidad; y ellos se han olvidado de mí, y me han despreciado. Es bueno que el buey conoce al que le apacienta, el asno conoce el pesebre de su dueño, ¿y los israelitas me desconocen? ¡Ah, generacion perversa, pueblo iniquo, raza maldita! Tan enorme es vuestro delito, que no sé con que castigo castigaros: [1] *Super quo percutiam vos ultra, addentes prævaricationem?*

6. ¿Puede, Señores, explicarse Dios mas airado de lo que se explica contra los ingratos? Parece que no se digna hablar con ellos, y dirige sus palabras á las criaturas inanimadas, cielos y tierra: *Audite cæli & áuribus pércipe terra.* Sino es que digamos con San Gerónimo, que por tierra entiende á la sinagoga: tierra que fecundada con la lluvia de gracias y beneficios, en lugar de darle agradecida muchos frutos de buenas obras, ingrata no produxo sino abrojos y espinas de maldades. Y digamos asimismo que por cielos entiende Dios á la Iglesia christiana, que es un pueblo nuevo, ó un cielo que escogió para su residencia. Y en verdad puede decirnos el Señor á todos los christianos: Hechos hijos mios en el bautismo,

os

[1] *Isai. 1. v, 2. ad 5.*

os he alimentado con mi propia carne y sangre: *Filios enutrivi.* Sois mis favorecidos, y como á tales os he exâltado al honor de herederos de mi reyno: *Et exaltavi.* Y sin embargo mas fieros que el buey, mas estúpidos que el asno, me desconoceis y me tratais con la mas negra ingratitud: *Israel autem me non cognovit.* ¡Ah gente ruin, pueblo maldito! ¿Con qué rigor debo castigaros? *Væ genti peccatrici, filiis sceleratis: : : : super quo percutiam vos ultra, addentes prævaricationem.*

7. Así nos habla, Señores, Dios ofendido y enojado de nuestra ingratitud. Y bien lo merece un delito tan enorme que encierra en sí dos injusticias. La una consiste en que los ingratos le quitan á Dios un bien que le pertenece, y la otra se reduce á que le atribuyen á las criaturas, á las quales no les toca. Porque á solo Dios se debe la adoracion absoluta, el reconocimiento de sus beneficios, y la accion de gracias. Bien podemos honrar á los reyes por su poder, como honró Natan á David. Bien podemos venerar á los santos y á los ángeles, como los veneraron Abraan y Josué. Pero estos son homenages inferiores subordinados, que prestamos á las criaturas con respecto al primer Ser del qual dependen. Vos solo, Dios mio, mereceis un culto supremo como soberano: como árbitro de la vida y de la muerte, como principio y fin de todas las cosas. Todo quanto tenemos es vuestro: todos los bienes nos vienen de vuestra liberal mano: riquezas, honras, salud, hermosura, dones naturales y sobrenaturales. Así lo conocemos: confesamos la deuda. Pero ¿cómo hemos de pagarla? ¿Os restituiremos los bienes que nos habeis dado? No necesitais de ellos, decia David: [1] *Deus meus es tu, quoniam bonum meorum non eges.* ¿Os ofreceremos en sacrificio animales, sangrientas víctimas, que llenen nuestros altares? Ya no os agradan en la nueva ley, segun dice el mismo real profeta, semejantes oblaciones: [2] *Hostiam & oblationen noluisti.*

8. ¿Pues cómo nos mostraremos agradecidos á Dios? Adorándole, Oyentes mios, bendiciéndole, dándole gracias.

[1] *Ps. XV. v. 2.* [2] *Ps. XXVIX. v. 7.*

cias. Hagamos de nosotros mismos un templo vivo: un templo en que nuestro corazon y nuestro espíritu sean el altar y la víctima: en que nuestros ojos sean las antorchas que alumbren nuestro sacrificio: en que nuestras bocas formen un armonioso concierto, que publique la gloria y la infinita bondad de Dios: templo en que la religion, virtud príncipe entre las morales, exercite los actos de la adoracion mas sagrada, y mas agradable á su magestad. Dentro de nosotros mismos, sin salir á buscarlos fuera, tenemos modos y medios con que poder ser agradecidos á Dios. Y por lo mismo que nos es tan facil la gratitud, es mas injusta la ingratitud, con que le negamos una deuda que le es por tantos títulos debida.

9. Figuraos un enfermo que dice á su médico, ó un litigante á su abogado: yo publicaré la obligacion que os debo: siempre que os encuentre os saludaré con respeto: conservaré eternamente la memoria del favor que me habeis hecho, y en qualquier ocasion que se ofrezca os serviré con gusto. ¿Os parece, que aquel médico y abogado se dieran por bien pagados de su trabajo? ¿se contentaran de semejantes estériles ofertas y reconocimientos? No por cierto. Pues con eso poco, Oyentes mios, se contenta Dios: con que le tengamos una buena voluntad, un verdadero deseo de servirle, un ánimo firme de no ofenderle. Y esto que nos cuesta tan poco, ¿nos atrevemos á negarselo? ¡Qué injusticia!

10. Y no para aqui. No solo los ingratos se olvidan de reconocer, y de dar gracias á Dios de los beneficios, sino que se las dan á las criaturas, ó á sí mismos. ¿Quántos atribuyen la elevacion de su fortuna, á la proteccion de un amigo? ¿Quántos atribuyen á su industria las riquezas, á su sabiduría ó á su valor los empleos que gozan? Y como no es así, como Dios es quien les dispensa los bienes que poseen, truecan, segun dice el Apóstol, la verdad en mentira, y en lugar de servir al criador sirven á las criaturas: [1] *Commutaverunt veritatem in mendacium*, ::: *& servierunt creaturæ potius quàm Creatori.*

Por

[1] *Rom. 1. v. 15.*

Por poca religion que tuvieran, oyeran la voz del Señor, que les dice por el profeta Oseas [1]: Erais pobres, y os enriquecí: estabais afligidos, y os consolé: estabais enfermos, y os dí la salud: erais esclavos, y os redimí: *Ego redemi eos.* Pero están sordos, y depravado su corazon hablan lo contrario, mentiras contra Dios: *Ipsi locuti sunt contra me mendacia.* Diria que son ateistas sin Dios: diria, que son los tales los mas injustos del mundo; si no declarara San Pablo que hay otros ingratos que lo son mas. Es á saber, aquellos, que no solo atribuyen á las criaturas los beneficios que reciben de Dios, sino que se valen de ellos para ofenderle.

11. En otro tiempo preguntaba Jeremías: ¿Acaso habrá alguno que pague mal por bien? [2] *Nunquid réddit-tur pro bono malum?* Pero me parece que no lo preguntara ahora el profeta; pues viera que muchos pagan á Dios con la moneda de culpas y maldades los beneficios que les hace. El Señor, decia Salviano, os da las riquezas, para que seais misericordiosos con los pobres; y os servís de ellas para ser avaros y usureros. Dios os da la hermosura, para que sea adorno de la pureza; y vosotros haceis que sea estímulo á la lascivia. Dios os eleva á la dignidad, para que seais humildes y benéficos; y vosotros con ella os haceis soberbios intratables. Dios en fin nos dispensa sus bienes, para que seamos mejores; y por una conducta toda opuesta á su designio los empleamos en hacernos peores. ¡Qué trastorno! ¡Qué injusticia! ¡Qué!::: Mas advierto que me hallo en la segunda parte de mi plática, en que he de haceros ver, que el vicio de la ingratitud que reconoceis detestable, es muy freqüente entre los christianos.

Segunda parte.

12. Entre las muchas obligaciones que impuso San Pablo á su discípulo Timoteo [3], descubro quatro que le en-

[1] *Oseæ VII. v. 13.*
[2] *Jer. XVIII. v. 20.*
[3] *I. Timoth. II. v. 1.*

encargó con distincion y especialidad: ruegos, súplicas, instancias, y acciones de gracias. Ruegos: para pedir á Dios lo que necesitara: súplicas, para aplacar su indignacion: instancias, para conseguir alivio en sus penas: y acciones de gracias, para agradecerle sus beneficios. Y estas obligaciones no penseis, Señores, que son propias de Timoteo: á todos igualmente nos comprehenden. Pero, segun observa San Bernardo [1], somos muchos los que cumplimos con los ruegos, súplicas, y instancias, y muy pocos los que cumplimos con las acciones de gracias. Nos sucede puntualmente lo mismo que leemos en el evangelio. Los diez leprosos rogaron á Jesu-Christo, le suplicaron, y con instancias, lágrimas y gemidos le dixeron que se compadeciera de ellos, y les curara de la lepra: *Jesu miserere mei.* Pero solamente uno de los diez volvió á darle gracias del beneficio: *Non est inventus qui rediret & daret gloriam Deo, nisi hic alienígena.*

13. Pues asimismo quando estais enfermos, quando os hallais en algun trabajo rogais, suplicais, instais al Señor, que os dé la salud y consuelo. Pero despues de haberlo conseguido, apénas se encontrará de diez uno que venga al templo á darle las debidas gracias por el beneficio: *Non est inventus qui rediret.* Haced reflexîon sobre vosotros mismos, y conocereis la verdad con que os habla San Bernardo; y hacedla tambien sobre lo que nos dicen San Gregorio, y San Agustin. Los dones de Dios, dice San Agustin, son la semilla que el Padre Eterno, como labrador arroja en la tierra, que se promete ha de darle abundante cosecha. Los dones de Dios, dice San Gregorio [2], son los talentos que da, los préstamos que hace con intencion de recobrarlos con provecho. Pero ¿quál es la tierra, preguntan estos santos padres, que da buena cosecha al que la sembró? ¿Quántos son siervos inútiles que sepultan los talentos que les dió el padre de familias? O segun se explica el profeta: ¿quántos piden prestado, y

[1] *S. Bern. de Diver. Serm. XXVII. n. 6.*

[2] *S. Greg. M. in Evang. lib. I. Hom. X.*

y no lo vuelven ? [1] *Mutuábitur peccator, & non solvet.*

14. Quando un mal pagador necesita de dinero, todo son cortesías, promesas, seguridades á aquel á quien pide prestado; pero quando llega el plazo de volverle, todo son escusas, dilaciones y tal vez descortesías, y malos modos. Pues de la misma suerte, pecadores, os portais vosotros con Dios en el tiempo del trabajo, y de la prosperidad. Tal vez le decís como Jephte [2]: si me da una victoria de mis enemigos, le ofreceré en sacrificio lo primero que se me pusiere delante. Tal vez le decís como Jacob [3]: si me asiste, me acompaña en el camino, me vuelve á la casa de mi padre, le daré el diezmo de todos mis bienes. Tal vez le decís con Ana madre de Samuel [4]: si me da un hijo, yo le dedicaré todo á su servicio. En verdad Jephte, Jacob y Ana cumplieron sus votos. Pero vosotros ¿ habeis cumplido vuestras promesas ? Prometisteis dar muchas limosnas si ganabais un pleyto: ¿ las habeis dado ? Prometisteis apartaros de una torpe correspondencia, llevar una vida penitente mortificada, si recobrabais la salud: ¿ lo habeis hecho ? Sois verdaderamente ingratos, y injustamente reteneis lo que Dios os prestó, para que se lo volvierais empleándolo en su servicio: [5] *Mutuábitur peccator, & non solvet.*

15. Es mayor de lo que pensais, Oyentes mios, el número de los ingratos á Dios. Porque, si bien se mira, todos los pecadores lo sois; pues para pecar os olvidais de los beneficios que Dios os ha hecho, y os valeis de ellos para ofenderle y injuriarle. Por eso á cada paso las sagradas letras llaman ingratos á los israelitas, reconociendo en cada uno de sus delitos la infame nota, y la malicia de la ingratitud. Repetidas veces cuentan los beneficios que Dios les hizo, y luego por sus culpas les echan en rostro su mala correspondencia: [6] *Hæccine*, decia Moyses, quando baxó del monte, y encontró que su pueblo idolatraba: *Hæc-*

[1] *Ps. XXXVI. v. 21.*
[2] *Judic. XI. v. 30.*
[3] *Gen. XXVIII. v. 20. & seq.*
[4] *1. Reg. I. v. 11.*
[5] *Ps. XXXVI. v. 21.*
[6] *Deut. XXXII. v. 6.*

Hæccine reddis Dómino, pópule stulte, & insípiens? ¿Esta es la recompensa que daís á Dios por haberos cubierto con las alas de su providencia, por haberos querido y conservado como á la niña de sus ojos, por todos los estupendos prodigios que ha obrado en favor vuestro? ¿Le desechais, y elegís por vuestro Dios á un ídolo? *Hæccine reddis Domino, pópule stulte, & insipiens.* Pues esta misma reconvencion puedo yo haceros, Christianos mios.

16. Y si teneis presentes los beneficios que Dios os ha hecho, sin comparacion mayores que los que hizo á los israelitas: siendo vuestras culpas, sino mayores á lo ménos iguales á las suyas, no podeis negarme que sois ingratos. Contemplad la fuerza del argumento: daos por convencidos de que quantas veces habeis pecado, habeis incurrido en la mas infame ingratitud. ¿Y no os causa horror? Le teneis de ser ingratos para con los hombres que os hicieron algun beneficio, ¿y no le teneis de serlo con Dios que os hizo tantos? ¿Acaso os imaginais que el Señor, no se da por ofendido de vuestra ingratitud? Oid como habiendo sufrido, sin desplegar los labios, las mayores injurias, se queja amargamente de los nueve ingratos del evangelio. ¿Qué se hicieron? pregunta: *Et novem ubi sunt?* No querais pues, Oyentes mios, ser del número de los nueve ingratos. Sed como el Samaritano, que aunque ántes infiel é idólatra, sin mas luz que el mismo beneficio, os persuade con el exemplo que debeis ser agradecidos, y os enseña el modo con que podeis serlo. Levantad como él la voz, y alabad la infinita misericordia que ha usado con vosotros tantas veces curándoos la lepra de la culpa. Y ahora mismo os perdonará, si arrepentidos, y postrados á sus pies como el Samaritano le decís: *Jesu miserere mei.* Jesus mio, tened misericordia de mí. Prometo no ser en adelante ingrato á vuestros beneficios. Me pesa de haberlo sido, &c.

EXORDIO

PARA LA MISMA PLÁTICA EN LA DOMINICA INFRAOCTAVA DE LA ASUNCION.

17. A vista de esta sagrada imágen, que nos representa á Maria señora nuestra difunta, debiéramos entristecernos, si no creyéramos que resucitó gloriosa, y se subió á los cielos triunfante de la muerte. Y aun no solo es ageno de este dia el sentimiento, no solo es justo nuestro regocijo por la gloria que alcanzó María, subiéndose á los cielos; sino porque nos acarreó la mayor conveniencia. Porque ¿acaso está en los cielos esta soberana reyna toda ocupada en contemplar las perfecciones de su amado Hijo, como lo estuvo María Madalena puesta á sus pies? ¿No está tambien oficiosa como Marta, y empleada en nuestra asistencia? ¿No está allí exerciendo el oficio de madre y abogada nuestra? ¿No intercede por nosotros, y tanto, que á su poderosa intercesion debemos los beneficios que recibimos de la divina liberal mano? Deberá pues en este dia nuestro regocijo ir acompañado de nuestro reconocimiento. Y ya que en vuestro tierno corazon descubro bastante fomento para el regocijo de la gloria de María, quiero daros estímulos al reconocimiento de sus beneficios: considerando, que esto es lo que mas satisface á nuestra soberana bienhechora, y que tenemos en el evangelio de este domingo un Samaritano que nos enseña á ser agradecidos. Pues entre los diez que, &c.

JACULATORIAS.

18. ¡O Dios liberal, benéfico! No tienen número los beneficios que me haceis. El ser, la vida, todos los bienes me vienen de vuestra mano. Quitádmelos, si he de ser ingrato. De haberlo sido me pesa; pésame, Señor, de haberos ofendido.

¡O

¡O Dulcísimo Jesus! A Vos debo los bienes de la gracia. Me redimisteis con vuestra sangre, me hicisteis hijo vuestro en el bautismo. No se malogre vuestra liberalidad. Perdonadme, Señor, misericodia.

¡O Amabilísimo Jesus! Sacramentado en esas aras sois mi alimento, sois mi vida, sois mi Dios. Postrado á vuestros pies os doy muchas gracias: pésame, Señor, de haber sido ingrato.

PLÁTICA C.

DE LA DOMINICA XIV. POST PENTECOSTEM INFRAOCTAVA DE LA ASUNCION.

Nemo potest duobus dóminis servire. Matt. VI. v. 24.

1. * Dudaba, Señores, si debia esta tarde ponderaros las glorias de María señora nuestra en su Asuncion triunfante, ó si debia intimaros la sentencia, que pronunció su Hijo Jesu-Christo, diciendo por San Mateo, que nadie puede servir á dos amos: *Nemo potest duobus dóminis servire.* ¿Qué, decia yo, no ha de arrebatar toda mi atencion ese magestuoso túmulo, en que yace María muerta, próxîma á resucitar, y á subirse á los cielos? ¿No es muy propio el que en esta tarde diga á mis oyentes una oracion, ó fúnebre, ó panegírica? ¿No debe el ayre ó la llama de la divina palabra encender en sus corazones el fuego de la devocion de María santísima? ¿No he de excitarlos á que haciendo coro con los ángeles, la aclamen victoriosa de la muerte? ¿Pero qué, decia yo tambien, acaso necesita nuestra divina reyna de humanos elogios, que engrandezcan su gloria? ¿Y no basta á enternecernos la vista de esa sagrada imágen, que la representa muerta, y á regocijaros la fe de que resucitó gloriosa? y mas siendo en vosotros, piadosos Valencianos, singular la pro-

* 19. *de Agosto* 1742. 8. *de Septiembre* 1743. 27. *de Agosto* 1747.

propension á venerarla en su muerte feliz, en su Asuncion triunfante?

2. Por estas razones, al parecer opuestas, suspendí algun tiempo la eleccion del asunto, hasta que finalmente me resolví á explicaros aquella sentencia en que Christo señor nuestro declarando ser imposible servir á dos amos, condenó á los que pretenden servir á un mismo tiempo á Dios y al mundo. Porque me hice cargo, que si lograba persuadiros que en conformidad de esa sentencia os emplearais del todo en servicio de Dios, haria el mayor obsequio á su madre María santísima, y seriais sus verdaderos devotos. Tal vez pensareis serlo, teniendo vuestro corazon partido entre Dios, y el mundo: doblando la rodilla delante de esa arca del Señor, y delante de algun ídolo Dagon: ofreciendo inciensos á ese tabernáculo de la nueva alianza, y sacrificando víctimas á Baal. Mas claro. Tal vez pensareis ser verdaderos devotos, sin apartaros del comercio del mundo, sin privaros de sus placeres y regalos. ¡Pernicioso engaño! ¡Division, neutralidad funesta! que intento reprehender en el discurso de mi plática, haciéndoos ver en su primera parte, que para ser verdaderos devotos, debeis separaros del comercio del mundo; y en la segunda, que debeis privaros de los placeres que el mundo ofrece. Porque, segun declaró Jesu-Christo, no podeis servir al mismo tiempo á Dios, y al mundo: *Nemo potest duobus dóminis servire.*

Primera parte.

3. No ménos se apartan de la verdad, y desconocen á la devocion los que nos la representan áspera intratable, que los que nos la proponen muy dulce y apacible. Los unos la hacen montaraz, amiga de la soledad y de las tinieblas, enemiga de la compañía y de la luz: otros la civilizan ó domestican demasiado. Para unos es un fantasma descarnado que amedrenta, para otros es una figura hermosa que atrahe y embelesa. Los unos la colocan en region tan elevada, que la hacen inaccesible á los mas ro-

bus-

bustos y diligentes: otros la colocan en sitio tan baxo que pueden á poca costa alcanzarla los mas flacos, y perezosos. Unos y otros la desconocen y la desfiguran. Porque en realidad la devocion es yugo, digan lo que quieran los delicados; pero no insoportable, como le pintan los severos, pues el mismo Señor que nos le impone, le aligera. El mismo Jesu-Christo que nos dice que seamos sus devotos, y nos llama á su servicio, se convida á ayudarnos á llevar la cruz de la mortificacion, se ofrece á ser compañero nuestro en los trabajos: *Venite ad me omnes qui laboratis & onerati estis, & ego reficiam vos.* [1]

4. ¿Qué escusa pues podeis dar, Oyentes mios, para no ser devotos? ¿Qué os parece que es la devocion? ¿Consiste acaso en extraordinarias austeridades, en un recogimiento perpétuo, en una contemplacion continua? ¿O consiste en asistir á los templos, oir la divina palabra, en rezar muchas partes de rosario, en decir muchas veces, Ave, ó Dios te salve María? Por mas que el vulgo llame devotos á los que freqüentan estos ú otros semejantes exteriores exercicios de piedad: con todo la verdadera devocion, en sentir de mi angélico maestro Santo Tomas [2], consiste en una voluntad pronta, y dispuesta á hacer todo lo que sea del agrado de Dios; y esta obligacion la contraxisteis todos en el bautismo. Porque entónces renunciando á las pompas y vanidades del mundo, hicisteis voto, prometisteis solemnemente consagraros y dedicaros del todo al servicio y obsequio de Dios; de suerte que lo mismo es ser christianos que ser devotos.

5. Esta idea verdadera, que os he dado de la devocion, basta á convenceros que ella es incompatible con el comercio del mundo, y que el juntarla con él es hacerla monstruosa, es profanarla, destruirla. Porque ¿qué tiene que ver la luz con las tinieblas? ¿Qué conexion hay entre Jesu-Christo y Belial? ¿Quán léjos está Jerusalen de Babilonia? Hijos de Dios, pregunta David, [3] ¿cómo podreis cantar el cántico del Señor en la tierra extraña del mundo? Hijos

[1] *Math.* XI. *v.* 28. [2] *S. Th.* II. 2. *q.* 82. *a.* 1.
[3] *Ps.* CXXXVI. *v.* 4.

Hijos, ó por mejor decir, esclavos del mundo, ¿cómo habeis de agradar y servir á Dios, si no dexais el servicio de su enemigo? Del mundo, digo, impuro en sus placeres, insaciable en su avaricia, insolente en su orgullo, ridículo en sus modas. Del mundo, que entregado al demonio, segun dixo San Juan [1], no conoció á su Redentor, ni mereció sus misericordias.

6. Mas ¿qué mundo es este tan horroroso, y tan distinto del hermoso compuesto de cielos y elementos? ¿En donde se halla este mundo perverso? Allí en donde se juntan los mundanos y pecadores, en donde los buenos se hacen malos, y los malos se vuelven peores. En esos concursos, en que con los deseos de agradar, y agradarse, los hombres por lo afeminado del trage y de las acciones parecen mugeres, y las mugeres por el desahogo parecen hombres. En estas visitas, en que con palabras equívocas se declaran los pensamientos mas torpes: en que con el título de cortesanía se cohonestan las mas criminales licencias. En esos concursos, en que el luxô triunfa, la vanidad brilla, la lascivia ó se desahoga, ó se fomenta. Ahí es en donde está el mundo depravado enemigo de Dios, en cuya compañía no puede conservarse la devocion, ó la firme voluntad de servirle.

7. Querer juntar la devocion de Dios con el comercio de ese mundo, es querer servir á dos amos, es querer un imposible, como declaró la magestad de Christo: *Nemo potest duobus dóminis servire.* Y aun vuestras propias conciencias han de decir lo mismo. ¿Quántas veces habeis confesado, que en esos profanos concursos se dicen muchas cosas que ofenden á la caridad, se executan otras que se oponen á la pureza? ¿No conoceis que allí quantos objetos perciben vuestros ojos y oidos son otras tantas tentaciones, ó estímulos á la vanidad y á la lascivia? ¿No os hallais allí como asaltados, y como en el campo mismo de los enemigos de vuestra alma? Pues ¿cómo, decia S. Gerónimo [2], puede ella mantenerse devota ó dedicada al servicio de Dios?

8.

[1] *Joan. 1. v. 10.* [2] *S. Hier. De vitando suspec. contub.*

8. Y aunque freqüentando los mundanos concursos no hayais experimentado la última ruina ó relaxacion en vuestras costumbres, con todo ¿volveis á vuestras casas con aquella serenidad y quietud de ánimo con que salisteis? ¿Bien podeis recoger el espíritu para orar con la atencion debida? ¿Sois dueños de vuestro corazon para ofrecerle entero á los pies de Jesus crucificado? ¿No quedan fixas en vuestra imaginacion las especies de lo que visteis y oisteis? ¿Y ellas no os perturban, no os tientan? Es bueno que el gran patriarca San Benito despues de tres años de austerísima penitencia, allá en el cóncavo de una peña estuvo á pique de perderse, porque importuna su memoria le representó la imágen de una belleza vista casualmente en Roma; ¿y vosotros quereis darme á entender, que no obstante la lozanía de vuestras pasiones, en medio de los concursos mas mundanos, vivís tranquilos y seguros? ¿Que ni vuestro corazon se mancha, ni vuestro espíritu se disipa? ¿Que os manteneis constantes en la devocion ó voluntad de servir á Dios? No: no creo tal.

9. Ni tampoco creo que os lleva á esas funciones profanas el deseo de contener con vuestra modestia y circunspeccion las licencias y desacatos de otros, y de insinuarles con arte el amor á la virtud, y el desprecio de la vanidad. ¿Porque ya llegasteis á aquel grado de perfeccion que pide Santo Tomas en los que han de tratar familiarmente con los pecadores para convertirles? ¿Tan fervoroso es vuestro zelo, que como Daniel predicais desengaños junto á los rios de Babilonia? ¿Quántas almas habeis ganado para el cielo con ese artificio desconocido de los mismos apóstoles? Tratad mas verdad. Decid lo que sentís. La propia complacencia, la curiosidad, la contemplacion es la que os mueve á ir á esos concursos del mundo. Y la experiencia os enseña, que vuestra presencia, sobre ser inútil á los demas, es perniciosa á vosotros mismos; porque Dios mirándoos como desertores de su servicio, os abandona al dominio del mundo.

Pe-

10. Pero no me digais, que segun esto, la obligacion que teneis de ser devotos, ó de emplearos del todo en servir á Dios, os haria inciviles é intratables. No. Eso fuera no penetrar el sentido del oráculo de Jesu-Christo. Bien podeis asistir á esas funciones, en que se solemniza el matrimonio de un pariente ó de un amigo: el Señor nos abrió el paso, asistiendo á las bodas de Caná de Galilea. Bien podeis ir á todas aquellas á que os llama la caridad, el respeto, ó la dependencia; pero no á las que introduce cada dia la profusion, el capricho ó la locura. Y aunque vuestros padres, vuestras madres, ó vuestros hijos os conviden, ántes que condescender con su voluntad, debeis romper con ellos; porque ese es el caso en que Jesu-Christo os manda aborrecerlos. Aunque os amenacen con el que dirán que sois ridículos, cerrad los oidos á ese infame *que dirán*, para abrirlos á las voces con que el Señor os dice, que no hagais tal. Aunque os parezca duro el privaros de los gustos y placeres que os ofrece el mundo, ello es preciso para ser verdaderos devotos ó buenos christianos, como vereis en mi

Segunda parte.

11. Quando considero, que la devocion verdadera es aquella perla evangélica, por cuya adquisicion debemos abandonar lo mas precioso: no puedo dexar de reprobar la idea de aquellos que pretenden ser devotos á poca costa, sin hacerse violencia, privándose solamente de aquellos placeres que no aprecian, á trueque de gozar los que apetecen, y juntamente con ellos el buen nombre, y la reputacion de devotos. Pero ellos lo son del mismo modo que los fariseos, á quienes el Señor tantas veces, y con tanta razon calificó de hipócritas. Porque la verdadera devocion trahe consigo inseparable la pena, ó para decirlo con el Apóstol, á la misma mortificacion de Jesu-Christo: [1] *Mortificationem Jesu in córpore nostro circumferentes.*

Mas

[1] *II. Cor. IV. v. 10.*

12. Mas no entiendo por mortificacion de Jesu-Christo la de los profetas de Baal, que con bárbara supersticion se cortaban los miembros de su cuerpo, ni la de los idólatras de la diosa Mithra, que la ofrecian la sangre de sus venas, ni la de los Morabutos mahometanos que con el martirio se adelantan los tormentos del infierno. Entiendo por mortificacion de Jesu-Christo la de aquellos, que haciéndose cargo que son miembros de una cabeza coronada de espinas por sus culpas, eligen la penitencia que sea satisfaccion y medicina de ellas. Y para mejor acertarla, procuran conocer su enfermedad, esto es, las pasiones que mas les dominan é impelen al pecado. Y una vez conocidas no las halagan, sino que las mortifican: á la lascivia con el ayuno, á la avaricia con la limosna, á la soberbia con los actos de la mas profunda humildad, y así consiguen sujetarlas á la razon, y á la ley de Dios.

13. Segun esto, decia San Laurencio Justiniano, ¿cómo puedo yo llamar devotos á los que no toman el pulso á sus almas, ni piden á su corazon cuenta de sus afectos, ni á sus potencias razon del mal que hacen, y del bien que dexan de hacer? A los que solo buscan los regalos y comodidades que mas lisonjean su apetito, y huyen de todo lo que pudiera mortificarle y corregirle? ¿Cómo puedo llamar devotas, decia San Francisco de Sales [1], á las que están tan atentas á dar gusto á su paladar que hacen ascos, desechan los manjares por la menor falta que encuentran ó aprehenden en ellos? Poco importa, decia el santo maestro de la vida devota, que os abstengais de la abundancia y exceso en las comidas, si sois nimiamente delicadas en su eleccion. Para ser parcas no debierais buscar el deleyte en lo que comeis, sino el cumplir con la necesidad que tenemos de comer para vivir.

14. Pero ni estas, ni todas las mortificaciones del cuerpo bastan, Oyentes mios, á haceros devotos, si no mortificais y corregís ántes vuestro corazon ó vuestra voluntad. Serán muchas veces tan injustos los golpes que die-

[1] *Vida dev. cap.* 22.

diereis sobre vuestras espaldas, como los que daba Balaam á su jumenta, quando el ángel no la dexaba andar. Porque así como entónces, dice el mismo Santo, quien tenia la culpa de que la jumenta no pasara adelante no era ella, sino Balaam que iba á maldecir al pueblo de Dios: así tambien muchas veces no es vuestro cuerpo el culpado, sino vuestra voluntad depravada con el ódio, con la envidia, con la vanagloria, con otros vicios, digámoslo así, espirituales.

15. ¡O Dios mio, qué pocos devotos teneis! Todos procuran acomodar la devocion á su humor, y á su genio. Quien ayuna dos ó tres veces á la semana, y alimenta en su pecho el ódio mas implacable á sus parientes. Contiene á su lengua en la abstinencia mas rígida de los manjares, y la quita el freno para que maldiga y calumnie á sus próximos. Quien está todo el dia rezando, y por el menor descuido maltrata á sus criados con las palabras mas injuriosas. Acabará de recibiros, ó Dios de la piedad, y de la mansedumbre, y apénas entra en su casa perturba á gritos su familia. Quien está postrado á vuestros pies muy humilde al parecer, y es vano, fiero, cruel con los hombres. Así, Señor, son medio vuestros y medio de sí mismos. ¿Mas qué digo? Son nada vuestros: porque vos no sufrís compañero en el dominio: *Nemo potest duobus dóminis servire.*

16. Al hombre interior y exterior, decia San Pablo, debe mortificar el verdadero devoto: debe negarse enteramente á sí mismo: debe cargarse con toda la cruz de la mortificacion: de suerte que ni aun podeis anhelar con demasiada ansia por aquellas dulzuras espirituales que trahe consigo la devocion. A lo ménos dirigid vuestros pasos por la calle de la amargura, por el collado de las penas, para llegar al tabor de las delicias. ¡Qué delicados sois, si buscais una cruz que no tenga clavos, una corona que no tenga espinas! ¡Qué impacientes sois, si desde luego que comenzais á caminar por el camino de la virtud, quereis con lo sumo de la perfeccion alcanzar el premio! ¡Qué cobardes, si retrocedeis, al primer estorbo que encontrais! Ven-

17. Venga lo que viniere, decia Santa Teresa de Jesus, tristeza, ó gozo, amargura ó consuelo, guerra ó paz, tinieblas ó luz, sequedad ó uncion á mi espíritu: no he de volver un paso atras. No he de apartarme del empeño que he hecho de servir á Dios. Tome el baxel la derrota que gustare el soberano dueño del mar, y de los vientos: vaya al oriente ó al occidente, al mediodia ó al septentrion: mi aguja no ha de apartarse de su norte, que es la voluntad de Dios.

18. ¿Mas cómo me atrevo hablaros con un lenguage tan sublime? ¿Cómo me introduzco á lo mas interior de la vida devota, quando mi asunto solo fue persuadiros que abrierais las zanjas á la devocion, apartándoos del peligroso comercio de los mundanos, y absteniéndoos de los placeres prohibidos para de ese modo entregaros del todo al servicio de Dios? A esto estais obligados, como ántes os dixe, por ser christianos: porque con vosotros hablaba el Señor quando declaró en el evangelio que nadie puede servir á dos amos: llegó ya el tiempo, Señores, en que temeis uno de dos, á Dios, ó al mundo. ¿Qué elegís? ¿Quereis servir á Dios, quereis ser sus verdaderos devotos? Apartaos de la babilonia del mundo! *Fúgite de medio babilonis.* Retiraos, ya que no á los desiertos, á lo ménos recogeos dentro de vosotros mismos, y encontrando vuestro corazon partido, unidle con las lagrimas, para sacrificarle entero á vuestro Dios. Admiradle, dulcísimo Jesus, en sacrificio, por vuestra bondad infinita, y por el amor de vuestra madre, que abogada nuestra ruega por nosotros. Ea, soberana Reyna, á pesar de nuestra indignidad, alcanzad de vuestro Hijo el perdon de nuestras culpas, que detestamos, aborrecemos &c.

OTRO EXORDIO.

DE LA MISMA PLÁTICA EN EL AÑO 1743. EN QUE LA DOMINICA XIV. FUE EL DIA 8 DE SEPTIEMBRE.

19. Para que celebrarais digna y provechosamente las sagradas festividades, fuera bueno que os imaginareis estar en aquel lugar y tiempo en que sucedieron los prodigios ó misterios que se os acuerdan; porque de esa suerte sin duda se comovieran en vuestros corazones los piadosos afectos de alegría ó de tristeza, de temor ó de confianza, que corresponden. ¿Quál fuera vuestro regocijo, Señores, si pensarais estar en Judea, y al tiempo del nacimiento de María señora nuestra? Como que vierais, que despues de una noche lóbrega, y tenebrosa aparecia el resplandeciente lucero de la mañana, que anunciaba próxima la venida del sol. Como que vierais, que aquella tierra feliz fecundada del rocío celestial echaba de sí, ó brotaba á la frondosa vara de Jesé, que habia de producir á la hermosa flor del campo. Digámoslo de una vez; como que vierais en el regazo ó brazos de Santa Ana reciennacida á María señora nuestra. Y enagenados de gozo al ver la felicidad que os acarreaba aquella niña naciendo á reparar las quiebras que causó nuestra primer madre, hicierais anagrama del nombre de esta, y en lugar de *Eva* la dixerais Ave. Ave estrella del mar. Ave vírgen y madre. Ave puerta del cielo. Seais bien venida al mundo. Seais venida para bien nuestro: para disipar las sombras que nos ciegan, y romper las cadenas que nos aprisionan: para ser nuestra abogada, nuestra protectora, nuestra madre. Mostrad serlo llevándonos á la presencia de vuestro Hijo, para que seamos eternamente felices.

20. Esto, y mucho mas, Señores, os hiciera ver, y decir vuestra imaginacion, preocupada de la idea que os pondria presente el objeto de la festividad de este dia. Y conozco que de alguna manera contribuyera á que vivas las especies hirieran vuestra imaginacion, si os ponderara la

la gracia que consiguió, y la felicidad que os acarreó María en su nacimiento. Y ciertamente lo executara, si no me hiciera cargo que la veneracion, la ternura, y el afecto no bastan á haceros verdaderos devotos de esta soberana reyna, á ménos que desasidos del mundo no os dediqueis del todo al servicio de su amado Hijo, y suyo. Deseo que lo seais, deseo vuestro espiritual aprovechamiento; y á este fin en lugar de una oracion natalicia que á lo mas os embelesara, ó enterneciera, os haré una plática moral que os edifique, tomando por asunto el explicaros la sentencia que pronunció la magestad de Christo en el evangelio de este dia. Nadie, dixo, puede servir bien á dos amos. Es imposible servir á Dios, y al mundo: *Nemo potest duobus dóminis servire. Non potestis servire Deo, & mammonæ.*

21. La sentencia es decisiva: no dexa la menor duda. Convence que no podeis agradar, servir, ser devotos de María santísima y de su amado Hijo, miéntras estuviereis empleados en obsequio, fuereis por vuestra culpa esclavos de sus enemigos el mundo, el demonio ó la carne. Pero tal vez pensareis serlo &c.

OTRA INTRODUCCION

PARA LA MISMA PLÁTICA EN EL AÑO 1747.

22. Entre quantas sentencias pronunció nuestro soberano legislador Jesu-Christo ninguna es mas cierta, ni mas decisiva, que la que leemos en el evangelio de este dia, haber pronunciado quando predicando en el monte dixo: Es imposible servir bien á dos amos; porque amando al uno, se aborrecerá al otro, y complaciendo al uno, se desagradará al otro. Y aunque despues de haber motivado esta sentencia inmediatamente la contraxo á Dios, y á las riquezas, y la amplió con muchos símiles, ó exemplos, para desengañar á muchísimos que piensan ser al mismo tiempo buenos christianos y avaros, servir á Dios y á las riquezas: sin embargo en sentir de los sagrados in-

intérpretes la intencion de Jesu-Christo fue declarar incomponible el servicio de Dios con el desordenado apetito de todos los bienes de este mundo. Porque la razon es la misma. La oposicion es tanta entre Dios, y las honras, dignidades, deleytes, y demas bienes del mundo apetecidos con desorden, como la que hay entre Dios, y las riquezas adquiridas con ansia. Tan léjos están del servicio de Dios los ambiciosos, soberbios, iracundos, lascivos, como lo están los avaros. No hay que detenerse: Es imposible servir á Dios, y á los bienes del mundo, ó al mundo que con ellos nos atrahe y embelesa: *Nemo potest duobus dóminis servire.*

23. Pero sin embargo de ser infalible é incontestable esta verdad, ¿ quántos son los christianos, que partidos entre Dios y el mundo, entre las obligaciones de su religion, y los desórdenes de su apetito, creen poder doblar la rodilla delante de la arca del Señor, y delante de algun ídolo Dagon: ofrecer inciensos al Dios de Israel, y víctimas á Baal? ¿ Quántos creen hacer bien, abandonando unos pocos años marchitos y lánguidos á una piedad tardía, miéntras que sacrifican la flor y primavera de su edad al desahogo de sus pasiones demasiadamente ardientes? ¿ Quántos christianos piensan poder estar bien con Dios, y con el mundo? ¿ Quántos, pregunto yo? No tienen número los que viven en este error pernicioso. Pues no solo se extiende, y halla abrigo en el entendimiento y corazon de los pecadores, digámoslo así, de profesion; sino tambien en el entendimiento, y corazon de los que hacen profesion de devotos, ó de servidores de Dios. Porque juzgan que para servir á Dios, y ser devotos, no es menester apartarse del comercio del mundo, ni privarse de sus gustos, y placeres: con que pretenden componer el servicio de Dios con el del mundo. Mas yo en favor y en conformidad de lo que declaró Jesu-Christo, intento persuadiros esta tarde, que para servir á Dios debeis apartaros del comercio del mundo, y privaros de sus gustos y placeres. Ya os he hablado otras veces de este mismo asunto. Pero no puedo tomar otro sin apartarme del evangelio,

y

y sin olvidarme de que hoy celebramos segunda vez la memoria de aquella célebre maestra de la verdadera devocion la gran madre Santa Teresa, que con las obras y las palabras nos enseñó lo mismo que su amado Jesus, ser imposible servir á Dios, y al mundo: *Nemo potest duobus dóminis servire.*

JACULATORIAS.

24. ¡Dulcísimo Jesus! ¡Qué mal hice en preferir el servicio del mundo que me infama, al vuestro que me honra y me aprovecha! A vos quiero servir y complacer, no al mundo. Siento en el alma el haberos ofendido. Tened misericordia de mí.

¡Amabilísimo Jesus! ¡Qué mal hice en dividir mi corazon entre vos y el mundo! Es imposible servir á entrambos. Aborrezco al mundo y sus vanidades: me entrego enteramente á vuestro servicio: os amo, adorado dueño mio, sobre todas las cosas. Me pesa de haberos ofendido.

¡Benignísimo Jesus! ¡Qué mal hice en coronarme de flores, teniendo vos la cabeza penetrada de espinas! Los placeres del mundo me enagenaron; pero ya reconocido mi engaño, me abrazo con la cruz de la mortificacion, y postrado delante de la vuestra os pido perdon. Misericordia, Señor, misericordia.

PLÁTICA CI.

DE LA DOMINICA XIV. POST PENTECOSTEM.

Ne solíciti sitis ánimæ vestræ quid manducetis, neque córpori vestro quid induámini. Math. VI. v. 25.

1. * Entre los muchos documentos que dió la magestad de Christo á las turbas en aquel célebre sermon que

* 12. *de Septiembre* 1745. 4. *de Septiembre* 1746.

que predicó en el monte, no es el ménos provechoso el que contienen las cláusulas de nuestro evangelio. Y para que lo entendais así, Oyentes mios, bastará referirlas. Nadie, decia el Señor, puede servir á dos amos. Es preciso que amando y obedeciendo al uno, aborrezca y desprecie al otro. No podeis pues servir á Dios, y á las riquezas. Y así os digo, que no seais solícitos en buscar que comer, y que vestir. ¿Acaso no vale mas el alma que la comida, el cuerpo que el vestido? Levantad los ojos, y mirad las aves que cruzan esos ayres: ni siembran, ni siegan, ni recogen cosecha alguna; y vuestro padre celestial las apacienta. ¿Pues acaso no os estima mas á vosotros que á ellas? ¿Y porqué asimismo andais tan solícitos por el vestido? Baxad los ojos, y registrad las azucenas del campo, como crecen: ni hilan, ni texen, y sin embargo os aseguro, que Salomon en medio de su opulencia y gloria, no llevó un vestido tan hermoso, como el que ellas llevan. Pues si Dios así viste una flor que nace hoy, y mañana se marchita, ¿quánto mejor lo hará con vosotros, como tengais la debida confianza en su providencia? No querais ser ambiciosamente importunos, preguntando continuamente, qué hemos de comer, que hemos de beber, que hemos de vestir. Dexad esos cuidados para los infieles. Vuestro padre sabe muy bien que lo habeis menester. Y así buscad ansiosos el reyno de Dios, y su gracia, que con eso lo tendreis todo.

2. Estas son, Señores, las cláusulas del evangelio, que dixe bastaría oirlas, para que entendierais, que contienen el mas provechoso documento. ¿Y en verdad no es así? ¿No estais viendo como Jesu-Christo nos exhorta, á que no tengamos solicitud, ansia ni anhelo de las cosas temporales? ¿A que pongamos todo nuestro cuidado en adquirir la gracia de Dios, y su reyno eterno? ¿Y no es esto lo que mas nos importa? Porque si llegáramos á tomar esta leccion, y ponerla en práctica, ¿qué nos faltara, para ser christianos, y perfectos christianos? Si llegáramos á estar desasidos ó desprendidos de terrenos afectos, ¿qué tranquilo estuviera nuestro ánimo, qué serena nues-

tra

tra conciencia, qué feliz, y bienaventurada fuera nuestra vida? Este es pues, y no otro el fin que se propuso la magestad de Christo en el evangelio. Y para que mejor se conozca quanto desea, y quanto nos importa el que entremos en su designio; no solo nos declara ser su voluntad el que estemos desasidos de las cosas terrenas, sino que alega las mas eficaces razones para convencerlo. Ya las habeis oido resumidas. Y yo no pienso hacer otra cosa en el discurso de mi plática, que ampliarlas; y para que sea con mayor claridad, en la primera parte os hablaré de la avaricia, y en la segunda de sus remedios.

Primera Parte.

3. De golpe comienza la magestad de Christo pronunciando la sentencia, y sentando como un principio indubitable, que nadie puede servir á dos dueños: [1] *Nemo potest duobus dóminis servire.* Porque es fuerza que disguste al uno, quando complazca al otro: y mas si están entre sí encontrados en humor y genio: si el uno manda que calle, el otro que hable: el uno que llore, el otro que ria: el uno que trabaje, el otro que juegue: de ninguna manera puede obedecer á entrambos. Y esto es lo que en realidad sucede respecto de Dios y de las riquezas, dueños entre sí opuestos en su inclinacion y en sus preceptos. Porque el uno quiere que los que le sirven sean liberales, el otro que sean avaros: el uno que sean misericordiosos, el otro crueles: el uno que vivan para todos, el otro que vivan para sí solos: el uno manda, que remontándose como águilas se alimenten del celestial rocío, el otro manda, que abatiéndose como culebras coman tierra. El uno inspira lo mejor, el otro induce á lo peor y mas sórdido. De lo qual infiere Jesu-Christo, que no podeis servir á Dios, y á las riquezas: [2] *Non potestis Deo servire & mammonæ.*

4. Me persuado que concedereis aquel antecedente, que es imposible servir bien, y á un mismo tiempo á dos amos;

[1] *Math. VI. v. 24.* [2] *Ibid.*

ámos; pero me temo que negareis la conseqüencia, de que es imposible servir á Dios, y á las riquezas. Porque por una parte os causa horror el dexar de servir á Dios: por otra os parece duro el dexar de servir á las riquezas. Y en este estrecho, por no dar en aquellos extremos elegís el medio de servir á entrámbos. Pero en esto está la imposibilidad, en que sirvais á Dios, y á las riquezas, á ménos que no negueis la imposibilidad de servir á dos amos. Y para que lo veais mas claro, permitidme que forme este syllogismo: Es imposible servir á dos amos distintos: Dios y las riquezas son dos amos distintos: luego es imposible servir á Dios y á las riquezas. ¿Qué defecto tiene este silogismo? ¿No concluye? ¿No está segun las reglas de la mas verdadera christiana dialéctica? Solo podrá negar la conseqüencia el demonio, que dexándoos bastante luz para conocer aquella verdad especulativa, es imposible servir á dos amos; os obscurece el entendimiento para que no conozcais esta verdad práctica: es imposible servir á Dios, y á las riquezas, que legitimamente se infiere de aquella.

5. Pero dexemos estos términos, que aunque inteligibles y comunes, por ser propios de la escuela, puede ser que os confundan; y así oid los que pretendeis servir á Dios, y á las riquezas, los símiles sagrados de que se valen los santos padres para probar su imposibilidad. Así como, dicen, los filisteos colocaron en su templo al arca de Dios, que tomaron cautiva junto al ídolo Dagon y á entrámbos ofrecieron incienso: y así como los samaritanos que fueron á poblar las tierras y ciudades que dexaron desiertas los israelitas de las diez tribus, adoraron al Dios de Israel, y á los falsos dioses: asimismo servís vosotros á Dios y á las riquezas. ¿Os parece pues, que el culto que dieron á Dios los filisteos, y samaritanos mesclado con el que daban á los ídolos, fue agradable á su magestad? Pues tan agradable le es el servicio que le haceis los que servís á las riquezas. Bien podeis venir al templo á oir muchas misas, muchos sermones, que yo os diré con el profeta Elías: ¿Hasta quando habeis de claudicar, ó de inclinaros á dos partes? Si el Señor de cielos y tierra es vues-

tro

tro Dios, seguidle; pero si las riquezas son vuestro Dios, seguidlas abiertamente, no seais hipócritas [1]: *Usque quo claudicatis in duas partes? Si dóminus est Deus, sequímini eum; si autem Baal, sequímini eum.* Os diré por conclusion, que no es mas decisiva la sentencia que declara ser imposible servir á dos amos, que la que declara serlo el servir á Dios, y á las riquezas; porque entrambas las pronunció la misma infalible verdad Christo señor nuestro [2]: *Nemo potest duobus dóminis servire ::: Non potestis servire Deo & mammonæ.*

6. Alguna salida, algun recurso, presumo, que encontrareis en estas mismas palabras, si reparais que Jesu-Christo no nos dice que no podeis servir á Dios, y poseer las riquezas, sino que no podeis servir á Dios y á las riquezas: *Non potestis servire Deo, & mammonæ.* Y hay gran diferencia entre servir á las riquezas, y poseerlas. Porque poseer es propio de los dueños, servir es propio de los esclavos. Ahora bien, contemplad si servís y sois esclavos de las riquezas: ó si las poseeis y sois dueños de ellas. ¿Las recogeis; pero luego las expendeis en mantener vuestra familia segun la decencia correspondiente á vuestro estado, y en socorrer las necesidades de los pobres? Sois dueños de las riquezas: pues haceis de ellas lo mismo que hacen los dueños de sus criados, que los admiten, y despiden de su casa segun razon, voluntad y gusto. ¿Las recogeis; pero luego las encerrais para comprar heredades y mas heredades, ó para ir á ofrecerlas nocturnos sacrificios manoseándolas, y contándolas todas las noches? Sois esclavos de las riquezas, como lo son algunos amos de sus criados, que les dominan de suerte que ni se atreven á despedirlos, ni á corregirlos, aunque les ofendan y injurien. Ni importa que sean muchas ó pocas las riquezas que teneis recogidas. Tambien cabe en pocas, como en muchas, la avaricia: una vez que las mireis como á vuestro tesoro, allí está vuestro corazon. Sois esclavos de las riquezas: ó para decirlo con San

[1] *III. Reg. XVIII. v. 21.* [2] *Ad Galat. V. v. 20.*

San Pablo, sois idólatras del oro, y de la plata [1]: *Idolorum sérvitus.*

7. Otra señal puedo daros, para que conozcais si sois, ó no avaros, y esclavos de las riquezas. ¿Teneis gran solicitud, ansia, y anhelo de adquirirlas, ó gran sentimiento, dolor, y pena de perderlas? Sois avaros. Por eso en los mismos términos, con que declara Jesu-Christo que no podemos servir á Dios, y á las riquezas, declara, que no debemos ser solícitos en recogerlas para tener que comer y vestir: *Ne solíciti sitis ánimæ vestræ quid manducetis, neque córpori vestro quid induámini.* Sin que de ahí podais inferir que es culpable el moderado regular cuidado, con que muchos recogen los preciosos caudales para alimentarse y vestirse á sí y á su familia; porque solamente culpa el Señor á los que buscan los bienes temporales con tanta solicitud, como si fueran su último fin, y con tanto anhelo, que desconfian de la providencia de Dios: todo á fin de inducirnos al mayor desasimiento y desapego de los bienes terrenos, para que los poseamos, como si no los poseyéramos: todo á fin de inspirarnos la mayor confianza en la providencia de Dios, para que vivamos dependientes de su benévolo universal influxo.

8. Ni ménos pienso que lo que os he dicho, y he de deciros en adelante pueda daros motivo, para cohonestar la ociosidad. No lo permita Dios. Porque estoy tan altamente persuadido que el trabajo es conveniente á todo género de personas, que me parece muy digna de alabanza la costumbre de aquellos nobles eclesiásticos y monges, que ganaban la comida con el trabajo de sus manos. Aborrezco tanto la ociosidad, que siempre que se ofrece la ocasion declamo con vehemencia contra esos pobres holgazanes que callegean por esta ciudad, piden importunos limosna á quantos encuentran, teniendo bastantes fuerzas para trabajar en una rueca ó en un arado. Ni creais que dexan de hacerlo, porque confian en la divina providencia. En lo que ménos piensan es en eso. Y verdaderamente en lo que ponen la confianza es en su propia sórdida industria,

[1] *Ad Galat. v. v.* 20.

tria, y en la experiencia de que hallan muchos que ó piadosos ó inconsiderados les socorren, fomentando su holgazanería, y quitando aquella limosna á los verdaderos pobres.

9. La confianza que prescribe Jesu-Christo en el evangelio va acompañada del propio trabajo, y de un moderado cuidado de adquirir que comer y que vestir: la qual condena la demasiada ansia y solicitud de muchos que los sois y no os teneis por avaros. Porque juzgais que solamente lo son aquellos que atesoran mas riquezas de las que han menester; y como vosotros no quereis mas que lo que pedia Salomon [1] ni riquezas ni pobreza: os contentais con lo que se contentaba San Pablo [2], con lo preciso para comer y vestir, os discurrís inmunes del vicio de la avaricia. Y os engañais; porque la avaricia tiene sus grados: y bien que no hayais llegado á lo sumo, estais mas allá de lo infimo. ¿No cavilais dia y noche por tener alguna conveniencia? ¿no estais continuamente pretendiendo ya una, ya otra? ¿Dexais piedra por mover para alcanzarla? Pues eso es solicitud y avaricia. ¿Lo preciso para comer y vestir decentemente no quereis tenerlo luego, luego, y seguramente, de suerte que no os pueda faltar? Pues eso no es mas que desconfianza en la divina providencia. Registrad bien vuestro corazon, y encontrándole manchado con este vicio, oid las razones con que intenta limpiarle Jesu-Christo.

Segunda parte.

10. Hasta ahora solamente he tomado en boca el nombre de avaricia; y por eso tal vez pensareis que solamente he hablado contra el desordenado amor de las riquezas; y por consiguiente que no estais comprehendidos en el asunto de esta plática, aunque ameis ó apetezcais con desórden el comer y el vestir á vuestra satisfaccion y gusto. Pero este error proviene de vuestra poca atencion; pues claramente os dixe, que Jesu-Christo reprehende y pro-

[1] *Prov. XXX. v.* 8. [2] *Tim. VI. v.* 8.

prohibe toda solicitud, todo anhelo de los bienes temporales, que comprehende baxo las voces de comida y vestido, que son los mas principales: *Ne solíciti ánimæ vestræ quid manducetis, neque corpori vestro quid induámini.* Y las mismas razones que alega lo manifiestan bastantemente. ¿Acaso, pregunta, no vale mas el alma que la comida, el cuerpo que el vestido? *Nonne ánima plus est quam esca & corpus plus quam vestimentum?* Como si dixera: ¿quien da lo mas, no dará lo ménos? ¿Aquel Dios que os dió ese organizado hermoso cuerpo, que formó en el vientre de vuestras madres: aquel Dios que os dió esa alma racional, que produxo á su imágen y semejanza, no os ha de dar con que cubrir el cuerpo, con que mantener el alma? ¿Aquel Dios, que baxó del cielo á la tierra á vestirse nuestra humana naturaleza, en que padeció hambre, sed, desnudez y la mas acerba muerte: aquel Dios que nos da en alimento el propio cuerpo y sangre que ofreció en sacrificio á su eterno Padre por nuestra redencion: aquel Dios que promete dársenos en premio despues de esta vida: aquel Dios nos ha de negar la comida y el vestido? ¿O creeis aquellos beneficios, ó no los creeis, si no los creeis sois ingratos é infieles: si los creeis, ¿cómo imaginais, que ha de regatearnos los socorros que liberal franquea á los brutos?

11. Levantad los ojos, y mirad las aves que cruzan el ayre, decia Jesu-Christo: *Respícite volatília cæli.* ¿Qué multitud? ¿Qué variedad? Pues ni siembran, ni ciegan, ni recogen cosecha alguna, y sin embargo á ninguna falta la comida, porque nuestro Padre celestial las apacienta á todas. ¡O Qué admirable filosofia! ¡Qué razon tan convincente del cuidado que tiene de nosotros la divina providencia! Porque si se extiende hasta las mas pequeñas desconocidas avecillas, ¿quánto mejor hemos de creer que ha de emplearse en alimentar á los hombres, que son las mas nobles perfectas criaturas que produxo en la tierra: á cuyo dominio como decia David, sujetó las ovejas, los bueyes, todos los brutos del campo, todos los páxaros del ayre, todos los peces del mar? Y mas, si reparamos, que Dios es con toda propiedad nuestro padre. Porque al ver

que

que un padre mantiene toda la familia, criados, criadas, y los jumentos, ¿imaginaremos que dexa morir de hambre á sus hijos? No por cierto. ¿Pues cómo hemos de concebir, que nuestro padre celestial execute con nosotros, que somos sus hijos, lo que no concebimos que pueda executar un padre de la tierra con los suyos?

12. Bien puedo inferir, que es injusta, irracional la solicitud que teneis en buscar que comer, y no lo es ménos la que teneis en buscar que vestir. Baxad la vista, continua Jesu-Christo, y contemplad las azucenas del campo como crecen: ni hilan, ni texen, y sin embargo os aseguro, que Salomon en medio de su gloria y opulencia no llevó un vestido tan hermoso, como el que llevan ellas. Pues si Dios así viste á una flor que hoy nace y mañana se marchita, ¿que hará con vosotros, para cuyo regalo y delicia produce las flores? Sin duda hará otro tanto que con ellas. Así lo persuade la misma eficacia del argumento, prescindiendo de la suprema autoridad del divino Maestro que le propone. Pero esto no obstante no se da el Señor por satisfecho de nuestra confianza en su providencia. Y yo parece que estoy oyendo, como insistís en preguntar, ¿qué hemos de comer, qué hemos de vestir? Si no lo buscamos con solicitud, y con ansia, nos morirémos de hambre, irémos desnudos; y aun tal vez me alegareis los exemplares de muchos que están padeciendo la mayor hambre y desnudez. Convengo en que así suceda. ¿Pero me asegurais que esos tales hacen de su parte lo que pueden: tienen la confianza que deben en la divina providencia: procuran, si ofendieron á Dios gravamente, recobrar su amistad y gracia? Juzgo que no os atrevereis á asegurarlo. Pues os salís del asunto. Porque Dios solo promete los socorros de su providencia á los que le son fieles y justos. Y es esta una verdad la mas notoria, y la mas bien probada de quantas enseñó Jesu-Christo en el discurso de su predicacion y vida: [1] *Non vidi justum derelictum, nec semen ejus quærens panem.*

Ea

[1] *Ps.* XXXVI. *v.* 25.

13. Ea pues, dexad las réplicas, y los cuydados terrenos para los gentiles, decia Jesu-Christo [1]: *Hæc enim omnia gentes inquirunt.* Para los infieles, que ó no creen que hay Dios, ó creen que paseándose sobre los quicios de los cielos no cuida de los mortales. Pero vosotros que estais ilustrados con las luces de la fe: vosotros que sabeis que son innumerables los testimonios de la escritura en que Dios os promete la proteccion de su providencia: vosotros que habeis oido las razones con que Jesu-Christo la persuade en el evangelio: ¿ vosotros desconfiais, y dais en vuestro corazon entrada á la solicitud, ansia, anhelo, y avaricia de los bienes temporales? ¿ Y la fe? ¿ Y el conocimiento en que estais de que primero faltarán el cielo y la tierra que la palabra de Dios? ¿ Qué diriais á un gentil que al veros del todo ocupados en atesorar riquezas, y otros bienes terrenos, os arguyera con las mismas razones que Jesu-Christo?

14. En semejante caso no supo que responder Esdras. Y por eso no quiso pedir tropas auxîliares al rey de Persia [2], para resistir á los enemigos que le insultarian en el largo camino que con su pueblo habia de hacer desde Babilonia hasta Jerusalen. Tengo vergüenza, decia, de pedir auxîlios al rey, á quien diximos que la poderosa mano de nuestro Dios nos protegia. Porque pudiera su magestad insultarnos y echarnos en rostro nuestra desconfianza ó nuestra mentira. Pero nosotros no tenemos vergüenza de hablar de un modo y obrar de otro: tenemos la voz de Jacob, y las manos de Esau: quiero decir, la fe de christianos, y la desconfianza de gentiles. Pues creemos y á boca llena confesamos que debemos buscar con ansia el reyno de Dios y su gracia, asegurados que con eso tendremos todo lo necesario para vivir; y con las obras, olvidados de Dios y de los bienes eternos, buscamos con anhelo los temporales. Prueba de que nuestra fe está muerta, y no comunica influxo alguno á la voluntad; porque nuestras culpas la cierran el paso. Abramos pues las puertas con arrepentimiento. Digamos que nos pesa,

Dios

[1] *Matth. VI. v.* 32. [2] *I. Esdræ VIII. v.* 22.

Dios mio, de haberos ofendido. Nos roconocemos asidos á los bienes terrenos, avaros, ambiciosos, glotones. Pero ya no queremos serlo en adelante. Buscamos ansiosos vuestro reyno, y vuestra gracia. Ponemos toda nuestra confianza en vuestra providencia, y en vuestra misericordia. Perdonadnos Señor &c.

PLÁTICA CII.

DE LA DOMINICA XV. POST PENTECOSTEM.

Cum appropinquaret Jesus portæ civitatis: ecce defunctus eferebatur filius únicus matris suæ. Luc. VII. v. 12.

1. * La casa de un fúnebre llanto es la mejor escuela del mundo: porque en ella, decia el mas sabio de los hombres Salomon [1], con el recuerdo de la muerte aprenden los mortales la sublime ciencia de lo futuro. No hay que buscar la sabiduría en la casa del regocijo. Allí, perturbado el órden de la razon, se miran como único y último fin los deleytes sensuales. Todo el cuidado se pone, y el arte se esmera en dar á los objetos sensibles un cierto atractivo que entretenga, embelese y engañe á la vista, al oido, al gusto y al tacto. Con esto se exhala, se disipa el espíritu, y el alma suspende todas sus operaciones racionales. ¿Qué sabiduría puede adquirirse en donde los hombres, como que se degradan de la racionalidad, para seguir el brutal destino de sus sentidos?

2. Mas vale, Oyentes mios, os diré con el mismo Salomon, ir á la casa del llanto que no á la del festin y del convite [1]: *Melius est ire ad domum luctus, quam ad domum convivii.* Porque al contrario la casa en donde se llora un difunto se descubre llena de gravedad, entereza y compostura: la mayor quietud, gran silencio, y si al-

* 26. *de Agosto* 1742.
19. *de Septiembre* 1745.

[1] *Eccli. VII. v. 3.*
[2] *Eccles. VII. v. 3.*

alguno habla, habla como sabio ó filósofo. Reparadlo bien, y direis con San Juan Chrisóstomo [1], que esa casa se convirtió en un tranquilo puerto, siendo las antorchas que arden al rededor del difunto, fanales que alumbran, y dirigen á los que navegan el golfo del mundo. Direis que es un monasterio de la antigua Egipto, en donde se corrigen, y reforman las costumbres mas relaxadas: que es una escuela de virtud, siendo un cadáver el catedrático, que desde el féretro enseña y persuade desengaños. ¿Y con qué eficacia? Los mas vanos, los mas fieros, los mas crueles salen humildes, afables, compasivos.

3. Nadie ignora las admirables conversiones, que se atribuyen á los cadáveres: bien sabidos son los sucesos. ¡Y que esto, no obstante, haya podido el demonio inspirar á algunos hombres, y á casi todas las mugeres tal horror á los difuntos, que quando la divina providencia los pone delante de sus ojos, ó los cierran ó los apartan por no verlos! Accion por cierto indigna de un christiano, y efecto de una mala educacion en los primeros años, en que á vista de los muertos debiera enseñárseno el desprecio de esta vida temporal, y el aprecio de la eterna, que es toda el alma del christianismo. Desprendeos pues, Señores, de tan perniciosa preocupacion: venced ese vil miedo que acaricia vuestro amor propio: entrad muchas veces en la casa del llanto, y á lo ménos ahora no aparteis la vista del difunto hijo único de una viuda que os pone delante el evangelio de San Lucas. Acercaos al féretro en que le llevan á enterrar. Descubridle el rostro: mirad con atencion el cadáver, miéntras con San Efren os pregunto: *Ubi juventutis flos & pulchritudo? Ubi venustus ille genarum color?* ¿Qué se hizo la pomposa fragante flor de la juventud? Marchita al rigor de una enfermedad, se deshojó al fatal golpe de la muerte. ¿Que se hizo la peregrina hermosura de este jóven? Se pasó caminando á la region de las tinieblas. ¿Qué el carmin de sus labios? Cedió el lugar á la palidez. ¿Qué la nieve y el

[1] *V. S. Joan. Chris. in Act. Apost. Hom. XLII.*

el nácar, agradable color de sus megillas? Le borró la mano del mismo artífice que le imprimió en ellas. ¿Qué la gallarda disposicion de todo su cuerpo? ¿Qué? está próxima á reducirse á un monton de polvo y gusanos. Deteneos viadores, pasageros, los que estudiais al espejo modos ó modas para ser bien parecidos: ¿qué os parece la imágen que os representa este espejo que mirais? Pues es verdadera efigie de lo que habeis de ser.

4. ¿Os es ingrata, Señores, esta representacion funesta? ¿Os parece intempestiva? ¿Ha infundido en vuestros corazones mayor temor del que ántes teniais á la muerte? No ha sido este mi designio: ántes bien quisiera que tratarais fácilmente con los muertos, para que perdiendo el horror á la muerte, os hallara ella bien prevenidos. A este fin, y con el motivo del funeral que nos describe San Lucas, intento haceros ver en la primera parte de mi plática que un christiano no debe temer á la muerte; y en la segunda que debe prepararse bien para la muerte.

Primera parte.

5. La razon natural mira al sepulcro como á fin de la vida, y término fatal de la felicidad mundana. Es, dice ella, no el puerto, sino el escollo en que va á dar para quebrarse el frágil baxel del cuerpo humano, despues de haber surcado el mar del siglo. Es la última escena en que desaparecen los muertos, que habiendo hecho un gran papel en el teatro del mundo baxan despojados de todas las insignias de su vanidad á una tierra de tinieblas y de olvido. Horroriza la muerte, mirada con los ojos de la razon natural. Pero la fe la mira con otros ojos. Como sabe que el hombre sobrevive á sí mismo, siendo corruptible su cuerpo, pero inmortal su alma: como establece por principio que las buenas obras que acompañan á los hombres en la vida, les siguen despues de la muerte, descubre, y nos representa en la eternidad unos espacios infinitos, una region inmensa, una felicidad sin

tér-

término. ¡O muerte que dulce sois, que suave á los que os miran con las luces de la fe! O bien pongan los ojos en el mundo que dexan, ó bien los vuelvan á Dios que van á poseer, no temen el golpe de tu guadaña.

6. Los christianos, léjos de sentir el apartarse del mundo, deben clamar con el real profeta [1]. ¿Nos mantendremos largo tiempo entre los habitadores de Cedar? ¿Hemos de ser siempre pasageros en la tierra extrangera del mundo? ¡O mundo pérfido en tus amistades, infiel en tus promesas, miserable en tus recompensas! ¿Qué ingrato eres con los que te sirven? En lugar de complacernos, quando mas nos satisfaces, ménos sacias, mas irritas nuestros desos. Y, ¡ó mundo infame! quanto mas nos mantengamos en tu compañia, mayor será nuestra pena, y mayor el peligro de perdernos para siempre. Es triste la situacion, Oyentes mios, en que nos hallamos en este mundo, decia San Cipriano. Unas veces combatimos con la avaricia, otras con la impureza, ya con la ambicion, ya con la ira. Nuestros enemigos nos tienen sitiados; y quando por una parte nos abrimos paso venciendo á unos, nos acometen los otros. Una victoria es preludio de otra batalla, siendo continua la guerra, y no hay otro consuelo que el pensar que ha de acabarse con la muerte. ¿Qué horror pues ha de causar á los que viven con este conocimiento aquel instante último, fin de los males y de los peligros, principio de la paz y de la dicha?

7. Riego con el sudor de mi rostro, dice el pobre labrador, la tierra que cultivo, y apénas cojo lo preciso para vestirme y alimentarme; pero vivo contento entre trabajos, porque espero gozar de la mayor abundancia en la tierra prometida. Perdí por mi desgracia, dice el otro, el patrimonio que heredé de mis padres; pero como con él perdí la ocasion de ofender á Dios en la tierra, confio que he de ser rico en los cielos. Gimo á la vehemencia de los dolores, dice el enfermo; pero el mismo Dios que me da la paciencia para sufrirlos en esta vida, me dará con la muerte una salud eterna. No deseamos, dicen los atribulados, el morir por pusilanimidad ó de-

ses-

sesperacion, sino por gozar de Dios quanto ántes, ó á lo ménos nos resignamos con su voluntad, confesando que es dueño de la vida y de la muerte: [1] *Sive vívimus, sive mórimur, Dómini sumus.*

8. Que el jóven disoluto que ama los placeres del sentido, se amedrente al pensar que han de acabarse: que el avaro sienta dexar el oro y la plata, que con su corazon encerró en un cofre: que una muger enamoradada de sí misma, y esclava de la vanidad y de la impureza, se confunda al contemplar el fatal momento en que ha de desvanecerse el humo del profano incienso que le tributan sus idólatras: que teman á la muerte los mundanos, no lo extraño; porque ya dixo el Espíritu Santo, que era amarga su memoria á los que buscan la engañosa paz del mundo: [2] ¡*O mors, quam amara est memoria tua hómini pacem habenti*! Pero los que son christianos en la fe, y en las obras, no deben perturbarse al oir la noticia de su muerte. ¿Qué caminante siente llegar al término de su viage? ¿Qué soldado siente el vencer para no ser jamas vencido? Caminais, Christianos mios, á la eternidad, peleais para vencer en el último trance de la batalla ó de la vida.

9. ¡Mas ay! me direis, en esto mismo se funda nuestro temor. ¿Será feliz nuestra eternidad? ¿Se declarará á nuestro favor la victoria? ¿Algun ángel nos llevará como á Lázaro al seno de Abraan, ó iremos como el rico avariento á los infiernos? Si esta incertidumbre da motivo á vuestro temor, ya es menos reprehensible que el de aquellos que temen á la muerte por el demasiado amor que tienen á los bienes de la vida. Pero no es el mas loable; porque no tanto debierais temer al infierno, como el merecerle por vuestras culpas. Este sí que es temor santo, temor de caridad, que nace del odio á los pecados, nos induce á evitarlos en todo el discurso de la vida, y nos hace no temer á la muerte, que ha de librarnos del peligro de cometerlos.

10. Y en efecto, si temeis el ir al infierno, ¿acaso de

[1] *Ad Rom. XIV. v. 8.* [2] *Eccli. XLI. v. 1.*

dexareis de ir, porque se difiera uno ni dos años vuestra muerte, sin mudar de vida? Procurad vivir bien, purificad vuestras conciencias de la culpa, y venga la muerte quando viniere, que ella no dexará de ser segun fuere la vida. Pero temer á la muerte por el infierno, y continuar viviendo mal, es digámoslo así, mucho miedo y poca vergüenza: es un miedo vil, infame, injurioso á Dios: es un miedo muy diferente de aquel que decís que tuvieron algunos santos para disculpar el que vosotros teneis. Yo en quantas vidas he leido encuentro que los santos manifestaron la mayor alegria quando les dieron la noticia de su próxîma muerte. Unos dixeron: [1] *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi.* Otros: [2] *Quam dilecta tabernácula tua, Dómine virtutum, concupiscit & déficit anima mea in atria Dómini.* Pero demos que se entristecieran como Jesu-Christo en el huerto; esa tristesa era de la parte inferior, no de la superior: porque su mente serena conocia que la muerte habia de aligerar à su espíritu del peso de la carne, para gozar en paz de la infinita bondad de su Dios. No habreis llegado, Oyentes mios, á tan alto grado de perfeccion, y por eso no habré podido persuadiros á que no temais á la muerte. A lo ménos no la temais con el temor con que la temen los mundanos, sino con un temor que os obligue á mudar de vida, y á prepararos para una buena muerte, que es lo que debe hacer todo christiano, como vereis en mi

Segunda parte.

11. Al mismo tiempo que alabais la conducta del justo Noe, que advertido del diluvio universal que amenazaba al mundo, se empleó muchos años en fabricar el arca que habia de ser su asilo: culpais la seguridad de los demas hombres negligentes en prevenirse y obstinados en sus vicios. A pesar del exemplo que les daba Noe próvido y virtuoso: á pesar del furor de Dios que destilaba sobre ellos vengativas lluvias: á pesar de las aguas que entume-

cién-

[1] *Ps. CXXI. v. 1.* [2] *Ps. LXXXIII. v. 2.*

ciéndose inundaban las campañas y las ciudades: á pesar de tantos motivos como tenian para reformar sus costumbres, y aplacar la divina justicia irritada por sus culpas: no pensaban sino en desahogar sus infames pasiones, y en hacerse famosos por sus enormes delitos; como si no hubieran de morir, así despreciaban no solo á los peligros, sino á la muerte misma, que con las aguas entraba por las puertas y ventanas de sus propias casas. ¡Ah locos! ¡Ah insensatos! Sereis en el mundo no ménos famosos por vuestras culpas, que por el castigo que merecisteis.

12. Declamad quanto quisiereis, Señores, contra esos infelices, que yo me valdré de vuestras propias voces para reprehender á los que les imitais en los vicios, y en el descuido de prepararos á la muerte, no obstante los avisos con que Dios os da á entender su proximidad. No es menester que San Lucas os ponga delante de vuestros ojos á aquel jóven difunto hijo único de una viuda. Yo mismo desde este púlpito puedo señalaros los dos sitios en que perdieron el habla, el conocimiento, y despues la vida, dos jóvenes á quienes pudisteis conocer y tratar. Mas universal fué el estrago que causó el diluvio; pero no mas executivo, ni mas lastimoso que el que vieron nuestros ojos. ¿Y qué impresion hizo en vuestros ánimos? ¿Se convirtió Valencia á estas voces del cielo, como allá Ninive á las de Jonás? ¿Se desnudó las galas para vestir el saco y el cilicio? ¿Qué fueron casuales estos sucesos? ¿Como tambien la muerte de aquella que esta semana pasada enterramos en este sepulcro? ¿No nos dispiertan del letargo de la culpa golpes tan repetidos? Quién os asegura, que mañana ó esta tarde misma no ha de sufocaros una apoplexía? ¿Y os hallará bien preparados, bien dispuestos?

13. No intento, Señores, infundiros un temor pánico, sino un eficaz deseo de prepararos continuamente para la muerte, segun el consejo que nos dió Jesu-Christo por nuestro evangelista [1]. Ceñid vuestros lomos, dixo, tomad en

[1] *Luc. XII. v. 35.*

en vuestras manos antorchas encendidas, haced lo que hacen los criados diligentes, que aguardan á su dueño. Ceñid vuestros lomos, reprimiendo vuestras pasiones y deseos depravados, para estar mas prontos á ir á donde Dios os llame, al modo con que se ciñen el vestido y el cuerpo los que han de correr postas. Tomad en vuestras manos antorchas encendidas, exercitándoos en aquellas buenas obras que quiere el Señor que den motivo á la gloria de su Padre. Estad siempre dispiertos, vigilantes, como los criados que aguardan á su amo: no sea que quando el Señor toque con la muerte á vuestras puertas, os encuentre dormidos.

14. Pero el mejor medio para que la muerte os halle preparados, es el que procureis que os encuentre muertos. Mortificad vuestros sentidos: haced con ellos lo que la muerte hará á pesar vuestro. Cerrad esos ojos demasiadamente curiosos, ó apartadlos para que no vean las vanidades y pompas del mundo. Tapaos los oidos, para que no oygan las palabras lisonjeras ó satíricas que pueden desvaneceros, entorpeceros ó irritaros. Detened esos pies demasiadamente veloces para correr tras de los espectáculos. Retirad esas manos rapaces de los bienes agenos. Quitad con anticipacion la vida á vuestros sentidos, y con esto os dará muy poco que sentir la muerte.

15. No aguardeis á disponeros á los últimos trances de vuestra vida; porque debe ser grande vuestra prevencion, siendo el viage á la eternidad mas largo que el que habian de hacer los Israelitas á la tierra prometida. Estos por órden de Moyses llevaron á sus casas el cordero quatro dias ántes, para que con su balido les acordara el dia destinado á la marcha. Desde que nació vuestra naturaleza, os dice que sois mortales y viadores. El cordero de Israel, Christo señor nuestro os previene lo mismo. Oid ahora sus balidos, si no quereis que como leon de Judá ruja despues irritado contra vosotros, é instigue á que os acometa el otro fiero leon que, segun dice San Pedro [1], os circuye para devoraros.

16.

[1] *1. Pet. v. v. 8.*

16. No, Dios mio, no permitais que seamos despojo de sus garras: pues que prevenidos por las voces con que nos llamais, estamos prontos á recibiros, dulce esposo de nuestras almas. ¿Quándo vendreis, Señor, á sacarlas de la cárcel de nuestros cuerpos, para llevarlas á los alcázares celestes? No apetecemos las glorias y los placeres con que el mundo nos tuvo embelesados. El deseo de veros por toda una eternidad, nos hace parecer dulce á la muerte. No tardeis á venir, Señor, sino el tiempo que sea preciso para prepararnos dignamente. Mas, como vuestra gracia no necesita de dilaciones, ahora mismo puede inmutarnos; para que arrepentidos os digamos del íntimo del corazon, &c.

JACULATORIAS.

17. ¡Dulcísimo Jesus! El demasiado amor á los bienes de esta vida me ha hecho temer á la muerte. ¿Qué han de acabarse para mí los placeres? ¿Han de tener fin las vanidades? ¡O Dios mio! desengañadme, para que solamente ame vuestra bondad, y diga de lo íntimo del corazon, que me pesa de haberos ofendido.

¡Amabilísimo Jesus! Miéntras vivo en este mundo estoy expuesto al peligro de ofenderos. Solo la muerte puede hacerme constante en amaros. No la temo; pero temo vuestra justicia irritada por mis culpas. Perdonadme, Señor, y muera yo en gracia vuestra.

¡Benignísimo Jesus! Así vivo como si no hubiera de morir. ¡Ay! ¿Qué ha de encontrarme la muerte desprevenido, y he de condenarme? No, Dios mio. Prometo disponerme con la penitencia. Lloro mis culpas. Misericordia, Señor, misericordia.

PLÁTICA CIII.

DE LA DOMINICA XV. POST PENTECOSTEM.

Cum appropinquaret Jesus portæ civitatis, ecce defunctus efferebatur filius únicus matris suæ. Luc. VII. v. 12.

1. * En toda su historia evangélica manifestó San Lucas la mayor concision y energía, refiriéndonos en pocas palabras los mas admirables sucesos. Pero San Gregorio Nyseno [1] juzga que se excedió á sí mismo en el de la muerte y resurreccion del hijo de aquella ilustre viuda de la ciudad de Naim, que nos cuenta en el evangelio de este dia. Parece que quiso, como diestro pintor, reducir mucho á poco lienzo. Pues en dos líneas nos representa á un gallardo jóven que muere en la flor de su edad: á una madre que afligida llora perdidas con su único hijo todas sus esperanzas: á unos amigos y parientes que oficiosos la visitan, y piadosos la consuelan: y á todo esto añade la descripcion del mas solemne lúgubre funeral.

2. Ciertamente fueran melancólicas, Oyentes mios, las especies que dexaran impresas en vuestra imaginacion unas imágenes tan funestas, si el mismo San Lucas, como que mudando de pinceles ó de colores, de repente no nos pusiera delante de los ojos á la magestad de Christo, que lo llena todo de alegría, dexándose ver junto á la puerta de Naim, al tiempo que salen por ella los que llevan á enterrar á aquel difunto. Porque segun continua el evangelista, movido el Señor á misericordia de las lágrimas que iba derramando aquella muger empeñada á no apartarse de su hijo hasta dexarle en el sepulcro, y resuelto á aconsolarla la dice: Ea no llores: *Noli flere.* Luego acercándose al féretro, y mirando al cadáver con imperio le dice: Levántate: *Dico tibi surge.* Inmediatamente se levanta vivo el que estuvo muerto. Su madre se llena de regocijo, los de-

* 15. *de Setiembre* 1743. 3. *de Septiembre de* 1747.

[1] *S. Greg. Nys. Lib. de Hom. opif. cap.* 25.

demas de asombro, y todos á una voz, alabando á Dios, publican por Judea, concluye el evangelista, que Jesu-Christo es el Mesías, el gran profeta deseado y prometido: *Propheta magnus surrexit in nobis ... Deus visitavit plebem suam.*

3. Tambien vosotros, Señores, os admirarais, si me detuviera á ponderaros este suceso admirable por sí mismo y por sus circunstancias. Pero considero, que segun enseña San Agustin [1], Christo señor nuestro no hizo milagros por hacer milagros, sino para que siendo admirables á los que les vieran, fuesen despues provechosos á los que les entendieran: y así segun el consejo de este gran padre de la Iglesia, dexando la admiracion para los judíos, debo procurar vuestro aprovechamiento, buscando el sentido espiritual de aquel milagro. Y no será dificil encontrarle; pues San Ambrosio [2] en la Homilía sobre este mismo evangelio declara, que aquel jóven difunto en el féretro significa á un pecador hecho á la costumbre de pecar, y que aquel jóven resucitado significa á un pecador arrepentido. Mayor horror del que pudo causaros aquel jóven muerto, debeis tener á un pecador acostumbrado: mayor alegría de la que pudo causaros aquel jóven resucitado, debeis tener de un pecador arrepentido. Porque es deplorable la miseria del que llega á acostumbrarse á pecar, y por lo mismo es imponderable la misericordia del Señor quando le justifica. Este será el asunto de mi plática, y el de vuestra atencion.

Primera parte.

4. Aunque el bautismo sea una medicina que infaliblemente nos cura de la mortal enfermedad del pecado original, con que nacemos: con todo no es medicina, que infaliblemente nos preserve de enfermar por los pecados actuales. Porque miéntras somos viadores, aun quando somos mas amigos de Dios, estamos expuestos á caer en su des-

[1] *S. Aug. Serm. XLIV. de verbis Dom.*

[2] *S. Ambr. Lib. V. Coment. in c. 7. Lucæ.*

desgracia. ¡ O fatal condicion de nuestra naturaleza ! Pero mejor diré : ¡O inefable misericordia de nuestro Dios! Pues está pronto, segun enseña San Agustin [1] á perdonarnos, quando desde luego nos arrepentimos de aquellas culpas, que por nuestra fragilidad cometemos. Lo que no sucede, ni teneis que esperar, Oyentes mios, si despues de cometidas perseverais en ellas muchos dias. Porque Dios se enoja contra vosotros: con el tiempo los remordimientos de vuestra conciencia cesan: el horror que teniais á la maldad se disminuye: y su memoria ya mas halaga que aflige: con que se hace muy dificil el arrepentimiento. El pecado por instantes se va haciendo dueño de vuestro corazon, y le tiraniza: va adquiriendo mayor gravedad, mayor peso con que os derriba, os hace caer en nuevos pecados. Vosotros mismos hechos artífices de vuestra desgracia, eslabonais un delito con otro delito: ó para decirlo con el profeta, formais una doble cadena, que os aprisiona: sufrís el pesado yugo de Babilonia, que os oprime. Ya el pecado pasó á ser dura necesidad de pecar: ya los que pecabais por fragilidad, pecais de costumbre. ¡ Qué lástima !

5. Nuevo cruel género de muerte llama San Agustin [2] á la costumbre de pecar: *Genus mortis immane mala consuetudo appellatur.* Porque con nuevos pecados hiere mortalmente al pecador, que supone muerto, con aquella fiereza con que el verdugo destroza al infeliz á quien ántes quitó la vida. Ya que la costumbre no le priva de muchas gracias actuales, con que podria, recobrando la habitual, resucitar á nueva vida. Y poco á poco faltando al entendimiento las ilustraciones del cielo, la razon se obscurece, y la voluntad ciega sigue la tirana ley del apetito que la domina. Ni consulta, ni elige medios, ni aun tiene la que llamamos prudencia de la carne; pues ni distingue tiempos, ni lugares, ni personas, por dexarse llevar de su mala costumbre.

6.

[1] *V. S. Aug. Serm. XXIII. c. 8. & 9. T. V. c. 120. & ali.*

[2] *S. Aug. in Joan. Tract. XLIX. tom. 3. p. 2. c. 620.*

6. Todos, Fieles mios, sois testigos de esta verdad. ¡Oxalá no lo fuerais! ¿Acaso el vengativo de costumbre aplaca su ira por la mansedumbre del próximo que se le humilla? ¿El avaro se mueve de la extrema necesidad del pobre á socorrerle con alguna limosna, ó á lo ménos á prestarle sin usura? ¿El vano por no empobrecer sus hijos y familia repara en expender su hacienda en gastos, mirados á buena luz, superfluos? ¿El deshonesto por respeto á los templos, dexa de profanarlos con pensamientos y acciones torpes? ¿No vemos que junto al altar ofrece sacrificios, no á Dios, sino al ídolo de una ó de muchas mugeres? ¿No vemos que sus ojos centellean impurezas, miéntras el sacerdote quema inciensos para purificar el tabernáculo? Aquel continuo movimiento de pies y de todo el cuerpo, aquella constante variedad de ciertas estudiadas posturas, ¿qué otro fin tienen que provocar á lascivia? ¿Por todas sus coyunturas no arroja inmundas exhalaciones? Sí. Ese pecador hiede. No puede sufrirse el hedor que despide. Sáquenle de la ciudad, llévenle al sepulcro, como al difunto del evangelio.

7. Nuestro santísimo prelado Santo Tomas de Villanueva predicaba, que los pecadores que llegan á ser viciosos, ó á acostumbrarse á pecar, con la infamia de su nombre, y con el mal exemplo de sus obras y palabras ofenden y escandalizan al pueblo christiano, y como apestados debieran separarse de su comercio, para que no le inficionaran. San Pablo mandó á los Corintios que los descomulgaran de suerte, que ni trataran, ni comieran con ellos: [1] *Cum ejúsmodi nec cibum sumere.* Y así con razon se practicaba en los primeros dorados siglos de la Iglesia. Porque en verdad deben mirarse como perniciosos, y como incorregibles; pues una vez arraygada en ellos la mala costumbre de pecar, llegando á lo sumo de la iniquidad, segun se explica Salomon, hacen burla y desprecio de la divina justicia: [2] *Impius, cum vénerit in profundum malorum, contemnit.*

8.

[1] *1. Cor. v. v. 11.* [2] *Prov. XVIII. v. 3.*

8. Pero ahora parece que son ménos delicados los christianos de lo que fueron en otro tiempo: pues sufren en su compañía á los de unas costumbres las mas depravadas. ¿Con qué franqueza y libertad entran en aquellas casas que llamamos honradas, y tal vez rogados de los que no tienen vergüenza, sino gran gusto de verlos desvergonzados? ¿No basta el ser nobles ó ricos, para que sean, aunque los mas escandalosos, muy atendidos, y aun venerados en la república? ¡O Dios mio, O Dios mio! ¿cómo no tomais de vuestra cuenta el castigarlos con el rigor con que castigasteis á Nabuco? ¿Como no haceis que se endurezca su piel, que se erice su cabello, que crezcan sus uñas? ¿Cómo no los arrojais á las campañas desiertas, para que se apacienten en ellas como bueyes? ¿Cómo no les dais las apariencias de irracionales? Pues en sentir de nuestro santo ilustrísimo de Valencia, privados de la libertad de obrar segun razon, degeneraron en bestias: *Longa peccandi consuetúdine ratio depravata & corrupta fere totáliter in bruti naturam degeneravit.* [1]

9. ¿Y á qué género de brutos debemos compararlos, Oyentes mios? En nada se asemejan al caballo, que se mueve al impulso del acicate que le pica, ó se para al tiento de la rienda que le rige: pues obstinados en la mala costumbre, ni sienten los estímulos de su conciencia, ni sufren el freno de las divinas leyes: fieros indómitos corren las campañas de la iniquidad. Ni aun baxa con tanta fuerza hácia su centro la piedra que se desgajó del monte, como baxan esos infelices hácia el profundo de la mayor miseria: pues aquella se detiene en la superficie de la tierra, y estos no paran hasta el sepulcro del infierno, adonde los lleva el féretro de su perversa costumbre. No los lloreis como muertos, lloradlos sepultados. No hay que esperar que resuciten, se hizo imposible su enmienda. Mas no. Tened, que la misma magestad de Christo que desplegó los labios para decirle al difunto del evangelio que se levantara del féretro: para perdonar á los pecadores,

[1] *S. Th. Villan. Fer. VI. post Dom. I. Quadr. post med.*

res, los llama á penitencia: *Adolescens, dico tibi, surge*: que es la mayor prueba de su misericordia que he de ponderaros en la

Segunda parte.

10. Los pecadores que por medio del arrepentimiento desean pasar del infeliz estado de la culpa al de la gracia, segun decia San Agustin, deben evitar igualmente los dos extremos de presuncion y desesperacion: [1] *Nemo desperet, nemo de se præsumat.* Nada debeis confiar de vosotros mismos, Pecadores: porque, como habeis visto, por vuestras culpas repetidas os constituisteis en una fatal necesidad de obrar mal, y en una casi deplorable imposibilidad de obrar bien. Ni ménos temerarios debeis presumir que sin poner de vuestra parte el menor trabajo, y como á vuestro disgusto, ha de perdonaros Dios; porque irritado contra tan vana presuncion declara por boca del profeta Amós, que alguna vez convertirá á los humildes frágiles pecadores, pero rara ó ninguna vez á los obstinados damascenos, segun interpreta Santo Tomás de Villanueva: [2] *Super tribus sceleribus Damasci, & super quatuor non convertam eum.*

11. Mas no por eso, contemplándoos tan inclinados ó propensos á obrar mal, debeis desesperar de vuestra enmienda: *Nemo desperet*; sino tener la mas firme confianza en la infinita misericordia de Dios, sabiendo que se hizo hombre y vino al mundo por redimiros de la esclavitud del demonio; y sabiendo que en este dia resucitó á aquel jóven corporalmente difunto, por señal de que habia de resucitar á los pecadores espiritualmente muertos. ¿No oisteis como San Lucas nos refiere la diligencia con que el Señor iba hácia la ciudad de Naim, para encontrar con el difunto? ¿No oisteis la piedad con que acercándose al féretro y llamándole, le restituyó la vida y el habla? Pues creed que

[1] *S. Aug. Enar. in Ps. LXXIV. t. 4. c. 783. a.*

[1] *Amos I. v. 3.*

que hará otro tanto con vosotros, Pecadores, que os restituirá á su gracia, si reparando en que los ruegos y lágrimas de aquella madre afligida le movieron á misericordia, recurrís á la intercesion de María señora y madre nuestra. Pedidla humildemente que ruegue á su amado Hijo que os perdone. Pero miéntras María compadecida de vuestra miseria, ruega y como que llora por vosotros, ¿habeis de callar vosotros? No: no es razon. No solo debeis llorar, sino gemir altamente: porque habiendo caido en un profundo abismo, si no levantais la voz y esforzais los sollozos, ¿cómo, decia Santo Tomas de Villanueva, han de oiros en el cielo? *Qui abyso iniquitatis elisus est, si léviter clamat, quómodo in cælo vox ejus audietur?*

12. Con las primeras lágrimas que derrama un pecador de costumbre, y reo de muchas culpas, no consigue que Dios le perdone. Porque si la felicidad, que perdemos con un solo pecado, en sentir de San Agustin, la recobramos poco á poco, para que recobrándola desde luego, no tengamos por juego su pérdida: ¿quánto tiempo y quántas lágrimas son menester para reparar los daños que causó en nuestras almas una envejecida costumbre de pecar? ¿Qué sérias deben ser las reflexîones sobre la gravedad de nuestras culpas? ¿Qué eficaces los propósitos de no volver á cometerlas? ¡Qué mal hacen los que desde luego se dan por arrepentidos y perdonados! ¿A quántos engaña un dolor sensible, pero inconstante, pasagero? ¿Quántos se satisfacen con una confesion fria, ceremoniosa, y tal vez sacrílega, que solo sirve para inducir en la conciencia una fatal calma, pronóstico cierto del mas próximo naufragio?

13. Y aun quando lograis que el Señor os perdone, y os restituya á la vida de la gracia, quedais con la obligacion de aplicar eficaces medicinas á las llagas que dexaron en vuestras almas las culpas. Debeis borrar con la contemplacion de las divinas perfecciones aquellas torpes imágenes de los pasados gustos, que tenaz conserva la memoria: sufocar con la mortificacion de los sentidos aquellas complacencias, que, como víboras abrigadas en el pecho, al me-

menor descuido muerden, cortar con la espada de las virtudes la soga de las perversas costumbres, que atados os llevan al mas infame suplicio. Y sobre todo á la voz del Señor que os llama, debeis salir del féretro, quiero decir, del peligro, de la ocasion próxîma en que yaceis, pecadores: *Adolescens, tibi dico, surge.*

14. Aquí declama Santo Tomas de Villanueva contra los hombres muy cuidadosos de la salud de sus cuerpos, y muy descuidados de la salud de sus almas. Apénas están enfermos, quando ya lo conocen; y apénas lo conocen, quando ya procuran curarse. ¿Quién es el hombre cuerdo, dice el santo, que no procura atajar la enfermedad en su principio? ¿Quién dexa que se haga grave para aplicarla el remedio? Y una vez que lo sea, ¿quién dexa de tomar las bebidas mas amargas, de sufrir los caústicos mas atroces para curarla? Y una vez curada, ¿quién dexa de guardar la mas rígida dieta para conservar la salud? ¡Pero quán de otra suerte procedeis en las enfermedades de vuestra alma! Cometeis una culpa mortal que basta á quitarla no solo la salud, sino la vida, y estais como si no estuvierais mortalmente heridos, y por lo insensible estais como si no estuvierais muertos. ¿Qué horror, qué inquietud os causa la culpa? ¿Qué diligencias haceis para encontrar con la penitencia el remedio? Huís de ella, y buscais las ocasiones de cometer otros pecados que os hacen pecadores de costumbre.

15. Tal vez entónces compadecido Dios de vuestra miseria, os hace conocer quán grave es el mal que padeceis. ¿Pero desde luego os determinais á usar del remedio correspondiente, á exercitaros en las virtudes opuestas á los vicios adquiridos con la mala costumbre? ¿En la humildad, si sois soberbios: en la misericordia y liberalidad, si sois avaros: en la mortificacion, si sois lascivos? Pues es preciso hacerlo así para curar, siendo en el arte de la medicina espiritual infalible aquel proloquio: *Contraria contrariis curantur.* ¡Mas ay! ¡Quán dificil, quán costosa os será la aplicacion de ese remedio! Mas á cuenta os estará el valeros de él en los principios, quando comenzeis á

sentir que se desordenan vuestras pasiones, quando será infalible y executivo: *Principiis obsta, seró medicina paratur &c.*

16. Pero si por vuestra desgracia yaceis en el féretro de una perversa costumbre, procurad levantaros á toda costa: porque en eso estriba vuestra mayor dicha. ¡Qué! ¿dexaréis que los demonios os lleven en este féretro á enterraros en los infiernos? ¿Y mas quando la magestad de Christo os sale al encuentro, y os ofrece los auxîlios de su gracia? ¿Qué aguardareis á mudar de vida, y de costumbres, para quando esteis próximos á la muerte? No hagais tal, que sois perdidos. Aprovechaos de esta ocasion, y de la misericordia que el Señor usa con vosotros, cooperando á sus auxîlios con las obras y afectos de vuestro corazon. Quisiera que fueran tan fervorosos, que los que entrasteis en este templo muertos, como aquel jóven, salierais, vivos como él, y que agradecidos á la fineza que el Señor os hace, no cesarais de llorar las injurias que le habeis hecho. Comenzad ahora mismo, y desconfiados de alcanzar el perdon por vuestra indignidad, implorad el patrocinio de María abogada nuestra. Vuestro nombre, Señora, nos dice, que sois la estrella que en este mar del mundo nos guia para que lleguemos al puerto del cielo. Alumbradnos, para que evitemos los escollos, nos libremos del naufragio. No apartaremos de vos los ojos. No se caerá de nuestra boca vuestro sagrado nombre. Vírgen María, asistidnos: Vírgen María, amparadnos. Dulcísimo Jesus, perdonadnos. Misericordia, Dios mio, &c.

JACULATORIAS.

17. ¡Dulcísimo Jesus! ¡Qué pudiera hacer costumbre de ofenderos! ¡Qué deplorable fué mi desgracia! Bien lo conozco, y afligido lloro amargamente. Perdonadme, Señor, misericordia.

¡Benignísimo Jesus! ¿Qué puedo volver á vuestra gracia, despues de haberos ofendido tantas veces? ¡Qué inefable es vuestra misericordia! Para alcanzarla digo de

lo

lo íntimo del corazon, que me pesa de haber pecado. Perdonadme, Señor.

¡Amabilísimo Jesus! ¿Qué puedo aguardar para mudar de vida, y de costumbres, quando vos me llamais á vuestro servicio? Voy corriendo á postrarme á vuestros pies, y arrepentido os prometo no ofenderos mas.

PLÁTICA CIV.

DE LA DOMINICA XVI. POST PENTECOSTEM.

Respondens Jesus dixit ad Legisperitos & Pharisæos, dicens: Si licet sabbatho curare? At illi tacuerunt. Lucæ. cap. XIV. v. 3. & 4.

1. * No siempre nos proponen los evangelistas á la magestad de Christo entre pobrecitas turbas: en este dia le hallamos rodeado de fariseos en la casa de su propio príncipe. Segun esto querrán ellos reconciliarse con el Señor, de quien se declararon enemigos, pues le convidan á su mesa. Querrán confesarle Dios verdadero, pues le ponen delante un hidrópico para que le cure. Pero no: no hay que creerles: está conocida su malignidad. Se acercan, se familiarizan con el Señor, para mejor notar y fiscalizar sus palabras y acciones; y quando ven que está para curar al hidrópico en el dia de sábado, interiormente le acusan de que quebranta el precepto de su observancia. El Señor que registra sus corazones, se da por entendido del cargo, y responde preguntando: ¿Qué no es lícito curar á los enfermos en sábado? Ellos callan, y el Señor les recarga con otra pregunta: ¿Quién de vosotros, dice, dexa de sacar en sábado el bagage que se le cayó en un charco ó en un pozo? ¿Acaso pues los brutos son mas acreedores á nuestra piedad que los hombres? ¿Qué decís? Nada, nada pudieron responder los fariseos. Y así dió sa-

* 10. *de Septiembre* 1741. 2. *de Septiembre* 2742.

salud á aquel pobrecito hidrópico, y al mismo tiempo nos dió exemplo para que sufriéramos con paciencia las calumnias; pues hasta su mas loable misericordia llegó á ser reprehendida de la malicia.

2. Aunque el mundo, Señores, llame rigor á vuestro zelo, mezquindad á vuestra parsimonia, hipocresía á vuestra devocion: aunque el mundo, Señoras, os llame rústicas inciviles á las que aborreceis la ociosidad, y os apartais de aquellas conversaciones y comercios, en que tanto peligra la pureza: no os cause novedad, ni os perturbe; porque siempre ha sido maligna, detestable su conducta. El mismo mundo despues de haber tenido á gran culpa que los apóstoles, rudos pescadores, se sentaran á la mesa ántes de lavarse las manos, se atrevió á fiscalizar á su inocentísimo maestro. Los fariseos le acusan que come y bebe con los publicanos y pecadores que convierte: que trata con las mugeres perdidas que recoge: y llegan á reprehenderle, porque cura en sábado á los enfermos.

3. Gran consuelo, Christianos mios, para quando os veais despreciados, calumniados, perseguidos; pues sois semejantes á vuestro divino maestro, que fue tratado como sedicioso, hipócrita, endemoniado. Gran maldad la de los maldicientes que hablan mal, é intentan desacreditar las virtudes mismas; pues son como las arañas que sacan veneno de aquellas flores, de donde chupan miel las abejas: son en todo semejantes á los fariseos, que tenian por escandalosas las mas santas acciones de Jesu-Christo. Y aun quando son ciertas las faltas de vuestros próximos, no podeis echarlas al público, ni descubrirlas en secreto: es grave delito. Y en caso de haberlo hecho, debeis reparar la injuria: es obligacion precisa. Este será todo el asunto de mi plática, en cuya primera parte os persuadiré á que no seais maldicientes. Y en la segunda á que estais obligados á remediar el daño que habeis causado, siéndolo.

Pri-

Primera parte.

4. Entre todos los teólogos que hablan de la maledicencia ninguno la explica mejor que el angélico maestro Santo Tomas [1], quando despues de haberla dividido en contumelia y detraccion, nos enseña, que la contumelia es aquella palabra ó accion con que publicamente se quita el honor al próximo; y que la detraccion es la que quita ó disminuye en secreto su fama. Y segun esta doctrina establece con razon, que tanto la contumelia, como la murmuracion por su naturaleza es pecado mortal; porque son de sumo precio y estimacion el honor y la fama que quitan. Y porque directamente se oponen á la caridad, que es, á juicio del mismo ángel maestro, la mejor seña para conocer la gravedad de la culpa.

5. Decia San Agustin, que el hombre, compuesto de cuerpo y alma, es en dos maneras objeto de la caridad christiana. La caridad le socorre en sus necesidades corporales: si está desnudo, le viste: si está hambriento, le alimenta: si está en la cárcel, le visita. La caridad sirve de ojos al ciego: de manos al manco: de pies al paralitico: es un remedio universal á las enfermedades del cuerpo: y lo es igualmente eficaz á las del alma. Si un hombre vive entre las tinieblas de la ignorancia, la caridad le alumbra. ¿Desfallece al rigor de una pena? la caridad le alienta. ¿Lleva una vida escandalosa? la caridad le corrige. Sencilla, no piensa mal de nadie: generosa, se alegra de la virtud agena: tranquila, sufre á los pecadores, y aguarda su conversion: libre de orgullo y odio, encubre aquellas faltas que no puede curar.

6. Estas nobles propiedades atribuyó el apóstol á la caridad, y todas las contrarias convienen á la maledicencia. Sospechosa, siempre piensa mal de sus próximos. Impaciente, precipitada, publica sus defectos. Envidiosa, se alimenta de sus flaquezas. Soberbia, se eleva sobre agenas ruinas. Cruel, en lugar de endulzar las llagas del próximo, las

[1] *S. Th.* 2. 2. *q.* 72. & 73.

las vuelve incurables. Con todo si creemos á los mas finos maldicientes, no es la envidia, el orgullo y el odio el que les hace hablar, sino la gloria de Dios, el honor de la Iglesia, y el bien comun. En su dictámen no es malo irritar á los pecadores á fin de corregirles, y quando no tomen el consejo que se les da, es bueno hacer saber al mundo lo que son.

7. Baxo este espacioso pretexto, los que al parecer son mas virtuosos son á veces los primeros que se toman la fatal libertad de publicar las faltas agenas. Luego que un hombre, dice San Gerónimo, comienza á vivir una vida regular, luego que una muger está reputada por devota y modesta, piensan haber adquirido derecho á censurar las vidas agenas: y jamas se les cae de la boca la gloria de Dios, el honor de la Iglesia, y el bien comun, como si su maledicencia no se opusiera á estos fines que fingen proponerse. Se opone á la soberanía de Dios, á quien privativamente toca juzgar de nuestras acciones. Se opone al honor de la Iglesia, que se funda en el honor de sus miembros. Se opone al bien comun, que se interesa en defender no ménos la reputacion que la vida de sus ciudadanos. Y se opone su maledicencia al amor del próximo: pues si verdaderamente le amaran, no le quitaran el honor y la fama, sino que á solas le corrigieran.

8. Quando Josef impaciente de darse á conocer á sus hermanos, hizo salir á los demas para decirles á solas: Yo soy Josef á quien vendisteis, acreditó claramente el fino amor que les tenia. Quiso, dice Philon hebreo, que se acercaran sus hermanos, y que se apartaran los egipcios, para que estos no tuvieran la menor noticia de la crueldad de aquellos. Así debeis executarlo, Señores, con vuestros próximos, si quereis que crea que es la caridad la que os mueve á proferir sus faltas. Porque de otra suerte, diré con San Efren [1], que la envidia que teneis á su honor y fama, os mueve á publicarlas. Y si solo en secreto, y á tono de lástima las descubrís á otro, no por eso os librareis de la grave culpa de maldicientes. No será contumelia vues-

[1] *S. Ephr. de Malo ling.*

vuestra maledicencia, pero será murmuracion. Serán vuestras palabras como el áspid que sin estrépito à sordas muerde: como una bebida en que el arte disimula el veneno. Sereis como el cocodrillo que llorando atrae à los incautos. Será vuestra conducta no solo culpable à los ojos de Dios, sino villana à los ojos del mundo.

9. Si quereis perder à vuestros próximos con honra à lo gentil, no os finjais lastimados de sus delitos, no busqueis el secreto para descubrirlos: declaraos sus enemigos, y acusadles en público. Así lo practicaban los antiguos. Quereis como christianos hacer bien à todos vuestros próximos? El medio no es costoso: proponedles sus faltas, y aconsejadles la enmienda. Así sereis el Samuel de los Saules, el Nathan de los Davides, el Aquias de los Jeroboanes, el Miqueas de los Acabes, así usareis de aquella autoridad que os da Dios en el evangelio. Y á lo ménos si no teneis zelo para corregir fraternalmente las faltas de vuestros próximos, calladlas.

10. No ha sido, me direis, la envidia, ni el odio la causa de haber descubierto los delitos agenos: lo ha sido la ligereza de nuestro genio, y la precipitacion de nuestra lengua. Así lo creo; mas no por eso, dice mi ángel maestro, dexa de ser grave vuestra culpa. Porque sabiendo que es habitual vuestra loquacidad y ligereza, debierais tomar las precauciones necesarias para corregirla: debierais haceros violencia para callar, é imponeros alguna pena de haber hablado mal: debierais confesar vuestra inconsideracion, y manifestar que os desagrada, para que siendo de alguna manera involuntaria, fuera ménos culpable vuestra maledicencia. Pero viendo que dais à vuestra lengua la licencia de decir todo lo que quiere, que no teneis cuidado de corregirla, ni de reparar el daño que causa ¿cómo puedo dexar de creeros culpados?

11. Si alguno de vosotros dueño de un perro que acomete á todos, le tiene siempre atado á una cadena, aunque sin poderlo prevenir la rompa, y muerda á algunos, nadie le dará la culpa. Pero si le tiene suelto, es por ley responsable á todos los daños que causa. Vues-

tra lengua, Señores, es un perro rabioso, ó como se explica San Jayme, una feroz bestia, que una vez suelta acomete á vuestros próximos, y les quita el honor y la fama. Atadla fuertemente á la cadena de la caridad. ¡Mas ah! me direis, ¡que suelta por nuestro descuido se arrojó á herir á muchos! ¿Qué haremos? Dar toda aquella satisfaccion á que estais obligados, segun vereis en la

Segunda parte.

12. Confieso, Oyentes mios, que esta proposicion me hace temblar. Si la maledicencia fuera un pecado, cuya reparacion fuera fácil, ó siendo dificil, pudiera suplirse con otros medios, tuviera motivo para consolarme. Pero quando por una parte se me representa que las heridas que causa este pecado, moralmente hablando, son incurables, y por otra se me propone que los padres y teólogos unánimes defienden que es incapaz de perdon el maldiciente que no quiera reparar el mal que hizo á su próximo: confieso otra vez que tiemblo, y me aflijo sin consuelo.

13. Almas timoratas, que teneis la dicha de no estar comprehendidas en la funesta culpa de la contumelia ó murmuracion, no me creais á mí, creed al Espíritu Santo que os da este consejo. Tened gran cuidado, dice, de no pecar con la lengua: no sea mortal incurable vuestra caida. [1] *Attende ne forte labaris in lingua: : : & sit casus tuus insanábilis in mortem.* Tened gran cuidado de vuestra lengua: el peligro de caer en la maledicencia es grande. Vuestras pasiones, el orgullo, la avaricia, la envidia, enemigos domésticos: el demonio, el mundo, vuestros amigos, enemigos externos, os estimularán, á que hableis mal de vuestros próximos: *Atténde ne forte labaris in lingua.*

14. Tened gran cuidado con vuestra lengua. Son funestas dificiles de remediar las conseqüencias que traen consigo sus excesos. ¿Bien hareis todo lo que es menester

[1] *Eccli. XXVIII. v. 30.*

ter para ser dignos del perdon ? ¿ Os desdireis de lo que habeis dicho de vuestros próximos ? ¿ No tendreis horror á desacreditaros en el mundo ? ¿ Bien querreis ser tenidos por ligeros, por calumniadores ? Y supongo que por salvaros hareis quanto se os manda, ¿ acaso conseguireis restituir la fama que quitasteis ? El mundo que con tanta facilidad cree lo malo, y con tanta dificultad lo bueno : el mundo perverso, que por autorizar sus desórdenes, se alegra de los escándalos : el mundo, de cuya maligna censura no están exêntos los mas virtuosos : este mundo, digo, ¿ se dexará desengañar quando vosotros direis que os engañasteis ? Unos pensarán que el confesor os negó la absolucion, y otros que alguna conveniencia particular os hace mudar de lenguage. ¿ Cómo pues volvereis la reputacion que quitasteis á vuestros próximos ? ¿ Cómo repararéis el daño que causasteis, haciendo perder á aquella muger un casamiento, á aquel hombre una dignidad ? ¿ Cómo hareis mudar de color á aquellos que denigrasteis con la maledicencia ?

15. Moyses (es reflexîon de Orígenes) para manifestar con milagros el poder de Dios que le enviaba à dar la libertad à su pueblo, arrojó en tierra la vara que tenia en la mano, y se convirtió en culebra : levantóla del suelo, y luego recobró la primer forma de vara. Los magos de Faraon quisieron hacer otro tanto, pero no pudieron. Bien convirtieron en culebras sus varas ; pero con todos sus encantos no pudieron darles su primer forma de varas. Lo mismo que à estos magos sucede à los maldicientes. Con facilidad desfiguran à sus próximos : los transforman en culebras horribles ; pero no pueden tan fácilmente restituirles el honor y la fama que les quitaron : es casi invariable el primer juicio de su deshonra.

16. Mas no por la gran dificultad que hay en volver la reputacion del próximo, se disminuye la obligacion de hacer el mayor esfuerzo para conseguirlo. Es indispensable esta obligacion. Aunque tengais el mas vivo dolor de haber murmurado, y el mas firme propósito de no murmurar, como no hagais lo posible para reparar el daño

que causasteis en vuestro próximo, no alcanzareis el perdon de vuestra culpa. Es obligacion personal. La hacienda hurtada puede restituirla el confesor, ú qualquiera otro: la honra, y la fama que quitasteis debeis restituirla personalmente. Vosotros mismos debeis buscar á aquel ó á aquellos á quienes descubristeis el delito ageno, para decirles que fue falso lo que dixisteis: todo pecado puede llamarse falsedad, añadiendo á la retractacion los mayores abonos del sugeto que desacreditasteis.

17. Esta obligacion es inconmutable. Las oraciones, las lágrimas, las penitencias, las limosnas os serán inútiles sin la restitucion que os prescribe la justicia: obligacion executiva, que no sufre dilaciones. Porque la infamia con el tiempo se divulga, se aumenta: la llaga se corrompe y cancera; y así pide el mas pronto eficaz remedio. Quiera Dios que hagais la debida reflexion sobre estas circunstancias, para que concibiendo un justo horror á la gravedad de la contumelia y murmuracion, y á lo funesto de sus efectos, pongais freno á vuestra boca, y peseis muy bien todas vuestras palabras.

18. Pero no quisiera, Señores, que lo que habeis oido perturbara vuestras conciencias, haciéndoos juzgar que es pecado mortal el descubrir las mas ligeras faltas de vuestros próximos. No: la misma parvedad de la materia, que no basta á quitar la fama, tampoco basta á hacer grave la culpa. Ni ménos quisiera que confundierais la maledicencia con la invectiva. Hay notable diferencia entre descubrir los delitos del próximo, y culparlos quando son públicos. Aquello es maledicencia, esto es zelo. He oido á muchos empeñados en decir que todos son buenos. Llevan á ahorcar á un asesino, y dicen que le tienen por inocente, sin reparar que con esto hacen delinqüentes á los jueces que le condenaron. Ven una accion evidentemente escandalosa, y se ingenian como disculparla, sin advertir que con esto inducen á los que les oyen á que hagan otro tanto. No es esta conducta conforme á la caridad, cuyo zelo nos obliga á aborrecer y á declamar contra las públicas maldades. No es con-

conforme á la justicia; pues quita á la virtud las alabanzas que da al vicio. No es conforme á la razon, que prescribe el medio entre la maledicencia y la lisonja. No ménos amenaza Isaías á los que llaman bueno à lo malo, que á los que llaman malo á lo bueno: [1] *Væ vobis dicéntibus bonum malum, malum bonum.*

19. Entre estos dos extremos debeis caminar, Oyentes mios, condenando y reprehendiendo las maldades públicas, y encubriendo las faltas ocultas de vuestros próximos. Vos solo, Señor, podeis contener las lenguas de aquellos y aquellas que todo el dia emplean en hablar de las faltas que curiosos descubren. Vos, Señor, podeis romper las plumas de los que con sátiras y libelos famosos desacreditan lo mas venerable. Vos, Señor, podeis poner á nuestras bocas aquella centinela que os pedia David para la suya: [2] *Pone dómine custodiam ori meo.* Hacedlo, Dios mio, para bien del mundo maldiciente: hacedlo por intercesion de vuestra madre María, cuyo sagrado nombre veneramos en este dia. Pedid, Señora, á vuestro Hijo que nuestra lengua se emplee siempre en alabanza suya y vuestra. Bendito, y alabado sea vuestro nombre, y el de vuestro hijo Jesus: séalo por toda una eternidad de gloria, &c.

JACULATORIAS.

20. ¡Amabilísimo Jesus! Vuestra caridad me enseña á disimular, y encubrir las faltas de mis próximos; pues venisteis al mundo para remediarlas. Prometo, Señor, no publicarlas, como Vos me asistais con vuestra gracia. Concededmela, Dios mio.

¡Soberano Redentor mio! Mas fácilmente nos perdonais las ofensas que os hacemos á Vos, que las que hacemos á nuestros próximos. ¡O benignidad infinita! Os amo, Señor, sobre todas las cosas, y me pesa de haberos ofendido.

¡Dios y criador mio! No he de emplear la lengua que

[1] *Isai. v. v. 20.* [2] *Ps. CXL. v. 3.*

que me disteis en injuriar á mis próximos, sino en alabaros y bendeciros. Sea bendito y alabado vuestro santísimo nombre. Concededme la dicha de que os alabe por toda una eternidad. Misericordia, Dios mio, misericordia.

PLÁTICA CV.

DE LA DOMINICA XVI. POST PENTECOSTEM.

Cum intraret Jesus in domum cujusdam príncipis Pharisæorum sábbato manducare panem, & ipsi observabant eum. Lucæ cap. XIV. v. 1.

1. * No hay que pensar que la virtud pueda exîmirse de la envidia, ni que la gloria se eleve tan alto que no pueda alcanzarla la maledicencia. No hay que pensar, que así como en el mundo hay un cierto punto en que la aguja náutica muda de inclinacion, dexando de mirar á un polo por volverse hácia el otro: así tambien haya en la virtud un cierto estado que tenga fuerza de mudar la envidia en admiracion, la maledicencia en alabanza. Lo que nos refiere el evangelista San Lucas no nos permite formar tan buen concepto del genio de los hombres; pues nos dice que la magestad de Christo entró convidado á comer en casa de uno de los principales fariseos; y quando parece que todos, depuesto el odio que le tenian, debieran tratarle de buena fe, con sinceridad y con cariño: al contrario con maligna curiosidad se ponen á observarle, á asechar sus acciones y palabras, por ver si encontrarian alguna que comprobara el iniquo temerario juicio que habian hecho: *Observabant eum.* Y quando parece, que á lo ménos no hallando las pruebas que buscaban, debieran deponer el juicio y enmudecer, se obstinaron en juzgar que era un malvado, y en publicar que lo era tanto como aquellos con quienes trataba para

* *27 de Septiembre 1743.*

para convertirlos, segun nos dice el mismo evangelista: [1] *Quia hic peccatores récipit.*

2. No hay que pensar, vuelvo á decir, que las virtudes de los hombres tengan la exêncion ó privilegio que no gozaron las mas excelentes, las de Jesu-Christo; ántes bien me atrevo à comparar la maledicencia à aquel fantasma, que segun fingen se apareció á un anciano, y poniéndole delante un vaso lleno de veneno, le dixo: Si bebes, morirás, y si no bebes, no dexarás de morir. Pues la maledicencia como que nos propone la misma alternativa: si obrais mal se hablará mal de vosotros; y si no obrais mal, no por eso se dexará de hablar mal. De suerte que la costumbre tan introducida en el mundo de maldecir y perseguir à la virtud, debe hacer indiferente la maledicencia á los virtuosos; pero debe al mismo tiempo causar la mayor confusion en los maldicientes, que no aciertan á ver cosa hermosa que no intenten afearla.

3. En otra ocasion os hice ver quan graves son los daños que causa la maledicencia, y quan grave es la obligacion de repararlos. En esta tarde intento hacer anatomía de la maledicencia, dividirla en partes, y averiguar su orígen, su progreso, y su término. Regularmente se mira como un delito de la lengua; pero son cómplices en ella el corazon y las manos. Porque ¿no es el corazon el que la concibe en juicios temerarios? ¿No es la boca quien la pare en detracciones ó murmuraciones? ¿No son las manos las que la sustentan con venganzas? Bien acreditan esta verdad los fariseos, que en este dia juzgaron mal de Jesu-Christo, luego hablaron mal de Jesu-Christo, y ultimamente trataron mal á Jesu-Christo. Pero aun quiero manifestaros las causas del orígen, del progreso, y del término de la maledicencia, haciéndoos ver que la precipitacion es causa de que juzgueis mal de vuestros próximos, la pusilanimidad lo es de que hableis mal de ellos, y el odio es causa de que los trateis mal. Esta extraña horrorosa complicacion de males ha de ser el asunto de mi plática, y de vuestra atencion.

Pri-

[1] *Lucæ XV. v. 1.*

Primera parte.

4. Aunque Dios se haya ostentado tan liberal con los hombres, que produciéndolos á su imágen y semejanza, les comunicó muchos de sus atributos, y perfecciones, con todo se reservó para sí la gloria, la venganza, y el juicio. Pues en el sagrado libro de Isaías [1] nos dice, que à nadie comunicará su gloria: en el de los Salmos [2], que le es privativa la venganza; y por boca de San Pablo añade que á él solo le toca el juzgarnos. [3] Es verdad que à los que ha constituido príncipes en la tierra les ha concedido la autoridad de juzgar de las culpas y méritos de sus vasallos, para castigarlos ó premiarlos. [4] Pero San Pablo no habla de este juicio, ni yo tampoco, Oyentes, mios, sino de aquel que quereis hacer de la bondad ó malicia que encierran en su corazon vuestros próximos. Ese juicio se le reservó Dios para sí solo, no queriendo daros ojos bastantemente perspicaces para sondar un abismo tan profundo, para penetrar una region tan lóbrega, como la del corazon humano.

5. Así como el real profeta nos describe á Dios colocado sobre un trono de nubes que le circuyen, y le hacen invisible: así tambien San Agustin [5] se figura al corazon humano rodeado de tinieblas tan espesas que la Iglesia ilustrada del Espíritu Santo no se atreve á juzgar de sus afectos; sino que aguarda á que llegue el dia del juicio, dia de la manifestacion y revelacion de los corazones, en que Dios como que abrirá sus puertas, para que todos entren á registrarlos. Querer ántes hacer juicio de vuestros próximos, persuadirse que son malos sin fundamento, ó con un fundamento leve, es temeridad, es precipitacion, es exponeros á un manifiesto peligro de engañaros. Y en efecto ¿quántas veces habeis juzgado que vuestra criada os quitó la prenda que os faltaba; y des-

[1] *Isai. XLII. v. 8.*
[2] *Ps. XCIII. v. 1.*
[3] *Ad Rom. II. v. 2.*
[4] *Sap. VI. v. 4.*
[5] *S. August. Enar. in Ps. CXXXIV. n. 16. & al.*

despues ó la encontrasteis, ó descubristeis que era otro el que la habia hurtado? ¿Quántas veces habeis pensado que una comunicacion era indecente correspondencia; y despues supisteis que era parentesco ó amistad honesta? Pues en esos casos y en otros semejantes en que la materia es grave, vuestro juicio à mas de temerario, es injusto, es pecado mortal; porque para con vosotros por vuestra culpa pierde el próximo el honor à que tiene derecho.

6. Quando la accion es evidentemente mala, debeis juzgar que lo es: quando solo hay indicios de que es mala, debeis despreciarlos, y juzgar que es buena: quando hay duda de si es buena ó mala, debeis suspender el juicio, mientras dura la duda, y hacer lo posible por determinaros á la mejor parte, segun el consejo de San Agustin [1]; y en caso de que erreis, será vuestro error loable y generoso, como decia San Paulino [2]: *Quanto laude dignus error etiam de malis bene judicare.* Pero no sé qué maligno instinto os inclina à muchos à pensar lo peor de vuestros próximos. Se me representais, decia San Ephren, semejantes à los cuervos, que descubriendo en el campo diferentes manjares en que poder apascentarse, pasan volando hasta encontrar un cádaver en que cebarse. Pues asimismo la malignidad ó la envidia depravando vuestro gusto os hace apetecer las faltas agenas, para fixar en ellas toda la atencion y censurarlas.

7. Por mas corrompido que esté el mundo, no dexa de haber en él hermosas flores, que no ha marchitado la tempestad del siglo. Vírgenes castas, ministros íntegros, sacerdotes zelosos, penitentes sinceros, mugeres fuertes, christianos exemplares. ¡Mas ah! bellos agradables prados, jardines odoríferos de la esposa, no sois vosotros adonde baxan los malignos cuervos, que solamente buscan cadáveres hediondos. Y si alguna vez se paran sobre vosotros, es à fin de descubrir alguna falta que sea ma-

te-

[1] *S. Aug. Lib. II. de Serm. Dñi. in morte.*

[2] *S. Paulin. Epist. 4.*

teria à la voracidad de sus juicios temerarios. Bien conocen la integridad de aquel ministro, à quien ni el oro, ni los empeños doblan à cometer una injusticia; pero mas que en eso reparan en su natural lentitud, que llaman negligencia. Bien conocen el recogimiento, la misericordia, la sabiduría de aquel sacerdote; pero mas que en eso reparan en la cortedad de su genio, que llaman inaccion, ó en su prontitud, que llaman vehemencia. Bien conocen la modestia, la piedad, la buena economía de aquella madre de familias; pero mas que en eso reparan en la abstraccion de visitas, que llaman rusticidad, en el ahorro de gastos supérfluos, que llaman miseria.

8. ¡Ah malditos cuervos! mejor os estuviera, y nos estuviera à todos el que nacierais ciegos: no fuerais tan perniciosos. ¡Que siempre hayais de torcer la vista, y el pico hácia lo malo! ¡Que no hayais de gustar de lo bueno! ¡Ah infelices fariseos! ¡Que estando tan cerca de Jesu-Christo, y pudiendo admirar y imitar sus virtudes, hayais de observar sus acciones y palabras, para que sean asunto à vuestros juicios temerarios! Vuestro carácter es el mismo que da el Espíritu Santo á los maldicientes. Se insinuan en las conversaciones, entran familiarmente en las casas, no con otro designio que el de observar lo que se hace, y se dice en ellas: *Ingrediebatur ut videret.* A veces callan, à veces se dexan caer alguna palabra que sirve como de xabon para que resbalen los incautos, y al mismo tiempo allá dentro en su memoria escriben lo que ven y lo que oyen, recogen un funesto tesoro de faltas, que luego despues saliendo fuera, villanos divulgan con desdoro de sus próximos: *Egrediebatur foras & loquebatur*: que es el segundo grado de la maledicencia.

Segunda parte.

9. Entre los movimientos del corazon humano, algunos tienen tal nobleza que del órden de las pasiones pueden pasar al de las virtudes, como sucede en la cólera

que

que santificó Jesu-Christo, armándose de ella contra los que profanaban la casa de su padre. Pero entre los mismos movimientos del corazon hay otros tan viles é infames, que nadie puede hacer un buen uso de ellos, nadie puede transformarlos en virtudes, como sucede en la pusilanimidad siempre viciosa y siempre indigna, fatal causa de la detraccion ó murmuracion, con que explica la lengua la malignidad del ánimo.

10. Porque al mismo paso que en sentir de Ciceron, el varon magnánimo, penetrado de grandes ideas, rara vez alaba ó vitupera á otros con demasía: al contrario el pusilánime es un lisonjero que alaba à los que le pueden hacer bien, un maldiciente que vitupera à los que le pueden hacer mal. Reconociéndose pobre de méritos teme que los de su próximo le desluzgan, y perjudiquen: procura pintarlos en diminucion, como dice San Bernardo [1], toma en su lengua la balanza, y poniendo en una parte las perfecciones que no puede negar, coloca en la otra las faltas que finge ó encuentra, y añadiendo todo el peso de su maledicencia, cae el próximo, para subir él en el concepto de las gentes. ¡ Débil, flaco fundamento, decia Tertuliano, de una reputacion que se levanta sobre las ruinas de otros! Acaso preguntaba San Juan Chrisóstomo [2], ¿ acaso maldiciente, el lodo que arrojas en el rostro de tu hermano te hará mas hermoso? ¿ Por ventura la mala opinion, que induces, de este humilde publicano, dará mas esplendor à tus virtudes farisaycas? No: cierto es que no. ¿ Pues qué intentas con tus detracciones? ¿ Cómo permites que explique la lengua la malignidad de los juicios que concibió tu depravado corazon?

11. Es muy dificil, Señores, que los que curiosos de vidas agenas las averiguan para juzgar lo peor, despues ligeros no lo publiquen. Porque si la precipitacion los hace temerarios en sus juicios, la pusilanimidad y la envidia los hace maldicientes en sus palabras. Yo los comparo

[1] *S. Bern. de Divers. Serm. XVII. & in Can. Serm. XXIV.*
[2] *S. Joan. Chrys. in Epist. ad Rom. Hom. VIII. n. 8.*

paro à aquella piedra que derribó la estatua de Nabuco. Nos refiere Daniel, [1] que este monarca vió entre sueños una estatua, que tenia la cabeza de oro, el pecho de plata, los muslos de cobre, y los pies de barro; y que asimismo vió que una piedrecita desgajándose de un monte vecino fue rodando hácia la estátua; pero no dió el golpe en la cabeza de oro, ni en el pecho de plata, ni en los muslos de cobre, sino que vino à dar en lo mas frágil, en sus pies de barro, y la derribó al suelo. Pues de la misma suerte los maldicientes que cotejados con aquellos varones grandes y virtuosos, à quienes intentan desacreditar, son unas piedrecitas que apénas se ven, no dan el golpe en aquella parte en que hallan resistencia para ser creidos, sino que buscan alguna falta, alguna parte feble, y allí le descargan, para satisfacer su envidia, y dar á entender su pusilanimidad.

12. Dios nos libre, decia David, de los que colériços, haciendo un arco de su lengua, por flechas disparan en el lleno del dia palabras injuriosas à nuestro honor: [2] *A sagitta volante in die.* Pero con mas razon debemos decir con el mismo real profeta: Dios nos libre de los que hieren nuestra reputacion de noche entre tinieblas: [3] *A negotio perambulante in ténebris.* Porque acometiéndonos por la espalda es executiva la herida, é imposible el reparo, y mas quando dan el golpe, y esconden la mano: en lo que tambien se asemejan à aquella piedra que baxó del monte sin que se viera la mano que la arrojaba. ¿No habeis visto el arte con que los maldicientes hablando de un ausente se dexan caer una palabra equívoca, y luego añaden una risa falsa, una ojeada que sirve de comentario à su malicia? ¿No habeis reparado que comienzan à tono de lamentacion? Direis que tienen lástima de los que infaman. ¿No es siempre el prefacio de su murmuracion un elogio? Decia con gracia un varon eloqüente: Que à nadie quitan la vida, sin que ántes le hagan la oracion fúnebre.

¡Vi-

[1] *Dan.* II. *v.* 31.
[2] *Ps.* XC. *v.* 6.
[3] *Ibid.*

13. ¡Villana, infame, diabólica conducta! Pero muy regular en el siglo en que vivimos. Porque es la murmuracion el camino mas trillado de los palacios, el medio mas seguro para conciliarse el favor de los poderosos, es el pasaporte de la sociedad, ó para decirlo con San Agustin, es en las conversaciones lo que el pan en las comidas. Bien habreis visto que en los mas espléndidos convites se cubre muchas veces la mesa de diferentes manjares, pero jamas se quita el pan. Pues así mismo en las conversaciones se habla ya de la sabiduría de aquel maestro, ya de la habilidad de aquel ministro, ya de paseos, diversiones, modas, bagatelas; pero entre uno y otro siempre se mezcla la mordacidad, la murmuracion, y aun no falta quando se habla de novedades, que parecen el asunto mas indiferente. ¿Con qué descaro, y con que serenidad de conciencia vituperan una ú otra nacion de las que están actualmente en guerra? ¿No dicen francamente que los tales son unos malvados? Como si no fueran muchos ó casi todos inocentes, como si fueran todos cómplices de la culpa ó injusticia que por su entojo atribuyen à su príncipe ó á sus ministros, como si en comun no tuvieran tanto derecho à su fama como en particular. Tan maldicientes sois, y aun mas, los que juzgais y hablais mal de una nacion, como los que juzgan y hablan mal de qualquiera otra comunidad.

14. Oid lo que sucedió no mucho tiempo ha à un religioso docto, piadoso, y íntimo amigo mio, tan benemérito de mi gratitud y de la república, que aun despues de difunto es toda mi veneracion su memoria. Fué à sus pies un penitente, y se acusó de que sin poder hacer otra cosa, deseaba que todos los de una nacion se murieron. Bien, dixo el sabio religioso: Luego vmd. desea que mueran las niñas y niños recien bautizados. No padre, respondió el hombre. ¿Pues deseará vmd. que mueran las religiosas, los religiosos, y los sacerdotes que están en sus claustros y Iglesias? No padre. ¿Y deseará vmd. que mueran aquellos labradores que cultivan sus campos, aquellos oficiales que trabajan en sus casas, y

los

los demas que cuidan de educar santamente à sus hijos ? No padre. Luego no tiene vmd. razon para decir que no está en su mano el desear la muerte à todos. Vmd. deseará que mueran los que son malos, continuó el religioso, y aun à esos lo que debe desear es que se corrijan, y en caso que no lo hagan, dexar à Dios su castigo. Quedó el hombre convencido, y debeis vosotros, Oyentes mios, estarlo de que no es justo aborrecer, y ensangrentar vuestra lengua en el honor de los que aunque están léjos, son vuestros próximos, redimidos con la preciosa sangre de Jesu-Christo: ántes bien debeis compadeceros de lo que padecen todos en esta universal tragedia del mundo, y singularmente de aquellos que con las armas en las manos sin propio interes, por obediencia están próxîmos à perder la vida. Y sobre todo debeis pedir à Dios con el mayor fervor, que ponga término à la guerra, y establezca una paz perpetua entre los príncipes christianos. Pero volvamos al principal asunto para concluirle brevemente, haciéndoos ver que despues que la pusilanimidad ó la envidia pervirtió la lengua del maldiciente con detraccion es de su próximo, pasa à inficionar la manos con la venganza.

Tercera parte.

15. El real profeta en pocas palabras nos describe todo el progreso de la maledicencia, diciéndonos que corrompe el corazon con vanos cuidados de la vida agena, y temerarios juicios de ella: que luego derrama un veneno de áspides en sus labios: y que finalmente llega à ensangrentar los pies y las manos: [1] *Corrupti sunt, & abominábiles facti sunt in studiis suis::: Venenum áspidum sub labiis eorum::: Veloces pedes eorum ad effundendum sánguinem.* ¿ Y por experiencia, Señores, no estamos viendo esto mismo que nos refiere David ? ¿ Quántas muertes, quántas discordias han causado en las repúblicas los maldicientes ? ¿ Quántas enemistades entre las familias ? ¿ Y có-

[1] *Ps. XIII. v. 2. 5. 6.*

cómo las fomentan ó ensangrientan mas aquellos chismosos, que tambien son maldicientes perversos, quando van à contar à unos lo que contra ellos oyeron decir à otros? No saben qual es el camino de la paz, decia David, no temen à Dios: [1] *Viam pacis non cognoverunt, non est timor Dei ante óculos eorum.*

16. Si sois sabios, Oyentes mios, decia el Eclesiástico, [2] sepultad en el olvido lo que viereis ú oyereis contra el honor de vuestro próximo. Si sois sabios, decia San Bernardo, [3] no escucheis con gusto à los maldicientes teniendo por sospechoso de mentira lo que dicen contra vuestro próximo. Si sois generosos, decia el Nacianzeno, tomad de vuestra cuenta la defensa de la honra de vuestro próximo ausente. ¿Quando la casualidad os lleva à algun lugar en que riñen dos con armas desiguales, no os poneis de parte del mas flaco? ¿Pues quien riñe con armas mas desiguales, que un ausente contra un malignante, que le hiere en lo mas delicado de su honor? Defendedle, que su defensa no solo será generosidad moral, sino caridad, magnanimidad christiana, que os acarreará un premio, una gloria inmortal y eterna. Aspirad à ella, y para alcanzarla, imitad à Christo señor nuestro, que tantas veces defendió la inocencia contra la calumnia. Observad sus acciones, no para notarlas de malas como los fariseos, sino para ver que ceden en provecho, enseñanza y beneficio vuestro. Agradecidos, Señor, consagramos en obsequio vuestro nuestro corazon, nuestra lengua y nuestras manos. Y de haberlas empleado en daño de nuestros próximos, decimos que nos pesa. Horrorizados de tan exêcrable delito, decimos una y mil veces que nos pesa. Prometemos la enmienda asistidos de vuestra gracia &c.

[1] *Ibid. v.* 3.
[2] *Eccli. XIX. v.* 16.
[3] *S. Bern. de Diver. Serm. XVII. n.* 4. *& De Consid. Lib. II. c.* 13.

JA-

JACULATORIAS.

17. ¡ Dulcísimo Jesus ! Vos sois el juez de vivos y muertos. ¿Cómo me atreví à juzgar temerariamente de mis próximos ? Conozco que fue exêcrable mi delito, y arrepentido os digo que me pesa.

¡ Amabilísimo Jesus ! Me disteis la lengua para que bendixera à mis próximos, y yo la he empleado en maldecirlos. ¡ Qué injuria ! Prometo la enmienda. Perdonadme, Señor, misericordia.

¡ Benignísimo Jesus ! Mas sentís las injurias que he hecho contra mis próximos, que las que he hecho contra Vos. ¡ O bondad infinita ! Os amo Señor, y por Vos amo à mis próximos, y de haberos ofendido me pesa en el íntimo del corazon.

PLÁTICA CVI.

DE LA DOMINICA XVII. POST PENTECOSTEM.

Díliges Dóminum Deum tuum ex toto corde tuo, & in tota ánima tua, & in tota mente tua. Hoc est máximum, & primum mandatum. Matt. XXII. v. 37.

1. * Siempre fueron á competencia la bondad de Jesu-Christo, y la malicia de los Judíos. Desde que comenzó el Señor á predicarles la verdad, comenzaron ellos á impugnarla ofendidos de oirla. Pero nada hizo mas patente el encono que lo que sucedió tres dias ántes de la muerte de Jesu-Christo ; pues segun nos refiere San Mateo al capítulo XXII., envidiosos los fariseos de los aplausos que consiguió en su triunfante entrada en Jerusalen, y temerosos de que les quitara la gran autoridad que tenian entre los suyos, se juntaron á pensar de que medios se valdrian para

para cogerle en alguna palabra que diera motivo á la acusacion ó á la calumnia. Y convinieron en enviar algunos de sus discípulos, que fingiendo querer serlo del Señor, le preguntaran públicamente ¿si era lícito pagar el tributo al César? con el fin de malquistarle con el pueblo, si decia que sí, ó con el gobierno, si respondia que no. Pero su magestad supo responder de suerte que los dexó admirados, y les hizo huir confusos: *Audientes admirati sunt, & relicto eo, abierunt.*

2. Sin embargo entraron luego como de refresco los saduceos, judíos de otra secta opuestos en la opinion con los fariseos, pero unidos con ellos en el odio á Jesu-Christo. Hiciéronle una pregunta muy maliciosa, y oyeron una respuesta que les tapó la boca. ¿Quién creyera que no habian de darse, quando no por convencidos á lo ménos por vencidos todos los enemigos del Señor? Quién creyera que los fariseos no habian de desistir de la empresa, doblemente escarmentados en propia y agena cabeza? Pues no fue así, Oyentes mios. Juntáronse de nuevo al rededor de Jesu-Christo, y al modo que Goliath se desprendió del exército filisteo, para desafiar y combatir cuerpo á cuerpo con el mas valiente de Israel: así salió de entre los fariseos un muy presumido de sabio, un graduado de doctor, y dixo: ¿Maestro, qual es el gran precepto de la ley? *Magister, quod est magnum mandatum in lege?*

3. ¿Ha habido en el mundo, Señores, gente tan astuta, tan obstinada en aborrecer y perseguir á otro, como lo fueron los judíos en perseguir á Jesu-Christo? Ya es, ó Dios mio, al parecer desmedido vuestro sufrimiento. Ea legítimo Hijo heredero de David, sacando del seno de vuestra justicia una piedra, arrojadla contra esos Goliates espúreos incircuncidados de corazon. Ea generoso leon de Judá, rugid, y con las garras del poder despedazad esos lobos hipócritas disfrazados con la piel de ovejas. Ea supremo legislador, revestíos segunda vez el trage de la magestad, y entre rayos y truenos desplegad los labios, para

[1] *Mat. XXII. v. 36.*

para decir á los fariseos qual es el gran precepto de la ley que publicaste en el monte Sinai: ' *Magister quod est mandatum magnum in lege?*

4. Mas no quiso, Oyentes mios, nuestro Señor Jesu-Christo olvidarse de su humanidad, desnudarse de la mansedumbre. Respondió sí á los fariseos; pero con suavidad y blandura, diciéndoles que amaran á Dios con todo el corazon, con toda el alma, y con todo el entendimiento. Y añadió que este era el primero y máxîmo precepto: *Díliges Dóminum Deum tuum ex toto corde tuo, & in tota anima tua, & in tota mente tua.* No parece que ellos aguardaban esta respuesta; pues al oirla enmudecieron, de suerte que ya en adelante no se atrevieron á hacerle otra pregunta: *Nec ausus est quispiam ex illa die eum amplius interrogare.* Aquí quedó desarmada y vencida la malicia de los fariseos: aquí quedó triunfante la inocencia de Jesu-Christo, siendo las armas del vencimiento las palabras con que pronunció el primero, y máxîmo precepto del amor de Dios: *Hoc est máximum & primum mandatum.*

5. Yo estoy para agradecer á los judíos su tenaz maliciosa curiosidad; pues con ella dieron asunto á Jesu-Christo, para que en los términos mas claros y precisos nos intimara la obligacion que tenemos, y el modo con que debemos amar á Dios. Este precepto, segun se explica el Señor, es el último fin, y primer principio de la ley. Al amor de Dios se ordenan todos los preceptos, y la observancia de todos, y toda vuestra felicidad depende de que ameis á Dios como manda que le ameis. Debeis amar á Dios, y debeis amarle con todo el entendimiento, y con toda la voluntad, y con toda el alma. Vuestro entendimiento debe emplearse en conocer á Dios: vuestra voluntad en amarle: y vuestra alma en servirle. Estadme atentos, miéntras intento daros una breve leccion del amor de Dios.

Primera parte.

6. Fueron los mas vanos y sacrílegos del mundo los hereges Eunomianos, que pensaron y llegaron á gloriarse de que comprehendian á Dios, que le conocian como á sí mismos, y con la perfeccion con que Dios se conoce. O bien creyeron que ellos no eran criaturas sino Dioses, ó imaginaron que Dios no era Dios, sino criatura, segun decia San Juan Chrisóstomo, impugnando las falsas ridículas ideas que habian formado de Dios y de sí propios. Pero no fue menos impio y ménos ignorante que los Eunomianos aquel, que no queriendo conocer á Dios, se atrevió á decir que no le habia: [1] *Dixit insipiens in corde suo, non est Deus.*

7. Hay Dios, Oyentes mios, y hay en nosotros un deseo natural, una precisa obligacion de conocerle. Porque ¿no es nuestro entendimiento una potencia universal de una capacidad casi infinita? ¿Puede acaso hallar entera satisfaccion en el conocimiento de las criaturas? ¿No es fuerza que aspire á encontrarla en la suma infinita verdad del criador? Díganlo Platon, Aristóteles, y los otros que llama San Pablo sabios del mundo. ¿Se apagó la sed que tenian de saber con la filosofia, la matemática, la medicina, la política, y con las demas ciencias naturales que adquirieron? ¿No fue de aumento de cada dia aquella sed, y el conocimiento de su ignorancia? Dígalo Salomon mas sabio que todos ellos. ¿Qué consiguió con el estudio y la penetracion de los mas impenetrables arcanos de la naturaleza? ¿Qué consiguió de haber disputado con admiracion la calidad del cedro que nace en el Líbano, y del hisopo que crece en las tapias? No otra cosa que la angustia y afliccion de su espíritu, y el desengaño de que todo era vanidad y engaño: [2] *Videntem cuncta vanitatem, & aflictionem spíritus.*

8. Mas no por eso penseis, Señores, que no podeis emplearos en adquirir el conocimiento de las criaturas,

[1] *Ps. XIII. v. 1.* [2] *Eccle. II. v. 17.*

ántes bien os aconsejo que averigueis su esencia y sus propiedades. Pero baxo la condicion que no os pareis ahí, sino que subais mas alto á contemplar el ser, y las perfecciones de su criador. No seais semejantes, os diré con San Gregorio, al cuervo que envió Noé como explorador de las aguas del diluvio, el qual cebándose en los cadáveres hediondos que encontró sobre las cimas de los montes ó entre las ondas, no se acordó de volver al arca. Asemejaos á la paloma que saliendo con el mismo destino que el cuervo, dió vueltas por el emisferio, registró inundado el terreno, y se volvió al arca á las manos de su dueño Noé. Quiero decir, Señores, que no fixeis toda vuestra consideracion en las criaturas, de suerte que os olvideis del criador suyo, y vuestro. Miradlas como de tránsito, para pasar desde ellas al conocimiento de Dios, en cuyo seno hallareis con la primer verdad los tesoros de la perfecta sabiduría.

9. Y mas quando las mismas criaturas nos impelen, y nos elevan hácia el criador. ¿Porque ¿no son las criaturas, dicen los filósofos, efectos del criador, y por consiguiente, medios que prueban su existencia, y aun demuestran muchos de sus atributos? ¿No son las criaturas, decia San Basilio, otras tantas voces del criador que publican su misma existencia y perfecciones? ¿Qué quisieron decir aquellos tres jóvenes del horno de Babilonia con la prolixa enumeracion que hicieron de casi todas las criaturas, mandando á cada una de ellas, y á todas juntas que alabaran y bendixeran al criador? ¿Qué? Siendo por la mayor parte insensibles é irracionales, ¿son capaces de conocer y alabar á nadie? No por cierto. Quisieron pues decir, en dictámen de San Agustin, lo mismo que David en sus Salmos, que todas las criaturas nos mueven y excitan á conocer y bendecir al criador. [1] *Benedícite cœli Dómino. Benedícite omnes bestiæ & pécora Dómino. Benedícat terra Dóminum. Benedícite omnia ópera Dómini Dómino: laudate & superexaltate eum in sæcula.*

10.

[1] *Dan. III. v. 30. seq.*

10. Ya que no logramos en esta vida el ver á Dios en sí mismo, siendo su intuitiva vision propia de los bienaventurados: siquiera logramos ver su imágen en las criaturas con aquella claridad con que no pudiendo sufrir los resplandores del sol, miramos su retrato en los cristales del agua. Y á ménos que hechos Ateistas no apaguemos voluntariamente ú obscurezcamos de propósito las luces de nuestro entendimiento, no podemos dexar de conocer á Dios; porque sus obras visibles manifiestan de tal suerte su existencia, y sus invisibles atributos, que son inexcusables los que no los conocen, segun decia San Pablo: [1] *Invisibilia ipsius á creatura mundi per ea quæ facta sunt, intellecta, conspiciuntur: sempiterna quoque ejus virtus & divínitas: ita ut sint inexcusabiles.*

11. Por eso decia Minucio Felix, que no es ménos delito el ignorar á Dios, que el injuriarle ú ofenderle. San Cipriano llama suma la maldad de los que no quieren conocer lo que no pueden ignorar: *Hæc est summa delicti nolle agnóscere, quem ignorare non possis.* Y en verdad, decia San Gregorio, no por otro fin nos crió Dios racionales sino para que le conociéramos y amáramos en esta vida, y le viéramos y gozáramos en la otra. Y no por otro fin crió al mundo perfecto en todas sus partes, sino para que fuera una escuela en que aprendiéramos á conocerle. El movimiento regular de los cielos, la distribucion de los elementos, la variedad de las estaciones, la diversidad de los animales, la multitud de las plantas, la hermosura del universo, todo nos enseña, y persuade que hay un Dios omnipotente y sabio, que le conserva y le gobierna.

12. Que su providencia es inefable y no tiene límites, lo convencen las aves del ayre, que sin sembrar ni segar se alimentan y viven á sus expensas. A ellas nos remite Jesu-Christo en el evangelio; y luego despues nos dice, que salgamos al campo, y encontrarémos en él á las azucenas, catedráticos que están leyendo el tratado de la providencia. Ni hilan, ni texen, y están mejor adornadas, mas

[1] *Roman. 1. v. 20.*

mas bien vestidas que Salomon con toda su gloria: [1] *Considerate lília agri quómodo crescunt.* Contemplad, Oyentes mios, las criaturas segun el consejo de Jesu-Christo. Tomad las lecciones que os dan, para que aprendais á conocer al criador. ¿Quánto se aprovecharon en su escuela los santos? ¿Quántas veces fixando la vista en la tierra, al ver una hormiga arrobados en éxtasis se elevó su mente, y su espíritu hasta el trono de la divinidad? ¿Quántas veces al oir el sonoro apacible canto de un paxarillo, subiéndose á los cielos gozaron una porcion de la gloria de los ángeles?

13. Abrid los ojos, mirad. Abrid los oidos, oid las voces con que todas las criaturas hablan de las grandezas del criador. Del mismo modo que abrieron los suyos aquellos discípulos que iban á Emaus, para oir como Jesu-Christo recien resucitado les explicaba el sentido de las escrituras. Quando les salió al encuentro, no le conocieron por tener tapados los ojos y los oidos con las pasiones del temor y de la incredulidad. Luego despues comenzaron á oirle, comenzaron á conocerle, y inmediatamente volvieron á amarle, segun ellos mismos dixeron: [1] *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, cum loqueretur in via?* Abrid, vuelvo á decir, los oidos para conocer á Dios que os habla por boca de las criaturas; porque no podeis amarle sin conocerle, así como no podeis conocerle sin amarle, y á uno y otro estais obligados en fuerza del máximo precepto del amor.

Segunda parte.

14. Ya lo habeis oido. No podeis amar á Dios sin conocerle, y no podeis conocerle sin amarle. Pues oid la razon que dió San Euquerio, y que no ménos edifica que instruye. Hay una gran diferencia entre el conocimiento de las criaturas, y el conocimiento de Dios. Quanto mas conocemos á las criaturas, tanto mas descubrimos su miseria, su poquedad, y su nada. Quanto mas conocemos á Dios, tan-

[1] *Luc. XXIV. v.* 32.

tanto mas descubrimos sus infinitas perfecciones. Y como naturalmente no amamos lo malo conocido como malo, sino lo bueno conocido como tal: el conocimiento de las criaturas nos empeña á aborrecerlas, y el conocimiento de Dios nos empeña á amarle. Y aunque imagineis hallar en las criaturas alguna bondad que atrahe vuestra inclinacion, ó es engañosa, ó es dependiente, y participada de la infinita bondad de Dios. ¿Qué apeteceis el esplendor que brilla en los monarcas y príncipes de la tierra? No es mas que un destello, una vislumbre de la magestad de Dios. ¿Os embelesa la hermosura de las criaturas? No es mas que un borron de la original belleza de Dios. ¿Os obligan los beneficios y la fidelidad de algun amigo? Son viles condescendencias, sórdidos intereses, quando los de Dios son efectos de la mas generosa liberalidad.

15. Así hablaba San Euquerio. Y asimismo hablaba San Agustin desengañado y arrepentido. Yo, decia, me aparté de Vos, ó Dios mio, porque no os conocia, y jamas pude encontrar con el bien que buscaba. Ni le encontré en los espectáculos, ni en los banquetes, ni en los impuros deleytes del sentido. Vos solo, sin que yo lo supiera, erais todo mi bien, todo mi gusto, toda mi delicia. Buscaba fuera de Vos lo que solo está en Vos, y no encontraba lo que buscaba. Estando fuera de Vos, y fuera de mí, iba de placer en placer, y el gusto que me daba la posesion del uno, encendia el deseo del otro que no poseido me disgustaba. Así mi pobre alma agitada se decia á sí misma: Abre los ojos á la verdad, y bondad que se presenta en tu Dios, á quien debes conocer, y amar como tu último fin.

16. Y bien que os permita, Señores, el que ameis á las criaturas, ha de ser del modo que os dixe que debemos conocerlas. Debemos conocer á las criaturas como efectos que nos facilitan el conocimiento de Dios, que es su primer causa. Y podemos amar á las criaturas como medios que nos inducen al amor de Dios, que es nuestro último fin. Al modo que la llama leve sube por el ayre á buscar junto al cielo su esfera: al modo que la piedra

grave

grave baxa á encontrar en medio de la tierra su centro: al modo que el agua fluida corre hácia el mar que es su término: así nuestra voluntad debe pasar del amor de las criaturas al amor de Dios que es su último fin. Y aunque es difícil que los filósofos señalen una razon evidente de la inclinacion que el fuego, la piedra, y el agua tienen á sus centros: sin embargo es fácil que yo descubra la razon de la simpatía con que Dios atrahe nuestras voluntades.

17. Dios, Señores, es todo amor: [1] *Deus cháritas est.* Dios os ama: [2] *Pater amat vos.* ¿No es este justo poderoso motivo para que le amemos? Dios nos ama, aun quando pecadores. ¡Qué fineza! ¡Con qué amor nos trata, á fin de que confundidos, y en algun modo cansados de aborrecerle volvamos á amarle! Porque ¿no es aquel pastor bueno, que cargándose sobre sus hombros la oveja perdida la restituye al rebaño? ¿No es aquel padre amoroso, que sale á recibir á su pródigo ingrato hijo, le abraza, le enriquece de nuevo, y le sienta á su propia mesa? Y aun son obscuras las señas que nos dan estos símiles del amor que Dios nos tiene. Si pecamos, nos tolera: si nos arrepentimos, nos perdona: si vamos á buscarle, nos recibe: si tardamos á ir, nos llama: si nos faltan las fuerzas, nos ayuda. ¡O qué amor! ¿Podemos negarnos á la correspondencia?

18. Pues si tanto ama Dios á sus enemigos los pecadores, ¿quánto amará á sus amigos los justos? ¡Qué puras serán las luces que comunique á su entendimiento! ¡Qué fuertes las gracias que dispense á su voluntad! ¡Qué tierno su amor! Jamas se aparta de su compañía. Toma parte en sus penas, para aliviarlas: en sus gustos, para aumentarlos. Cuenta hasta sus cabellos, para que ni uno cayga sin su órden. Manda á sus ángeles que le guien, que le protejan en su camino á la eternidad. Y como si no se fiara de la conducta de aquellos celestiales espíritus, por sí mismo mira sus necesidades, atiende á sus ruegos, los acoge á su seno con la ternura con que una madre lleva.

[1] *1. Joan. II. v. 16.* [2] *Joan. XVII. v. 27.*

va en sus brazos al hijo que alimenta á sus pechos, segun el modo con que se explican las sagradas letras.

19. ¡O Dios mio! ¡Quan justo es el precepto que me habeis impuesto de que os ame con todo el entendimiento, con toda la voluntad, con toda el alma! *Díliges dóminum Deum tuum ex toto corde tuo, & in tota anima tuâ, & in tota mente tuâ.* Aunque no lo hubierais mandado: aunque no me hubierais hecho los beneficios que me habeis hecho: aunque no hubierais sufrido por mí lo que habeis sufrido: solo vuestro ser soberano; vuestra bondad infinita merece por tributo todo mi entendimiento, por sacrificio toda mi voluntad. Todas las criaturas que salieron de vuestras manos van al fin á que las dirigisteis sin dilacion, sin repugnancia: y solo yo he de caminar hácia Vos con lentitud, y con una especie de violencia! ¡Frágiles perecederos bienes han de detenerme! Infame maligno corazon mio, ¿hasta quándo has de resistir á tu Dios, que no te pide sino tu amor por recompensa de su infinito amor? ¿Hasta quando has de buscar con tu afecto en las criaturas á la vanidad y al engaño? ¿Hasta quando? Hasta aquí, dulcísimo Jesus, que postrado á vuestros pies, arrepentido de mi dureza, os prometo amaros con todo el corazon. Por mas que digan mis pasiones, no he de apartarme de Vos. Fortificad estos buenos deseos que Vos mismo me inspirais. Dadme luz, para que conociéndoos á Vos, y á mí mismo, diga que me pesa de no haberos amado, de haberos ofendido. Dadme un amor puro, eficaz, constante. Hacedme la gracia de que siempre os ame, que muera en vuestro amor &c.

JACULATORIAS.

20. ¡Dulcísimo Jesus! ¡Qué mal os he conocido, Sumo bien, pues he osado ofenderos! Ya conozco que es infinita vuestra bondad, y arrepentido os digo, que me pesa de haberos ofendido.

¡Amabilísimo Jesus! ¡Qué justo es el precepto que me habeis impuesto de que os ame! ¡Qué mal he hecho en

aborreceros! Ya arrepentido os amo con todo el corazon. Perdonadme, Señor, misericordia.

¡Benignísimo Jesus! ¡Qué fino es el amor con que me amais! ¡Pero que mal correspondido de mi villana voluntad! Inmutadla, Señor, inflamadla en vuestro amor. Hasta la muerte he de amaros, y aun mas allá de la muerte por vuestra misericordia.

PLÁTICA CVII.

DE LA DOMINICA XVIII. POST PENTECOSTEM.

Quidam de scribis dixerunt intra se: Hic blasphemat. Et cum vidísset Jesus cogitationes eorum, dixit: Ut quid cogitatis mala in córdibus vestris? Mat. IX. v. 3.

1. * ¿Habia de ser posible, Señores, que los mismos beneficios que Dios hace á los hombres han de estar expuestos á la reprehension y á la censura? ¿Que lo que debiera grangear á Dios la amistad, el respeto y la admiracion de los hombres, ha de ser materia á sus sospechas, á sus juicios temerarios, y á sus quejas? Olvidar el beneficio es faltar al reconocimiento: negarle es añadir á la ingratitud la mentira; pero tomarle por motivo, para injuriar al bienhechor, es la última maldad; y es lo que executaron con la magestad de Christo sus propios paysanos.

2. Llega el Señor á su patria Nazareth, y poniéndole delante un paralítico, el médico soberano conoce que sus pecados son su mas grave enfermedad; y ántes de curar su corporal enfermedad, quiere perdonarle sus pecados: Hijo, le dice, ten confianza tus pecados quedan perdonados. Pero no bien acaba de pronunciar estas palabras, quando algunos de los escribas circunstantes, entre sí mismos dicen, que blasfema: *Hic blasphemat.* ¿Qué in-

* 24. *de Septiembre* 1741. 10. *de Octubre* 1741. 3. *de Octubre* 1743.

ingratitud, qué malicia, que furor, qué vivoras son estas, exclama San Bernardo, que muerden á quien las halaga! ¿No basta, pérfidos judíos, que os olvideis de que poco ha á vuestra vista curó el Señor á un leproso, al hijo del centurion, á la suegra de Pedro y lanzó legiones de demonios de los cuerpos de muchos? ¿No basta que le negueis ahora el poder infinito, que le atribuiais ántes quando calmó una borrasca para libraros del naufragio? ¿No basta, digo, que infieles negueis que como Dios puede perdonar los pecados del paralítico, sino que ha de llegar vuestra audaz malicia á llamarle blasfemo? Porque divinamente misericordioso no cura la enfermedad del cuerpo ántes que la del alma, ¿impacientes habeis de censurar la mayor de sus misericordias? No puede negarse que sois herederos de la obstinada ciega impiedad de vuestros padres.

2. Los judíos, Señores, siempre trataron de esta suerte á su gran Dios. Quando no les concedia lo que le pedian para satisfacer su pasion, ó su antojo, se quejaban con insolencia. Quando tardaba un poco á socorrerles en sus necesidades, se impacientaban con escándalo. Y en uno y otro caso muchas veces desconociendo, y negando á su Dios verdadero, pasaron á adorar á los falsos dioses. No es menester mas que leer la sagrada Biblia, y aun basta abrir los libros del Exôdo, de los Números, ó de los Jueces, para que veais con horror lo que os digo del indigno proceder de los judíos. Y sin pensarlo al mismo tiempo descubrireis en aquellos exemplares la semejanza, la imágen de muchos christianos. Porque ¿quántos murmuran de Dios, porque no les concede lo que desean? ¿Quántos se quejan, porque no les socorre luego que se lo piden? Si he de decir lo que siento, en este particular no fueron los judíos mas atrevidos y insolentes que lo son los christianos. Con este conocimiento, y con el deseo de que vosotros, Oyentes mios, no cometais una maldad, que fue la mas infame nota del judaismo: intento persuadiros, que es grande la impiedad de los que se quejan de Dios, porque no les favorece; y

que es injusta la impaciencia de los que se quejan de Dios, porque les aflige. Estas dos partes darán asunto á mis discursos, y á vuestra atencion.

Primera parte.

4. Para que mejor conozcais quan grave es el delito de los que se quejan de Dios, porque no consiguen lo que desean, debeis considerar el principio de donde proviene. Quisieran ellos dirigirse, gobernarse á sí mismos, ser árbitros de su suerte: quisieran gozar las delicias y placeres que su apetito les finge, y alcanzar las honras y dignidades que les propone su ambicion; y como Dios desvanece sus designios, le miran como á enemigo, culpan, y se quejan del modo con que les trata, y aun se empeñan á querer positivamente lo que él no quiere, y á decir que les quita lo que de derecho les compete. Y así rebelde independiente su genio ofenden á Dios en la parte mas delicada, qual es la soberanía y omnipotencia de su voluntad. ¡Qué mayor delito!

5. Dios, Señores, es nuestro dueño absoluto, dispone de nosotros como gusta: quiere lo que hace, y hace lo que quiere. Lo que en nosotros se halla separado, es indivisible en su persona. Pues son una misma cosa su voluntad, su consejo, su idea, y su brazo ó su poder. Lo que nosotros llamamos necesidad, destino, suerte, fortuna, nombres que inventó la supersticion mas grosera: hablando como christianos, y aun como filósofos, no es mas que su propio gusto. La necesidad está en los inmutables decretos de su voluntad, el destino en su entendimiento, la suerte en sus manos, la fortuna en su providencia. ¿Porqué el cuerpo leve sube y el grave baxa? ¿Porqué el sol corre sin interrupcion su carrera? Porque Dios quiso dar á esas criaturas esos determinados movimientos. ¿Porqué unos pasan de la miseria á la mayor felicidad, y otros de la felicidad á la miseria? ¿Es algun fatal destino la causa? No, sino la voluntad de Dios.

6. La suerte cayó sobre Saul, y fue Rey: cayó so-

bre

bre Acab, y fue apedreado: cayó sobre Matías, y fue apóstol; pero Dios es, segun declara el Espíritu Santo, quien distribuye las suertes: [1] *Sortes mittuntur in sinum, sed á Dómino temperantur.* Fue un golpe de fortuna, decís comunmente, que aquellas tropas ganaran tal batalla, ó tomaran tal plaza. Pero hablad mejor: decid, que fue un golpe de la soberana absoluta voluntad de Dios, que por eso se llama Dios fuerte, Dios de los exércitos, y de las batallas.

7. La voluntad de Dios, Señores, es una causa primera universal, una causa omnipotente, cuya virtud nada puede enflaquecerla, limitarla, ni suspenderla. Dice Faraon, que siempre han de ser sus esclavos los israelitas: y Dios hace que salgan libres, y se lleven las riquezas de Egipto. Dice Saul, que David ha de morir á sus manos: y Dios hace que David ciña sus sienes con la corona de Saul. Dice Nabucodonosor que ha de ser adorado como Dios: y Dios hace que se transforme en bestia. Vos Dios mio, lo decís, Vos lo quereis, Vos lo haceis. A pesar de la mas sacrílega resistencia no se hace sino vuestra voluntad, cuyos justos decretos adoramos, obedecemos, confesando vuestra soberanía, y nuestra dependencia.

8. Así hablan casi siempre los christianos; pero no todos sienten en su corazon lo que dicen con la lengua. Pues vemos que muchos aspiran á conseguir por medios iniquos, fines notoriamente opuestos á la voluntad de Dios. Les vemos sin reconocimiento, quando Dios favorece sus designios: sin sumision, quando les estorba: sin besar la mano que les levanta: sin humillarse á la que les abate: creyendo como debidos los favores que Dios les hace, y como una injusticia los que dexa de hacerles. No hacian mas los judíos, á quienes Dios trata de ciegos, ingratos, rebeldes, sediciosos, obstinados; pues son tambien como ellos insolentes en la prosperidad, y mal sufridos en la desgracia.

9. No hablo de aquellos impios que con sus bocas sacrílegas ultrajan al Señor, que temen los demonios, y en

[1] *Prov. XVI. v. 33.*

en cuya presencia se entremecen los serafines. No hablo de aquellos desesperados, que creen hallar consuelo en sus trabajos, echando maldiciones contra el cielo. No; porque les miro como á condenados, que ya en este mundo comienzan lo que han de continuar en los infiernos. Hablo de aquellos ambiciosos, que formándose allá en su imaginacion una providencia ciega, injusta, y en todo oficiosa á sus gustos, quando la experimentan contraria se inquietan y murmuran, como si la santa voluntad de Dios debiera de conformarse con la suya depravada. Hablo de aquellos vanos, que interiormente se apartan del Dios que exteriormente adoran, pues sordos á sus voces y inspiraciones, queriendo gobernarse por su propio capricho, tropiezan al primer paso, y prorumpen en quejas contra Dios. Hablo de aquellos, á quienes Salviano llama mal contentos; porque nunca lo están con aquellos bienes que Dios liberal les comunica. Hablo de aquellos envidiosos, que mirando la agena dicha como desgracia propia, culpan á Dios de injusto, porque no se lo da todo: como aquellos jornaleros de la viña que se quejaban del padre de familias, porque no les daba mas jornal que á los otros siendo así que les daba lo justo.

10. Todos estos, que pretenden salir del órden de la divina providencia, están violentos. Y al modo que el fuego oprimido rompe para subir á su esfera: al modo que una piedra se desprende para baxar á su centro: así aquellos no sosiegan, hasta que á no poder mas toman el lugar que la providencia les destina. Vuestro centro, Señores, es aquel estado en que Dios os constituye: miéntras permanezcais en él, vivireis quietos, y felices: si intentais saliros, en nada encontrareis gusto. Os santificareis con la resignacion de vuestra voluntad con la divina, os condenareis por vuestra rebeldía; os salvareis con la obediencia, os perdereis sin ella. Agradareis á Dios, diciéndole que haga de vosotros lo que quiera: le ofendereis en lo mas sensible, queriendo hacer á su pesar vuestro gusto. Conseguireis una verdadera paz, perseverando en el estado en que os ha puesto; pero si vuestros de-

deseos ambiciosos se salen de ese lugar, padecereis los mismos dolores que padecen los que tienen un hueso dislocado: serán continuos vuestros lamentos, y dilatándose el logro de vuestros designios, os abandonareis á la mas injusta impaciencia; como vereis en mi

Segunda parte.

11. Fácilmente os manifestaré que es injusta vuestra impaciencia quando Dios os aflige, si atendeis á que sois pecadores por orígen, y que á aquel pecado original voluntariamente habeis añadido un sin número de pecados, que merecen un gran castigo. ¿Qué reo pues, decidme, es árbitro de su pena, ni puede decir á su juez, no quiero sufrirla? La pobreza, la enfermedad, la persecucion es conseqüencia, es castigo de vuestro pecado: ¿cómo pues ha de estar en vuestra mano el suspenderle? En vuestros males hay algo que depende de Dios, y algo que depende de vosotros. De Dios depende su ser, y su continuacion: de vosotros depende la impaciencia, y la resignacion: Que esteis impacientes ó resignados, no dexará Dios de hacer su voluntad; pero con esta diferencia, que impacientes os serán muy sensibles vuestros males, y resignados muy poco.

12. Bien me persuado, Señores, que vosotros en el tiempo de la felicidad os proponeis sufrir con paciencia qualquier desgracia que os sobrevenga; porque con las luces de la razon, y de la fe conoceis, que sois hechuras de las manos del criador, que soberano alfarero puede elegiros para vasos de su ira ó de su misericordia. Pero me temo que la violencia del mal que Dios os envie os hará quebrantar tan buenos propósitos, y os hará perder la paciencia. Puede ser que ameis las aflicciones miradas de léjos, y que las aborrezcais de cerca. Tendreis tal vez una fuerza de leon para resistir los males que han de venir; pero apénas os sobrevengan, tendreis el corazon de un ciervo cobarde: *In pace leones, in bello cervi.* A lo ménos quisierais hacer con Dios el ajuste de que os aflija,

pero

pero no por mucho tiempo: que os envie una enfermedad, pero ni larga, ni molesta: que os quite algunos bienes de fortuna, pero no los que juzgais precisos. Y como Dios no admita este partido, se acabó vuestra paciencia. ¡Qué injusticia! ¡Qué locura!

13. Oid como la ponderaba Judith á los habitadores de Betulia, quando supo que habian resuelto entregar la ciudad á Holofernes que la tenia sitiada, como dentro de cinco dias no les viniera algun socorro. ¿Qué oygo? decia. ¿Quereis entregar á Betulia á los Asirios, si Dios no os socorre dentro de cinco dias? [1] *Qui estis vos, qui tentatis Dóminum?* ¿Así tentais al Señor? ¿Os atreveis á poner término á su providencia? Buen medio por cierto para conciliaros su misericordia, prefijarle el dia en que ha de socorreros. ¿Ha de gobernarse segun las leyes que le impone vuestro capricho? Ya está vista vuestra infidelidad, vuestra impaciencia: pues pasado este término ya no quereis aguardar el socorro. Acordaos, decia aquella magnánima viuda, acordaos de vuestro padre Abraan, que no mereció el honor de amigo de Dios, hasta que tuvo bien exercitada su paciencia. Acordaos de la invencible constancia de Isaac, de Jacob, y de Moyses, acreditada á pruebas de muchos trabajos. Acordaos tambien de aquellos otros que murieron á manos del ángel exterminador, ó de las serpientes en castigo de su impaciencia.

14. Así reprehendia Judith á los Israelitas; y así debo reprehender á aquellos christianos que se atreven á señalar el término en que Dios ha de darles lo que desean: en pasando mas tiempo abandonaremos, dicen, la ciudad á los Asirios: esto es nuestra alma á la venganza, á la lascivia, á la impaciencia. Y bien, pregunto: ¿quién perderá mas, Dios ó vosotros? Por eso dixe, que vuestra impaciencia sobre injusta era loca. Los otros pecados tienen algun falso atractivo que embelesa; pero la impaciencia ninguno. ¿Acaso la impaciencia os ha servido de alivio en vuestras miserias ó enfermedades? ¿Ha movido el ánimo de alguno á que os favoreciera? ¿Ha obligado á Dios

[1] *Judith. VIII. v. 11.*

Dios á que se compadeciera de vosotros? Antes ha irritado al mundo y á Dios contra vosotros. Os ha sido de mucho daño, decia un santo padre, y de ningun provecho: [1] *Murmuratio nihil prodest, & multum nocet.*

15. Ya es pues hora, Señores, os diré con el real profeta, ya es hora que en las tristes noches de vuestras desgracias levanteis las manos al cielo, y bendigais al Señor: [2] *In nóctibus attóllite manus vestras in sancta, & benedícite Dóminum.* En las noches fatales en que la muerte os arrebata al padre, á la muger, al amigo: en las noches obscuras en que el engaño y la astucia os quita vuestra conveniencia: en las noches tempestuosas en que el viento de una calumnia os infama: en las noches en que una enfermedad os molesta: en estas noches ó en estas desgracias levantad las manos al cielo, y bendecid al Señor. Otra conducta, sobre seros nociva, es contra toda razon.

16. Miéntras que el sol, la luna, las estrellas, y todos los elementos obedecen á su Criador, el hombre que es el mas noble y el mas obligado con beneficios, ¿ha de resistir á su omnipotente voluntad? Si en una borrasca no va el baxel adonde el piloto quiere: sino adonde le llevan los vientos, vosotros puestos en el mar tempestuoso de este mundo, ¿podreis resistir al impulso de aquel Espíritu soberano que le gobierna? ¿No os burlarais de un hombre que habiendo atado su esquife á una roca, quisiera traerla á sí, y no ir hácia ella? Pues permitid que me burle de vosotros, de vosotros, digo, que atados á la roca inmóvil de la divina providencia, os empeñais á traerla á vos resistiéndola, en lugar de acercaros á ella obedeciendo. Si sois sabios, seguid sus movimientos, adorad sus órdenes, y resignados con su voluntad; decid con el santo Job: Dios que me dió el bien me lo ha quitado: en todo se ha hecho su gusto: sea su nombre alabado.

17. Mas, ó Dios mio, Vos mismo que le quitasteis á Job los bienes, le disteis la paciencia para sufrir los males. Dad-

[1] *Gilbert. Serm. 14. in Cant.* [2] *Ps. CXXXIII. v. 3.*

Dadnos, Señor, ese precioso don en estos tiempos en que se hace tan preciso por la miseria, la afliccion y la pena que á todos alcanza. O hacednos ménos infelices, ó mas sufridos. Perdonad, Señor, los pecados de este pueblo que redemisteis con vuestra preciosa sangre. Levantad la pesada mano del castigo, tened lástima de nosotros, y tenedla aun mayor de tantos locos insensatos que están ahora mismo provocando vuestra justicia bastantemente irritada. Dadles luz, para que distinguiendo los tiempos, lloren ahora lo que rieron ántes. Y en fin, si es voluntad vuestra que seamos miserables en esta vida, haced que los trabajos sufridos con paciencia sean medios para mover vuestra misericordia. Admitidlos por satisfaccion de nuestras culpas. Perdonadnos, Señor, quando estamos diciendo de lo íntimo del corazon, que nos pesa de haberos ofendido, &c.

DOMINICA XVIII. POST PENTECOSTEM.

INTRODUCCION PARA EL AÑO DE 1743. QUE FUÉ DOMINGO DEL ROSARIO.

18. Me hallaba, Señores, del mismo modo que otras veces en que ha ocurrido en domingo alguna de las festividades consagradas á María señora nuestra, me hallaba, quiero decir, con la indiferencia de si cumpliría con el deseo que teneis de oir repetidas las voces con que aquella muger de quien habla San Lucas aclamó feliz á María santísima, ó si atendería á vuestra necesidad, buscando en el evangelio de San Mateo algun documento que os instruyera y aprovechara. Y creció mi duda por añadirse otro extremo á mi leccion con la noticia que se dignó á noche participarnos el Ilustrísimo señor Arzobispo mi Señor, de que estaba en su poder la sagrada reliquia del señor San Pedro Pasqual, que con tanta ansia hemos solicitado, para exponerla á vuestra veneracion sobre las aras de este templo, en que renació por la gracia del bautismo. ¿Qué, dixe, me valdré de las expresiones con que manifestó

festó San Juan Chrisóstomo su alegría por el arribo de las reliquias de San Ignacio á Antioquia, y de San Fócas á Constantinopla? ¿Qué ya nos restituye la Iglesia de Roma para nuestro consuelo, al santo que le dió ésta para su mayor gloria? ¿Ya está tan cerca la que ha de ser segura prenda de la divina proteccion? No cabe en mi pecho el regocijo, ni me atrevo en este breve rato á ponderar, Feligreses mios, vuestra felicidad. Prevenios para celebrarla con un espíritu verdaderamente religioso, con una piedad que sea agradable á los ojos de Dios, y de nuestro santo ínclito mártir, quando veais entrar por las puertas de este templo su reliquia.

19. Dixe, y me quedé con la primera indiferencia, hasta que reparando que en otro año empleé esta media hora en ponderar la gloria que acarrea á María señora nuestra la devocion de su santísimo Rosario, he juzgado que sin defraudar vuestro deseo, debia atender á vuestro provecho. Y mas reparando tambien que luego que aquella muger aclamó feliz á María señora nuestra, previno la magestad de Christo, que mas que ponderar la felicidad de su madre debíamos procurar hacernos felices oyendo y aprovechándonos de la palabra de Dios; y así oid con atencion lo que nos refiere San Mateo en el evangelio de este domingo. Despues de haber estado el Señor algun tiempo en los términos de la Ciudad de Genezaret, se embarcó en su lago para ir á su patria, y apénas llegó á ella le pusieron delante un paralítico para que le curara. Conoció como médico soberano, &c.

JACULATORIAS.

20. ¡Dulcísimo Jesus, dueño nuestro! Hasta ahora rebeldes á vuestra voluntad hemos deseado hacer en todo nuestro gusto; pero ya reconocemos vuestra soberanía: y diciendo que se haga en todo vuestra voluntad, os rogamos que nos perdoneis.

¡Dios y Redentor mio! Mis pecados irritaron vuestra justicia: descargad sobre mí castigos severos en esta vida

para aplacarla, y para conseguir que me perdoneis. Tened, Señor, misericordia de mí.

¡Adorado Jesus mio! Sin vuestra ayuda no podré sufrir con paciencia los males que me enviais. Dadme paciencia, y vengan sobre mí males. Misericordia, Señor, misericordia.

PLÁTICA CVIII.

DE LA DOMINICA XIX. POST PENTECOSTEM.

Extollens vocem quædam mulier de turba, dixit illi: Beatus venter qui te portavit, & úbera quæ suxisti. Luc. XI. v. 27.

1. * No extrañeis, Señores, que en muchas de mis pláticas haga invectivas contra los judios; porque en casi todos los sucesos que nos refiere el evangelio, se me representan sus maldades exêcrables. Apénas veo que Jesu-Christo les hace un beneficio, quando ya oygo que le corresponden con calumnias y con blasfemias. No mas léjos que en este capítulo nos dice San Lucas que el Señor lanzó un demonio del cuerpo de un mudo, y que luego unos blasfemos dixeron, que tenia pacto con Beelzebu; y otros sacrílegos hicieron burla y desprecio del milagro. ¿Cómo pues puedo dexar de declamar contra una gente tan malvada? ¿Cómo puedo dexar de llamarla generacion perversa? [1] *Generatio hæc generatio nequam est.*

2. No seria fácil que suspendiera mi declamacion, si no percibiera las voces de una muger que grita: *Beatus venter qui te portavit, & úbera quæ suxisti.* Feliz, dice hablando con Jesu-Christo, la madre que te llevó en su vientre, y te alimentó á sus pechos. Ya no tiene lugar mi invectiva contra los judíos, porque tus voces, ó muger, arrebatan mi atencion y mis aplausos. ¿Quánto sobresale tu

* 1. *de Octubre* 1741. [1] *Luc. XI. v. 29.*
4. *de Octubre* 1744.

tu piedad en competencia de la impiedad de tus paysanos? ¿Quánto resplandece tu fe entre las tinieblas de su infidelidad? ¿Quán agradables son á Christo señor nuestro las alabanzas que das á su santísima madre? Para engrandecerla no se vale de otras la Iglesia, cuya semejanza representas, como dice el venerable Beda.

3. En las festividades de María santísima, repite la Iglesia las palabras de esa muger, para que la sirvan de elogio. Pero en ninguna otra con mas propiedad que en esta, en que la veneramos madre del santísimo Rosario; porque á esta sagrada invocacion dió motivo un suceso muy semejante al del evangelio. A la mitad del siglo XII. sembró el demonio en la Francia Narbonense la heregía mas torpe y mas infame de quantas habia sembrado hasta entónces en el campo de la Iglesia. La heregía, digo, de los Albigenses, que igualaban si no excedian en la impiedad á los judíos mas insolentes. Pues combatian las leyes mas sagradas, y los mas principales dogmas de nuestra fe. Daban por lícitos los adulterios, los robos, los homicidios, los delitos mas enormes; ó creian que bastaba á perdonarlos la imposicion de las manos de sus falsos sacerdotes. Negaban la unidad de Dios, la fe á los libros del antiguo testamento, la presencia de Jesu-Christo en la eucaristía, la virtud á todos los sacramentos. Y aun llegaron á proferir que Jesu-Christo y su Madre fueron lascivos. ¡Qué blasfemia! ¡Qué horror! ¿No hay, Dios mio, en ese Israel un Elías que zele vuestro honor, y el de vuestra madre? ¿No hay algun Macabeo que arranque la lengua á esos sacrílegos? ¿No hay alguno que como la muger del evangelio, levante la voz para bendeciros, y para celebrar la dicha de vuestra madre? *Beatus venter qui te portavit.* Una heregía, Señor, tan abominable ¿ha de inficionar todo el mundo? ¿Todos han de ser Albigenses?

4. No, no, Señores. Porque el mismo divino impulso que movió la lengua de aquella piadosa muger, para que bendixera á María santísima en Judea, movió la del gloriosísimo santo Domingo de Guzman, para que la alabara en Francia. Entónces fué quando este insigne patriarca ins-

instituyó la oracion del santísimo Rosario que se llamó *Salterio de María*: porque se compone de ciento y cinqüenta ave Marías, número igual al de los salmos de David. Y á la eficacia de esta oracion debieron Domingo y sus hijos la inmensa gloria de acabar con la heregía de los Albigenses, pues se vió patentemente que se caian las armas de las manos, y se disipaban las sombras de los entendimientos de estos, miéntras los otros con repetidas ave Marías imploraban el patrocinio de aquella reyna que tiene la especial prerogativa de debelar las heregías. A la eficacia de esta oracion debió entónces la christiandad la reforma de sus costumbres relaxadas, y debe ahora los exercicios de piedad que la santifican. A la eficacia de esta oracion atribuye la Iglesia las victorias que consiguieron sus hijos en los mares de oriente, y en las campañas de Ungría. ¿Y qué mucho que causara tan admirables efectos una oracion que es muy agradable á María santísima, y muy provechosa á los pueblos? Así lo declaró ella misma á Santo Domingo al tiempo de instituirla: *Est mihi gratissima*, dixo, *& pópulis valde salutaris*. Y así os lo haré ver en el discurso de mi plática, manifestándoos en la primera parte los motivos que la hacen agradable; y en la segunda las circunstancias que la hacen provechosa.

Primera parte.

5. Ansiosos pedian los apóstoles á la magestad de Christo que les enseñara á orar, segun nos dice el evangelista San Lucas en este mismo capítulo: [1] *Dómine doce nos orare*. Y quando el Señor les enseñó aquella breve misteriosa oracion del padre nuestro, se creyeron felices; porque tuvieron por cierto que Dios de allí adelante atendería sus ruegos. Era segura la confianza de que le serían agradables aquellas palabras que habian aprendido de la boca de su hijo unigénito. Es verdad que no podemos, Señores, señalar á Jesu-Christo por autor de todas las partes que componen la oracion del santísimo Rosario; pero como

[1] *Luc. XI. v. 1.*

como comienza por la del padre nuestro, y continúa con la del ave María, es en todo venerable por su orígen. Porque la oracion del ave María, ya sabeis que se compone de las palabras que pronunció el ángel San Gabriel, de las de Santa Isabel, y de las que añadió nuestra madre la Iglesia. Y no es ménos venerable por el órden, y la distribucion de sus partes, como inspirada en fin por Dios á Santo Domingo, y aprobada de mas de trece pontífices.

6. ¿Mas para qué me detengo en buscar el orígen de la oracion del santísimo Rosario, para persuadiros que es agradable á María santísima, quando basta hacer una poca reflexîon en la dicha que la acordamos, saludándola con el ángel? Fué sin duda el dia mas feliz para María señora nuestra aquel en que San Gabriel baxó del cielo á decirla, que ya se habia cumplido el tiempo deseado de los justos, esperado de los profetas, y prometido de los patriarcas. Ya habia llegado el tiempo de que las nubes llovieran al justo, la tierra brotara al Salvador, y la vara de Jesé produxera la flor del campo. Ya habia llegado el tiempo en que habia de venir al mundo el hijo de Dios á hacerse hombre para redimirle. ¡Qué nuevas tan alegres! Y aun mas la dixo: Que ella era la nube fecunda, la tierra vírgen, la vara de Jesé, la madre de Dios Redentor del mundo. ¡Qué felicidad! Ni puede concederse á pura criatura, ni puede concebirse mayor dicha. Pues esta es la que acordamos á María santísima, quando tantas veces en su Rosario la saludamos con el ángel.

7. No puedo yo añadir otra prueba que mejor convenza que es agradable á María señora nuestra la oracion del santísimo Rosario que la que habeis oido. Pero el modo con que el ángel la anunció que Dios la habia elegido para madre suya, engrandece mas su dicha, y nos hace ver el agrado con que oye de nuestra boca sus palabras. [1] *Ave*, la dixo, Dios te guarde: yo os saludo. Tenga Abrahan á gran gloria el haber hospedado en su casa á los ángeles, y el haberles venerado: que ya se trocaron las suer-

[1] *Lucæ* I. *v.* 28.

suertes: ya Vos, superior á los ángeles, sois el objeto de mi veneracion. Y señaló luego el motivo del extraordinario obsequio que la tributaba: porque estais, la dixo, llena de gracia: *Gratia plena.* Vuestra gracia, Señora, excede á la mia, y á la de todos los ángeles y hombres; porque la fuente de la gracia, el Señor es contigo: *Dóminus tecum.* No solo como en las demas criaturas por esencia, por presencia, y por poder, sino con un modo especial y propio. El padre está en Vos para daros vida, el hijo para recibirla, y el Espíritu Santo para que tengais virtud de dársela. Por eso os aclamo bendita entre todas las mugeres: *Benedicta tu in muliéribus.* Bendita en vuestra concepcion sin mancha: bendita en vuestro parto sin dolores: bendita en vuestra muerte sin corrupcion: libre de todas las maldiciones que incurren las hijas de Eva por su pecado.

8. Hasta aquí, Señores, el ángel; y es dificil pasar de aquí en alabanza de María santísima. Pero como esta Señora mira como propia la que damos á su hijo, oye con agrado que digamos con Santa Isabel: [1] *Benedictus fructus ventris tui*: Bendito es el fruto de tu vientre: fruto todo de bendicion, en quien se halla lo que la infeliz Eva buscó y no encontró en el del paraiso. Pues por Jesus, fruto vuestro, nos asemejamos á Dios. Por Jesus, sacramentado en ese pan eucarístico, conseguimos una vida inmortal. ¡O que feliz sois, diré con la muger del evangelio, pues produxisteis en vuestras entrañas y alimentais á vuestros pechos un fruto tan precioso: *Beatus venter qui te portavit, & úbera quæ suxisti.*

9. Hacednos pues felices, hacednos santos, ó feliz santa María. Sed madre nuestra, ó madre de Dios. Rogad por nosotros pecadores, cargados de delitos, indignos de ser oidos de vuestro hijo. Por eso á vos se dirigen nuestros ruegos, como á madre, abogada, medianera nuestra. Vuestra intercesion puede darles la recomendacion que no merecen. Rogad por nosotros ahora, que nos hallamos combatidos de continuas tentaciones, que caminamos entre tinie-

[1] *Luc. 1. v. 42.*

tinieblas, entre precipicios, acosados de un espíritu invisible que nos persigue dia y noche. Nos damos por perdidos, si no rogais por nosotros ahora, y principalmente en la hora en que doblan nuestros enemigos sus asaltos: en la hora crítica en que ha de decidirse nuestra suerte. Rogad por nosotros en la hora de nuestra muerte. Si, hacedlo: *Amen.* Así sea.

10. Y así Señores, concluye la Iglesia la oracion angélica, que tantas veces repetimos en la del santísimo Rosario, sin que por eso nos expongamos al peligro de molestar á María santísima. Confieso que las alabanzas que unos hombres dan á otros en el mundo, por lisongeras que sean, repetidas fastidian: los cumplimientos mas obsequiosos, continuos enfadan: los ruegos la primera vez les oimos con atencion, la segunda con disgusto, la tercera con impaciencia. Pero seria impiedad discurrir del mismo modo de las alabanzas que damos á Dios, y á su madre, de los obsequios que les tributamos, de los ruegos que les hacemos. No, no hay que temer, que la repeticion les disguste, ni les ofenda. Porque lo que una vez les agrada, segun decia San Bernardo, siempre les agrada. Saludad pues con el ángel á María, acordadla sin intermision su gloria y su dicha: implorad continuamente su proteccion, porque es continua executiva nuestra necesidad. Repetid sin cesar la oracion del santísimo Rosario, que sobre ser muy agradable á María santísima, nos es muy provechosa, como vereis en mi

Segunda parte.

11. Quando me oís decir con Alano de Rupe que la oracion del santísimo Rosario es muy provechosa al pueblo christiano: *Et pópulis valde salutaris*, no penseis que ha de ser eficaz, para que consigais las riquezas, las dignidades á que anhela vuestra ambicion y vanidad: para que consigais los placeres, que apetecen vuestros sentidos. No: sería ese un pensamiento impio. Es eficaz, á juicio de aquel autor venerable, para reformar las costumbres,

extirpar los vicios, promover las virtudes. Y estos efectos produxo en el mundo quando la instituyó el gran patriarca Santo Domingo. Diriais que se renovó el espíritu que en los primeros christianos nos describe San Lucas. Clara señal de que su oracion tenia las calidades que la hacen agradable á María santísima, y provechosa á los hombres.

12. Para que lo sea tambien la vuestra, Señores, es menester que os hagais cargo de la alta dignidad de María santísima con quien hablais: de que es reyna de cielo y tierra: que es madre de vuestro Dios: que su poder y su misericordia son inmensas; y así debeis acercaros á su trono con mayor respeto y confianza que al del príncipe mas poderoso y mas liberal del mundo. Es menester tambien que la atencion acompañe vuestras palabras. Porque si quando rezais el Rosario está vuestro pensamiento voluntariamente distraido en asuntos ó culpables, ó á lo ménos impertinentes, os diré lo que la magestad de Christo decia á los judíos: Esta gente con los labios me honra, pero su corazon está muy léjos de mí. Si quando cantais el Rosario en el templo, ó en esas calles, solo atendeis al eco que forman vuestras voces: os diré que sois órganos, no devotos de María. En esto me temo que es grande la ilusion de muchos, que ponen gran cuidado en buscar muchos músicos que canten, é instrumentos que acompañen el Rosario que ellos costean: porque no quieren tanto golpe de música, para que concilie la atencion de los oyentes, sino para que deleyte su oido, ó á lo mas cierto para satisfacer su vanidad ó su antojo. ¡Qué engaño! ¡qué lástima, hacer un acto de vanidad lo que debiera serlo de religion!

13. Pero lo que mas hace infructuosa la oracion del santísimo Rosario es la falta de devocion. No consiste, Señores, esta en palabras, en genuflexiones, ni en exterioridades, sino en una voluntad pronta de entregarnos á todo lo que es del servicio y del gusto de Dios, como enseña el angélico Doctor Santo Tomas [1]. Y aun por eso, continua

[1] *S. Th.* 2. 2. *q.* 82. *a.* 1.

tínua mi ángel maestro, entre los gentiles se llamaron devotos los dos Decios, que se sacrificaron á los falsos dioses. Considerad pues, si quando rezais el Rosario, quando saludais á María señora nuestra, hay en vuestra voluntad una entera disposicion y prontitud para hacer lo que sea de su agrado. Sin ella bien podeis ser muy puntuales en rezarle todos los dias una ó muchas veces, que no por eso sereis devotos de María santísima. Poco importa, diré con Jesu-Christo, que digais: *Ave María, Ave María*, *Domine*, *Domine*. Si no haceis la voluntad del Padre celestial, no entrareis en el reyno de los cielos.

14. Permitidme, Señores, que segun esta doctrina haga juicio de la devocion de los christianos al santísimo Rosario. Y para ello solo puedo atender al modo con que observan la ley de Dios; porque las obras de virtud son las flores y frutos que produce el rosal de María en sus devotos. Y si en su lugar encuentro zarzas de perversas inclinaciones, espinas de pecados, debo juzgar que no echó raizes el rosal, no hay fondo de devocion. ¡Ay! ¡Quán pocos son, ó soberana Reyna, vuestros verdaderos devotos!

15. Pues ciertamente que el Rosario que rezais es muy propio para excitar la devocion de vuestra voluntad. Porque su causa intrínseca y principal, como enseña Santo Tomas, [1] es la meditacion de los beneficios de Dios: [2] *In meditatione mea*, decia David, *exardescet ignis*: con la meditacion se inflamará mi voluntad. Y una vez que el entendimiento contemple la infinita beneficencia de Dios, exclamará con el mismo real profeta: [3] *Mihi autem adhærere Deo bonum est*: Mi bien consiste en entregarme todo á mi Dios. Y como en el santísimo Rosario se nos acuerdan los principales misterios de la vida del Señor, que son los mayores beneficios que nos ha hecho: si los contemplais rezándole, no podeis ménos que agradecidos amar á vuestro bienhechor, y consagraros á su servicio.

La

[1] *S. Th. II. II. q. 82. a. 3.*
[2] *Ps. XXXVIII. v. 4.*
[3] *Ps. LXXII. v. 28.*

16. La contemplacion de los misterios del Rosario ha de ser el impulso que mueva vuestra lengua á alabar á María señora nuestra: ha de ser el lazo que una vuestro corazon con el suyo. Vuestros afectos, Señores, han de ser los mismos que los de esta soberana reyna. Al contemplarla alegre en la encarnacion, en la infancia de su amado hijo, tomad parte en su alegría, que tan de lleno os toca. Al contemplarla afligida en su pasion amarga, affligios, llorad vuestras culpas que dieron motivo á aquellas penas. Al verla feliz en sus glorias, elevaos sobre vosotros mismos; y sin deteneros á buscar á la madre, y al Hijo en Nazaret, en la casa de Zacarías, ó en el templo: sin deteneros á buscarles en el huerto de Getsemaní, en el pretorio de Pilatos, ni en el Calvario, subid á los cielos á adorar á entrambos gloriosos y triunfantes.

17. Allá, Señora, se suben en este dia nuestros deseos. Nuestras almas aspiran á tener parte en la gloria que gozais. Este ha de ser el fruto de nuestro Rosario, hasta ahora infructuoso desagradable á vuestros ojos por nuestra irreverencia, nuestra distraccion, nuestra tibieza en rezarle. Pero ya de aquí adelante le rezaremos obsequiosos, atentos, devotos, si vuestro Hijo nos asiste con su gracia. Pedídsela vos, Señora, que le teneis grato, que ya nosotros arrepentidos de haberle ofendido, le pedimos perdon &c.

JACULATORIAS.

18. ¡Dulcísimo Jesus! ¡Qué fineza nos hicisteis dándonos á vuestra madre, para abogada nuestra! ¿Qué sería de nosotros sin su proteccion? A ella recurrimos para alcanzar el perdon de nuestras culpas. Perdonadnos, Señor: misericordia, Dios mio.

¡Amabilísimo Jesus! Las graves ofensas que os hemos hecho no nos dexan llegar al trono de vuestra magestad: nos acogemos al amparo de vuestra santísima madre. Por su intercesion os pedimos que nos perdoneis: ya arre-

arrepentidos decimos, que nos pesa de haber pecado.

¡ Soberano Dios, Redentor nuestro! Nuestra irreverencia, nuestra distraccion, nuestra tibieza en rezar el Rosario de vuestra madre, son la causa de no haber sido oidos nuestros ruegos. Ya obsequiosos, atentos, devotos la decimos una y mil veces: Dios te salve María, rogad por nosotros pecadores.

PLÁTICA CIX.

DE LA DOMINICA XX. POST PENTECOSTEM.

Erat quidam régulus, cujus filius infirmabatur Capharnaum. Hic cum audisset quia Jesus adveniret à Judæa in Galilæam, abiit ad eum, & rogabat eum, ut descénderet, & sanaret filium ejus. Joan. IV. v. 46. & 47.

1. * Muy bien sabeis, Señores, la gran fineza del amor con que los padres aman á sus hijos; y aun habreis oido decir muchas veces, que el amor de cien hijos para con su padre todo junto no iguala al que el padre tiene á cada uno de ellos. Pero tal vez no sabreis las razones ó causas de este exceso, y no tendreis á mal que os proponga algunas de las que señalan los filósofos. El influxo, dicen, es propio del principio hácia sus efectos, no de los efectos hácia su causa ó principio: y segun esto vemos que la raiz del árbol comunica el humor vital á sus ramas, sin que le reciba de ellas. Y como la voluntad sigue en su amor y naturales operaciones el curso de la naturaleza, ama á aquellos en quienes influyó el ser y la vida. Y en esto mismo se descubre otra razon, que nos dió Aristóteles. Los bienhechores, dice, con precision aman á los que benefician: quando estos muchas veces aborrecen á sus bienhechores, y les son ingratos. Los padres son naturales bienhechores de sus hijos, tanto que por

* 24. *de Octubre* 1745. 16. *de Octubre* 1746.

por sentencia del apóstol, les toca atesorar para su bien: con que no pueden dexar de amarlos.

2. Pero elevemos mas el pensamiento, busquemos la razon fundamental del tierno amor que los padres tienen á sus hijos; y la encontraremos en el divino sabio autor de la naturaleza, que jamas falta en promover lo necesario para la conservacion de las criaturas que produce: y siendo necesario el que los padres eduquen y alimenten á sus hijos, que de otra suerte perecieran, les infunde el mas tierno amor, para que infaliblemente lo hagan. Porque, ¿qué otro medio podia discurrirse mas eficaz que este? ¿De donde nace el cuidado que los padres tienen, y el trabajo que ponen en mantener á sus hijos, sino del amor que les profesan? ¿En qué capital, pregunta San Bernardo, aseguran los polluelos su abrigo y su alimento, sino en el amor que les tiene la gallina? ¿Qué prodigios no hace á impulsos de su amor por mantenerlos y defenderlos? Se enflaquece y muchas veces muere. Resiste y acomete á los hombres y á las fieras, siendo así que es por su naturaleza el animal mas tímido de todos, y digámoslo así el v. g. de los cobardes.

3. Alabemos pues, Oyentes mios, la poderosa sabia providencia del criador, que segun nos enseña la experiencia, y nos dice el Espíritu Santo, efectivamente executa todo lo que suavemente dispone: [1] *Attingit á fine usque ad finem fórtiter, & disponit omnia suáviter.* Y no extrañemos que el príncipe á quien nuestro evangelio llama *Régulo ó Reyezuelo*, pidiere á la magestad de Christo la salud para su hijo gravemente enfermo; pues sabemos, que esa y las demas diligencias que practicó, eran naturales efectos del amor paternal que le tenia. Primeramente buscó el remedio en los médicos, y boticas, y no le encontró. Supo que Jesu-Christo habia pasado de Judea á Galilea, y habiendo ido á rogarle que curara á su hijo, lo consiguió. Muchas súplicas interpuso el Régulo, muchas respuestas oyó de la boca de Jesu-Christo. Yo pienso, Señores, hacer alguna reflexion sobre ellas en el

[1] *Sap. VIII. v. 1.*

el discurso de mi plática; pero será con la division que acostumbro. En su primera parte os haré ver los yerros que cometió el Régulo en sus súplicas; y en la segunda, el acierto con que procedió el Señor en su socorro; para que aprendais á rogar á Dios de modo que le agrade, y os concilieis su misericordia.

Primera parte.

4. No será temeridad presumir, que el Régulo, ó hombre rico de Cafarnaum, jamas hubiera buscado á Jesu-Christo, si no hubiera sido acosado de la necesidad que tuvo de remedio para su hijo. Pues no le encontramos en el evangelio entre los que seguian á su magestad. Y porque sabemos que las calamidades son los mas regulares y eficaces medios de que se vale el Señor, para atraher á sí á los que están mas olvidados de su poder y de su bondad. ¿Quántos infieles por este medio llegaron á conocer y temer á Dios? Faraon, aquel cuyo corazon competia en la dureza con el pedernal, aquel que creia no haber quien pudiera resistir á su voluntad y frustrar sus designios, ¿no se ablandó al golpe de las terribles plagas de Egipto, y llegó á pedir que rogaran al Señor por él? [1] Antíoco, aquel que hacia burla del mismo Dios, aquel que segun se explica el sagrado libro de los Macabeos [2], pensaba tener dominio sobre las ondas del mar, y tocar al cielo con las manos, herido de una intestina mortal llaga ¿no se humilló, y confesó ser debida la sumision á los divinos decretos? Valente emperador, aquel arriano que fue mas bárbaro cruel enemigo de los católicos, que Faraon y Antíoco de los israelitas: aquel que por tres veces tomó la pluma para firmar la iniqua sentencia de destierro contra el gran Basilio: al ver á su hijo enfermo desahuciado de los médicos, ¿no recurrió al amparo y oraciones del mismo San Basilio?

Pues

[1] *Exod.* x. [2] *II. Mac.* ix.

5. Pues si estas y otras, no ménos admirables mudanzas, causan las calamidades en los mas infieles y endurecidos pecadores, ¿ qué enorme culpa, qué obstinacion será la vuestra, Fieles mios, quando afligidos no levanteis los ojos al cielo, para adorar la mano del Señor que os castiga, y esperar que de allí os ha de venir el consuelo ? ¿ Y qué mucho que el Régulo del evangelio teniendo á su hijo gravemente enfermo, y sabiendo que Jesu-Christo estaba cerca, fuera á pedirle la salud ? Ciertamente anduvo cuerdo en la diligencia, pero no tanto en el modo de practicarla. Porque reconociendo que aquel Señor, en quien buscaba el remedio para su hijo, era la causa de la enfermedad, debiera ántes de hacer la menor súplica, haberle protestado la mas humilde resignacion á su voluntad : debiera haberle confesado que era dueño de la vida y de la muerte de su hijo : y aun debiera haberle dado gracias de aquella pena con que le afligia.

6. Pues hasta en el mundo los hombres prudentes quando se ven perseguidos de algun poderoso, le dicen que tuvo razon de mortificarlos ; le dan gracias de que no les mortifica mas, con lo qual seguramente aplacan su indignacion, y le ganan su favor y patrocinio. Porque siempre experimentó Santa Teresa de Jesus, y siempre ha sido verdadero aquel vulgar adagio : Dando gracias por agravios, negocian los hombres sabios. Y aunque este modo no fuese provechoso á los hombres para negociar con los hombres, lo seria sin duda para negociar con Dios ; porque verdaderamente su magestad no nos hace el menor agravio quando nos quita la salud, la hacienda, la dignidad, los bienes que son suyos : ni nos aborrece quando nos castiga en este mundo ; ántes bien entónces debemos decir con Salomon, que nos ama con aquel verdadero amor con que un buen padre ama á los hijos que corrige : *Quem diligit Dóminus córripit, & sicut pater in filio complacet sibi.*

7. Pero estoy contemplando que esta doctrina toda celestial y perfectamente christiana no la sabia el Régulo del

[1] *Prov. III. v. 12.*

del evangelio, quando fué á pedir á Christo señor nuestro que se llegase á su casa á curar á su hijo: *Rogabat eum ut descenderet, & sanaret filium ejus.* Porque el mismo modo de explicarse manifiesta bastantemente, quan atrasado estaba en la fe ó en el conocimiento de Jesu-Christo. Bien creia que podia curar á su hijo, supuesto que se lo pedia; pero creia que no podia hacerlo á ménos que no fuese á su casa: del mismo modo que creyó Naaman Syro, que era necesario el contacto de las manos del profeta Eliseo, para que Dios le curare de la lepra. Y así, decia San Gregorio [1], el Régulo en parte creia, en parte no creia.

8. Y lo mismo puedo decir de muchos christianos, que piensan no poder recobrar la salud perdida, si no tienen sobre el pecho ó baxo de la almohada la imágen, ó estampa de algun santo. Hacen muy bien en creer, que es provechosa la intercesion de los santos, para mover á Dios que nos socorra en nuestras necesidades; pero si creen, que para conseguirla no solo es útil, sino necesaria la aplicacion de sus estampas, son incrédulos, son supersticiosos; pues creen que á una accion puramente exterior está vinculada su proteccion. ¡Ah! ¡Quántos ignoran, que lo que mas agrada á Dios y á sus santos son los ruegos que nacen de una alma humilde y limpia de pecados! ¡Quántos viven encenagados en los vicios, y están muy asegurados que han de lograr sus deseos, y que han de salvarse á beneficio de ciertas exteriores devociones! ¡Ah! ¡Quántos pasan en España plaza de buenos christianos, y son prácticamente supersticiosos!

9. Bien claro habló Jesu-Christo al Régulo del evangelio; pues apénas acabó de proferir la súplica de que fuese á su casa á curar á su hijo, le echó en rostro su incredulidad: *Nisi signa, & prodigia videritis, non créditis.* Sin embargo no dexa de causarme novedad la aspereza con que trató el Señor al Régulo, á vista del modo con que segun nos refiere San Mateo, trató al Arquisinagogo, ó

[1] *S. Greg. Mag. in Evang. lib. II. Hom. XXVIII.*

ó príncipe de la Sinagoga. Porque ¿no le pidió este en los mismos términos que aquel, que fuese á su casa á resucitar á su hija recien difunta? [1] *Veni, impone manum tuam super illam, & vivet.* ¿Y no fué el Señor sin réplica, y sin reprehension á hacer lo que le pedia? [2] *Surgens Jesus sequebatur eum.* Yo no encuentro, Señores, diferencia entre la una y la otra súplica: ni alcanzo el motivo que tuvo Jesu-Christo para escuchar aquella con desagrado, y con agrado á esta. Bien que tuviera razon, en sentir de San Gregorio [3], para no ir á la casa del Régulo á curar á su hijo, aunque se lo pedia, y ir sin pedírselo, á la casa del Centurion á curar á su criado: porque con eso, dice el Santo Doctor, quiso la magestad de Christo ajar la vanidad de aquellos, tal vez ministros suyos, que solamente se dignan freqüentar los palacios, visitar á los enfermos ricos, desdeñándose de entrar en las chozas, y de visitar á los pobrecitos. Pero esta razon de diferencia ó disparidad no milita en los casos propuestos. Porque entrambos eran príncipes: el uno en Cafarnaum, el otro de la sinagoga. Entrambos creian necesaria la presencia del Señor para conseguirle. ¿Pues por qué no condescendió igualmente á los ruegos de entrambos?

10. ¿Quién dará salida á esta dificultad? ¿Quién, decia San Pablo, entra en los consejos del Señor, y averigua la causa de sus soberanos decretos? [4] *Quis cognovit sensum Dómini, & consiliarius ejus fuit?* Tal vez siendo una misma la disposicion con que le pidieron el príncipe de la sinagoga, y el Régulo, quiso el Señor libremente y porque quiso, sin perjuicio de su justicia, tratar con mas benignidad al uno que al otro. Porque dispensando liberal los beneficios, no está sujeto á las leyes de los que compran y venden segun el precio de las cosas; sino que procede del mismo modo que los príncipes de la tierra, que premiando con justicia á los beneméritos, por mera liberalidad hacen gracias á los indignos. Pero mas me inclino á que

[1] *Math. IX. v. 18.*
[2] *Ib.*
[3] *S. Greg. Hom. XXVIII. habita in Basilica SS. Nerei, Achillei. &c.*
[4] *Ad Rom. XI. v. 24.*

que los ruegos del príncipe de la sinagoga fueron acompañados de mayor humildad, confianza y fervor: tuvieron algo que no tuvieron los del Régulo de nuestro evangelio; y por eso fueron mas atendidos de Jesu-Christo. Verdad es que nosotros no percibimos la ventaja. ¿Pero acaso, decia Job [1], tiene el Señor los ojos de carne, y vé como los hombres? ¿Acaso se detiene en el sonido de las voces, en el número de las palabras, en las exterioridades y apariencias de los que le ruegan? ¿No registra sus corazones, de donde nace el mérito y el valor de sus ruegos, y de sus obras? [2] *Ego Dóminus scrutans cor.*

11. Veis ahí, Señores, de algun modo satisfecha aquella dificultad, y la razon por que muchas veces os niega Dios lo que concede á otros, que le hacen los mismos ruegos, y le ofrecen los mismos votos que vosotros. Penetra su interior, y le encuentra mas bien dispuesto que el vuestro. Porque ¿qué importa que rezeis largas oraciones, que derrameis muchas lágrimas, que echeis profundos suspiros, si vuestra humildad es aparente, vuestra intencion depravada, y el fin iniquo? Sois hipócritas, que inútilmente pretendeis engañar al Señor que tiene delante de sus ojos patente vuestra maldad. No le engañareis, no, como engañais á los hombres. Escarmentad en cabeza del Régulo del evangelio; y á vista de sus yerros aprended á dirigir vuestras oraciones, segun los aciertos con que Christo Señor nuestro socorrió su necesidad.

Segunda parte.

12. No erró tanto el Régulo, que al parecer no acertara algo. A lo ménos no podemos negar la gran perseverancia con que pidió la salud para su hijo. Pues no se retiró del empeño, quando Jesu-Christo al oir su primer súplica, le reprehendió su incredulidad: ni se detuvo á dar alguna satisfaccion al cargo que le hacia; sino que continuó diciendo: Venid, Señor, á mi casa ántes que mi hijo muera. No gastemos el tiempo en razones, dexad esos

[1] *Job. x. v. 4.* [2] *Jerem. xvii. v. 10.*

cargos para otra ocasion mas oportuna, no sea que entre tanto mi hijo se muera. [1] *Dómine descende, priusquam moriatur filius meus.* Pero en esto que parece acierto, se encubren, ó por mejor decir, resaltan á los ojos enormes yerros. Porque segun todas las señas, el Régulo pensó que Jesu-Christo no podria resucitar á su hijo despues de muerto: que es á corta diferencia lo que pensaron aquellos judíos que meditaron quitar la vida á Lázaro resucitado, para quitarse de delante aquel testimonio de la divinidad de Jesu-Christo. Y así como San Agustin les pregunta con agudeza: ¿Por ventura el mismo que resucitó á Lázaro difunto al rigor de una calentura, no podrá resucitarle muerto á la violencia de vuestras manos? Así puedo preguntar al Régulo: ¿Acaso el mismo que puede dar la salud á tu hijo moribundo, no podrá darle la vida despues de muerto?

13. Pero nada de esto tuvo presente el Régulo. Ciegamente apasionado á su hijo, contra razon y tiempo insistió en pedirle la salud á Jesu-Christo. Y así no debemos llamar fervorosos sus ruegos, sino importunos. Que es el mismo nombre que debo dar á aquellos con que pedís á Dios que luego, luego, luego alivie vuestros males, sin advertir que á vosotros os toca el sufrirlos con paciencia, siendo solo el Señor quien sabe quando os conviene la pena, quando el alivio. Pero no consistió en esto el mayor yerro del Régulo, sino en que pospuso el remedio de su incredulidad reprehendida al de la enfermedad de su hijo, invirtiendo el órden de la caridad que prescribió el divino esposo á su esposa, quando la introduxo y admitió á lo mas íntimo de su amor y confianza: [2] *Introduxit me Rex in cellam vinariam: ordinavit in me caritatem.*

14. Debiera el Régulo conociéndose incrédulo, ó infiel á Dios, haberle pedido ántes la luz de la fe, para conocerle y salvarse, que la salud, para su hijo. Porque segun el órden de la caridad primeramente debemos amar y estimar á Dios mas que todas las cosas. Luego en nuestra estimacion se sigue la salvacion de nuestras almas: inmedia-

[1] *Joan. IV. v. 49.* [2] *Cant. II. v. 4.*

diatamente la de nuestros próximos: despues la vida de nuestros próximos, y últimamente los bienes temporales. Reparadlo bien, Señores. Tomad de memoria este órden de la caridad: porque en él estriba la piedad, la religion, la justicia: en él consiste la virtud, habiéndola definido San Agustin con brevedad y elegancia, diciendo: la virtud es el órden del amor [1]. Una vez que le guardeis, Oyentes mios, en vuestros deseos y en vuestras obras, dareis el precio que se merecen á todas las cosas, que es lo que Séneca tuvo por lo mas necesario: sereis perfectamente virtuosos. Porque ¿qué hizo heroycamente virtuosos á tantos mártires, confesores, y vírgenes que veneramos bienaventurados, si no la mas perfecta observancia del órden de la caridad ó del amor? Los mártires prefirieron la gloria de Dios, y la salvacion de su alma, á la vida del cuerpo que perdieron: los confesores, á las honras y riquezas del mundo que despreciaron: las vírgenes, á los gustos y deleytes de la carne que mortificaron con penitencias. Al modo que la culebra recibiendo en su cuerpo los golpes, procura esconder y preservar la cabeza de donde dimana la vida: así los santos imitando, segun el consejo del evangelio [2] la prudencia de la culebra, se expusieron á perderlo, y lo perdieron todo, por salvar el honor de Dios y su alma.

15. Y al contrario, al modo que Esau por un plato de lentejas vendió la primogenitura y el derecho á la herencia de su padre Isaac: así los pecadores legítimos hijos espirituales de Esau venden el honor de Dios, y el derecho que adquirieron en el bautismo á su gloria, ó por mejor decir la malbaratan, por lo que importa tanto como un plato de lentejas. Porque, ¿qué son los deleytes, las honras, las riquezas miradas en sí mismo, sino un humo, una sombra, un estiércol? ¿Y qué son comparadas con la bondad de Dios, y con la bienaventuranza eterna? Qué son sino lo mismo que nada? Abrid los ojos, Fieles mios. Mirad con horror como trastornais el órden de la caridad.

An-

[1] *S. Aug. De Civit. Dei lib. XV. c. 22.*

[2] *Math. x. v. 16.*

Anteponeis en vuestra estimacion lo mas vil á lo mas precioso: las criaturas al criador: el cuerpo al alma: los bienes perecederos de la tierra á los eternos del cielo. ¡Qué lástima! ¡Qué perturbada está vuestra razon! pues no llegais á conocer quanto mas vale lo que perdeis que lo que ganais: lo que dexais que lo que recibís. Diera á vista de tanta alucinacion por irreparable vuestra pérdida, si no tuviera presente la misericordia que usó el Señor con el Régulo del evangelio.

16. Aquel, que al principio no hizo caso del infeliz estado de su alma incrédula, todo ocupado en procurar la salud para su hijo, llegó despues á conocer su yerro: porque Jesu-Christo tomó de su cuenta entrambas curaciones. Vé, le dixo, tu hijo vive; y al mismo tiempo le dió luz, para que creyera, que sin ir, con sola su palabra le curaria, que es lo que ántes no queria creer: [1] *Crédidit sermoni quem dixit ei Jesus.* Y luego hizo, que llegando el Régulo á su casa, y encontrando á su hijo bueno, creyera en su magestad, dándole á él, y á toda su familia una fe viva que va acompañada de la caridad: [2] *Crédidit ipse, & domus ejus tota.* Preguntadle pues ahora, ¿qué es lo que mas aprecia, la salud de su hijo, ó la de su propia alma? y os dirá que sin comparacion aprecia mas esta que aquella. Os dirá, que ya que estais ilustrados con las luces de la fe, os aprovecheis de ellas para conocer que lo que únicamente os importa, y debeis pedir á Dios es la salvacion de vuestras almas, no los bienes terrenos.

17. Creed al Régulo recien convertido, Pecadores, y no os creais á vosotros mismos. Porque no estais en estado de juzgar del valor y precio de las cosas. Alteradas vuestras pasiones os hacen parecer otro de lo que son los bienes terrenos: mas gustosa y precisa de lo que es su posesion. Os sucede lo mismo que á aquellos, que miéntras padecen una ardiente calentura, revuelven en su memoria las especies de quantas fuentes vieron, y se proponen ir quando puedan á beber hasta saciarse en ellas, persuadidos que ese

[1] *Joan. IV. v. 40.* [2] *Joan. IV. v. 53.*

ese será su mayor gusto; pero despues cesando la calentura cesa la sed, y ellos mismos se rien de sus ideas y propósitos. Pues asimismo enfermas vuestras almas con pecados y vicios os imaginais encontrar un gran gusto en los bienes terrenos; pero curadas vuestras almas con la penitencia, aborrecereis todo lo que no sea provecho suyo, y del servicio de Dios. Buscad en la penitencia la salud: decidle al Señor con las palabras del evangelio: venid, Dios mio, á curar nuestras almas mortalmente enfermas. No son hijas nuestras, son hijas vuestras, no permitais que mueran para siempre en un infierno. Venid, Señor, dadnos la gracia de un verdadero arrepentimiento con que digamos de corazon, que nos pesa de haber pecado &c.

PLÁTICA CX.

DE LA DOMINICA XXI. POST PENTECOSTEM.

Redde quod debes. Mat. XVIII. v. 28.

1. * El asunto, que he pensado tratar en esta tarde, sin duda, Señores, os parecerá nuevo y extraordinario. Mas por eso mismo espero que os ha de ser otro tanto mas útil; pues no habiendo oido hablar de él otra vez, descubrireis ahora verdades importantes á vuestra salvacion, sobre las que puede ser que no hayais hecho el menor escrúpulo. El asunto será la obligacion que tenemos de pagar las deudas: *Redde quod debes.* Paga lo que debes, decia el cruel ingrato siervo, ó criado de la parábola de nuestro evangelio, á un compañero que le debia cierta cantidad. Sin acordarse de la piedad con que su dueño le habia perdonado lo que le debia, estrechaba con rigor, ahogaba al otro pobre infeliz, para que le pagara. No apruebo esta violencia tan indigna de un hombre de bien, y tan contraria á la compasion y á la caridad.

2.

* 30. *de Octubre* 1740.

2. Pero con las mismas palabras: *Redde quod debes*, digo que paguen sus deudas aquellos que teniendo bienes, ó no quieren deshacerse de ellos por no empobrecer, ó buscan rodeos, efugios y dilaciones, con notable perjuicio de sus acreedores: *Redde quod debes.* Digo que paguen aquellos que quiebran con fraude, ó hacen una engañosa cesion de bienes, escondiendo sus mejores alhajas sin pagar parte de sus créditos: que burlan las mas justas execuciones con ventas fingidas, ó falsos créditos anticipados: que habiendo gastado con su muger los caudales del próximo, por no disminuir la vana ostentacion de su casa, le pagan con un iniquo pagamento de dote: *Redde quod debes.* Digo á los amos, que paguen el salario á sus criados, que paguen á los mercaderes, y á los pobres oficiales el justo precio de sus géneros ó de su trabajo: *Redde quod debes.* Y en fin os digo, Señores, que si teneis contraida alguna deuda, ó la contraxereis en adelante, pagadla. Porque quien debe y no paga, peca; y solo pagando se justifica: *Redde.* Estas son las reflexiones mas naturales que pueden hacerse sobre estas dos palabras del evangelio; y ellas serán las dos partes de mi oracion.

Primera parte.

3. ¿Bien es verdad que deber y no pagar es pecado? Sí, Oyentes mios. Ello bien puede causaros admiracion; pero es cierto que si no pagais lo que debeis pudiendo, pecais mortalmente; y aun si bien se mira cometeis tres pecados, de ingratitud, de mala fe, y de injusticia. Porque vuestro acreedor prestándoos su dinero, ó alargándoos parte de sus bienes, os hizo un gusto, un beneficio, que vosotros confesabais á boca llena; y así dexando de satisfacerle pudiendo, sois infamemente ingratos. Que bien describe el Espíritu Santo lo que cada dia estamos viendo en el mundo con nuestros ojos. Nadie es al parecer mas humilde ni mas reconocido á su obligacion que aquel que espera recibir de otro algun socorro. ¡Qué civilidad! ¡Qué agrado! ¡Qué protestas y expresivas demonstraciones de

su

su gratitud! Tienta mil medios para conseguir lo que desea: visitas, promesas, humillaciones, nada omite para dar á entender que estará eternamente reconocido: *Donec acci-piat*, dice el Eclesiástico, [1] *osculatur manus dantis, & in promissionibus humiliat vocem suam.* Besa las manos de su futuro bienhechor, y aun mas se abate, que se humilla.

4. Pero quando despues su acreedor le pide lo que le prestó: [2] *In tempore redditionis postulabit tempus, & loquetur verba tædii & murmurationis*: se mudó en un instante en otro hombre. Pide tiempo para pagar, murmura de su bienhechor, quejándose de su dureza, y llenándole de injurias. Antes le llamaba su amigo, su asilo, su protector: ahora ya le mira como á su enemigo, su perseguidor, su tirano. Antes no hallaba bastantes voces para alabarle: ahora no encuentra bastantes para desacreditarle. Antes le buscaba y tenia singular gusto de encontrarle: ahora huye y tiene pesadumbre formal de verle. Antes publicaba en todas partes su generosidad: ahora no habla sino de su insaciable avaricia. Semejante, dice San Juan Chrisóstomo, [3] á aquel ingrato, que habiendo recibido de su dueño un talento para negociar con él, viéndose estrechado á que le restituyera, le llenó de dicterios, y empeñado á acreditarle de cruel y injusto, le decia: [4] *Durus es ::: metis, ubi non seminasti, & congregas, ubi non sparsisti.* ¿En este retrato que formó el Espíritu Santo de un mal pagador no están representados muchos que duermen en mullido catre de pluma, mientras su dueño duerme en el duro suelo? ¿Muchos que rien comiendo con el caudal del otro, que ayuna y llora? ¿Muchos que rozan galas, despojos no del moro vencido, sino del christiano ultrajado? ¿Muchos, muchos? Ellos bien pueden ser á los ojos del mundo nobles y esclarecidos, pero á la luz de la razon son villanos, y á los ojos de Dios son infames ingratos pecadores.

5.

[1] *Eccli. XXIX. v. 5.*
[2] *Eccli. XXIX. v. 6.*
[3] *S. Chrys. lib. IV. in Genes.*
[4] *Math. XXV. v. 24.*

5. Cometen tambien pecado de mala fe los que deben y no pagan. Porque ántes de contraer la deuda, previendo con evidencia que no podrian, dan mil palabras de pagarla, y aun sacrílegos lo juran. Mienten arriendos que han de vencerse, caudales que han de cobrar, y obligan bienes que están tenidos á anteriores créditos; y así engañan al inocente. Y despues conservan con engaños lo que con engaños tomaron ¡Qué embustes, qué drogas, qué mentiras, todas graves! Se excusan con el mal tiempo, malas cobranzas, fingen infortunios, enfermedades. No hablan que no mientan, y dicen que no pueden hacer otro. Imitan, como dice el Chrisólogo, [1] á la mala fe de aquel ecónomo ó procurador, de quien habla San Lucas, que habiendo disipado gran parte del caudal que le habia confiado su dueño, en lugar de restituirle lo poco que le quedaba, no miró sino como engañarle. Soy muy delicado, decia, no puedo cavar: [2] *Fódere non valeo.* Soy bien nacido, tengo vergüenza de mendigar: *Mendicare erubesco.* ¿Pues qué hace? Se mete á embustero, y burlando las mas justas pretenciones de su dueño, añade pecados sobre pecados. De suerte que el mas hombre de bien, el mejor christiano, una vez que inconsideradó haya contraido muchas deudas, dexa de ser hombre de bien: y no obstante la tranquilidad de su conciencia, dexa de ser buen christiano. La experiencia lo enseña.

6. Cometen últimamente un pecado de injusticia. Porque la justicia consiste en que cada uno tenga lo que es suyo; y dexando uno de pagar lo que debe, retiene lo ageno, es injusto: digámoslo claro, es ladron. Hay, Señores, segun decia Salviano, ladrones de muchos modos. Unos que abusando de la autoridad de su empleo y de la de su príncipe roban impunemente, labrándose su fortuna á costa de los vasallos que gravan y oprimen. Otros hay que con la capa y apariencia de compasion despojan á su próximo, haciéndose pagar usurarios intereses de lo que le prestaron. Y asimismo son ladrones los que no pagan lo que deben; porque en verdad retienen lo que no es suyo con-

[1] *S. Chrisol. in cap. 16. Lucæ.* [2] *Luc. XVI. v. 3.*

contra la voluntad de su dueño. Por eso la escritura tanto llama restituir al pagar las deudas, como al volver lo hurtado: *Redde quod debes.* Con sola esta diferencia, que el restituir lo hurtado supone delito cometido en el hurto; y el restituir lo que se debe no supone culpa. Pero en lo demas un mal pagador en nada se diferencia de un ladron.

7. ¿Qué se le da á tu próximo que le hayas quitado su dinero en un camino real, ó que prestado no se lo quieras volver? Tan perdido le tiene de una manera como de otra. ¿Qué le importa al mercader haber perdido sus mercaduría en un bosque, ó haberlas vendido á quien no se las ha de pagar? ¿Qué mas tiene que los criados y oficiales de vuestras casas á quienes no pagais hayan caido en manos de los ladrones, ó en las vuestras? De qualquier modo los llamo infelices: y á vosotros, seais lo que fuereis, os diré con el apóstol San Jayme: [1] *Ecce merces operariorum, quæ fraudata est á vobis, clamat, & clamor eorum in aures Dómini Sabaoth introivit.* Crueles, desapiadados, los salarios que no pagais gritan contra vosotros, y sus gritos suben y claman venganza á los oidos del Dios de los exércitos. Perecereis malvados: pues abusando de vuestro poder habeis robado sin resistencia á los desvalidos. Perecereis. Era menester que no hubiera Dios, ó que no fuera Dios lo que es, para que quedara sin castigo vuestro delito. Teneis atesorada la ira y la indignacion divina para el dia del Juicio: [2] *Thesaurisatis vobis iram in novíssimis diebus.* Gemid, llorad, decia el apóstol, temblad al considerar que os amenaza Dios con las mismas miserias que padeció el obstinado réprobo Faraon, porque maltrató á los israelitas, que le servian, y cultivaban sus campos. Solo hay un remedio, que es el pagar en esta vida vuestras deudas: *Redde quod debes.* Pagad lo que debeis. La gratitud os obliga: os hicieron un gusto. La buena fe os obliga: empeñasteis vuestra palabra. La justicia os obliga: no es vuestro lo que teneis, debiéndolo. Dios os obliga: si no os condenará. Le habeis ofendido,

[1] *Jacob. Ep. cap. v. v.* 4. [2] *v.* 3.

no pagando : volvereis á su gracia , pagando : *Redde quod debes.* El no pagar ha sido vuestro pecado , como habeis visto. El pagar hará vuestra justificacion , como vereis en mi

Segunda parte.

8. Observar fielmente la ley de Dios , decia San Bernardo , es la primer obligacion de un christiano : buscar los medios necesarios para satisfacer á Dios ó al próximo, quando hemos quebrantado su santa ley , es nuestra segunda obligacion. No faltar á la primera es gran gloria : merece alabanza el que cumple con la segunda ; pero es un infeliz desesperado el que desprecia entrambas obligaciones. Para cada delito , decia el mismo santo , tiene el Señor preparado el remedio , con cuyo buen uso recobra el pecador la innocencia perdida. El pagar las deudas es el medio único y eficaz para reconciliarse con Dios el que pecó no pagándolas. Con esto le absuelven las leyes civiles , y le absuelve Dios y le justifica. Pero debeis advertir, Oyentes mios , que muchas veces un deudor satisface á las leyes civiles , y no á la divina , porque con astucias , ó con trampas que el demonio llama legales , logra esperas ó remision de parte de la deuda. Pero Dios conoce la mala fe y la reprueba. Quiere que pague sus deudas : *Redde quod debes.* Mas quiere que las pague sin dilacion y por entero. Para absolverle quiere que la paga sea pronta y entera.

9. San Gregorio Papa [1] consultado sobre que debia hacer un hombre , que gravado de deudas no podia pagarlas , respondió que si era tan pobre que no tenia con que pagar quedaba libre de la obligacion ; pero que si tenia algunos efectos , estaba obligado en conciencia desde luego. Por lo que parece , que las virtudes de la misericordia y de la justicia piden igual diligencia. No aflijas el alma del pobre , difiriendo socorrer su miseria , dice Dios por el Ecle-

[1] *Vid. Joan. Diac. Vit. S. Greg. M. lib. II. cap. 55.*

Eclesiástico [1]. No dilates al otro dia el pagar el salario á tu jornalero, dice el mismo Señor en el Levítico [2]. No te detengas, corre á cumplir la palabra que diste á tu acreedor, pagándole, dice en los Proverbios [3]. Pero me engaño: lleva una notable ventaja la justicia sobre la misericordia. Primero es pagar las deudas, que dar limosna. Feliz, sabio aquel que solícito diligente socorre las necesidades del próximo. Insensato ignorante aquel, que no paga sus deudas, por socorrerlas. El uno da limosna para satisfacer, ó redimir sus pecados: el otro peca para dar limosna. ¿Quántos, y quántas debian tener presente esta verdad? Porque ¿quántos y quántas se acusan en el tribunal de la penitencia de no haber dado limosna al pobre que se la pedia y de otras faltas aun ménos graves que esta, y no se acusan del perjuicio que causan á los oficiales y mercaderes, haciéndoles ir y venir semanas, meses, y aun años, sin pagarles lo que les deben, y tal vez haciendo que un criado les despida con injurias? Estos callan, sufren, gimen, y tal vez perecen, mientras aquellos ó aquellas tienen sus horas destinadas para la oracion y exercicios de piedad, confiesan, y comulgan con freqüencia, sin hacer escrúpulo de la injusticia que hacen reteniendo lo que no es suyo. Prácticas profanas, confesiones, comuniones sacrílegas.

10. Pero ¿qué diré de aquel deudor que reconvenido en juicio á que pague, solo por no menoscabar su caudal, por no malvender sus frutos ó sus alhajas, busca como ganar tiempo? Válese de un escribano hábil, de un abogado dispierto. Confiesa que la deuda es cierta, que el plazo se cumplió; pero que el no puede por ahora pagar cómodamente, como de allí á unos meses. Venga la escritura de obligacion, dicen, ó el cargamiento de censo, y veremos si por la impericia del escribano falta alguna circunstancia: sino su muger se hará pagamento de dote, ó se hará concurso de acreedores, fingiendo deudas anteriores. Así se mete á pleyto lo mas cierto, y todos se hacen cóm-

[1] *Eccli. IV. v. 1. & 3.*
[2] *Lev. XIX. v. 13.*
[3] *Prov. VI. v. 1.*

cómplices de la mayor injusticia: pecan mortalmente, quedando obligados en conciencia á resarcir todos los daños que causan con la dilacion. Porque así como un ladron, en llegando á tener bienes está tenido á restituir lo hurtado, luego sin detencion: así tambien el deudor á pagar lo que debe.

11. Por esta misma razon se conoce quán vanos son los pretextos de aquellos que se excusan de pagar por entero sus deudas, por no disminuir los gastos que creen necesarios á su estado. Un hombre de mi calidad, dicen, debe comer bien, vestir mejor, y mantener el tren y ostentacion con que me he criado. ¿Qué calidad es la tuya? pregunta un piadoso docto prelado de nuestro siglo. Si es de embustero y de usurpador, no tengo nada que decirte. Si es tu calidad de caballero christiano, ella te obliga á que disminuyas mil gastos superfluos. Reforma tu mesa, tus galas, tu familia, y paga tus deudas. Así te venerarán como christiano y como caballero; si no serás la fábula del pueblo, dice Dios por Habacuc [1], serás la burla de las gentes de razon, y serás eternamente infeliz en un infierno.

12. Y no es ménos vano á veces el pretexto de no empobrecer para no pagar. Dixe, á veces; porque si pagando falta lo preciso, y ha de ser extrema vuestra necesidad, estais excusados de pagar parte de vuestras deudas, y aun todas, teniendo el ánimo verdadero de hacer quanto podais para pagar. Pero si la necesidad no ha de ser tanta, y solo se trata de estar mas ó ménos bien, debeis pagar. La razon es clara. Porque sola la extrema necesidad puede hacer vuestro lo ageno; y así no siendo extrema la vuestra, no es vuestro lo que debeis; estais tenidos á entregarlo á su dueño. Y por último, oid lo que nos refiere el Espíritu Santo en el capítulo II. de Esdras. Padecia Judea una gran hambre, y con este motivo muchos escondieron sus frutos por no pagar el diezmo y sus deudas. Pero Dios no tuvo por justo este motivo: pues se explicó por Malaquias [2] en estos términos: ¿No dexareis ja-

[1] *Hab. c. II. v. 6. & seq.* [2] *Malac. III. v. 9.*

jamas de ultrajarme, como lo habeis hecho, no pagándome ahora los diezmos y primicias? Pues sabed que sois malditos, y por lo mismo perecereis de la miseria que temeis: *In penuria maledicti vos estis, & me vos configitis gens tota.*

13. Dios, Señores, no tiene por suficientes las excusas que da el mundo. Este no respira sino vanidad, luxô, intemperancia y mentiras, para sostener estos vicios con injusticias. Dios ama la confianza en la divina providencia, la parcimonia, la moderacion, la humildad, para exercitar la gratitud, la buena fe, la justicia, que os estrechan á pagar vuestras deudas, quanto ántes, y por entero. *Redde quod debes*, dice. Si no quereis experimentar mi indignacion y mi enojo en la última cuenta, pagad vuestras deudas á vuestros próximos. Y sobre todo paguémosle al Señor lo que le debemos. La gratitud, la buena fe, y la justicia nos obliga á ello. ¿Qué beneficios no hemos recibido de su mano liberal? ¿Quántas palabras le hemos dado de amarle y de no ofenderle? ¿Qué hay en nosotros que no sea suyo? Seamos pues agradecidos, fieles, justos. Y de no haberlo sido digamos que nos pesa. Protestamos, Señor, rendidos nuestro reconocimiento á vuestros beneficios. Damos una firme palabra de amaros eternamente por ser quien sois. Os ofrecemos en sacrificio quanto somos, el corazon, la vida, el alma. Admitidle en satisfaccion de nuestras deudas. Perdonadnos, Señor, &c.

JACULATORIAS.

14. Dios liberal, Dios piadoso, no entreis en cuentas con nosotros. Pues siéndoos deudores de inmensos beneficios, no podemos satisfacer á vuestros cargos. Por ser quien sois, perdonad nuestras deudas.

¡O benignísimo Jesus! ¿Quién sino Vos podia tomar por su cuenta la satisfaccion de nuestras deudas? Las pagasteis con vuestra preciosa sangre. ¡Qué fineza! Reconocidos os amamos de todo corazon, y decimos que nos pesa de haberos ofendido.

¡Dul-

¡ Dulcísimo Jesus, Redentor nuestro! Quanto somos es vuestro, y con nuestras culpas lo entregamos al demonio. Ya arrepentidos os restituimos el corazon, y el alma. Admitid el sacrificio. Tened misericordia de nosotros.

PLÁTICA CXI.

DE LA DOMINICA XXI. POST PENTECOSTEM.

Opórtuit te misereri conservi tui, sicut ego tui misertus sum. Matt. XVIII. v. 33.

1. * Una pregunta que hizo San Pedro á la magestad de Christo, dió motivo á la parábola del evangelio de este dia. Pues preguntándole el apóstol, hasta quántas veces perdonaria las ofensas que le hicieran sus hermanos, ¿si hasta siete veces? respondió el Señor, que no solo siete, sino setenta y siete veces debia perdonarlos, y luego dixo: Que el reyno de los Cielos era semejante á un hombre rey, que queriendo tomar las cuentas á sus siervos halló que uno de ellos le estaba debiendo diez mil talentos. Y no teniendo con que pagárselos, enojado el dueño mandó que pusieran al pregon todos sus bienes, sus hijos, su muger y su propia persona, con cuyo precio pudiera en parte ó en todo satisfacerse. Pero apénas el siervo postrado á sus pies comenzó á rogarle que tuviera una poca paciencia, que con el tiempo le pagaria, quando compadecido no solo le concedió los plazos que le pedia, sino que le perdonó toda la deuda. ¿Quién creyera, Señores, que este hombre á vista de la piedad, con que le trató su dueño, no trataria del mismo modo á sus deudores? Pues no fué así. Porque inmediatamente que encontró uno que le debia hasta cien dineros, le puso las manos al cuello, y ahogándole se los pedia; y sin oir las voces, con que el pobrecito le rogaba que le diera algun tiempo, que tuviera una poca paciencia, le hizo meter en cárcel, y le de-

* 23. *de Octubre* 1746.

detuvo en ella hasta que le pagara. Pero llevó su merecido; porque llegando á oidos del dueño su inhumanidad, le llamó, y reprehendiéndole con la mayor aspereza su indigno villano proceder, le entregó á los verdugos, para que le atormentaran hasta que pagara quanto debia.

2. Esta es, Señores, la parábola del evangelio, cuyo designio no es ménos notorio que el motivo que tuvo Jesu-Christo para proponerla. Pues se vé claramente que su magestad quiso darnos á entender, quán grande es la misericordia que Dios usa con nosotros, quán injusta es la crueldad, con que mutuamente nos tratamos, y quán severo es el castigo que por ella nos merecemos. Porque así como aquel rey por su bondad y misericordia perdonó á su siervo la crecida cantidad de diez mil talentos que le debia: así Dios nos perdona millares de culpas ó de deudas. Y así como aquel siervo sin acordarse de la benignidad de su dueño, se portó cruel con su compañero: así tambien lo somos nosotros con nuestros próximos, no obstante la piedad con que Dios nos trata. Y últimamente con la misma razon y rigor con que aquel dueño castigó á su siervo, nos castiga Dios á los que no perdonamos á nuestros deudores, segun las palabras con que concluye Jesu-Christo, explicando el sentido de su parábola: [1] *Sic & pater meus cœlestis faciet vobis, si non remiseritis unusquisque fratri suo de córdibus vestris.*

3. No me queda pues libertad para la eleccion del asunto de esta plática, ni para su division. Porque en su primera parte habré de engrandecer la misericordia de Dios para con los hombres: en la segunda habré de acriminar la crueldad de los hombres para con los hombres: y en la tercera habré de ponderar el terrible justo castigo, que por ella se merecen. Muy dilatada es la extension de este asunto; pero procuraré ceñirme á la brevedad del tiempo, y á las cláusulas del evangelio.

[1] *Mat. XVIII. v. 35.*

Primera parte.

4. Mas justiciero que misericordioso se ostenta Dios al principio de la parábola de nuestro evangelio; pues en persona de un rey llama á juicio á los hombres para tomarles la mas estrecha cuenta: *Vóluit rationem pónere cum servis suis.* Accion á la verdad propia de la justicia de Dios, y capaz de amedrentar á todos los hombres. Porque si el Señor procede con todo el rigor de derecho, ¿quién dexará de salir de su tribunal condenado? ¿Quién, preguntaba David, se mantendrá inocente, si Vos, Señor, exâminais sus iniquidades? [1] *Si iniquitates observáveris Dómine, Dómine quis sustinebit?* ¿Quién? decia David, desconfiando no solo de sí mismo, sino de qualquiera otro por justo que fuese, como repara San Agustin: *Quis sustinebit?* Lo cierto es, que el primer siervo que compareció delante del rey su dueño, se halló deudor de una crecida suma, y lo mismo sucederá en el tribunal de Dios á qualquiera que haya cometido un solo pecado mortal. Porque ¿no es infinita ó casi infinita su gravedad? Fácilmente lo conocereis, Señores, si atendeis las circunstancias de la dignidad de la persona ofendida, de la vileza del ofensor, y del motivo de la ofensa.

5. Pues la persona ofendida es el mismo Dios, cuya bondad y magestad es tan inmensa, que ni con las fuerzas de todos los hombres, y ángeles pudiéramos amarle como se merece. Sus beneficios para con nosotros son tantos, que aunque muriéramos mil veces cada dia por su servicio, no pudiéramos satisfacerlos. Porque ¿las muertes de los hombres pueden equivaler á la del unigénito Hijo de Dios? Mas dexémos este imponderable é incomprehensible beneficio como asunto á vuestra contemplacion, para que podamos hacer alguna reflexîon sobre lo que decia San Pablo á los Areopagitas: Que en Dios vivimos, nos movemos y somos, con tal dependencia de su voluntad y ayuda, que sin ella ni podemos alargar el pie, levantar la

[1] *Ps. CXXIX. v. 3.*

la mano, ni aun respirar podemos: [1] *In ipso enim vívimus, movemur & sumus.* Tanto dependemos de la asistencia de Dios, que si no nos sustentara con el alimento de sus criaturas, pereceríamos de hambre: si no nos cubriera con sus vestidos, nos helara el frio: si no nos defendiera de los enemigos del género humano, nos mataran: si no nos gobernara, nos acabáramos unos á otros; y en fin si por un instante apartara de nosotros su vista, ó retirara su influxo, inmediatamente perdiéramos el ser y la vida, reduciéndonos á la nada de que fuimos criados: *In ipso enim vívimus, movemur, & sumus.*

6. Y esto es tanta verdad, que, segun enseña San Pablo, los filósofos gentiles con sola la razon natural conocieron; y sin embargo nosotros, aunque ilustrados con las luces de la fe, prácticamente la desconocemos, quando ofendemos á Dios, sin reparar que es un perenne bienhechor nuestro: que es un Señor tan grande, que en su comparacion, como dice el Sabio [2], todo el orbe es un átomo, y una gota del rocío de la mañana: un Señor tan terrible, que como decia David [3], mira á la tierra, y la hace temblar, toca los montes y humean: un Señor tan poderoso, que como decia Job [4], á su arbitrio se extremecen las colunas de los cielos: un Señor tan dueño nuestro, que tiene, como dice San Juan [5], en su mano las llaves de la muerte y del infierno: y puede no solo perder nuestros cuerpos, sino nuestras almas, como leemos en San Mateo [6]. Este es el Dios á quien ofendemos quando pecamos. ¿Puede darse, Señores, mayor locura? ¿Y puede ser mas grave de lo que es la ofensa, midiéndola por la alta dignidad de la persona ofendida?

7. Pues no se descubre ménos la gravedad de la ofensa, atendida la calidad del ofensor. Porque así como crece la ofensa segun la dignidad de la persona ofendida: así tambien crece segun la vileza de la persona del ofensor. Y aun

[1] *Act. XVII. v.* 28.
[2] *Sap. XI. v.* 23.
[3] *Psal. CIII. v.* 32.
[4] *Job. XXVI. v.* 11.
[5] *Apoc. I. v.* 18.
[6] *Math. X. v.* 28.

aun por eso un rey no siente tanto la injuria de otro igual suyo, con la de un vasallo. Pues ahora bien, decidme: ¿Qué somos los hombres que ofendemos á Dios? Por nosotros mismos mas viles gusanos que hombres, como decia David [1]: comparados con Dios nada, segun decia Isaías [2]; y por razon del pecado ménos que nada, como decia San Juan. Y con todo, ¿nos atrevemos á levantar la cara y ofender al Señor de la magestad? ¿Y por qué motivo? ¿Acaso aspiramos á colocar nuestro trono junto al de Dios, como Luzbel? ¿Acaso pretendemos la divinidad como Adan y Eva? ¿Por qué motivo? Tengo vergüenza de decirlo. Por un sórdido interes: por un sucio momentaneo deleyte: por una vanagloria; y muchas veces por nada de esto, sin algun útil, y por una especie de perversidad que encuentra gusto en ofender á Dios.

8. Todas estas circunstancias que acompañan al pecado mortal, agravan de suerte la deuda que contrahemos, cometiéndole, que la hacen mucho mayor que la de los diez mil talentos que debia á su dueño el siervo del evangelio. Pero tambien á mas de la gravedad, podemos contemplar el número de nuestras culpas, que sin duda le hallaremos superior al de los diez mil talentos. ¿Porque dexando á parte los otros, os atreveis á contar los pecados de vuestro corazon, de vuestra lengua, y de vuestros ojos ¿Quántos han sido en el discurso de vuestra vida los impuros, ambiciosos, vengativos, ilícitos deseos de vuestro corazon? ¿Quántas han sido las maldiciones, murmuraciones, contumelias, mentiras, y palabras ociosas que ha proferido vuestra lengua? ¿Quántos objetos provocativos han mirado vuestros ojos? Bien podeis decir con el ingrato Salomon: [3] Nada de lo que desearon ver mis ojos les he negado, ni he contenido mi corazon, para que dexara de gozar de todos los deleytes. Y yo diré que sois reos de innumerables delitos, y que por ellos mereceis mayor castigo, que el que dió el dueño del evangelio á su siervo mandándole vender con toda su familia y bienes: [4] *Jussit eum*

[1] *Ps.* XXI. *v.* 7.
[2] *Is.* XL. *v.* 17.
[3] *Eccle.* II. *v.* 10.
[4] *Math.* XVIII. *v.* 25.

eum venúndari, & uxorem, & filios & omnia quæ habebat.

9. Tal vez al oirme ponderar la gravedad y el número de vuestras culpas, pensareis que yo mas intento atemorizaros con la justicia de Dios, que alentaros con su misericordia. Pero no pensareis tal luego que os diga, que el Señor no obstante la gravedad y el número de vuestras culpas, está pronto á perdonaros, como le pidais perdon, del mismo modo que el dueño del evangelio perdonó á su siervo. Y así como aquel dueño no solo concedió á su siervo el plazo que le pedia para pagarle, sino que de contado le absolvió de toda la deuda: así tambien Dios sin aguardar plazos, apénas vea que arrepentidos le pedís perdon, os perdonará misericordioso todas vuestras deudas ó culpas, [1] *Misertus dóminus servi illíus::: débitum dimisit ei.* Y no pongais la menor duda, que sucederá así, siendo el mismo Dios quien lo afianza; y confesad que me valí del mejor medio para engrandecer su misericordia. Porque volved á poner la vista en la gravedad y número de vuestras culpas: contemplad la imposibilidad en que os hallais de satisfacerlas: y viendo que el Hijo de Dios toma de su cuenta la satisfaccion, y que por ella su magestad os perdona, decid con la Iglesia que la superabundancia de su piedad excede los méritos y votos de los suplicantes; y que con el exemplo de su misericordia nos excita á tenerla con nuestros próximos.

Segunda parte.

10. Si quisiera, Señores, acriminar la crueldad é inmisericordia de los hombres para con los hombres con razones naturales, las encontrara fácilmente en los libros de los gentiles; porque se difundieron en declamar contra este vicio, borron infame de la naturaleza humana, y tan opuesto á ella que degradándonos de hombres nos denomina inhumanos. Y no ménos se difundieron en aplaudir la virtud de la clemencia, calificándola Ciceron por la mas excelente de quantas adoráron la noble alma de Julio Cé-

[1] *Ibid. v.* 27.

César. Ni la fortaleza militar, decia, con que conquistó el imperio romano, ni la justicia y prudencia con que le gobernó, le hicieron tan recomendable en el mundo como la clemencia, con que vencedor perdonó y admitió á su amistad y gracia á los vencidos. Pero no debo esta tarde, sino representaros injusta vuestra crueldad con los hombres, á vista de la clemencia ó misericordia con que Dios os trata; y en atencion á que faltais á la palabra que le disteis de perdonarlos.

11. Quando os parecia que Dios os llamaba á juicio, dándoos alguna grave enfermedad, le pedisteis la salud para tener tiempo de hacer penitencia, de enmendar vuestra vida, y exercitaros en las virtudes. Tened una poca paciencia, diriais, como el siervo del evangelio, que yo prometo pagar con la penitencia lo que debo por mis culpas: [1] *Patientiam habe in me & omnia reddam tibi.* O con las palabras de Job diriais: Dexadme, Señor, que llore mi dolor, ántes que vaya á aquella tierra tenebrosa y cubierta con las sombras de la muerte: [2] *Dímitte me ut plangam páululum dolorem meum, ántequam vadam ad terram tenebrosam, & opertam mortis calígine.* Pero no bien Dios os libró del peligro de la muerte, y os concedió lo que le pediais, quando olvidados de las promesas y propósitos que hicisteis, como si todo hubiera sido sueño de una vision nocturna, volvisteis al vómito de vuestras culpas. Semejantes á Faraon, que miéntras le castigaba Dios con las plagas, prometia dar libertad á los israelitas; pero apénas levantaba la mano del castigo, volvia á tratarlos con mayor rigor. Y por eso es muy sospechosa á los santos padres, y á los hombres de juicio, la confesion y penitencia de los enfermos, cuyos propósitos dan pocas esperanzas de arrepentimiento y enmienda.

12. Bien claramente lo demuestra el suceso del evangelio. Pues aquel siervo, que quando alcanzado en cuentas humildemente rogaba á su dueño que tuviera paciencia, despues de haber conseguido mas de lo que pedia, encontrando con otro consiervo, que le debia cien dineros, co-

[1] *Math. XVIII. v. 26.* [2] *Job. X. v. 20. & seq.*

comenzó á maltratarle, y no paró hasta que le pagara. ¿Qué haces hombre, ó fiera? pregunta el Venerable y mi venerado Mr. Fr. Luis de Granada. ¿Tan apriesa te has olvidado de la misericordia, que tu dueño ha usado contigo? ¿De tus propios males no has aprendido á tener compasion de los agenos? ¿No oyes que con las mismas lastimosas voces, con que tú poco ha á tu dueño, te pide ahora tu compañero, que tengas paciencia? *Patientiam habe in me & omnia reddam tibi.* ¿No tienen estas voces para contigo la eficacia que tuvieron para con tu dueño? ¿No hacen en tu corazon la impresion que hicieron en el suyo? ¿No te mueve su exemplo? ¡Qué cruel eres! ¡Qué iniquo!

13. Pues al mismo tono puedo hablaros, desapiadados pecadores: del mismo modo debo reconveniros. Dios por su misericordia os ha perdonado diez mil talentos, quiero decir, innumerables pecados, y el eterno suplicio que por ellos mereciais. Y si acaso vuestro próximo os hiere con alguna palabra injuriosa, os mueve algun pleyto, obscurece algo vuestra fama, no os paga lo que os debe, aunque arrepentido quiera reconciliarse con vosotros y daros satisfaccion, no quereis darle oidos. ¿Yo, decís, he de quedarme sin vengar la injuria? ¿Yo he de tratar con benignidad á un injusto? ¿Yo he de proceder de buena fe con un ingrato? No lo haré: no hay que hablar en ello. Pero valga la razon. Juzgais, Oyentes mios, que las ofensas que os ha hecho vuestro próximo son tan graves, ó pueden compararse con las que vosotros habeis hecho al Señor de los cielos y de los ángeles? ¿No sabeis que es tanta la distancia entre unas y otras, como la que hay entre cien dineros y diez mil talentos, ó por mejor decir tanto como la que hay entre lo limitado y lo infinito? ¿Pues cómo, si Dios fácilmente condesciende á vuestros ruegos perdonándoos las injurias que le hicisteis, vosotros estais inexôrables sin querer perdonar las que os han hecho vuestros próximos? ¿Cómo no cumplís la palabra que disteis de perdonarlas? ¿Cómo no os mueve el exemplo de la misericordia de vuestro Dios? ¿Cómo habiéndole expe-

ri-

rimentado tan benigno con vosotros, sois tan crueles y vengativos? Vuestra crueldad irrita á los ángeles del cielo, como irritó la del siervo del evangelio á sus compañeros: y así como estos le acusaron delante de su dueño, así aquellos os acusan en el tribunal de Dios: [1] *Videntes conservi ejus quæ fiebant::: venerunt & narraverunt Dómino.*

Tercera Parte.

14. Ya es este, Señores, otro juicio que el primero. En aquel se dió lugar á los ruegos y á las súplicas: en este no se da lugar á ruegos ni súplicas. En aquel el dueño no trató mal de palabras, ni de obra al siervo que le era deudor de diez mil talentos, contentándose con cobrar con el precio de su libertad y de sus bienes. En este le llama malvado, se enoja contra él, y le entrega á los verdugos para que le atormenten. Diferencia, que en sentir de San Juan Chrisóstomo, manifiesta quan enorme y exécrable es el delito de la crueldad. Los otros delitos encuentran fácil el perdon en la misericordia de Dios; pero la crueldad parece que no le halla. Y con razon; porque el Señor, segun su regular providencia solamente exercita su misericordia con los que la imploran. ¿Y cómo ha de implorarla para sí quien no la usa con los demas? ¿Con qué cara ha de pedir para sí el perdon que niega á los otros? ¿No lleva consigo la fórmula de pedirle, la condicion de concederle? Perdónanos nuestras deudas, decimos, así como perdonamos á nuestros deudores. ¿Pues como sin poner vosotros la condicion podeis pedir que Dios ponga el efecto? Ni los santos, ni los ángeles, ni la reyna de los santos, y de los ángeles se atreve á rogar á Dios, que sea misericordioso con quien no lo es con sus próximos: porque saben que no han de conseguirla, habiendo dicho el Señor, que su Padre trataria á los crueles con el mismo rigor con que ellos tratan á sus próximos: [2] *Sic Pater meus cælestis faciet vobis, si non remiseritis unusquisque fratri suo de córdibus vestris.* Y nada hay mas justo que el que Dios sea

[1] *Math. XVIII. v. 31.* [2] *Math. XVIII. v. 35.*

sea severo con los que son desapiadados con sus próximos. Porque ¿no deben ser medidos con la misma medida con que miden á los otros? Bueno fuera, decia el Eclesiástico, [1] que el hombre guardara la ira para el hombre, y buscara en Dios para sí la mansedumbre? *Homo hómini reservat iram, & á Deo quærit medelam?* No hay que pensar que halle en Dios sino la ira, y una ira correspondiente á su misericordia, que es quanto se puede decir. Pues San Juan para ponderar la ira de Dios en el juicio final la llama ira del cordero: *Ira agni.* [2]

15. Y al contrario si sois misericordiosos con vuestros próximos, lo será Dios con vosotros. Y aunque conteis á millares vuestras culpas, si perdonais con franqueza las injurias de vuestros próximos, os perdonará Dios las vuestras luego que le pidais perdon arrepentidos. Pues así lo promete el Señor por el Eclesiástico: *Relinque proximo tuo nocenti te, & tunc deprecanti tibi peccata solventur.* [3] Y si acaso no bastan estas amenazas y promesas á haceros detestar la crueldad, acordaos, os diré con el mismo eclesiástico, de los novísimos, y dexareis de ser vengativos y crueles: [4] *Memento novissimorum, & desine inimicari.* Imaginad hallaros en aquel instante último de vuestra vida, en que quando ménos penseis vendreis á hallaros. Ya estais entre el tiempo y la eternidad: teneis al tiempo á las espaldas para dexarle, y delante á la eternidad para entrar en ella. Ya estais en fin en presencia del juez que ha de juzgaros. ¿Quales serán entónces los remordimientos de vuestra conciencia? ¿Qué ódio tendreis á los pecados que cometisteis? ¿Qué quisierais haber hecho para aplacar la indignacion del juez, y conciliaros su misericordia? Pues haga ahora la imaginacion y la fe, lo que entónces hará inútilmente la realidad.

16. Y no será novedad. Porque ¿quántos pecadores se convirtieron arrebatados de una santa imaginacion al tribunal de Dios, en que habian de ser juzgados? ¿Y quántos san-

[1] *Eccli. XXVIII. v. 3.*
[2] *Apoc. VI. v. 16.*
[3] *Eccli. XXVIII. v. 2.*
[4] *Ibid. v. 6.*

santos se fortalecieron en su amor y servicio por el miedo de aquel terrible final juicio ? ¿ Qué les hizo misericordiosos con sus próximos, sino el deseo de experimentar propicia en aquel trance la divina misericordia ? Por eso nuestro ilustre parroquiano el señor San Pedro Pasqual, cuya memoria celebramos, y cuya sagrada reliquia veneramos patente en ese altar, fué tan piadoso con los pobres cautivos, y hasta con los mahometanos que le atormentaban. Olvidado de las injurias que le hacian, y compadecido de su ceguedad procuraba alumbrarles con las luces de la fe, en cuya defensa perdió gloriosamente la vida. Y así á su imitacion sed piadosos con vuestros próximos : deponed el odio y la venganza. Perdonad las injurias ; y con esto Dios será piadoso con vosotros, y os perdonará vuestras culpas. Así lo deseamos, Señor, así lo esperamos, y para conseguirlo decimos, que nos pesa de haber pecado &c.

JACULATORIAS.

17. ¡ Dulcísimo Jesus ! Crece en mi aprecio vuestra misericordia al paso que voy conociendo mi miseria. Merezco por la gravedad y el número de mis culpas que me castigue vuestra justicia ; y con todo me perdona vuestra misericordia. ¡ Qué bondad ! Os amo de corazon. Me pesa de haberos ofendido.

¡ Amabilísimo Jesus ! La misericordia que usais conmigo me mueve á tenerla con mis próximos, y sin embargo á la menor injuria me irrito contra ellos. ¡ Qué iniquidad ! Tened, Señor, lástima de mí, haciendo que la tenga de mis próximos.

¡ Benignísimo Jesus ! A pesar de vuestra benignidad castigais con el mayor rigor á la inclemencia. No encuentra en Vos misericordia este delito. No permitais pues, Señor, que le cometa. Dadme un corazon tierno compasivo. Ablandadle con vuestra gracia.

PLÁ-

PLÁTICA CXII.

DE LA DOM. XXII. POST PENTECOSTEM.

Pharisæi mittunt Jesu discípulos suos cum Herodianis, dicentes: Magister scimus quia verax es, & viam Dei in veritate doces. Math. XXII. v. 16.

1. * Quando despues de interrumpidos estos exercicios por la ocurrencia de otras funciones sagradas, vuelvo á subir á este púlpito, encuentro en el evangelio que los discípulos de los fariseos de parte de sus maestros hacen á Jesu-Christo expresiones muy verdaderas en sí mismas, muy afectuosas en la apariencia. Léjos de mezclarlas con alabanzas inciertas, empiezan su cumplimiento, asegurándole que saben muy bien con quien hablan, y á quien aplauden. Léjos de parecer ellas sospechosas por excesivas, ántes pecan por defecto que por exceso. Dicen que es veraz y sincero á quien es la misma verdad y sinceridad: que enseña la palabra de Dios, como es en sí, á quien es la misma palabra, el mismo verbo de Dios: que ni contemporiza ni hace acepcion de personas, á quien como dueño las conduce, las gobierna, las mueve, las cria, y las destruye, segun los soberanos decretos de su consejo. Y luego buscándole y venerándole como maestro: *Magister*, le hacen esta pregunta al parecer nada maliciosa. ¿Es lícito pagar el tributo al César? [1] *Licet censum dari Cæsari?*

2. ¿Pues cómo nuestro benignísimo Redentor recibe tan mal un cumplimiento de esta calidad? ¿Cómo responde con tanta sequedad á aquella pregunta? ¿Cómo trata con tanta asperesa á los discípulos de los fariseos? ¿Qué venís á tentarme hipócritas? les dice: [2] *Quid me tentatis hypocritæ?* ¿Como? Como que todo era disimulo, hipocresía y lisonja. Iban enviados y instruidos de los fariseos,

* 6. *de Noviembre* 1740. 3. *de Noviembre* 1743.

[1] *Math. XXII. v. 17.* [2] *Ibid. v. 18.*

maestros suyos, y maestros de la astucia y de la malicia, para ver como fingiendo sumision y respeto, cogerian al Señor alguna palabra, que pudieran interpretar siniestramente, le sacarian alguna respuesta que le malquistara con el César y los de su partido. Y registrando el Señor sus interiores, no les responde á sus blandas engañosas palabras, como dice el Chrisóstomo, [1] sino á sus depravadas, traydoras, crueles intenciones: *Quid me tentatis hypócritæ?* ¿Qué me tentais? ¿Quereis conseguir con ardides lo que no habeis podido con la guerra abierta que me habeis hecho? ¿Quereis perderme con las lisonjas, quando no habeis podido lograrlo con detracciones, ni falsos testimonios? *Quid me tentatis?*

3. El mismo Chrisóstomo compara á los fariseos, y á todos los lisonjeros, á aquellos cazadores que no pudiendo coger con la fuerza los páxaros, se sirven de otros páxaros que con la dulce melodía de su canto los atraen, y los hacen caer en la liga que les pusieron. ¡Vil pernicioso ministerio de aduladores ó lisonjeros, que corrompen lo mas puro, deslucen lo mas hermoso, inficionan lo mas sano, pierden las almas, atacándolas por la parte mas abierta, mas flaca y mas desprevenida! Vos rebatisteis, ó Dios mio, las lisonjas con las mas acres reprehensiones: *Quid me tentatis hypocritæ?* ¿Pero qué pocos, Señor, os imitan en el mundo, y quántos siguen la malvada conducta de los fariseos? Unos son lisonjeros, y otros quieren ser lisonjeados: causas entrambas de muchos males, como dixo excelentemente San Ambrosio, cuyo pensamiento hará la division de mi discurso. Es prueba de una astuta malicia el lisonjear, dice el santo: es prueba de vanidad querer ser lisonjeado: [2] *Nemo adulantem se, neque adulandum cuiquam exhibeat: álterum enim calliditatis est, vanitatis álterum.* En la primera parte vereis la culpa de los que lisonjean, y en la segunda la de los que quieren ser lisonjeados. Este será todo mi asunto, que tal vez os pare-

[1] *S. Joan. Chrys. Hom. XLII. Op. Imp. in Math.*

[2] *S. Ambr. L. I. offic. c. 47.*

parecerá tan nuevo, como el del domingo pasado; pero tambien os será muy provechoso por los desengaños que oireis, si me estais atentos.

Primera parte.

4. La lengua que entre todas las partes del cuerpo parece la mas pequeña, es á juicio del apóstol San Jayme, bien empleada la mas útil, mal empleada la mas dañosa. Semejante, dice el santo, al timon de un baxel, que siendo un pequeño pedazo de leña, movido de una mano arroja hácia un escollo, ó impele hácia el puerto á un monte de madera que fluctua entre las ondas. Semejante á una pequeña rueda, que haciendo mover una gran máquina, eleva y abate el cuerpo mas grave, mas pesado. Feliz, sabia la lengua, quando la verdad y la caridad la animan: infeliz, indiscreta, quando el interes ú otras pasiones la mueven. ¿Quereis saber, Señores, lo que es la lengua de un mal hombre? Esta es la definicion que la dió el apóstol: *Univérsitas iniquitatis*; una universidad de iniquidades, una escuela en donde se aprenden, y se enseñan todas suertes de vicios.

5. ¿Qué injusticias no comete la lengua de un maldiciente? Quita la fama y la honra del próximo con detracciones ó murmurando: quita la hacienda y aun la vida al inocente con falsos testimonios ó deposiciones. ¿Qué estragos no causan, y han causado en el mundo las lenguas maldicientes? Pues aun son mayores los que causan las lenguas lisonjeras, aunque no los percibís. Todos os quejais de la malignidad del otro que murmura de vuestras acciones, y tal vez tiene mucha razon para reprehenderlas, como notoriamente malas y escandalosas. Pero no os quejais de la falsedad de tantos que lisonjean vuestras depravadas pasiones. Es este daño, tanto mas funesto, quanto mas halagüeño y ménos sensible: es tanto mayor, quanto va de los bienes temporales de vida, hacienda ó fama que os quita el maldiciente, á los bienes eter-

[1] *Jacob. III. v. 6.*

eternos de la gracia, y de la gloria, que os quita el lisonjero, aplaudiendo vuestros defectos, y fomentando vuestros vicios. La lengua lisonjera es con toda propiedad la universidad de las iniquidades: *Univérsitas iniquitatis.* Los lisonjeros son hipócritas tentadores, como los llama Jesu-Christo en nuestro evangelio: *Quid me tentatis hypócritæ?*

6. Son hipócritas los lisonjeros: porque con las palabras y acciones manifiestan lo contrario de lo que sienten: alaban lo que merece ser vituperado, y aprueban lo que conocen malo, oponiéndose á su propio juicio para satisfacer la pasion del otro. Quieren parecer sinceros, se glorian de serlo, y no lo son: afectan hablar, como los que tienen el corazon en los labios, y su alma está llena de dobleces y de engaños, dice el profeta: sus expresiones parecen sencillas, sinceras, apacibles, y no son sino máscaras de la malicia que esconden en el fondo de sus corazones: [1] *Loquuntur pacem cum próximo suo, mala autem in córdibus eorum.* De ahí nace aquella variedad de figuras con que comparecen los lisonjeros en el teatro del mundo. Ya los vemos llorar con los tristes, reir con los alegres, satíricos entre los maldicientes, contenidos entre los modestos, disolutos entre los relaxados, dispuestos á mudar de semblante á todas horas á fin de agradar á los que lisonjean.

7. No es menester que entreis en los palacios, de donde desterrada la verdad tiene tomada la posesion la mas perniciosa astuta lisonja. Entrad solamente en las casas de los poderosos y hombres de conveniencias, y vereis que criados, criadas, dependientes, y amigos alaban la educacion de unos niños, que se crian sin temor de Dios, y sin conocimiento de sus obligaciones: aplauden como gracia la desvergüenza, celebran como chiste el desacato, y ciegan á sus padres con el humo del impuro incienso que les tributan. Entrad en una sala, y vereis á los pies de una muger uno ó muchos hombres empeñados á persuadirla con acciones y palabras á que es divina: ella por

[1] *Ps. XXVII. v. 3.*

por lo que ve y oye llega á creerlo; y aun á pesar de la impureza que indignamente la abate, se desvanece de suerte, que se las apostara con Luzbel en la soberbia. ¡Qué ruina!

8. Por eso con razon Jesu-Christo á mas de llamar hipócritas á los lisonjeros, los llama tentadores: *Quid me tentatis?* El primero de todos los tentadores fué lisonjero, y la lisonja fué el lazo que el demonio puso á nuestros primeros padres. Comed de esta fruta, les dixo, ¿qué temeis? no morireis: sereis como dioses: [1] *Nequaquam moriémini ::: éritis sicut dii.* Cayeron ellos en la tentacion por nuestra desgracia, y con esta experiencia se ha valido siempre el demonio de las lisonjas, como de los medios mas poderosos para hacer caer á sus descendientes. De los lisonjeros se sirve, segun dice Tertuliano, como de sus agentes y procuradores. A una jóven recogida la dice uno de estos ministros del demonio, que atropelle el rubor y los escrúpulos que la contienen, que disfrute los privilegios de su hermosura ántes que se marchite: que no tema á la muerte, que está muy lejos de su lozana edad: *Nequaquam moriemini.* Al avaro le dice el otro, que su conducta es cuerda y prudente: que debe atesorar riquezas para sus hijos: que lo demas es desacierto. Al vengativo le dice, que la venganza es justa, y que es punto de honra tomar satisfaccion de la ofensa.

9. Así, Señores, los lisonjeros con la blandura de sus palabras quitan el horror á los pecados: así con aparente serenidad calman los remordimientos de las conciencias: así con vil condescendencia fomentan los vicios; y así se hacen cómplices de los delitos de otros. Solo el no corregir fraternalmente las faltas de nuestros próximos, quando podemos, es grave pecado contra caridad. ¡Quál será el pecado de los lisonjeros que las aprueban y las aplauden! Merecen sin duda tener parte en los tormentos de los demonios, cuyo oficio exercen en el mundo, y les padecerán infaliblemente, como no reparen el mal que hicieron, en lo que piensan muy pocos. ¿Qué lisonjero se acu-

[1] *Gen. III. v. 4. & 5.*

acusa de sus lisonjas en el tribunal de la penitencia? ¿Quien se resuelve á satisfacer el daño que causó con ellas? ¿Y quán dificil es satisfacerle?

10. Los mágicos de Faraon por complacerle transformaron con sus encantos las varas que tenian en sus manos en serpientes; pero jamas pudieron con otros encantos reducir las serpientes á la primera figura de varas. Pues asimismo, dice Orígenes: bien pueden los lisonjeros con el hechizo de sus palabras hacer perder á una alma su primer inocencia; pero es muy dificil que con palabras se la restituyan. Por eso el Señor los llena de maldiciones. Malditos hipócritas, malditos tentadores, malditas causas de la ruina del próximo, mas os hubiera valido que os hubieran precipitado en el profundo del mar con una muela de molino al cuello. En aquel exemplo y en estas maldiciones no solo podeis conocer quán grave culpa es el lisonjear, sino quán gran daño causa en quien se dexa lisonjear. Pero este ha de ser el asunto de mi

Segunda parte.

11. Casi todos, decia San Gerónimo, escuchamos gustosos á los que nos lisonjean. Por mas que parezca que rechazamos modestos las alabanzas que nos dan, interiormente las recogemos con placer. Por mas que nos coloremos al oirlas, nuestro corazon desmiente las señas del rostro, y en verdad nos alegramos, dice el Santo, de que aplaudan nuestros pretendidos méritos: [1] *Quamvis cálidus rubor ora profundat, ad laudes tamen nostras intrínsecus lætamur.* Pues esta pasion, que en sentir de San Gerónimo es tan universal, es sin duda la mas ciega y mas irracional. Como hombres no debíamos estar ocupados sino en el pensamiento de nuestra miseria y de nuestro nada. Como christianos no nos pertenece sino una parte de la humillacion y cruz de nuestro maestro Jesu-Christo. ¿Porqué quereis, hombres, que os lisonjeen? ¿Por vuestro nacimiento? Venisteis al mundo sin eleccion: Tambien pudisteis

[1] *S. Hieron. Ep. XVIII. ad Eustoch. p. 38.*

teis nacer nacer de un villano, como de un noble. ¿Por vuestro empleo? La mano que ayer os elevó á la mayor dignidad, puede ser que mañana os abata. ¿Por vuestras riquezas? O sois avaros, dice San Gerónimo, ó herederos de avaros. ¡Qué elogio! ¿Por las virtudes que adornan vuestro entendimiento y voluntad? ¿De donde os vinieron? Si no vienen de vosotros, ¿porqué os gloriais como si fueran vuestras?

12. Por ningun título podeis desear que os alaben como hombres: pues aun ménos como christianos, esto es, como discípulos de un Dios, que mereciendo infinitas alabanzas las rechazó con indignacion, y con desprecio, hasta imponer silencio á los demonios que querian alabarle: hasta prohibir á los apóstoles que publicaran su gloriosa transfiguracion: hasta rebatir con aspereza las palabras de los fariseos quando le lisonjeaban; siendo así que sufrió con paciencia que le llamaran embustero, sedicioso, endemoniado. ¿Y qué diferencia hay entre vosotros, Christianos, y vuestro Dios? Me corro de hacérosla ver. Confundíos polvo y ceniza que no teneis otra cosa propia sino la nada y el pecado. Confundíos, y á vista del exemplo que nos dió nuestro maestro venzamos la pasion de ser aplaudidos y lisonjeados, la mas perniciosa de todas.

13. Ella es enemiga capital de todas las virtudes, la fuente y la madre de una infinidad de pecados, como dice San Gregorio [1]. La cólera se opone á la paciencia, la envidia á la caridad, la avaricia á la liberalidad, la gula á la templanza, la blasfemia á la religion, en fin cada vicio á su virtud. Pero la vana gloria ó el amor desordenado de las alabanzas se opone á todas: porque destruye la humildad que es el fundamento de todas. Es como dice el mismo San Gregorio [2], una enfermedad contagiosa que se esparce por todo el cuerpo del hombre christiano, para debili-

[1] *S. Greg. M. in Job. cap. XXXIX. Lib. XXXI. n. 87. & al.*

[2] *Ibid. in cap. XLI. Job. Lib. XXXIV.*

bilitar lo mas robusto, sufocar lo mas vivo, perder lo mas inocente, y lo mas santo. Es un mal sutil, un veneno oculto que altera las virtudes, corrompe la santidad, ciega el espíritu, envenena el corazon con el mal uso de los mismos remedios que debian sanarle.

14. Y aun llega el vano amor de la gloria ó de las alabanzas á equivocarse con la idolatría el peor de todos los pecados. Pues oponiéndose directamente á Dios pretende despojarle de la corona, y apropiarse los respetos y las adoraciones, que le son debidas. Vos, Dios mio, dixisteis que zeloso de vuestra gloria no la dareis á nadie: [1] *Gloriam meam álteri non dabo.* Quieren los christianos robárosla, quieren ser lisonjeados del bien que no tienen, ó que veniendo únicamente de Vos, se le disteis á fin de que os le agradecieran glorificándoos. Maldito el ídolo que habeis hecho, dice Salomon, y maldito el artífice que le hizo: [2] *Per manus autem quod fit idolum, maledictum est & ipsum & qui fecit illud.* Dios igualmente detesta y aborrece al impio que hizo el ídolo, y á la impiedad que es su obra: [3] *Simíliter odio sunt Deo impius & impietas ejus.* El uno y el otro están comprehendidos en las mismas maldiciones: la obra y quien la hizo sufrirán las mismas penas.

15. Lisonjeros que postrados á los pies de una criatura la ofreceis el incienso de las alabanzas, como al ídolo vuestro: que rendís la adoracion mas profunda, hasta sacrificar vuestro corazon á una divinidad, hechura de vuestro sacrílego capricho, sois malditos: *Maledictum est & ipsum & qui fecit idolum.* Y vosotros vanos ridículos ídolos, que rodeados de profanos inciensos, agradeceis y mirais con agrado á esos ciegos idólatras de vuestra belleza ó fortuna, sois malditos del Señor: *Maledictum idolum.* Perecereis sin remedio. Porque, como dice San Agustin [1], una vez que los hombres llegan á gustar de las lisonjas, ó vanos aplausos, muy persuadidos de que son lo que les dicen,

[1] *Is. XLII. v. 8.*
[2] *Sap. XIV. v. 8.*
[3] *Ibid. v. 9.*
[4] *S August. Enar. in Ps. IX. n. 21.*

cen, desconocen sus propios defectos, ¿cómo han de arrepentirse? Hechos sus oidos á la suave blanda melodía de las alabanzas, no pueden sufrir la aspereza de un desengaño. Huyen de quantos les hablan verdad, como huía el rey Acab del profeta Miqueas. Escogen, segun decia San Pablo, predicadores y confesores que les digan lo que desean, no lo que Dios manda: [1] *Ad sua desideria coacervabunt sibi magistros.* Y así lisonjeados y lisonjeros perecerán: *Maledictum idolum & qui fecit illud.*

16. Ya habeis visto, Señores, quán grave culpa es lisonjear, y querer ser lisonjeados, y de quán males consequencias. El que lisonjea á otro aplaudiendo sus malas inclinaciones, como habeis oido, y enseña el ángel Dr. Santo Tomas [2], se hace partícipe de todos sus pecados. Si acaso, Oyentes mios, por interes ó por otra idea habeis sido lisonjeros, haceos desengañados para reparar el daño que habeis causado: decid desnudas las verdades. Si acaso habeis gustado de lisonjas, cerrad los oidos á esos áspides engañosos: mas os daña su lengua lisonjera que la espada de vuestros enemigos. Abridlos para oir las verdades, que os dan á conocer vuestra miseria y vuestros pecados. Y postrados á los pies de Jesu-Christo, volvedle la gloria que le habeis robado, ó lisonjeando á otros, ó admitiendo sus lisonjas. Humillaos, confundíos delante de ese Señor de la verdad, y de la gloria, y arrepentidos decidle que os pesa, &c.

JACULATORIAS.

17. ¡O dulcísimo Jesus! Quanto Vos aborrecisteis los aplausos del mundo, he deseado yo sus vanidades. Me pesa, Señor, de no haberos imitado en la humildad. Ya humildemente postrado á vuestros pies vuelvo á decir, que me pesa.

¡Dios mio! Infinita es vuestra magestad y vuestra gloria, inmensa es mi miseria. Delante de Vos me humillo, y me

[1] *II. ad Timoth. IV. v. 3.* [2] *S. Th. II. II. q. 115.*

me confundo. Perdonad, Señor, mi loca soberbia.

¡Amabilísimo Jesus! No me olvidaré jamas de lo que soy, y de lo que os debo. Soy nada, y por vuestra gracia puedo ser mucho. Concedédmela Señor. Perdonad mis culpas. Misericordia, Dios mio, misericordia.

PLÁTICA CXIII.

DE LA DOMINICA XXII. POST PENTECOSTEM.

Réddite quæ sunt Cæsaris, Cæsari; & quæ sunt Dei, Deo. Mat. XXII. v. 21.

1. * A Imodo que los padres ó prelados de la Iglesia juntan concilios para corregir y contener á los malos, que la perturban con sus errores, ó depravadas costumbres: así los hijos del demonio juntan conciliábulos para perder á los buenos. Pues no para otro fin que para quitar á su padre David el reyno y la vida, llamó á consejo el infame Absalon á sus principales sequaces, apénas se vió dueño de Jerusalen. Y con el mismo designio de perder al mejor hijo de David, Christo Señor nuestro, se congregaron en este dia los fariseos. Ya lo habian executado y intentado otras muchas veces; pero no habiendo podido descubrir en la vida y doctrina del Señor accion ni dictámen que pudieran reprehender, ahora por ver si podrian cogerle alguna palabrita que diera asunto á la calumnia, se valieron del mas maligno artificio que pudo inventar la diabólica astucia. Tratábase en Judea, sobre si era lícito á sus naturales pagar el tributo que les habia impuesto el César. Ellos se negaban con tenacidad á pagarle: los ministros cesáreos instaban en pedirle; y en estos términos encargaron los fariseos á sus discípulos que fueran á preguntar á Jesu-Christo, quál era su dictámen. Hiciéronlo con el mayor disimulo; pues fingiéndose ignorantes y

* 30. *de Octubre* 1746.

y deseosos de que el Señor les instruyera, le dixeron: Maestro, sabemos que eres veraz, y que para contigo no hay acepcion de personas, y así dinos, ¿si es lícito ó no pagar tributo al César?

2. El lance, Oyentes mios, no podia ser mas arriesgado, ni la respuesta mas difícil de lo que era. Porque si se declaraba por la afirmativa, se malquistaba con el pueblo: si por la negativa, con el ministerio; y esta era la depravada intencion de los fariseos. Pero Jesu-Christo conociéndolo, les echó en rostro, como siempre, su hipocresía; y luego tomando en la mano una moneda, les preguntó: ¿De quién era la imágen y inscripcion que estaban esculpidas en ella? Y respondiéndole, que del César, les dixo: Pues dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios: *Réddite ergo, quæ sunt Cæsaris, Cæsari, & quæ sunt Dei, Deo.* Esa sentencia del Señor dexó admirados, burlados, y confusos á los discípulos de los fariseos, y á nosotros nos dexa perfectamente instruidos en lo que debemos hacer para ser discípulos suyos. Porque qualquiera que sepa dar á Dios lo que es de Dios, y al César, esto es, á los hombres, lo que es de los hombres, sabe quanto hay que saber en la filosofía christiana, y quanto necesita para salvarse: pues exâctamente cumple con lo que se debe á sí mismo, con lo que debe á sus próximos, y con lo que debe á Dios; en lo qual se comprehenden todas las deudas, prates de la justicia.

3. Y por eso Miqueas deseoso de enseñar á los hombres su obligacion, y el modo de agradar á Dios, se puso á preguntar: [1] ¿Qué le tributaré que sea digno de su agrado? ¿Doblaré mi rodilla en su acatamiento? ¿Le ofreceré holocaustos y tiernos becerrillos? ¿Por ventura se aplacará el Señor con millares de carneros? ¿O habré de darle á mi primogénito por mis delitos, y al fruto de mi vientre por el pecado de mi alma? ¿Con qué se dará por contento? *Quid dignum ófferam Dómino?* Y inmediatamente despues que el profeta con estas preguntas que encierran en sí los sacrificios de la antigua ley, se concilió la aten-

[1] *Mich. VI. v. 6.*

atencion, dixo: Yo te enseñaré, hombre, lo que te esté bien, y lo que Dios te pide. A la verdad no otra cosa que el que hagas juicio, ames á la misericordia, y seas muy diligente con tu Dios: [1] *Indicabo tibi, ó homo, quid sit bonum, & quid Dóminus requirit á te: útique facere judicium, & dilígere misericordiam & sollícitum ambulare cum Deo tuo.* Y la misma leccion, Oyentes mios, quiero daros esta tarde. Quiero enseñaros á dar á los hombres lo que es de los hombres, y á Dios lo que es de Dios, haciendo juicio, amando la misericordia, y exercitándoos en la virtud de la religion. Lo primero mira á vosotros mismos: lo segundo á vuestros próximos: y lo tercero á Dios. Que es la division que observaré en el discurso de mi plática.

Primera parte.

4. Repetidas veces nos manda Dios en las sagradas letras que hagamos juicio, con la misma precision con que nos lo manda por la boca del profeta Miqueas: *Indicabo tibi, ó homo, quid sit bonum: útique fácere judicium.* Pero para la inteligencia de esta saludable doctrina, es menester, Señores, que tengais presente, que de las dos potencias de nuestra alma, entendimiento, y apetito, aquella está destinada para regir, y esta para seguir y obedecer la direccion de aquella: de tal suerte que nuestra vida estará bien ordenada miéntras que estas potencias cumplan con sus respectivos empleos, y dexará de estarlo apénas se inviertan ó trastornen. Porque Dios estableció dentro de cada uno de nosotros un reyno ó principado, dando al entendimiento imperio sobre el apetito, y sujetando el apetito al entendimiento. Y aun para mayor acierto en nuestro interior gobierno, derramó las mas brillantes luces, imprimió las mas justas leyes en nuestro entendimiento, segun decia David: [2] *Signatum est super nos lumen vultus tui Dómine.* En fin nada le quedó que hacer para establecer en nosotros la mas perfecta república: hasta una entera libertad de obedecer ó no obedecer al entendimiento con-

[1] *Ib. v.* 8. [2] *Ps. IV. v.* 7.

concedió al apetito, para que tuviera el honor del mérito en la obediencia.

5. Pero esta última gracia puede decirse que fue la causa de nuestra desgracia. Porque el apetito de Adan, abusando de la libertad, se rebeló contra el entendimiento, y quebrantando la ley que le impuso su criador, sacudió el yugo de la sujecion, que debia á uno y otro; y hizo al nuestro heredero y cómplice en su rebeldía. De ahí nace, que mas nos gobernamos por los afectos depravados del apetito, que por el recto dictámen de la razon ó del entendimiento. Y de ahí nace, que no obramos con juicio, ni hacemos justicia. Pues para ello era menester que reprimidos los deseos del apetito, siguiéramos la direccion del entendimiento, en todo conforme á las inspiraciones de Dios, y á los decretos de su voluntad, como lo hacia David, quando decia: Vuestros testimonios, Señor, son mi meditacion, y vuestras leyes mis consejeros: [1] *Testimonia tua meditatio mea est, & consilium meum justificationes tuæ.*

6. Y así, Oyentes mios, si quereis hacer el juicio que os manda Dios por Miqueas, y imitar á David, en qualquier caso atended el dictámen que os da el entendimiento, y pesándole con el peso del santuario, ó de su conformidad con la voluntad de Dios, obligad al apetito á que le siga y obedezca. No le deis la superioridad y el mando, que no le toca: no le tomeis por consejero. No hagais lo que la ciega pasion os dicta: no lo que la carne corrompida apetece: no lo que la antigua serpiente os finge. No oygais las engañosas voces con que el siglo os susurra: no los suaves cantos con que las sirenas os halagan: no lo que vuestros falsos amigos os aconsejan; porque todos estos están conjurados con vuestro traidor apetito para perderos. Oid lo que Dios y la razon ilustrada os inspíra, lo que el derecho y la equidad prescriben, y decid con el real profeta: Vuestras justificaciones, Señor, y no otros han de ser mis consejeros: *Concilium meum justificationes tuæ.*

Pero

[1] *Ps. CXVIII. v. 24.*

7. Pero todavía no basta, para que obreis con juicio, y os hagais justicia á vosotros mismos, el que tengais el apetito sujeto á la razon, sino que debeis tambien sujetar á su imperio los sentidos del cuerpo. Cerrad pues los ojos, para que no vean vanidades: tapad los oidos, para que no oygan palabras torpes ó maldicientes; refrenad el gusto, para que cebándose en exquisitos manjares, no sirva de estímulo á la profusion y á la lascivia; y sobre todo, contened la lengua. Porque atribuyéndose á los demas sentidos particulares pecados, á la lengua se atribuyen todos, llamándola San Jayme universidad de iniquidades. Y en efecto una lengua, ó bien sea maldiciente, ó bien sea lisonjera, ¿qué perjuicios no causa? ¿Qué famas no quita? ¿Qué delitos no fomenta? No en vano un hombre justo, que ponia gran cuidado en evitar, hasta los pecados mas leves, conociendo que la mayor parte proviene de la precipitacion de la lengua, llevaba en la boca unas piedrecitas que le obligaban y inducian al silencio.

8. Y aunque los muy habladores no fueran por regular mentirosos, como dixo el Espíritu Santo [1]: aunque muchas de sus palabras no fueran ociosas; sin embargo debeis amar el silencio, porque conduce á la quietud y tranquilidad del ánimo. Pues por este motivo Pitágoras impuso á todos sus discípulos la inviolable ley de que por espacio de tres años callaran. Y bien sabeis que mi angélico maestro Santo Tomas fue tan rígido observador del silencio, que sus condiscípulos de teología se atrevieron á darle el renombre de buey mudo, notándole de estólido. Porque fiando todo el informe á sus oidos, no conocian el fondo de la virtud y talentos del santo, como su maestro San Alberto, que no dudó decir: Que aquel buey que llamaban mudo, daria en la Iglesia bramidos, que harian extremecer al infierno. Y yo diré que no tiene Pitágoras discípulos, ni Santo Tomas imitadores: pues ahora los muchachos, los aprendices de las ciencias se califican de vivos y capaces, quando son mas habladores, siendo la loquacidad el mayor estorbo á la enseñanza.

Mas

[1] *Prov. x. v. 19.*

9. Mas no quiero que mireis al silencio y moderacion de la lengua con solo este respecto filosófico, sino como una virtud tan excelente, un don tan precioso, que Salomon con especialidad le atribuye á Dios: [1] *Dómini est gubernare linguam.* Ni quiero que pongais tanto cuidado en la custodia de vuestra lengua y demas sentidos, como en la del corazon, que segun decia el mismo sabio, es la fuente de la vida y de la muerte. Porque de la rectitud ó depravacion del corazon proviene el que sean buenos ó malos vuestros pensamientos, justos ó injustos vuestros deseos; y el que vuestro apetito sea obediente ó rebelde á la razon. Por eso David con instancia le pedia á Dios que le diera un corazon recto y limpio. Y por lo mismo debeis vosotros, implorado el divino auxîlio, purificar el vuestro de terrenos afectos, si quereis hacer juicio ó justicia en vosotros mismos, que es lo primero que mandó el Señor por Miqueas: *Fácere judicium.*

Segunda parte.

10. Lo segundo que nos encarga Dios por boca del mismo profeta, es que amemos la misericordia: *Indicabo tibi, ó homo, quid Dóminus requirit à te. Utique dilígere misericordiam.* Y con razon. Porque aunque debamos á nuestros próximos muchas cosas, la misericordia ó beneficencia que nos inclina á hacerles bien es la virtud príncipe entre todas las que podemos exercitar en su provecho; y es tan conforme á nuestra naturaleza, que no tendreis á mal os la persuada con razon y exemplos naturales. Os diré pues lo que no os dixe el domingo pasado, en que declamando contra la crueldad, os exhorté á la misericordia con el exemplar argumento de la que Dios usa con nosotros. ¿Mas qué he de deciros en un asunto tan fecundo? ¿Os diré que el autor de la naturaleza adrede produxo á unos menesterosos de otros, sin que nadie se baste á sí propio, para que la misma fuerza de la necesidad, que tene-

[1] *Ibid. XVI. v. 1.*

nemos del mutuo socorro, nos obligara al amor y correspondencia recíproca? ¿Os diré, que la ley de la beneficencia no solo está impresa en nuestra mente, sino en el instinto de los brutos, y no solo de los pequeñuelos, como abejas y hormigas, que por su imbecilidad necesitan de socorrerse unos á otros, sino tambien de los mayores, como son los elefantes?

11. Oid lo que cuenta Eliano. Quando los elefantes se hallan circuidos de alguna zanja ú hoyo, que abrieron los cazadores para prenderlos, uno de ellos se arroja dentro, y poniéndose de suerte que pueda servir de puente, pasan los otros. Pero no le dexan desamparado, sino que de la otra parte uno entra el pie dentro del hoyo, con el qual dobla el otro la trompeta de su frente, entre tanto los demas echan haces de ramas, que le sirven de estribos, hasta que forcejando sale, y se libran todos. Y no es ménos admirable la union y buena correspondencia de los ciervos. Porque para pasar á nado un rio caudaloso se ponen en fila, el uno reclina la cabeza sobre las ancas del otro, cánsase el primero, y dexando su lugar al segundo va á buscar en el último el alivio que dió al otro; y así alternando entre ellos el trabajo, á ménos costa logran todos su intento.

12. ¿Puede darse, Señores, mejor correspondencia? ¿Y á su vista no nos avergonzamos nosotros del desvío y crueldad con que tratamos á nuestros próximos? ¿Nosotros, en quienes Dios puso no un animal instinto, sino una razon perspicaz, una egregia índole, una compasion y afecto natural, ó humanidad hácia los compañeros de nuestra naturaleza, y á mas nos concedió unas superiores luces de fe, que ilustran y realzan estos motivos? Sin ellas se avergonzaron los filósofos gentiles de ser crueles, y amaron tanto á la beneficencia y misericordia, que Demetrio dixo: Si los dioses me dieran los bienes del mundo, con la condicion de que no pudiera distribuirlos, los repudiara, diciendo, que no podria llevar una carga tan gravosa á mi inclinacion. Y el emperador Tito Vespasiano, sin ser de profesion filósofo, fue del mismo dictámen que Demetrio;

pues

pues una noche, acordándose que en aquel dia nada habia dado exclamó, sentido: Amigos, perdí el dia.

13. O ¿qué sordos estais, ó qué endurecidos, si no os extremeceis á la voz de un emperador gentil, los que sois avaros? Los que dexais pasar no un dia, sino muchos sin dar una limosna, sin hacer un beneficio? ¿Sois christianos? Pues ¿no os enseña vuestro maestro Jesu-Christo, que perdeis los bienes que atesorais, que solo ganais los que distribuís, y que estos forman un tesoro, que disfrutareis por toda la eternidad en los cielos? Pero aun está de mas el evangelio. ¿Sois racionales? Pues oid como Séneca os dice, que no sois mas que procuradores, ó para tiempo limitado depositarios de vuestros bienes, que os los quitará un ladron ó un heredero. Miéntras los poseeis en propiedad no son vuestros, y solo lo son dándolos: son sórdidas inútiles las riquezas que guardais, y se vuelven el mas precioso beneficio, quando las distribuís. Y esto no obstante ¿sois avaros? No sois racionales, ni aun brutos sois, insensibles inanimadas rocas. Y así dexando vuestra enmienda por desahuciada, pasaré á hablar con los que cumpliendo con la misericordia á vuestros próximos, deseais saber lo que debeis á vuestro Dios.

Tercera parte.

14. ¿Pero qué hombre, ni que ángel, Oyentes mios, puede explicar dignamente, ni aun concebir lo que debemos á Dios? Para esto era menester, que conociéramos el número, y calidad de sus beneficios, y la perfeccion de sus atributos; lo qual no es ménos incomprehensible, que inefable. Habremos pues de averiguar las razones por que los hombres amamos, obedecemos, servimos y honramos á los hombres, y hallándolas todas juntas en nuestro Dios, le confesaremos merecedor de todos los obsequios de que es capaz nuestra posibilidad. Porque en unos el parentesco, en otros la dignidad, en estos la virtud, en aquellos la sabiduría, en unos la edad, y en otros la beneficencia nos sirven de motivo al amor y veneracion. ¿Y todos estos

respectos no los dice Dios para con nosotros, de un modo superior al que nos decimos unos á otros? ¿No es mas padre nuestro, que el que nos dió el ser? ¿mas digno, mas santo, mas sabio, mas antiguo, mas benéfico que todas las criaturas? ¿No es en su comparacion toda la pureza de los bienavensurados impureza, toda la dignidad vileza, toda la sabiduría ignorancia, toda la hermosura fealdad, todo el poder flaqueza? ¿Pues qué amor, qué respeto debemos á un complexô de tantas perfecciones?

15. Ni porque las criaturas son muchas, y Dios uno solo se disminuye la razon de amarlo. Al modo que no apreciamos ménos sino mas una moneda de oro, que muchas de cobre de igual valor que aquella. Y al modo que si hubiera en el mundo un hombre tan bien instruido en todas las lenguas y ciencias, que fuera capaz por sí solo de enseñarlas á un príncipe deseoso de sabérlas, y en efecto le enseñara todas las lenguas de Europa, con la latina, hebrea, y griega: todas las artes y ciencias, las matemáticas, la retórica, la dialéctica, la física, la filosofía moral y la política, ¿qué premios no mereceria, qué favores no se grangeara? ¿Acaso por ser uno el maestro dexaria el príncipe su discípulo de colmarle de los beneficios, que hubiera repartido entre muchos? No por cierto. Antes bien por lo mismo á la gratitud añadiera la ingénua confesion, de que con todo su real poder no podia satisfacerle lo que le debia.

16. ¿Pues qué (si es lícito comparar lo inmenso con lo pequeño) qué obligacion tenemos contraida con un Dios, que por mera liberalidad nos da el ser, la vida, la gracia, quanto poseemos, y nos dará la gloria y quanto esperamos? No basta la lengua á ponderarla, ni jamas podremos perfectamente satisfacerle. Pero es este mismo Dios tan benigno, que haciéndose cargo de nuestra pobreza, se contenta con poco, con los afectos de nuestro corazon, con que seamos diligentes, y prontos en su servicio, segun dixo por el profeta: *Solícitum ambulare cum Deo tuo.* Y así una vez, Oyentes mios, que confesais la deuda, y sabeis el modo de la recompensa, no seais pere-

zo-

zosos en dársela. Prepondere en vuestra estimacion su bondad á todas las criaturas. No por complacerlas, ni por complacer á vosotros mismos falteis á vuestro criador. Contemplad en vuestra alma impresa su imágen: dádsela, pues es suya: *Quæ sunt Cæsaris, Cæsari.* Mas no la tomará si la deformasteis con la culpa, á ménos que no volvais á limpiarla con la penitencia. Las lágrimas harán resaltar en vuestras almas la imágen de Dios: derramadlas copiosas, amargas, y postrados á sus pies, decid: Señor, Vos me formasteis á vuestra semejanza: vuestro hijo me reformó con su sangre: no permitais que perezca obra que por tantos títulos es vuestra. Dadme, Dios mio, vuestra gracia, con que pueda &c.

JACULATORIAS.

17. ¡Dulcísimo Jesus! Siento dentro de mí mismo las pasiones del apetito amotinadas contra la razon. Temo ser su esclavo, y del demonio: dadme vuestra gracia, para dominarlas.

¡Amabilísimo Jesus! No os contentais con ser misericordioso con nosotros, sino que quereis, que lo seamos con nosotros mismos. ¡O misericordia infinita! Postrado la imploro; y arrepentido os digo, que me pesa de haberos ofendido. Perdonadme, Señor, misericordia.

¡Benignísimo Jesus! Son innumerables los beneficios que me haceis, y son otros tantos títulos que me hacen vuestro. Me reconosco esclavo; prometo serviros con fidelidad. Me pesa de haberos ofendido.

PLÁ-

PLÁTICA CXIV.

DE LA DOMINICA XXIII. POST PENTECOSTEM.

Dómine filia mea modo defuncta est, sed veni, impóne manum tuam super eam, & vivet. Math. IX. v. 18.

1. * Quando hago reflexîon sobre la conducta del padre, de quien habla nuestro evangelio, no sé, Señores, si debo culpar el descuido que tuvo en recurrir á Jesu-Christo, para que curara á su hija enferma, ó si debo alabar su cuidado en rogar al Señor que la resucite, despues de muerta. En el discurso de su enfermedad, muy confiado en las fuerzas de la naturaleza, ó en los remedios de la medicina, no se acordó de que estaba cerca el dueño absoluto de la salud y de la vida. No lo hizo así San Pedro, que á la primer accesion de calentura fue á buscar en su Dios y maestro el alivio para su suegra. No lo hacian así aquellos que sacaban á los enfermos de las ciudades, para que al pasar el Señor por el camino los curara. Solo este padre parece insensible al mal de su hija: ella enferma, desfallece, agoniza, y él no piensa en Jesu-Christo, hasta que la ve muerta. Imágen propísima de tantos christianos, que sintiéndose enfermar y desfallecer espiritualmente, no acuden á su médico celestial por los remedios con que pudieran precaver la muerte de sus almas.

2. Pero si el príncipe de la sinagoga, padre de aquella hija, fue en su enfermedad ménos próvido y ménos diligente, ya el mismo dolor que le causa su pérdida ó muerte le vuelve mas sabio y mas solícito. No aguarda, como la viuda de Naim, que lleven á enterrar á su hija, para rogar á Jesu-Christo que la dé vida. Ni ménos aguarda que el Señor vaya al sepulcro á resucitarla como á Lázaro muerto de quatro dias. Apénas la ve muerta, aun ca-

* 13. *de Noviembre* 1740. 10. *de Noviembae* 1743.
29. *de Octubre* 1741. 6. *de Noviembre* 1746.

caliente el cuerpo, no sosiega hasta verla resucitada. Señor, dice, mi hija acaba de morir ahora mismo: *Dómine, filia mea modo defuncta est.* Tened á bien, hacedme el favor de venir á mi casa á restituirla la vida con el contacto de vuestras manos milagrosas: *Veni, impone manum tuam super eam, & vivet.*

3. Bello exemplo para instruir y dispertar á tantos pecadores, que como dice San Cipriano, sin repararlo llevan y abrigan á la muerte en su propio seno: que vivos en el cuerpo asisten todos los dias á los funerales de su alma muerta: que insensatos ó insensibles á la mayor de todas las infelicidades, no claman como el padre de nuestro evangelio: Señor, mi alma, hija vuestra, acaba de morir por el pecado, venid resucitadla con la gracia; sino que temerarios difieren para otro tiempo, para mas adelante su conversion y penitencia. ¡Ah, quánto pierden con estas dilaciones, y á qué peligro no se exponen! Difiriendo la penitencia causan los pecadores la mayor pérdida: difiriendo la penitencia se exponen á la mayor desgracia. Bien claras vereis, Señores, estas dos verdades en las dos partes de mi oracion.

Primera parte.

4. Si perder la gracia y la amistad de Dios, el mérito y el fruto de las buenas obras, es nada: consolaos, pecadores, nada perdeis difiriendo vuestra penitencia; pero si es aquella pérdida la mayor y la mas funesta de todas, temblad, pecadores, que os la acarreais pecando, y la prolongais difiriendo vuestra penitencia. Es cierto, y no hay pecador christiano que no sepa, que todo pecado mortal hace incurrir á quantos le cometen en el enojo y la enemistad de Dios. Pecando se apartan de Dios, Dios se aparta de ellos: se divorcian con Dios, Dios se divorcia con ellos: ya no reconocen á Dios por su rey, Dios no los reconoce por su pueblo: no respetan á Dios como á padre, Dios no los mira como hijos: porque ellos aborrecen á Dios, y Dios los aborrece; ó por mejor decir, amando toda-

todavía sus personas, aborrece sus pecados, y sufriendo con paciencia lo que fue su hechura, no puede reconciliarse con lo que es hechura de ellos. Dios aborrece al pecador por razon del pecado, que es su obra, y le aborrece necesariamente, pues no puede dexar de aborrecerle: le aborrece infinitamente con toda la extension de su ser, y de sus perfecciones, y así le aborrecerá miéntras sea pecador.

5. Pero aunque todos los pecadores convengan en lo general de esta verdad, pocos al parecer se la aplican en el caso particular en que ellos pecan; pues no procuran desde luego recobrar lo perdido por medio de la penitencia. Porque si sienten tanto las demas pérdidas, si están inconsolables por la muerte de un padre, por la ausencia de un protector, por la tibieza ó frialdad de un amigo: ¿quanto se afligieran, quanto se consternaran, al contemplar que por el pecado pierden su rey, su bienhechor, su amigo, su luz, su amparo, su alegría, su padre y su Dios? y lo que es mas, que le pierden no por agena violencia, y por desgracia inevitable, sino libremente y por su propia culpa? Las otras pérdidas son por la mayor parte involuntarias; pero la de Dios jamas lo es. Ménos que la voluntad no consienta, nada puede quitarle al alma ese soberano bien: ni los engaños de un impostor, ni las asechanzas de un ladron, ni los esfuerzos de un enemigo, ni como se explica San Pablo, la persecucion, la espada de un tirano, ni la vida, ni la muerte puede separarla de la caridad de Jesu-Christo.

6. Yo soy, Dios mio, yo propio soy el que me separo de Vos: yo mismo soy el que os dice que os retireis, el que os arroja de mi corazon, para dar entrada á vuestro enemigo. No puedo quejarme de otro, que de mí mismo; pues yo solo soy la fatal causa de la funesta pérdida que empiezo á conocer y á sentir. Que el ateista que no os conoce, que el gentil que no os adora, que el impio que no se acuerda de Vos, y que el desesperado sean insensibles á su desgracia, y vivan ó mueran sosegados entre las tinieblas de su entendimiento, y las maldades de su yo-

voluntad, vaya. Pero yo que á las luces de la fe os conozco infinitamente digno de ser amado: yo que me hallo colmado de beneficio, y que aun espero recibir mayores de vuestra infinita misericordia: ¿yo puedo vivir léjos de Vos en el deplorable estado de pecador? No, Dios mio. Reconozco mi falta: siento vuestra pérdida. ¿Quando volvereis, ó bien amado de mi corazon? ¡Ay! ¡Ay! qué ciego estuve quando por el amor de las cosas terrenas consentí que os ausentarais de mí: [1] *Heu, Heu me, fili mi: ¿ut quid te mísimus peregrinari?*

7. Así hablaba la madre de Tobías bañada en lágrimas, luego que conoció la falta de haber dexado ir á su hijo á reynos distantes, sospechando que no volveria. Y así debe hablar un alma penetrada de la pena de haber perdido á Dios por su culpa, y deseosa de bolver á su amistad. Así hablaba David, quando en la violencia de su dolor imaginaba que sus enemigos, ó como siente San Ambrosio, su propia conciencia le decia: ¿En dónde está tu Dios, David, en donde está tu Dios? ¿qué has hecho de él? [2] *Ubi est Deus tuus?* Hizo en su espíritu tal impresion esta pregunta, que ni un instante pudo estar en desgracia de su Dios, como dice el mismo San Ambrosio: [3] *Ne exiguo quidem momento manere penes se delicti passus est conscientiam.* Pues á todos los pecadores nos pregunta nuestra conciencia lo mismo que á David: ¿*Ubi est Deus tuus?* ¿En dónde está tu Dios, deshonesto, que le has arrojado de tu corazon por el ídolo de una vil criatura? ¿En donde está tu Dios, avaro, que le has vendido, como Judas por el dinero? ¿En dónde está tu Dios, vengativo, que le has sacrificado á tu furor? En donde está tu Dios: ¿*Ubi est Deus tuus?* No haceis el justo concepto de lo que habeis perdido, perdiendo la amistad de Dios, supuesto que no elegís luego luego el medio de la penitencia para recobrarla.

A

[1] *Tob. x. v. 4.*
[2] *Ps. XLI. v. 4.*
[3] *S. Ambros. in Apolog. David c. 2.*

8. A esta pérdida se sigue infaliblemente la del mérito y fruto de las buenas obras. Porque la gracia, ó como se explica San Agustin, el Espíritu Santo que la difunde en los corazones, y se queda hospedado en ellos, es el principio del mérito, es el alma de la misma alma, que privada de la gracia por el pecado mortal, queda despojada del mérito y fruto de sus obras. Bien puede un pecador mortificar su cuerpo con ayunos, dar limosna, exercitar la paciencia, y todas las virtudes: sus obras serán moralmente buenas, serán útiles para aquellos fines que señalan los teólogos con mi ángel maestro [1]; pero con ellas ni puede satisfacer sus pecados, ni merecer la gracia, ni la gloria. No puede dar ningun fruto sobrenatural, como un vástago ó sarmiento cortado de la vid: [2] *Sicut palmes non potest ferre fructum, nisi mánserit in vite.* Es menester que la gracia le vivifique, que la caridad le fecunde, para que pueda ser fructífero. Solo con la penitencia puede recobrarlo. Considerad, pecadores, en lo poco que sin exâgeraciones os he dicho, quanto perdeis todo el tiempo que la diferís. No puede ser mayor la pérdida; pues no es menor el peligro á que os exponeis difiriéndola, como vereis en la

Segunda parte.

9. No podemos negar, Oyentes mios, que todo quanto nos induce al pecado nos hace dilatar la penitencia. Las pasiones que nos dominan, la carne que nos entorpece, el mundo que nos embelesa, el demonio que nos engaña, tantas fatales causas que conspiran juntas á hacernos caer en los desórdenes de una vida delinqüente, concurren igualmente á entretenernos con la esperanza de una penitencia futura, y de una misericordia oficiosa, pronta á per-

[1] *S. Th. In IV. Dist. 15. q. 1. a. 3. q. 4.*

[2] *Joan. XV. v. 4.*

perdonarnos, siempre que queramos convertirnos. En lugar de decirnos: la vida es corta, las malas costumbres de cada dia se fortifican mas: quanto mas nos arrimaremos al mundo mas nos costará apartarnos: quanto mas nos dexaremos dominar de nuestras pasiones, mas dificultad tendremos para vencerlas: quanto mas dilatemos la penitencia, mas querremos retardarla: En lugar de decirnos: Dios, que nada nos debe, estará ménos dispuesto á darnos su gracia despues de haberla despreciado largo tiempo: nuestra voluntad que nos ha engañado en tantas ocasiones con vanos ineficaces deseos de conversion, nos engañará siempre; y en vez de tener un dolor vivo sobrenatural de los pecados, prorumpirá en un aparente inútil dolor que baxará con nosotros al infierno: En lugar de tener presente quanto contribuye á acelerar nuestra penitencia: escuchamos lo contrario de lo que habeis oido. El demonio nos dice, que la vida es larga: el mundo nos propone cada dia nuevas ambicosas ideas: la carne nos induce á que no abandonemos tan apriesa sus deleytes. Y así engañados del amor propio, y llenos de vanas ilusiones y esperanzas diferimos la penitencia.

10. Pero no, Oyentes mios, no creais á vuestros enemigos que os engañan. Si diferís la penitencia, morireis impenitentes. ¿Quién os asegura, que no haciéndola ahora, la hareis despues? ¿Los exemplos pasados? Para un hombre que se convirtió á la hora de la muerte, la escritura y las historias nos acuerdan un millon que se condenaron. Y aun al lado de ese buen ladron teneis al otro que se condenó. ¿Vuestra juventud? Sabeis por experiencia que la muerte á nadie perdona: mil accidentes imprevistos sufocan cada dia á los mas robustos. ¿Las promesas que Dios ha hecho de perdonar al pecador en qualquier hora que se arrepentiere? Bien: no faltará su palabra; pero la dificultad, y aun imposibilidad está en arrepentirse los que abusando de la misericordia de Dios, difieren para lo último la penitencia. ¿Quién os asegura? ¿Los deseos que teneis de hacer penitencia, las ideas que habeis tomado para hacerla? ? Quántas veces os han engaña-

do esos buenos deseos? La palabra que disteis de convertiros, y de mudar de vida, si Dios os libraba de aquella enfermedad grave, ó de aquel gran peligro de perder la vida, ¿la cumplisteis? Aquellos deseos y los que teneis son como los hijos que están para salir del seno de su madre, quando ya ella no tiene fuerzas para arrojarlos: [1] *Venerunt filii usque ad partum, & vírtus non est pariendi.*

11. Yo no sé, Señores, si lo que os he dicho hace alguna impresion en vuestros corazones: á lo menos debe hacerla en vuestro juicio convenciéndoos, que diferir la penitencia de mes en mes, ó de semana en semana con el ánimo de hacerla, es temeridad, es exponerse locamente á un evidente riesgo de condenaros, y que será milagro no condenaros. Puede ser que me digais que estais convencidos del peligro en que vivís, y resueltos á hacer penitencia, sin aguardar á la hora de la muerte; porque conoceis quan dificil es entónces el hacerla. Quando empieza la enfermedad, no se piensa en la muerte: quando la muerte se acerca, todas las potencias y sentidos los perturba el horror de la enfermedad. ¿Pues que aguardais? ¿Qué se sosieguen las pasiones de vuestra edad? ¿No reparais que cada dia os dominan mas? No hareis sino mudar de vicios, ó por mejor decir adquirireis nuevos. A las locuras de vanidades de la juventud, se seguirá la malicia y la ambicion de la vejez: á las acciones impuras se seguirán los deseos torpes: los rebatos de la cólera pasarán á ser odios y enemistades irreconciliables: el amor al dinero degenerará en una avaricia sórdida; y para decirlo con el Espíritu Santo, en las mudanzas de la edad no os apartareis de los pecados, como la puerta que no sale de sus quicios, que se cierre, que se abra: [2] *Sicut ostium vértitur in cárdine suo, ita piger in léctulo suo.*

12. No difirais pues para otra edad el mudar de vida. Para asegurar vuestra salvacion no hay otro remedio que una pronta y sincera penitencia: que una penitencia que con tiempo empiece á crucificar al viejo hombre con sus vi-

[1] *IV. Reg. XIX. v. 3.* [2] *Prov. XXVI. v. 26.*

vicios, que una penitencia que mortifique el cuerpo quando está en estado de sufrir las mortificaciones: que una penitencia por la qual murais al pecado, para no morir en el pecado, como se explica San Agustin. Pero, ó Dios mio, sin vuestra ayuda no podemos ser penitentes, y así por la infinita bondad con que os dignasteis venir al mundo, derramar vuestra sangre, morir, y resucitar para merecernos abundantes gracias, os pedimos la de una verdadera conversion y penitencia, sin la qual nada de quanto hicisteis y padecisteis por nosotros puede aprovecharnos: con ella nos restituiremos á vuestra amistad, y aseguraremos la gloria. Señor, nuestra alma acaba de morir: *Filia mea modo defuncta est.* Ven, pon sobre ella vuestras manos, y vivirá: *Veni, impone manum tuam super eam, & vivet.* ¡Mas ay! que por el infeliz estado de pecadores en que estamos, no merecen nuestras súplicas ser oidas: por eso interpongo los ruegos de vuestra madre, que hoy veneramos abogada y protectora de pecadores: por su intercesion, Señor, perdona mis culpas: desde ahora me arrepiento de corazon, y me pesa de haberos ofendido: por ser quien sois me pesa, &c.

JACULATORIAS.

13. ¡Dios y Redentor mio! Por mi culpa perdí vuestra amistad y gracia. ¿Qué pérdida tan funesta? Para repararla no hallo otro medio que el del arrepentimiento; y así os digo, Señor, de lo íntimo del corazon, que me pesa de haber pecado. Perdonadme, Dios mio.

¡O Dios omnipotente! Ofendiéndoos incurrí vuestra justa formidable indignacion. ¿Ay de mi infeliz? Temple, suspenda la misericordia vuestro enojo: pues ya humildemente postrado á vuestros pies os pido perdon.

¡Dulcísimo Jesus! No permitais que muera pecador: que me condene. Dad á mis ojos dos fuentes de lágrimas para llorar mis pecados. Concededme el perdon, Dios mio. Admitidme á vuestra gracia. Misericordia, Señor, misericordia.

PLÁ-

PLÁTICA CXV.

DE LA DOMINICA XXIII. POST PENTECOSTEM.

Ecce mulier, quæ fluxum sánguinis patiebatur, accessit retró, & tétigit fimbriam vestimenti ejus. Matt. IX. v. 20.

1. * Muy semejante nos describe San Gregorio Niseno á la magestad de Christo señor nuestro á ese sol material que nos alumbra. Y para descubrir esta semejanza, no es menester, Señores, contemplar como recien nacido de las entrañas de María, mar de gracia, esparce luces que alegran á Simeon, y alumbran á todos los pueblos. Ni es menester subir al Tabor para ver como á pesar de la nube de su cuerpo, ostenta los resplandores de su divinidad. Porque basta poner los ojos en lo que nos refiere nuestro evangelista San Mateo, para reconocer á Jesu-Christo en todo semejante al sol. Pues así como vemos que el sol, universal bienhechor, desde que nace hasta que se pone no cesa de lucir y de beneficiar á todos: así tambien leemos en el evangelio, que el Señor á los treinta años de su edad amanece en aquel monte de Galilea predicando á las turbas, y despidiendo rayos de celestial doctrina: comienza á caminar, y encontrando con un leproso le da la salud que le pide: pasa adelante hácia la famosa ciudad de Cafarnaum, y ya con mas claridad muestra su luz y su poder en el criado del centurion, que cura de un accidente mortal. Sube mas alto, segun se explica el mismo San Gregorio, y encuentra con un gran príncipe que le ruega vaya á su casa á resucitarle una hija que acaba de morir. Pero apénas condescendiendo á sus ruegos se mueve el Señor para ir á consolarle, quando se interpone, se le arrima una pobrecita muger enferma, que tocándole el ruedo de su vestido logra la salud que por espacio de doce años no habia podido conseguir á costa de muchos remedios.

Así,

* 21. *de Octubre* 1742. 14. *de Octubre* 1745.

2. Así, Oyentes mios, como que se atropellan los milagros y los beneficios. Así este divino sol con pasos de gigante, como del otro dixo el real profeta, corre sin parar la mas lucida gloriosa carrera. Así para decirlo con San Pedro va beneficiando y sanando á todos: [1] *Pertransit beneficiendo.* Seguidle, y luego vereis, como resucitada la hija de aquel príncipe, da vista á dos ciegos, lanza un demonio, y cura á un mudo. Seguid sus pasos, y siempre hallareis nuevos asuntos á la admiracion, sin encontrar con el fin de sus maravillas. Seguidle. Mas no, deteneos, no os arrebate hácia los prodigios una vana estéril curiosidad. Volved atras á tomar lecciones de aquella pobrecita muger, que os enseña el modo con que debeis recurrir á Dios en vuestras necesidades. No tengais vergüenza, Señores, de confesaros sus discípulos; porque no es irregular en la providencia de Dios la conducta de fiar nuestro magisterio á un sexô, á quien segun se explica el Chrisóstomo, le cupo por legítima la ignorancia. ¿No mereció Débora [2] por su sabiduría ser juez de Israel á tiempo que los hombres ignoraban la ley de Dios? ¿No fue Holda [3] por su prudencia el oráculo, á quien acudia el gran sacerdote Helcias en las dificultades que hallaba en el gobierno y en la religion? Y en fin, sin profanar el sagrado de este púlpito, haciendo las sátiras ó elogios de las mugeres que suelen oirse en los estrados, puedo deciros que aprendais á orar de la muger enferma de nuestro evangelio. Ella os enseña el respeto con que debeis pedir á Dios el socorro, como vereis en la primera parte de mi plática. Y asimismo os enseña la fe ó confianza con que debeis pedirle, como vereis en la segunda. Si la imitais os aseguro el acierto y fruto en vuestras oraciones, y por conseqüencia que sereis buenos christianos.

[1] *Act. x. v. 28.*
[2] *Jud. iv. v. 4.*
[3] *IV. Reg. xxii. v. 14. & seq.*

Pri-

Primera parte.

3. Las veces que os he hablado en mis pláticas de exercicio santo de la oracion, no me he detenido á persuadiros que debeis orar; porque me he hecho el cargo que vosotros, Fieles mios, ántes de oirme habeis estado media hora en oracion, y que no sois del número de aquellos, que en lugar de venir al templo á orar siquiera los domingos, se van especialmente en estos dias á los teatros y á los paseos. ¡Qué desórden! ¿Acaso el precepto de santificar las fiestas, á mas de prohibirnos el trabajo corporal, no nos manda dar culto á Dios empleándonos en la oracion y en otras obras de piedad? ¿Y el motivo de prohibirnos aquel trabajo es otro que para que podamos dar á Dios el debido culto? ¿Por qué en las repúblicas christianas bien ordenadas se cierran en los dias festivos las tiendas de los mercaderes y los tribunales de justicia, siendo así que el varear y el sentenciar pleytos no es incompatible con el descanso corporal que prescribe este precepto? ¿Será el fin la recreacion del ánimo? No llameis christiana á la república que lo dispone: llamadla platónica. ¿Será el desahogo de la gula, de la lascivia y de las demas pasiones? Llamadla epicúrea.

4. Para que la providencia de la suspension del trabajo y de los negocios en los dias de fiesta sea christiana, debe ordenarse al exercicio de la virtud de la religion. Y en efecto, aunque la Iglesia por nuestra tibieza haya suavizado la severidad de los antiguos venerables cánones: con todo su espíritu siempre es el mismo, siempre resiste á las diversiones demasiadamente profanas en los dias festivos; porque las mira como ocasiones de cometer pecados, que son las obras mas serviles, la esclavitud mas ignominiosa: son lo que mas nos aparta del servicio de Dios, y mas directamente se opone á la santificacion de nuestras almas y de las fiestas. Por eso entiende mi angélico maestro Santo Tomas [1], que quebranta mas este precepto el que destina

[1] *S. Th. XXII. q. 122. a 4.*

na los dias de fiesta para blasfemar en los juegos, ó para escandalizar en los teatros, que no el que se pone á trabajar en el campo.

5. Confieso, vuelvo á decir, que vosotros no sois cómplices en este delito: que estais altamente persuadidos del modo que debeis santificar los domingos y fiestas; pero con todo no cumplís con vuestra obligacion, si no desengañais á vuestros hijos y criados que aguardan estos dias para emplearlos en diversiones y devaneos tal vez delinqüentes, ó á lo ménos arriesgados. Quisiera que hicierais lo mismo que encargaba San Juan Chrisóstomo á los pocos oyentes que oian su sermon. Quisiera, digo que tomarais á vuestro cargo el persuadir á los demas á que acudan al templo á elevar su mente, á consagrar su corazon á Dios con la oracion. Y quisiera, para llegar ya al asunto de esta plática, que persuadidos á que debeis orar, orarais con el debido respeto, con la reverencia y sumision con que pidió á Jesu-Christo la salud la muger de nuestro evangelio.

6. En él no leemos que aquel príncipe, padre de una difunta, faltara al respeto debido á Christo Señor nuestro. Antes bien nos consta que le adoraba al mismo tiempo que le pedia que fuera á resucitarla: *Adorabat eum dicens: Dómine filia mea modo defuncta est.* Pero ¿qué se yo, si aquellas mismas adoraciones y súplicas iban mezcladas de alguna altanería, de que con dificultad se desprenden los que no están hechos á rogar y á adorar, sino á ser rogados y adorados? Lo cierto es que el príncipe fue primero que la muger en el ruego, y fue pospuesto en el beneficio; porque sin duda ella le excedió en el respeto. Y Dios se agrada tanto de la humildad de unos, quanto se ofende de la soberbia de otros.

7. Bastantes pruebas dió el Señor de esta verdad en el régulo, y en el centurion, de quienes habla nuestro evangelio en los capítulos antecedentes. El régulo ó reyezuelo, hombre rico, y muy respetado de todos, pidió al Señor que fuera á curar á su hijo que estaba agonizando, y su ma-

magestad á pesar de su clemencia le trató con la mayor aspereza; porque, como repara el Chrisóstomo, fue muy confiado en su poder y autoridad. Al contrario el centurion desconfiado de sí mismo se valió de sus amigos, para que rogaran al Señor que curara á uno de sus criados gravemente enfermo, y desde luego sin dilacion se ofreció su magestad á curarle: [1] *Ego véniam, & curabo eum.* ¡O humildísimo Jesus, qué aprecio haceis de la pobreza! Escogeis por madre á una muger pobre, por cuna un pesebre pobre, y por discípulos unos pobres pescadores; y los mayores milagros los obrais en los pobres, que por serlo aciertan á humillarse á vuestra soberanía. ¡Qué poco caso haceis de las riquezas! No os encuentro en las cortes, ni en los palacios; y aun quando los príncipes ó reyezuelos os buscan menesterosos, os hallan desabridos para castigo ó para enmienda de su soberbia.

8. Bueno fuera, Señores, decia el mismo Chrisóstomo, que á imitacion de Jesu-Christo sus ministros corrigieran á aquellos poderosos del mundo, que quieren ser en todo privilegiados, y que campee su soberbia en los mismos actos de humildad que exercitan. Así lo practicó Eliseo con Naaman, uno de los mayores príncipes del reyno de Siria. Leproso fue á buscar la salud en el profeta; pero como no supo desprenderse de las insignias de la magestad y del poder, no supo ir sin mucha carroza, mucho criado, logró que Eliseo, ajando su vanidad, ni saliera de su quarto á recibirle, ni le permitiera que entrara á hablarle, sino que por medio de su discípulo le dixo que fuera á lavarse en el Jordan. Y aun quando Naaman, volvió curado de la lepra, y agradecido, no se levantó Eliseo de la silla, sino que sentado le dixo lo que le convenia. ¡O si todos los ministros de Dios fueran Eliseos en el valor, en el desinteres y en el aprecio de la sagrada dignidad que gozan, quanto mas venerados fueran en el mundo de lo que lo son! ¡Quán desengañados estuvieran los ricos y los grandes, de que sus riquezas y grandezas no son recomendables á los ojos de aquel Señor, que no hace acepcion de per-

[1] *Math. VIII. v. 7.*

personas, sino que solo atiende á la sumision con que le piden socorro en sus necesidades!

9. Si quereis, Señores, que Jesu-Christo oyga vuestras súplicas, borrad ántes de vuestra memoria la vana loca idea que teneis formada de vosotros mismos: arrojad las profanas galas, los faustos que son notas de soberbia. Fixos en este tabernáculo vuestros ojos, dobladas al suelo vuestras rodillas, cruzadas sobre el pecho vuestras manos, protesten que vuestro corazon humilde reconoce vuestra miseria, y adora la alta suprema magestad de Dios. De otra suerte vuestros ruegos serán mas insultos que oraciones á Dios: serán ciertamente ineficaces. Porque ¿quál fue la causa, de que Jesu-Christo anticipara la curacion de la muger del evangelio, á la resurreccion de la hija del príncipe? ¿Le ofreció ella algunas dádivas con la inteligencia de que á veces ablandan sagradas peñas? Con médicos y botica, segun refiere San Lucas, habia disipado todo su patrimonio. ¿Llevó estudiado algun discurso patético, capaz de mover el afecto de la piedad? Ni aun desplegó los labios para hablar una palabra. ¿Vistió algun trage lucido, que haciendola sobresalir en tan gran concurso de gentes, arrebatara la atencion y la vista? No se atrevió á ponerse delante del Señor, sino que por las espaldas se postró á sus pies para tocar el ruedo de su vestido; y allí encontró en premio de su respeto y sumision la salud que buscaba, siendo tambien la causa de su dicha la fe ó confianza con que supo pedirla, y vereis en mí

Segunda parte.

10. De quantas condiciones son necesarias para que las oraciones á Dios sean eficaces, ninguna os parece que falta ménos á las vuestras, que la fe. Dudais de la atencion, del fervor, y de la subordinacion de vuestras oraciones; pero no de la fe: porque á vuestro juicio ciertamente creeis que es infinito el poder y la misericordia de Dios. De suerte que si el apóstol Santiago os preguntara

si teneis fe: [1] *Tu fidem habes?* respondierais que sí. Pero no sé que respondierais, si el mismo apóstol os dixera que dierais con las obras pruebas de vuestra fe: *Ostende fidem tuam sine opéribus.* Entónces habriais de confesar que vuestra fe es una fe muerta, estéril, sin la caridad, y sin las buenas obras; pues aunque creeis un Dios, y á Dios, no creeis en Dios, acompañando vuestra voluntad al entendimiento con un acto perfecto de amor.

11. De ahí nace el que Dios no obra en vosotros los milagros, ni os hace los favores que le pedís: os falta aquella fe viva que es el fundamento de todos los bienes que podeis esperar de Dios, segun la definicion que la dió el apóstol San Pablo, en su carta á los Hebreos: [2] *Sperandarum substantia rerum.* Y para prueba de que su definicion es buena, hizo el apóstol una exácta lista de los principales prodigios que ha obrado Dios. ¿No fue la fe viva de Abel, dice, la causa de que Dios aceptara visiblemente su sacrificio? ¿No lo fue tambien la de Enoch, de que le arrebatara al paraiso? ¿No fue la fe de Noe el fundamento de su arca prodigiosa? ¿No se fundaron en la fe de Abraan las maravillas que obró Dios, sacándole de Caldea, y dándole un hijo de Sara estéril? ¿Las que profetizó de Jacob y Esau no se fundaron en la fe de Isaac? ¿Qué otro fundamento tuvieron los estupendos milagros que obró en Moyses y Josue sino la fe de entrambos? Faltara el tiempo, dice el apóstol, si hubiera de referir los prodigios que con la fe obraron Gedeon, Barac, Sanson, Jephte, Samuel, David, y los demas patriarcas y profetas: *Quid adhuc dicam? Deficiet me tempus.* Estos esclarecidos varones con sola la fe viva desgajaron leones, apagaron llamas, derrotaron exércitos enemigos, conquistaron provincias enteras: [3] *Per fidem vicerunt regna::: terga verterunt exterorum.*

12. ¡O fuerza invencible de la fe! ¡O infelicidad de nuestros tiempos en que por falta de fe no se ven aquellos prodigios que admiraron los gentiles en los primeros siglos

[1] *Jacob.* II. *v.* 18.
[2] *Hebr.* XI. *v.* 1.
[3] *Hebr.* XI. *v.* 32. & 7.

glos de la Iglesia! ¡Ay, que se entibió ó se apagó en los christianos la caridad, y murió la fe! Parece que se halla el mundo en aquel deplorable estado, en que se hallaba Nazaret, patria de Jesu-Christo, quando quiso hacerla mas favores que á todas las ciudades juntas, y segun se explica el evangelista San Marcos no pudo: [1] *Non póterat virtutem ullam fácere.* No porque absolutamente no pudiese; sino que segun su ley ordinaria ó regular providencia, precede la fe como fundamento de sus milagros y beneficios. Faltaba la fe á los de Nazaret: falta en nosotros; y la incredulidad como que ata al omnipotente las manos, para que no pueda obrar maravillas: [2] *Propter incredulitatem eorum.*

13. Y no solo falta en vosotros, Señores, la fe sino que tambien falta la confianza, que es como su hija y su adorno; y vulgarmente hablando en punto de oracion se confunde con la misma fe. Falta, digo, la confianza en Dios, tan necesaria para que sean eficaces vuestros ruegos; porque una vez que os falta la caridad y la gracia que aviva la fe, enamorados de vosotros mismos y de las criaturas, poneis vuestra confianza en ellas á quienes amais, no en Dios á quien aborreceis. ¿No es lo mismo, á vuestro modo de entender, fiar á Dios un negocio, que darle por desahuciado? ¿Quién de vosotros levanta los ojos al cielo, ántes de mover todas las piedras de la tierra? Uno espera librarse de la desgracia, ó hacer fortuna con dinero: el otro por medio del amigo. El enfermo pone su confianza en la pericia del médico: el litigante en la habilidad del abogado: el pobre en las promesas del rico. ¡Ah desdichados! exclama Isaias, confiais en la nada, hablais desatinos: [3] *Confidunt in níhilo, loquuntur vanitates.* Vuestra enfermedad será mortal, el pleyto largo, continuo el trabajo, interminable vuestra miseria; porque no poneis toda la confianza en Dios, que es la primer causa de los bienes y de los consuelos.

14. La misma culpa que vosotros cometió la muger del

[1] *Marc. VI. v. 5.*
[2] *Ibid. II. v. 6.*
[3] *Is. LIX. v. 4.*

del evangelio. Doce años estuvo buscando en la tierra remedio á su enfermedad, sin acordarse de Dios. Pero supo enmendar el yerro con la fe mas viva, con la confianza mas firme. Ved como arrepentida se postra á los pies de Jesu-Christo. Reparad quanto cree que es infinito su poder, pues confia que ha de curarla solo el contacto de su vestido. Oid como la ama el Señor, y como alaba su fe y su esperanza, diciéndola: Hija, confia en mí: tu fe heroyca te dió la salud: *Confide, filia: fides tua te salvam fecit.* Y ya que hasta ahora, Oyentes mios, por no haber sido humildes, fieles y confiados, han sido ineficaces vuestras oraciones, aprended de esta muger humildad, fe y confianza. Postrados á los pies del Señor, y confesando vuestras pasadas culpas, y su inmenso poder, sed tan confiados que podais decirle con el real profeta: [1] *Fiat misericordia tua Dómine super nos, quemádmodum sperávimus in te.* Sea, Dios mio, para con nosotros vuestra misericordia á medida de nuestra confianza; y haced al mismo tiempo que sea firme nuestra confianza, para que sea inmensa con nosotros vuestra misericordia. Resucitad, Padre amoroso, con vuestra gracia nuestras almas muertas, para que con la fe mas viva, arrancado de sus quicios nuestro corazon, ahí á vuestros pies se parta de dolor, derrame lágrimas de penitencia. Me pesa, Señor, de haber pecado, &c.

Jaculatorias.

15. ¡Dulcísimo Jesus! ¡Quánto os he ofendido faltando á la reverencia debida á vuestra magestad! ¡Qué vano, que soberbio me he puesto en vuestra presencia! Por eso han sido inútiles mis ruegos. Pero ya humillado os pido perdon.

¡Amabilísimo Jesus! Si hubiera tenido una fe viva en Vos, hubiera trastornado los montes, segun vuestra divina palabra. Pero por mis culpas murió mi fe, faltándole vuestra gracia. Resucitadla, Señor, para que mis ruegos sean

[1] *Ps. XXXII. v. 22.*

sean oidos de vuestra piedad. Ya me pesa, Dios mio, de haberos ofendido.

¡Benignísimo Jesus! Corria tras las vanidades quando buscaba en la tierra el consuelo á mis males. Vos solo sois causa de los bienes. En Vos pongo toda mi confianza: Vos podeis hacer que llore mis culpas. Ya lloro amargamente. Perdonadme, Señor, misericordia.

PLÁTICA CXVI.

DE LA DOMINICA XXIII. POST PENTECOSTEM.

Confide, filia, fides tua te salvam fecit. Math. IX. v. 22.

1. * Duplicadas pruebas, Señores, nos ofrece el evangelio de este dia de la excelencia de la fe y de la confianza: debiéndose atribuir á la eficacia de estas dos virtudes los milagros que nos refiere San Mateo. Porque aquel príncipe rogando á Jesu-Christo que fuera á su casa á resucitar á su hija recien difunta con el contacto de sus manos, manifestó claramente creer infinito su poder, y confiar en su inmensa misericordia. Y aquella pobrecita muger, enferma de doce años, dió á entender lo mismo, quando acercándose al Señor, decia entre sí misma: Si llego á tocar el ruedo de su vestido quedaré sana. Pero mejor que nadie declaró la magestad de Christo con obras y con palabras, quanto le agradaba la fe y la confianza; pues por ellas se movió á resucitar á aquella difunta, y á curar á aquella enferma; y aun á esta la dixo abiertamente: Hija, confia, que tu fe te ha dado la salud: *Confide, filia, fides tua se salvam fecit.*

2. Fuera pues desacierto, Señores, no exôrtaros esta tarde á la fe y á la confianza, con que debeis acudir á Dios en vuestras necesidades. Y aunque pudiera hablaros con distincion de la fe y de la confianza; con todo me ha parecido que seria confundir el asunto dividirlas. Porque en

* 29. *de Octubre* 1747.

en órden á la oracion están entre sí tan unidas la fe y la confianza, que entendemos lo mismo por tener fe, que por tener confianza; y una misma latina voz *fides* promiscuamente significa á la fe y á la confianza. Bien es verdad, que son dos virtudes teologales, entre sí realmente distintas; pues con la fe cree nuestro entendimiento, que Dios es misericordioso y fiel en cumplir la palabra que ha dado de socorrernos; y con la confianza se promete nuestra voluntad, que hemos de experimentar propicia la misericordia, y que ha de cumplir en nosotros su palabra. Pero de ahí mismo ¿ no se infiere, que la fe mira en general, y como abstraidos los objetos que nuestra confianza mira en particular y contraidos hácia nosotros? ¿ Que la fe propone como posibles los bienes, que la esperanza nos aplica como futuros? ¿ Que la fe es el principio, fundamento, ó segun se explica San Pablo [1], la substancia de la esperanza y de las cosas que esperamos? Y como por otra parte raro ó ninguno de vosotros, Christianos mios, dexa de creer infinita la providencia ó misericordia de Dios, no siendo á mi ver ineficaces vuestros ruegos por falta de fe, sino por falta de confianza, pienso que os importa mas hablaros de esta que de aquella.

3. Pero ántes debo advertiros con mi angélico maestro Santo Tomas [2], que la confianza de que os hablo, no es virtud distinta de la esperanza, sino que es la misma esperanza corroborada con la firmeza del juicio; ó un modo de la misma esperanza, á la qual añade una fuerza invencible. Y de esta confianza pretendo, Señores, daros á conocer la utilidad, y la excelencia en el discurso de mi plática. Y así en su primera parte os haré ver, que la confianza en Dios es provechosa, y aun necesaria para alcanzar su misericordia; y en la segunda, que es muy agradable á su magestad: para que procurando conseguirla sean fructuosas vuestras oraciones.

[1] *Hebr. xi. v. 1.*

[2] *D. Th. ii. ii. q. 129. a. 6. ad. 5.*

Pri-

Primera parte.

4. Tal vez quisierais, Señores, que os exhortara á la reverencia y humildad en vuestras oraciones, persuadidos, que mas por falta de ellas, que por falta de confianza son ineficaces. Y verdaderamente pudiera con facilidad executarlo, poniéndoos delante de los ojos al príncipe, y á la muger, de quienes habla nuestro evangelista. Porque ¿acaso aquel príncipe puesto en presencia de Jesu-Christo se quedó en pie ó dobló solamente una rodilla, como muchos soberbios, que están delante del mismo Señor Sacramentado en esa hostia, de modo, que mas parece que le insultan, que no que le reverencian? No por cierto; sino que se echó á sus pies, y adorándole pidió que le consolara, restituyendo la vida á su amada hija recien muerta. ¿Y qué no hizo aquella muger enferma, para mostrar su humildad y reverencia? No se atrevió á ponerse delante del Señor, le buscó la espalda, para acercarse á tocarle el ruedo del vestido; y quando su magestad conociendo lo que pasaba, preguntó, quien me ha tocado, ella segun refiere San Marcos se postró en el suelo tan temerosa y tan trémula, que un santo padre, como que reprehendiéndola, dice: Si crees el poder de Jesu-Christo ¿porqué no crees su misericordia? Si crees, que pudo darte la salud ¿porqué no crees que quiso dártela? No temas, no tiembles, como si le hubieses ofendido, sino alégrate de haberle dado materia en que exercitar su benignidad. Porque ¿no vino del cielo á la tierra, no vistió el pobre trage de nuestra humanidad, por hacer á todos los hombres participantes de sus riquezas? ¿No va corriendo calles y plazas, beneficiando y sanando á todos? Pues ¿qué temes? ¿qué tiemblas? Ya veo, que es efecto de tu humildad; porque las almas humildes temen que hay culpa en donde no la hay: al contrario de los soberbios que presumen obrar bien, quando obran mal.

5. Bien podeis, Oyentes mios, aprender humildad de esta insigne muger. Mas no penseis que la imitais en la

confianza. Porque veo que aun los que sois piadosos, caritativos, parcos, modestos y humildes, si os sobreviene alguna desgracia, persecucion ó calamidad, os inquietais, afligís, y decaeis de ánimo. Pues ¿cómo podeis decir que teneis una firme confianza en la providencia de Dios? ¿cómo quereis conciliaros su misericordia? ¿No es la confianza el medio mas seguro para conseguir sus socorros? Dígalo David, que no hizo otra cosa que ponderar los inmensos continuos beneficios, que Dios dispensa á los que confian en él. Esperaron en tí nuestros padres, decia [1], esperaron, y los libraste::: esperaron, y jamas quedaron confundidos. Esperando esperé en el Señor, decia tambien [2], y vuelto hácia mí oyó mis ruegos, me sacó del lago de la miseria, y estableció mis pies sobre la mas firme piedra.

6. Y esto mismo, que dixo David, innumerables veces lo leemos repetido en los sagrados libros del antiguo y nuevo testamento, hasta con la expresion de que trastornará los montes qualquiera que tenga en Dios una perfecta confianza. Pero por la misma razon y consiguientemente nos enseñan los sagrados libros, que si nuestra confianza es flaca y débil, experimentaremos tardos los socorros de la divina misericordia, moviéndonos á venir á socorrernos al paso que nosotros la buscamos con la confianza, segun nos lo dió á entender la magestad de Christo en la resurreccion de Lázaro. Porque ¿no supo el Señor desde luego su muerte? ¿no la participó á sus discípulos? ¿no les dixo que queria ir á resucitarle? Pues ¿por qué se detuvo quatro dias en el camino? ¿por qué gastó tanto tiempo en razones con Marta? ¿por qué se ocupó en oir las quejas de María? ¿por qué se paró junto al sepulcro, y se puso á llorar y gemir? ¿por qué desde luego no resucito á Lázaro? Porque, segun dice San Pedro Chrisólogo [3], caminaba la misericordia del Señor al paso que la confianza de Marta y de María; y reparando que estas se iban muy de espacio en la confianza, tardó á exercitar su misericordia.

Muy

[1] *Ps. XXI. v. 5.*
[2] *Ps. XXXIX. v. 2. 3.*
[3] *Serm. LXIII. pen. fin.*

7. Muy al contrario sucedió en la curacion de la muger enferma de nuestro evangelio, la qual apénas se acercó á Jesu-Christo se vió libre de la enfermedad. No por otro motivo, sino porque muy confiada fue corriendo y diciendo interiormente: Si llego á tocar el ruedo de su vestido quedaré sana. Y lo mismo aconteció en otros muchos varones y mugeres fieles á Dios, y acontecerá en vosotros siempre que con igual confianza á la de aquella muger imploreis su misericordia: sin que pueda causaros admiracion, que el poder de Dios vincule con tanta certeza sus socorros á nuestra confianza. Porque, segun discurre el mas sabio obispo de Avila, nadie puede concebir una firme confianza en Dios, si su Espíritu no se la inspira; y como el Espíritu Divino jamas nos la inspira á ménos que no quiera hacer lo que le pedimos que haga, es infalible el logro, supuesta la confianza.

8. Segun esto, Señores, el mismo Dios que nos dispensa los bienes, es quien nos infunde la virtud de la confianza necesaria para alcanzarlos. Mas por lo mismo no se qué señales puedo daros, para que conozcais tener la debida confianza en Dios. Bien puede, Varones justos, serviros de testigo el mismo Espíritu Divino, que os la comunica, y como dixo San Juan, os persuade, que sois hijos de Dios. Pero buena señal tendreis tambien en la paz y tranquilidad interior del ánimo. Porque si llegais á confiar que Dios es vuestro protector, ¿cómo puede tener entrada en vuestro corazon el miedo, la zozobra, la solicitud, ni la congoja? ¿Cómo podeis temer las persecuciones, entristeceros en las calumnias, ni quebrantaros con los trabajos, si confiais tener á vuestro lado al omnipotente, que puede y quiere resistir á los que os persiguen, rebatir las imposturas, ó envenenadas saetas de los que os calumnian, y hacer que se conviertan en bienes los mayores males? Ea, os diré con San Pedro [1]: echad todas las solicitudes en el seno de aquel que ha tomado de su cuenta vuestro cuidado. Y no temais que le grave el peso, ni que le ofenda, como demasiada vuestra confianza; porque amas

[1] *I. Pet. v. v. 7.*

amas de tranquilizar vuestro ánimo, y de conciliaros su misericordia, hareis con ella un obsequio muy agradable á su divina magestad, segun vereis en la

Segunda parte.

9. Deseoso David de saber, cómo podria agradar á Dios, y darle el honor que le es debido, no cesó de preguntárselo á sí mismo, y al Señor, hasta que oyó de su boca, que le honraría con el sacrificio de alabanza: [1] *Sacrificium laudis honorificabit me.* Pero no entendió el real profeta, ni entendais vosotros, Señores, que solamente podemos alabar á Dios con las palabras, publicando su misericordia, veracidad y demas perfecciones: siendo cierto que mejor que con las palabras podemos alabarle con las obras. Porque si alguno de nosotros, persuadido de la verdad de la promesa que Dios hizo, de que no padecerá necesidad quien socorre á los pobres, se despoja del vestido para cubrir el desnudo, se quita el pan de la boca para alimentar al hambriento, ¿no engrandece mas la misericordia y veracidad de Dios, que los que con eloqüentes discursos las ponderan? No hay duda, Señores. Pues así como recomienda mas la bondad de su triaca el boticario, que dexándose morder de una vívora, logra luego con su aplicacion el remedio, que no aquel, que solamente con voces pomposas aplaude la suya: así tambien magnifica mas la misericordia de Dios quien confiado en ella no descaece de ánimo en los mayores peligros, que no los que pusilánimes la cantan y predican.

10. Y no solamente la razon natural convence que Dios se honra y agrada mucho de nuestra confianza en su misericordia, sino que tambien lo acredita la experiencia. Porque sin alegar otros exemplares ¿qué demostraciones de cariño no hizo Dios con el patriarca Abraan, satisfecho de su confianza? ¿No le escogió entre todos los hombres del mundo para padre de su pueblo fiel? y lo que es mas ¿para progenitor del mismo Dios hombre? ¿No quiso ser lla-

[1] *Ps. XLIX. v.* 23.

llamado y conocido por Dios de Abraan? Fuera nunca acabar referir todas las finezas que el Señor hizo á este patriarca excelso. Mas qué no hizo él para merecerlas con la confianza? ¿No salió de la casa de sus padres, y fue toda su vida peregrinando por el mundo, sin otro apoyo que la confianza en la providencia de Dios? ¿No creyó y confió que habia de tener succesion de su muger Sara, aunque estéril por su complexion y por su edad? Y en aquel terrible lance del sacrificio de Isaac, no tanto admiro su obediencia, como su confianza; pudiendo no solo decir con el apóstol, que esperó contra toda esperanza: [1] *Contra spem in spem crédidit*, sino que contra la evidencia. Pues teniendo levantado el brazo para descargar el golpe sobre el cuello de su hijo, confió, que Dios habia de cumplirle la promesa de continuar por él su posteridad. ¡O confianza heroyca! exclama San Ambrosio; y ¡ó bondad infinita de Dios, exclamaré yo con el mismo! ¡O qué pronto acudió al socorro! ¡Quán á tiempo envió un ángel, para que detuviera el brazo de Abraan! Pero si bien se mira, no pudo hacer otro en fuerza de su honor. Porque si un enemigo quando ve que su enemigo perseguido de otros implora su proteccion, hace punto de honra de defenderle: ¿cómo Dios, cuya esencia es la bondad, cuyo carácter es el honor, cuya naturaleza es la generosidad, pudo dexar de amparar á Abraan, y á quantos como Abraan confiamos en su misericordia?

11. Pero si este exemplo de Abraan, aunque eficaz para persuadir lo que se agrada Dios de nuestra confianza, os parece demasiadamente excelente para la imitacion, me valdré del exemplo de Moyses, para que veais quánto se ofende y se desagrada el Señor de la desconfianza. Porque habiendo mandado su magestad á aquel profeta, que dixera á una roca que despidiera de sí agua bastante para saciar la sed de su pueblo, pareciéndole que era muy dura, para que se ablandara al imperio de su voz, la hirió dos veces con la vara, y logró que se desatara en raudales. Mas ocurrió la ira y el enojo de Dios tan inexôrable, que jamas

[1] *Rom. IV. v.* 18.

jamas consiguió aplacarla aquel mismo que estaba acostumbrado á hacer al Señor, en cierto modo, la mayor violencia con sus ruegos y oraciones. Yo le pedí, decia Moyses, que me permitiera pasar el Jordan, y ver la tierra prometida y deseada, y ayrado me respondió que no lo lograria en castigo de aquella tal qual desconfianza que tuve en las aguas de contradiccion. Y así inconsolable muero en este suelo: no pasaré el Jordan, vosotros le pasareis, y poseereis aquella tierra egregia: [1] *Ecce mórior in hac humo, non transibo Jordanem, vos transíbitis, & possidébitis terram egrégiam.*

12. Pues si Moyses, varon el mas justo, y el mas benemérito de los favores de Dios, le ofendió tanto con una desconfianza, verdaderamente leve, que jamas pudo alcanzar remision del castigo: ¿quánto le ofenderemos nosotros con nuestros temores y enormes desconfianzas? Tanto, como ofendiera á su buen padre un hijo, que injustamente desconfiara de que le asistiría en lo necesario pudiendo. Porque Dios nos mira con ojos de padre: como padre está pronto á socorrernos en nuestras necesidades; y como rey y consejero nuestro se queja de nosotros en persona del profeta Miqueas, diciendo [2]: ¿Por qué os angustiais con el dolor? ¿No teneis en mí un rey que os defiende, un consejero que os dirija? Y con este conocimiento David, enojado contra sí mismo, quando sentia alguna desconfianza en las tribulaciones, se preguntaba: Alma mia, ¿por qué estás triste? ¿por qué me perturbas? Espera en Dios, que confieso ser mi salvador y mi Dios: [3] *Quare tristis es ánima mea, & quare conturbas me?*

13. Y la misma diligencia, que David, debemos practicar nosotros, quando estamos atribulados y tentados de la desesperacion. Guarezcámonos con el escudo de la confianza, ó segun se explica el real profeta, subamos, á esa torre inaccesible á los asaltos del enemigo. Y para conseguirlo aligerémonos del peso de las culpas con las lágrimas de la penitencia. Pidámosla á Dios humildemente en la

[1] *Deut. IV. v. 22.*
[2] *Mic. IV. v. 9.*
[3] *Ps. XLI. v. 6.*

la oracion; porque es la confianza un don tan divino, que no puede venirnos sino inmediatamente de su mano. Concedédnosla, Dios mio, pues es inmensa vuestra misericordia, son infinitos los méritos de vuestro Hijo, son infalibles las palabras que nos habeis dado de socorrernos. ¡O qué agudas puntas estas, para que se fixe en nuestro corazon la áncora de la confianza en Vos! Asidos de ella bien pueden los tempestuosos ayres de la desgracia quitarnos la hacienda, la fama y la salud: que sin embargo jamas fracasará nuestro ánimo en el baxío de la desesperacion, sino que siempre firmes en esperar vuestro socorro, con ánimo tranquilo diremos, que se haga en nosotros vuestra voluntad, como se logre lo que mas nos importa esperar, que es el llegar á puerto de salvacion. Siempre clamaremos, y clamamos: Misericordia, Dios mio, &c.

PLÁTICA CXVII.

DE LA DOMINICA INFRAOCTAVA DE TODOS SANTOS.

Beati páuperes spíritu... Beati mites... Beati qui lugent... Beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam: quóniam ipsorum est regnum cœlorum. Matth. V. v. 3. & seq.

1. * Si es la primer obligacion de los hombres el conformarse con las leyes y costumbres del reyno en que han nacido: si es sabiduría en los cortesanos el acomodarse al genio y á las inclinaciones de su príncipe; y si es cordura en los criados, y medio para hacerse estimar, el asemejarse á su amo: vosotros, Oyentes mios, sois llamados á un reyno, cuya ley principal es la santidad: servís á un príncipe, cuya inclinacion es la de santificar; y sois destinados á una gloria, que no la concede vuestro Dios, sino á

* 4. *de Noviembre* 1742. 7. *de Noviembre* 1745. 8. *de Noviembre* 1744.

á los que se le asemejan en la santidad. Y así bien podré deciros en su nombre: [1]: *Sancti estote, quia ego sanctus sum.* Bien podré deciros, que seais santos, pues vuestro rey, vuestro amo, y vuestro Dios es santo, y esta es la calidad de que mas se gloría en las escrituras. El cielo que habita, y llena de magestad, es un santuario: el cántico eterno que allí se le canta, es una continua reiterada alabanza de su santidad; y la ocupacion en que se emplea, es el coronar con su justicia á los que hizo santos con su gracia.

2. Felices aquellos, que elevándose con la fe sobre todo lo criado, llegasen á penetrar el velo de la eternidad, para tomar en el seno de Dios, como en su original la idea de la santidad. Pero ¿qué proporcion se encuentra entre Dios y los hombres? ¿Hay alguno, decia la madre de Samuel, que pueda ser santo, como el Señor? [2] *Non est sanctus, ut est Dóminus.* Por eso al modo que los que no pueden mirar al sol de hito á hito vuelven la vista á las aguas cristalinas, en donde ven la imágen que él forma de sí mismo: así tambien nosotros, incapaces de registrar la santidad de Dios, nos contentamos con alabar, con admirar, y con imitar su imágen en sus santos. A este fin la Iglesia nuestra madre nos los propone divididos en el discurso del año, para que la contemplacion de aquellos celestiales objetos, avivando nuestra fe, y alentando nuestra esperanza, nos haga conocer lo que ellos fueron, lo que son, y lo que debemos y podemos ser. Y á este mismo fin, uniendo como en un cuerpo á todas aquellas almas bienaventuradas, dedica estos ocho dias, que corren desde el juéves pasado hasta el que viene, para que en ellos demos el debido culto á todos los santos, y elijamos algunos á quienes procuremos imitar.

3. La Iglesia se alegra, viendo que se honra Dios en sus santos: que su memoria á pesar de los años se conserva viva en el espíritu de sus hermanos: que en un siglo tan corrompido como el nuestro, se hace justicia al mérito: que en un siglo en que apénas hay santos, todavía se venera la santidad. Pero gime la Iglesia, viendo el poco fru-

[1] *Levit. xi. v. 44.* [2] *I. Reg. ii. v. 2.*

fruto que nosotros sacamos de sus exemplos. Cantamos himnos en su alabanza, y oímos con gusto referir sus acciones; pero como si fuera una historia de indiferencia. Admiramos la pobreza de los apóstoles, la fortaleza de los mártires, la misericordia de los confesores, la candidez de las vírgenes, y las lágrimas de los penitentes: *Beati páuperes... Beati misericordes... Beati mundo corde... Beati qui lugent... Beati qui persecutionem patiuntur.* Con estas palabras de la magestad de Christo en nuestro evangelio, engrandecemos, aplaudimos la felicidad que gozan los santos en el reyno de los cielos; pero puestos, digámoslo así de mirones, no tenemos valor para aspirar á consèguir la misma dicha por premio ó recompensa del trabajo. Todo son excusas, para no ser santos. Unos atribuyen la culpa á la falta de socorro, y son ingratos: otros á la arduidad de la empresa, y son cobardes. Yo intento desvanecer esta tarde tan frívolos pretextos, haciéndoos ver en la primera parte de mi plática, que Dios os da bastantes fuerzas, y en la segunda que los hombres os dan bastantes exemplos, para que seais santos. Y pienso que he de persuadiros, que podeis y debeis ser santos.

Primera parte.

4. Uno de los mayores yerros que cometeis, Fieles mios, en el negocio de vuestra salvacion, es el no querer conocer bastantemente lo que debeis á Dios, y el querer, segun se explica San Bernardo [1], que su gracia dé cuenta, ó sea responsable del bien que no haceis. Si alguno se os adelanta en la piedad, creeis que el cielo trabaja á su favor mas que al vuestro; y en los buenos impulsos que sentís para imitarle, ántes quereis negar su fuerza, que confesar vuestra dureza y obstinacion. Tanto como esto amais el justificaros, aunque sea á costa de la bondad y misericordia de Dios. Alabo, Oyentes mios, que reconozcais, que sin la divina gracia nada podeis, y con ella lo podeis to-

[1] *V. S. Bern. de Diver. Serm. XVII.*

todo; pero culpo que pretendais que la divina gracia lo haga todo, sin que vosotros hagais nada, para libraros de la culpa, sin tener la menor pena. Me pareceis humildes por el conocimiento en que estais de vuestra flaqueza; pero sois en verdad por vuestra inaccion perezosos. De ahí nace el que tal vez os creeis desobligados al cumplimiento de algunas precisas obligaciones. De ahí nace el que no emprendeis algunas cosas importantes á vuestra salvacion. Y de ahí nace finalmente el que no teniendo correspondencia á las gracias recibidas, ni bastante confianza en las que podeis recibir, malograis aquellas, y desmereceis las otras, y os quedais en el camino de la perdicion.

5. Yo afirmo, Señores, que Dios ha hecho de su parte quanto basta para que seais santos. Porque os ha reengendrado por el bautismo, y en virtud de esta regeneracion espiritual os ha llamado á la santidad, y os ha dado poder y derecho para conservarla hasta la muerte. Así lo declara San Pedro [1] en su primer carta; y así se explica San Pablo en la que escribió á los romanos [2], llamando á todos los fieles amigos de Dios y santos: *Dilectis Dei, vocatis sanctis.* Porque ¿acaso da el apóstol este tratamiento á los recien bautizados, para establecer con lisonjas el reyno y la fe de Jesu-Christo? Sabe que el Señor no quiere ser glorificado con mentiras. ¿Acaso lo executa, para que formen de sí un vano concepto? En toda aquella carta predica contra la soberbia. ¿Acaso los llama santos, para escusarles con este título honroso del exercicio áspero de las mas nobles virtudes? Allí mismo les persuade que aspiren á los dones mas perfectos, y que no tienen que esperar el conseguir la victoria ántes de haber peleado bien en la batalla. Luego su designio, como entiende San Agustin, no es otro que advertirles con aquel sobrescrito de santos, que la vocacion de christianos es una vocacion á la santidad, y un empeño de ser santos, contraido en fuerza de la gracia que recibieron en el bautismo: gracia que es la fuente de todas las bendiciones espirituales: gracia de inestimable valor: gracia de la qual ahora

[1] *I. Pet. 1.* [2] *Rom. 1. v. 7.*

ra ¡ah tiempo! se hace muy poco ó ningun aprecio.

6. Porque ¿quién es aquel que para avivar su fe casi muerta, la hace subir al principio que la dió el ser y la vida? ¿Quién es aquel que por no desvanecerse en las mundanas prosperidades, reconoce el dia en que quedó hecho hijo de Dios por el dia mas feliz? ¿Quién es aquel que para mas reconocer y castigar su propia infidelidad, trahe á la memoria, y renueva la solemne promesa que hizo en el bautismo, de amar á Dios, y aborrecer al pecado? Llevamos, Señores, el nombre de christianos sin reflexion, y sin mérito, como un efecto casual de haber nacido en este pais, y no en Berbería; y por eso conservamos la inocencia que recibimos en el bautismo, miéntras no podemos perderla; pues apénas llegamos al uso de la razon, quando prevaleciendo las pasiones, ya sostenidas de la malicia, arrojamos de nuestras almas á Dios y á la santidad, para sujetarlas al dominio del demonio y del pecado.

7. Nosotros, Señores, somos la causa de nuestra desgracia: no Dios, que nos dió bastantes fuerzas para mantenernos en su gracia; y aun despues de perdida por nuestra culpa, ¡ó infinita bondad! nos la comunica para recobrarla. Porque es expresa voluntad suya el que todos seamos santos, segun dixo por boca del apóstol San Pablo: [1] *Hæc est voluntas Dei, santificatio vestra.* Todo lo demas, los favores que os hace, los bienes que os dispensa, no los quiere absolutamente por sí mismos, sino en quanto condueen al fin de vuestra santificacion. ¿Sois ricos? Dios quiere que lo seais, para santificaros con el buen uso de las riquezas. ¿Sois sabios? Dios quiere que lo seais, para mejor conocer y cumplir con vuestras obligaciones. Todo lo que el Señor ha hecho y hace por vosotros lo hace con la intencion de que seais santos, y esto es lo que únicamente os importa y os conviene.

8. Es ciertamente deplorable vuestra ceguedad, Christianos mios. Al poneros delante la obligacion que teneis de mortificar la carne y sus sentidos, de huir del mun-

Y

[1] *I. Thessal. IV. v. 3.*

do y de sus vanidades, de seguir á Jesu-Christo y observar su santa ley: Al decirle á aquel: ¿Porqué te dexas llevar del ímpetu de tus pasiones desordenadas? ¿cómo no refrenas al apetito sensual con el retiro y ayuno? ¿cómo no corriges la ambicion, buscando en los exercicios de piedad riquezas espirituales para tu alma? ¿cómo no atajas la vanidad de tantos gastos superfluos, para socorrer á los pobres con limosnas? Al decir á aquella: ¿de qué te sirve esa ansia de ser bien parecida y de agradar: ese afecto desmedido á las galas y al adorno? procura agradar á tu Dios: sea tu adorno la modestia: dexa al mundo ántes que te dexe, haciendo ahora por virtud lo que despues habrás de hacer por necesidad: Al oir estas ú otras semejantes razones, todos á una voz respondeis: si eso hiciéramos, fuéramos santos; como si el serlo no fuera precepto, sino consejo: como si los mandamientos del decálogo á que estais obligados, no fueran otras tantas lecciones de santidad: como si claramente no se os mandara en el Levítico, que seais santos: *Sancti estote.*

9. Y quando el Señor os manda que seais santos, cierto es que podeis serlo. Fuera cruel, si os mandara un imposible. Fuera burlarse de vosotros, insultar vuestra miseria, si diciéndoos como al paralítico del evangelio: [1] *Surge & ámbula*, levantaos, andad, os dexara en una fatal imposibilidad de levantaros y de andar. No es el Señor cruel, no es avaro con vosotros. Piadoso, liberal os franquea los socorros que habeis menester para ser santos. Porque ¿no os rescató con su preciosa sangre de la esclavitud del demonio? ¿no satisfizo superabundante por vuestras culpas? ¿no os envió su Espíritu santificador? Y ahora mismo ¿no derrama sobre vuestras almas una lluvia copiosa de gracias? Llamo por testigos á vuestras propias conciencias. ¿De qué medios no se ha valido Dios para traeros á su amistad? Inspiraciones, remordimientos, infortunios, promesas del mayor premio, amenazas del mas terrible castigo. Hizo Dios de su parte, quanto debia, y era menester para que seais santos; pero sin dispen-

[1] *Luc. v. v. 23.*

saros de la obligacion que teneis de cooperar á su gracia para adquirir la santidad : y así vuestra es , no de Dios la culpa.

10. Confieso , que atendido su infinito poder pudiera santificaros con una total independencia vuestra ; pero segun el órden regular su sabia providencia dispone , que su gracia no excluya vuestra fatiga , sin que vuestra fatiga sea ofensa de su gracia. Y es admirable su acierto ; porque de esta suerte con el trabajo se destierra el ócio: con el penoso exercicio de la virtud se aumenta el mérito : con la dificultad crece el temor y la vigilancia , se exercita la fe , se aviva la esperanza , se ocupa la caridad, y se os hace mas apreciable la santidad , que os lleva tanta costa. Por este camino caminaron venciendo estorbos con su virtud , y con los socorros de la divina gracia los santos que hoy veneramos , y he de proponeros por exemplo en la segunda parte de mi plática , para acabar de persuadiros , que son vanos los pretextos que buscais en vuestra flaqueza para no ser santos.

Segunda parte.

11. Por poca disposicion que tengais , Señores , para exercitaros en la virtud , no hay cosa mas propia á moveros que el exemplo. Se pueden interpretar las leyes y los preceptos : se puede responder á un discurso con otro discurso ; pero es fuerza rendirse al exemplo , por ser un hecho que trahe consigo la prueba y la evidencia. Y con este conocimiento , y á fin de convenceros que podeis y debeis ser santos , ha sucitado Dios en todos tiempos hombres excelentes en santidad y virtud. Pudiéndose decir , que así como en la Iglesia hay una tradicion de doctrina , que conserva la pureza de la fe , y sirve para convencer á los hereges que la combaten : así tambien hay una tradicion de acciones , que conserva la pureza de las costumbres , y sirve para confundir á los malos christianos que las relaxan y aun reprueban.

12. Pero estos exemplos no debeis buscarlos en la tierra,

ra, sino en el cielo. Pues aunque hay entre los vivos algunos que pueden excitar en vosotros la mas loable emulacion: con todo la Iglesia no se atreve á proponeros á ninguno de ellos por exemplar á vuestra imitacion. Su santidad queda en términos de incierta, y mas en estos tiempos, en que con horror vemos, que muchas veces se aprueba la falsa, y se reprueba la verdadera. Nunca ha sido mas necesaria que ahora la discrecion de espíritus que aconsejaba San Pablo. Entre tantas ilusiones, artificios y hipocresías, la caridad que todo lo cree, se halla necesitada á ser sospechosa; y es fuerza que segun el precepto del evangelio teniendo la sencillez de paloma para no juzgar con temeridad, tengais la prudencia de la serpiente para evitar el engaño. Buscad, Oyentes mios, entre los muertos, exemplos de una virtud sólida y coronada con el premio: supuesto que en este dia Dios, como que tira del velo que cubre el paraiso, para que veais entre tantos bienaventurados espíritus, algunos que con generosidad vencieron las mismas dificultades que vosotros teneis: algunos que diciendo gran proporcion con vosotros, tienen mas fuerza para moveros á la imitacion.

13. El evangelista San Juan nos representa al cielo lleno de un exército, ó como él se explica de una turba innumerable de santos de todas naciones, de todos sexôs, de todas edades, y de todos estados [1]. Para Dios no hay acepcion de personas: el cielo es patria comun de todos los fieles. Allí se admite al pobre sin excluir al rico. Delante del trono de Dios estan los infelices del mundo que se consuelan de haberlo sido, y los reyes que echan á sus pies las coronas y los cetros, insignias del justo poder con que gobernaron á sus vasallos. Allí se ve que no hay edad, no hay estado, que no haya Dios santificado, para haceros conocer los efectos diferentes, ó segun la expresion de San Pablo, las formas diferentes de su gracia, que conduce á unos á la santidad por la aspereza de la penitencia, á otros por la dulzura de la caridad, á aquellos con la observancia de los consejos, á estos con el cumplimiento de los

[1] *Apoc. VII. v.9.*

DIPUTACION PROVINCIAL BIBLIOTECA REGIONAL LEON

los preceptos. Aquellos bienaventurados espíritus son otros tantos testigos ó pruebas de que podeis ser santos, caminando por aquel camino en que Dios respectivamente ha puesto á cada uno de vosotros. Porque como dice San Gregorio, no fueron de una naturaleza mas excelente que la vuestra, sino de una vida mas regulada: no tuvieron ménos pasiones, y ménos dificultades que vosotros, sino mas valor para vencerlas: ni fueron todos mártires, anacoretas, ni monges, sino que en medio del mundo vivieron penitentes.

14. Por eso es error el creer que vuestra condicion ó estado es un estorbo insuperable á la santidad. ¿Qué empleo mas arriesgado, que el de un publicano? ¿qué exercicio mas libre, que el de un soldado? Pues no leemos que el Bautista, quando los publicanos y soldados fueron á preguntarle que harian para salvarse, les dixera que eligieran otro modo de vida, sino que mandó al publicano que cobrara fielmente los tributos, y al soldado que se contentara con el sueldo que le pagaba su príncipe. Y de ahí infiere San Ambrosio, que la perfeccion de cada uno consiste en cumplir con las obligaciones de su vocacion; y que no hay tentacion mas peligrosa que la de pretender salirse de los límites de su estado, y ninguna otra es mas freqüente en los que hacen profesion de devotos. Quien destinado al retiro del claustro con pretexto de caridad vuelve al comercio del mundo: y embarazándose en sus enredos, en lugar de procurar la salvacion de otros, arriesga la propia. Quien dedicado por su oficio al trato con las gentes, con el pretexto de oracion se hace fastidioso, insufrible, injusto.

15. Así una muger, cuya vocacion se reduce al cuidado de su familia, va de iglesia en iglesia, y adaptándose todas las devociones que se le proponen, se olvida de educar bien á sus hijas, y de gobernar su casa. Todos estos se proponen una falsa idea de la santidad: Quieren ser santos, no segun su vocacion, sino segun su capricho; y así pierden el mérito que pudieren tener en su estado, y el que pretenden tener en el otro: semejantes á aquellos ár-

árboles que trasplantados fuera de sazon, á lo mas echan algunas hojas; pero no llegan á producir fruto. Cada uno de vosotros, Oyentes mios, sea constante, como decia el apóstol, en seguir su vocacion: [1] *Unusquisque in quo vocatus est, in hoc permaneat apud Deum.* Ore Moyses en el monte, pelee Josue en la campaña, gobierne Josef á Egipto; y vosotros miradlos en el empireo premiada su santidad, al lado de otros que acertaron á cumplir con las obligaciones de su estado tan peligroso como el vuestro. No tenemos escusa para no ser santos.

16. No, Dios mio. Ya confesamos que por culpa nuestra no lo somos. Vos derramais vuestros auxîlios, para que podamos serlo: los santos que veneramos nos enseñan á serlo con su exemplo. No permitais, Señor, que sean en el dia del juicio nuestros fiscales. ¡Ay de mí! decimos con San Agustin ¡qué podremos responder á sus acusaciones! *Væ mihi tot judícibus inops adstabo.* Su pureza condenará mis torpezas, su abstinencia mi glotonería, su silencio mi loquacidad, su misericordia mi codicia, su humildad mi soberbia: *Inops adstabo.* No permitais, Señor, que me vea en tanta congoja. Sean vuestros santos, no mis fiscales, sino mis patronos: por su intercesion os pido que me perdoneis. Sed conmigo tan misericordioso, como lo fuisteis con Pedro, y con la Madalena; pues ya á vista de sus lágrimas lloro amargamente mis pasadas culpas. Pésame, Señor, &c.

JACULATORIAS.

17. ¡Dulcísimo Jesus! Hasta ahora me ha parecido imposible ser santo; porque no conocia las fuerzas que me da vuestra gracia. Ya arrepentido de mi ingratitud, os pido perdon, y os prometo ser mas agradecido.

¡Amabilísimo Jesus! ¡Qué piadoso, qué liberal sois conmigo! Derramais abundante lluvia de auxîlios, para que sea santo. Ofrezco corresponder á tantos beneficios con el arrepentimiento de mis pasadas culpas. Me pesa, Señor, de haber pecado. ¡Be-

[1] *I. Cor. VII. v.* 24.

¡ Benignísimo Jesus ! Todos vuestros santos con su exemplo me persuaden que puedo y debo ser santo. Aspiro á imitarles en la santidad, para llegar á ser su compañero en la gloria. Lloro con los penitentes mis culpas. Perdonadme, Señor, misericordia.

OTRO EXORDIO

DE LA MISMA PLÁTICA.

18. Aunque muchos entienden que el mundo en lo físico y en lo moral no es ahora peor de lo que fue ántes, sino que siempre ha sido la naturaleza una misma en sus producciones, y los hombres unos mismos en sus costumbres ; sin embargo no puede negarse que algunas virtudes florecieron mas en unos siglos que en otros. Porque en los principios de la república de Roma ¿ no fueron propias de sus ciudadanos la buena fe, la templanza, y la fortaleza, en cuyo lugar entraron despues la falsedad, el luxô, la cobardía y otros vicios, causas de la decadencia y ruina de su imperio ? ¿ Y no ha sucedido lo mismo que en Roma en nuestra España ? Bien que ántes la afearan las discordias, la crueldad, la soberbia ; pero ó fueron los antiguos españoles mas parcos en la comida, mas moderados en el vestido, mas sufridos en los trabajos, y las españolas mas recatadas, mas modestas de lo que son ahora, ó mienten nuestros abuelos, y nuestras historias.

19. Digan lo que quieran los defensores de las costumbres del presente siglo, y de su conformidad con las de los pasados, que yo no lo concibo así : persuadido que siempre han sido como pasageros los vicios y las virtudes, sucediéndose los unos á los otros. Y esto es hablando á lo natural : que si hemos de hablar á lo christiano, no hay duda que el mundo estuvo del todo depravado, ó por decirlo en términos de la escritura, del todo dado al demonio : [1] *in maligno pósitus*, ántes de la venida de Jesu-Chris-

[1] *1. Joan. v. 19.*

Christo, y que con su predicacion, con la de los apóstoles y sus sucesores se mejoró y reformó en sus costumbres. Y es igualmente cierto, que los primeros christianos fueron mejores que nosotros, tanto que nuestro santísimo prelado Santo Tomas de Villanueva declara que tenemos por muy fervorosos y muy buenos á los que arrojara de su gremio como á tibios la primitiva exâcta disciplina: [1] *Illos óptimos reputamus, quos olim velut tépidos evómeret accurata perfectio.* Y no es hypérbole. Pues el libro que de los Hechos apostólicos escribió San Lucas, y otros que se escribieron en los quatro primeros siglos de la Iglesia justifican el dictámen de nuestro santo ilustrísimo de Valencia, haciendo ver que la mayor perfeccion de los christianos de este tiempo es una sombra de la de los primeros fieles.

20. Pero sobre todo me admiran y edifican el zelo, la eloqüencia, y la sinceridad con que los ministros de la divina palabra la predicaban al pueblo. ¿Con qué eficacia exhortaban al exercicio de las virtudes? Con qué elegancia y hermosura explicaban las verdades de nuestra santa fe? ¿Con qué abertura manifestaban los afectos de su corazon, y la intencion de sus operaciones? Bastan á persuadirlo los sermones de San Gregorio Nazianceno. Pues en ellos leemos, como el santo manifestaba su afliccion por la enfermedad de su madre, su disgusto por haberle ordenado Obispo Sozimense su amigo San Basilio, su condescendencia en ir á Constantinopla á gobernar aquella Iglesia, su resignacion en dexar el gobierno de ella, cediendo al furor de sus enemigos. Nada hacia, nada dexaba de hacer, que no lo dixera á sus oyentes. Si comenzaba la predicacion, si despues de suspendida volvia á emprenderla, señalaba la causa. Así hablaba desde el púlpito de sí propio, y con aquella confianza, con que solemos hablar en una conversacion familiar con nuestros amigos.

21. A lo ménos en esta parte, en la sinceridad, ya que no puedo en el zelo, ni en la eloqüencia, imitara en esta ocasion al Nazianceno, descubriéndoos la intencion de

[1] *S.Thom. Villan. de S.Nicol. Conc. 1. post med.*

de mis operaciones. Pero ya no está en uso esta costumbre, y renovándola me expusiera á que mis palabras mal entendidas, ó mal interpretadas, dieran asunto para que la ignorancia ó la malicia me calumniaran. Y así me contentaré con aseguraros, Feligreses mios, que es grande el gusto con que, siguiendo los pasos de la providencia, vuelvo á subir á este púlpito, y grande el deseo que tengo de santificarme, santificándoos en cumplimiento de mi ministerio.

22. La Iglesia parece que quiere favorecer mi designio, proponiéndonos en estos ocho dias unidos como en un cuerpo á todos los santos, que veneramos divididos en el discurso del año; para que todos juntos nos muevan y empeñen á adquirir la santidad, que es el patrimonio de los christianos. A este fin engrandece el zelo de los apóstoles, la fortaleza de los mártires, la misericordia de los confesores, la pureza de las vírgenes, las lágrimas de los penitentes; y para ponderar con repeticion su felicidad toma las palabras de la boca de Jesu-Christo: *Beati páuperes... Beati misericordes... Beati mundo corde... Beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam, quoniam ipsorum est regnum cœlorum.* Y al oir estas palabras ¿no procurais imitar las virtudes de los santos, para llegar á ser compañeros suyos en el reyno de los cielos? ¡Qué mal, ó qué inútilmente conoceis la inmensa dicha de que gozan! ¿Dexais entero el patrimonio de la santidad á los primeros christianos? ¡Qué mal conoceis vuestra obligacion, y el derecho que adquiristeis en el bautismo! ¿Qué excusa podreis alegar para no ser santos, como lo fueron vuestros mayores? ¿Qué os faltan las fuerzas? Sois ingratos. ¿Qué es ardua la empreza? Sois cobardes. Pues segun os haré ver en las dos partes de mi plática, Dios os da bastantes fuerzas, y los hombres bastantes exemplos, para que seais santos. Oid, que pienso he de desvanecer tan frívolos pretextos, y persuadiros que podeis y debeis ser santos.

PLÁTICA CXVIII.

DE LA DOMINICA ÚLTIMA POST PENTECOSTEM.

Væ prægnántibus & nutriéntibus in illis diebus. Matth. XXIV. v. 19.

1. * No es menester, Señores, hacer mucha reflexîon, para que conozcais quanto desea nuestra madre la Iglesia infundir en nuestros corazones el santo temor de Dios; porque basta reparar que al principio y al fin del año nos atemoriza con la memoria del juicio final. Pues comenzando el año eclesiástico el domingo inmediato primero de adviento, y concluyéndose en este, último despues de pascua de pentecostes: el evangelio del uno y del otro nos da la misma funesta noticia. En aquel San Lucas nos refiere las señales que precederán al dia del juicio, nos pinta la magestad del juez que ha de juzgarnos, y pronuncia la definitiva sentencia que ha de dar, alegre para los buenos, triste para los malos, y executiva para todos. En este introduce San Mateo á Jesu-Christo que hablando con sus discípulos de la desolacion de Jerusalen, insensiblemente pasa á declararles la ruina universal del mundo, y el juicio que inmediatamente ha de seguirla. Entónces, dice, se obscurecerán el sol y la luna, se desgajarán las estrellas del firmamento, se desquiciará el orbe: vereis venir sentado sobre una nube resplandeciente al hijo del hombre, haciendo alarde de su poder y soberanía: oireis las trompetas que de su órden tocarán los ángeles, para convocaros á comparecer en su presencia á ser juzgados. ¡Ay! Se abrirán los sepulcros, se extremecerá la tierra, gemirán todas las tribus.

2. Pero dexando esto para asunto de la plática del domingo que viene, busquemos motivo á nuestro temor en la

* 25. *de Noviembre* 1742. 26. *de Noviembre* 1747. 24. *de Noviembre* 1743.

la desolacion de Jerusalen, que vaticina la magestad de Christo al principio de nuestro evangelio. Y bien le hallarémos: pues fue en verdad el suceso mas trágico que nos refieren las historias, capaz de enternecer las entrañas de un tigre. Porque ¿qué podia padecer que no padeciera aquella ciudad, sitiada, asaltada, tomada, saqueada y quemada de los romanos? Qué hambre, qué heridas, qué muertes tan crueles sufrieron los jerosolimitanos? Jamas se vió mas descubierto que entónces el horrible semblante del monstruo de la guerra. Y bastantemente lo dió á entender Christo señor nuestro, previniendo que quando viesen en la abominacion del templo la señal de la ruina de Jerusalen, los que estuviesen en Judea huyesen al monte, y los que trabajasen en el campo no se detuviesen á tomar el vestido. ¡Y ay! concluye, ¡ay de aquellas mugeres que por hallarse en cinta ó criando no podrán librarse del estrago! *Væ prægnántibus & nutriéntibus in illis diebus!*

3. Puede ser, Señores, que la fatal desgracia de Jerusalen, como ni os hiere, ni os toca no haga impresion alguna en vosotros. Por eso siguiendo la idea que me propuse de infundir en vuestros corazones el santo temor de Dios, me alegré de leer en San Agustin que aquel lamento de la magestad de Christo dirigido literalmente á las mugeres de Judea, se dirige en el sentido moral á los pecadores, que siempre preñados de buenos deseos, ó alimentándolos de especiosos proyectos de conversion, sin ponerlos jamas por obra, quedan sorprehendidos de la muerte, quando ménos piensan. Bien desean ellos mudar de vida y convertirse; porque ¿qué christiano querrá morir en pecado mortal? Sienten de quando en quando los remordimientos de una conciencia que les agita, los sustos de un accidente que sobreviene, los dolores agudos de un pensamiento que les aflige. Llegan á desear su conversion, se la piden á Dios, la proyectan; pero ahí paran. Siempre preñados de buenos deseos, sin acabar de parir algun fruto saludable de su corazon convertido, mueren y se condenan: *Væ prægnántibus & nutriéntibus.*

Pues,

4. Pues, Oyentes mios, ¿os parece deplorable la desgracia de que se lamenta Jesu-Christo en el evangelio? ¿Y os parece que os toca y debe atemorizaros? Consultadlo con vosotros mismos, atended, miéntras me empeño á persuadiros entrambas verdades en el discurso de mi plática. En su primera parte confio haceros ver, que los que no tienen mas que unos ineficaces deseos de convertirse, se pierden. Y en la segunda, que casi todos los christianos se contentan con esos vanos inútiles deseos; y así tal vez de vosotros habla el Señor quando se lastima en nuestro evangelio: *Væ prægnántibus & nutriéntibus.*

Primera parte.

5. En el capítulo XII. del sagrado libro de los Proverbios, encuentro una fuerte razon para probar, que rara vez ó nunca llega á convertirse quien largo tiempo ineficazmente lo desea. Porque allí nos dice el Espíritu Santo, que esos vanos deseos lisonjean, entretienen y engañan al pecador: [1] *Desiderium impii munimentum est pessimorum.* Créese medio ó del todo convertido luego que desea serlo, y teniendo por una gran señal de la mudanza de su corazon á aquel deseo que apénas es principio de ella, falsamente satisfecho muere impenitente. Muy otro es el efecto, decia San Próspero [2], que causan estos buenos deseos en el pecador, del que causan los malos pensamientos en el justo; pues aquellos inducen en el pecador una falsa perniciosa seguridad, y estos inducen en el justo una falsa, pero provechosa zozobra. Aunque el justo sea tan perfecto como San Pablo, siente en sus miembros una ley opuesta á la de la razon. Quiero decir: que no obstante la gracia de Dios de que goza, y la firme resolucion que tiene de servirle, siente en su alma el mudo combate de los deseos que le hacen como querer, y no querer una misma cosa al mismo tiempo: *In ómnibus studiis eorum semper inter se velle & nolle decertant.*

El

[1] *Prov.* XII. *v.* 12. *Gent. cap.* 28.
[2] *S. Prosp. Lib.* 2. *de Vocat.*

6. El deseo de la diversion y del placer, es conforme á los de los miembros: el deseo de la mortificacion y de la penitencia, le inspira la ley de la razon. Vengarse de la injuria, es lo que desea la parte inferior: reprimir los movimientos de la venganza, es lo que desea la superior. El hombre carnal desea retener con sórdida avaricia el oro y la plata: el hombre espiritual desea derramar las riquezas en el seno de los pobres con piadosa liberalidad. Veis ahí, Señores, en un mismo hombre como dos hombres que continuamente pelean con las armas de los deseos mas opuestos: *Semper inter se velle & nolle decertant.* Y veis ahí la causa de la zozobra del mas justo. ¡Ay de mí! dice: ¿Estoy bien con Dios, ó estoy mal? ¿Soy digno de su amor, ó de su odio? ¿Consintió mi voluntad en los deseos de mi apetito rebelde, ó fueron involuntarios? ¿Vencí, ó me dexé vencer de la tentacion? ¡O Dios mio! en qué fiero conflicto poneis á vuestros justos, para probarlos y fortalecerlos mas en la virtud! ¡Con qué artificio, dexando al parecer que caygan por una parte, y se levanten por otra, los llevais al puerto de salvacion, al modo que los remeros dando bordos conducen á la playa su barquillo! ¡O feliz engaño de los justos! ¡Quando mas pensais y temeis ser enemigos de Dios, entónces sois sus mayores amigos!

7. No así los pecadores, que de los ineficaces deseos que tienen de convertirse, sacan por conseqüencia una gran seguridad de salvarse ¿Quán sin temor viven? ¿quán confiados en sus buenos propósitos, y en la infinita misericordia de Dios? Luego que confiesan las culpas que cometieron, resuelven enmendar su vida, refrenar sus perversas inclinaciones; pero en lugar de acometerlas una á una para sujetarlas con el continuo exercicio de las virtudes, se entretienen en formar un proyecto general de una vida perfectamente christiana. Especioso en realidad, pero inútil, vano, que jamas llegan á ponerle en execucion. Porque ¿acaso despues de veinte, treinta ó mas confesiones hechas, y de otros tantos propósitos de mudar de vida, sois mas sufridos en los trabajos, mas humildes en la prosperi-

peridad, mas temblados en la comida, mas modestos, mas desasidos de los bienes terrenos? Todo fueron ideas y veleidades. Porque del mismo modo que un muchacho travieso habiendo experimentado que los castigos con que sus padres le amenazan paran en amenazas, calla miéntras le riñen, y luego hace quanto se le antoja: así tambien vuestras pasiones miéntras dura el fervor de vuestros deseos, miéntras pensais en reformar vuestras costumbres, en mortificar vuestros sentidos, se mantienen con malignidad astuta quietas, tranquilas, hasta que pasando luego aquella llamarada vuelven á dominaros. Poco importa que fueran, y sean buenos vuestros deseos; porque siendo ineficaces os engañan, y de mas á mas os matan, como dixo el mismo Salomon en los Proverbios: [1] *Desideria occidunt pigrum.*

8. No es aquel que diligente, laborioso, impaciente de salvarse busca y practica todos los medios para conseguirlo, á quien matan sus buenos deseos: es aquel, que perezoso contentándose con desear, pedir y proyectar su conversion, jamas la pone en execucion. Este es aquel á quien matan sus buenos deseos: *Desideria occidunt pigrum.* Porque el mismo Dios que misericordioso no manda al enfermo que ayune, ni al pobre que dé limosna, sino que viendo su imposibilidad, se agrada y le recompensa los buenos deseos que tienen: el mismo Dios, dice San Agustin, justo quiere y manda que pongamos por obra los buenos deseos que podemos poner; y en caso de no hacerlo por largo tiempo, se ofende, irritado nos niega los auxilios eficaces de su gracia, con que infaliblemente perecemos por nuestra culpa á manos de nuestros vanos deseos: *Desideria occidunt pigrum.*

9. Y no podemos decir que Dios es cruel con nosotros; pues nos paga con un amor de los mismos quilates que el nuestro. Si nuestra voluntad de convertirnos fuera eficaz, fuerte, determinada, resuelta: una voluntad como la de David, que protestaba á Dios estar pronto á hacer sin dilacion ni excusa quanto le mandara: el Señor por su parte nos correspondiera con otra voluntad igualmente fina y

[1] *Prov. XXI. v. 25.*

y constante. Pero si nuestra voluntad es cobarde, que á la menor dificultad cede: es inconstante, que luego se muda: es indecisa, que no acaba de determinarse: es una voluntad como la de Herodes, que cada dia prometia al Bautista separarse de su muger adúltera, y jamas lo cumplia. Dios por su parte ¿qué voluntad puede tenernos, sino una voluntad, digámoslo así, imperfecta y semejante á la nuestra? ¿Qué puede hacer, diré con el real profeta, sino quebrar la cabeza llena de veleidades de los que nos paseamos por el camino de la iniquidad? [1] *Confringet cápita inimicorum suorum perambulántium in delictis suis.*

10. Hay notable diferencia entre correr por el camino de la iniquidad, salir del camino de la iniquidad, y pasearse por el camino de la iniquidad. Corren por el camino de la iniquidad los malvados, que quitan á sus pasiones el freno de la razon y del temor de Dios, que las detenia, y no paran hasta el infierno. Salen del camino de la iniquidad los pecadores verdaderamente arrepentidos, á quienes Dios alarga la mano para sacarlos. Se pasean por el camino de la iniquidad los que conociendo que van perdidos, van á salir, y no acaban: dan un paso adelante, y otro atras: se pasean. Dios mira como manifiesto desprecio suyo este modo de andar, y enojado declara que quebrará la cabeza de tales paseantes: *Confringet cápita perambulantium in delictis suis.* Es pues deplorable su desgracia, digno objeto de la lástima de nuestro Redentor Jesu-Christo. *Væ prægnántibus & nutriéntibus:* ¡Ay de los que preñados de buenos deseos jamas paren saludables frutos de penitencia! ¡Y mas ay! que casi todos los christianos no conciben otros deseos que estos ineficaces, como vereis en mi

[1] *Ps. LXVII. v. 22.*

Segunda parte.

11. No comprehendo, decia San Agustin [1], como es tan diferente la virtud del alma en órden á los movimientos interiores de sí misma, y á los exteriores de su cuerpo. Quando manda al cuerpo, luego le obedece: quiere que abra los ojos, los abre: que mueva los pies, los mueve: que alargue la mano, la alarga. Pero esta alma siendo así que debiera tener mayor imperio sobre sí misma, parece que no encuentra en sí propia la obediencia que en el cuerpo. Quiere que aborrezca al pecado, y no le aborrece: que ame á Dios, y no le ama: que se convierta, y no se convierte. ¿Quál puede ser la causa de tan extraña inobediencia? No puede ser otra, dice el Santo, sino el que no quiere en verdad el alma lo que piensa querer, supuesto que no quiere los medios necesarios para conseguir lo que cree querer. ¿Acaso puede decirse que quiere en verdad el enfermo la salud, quando no quiere tomar la medicina para recobrarla? ¿que quiere el pretendiente el empleo, quando no quiere tomar las medidas necesarias para alcanzarle? ¿Puede decirse que quereis vosotros, fieles mios, la conversion, quando no quereis valeros de los medios esenciales, únicos, inexcusables, que Dios os suministra para convertiros? No la quereis en verdad: vuestro querer no es mas que un vano deseo, una inútil veleidad.

12. Oid del modo que quiso ser christiano aquel famoso Cornelio, de quien hablan los Hechos apostólicos. Antes de serlo, dice San Lucas, temia á Dios, y hacia que toda su familia le temiera, daba muchas limosnas, y oraba continuamente. Me confesareis sin duda que son estos ciertos señales de que Cornelio queria de veras convertirse á nuestra santa fe. Pues volved ahora los ojos á vosotros mismos para ver si los encontrareis. Ya que ofendisteis á Dios gravemente, le teneis aquel temor que le tenia Cornelio? *Timens Deum.* ¿Cuidais que vuestros hijos y cria-

[1] *S. Aug. Confes. lib. VIII. cap. VIII. & al.*

criados le teman? *Cum omni domo sua.* Sabiendo que las limosnas son la mejor moneda para rescatar del cautiverio de la culpa, ¿las haceis como él las hacia? *Faciens eleemósynas multas plebi.* Sabiendo que Dios no concede su gracia sino á quien se la pide con fervor, ¿estais muchas horas en oracion como él estaba? *Deum déprecans semper.* [1] Aun hizo mas este ilustre catecúmeno. Envió á rogar á San Pedro que viniera desde Jope en donde estaba; y luego que supo su arribo salió á recibirle, y la primer palabra que profirió fue para decirle, que él y su familia estaban prontos á hacer quanto les mandara.

13. ¡O quán léjos estais vosotros de querer vuestra conversion del modo que la quiso Cornelio! Al sondar los deseos que teneis de convertiros, mas me pareceis semejantes á los Cafarnaitas, que á aquel Centurion. ¿Quién no creyera que los Cafarnaitas querian convertirse, viendo el gusto con que oian á Jesu-Christo, la pena que tenian de que se apartara de su compañía, y la ansia con que impacientes le iban á buscar á los desiertos? Pues no lo querian en verdad, supuesto que el Señor les amenaza con el mas terrible castigo: [2] *Cafarnaum usque ad ínferos demergeris.* Cafarnaum elevado hasta las nubes baxarás á lo mas profundo del infierno; porque no obstante las apariencias del amor que me manifestabas, no quisiste sujetarte al yugo de la santa ley que predicaba.

14. Y aquí descubro otra razon para persuadirme, que no quereis en verdad servir á Dios; porque desistís de la empresa á la primer dificultad que ocurre. Quando se trata de divertiros ó enriqueceros, las allanais todas; pero quando se trata de convertiros y de buscar á Dios por el camino de la virtud, cada dificultad es un monte insuperable: seña clara de que no lo quereis de veras. Os sucede lo mismo que quando miramos una estatua colocada en un lugar muy eminente. Ella mirada desde léjos nos parece hermosa, pero de cerca desproporcionada. Así tambien la virtud, mirándola de léjos, os parece bella, y os mue-

[1] *Act. x. v. 2.* [2] *Lucæ. x. v. 16.*

mueve á amarla; pero mirándola de cerca, austera, aborrecible é impracticable. Tener paciencia en lo adverso, humildad en lo próspero, amor á los enemigos, misericordia con los pobres, ¿qué bello es? Así lo haremos nosotros, decís á sangre fria. ¡Pero quando llega el caso de hacerlo, ¡qué impacientes en los trabajos! ¡qué soberbios en la prosperidad! ¡qué vengativos en las injurias! ¡qué crueles en la miseria del próximo! A Dios propósitos: se devanecieron los buenos deseos que teniais de ser virtuosos.

15. Para querer de veras y absolutamente convertiros á Dios, es menester, Oyentes mios, que tomeis el consejo que os da San Agustin: *Curam gere de peccato tuo.* Poned gran cuidado en salir del infeliz estado de pecadores; y para que se verifique que le poneis, no basta, decia el santo, quererlo así como se quiera, no basta acordarse de vuestras culpas, confesarlas, llorarlas. Se acordó de ellas Antíoco: las confesó Saul: las lloró Esau; y no se convirtieron: se condenaron. Para poner el cuidado que prescribe San Agustin, á mas de doleros de lo íntimo del corazon de haberlas cometido, debeis satisfacerlas con la práctica de las virtudes opuestas á vuestros vicios. De otra suerte sereis como Antíoco, Saul y Esau, que preñados de buenos deseos baxaron á los infiernos: *Væ prægnántibus & nutriéntibus.*

16. ¡Que no pueda yo abrir las puertas de aquellos lóbregos calabozos! Los vierais llenos de infelices preñados de buenos propósitos. Vierais al amigo, cuya muerte os dexó muy consolados, porque ántes se propuso apartarse de un comercio deshonesto. Vierais á la muger, que al tiempo de su enfermedad arrojó las galas, insignias de su vanidad. Vierais al otro, que quiso restituir lo mal adquirido, y mandó á sus herederos que lo restituyeran. Vierais: ¿qué horrores no vierais? Pero ya que están cerradas aquellas puertas, baste, Christianos mios, la fe para creer á Jesu-Christo, que os amenaza con aquel castigo, si no escarmentais en cabeza agena: *Væ prægnántibus.* Desconfiad de esa preñez estéril de deseos inútiles, ineficaces. Desead con eficacia con todo el corazon arrepentiros: pues el

el Señor con los brazos abiertos solo aguarda que lo deseais de veras, para perdonaros. Ya, dulcísimo Jesus, postrados á vuestros pies os prometemos firmemente no ofenderos mas. ¡Qué engañados vivíamos entre deseos y esperanzas! ¡Con qué ligereza quebrantamos la palabra que tantas veces os dimos! Pero ya constantes en el propósito de amaros, decimos que nos pesa &c.

JACULATORIAS.

17. ¡Dulcísimo Jesus! Astuto el demonio me ha entretenido, y engañado con buenos deseos de convertirme. ¡Jamas llegué á ponerlos en execucion. ¡Ay de mí! muriera impenitente, si ahora arrepentido de lo íntimo del corazon, no os dixera, que me pesa de haber pecado.

¡Benignísimo Jesus! ¿Quántas veces en desprecio de vuestra bondad quebranté la palabra que os dí de no ofenderos? Fueron veleidades mis propósitos; pero ya firmemente os prometo no pecar mas. Perdonadme, Señor, mis pasadas culpas.

¡Amabilísimo Jesus! A pesar de mi inconstancia, Vos firme clavado en una cruz me aguardais con los brazos abiertos, para admitirme á vuestra gracia. ¡Qué fineza! ¡Qué misericordia! Penetrado del mas vivo dolor me postro á vuestros pies á pediros perdon. Perdonadme, Señor, tened misericordia de mí.

PLÁTICA CXIX.

DE LA DOMINICA ÚLTIMA POST PENTECOSTEM.

Qui in Judæa sunt fúgiant ad montes, & qui in tecto non descendat tóllere áliquid de domo sua. Math. XXIV. v. 16.

1. * Acostumbra Dios, Pecadores, advertirnos en los dias de su misericordia los males con que piensa cas-

* 22. de *Octubre* 1744.

castigarnos en los dias de su justicia, si no procuràmos evitarles con la enmienda. Y en prueba de esto, David compara la voz ayrada del Señor al trueno, ó á aquel ruido que hace la nube ántes que despida el rayo. Y aun añade el mismo real profeta, que Dios como que nos hace señas para que huyamos de su cólera: como que tiene largo rato tirante la cuerda, doblada el arco de su ira, ántes de arrojarnos sus flechas: [1] *Dedisti metuéntibus te signa, ut fugiant á facie arcus.* Pero lo que mas manifiesta la piadosa conducta con que Dios anticipa el amago al golpe, es el capítulo XXIV. de nuestro evangelio, en que San Mateo nos refiere como Jesu-Christo al mismo tiempo que vino misericordioso á redimir al mundo, previno á los hombres que vendria á juzgarle justiciero; y al aviso añadió la exâcta descripcion de las señales que precederán, y de los estragos que acompañarán el dia del juicio. Entónces, dixo, se obscurecerán el sol y la luna, se desgajarán las estrellas del firmamento, se desquiciará el orbe: vereis venir al Hijo del hombre sentado sobre una nube resplandeciente, haciendo alarde de su poder y soberanía: oireis las trompetas que de su órden tocarán los ángeles para llamaros á juicio; y últimamente oireis la terrible sentencia de condenacion, que pronunciará contra los infelices iniquos pecadores.

2. ¡Admirables tristes presagios! Pero bien manejados por la misericordia de Dios, á fin de que evitemos los funestos efectos de su justicia: á fin de que desemejantes á aquellos insensatos, que amenazados con las aguas del diluvio comian y bebian sin pensar en refugiarse al arca, procuremos solícitos y prudentes prepararnos para comparecer delante de nuestro soberano juez Jesu-Christo en estado de oir de su boca la mas favorable sentencia. Y no se contentó el Señor con aunciarnos los males que nos amenazan, sino que en el mismo evangelio nos dió el remedio para precaverlos, diciendo, que los que estuvieren en Judea huyan á los montes, y los que estuvieren en ellos, ó sobre el techo, no baxen á tomar cosa alguna de sus

[1] *Ps. LIX. v. 6.*

sus casas: *Qui in Judæa sunt fugiant ad montes, & qui in tecto non descendat tóllere áliquid de domo sua.*

3. Porque estas palabras que á la letra se entienden de los judíos y significan lo que debian hacer para librar sus personas, quando llegase el caso de la ruina de Jerusalen: en el sentido moral se entienden de los christianos, y significan lo que deben hacer para librar sus almas de la culpa y del infierno, quando llegue el caso de la muerte y del juicio. Pues los judíos que estaban en sus casas representan á los christianos que se hallan en el infeliz estado de la culpa; y los judíos que estaban en los montes representan á los christianos, que se hallan en el dichoso estado de la gracia. Por eso así como Jesu-Christo decia á aquellos judíos que huyeran de sus casas al monte, y á estos que no baxaran de los montes á sus casas, para que no perecieran: así tambien segun su designio debo decir á unos y otros christianos para que no se condenen, que huyan de las ocasiones de pecar, y que no vuelvan á las ocasiones de pecar. Huid, Pecadores, de las ocasiones y peligros de pecar, si quereis adquirir la gracia de Dios que os preserve de su ira: *Qui in Judæa sunt fugiant ad montes.* No volvais, Justos, á las ocasiones de pecar, si quereis conservar la gracia de Dios que os preserva de su ira: *Qui in tecto, non descendat.* Porque si no huís de las ocasiones de pecar, no adquirireis la gracia de Dios, segun os haré ver en la primera parte de mi plática. Y si volveis á las ocasiones de pecar, no conservareis la gracia de Dios, segun os haré ver en la segunda.

Primera parte.

4. Muy bien sabemos quales son las señas sensibles que deben dar los pecadores para que los ministros del sacramento de la penitencia los juzguemos verdaderamente arrepentidos; pero no ménos sabemos que todas ellas son equívocas, y que estamos expuestos al engaño. ¿Lloran, gimen? Esau llora, Esau gime como que ruge, y no se arrepiente. ¿Confiesan sus culpas? Cain, Saul y Judas con-

confiesan las suyas, y no se arrepienten. ¿Imploran la misericordia de Dios, prometen enmendar su vida? Lo mismo executan innumerables veces los judíos, y no se arrepienten. Por mas pues que me deis, Pecadores, estas y otras muchas señas de vuestro arrepentimiento, no acabo de certificarme que es verdadero: á ménos que no me conste que huís de las ocasiones y peligros de pecar, no os juzgaré verdaderamente arrepentidos.

5. Porque ¿qué idea os parece que nos dan la sagrada escritura y los santos padres de un verdadero penitente? ¿No es un hombre semejante al que habiendo caido algunas veces, cuerdo evita los malos pasos en que cayó? ¿No es un hombre semejante al que llevando en un vaso frágil un licor precioso, abre los ojos, por no tropezar en alguna piedra y derramarle? ¿No es semejante al que caminando por un camino resbaladizo, no levanta un pie ántes de asegurar y fixar muy bien el otro? ¿No es semejante al que habiendo salido de una grave enfermedad, reconoce la debilidad de su estómago, y se abstiene de los manjares que le puedan ser dañosos? Y á vista de ostos símiles, que me demuestran lo que debe ser un verdadero penitente ¿quereis que crea que lo sois quando inconsiderados, temerarios, soberbios buscais las ocasiones y peligros de volver á pecar? Porque venís con el motivo de una festividad á confesar vuestras culpas: porque derramais algunas lágrimas: porque pronunciais algunas palabras que suenan á contricion, ¿pensais estar contritos? ¿que se inmutó vuestro corazon? ¿que aborreceis lo que ántes amabais? ¿que aquellos objetos que os embelesaban perdieron de repente la fuerza que ántes tenian para atraheros? y con esta vana confianza volveis á verlos? ¡Ah! ¡quán de otra suerte discurria San Agustin [1], quando forzejaba consigo mismo para convertirse á Dios! Pues confiesa que las criaturas, como que le tiraban de la ropa por detenerle, y que con voz halagüeña le decian: ¿*Así nos dexas*? Y por eso no se dió por arrepentido, hasta que llegó á formar la resolucion de apartarse de ellas. Muy de otra es-

pe-

[1] *S. Aug. Confes. Lib. VIII. cap. XI. Tom. I. c. 155.*

pecie, Señores, es vuestro arrepentimiento que el de San Agustin, si á su imitacion no os resolveis á no pecar, y á no volver á las ocasiones de pecar.

6. Supongo, Oyentes mios, que estais bastantemente ilustrados, para que no dexeis de conocer que solamente hablo de las ocasiones próximas de pecar. Porque no dudo sabeis, que no estais obligados á evitar las ocasiones remotas de pecar: del mismo modo que sabeis que estais obligados á evitar las próximas, por ser ya de sí pecado el ponerse voluntariamente en las ocasiones próximas de pecar. Pero aunque convenís en esto, y en que las ocasiones próximas de pecar son aquellas en que freqüentemente pecais: sin embargo no convenís en determinar quales son ocasiones próximas de pecar. Os contemplo en este particular divididos en varios dictámenes. Unos juzgais que los teatros y los bayles son ocasiones próximas de pecar. Otros, á pesar de las razones de los santos padres que se alegan en los púlpitos, sentís y decidís lo contrario en los estrados. Yo no pienso detenerme en la discusion de este asunto tan controvertido; ántes bien para mejor convenceros el que me he propuesto, condeciendo por ahora en lo que pretendeis, y decís vulgarmente, que *cada uno hable de la feria conforme le va en ella*: que cada uno de vosotros sea juez de esta controversia, y de sí mismo; pero baxo la condicion que una vez que conozcais que en las comedias, en los bayles, y en las conversaciones familiares, freqüentemente pecais, me habeis de confesar de buena fe, que son para vosotros ocasiones próximas de pecar, y que estais absolutamente obligados á evitarlas y huirlas, si quereis convertiros y adquirir la gracia de Dios.

7. No hay pretexto, Señores, que os exima de la obligacion que teneis de apartaros de las ocasiones próximas de pecar. Así lo declaró Dios quando mandó á los judíos que huyeran de sus casas á los montes: *Qui in Judæa sunt fugiant ad montes.* Y así lo dió á entender él mismo mucho tiempo ántes, quando introduxo á sus padres en la tierra de promision. No habeis de casaros, les dixo, con las hijas de Palestina: habeis de quemar y consumir en el

fuego los ídolos que hallareis en ese pais idólatra: no habeis de hacer alianza con sus naturales, ni aun habeis de tener misericordia de ellos: [1] *Non inibis cum eis fœdus, & non miseréberis eorum.* Duro pareciera este precepto, que impuso Dios á los israelitas, si no supiéramos que su designio fue quitarles todos los pretextos de que pudieran valerse para no apartarse de las ocasiones próximas de pecar. Porque si con el pretexto de la vecindad se casaban los israelitas con las hijas de Palestina, ellas con el tiempo llegarían á pervertirles. Si con el pretexto de la necesidad conservaban el oro y la plata de los ídolos, la memoria del uso que tuvieron les moveria á adorarles. Si con el pretexto de la buena correspondencia se aliaban con los idólatras, perderian la confianza que debian tener en su Dios. Y si con el pretexto de la misericordia les socorrian, perderian el horror á sus maldades. Pues no, dice Dios. Destruyan los ídolos: ni contraygan casamientos, ni alianzas, ni socorran á los idólatras: *Non inibis cum eis fœdus & non miséreberis eorum.*

8. Con igual razon, Christianos mios, debo deciros, que baxo ningun pretexto podeis poneros ó manteneros en las ocasiones próximas de pecar. Ni la necesidad, ni la conveniencia os excusan, Criadas, de la obligacion de saliros de esa casa, cuyo lascivo dueño os entorpece. Ni la vecindad, ni la antigua amistad, ni la misericordia es justo motivo, para que no rompais esa freqüente comunicacion con personas de otro sexô. ¿Qué no es ocasion próxima? ¿Qué dexa de serlo, porque no llega á vergonzosos excesos? ¿Qué no basta para que lo sea el que tengais alguna impura complacencia, algun deseo que se sostenga con la esperanza de que puede ser se logre coyuntura? ¡Ah! ¡qué astuto es el demonio! Qué mal hice en constituiros jueces en esta causa, estando como estais preocupados de la pasion que os ciega, y os tapa la boca, para que no deis una justa sentencia contra vosotros mismos, confesando que son ocasiones próximas de pecar las que verdaderamente lo son.

Bien

[1] *Exod. XXIII. v. 32.*

9. Bien podreis engañar á los hombres con las apariencias de la urbanidad y de la modestia; pero no podreis engañar á Dios que registra vuestros corazones. Ni aun yo, una vez que vea la inquietud, el disgusto con que estais ausentes de esa casa, la ansia con que procurais el ir á ella, el gusto que sentís en su conversacion, puedo dexar de persuadirme, que os es dañosa, y que estais obligados á ausentaros de ella. No teneis que recurrir como al último y mas fuerte pretexto, al que dirán, si nos ausentamos. ¿Qué han de decir? ¿O se murmura en el pueblo vuestra freqüencia, ó no se murmura? Si se murmura: este es motivo bastante para que os ausenteis, decia San Bernardo [1], para que no se murmure. Si no se murmura, nadie reparará en vuestra ausencia. Y en fin, digan lo que quieran, ello es preciso, os diré una y mil veces, que huyais de las ocasiones próximas de pecar, si quereis adquirir la gracia de Dios por medio de una verdadera conversion: *Qui in Judæa sunt, fúgiant ad montes.* Y despues de haberla adquirido, si quereis conservarla, es preciso que no volvais á las ocasiones próximas de pecar, como vereis en la segunda parte de mi plática: *Et qui in tecto, non descendat tóllere áliquid de domo sua.*

Segunda parte.

10. En la religion que profesamos ay algunas virtudes valerosas que hacen frente á los pecados, y otras cobardes que les huyen el cuerpo. Hablando David [2] de las primeras, daba gracias al Señor de que hubiera fortalecido sus manos para pelear en las batallas. Y hablando de las segundas [3], le pedia que le diera alas de paloma para volar á la soledad. Estas virtudes parecen propias de los recien convertidos, y aquellas de los justos mas perfectos. Y así á los que os veo, como á Jonas, todavía mojados con las aguas del mar de que os librasteis por milagro: á los que

[1] *S. Bern. in Cant. Serm. LXV. n. 4. & 6.*

[2] *Ps. CXLIII. v. 1.*

[3] *Ib. LIV. v. 7.*

que os miro, como á Lázaro, con la mortaja con que poco ha salisteis del sepulcro: á los que, quiero decir, os contemplo recien arrepentidos, debo con las palabras de Jesu-Christo advertiros, que huyais de la Judea de las ocasiones y peligros, al monte del recogimiento y de la mortificacion: *Qui in Judæa sunt, fúgiant ad montes.* Pero á los que estais en la cumbre de la perfeccion, hechos á vencer, estaba para deciros que baxareis á encontrar y pelear con vuestros enemigos, si no oyera la misma voz del Señor que os detiene: *Qui in tecto, non descendat.*

11. Porque aunque esteis armados con las mas fuertes heroycas virtudes, bien las habeis menester para resistir al mundo, al demonio y á la carne, que continuamente os acometen. Harto hareis en vencerlos. No teneis qne buscar los trances y ocasiones de pelear con ellos: que pereciereis sin remedio; pues no adquiristeis con la gracia la prerogativa de invencibles: sois, miéntras mortales, frágiles y miserables. De este conocimiento nace el temor y la desconfianza con que vivieron los mas santos. ¡Qué bien tomaron de la boca de Dios la primera leccion que les dió de su santo temor! Jamas la olvidaron ¡Qué humildes, qué desconfiados estuvieron siempre de sí mismos! De esa suerte merecieron el preciosísimo don de la perseverancia.

12. Y al contrario los que temerarios, soberbios buscaron las ocasiones de pecar, miserablemente pecaron. ¡Qué de funestos exemplares me acuerda la memoria! Allí se me representa Sanson sin fuerzas y sin gracia, porque voluntariamente se puso y se durmió en el regazo de la pérfida Dálila. Allá en el desvan de su palacio veo á David resuelto á cometer un adulterio, porque curioso fixó la vista en Bersabé. Y luego miro á su hijo Salomon impio é infatuado, porque presumido no reparó casarse con mugeres idólatras. Así, Señores, cayeron en el profundo de la miseria aquellos varones eminentes en santidad, en castigo de la presuncion con que se pusieron en el peligro de pecar.

13. Y esta, no otra, fue en sentir de San Basilio, la causa principal de que San Pedro negara á Jesu-Christo.

Pues

Pues miéntras los demas apóstoles en la pasion del Señor, ó temerosos se escondieron, ó cobardes huyeron, Pedro intrépido se empeñó á seguirle. Y al contemplarle San Agustin, pregunta: ¿Adonde vas Pedro? ¿Hácia donde caminas, tropezando con las tinieblas de la noche, y de tu propio entendimiento? A lo ménos no entres en la casa de Anas y de Caifas: detente. ¿No miras desde la puerta á los soldados, que maltratan á tu divino maestro? ¿No reparas en los judíos, que divididos en coros le blasfeman? Detente. ¡Mas ay! Que ya le veo en el atrio sentado á la lumbre con aquellos perversos. Ya le veo en conversacion con una criada que le acusa discípulo de Jesus Nazareno. Y luego oygo la voz de Pedro, que le niega delante de todos: [1] *At ille negavit coram ómnibus.* Pasmaos cielos, clamaré con Jeremías: [2] *Obstupéscite cœli.* Asombraos, Christianos mios, de una transformacion tan deplorable. ¿Visteis aquel elevado cedro del líbano que se descollaba entre todos? Volved á pasar, y no le vereis, ó le vereis en casa de Anas convertido en débil caña. ¿Visteis aquella piedra pedernal, que á cada voz del Señor arrojaba llamas de caridad? Miradla en casa de Cayfas transformada en piedra de escándalo, que hecha maldiciones contra su maestro. ¡Qué espectáculo tan triste se nos propone en aquellos fatales palacios! ¡El príncipe de los apóstoles apóstata! ¡El padre de los fieles con todas las señas de infiel! ¿Qué se hizo, vuelve á preguntar San Agustin, aquella animosidad de sus promesas? Se las llevó el viento, porque se fundaban en su propia flaqueza mal conocida. ¿Qué se hizo aquella resolucion de morir ántes de negar á Christo? Se desvaneció por la vana confianza que tuvo de sí propio.

14. Pues si un San Pedro puesto en una ocasion, que no parece la mas peligrosa, renegó de Jesu-Christo, ¿cómo vosotros podeis pensar ser fieles en servirle, si os poneis en los mas evidentes peligros de ofenderle? ¿Qué sois mas santos que San Pedro? ¿Qué no conoceis la debilidad y mala inclinacion de nuestra naturaleza? Bien pudo de-

[1] *Matth.* XXVI. v. 70. [2] *Jer.* II. v. 12.

decir Pelagio, una vez que negó el pecado original, que circuido de las mas hermosas mugeres no sentia los estímulos y rebeldías de su carne: *Ego etiamsi mulierum valor agmínibus, nullam habeo concupiscentiam.* Pero vosotros ¿os atrevereis á decir lo que aquel herege, y lo que pareció muy mal á San Gerónimo? ¿Con qué acrimonia rebatió el santo doctor á Pelagio? ¿Y con qué dolor ponderaba, escribiendo á Eustoquio, las rebeldías de su apetito? Yo, decia, constituido en el desierto de Palestina, vestido de saco, cubierto de mi propia piel, tan denegrida á los rayos del sol, como la de un etíope: yo que apénas reclinaba mi cuerpo sobre el duro suelo, y que llorando y gimiendo juntaba los dias con las noches; yo que me alimentaba de agua y frutas silvestres: yo que por el miedo del infierno me habia condenado á la cárcel de una cueva: yo que hecho un esqueleto no sentia calor natural en mi cuerpo: sentia al mismo tiempo abrasarme en las llamas de la lascivia, que encendia la memoria de las delicias de Roma; y temiendo perecer en ellas, postrado á los pies de Jesus, heria á duros golpes mi pecho, bañaba mi rostro con lágrimas, le enxugaba con mis cabellos, y con el continuo ayuno sujetaba mi carne á la razon. No me avergüenzo, concluye el Santo, de confesar mi fragilidad.

15. Y yo debo concluir diciendo, que nos avergonzemos de hablar á otro tono que San Gerónimo. Nosotros que estamos tan léjos de imitar su austera penitencia, ¿nosotros buscamos en las conversaciones incentivos á la lascivia? ¡Qué locura! ¿Nosotros buscamos y negamos el peligro? ¡Qué injuria hacemos á tan gran santo! Con este desengaño, dulcísimo Jesus, prometemos no buscar, huir todas las ocasiones de ofenderos; porque ya verdaderamente arrepentidos decimos, que nos pesa de haber pecado. Aspiramos á conseguir vuestra gracia, á morir en ella. Dadnos auxilios para llorar nuestras culpas, &c.

JA-

JACULATORIAS.

16. ¡Dulcísimo Jesus! vuestra misericordia me avisa y me amenaza, para que me libre de los efectos de vuestra justicia. Advertido y temeroso digo, que me pesa de haber pecado.

¡Amabilísimo Jesus! ¿Qué he de experimentar vuestra ira por abusar de los avisos de vuestra misericordia? No, Dios mio. Acabad de arrepentirme; pues yo con el deseo de salvarme digo, que me pesa de haberos ofendido. Misericordia, Señor, misericordia.

¡Benignísimo Jesus! A vista de vuestra paciencia no he de dilatar mas tiempo á arrepentirme. Prometo que he de evitar las ocasiones de ofenderos: siento en mi corazon el haberos ofendido. Tened misericordia de mí.

PLÁTICA CXX.

DE LA DOMINICA ÚLTIMA POST PENTECOSTEM.

Cum videritis abominationem desolationis quæ dicta est ô Daniele Propheta, stantem in loco sancto: qui legit intélligat. Mat. XXIV. v. 15.

1. * La ruina de Jerusalen y la dispersion de los judíos si no es el argumento mas eficaz de la verdad de nuestra religion, es á lo ménos el mas patente de todos, y su eficacia se va haciendo mas visible de cada dia. Porque las antiguas profecías, que los mismos judíos reconocen infalibles, prefixaron la época de la venida del Mesías al mundo en el tiempo de aquella ruina y dispersion; y señalaron con tanta claridad sus circunstancias, su causa, su autor, y su duracion, que es menester ser tan ciegos como los judíos, para no conocer y confesar, que ya se cumplieron. Leed á Daniel, y vereis como describe futura la abo-

* 20. *de Noviembre* 1745.

abominable desolacion del santuario, del templo y de toda la ciudad de Jerusalen: como la atribuye á castigo de la injusta muerte de Christo: como señala por executores de la divina justicia á los romanos: y como alarga la duracion hasta el fin del mundo. Y esto mismo con mayor claridad, como mas próximo á suceder, anunció Jesu-Christo en el evangelio de este dia.

2. Ahora pues reparad en lo que ha sucedido; y hallareis que ha sido del mismo modo, y en conformidad de lo que profetizaron Daniel y Jesu-Christo. Porque quarenta años despues de la muerte del Señor tomaron y arruinaron los romanos á Jerusalen; y desde entónces hasta ahora jamas ha podido reedificarse. Y ¿qué esfuerzos no han hecho los judíos para conseguirlo? ¿Qué diligencias, y qué rogativas no hacen al Dios de Abraan y de Jacob, para que les restituya la tierra que fue de sus padres, y reuniéndolos en un pueblo les conceda un templo, en que ofrecerle sacrificios, y un rey de la sangre de David, que les gobierne segun sus leyes? Pero siempre desterrados, dispersos, ultrajados, perseguidos, mas no acabados, llevan la doble, notoria, estupenda marca de la reprobacion y proteccion de Dios. Porque ¿no es efecto de una particular admirable providencia el que los judíos así tratados en el discurso de tantos siglos no se hayan confundido con los naturales de los paises en que habitan? De otra suerte ¿no les hubiera acontecido lo mismo que á otros pueblos tanto ó mas numerosos que ellos? ¿Qué se hicieron los Asirios, los Fenicios? ¿qué los Lacedemonios, los Atenienses, los Macedones? ¿qué los Galos y los Celtíberos? Mezclados con las naciones que conquistaron sus tierras, no se distingue su raza, y apénas nos queda su memoria. Solamente los judíos permanecen segregados, y permanecerán hasta el fin del mundo, en que convertidos al Dios que crucificaron sus padres, serán sus mas fieles adoradores; y entre tanto son irrefragables testigos, que hacen evidentemente creibles las verdades de nuestra religion, y dan el mas robusto motivo á nuestro temor.

3. Uno y otro quiso Jesu-Christo que fuesen para no-

nosotros aquella ruina ó desolacion de Jerusalen: argumento á la fe, y motivo al temor. Por esto decia: Quando viereis la desolacion en el santuario, leyendo mis profecías y las de Daniel, entended que ya vino el Mesías: *Cum videritis abominationem desolationis stantem in loco sancto, qui legit intelligat.* Pero entended tambien, que si vine como cariñoso Redentor, vendré despues como severo juez. Sírvaos esa misma desolacion de anuncio del rigor con que trataré á los ingratos: *Qui legit intélligat.* No hay que fiar en el amor que os tengo: que se trocará en odio por vuestra ingratitud. Ved lo que sucede en mi amada Jerusalen, y escarmentad en su cabeza. Todo esto y mucho mas quiso decir el Señor en aquellas enfáticas palabras: *Qui legit intélligat.* Y yo conformándome con su designio intento infundiros, Christianos mios, el mas santo temor de Dios, poniendo delante de vuestros ojos el exemplo de los judíos. En la primera parte de mi plática os haré ver la fineza con que Dios ama á los judíos: en la segunda la severidad con que los castigó: y de ahí inferireis, que nada puede resguardaros de su tremenda ira.

Primera parte.

4. Entre todas las generaciones, y familias del mundo escogió Dios á los hijos de Israel ó Jacob, para que fuesen un pueblo suyo, objeto de sus cariños, y depositario de sus favores. Y no escogió Dios á los israelitas, porque tuvieran especiales méritos para ello; pues estuvo tan léjos de ser acto de justicia la eleccion que Dios hizo de su padre Jacob, que San Pablo la calificó por el acto mas propio de la misericordia, y por el exemplo mas ajustado de la que Dios usa con los predestinados, eligiéndolos desde la eternidad para la gloria: [1] Nada bueno, ni malo, decia el apóstol, habian hecho Jacob ni Esau, no habian nacido todavía. Dios amó al uno y aborreció al otro. Y aun si bien se mira, mas méritos para ser desechados

[1] *Ad Rom. IX. v. 11. & seq.*

dos que para ser escogidos, hallaremos en los israelitas, ó descendientes de Jacob. Porque ¿qué prendas naturales podrian adornar el ánimo y el entendimiento de unos pobres esclavos? ¿No es verdad lo que dixo el filósofo, que la pobreza quita la mitad del ánimo, y la esclavitud la mitad del juicio? ¿Y que por eso es apocado el ánimo de los pobres, vil el ingenio de los esclavos? Pues ¿qué podemos prometernos del ánimo, y juicio de los israelitas pobres esclavos en Egipto?

5. Y en la religion presumo, que fueron peores ó tan malos como los mismos egipcios, con cuyo trato se les pegó la idolatría. Pues recien llegados al desierto, porque Moyses tardaba un poco á baxar del monte Sinaí, pensando que no baxaria, dixeron á Aaron: Tu hermano, este que fue nuestro caudillo, no parece: sin duda desesperado de poder cumplir la palabra que ha dado de conducirnos á una tierra que fluye leche y miel, se quedará escondido en algun bosque, ó en alguna cueva; y así haz unos dioses, que nos precedan en el camino: [1] *Fac nobis deos qui nos præcedant.* ¿Puede darse una mas injusta desconfianza de Moyses, mayor propension á la idolatría, mayor demencia? ¿A un hombre le piden que les haga dioses? ¿En su mano creen qne está el hacerlos? Y despues de hecho por Aaron el becerro de oro, ¿qué dixeron? Que estos son, Israel, tus dioses que te sacaron de Egipto: [2] *Hic sunt dii tui, Israel, qui te eduxerunt de terra Egipti.* Mas yo al oirlo no sé que decir, ni que nombre dar á los israelitas. ¿Los llamaré olvidadizos, porque se olvidaron de aquel Dios que adoraron sus padres Abraan y Jacob, y que meses atrás, á costa de prodigios, los sacó de Egipto? ¿Los llamaré ingratos, porque tan aprisa niegan el beneficio á su verdadero bienhechor? ¿Los llamaré locos, porque atribuyen su libertad á un becerro, que poco ha fue oro de los zarcillos de sus mugeres? Todo me parece poco; porque tan iniqua irregular conducta apura mi facundia para la invectiva, y la paciencia de Dios para el sufrimiento.

Pues

[1] *Exod.* XXXII. *v.* 1. [2] *Ibid. v.* 4.

6. Pues á estos hombres, y con estos méritos eligió Dios para pueblo suyo; y á pesar de su rudeza, ingratitud y perfidia hizo empeño de amarlos, y de agotar á su favor, si fuese posible, todo su poder y liberalidad. Porque [1] ¿qué maravillas no obró para librarlos del cautiverio de Egipto? ¿Qué no hizo para ablandar la dureza de Faraon, que lo resistia? Convirtió en sangre las aguas del Nilo: inundó la tierra de ranas y langostas: infició el ayre con moscas y mosquitos: le obscureció con las mas espesas tinieblas: aturdió los oidos con espantosos truenos, y los ojos con horribles rayos: apestó los animales: mató á los primogénitos de los egipcios; y lo que es mas ablandó el corazon de aquel príncipe. Y ya puestos en camino abrió el mar en calles, para que teniendo ellos el paso franco, sirvieran á sus enemigos del mas funesto sepulcro. Y en el desierto ¿qué no hizo por favorecerles y contentarles? ¿No fluyeron cristales las peñas? ¿no llovió el cielo maná y codornices? ¿no les hizo sombra de dia una coluna de nube? ¿no les dió luz de noche otra de fuego? Y al llegar á la tierra prometida ¿qué no hizo? ¿No detuvo la corriente del Jordán, para que á pie enjuto pudieran pasarle? ¿no paró el curso del sol, para que pudiera Josué acabar de vencer á los Madianitas? ¿no derribó los muros de Jericó? ¿no arrojó desde el cielo granizo por dardos?

7. Bien dixo Moyses en el último de sus cánticos [2], que Dios guardó á los israelitas, como á la niña de sus ojos; y que á modo de águila generosa volando sobre ellos los provocó al vuelo, y tomándolos sobre sus alas los conduxo al lugar mas delicioso, que era el término de su viage. Pero estos beneficios corporales, aunque verdaderamente grandes, son de muy poco aprecio en comparacion de los espirituales que Dios hizo á los israelitas. Porque no se contentó con hacerles felices en este mundo; sino que hizo quanto fue de su parte, para que fuesen santos. Y á este fin les dió escritas de su propia mano en dos ta-

[1] *Exod. VII. & seq.* [2] *Deut. XXXII. v. 10. & 11.*

tablas de piedra las mas justas leyes: por ministerio de Moyses instituyó las mas sagradas ceremonias, y señaló aquellos sacrificios que le eran mas agradables: no dudando decir aquel varon esclarecido, que no habia nacion que en este particular pudiera igualarse con la suya. Pero como los israelitas por su inclinacion, siempre perversa, freqüentemente quebrantaban la ley con sus vicios, y profanaban las ceremonias con su idolatría, Dios en fuerza de su empeño y de su amor, les envió zelosos profetas, para que los reduxeran al camino de la virtud y de su felicidad, por medio de las amenazas y de los halagos. Porque del mismo modo que un buen rey mira á sus vasallos: del mismo modo que un buen padre trata á sus hijos: del mismo modo que un fiel esposo acaricia á su esposa: miraba, trataba, acariciaba Dios á los israelitas. Y no se desdeñaba de tomar estos nombres, ni tenia reparo de llamar á los israelitas su pueblo escogido, sus hijos amados, su esposa querida; porque deseaba hacer alarde y manifestar con obras y palabras el tierno amor que les tenia. Ya lo habeis visto, Fieles mios: y no podreis tener á mal, que os haya hecho un epílogo de lo que muchas veces habreis oido: así porque David no se cansa de repetir las finezas y misericordias de Dios para con su pueblo, como tambien porque á vista de ellas admirareis mas los rigores de su justicia.

Segunda Parte.

8. Entre los muchos castigos con que Dios ha manifestado el odio que tiene á los pecados, y por su respecto á los pecadores, son sin duda los mas célebres y terribles el diluvio universal, la ruina de Jerusalen, y el incendio final mundo. Pero yo en esta segunda parte de mi plática solamente debo hablaros del segundo castigo que es la ruina de Jerusalen, y del pueblo judayco. Porque aunque en conseqüencia de lo que os he dicho del amor de Dios á las doce tribus de Israel, pudiera haceros presente el exterminio de las diez, que separadas por Jeroboan de las otras dos, y del culto del verdadero Dios, en pena de su prevari-

varicacion se las llevaron para siempre cautivas los Asirios: con todo quedó en las dos el mas noble giron de la capa de Israel; y en la de Judá singularmente, en cuyos reyes permanecia la sangre de David, en cuya corte estaba el templo de Salomon, hallaba el Señor su gozo y sus delicias.

9. Pero no tardaron mucho tiempo las tribus de Judá y de Benjamin á merecerse la indignacion y ira de Dios, imitando el mal exemplo de sus hermanas, sin que las sirviera de rémora su castigo. Así se explica lloroso Jeremias: [1] *Vidit prævaricatrix soror ejus Juda, quod pro eo quod mœchata esset Israel projecissem eam; & non timuit, sed abiit & fornicata est.* Vió Judá lo que Dios hizo con las diez tribus, y sin embargo á imitacion suya infiel á su esposo admitió en su tálamo ó erigió templo á los falsos dioses. Pues no ha de quedar impune su delito, decia el profeta, vendrán los Caldeos con Nabuco, y se la llevarán cautiva á Babilonia. ¡Ay! se lamentaba Jeremías; ¡Ay! lloraba amargamente; y todos sus lamentos y lágrimas no bastaban á desahogar la pena de su pecho, porque era mayor la que introducia en su espíritu la luz profética, con que miraba las calamidades de su patria: desvastada la tierra, tomada Jerusalen, preso su rey Ezequías, muertos en su presencia sus hijos, despues sacados sus ojos, cargado de grillos y cadenas en un calabozo de Babilonia. Miraba derribados los muros de aquella ciudad, sus casas y su templo: con que no cesaba de llorar y gemir.

10. Bien tenia motivo para ello. Pero me persuado, que no tanto lloraba Jeremías la ruina de Jerusalen, que miraba presente, como la que pronosticaba futura por los romanos. Porque sabia que aquella duraria setenta años, y esta hasta el fin del mundo. Sabia que aquella no era mas que un ensayo de esta, cuyas trágicas circunstancias leidas en Josefo me llenan de horror y pasmo. No es posible, ni tengo ánimo de referirlas. Contemplad solamente, que entre muertos y esclavos se contaron dos millones de hombres: que yo paso á referiros uno de los mas memorables

[1] *Jer. III. v. 7. & 8.*

bles sucesos de la historia eclesiástica, en prueba de la inevitable perpetua duracion de aquella ruina.

11. El impio apóstata emperador Juliano arrestado á acabar con todos los christianos pensó conseguirlo, y derribar de un golpe la excelsa fábrica de la Iglesia, quitándola su mas sólido fundamento, qual es la ruina de Jerusalen, y la dispersion de los judíos. Pues á este fin no solo dió licencia á los judios, para que se congregaran en Palestina, y reedificaran su templo, sino qué les alargó inmensas sumas de su real erario. Ya imaginándose ellos, que habia llegado el término de su cautividad, cantaban en alabanza de Juliano los mismos himnos que sus mayores cantaron en alabanza de Ciro. Los christianos por otra parte estaban atónitos, aguardando el éxito de aquella nueva empresa, que lograda falseaba las profecías, en que estrivaba su fe. Unos vacilaban, otros se mantenian constantes por las persuasiones de su santo obispo Cirilo. Mas no puede negarse que era crítica la coyuntura. Porque ya los judíos iban arrancando las piedras de los antiguos cimientos del templo: ya abiertas las zanjas estaban al pie de la obra los materiales, y prevenidos los artífices: ya::: Quando veis ahí, que de repente de las mismas zanjas salen globos de llamas ó torbellinos de fuego, que consumiendo los materiales, y quitando la vida á los artífices, ahuyentaron para siempre de aquellos contornos los judíos. Con esto se desvanecieron sus esperanzas: frustráronse las sacrílegas ideas de Juliano; y aun contra su intencion contribuyeron á acabar de verificar la profecía de Jesu-Christo; pues no quedó piedra sobre piedra de aquel edificio, para que sobre su total ruina se elevara mejor nuestra certidumbre y felicidad.

12. No me ha parecido, Señores, que podia omitir este suceso, que dice tanta relacion con el asunto del evangelio, y que confirmando lo que dixe al principio, es por sí solo capaz para repeler quantas dudas ó tentaciones tuvierais contra la verdad de nuestra religion. Pero no le mireis solamente como argumento de nuestra fe y de la veracidad de Dios, sino tambien como argumento de su jus-

justicia; pues inexôrable alarga hasta el fin del mundo el castigo de los judíos. Y no penseis, que sus delitos son mas enormes que los vuestros: ántes bien lo son tanto mas los vuestros, quanto son mayores los beneficios que habeis recibido vosotros, que los que ellos recibieron. Porque aquellos por la mayor parte se dirigen al bien corporal de los israelitas, y los vuestros á vuestro bien espiritual. Y bien que envió Dios profetas, para que exhortaran á los israelitas á la observancia de su santa ley; pero ¿qué tienen que ver con el Hijo del mismo Dios, que vino á ser vuestro Redentor y maestro?

13. No sé pues, Christianos mios, como no hace mas impresion en vuestro ánimo el castigo de los israelitas, la ruina de Jerusalen. No sé qué es lo que introduce en vuestro pecho tan loca perniciosa confianza en la misericordia de Dios, que expele el temor de su justicia ¿La fe que profesais? Nada os aprovechará estando muerta por vuestras culpas. Bien podeis decir: Señor, Señor, os reconocemos y adoramos por nuestro Dios; y aunque dixerais con verdad: hemos profetado en vuestro nombre, hemos lanzado demonios, hemos resucitado muertos; si no guardais sus santos mandamientos, os desechará como á aquellos judíos que no cesaban de clamar: [1] *Templum Dómini, templum Dómini.* ¿Qué os alienta á pecar con la confianza de alcanzar el perdon, el amor que Dios os tiene? Tan grande era el que tenia á Jerusalen, que la llamaba amada alma mia; y sin embargo, apénas vió su mala correspondencia la entregó en manos de sus enemigos: [2] *Dedi dilectam ánimam meam in manus inimicorum meorum.*

14. No aparteis los ojos de Jerusalen arruinada; y miradla como símbolo de vuestras almas en pecado mortal. ¿Qué estragos causó la guerra en aquella ciudad? ¿Qué hicieron sus enemigos los romanos una vez que entraron en ella? Profanaron su templo, derribaron sus muros, no dexaron piedra sobre piedra de sus edificios. Pues lo mismo hace el demonio, quando por el pecado se introduce

[1] *Jer. VII. v. 4.* [2] *Jer. XII. v. 7.*

duce en vuestras almas: las profana con sugestiones impuras: derriba ó inutiliza los sacramentos, que la circuyen; y no dexa piedra sobre piedra del edificio de sus virtudes. ¡Qué lástima! ¡Ah Christianos! No deis entrada al demonio en vuestras almas: no le oygais, quando os viene diciendo, que Dios es muy misericordioso; porque entonces este perro, decia San Juan Clímaco, intenta con la vana confianza en la misericordia de Dios, privaros del temor de su justicia, que es el mas firme baluarte contra sus asaltos. Y solamente, continua el santo, debeis pensar en la misericordia, quando os sintierais tentados de desesperacion: *Tunc solum misericordiam ejus tibi pollicere, cum te desperatione absorberi víderis.* Fuera de este caso, en la justicia de Dios debeis meditar dia y noche; y mas si estais en su desgracia. Porque ¿quién puede preservaros de la ira de un Dios ofendido y enojado? ¿Quién os asegura, que luego, luego no descargará sobre vosotros el golpe mas terrible de su indignacion? ¿Porqué diferís para mas adelante la penitencia? ¿Quereis que venga la noche ó la muerte, en que segun decia Jesu-Christo, ya no habrá remedio, y se hizo vuestra desgracia perpétua, como la de Jerusalen?

15. No, Dios mio. Ahora, ahora mismo que tenemos vida, y la luz de vuestras inspiraciones, postrados á los pies de Jesu-Christo, decimos: Señor, nosotros experimentamos parte de los estragos que profetizasteis á Jerusalen. Pues los demonios, que nos sitiaban nos tomaron por asalto: van haciendo en nosotros el mayor destrozo; pero todavía nos queda el recurso á los socorros de vuestra gracia. Venid, Dios mio, á socorrernos, para que podamos arrojarlos con el arrepentimiento de nuestras culpas. Ya decimos, dulcísimo Jesus, que nos pesa de haberlas cometido. No nos abandoneis como á la infeliz Jerusalen. Ya que en vuestro amor ocupamos el lugar que aquella Ciudad perdió por su obstinacion, no permitais que le perdamos. No sea constante nuestra ruina. La militante Jerusalen de mi alma reedificadla, elevadla á vuestra gracia, y á la dicha de veros en la triunfante reynar con el Padre &c.

PLÁ-

PLÁTICA CXXI.

Ó SERMON DE LA DOMINICA PRIMERA DE ADVIENTO.*

Tunc videbunt filium hóminis venientem in nube cum potestate magna & maiestate. Lucæ. XXI. v. 27.

1. ** Si todos los sermones que se predican fuesen lo que deben ser, estuviera por demas la providencia de que en sus exôrdios se explique un punto de doctrina christiana. Porque todos los sermones en todas sus partes deben ser una enseñanza y explicacion de las verdades que Dios ha revelado, sin exceptuar los que se llaman panegíricos, y se predican en alabanza de los santos. Porque ¿acaso segun el espíritu de la Iglesia podemos aplaudir en los santos otra cosa, que la firmeza con que creyeron y confesaron los artículos de nuestra santa fe, la fidelidad con que guardaron los divinos mandamientos, el fruto con que recibieron los sacramentos, y el fervor con que se exercitaron en la oracion? ¿Acaso, amados Hermanos mios, los ministros del Señor no debemos proponeros á sus santos, limpios de todos los vicios, adornados de todas las virtudes, y de modo que os mueva á aborrecer al vicio, amar á la virtud, y seguir los pasos de aquellos que la Iglesia nos propone por exemplares á nuestra imitacion?

2. Así entiendo que con suma impropiedad se contraponen ó contradividen los sermones en panegíricos y morales, como si los panegíricos no debieran ser morales; esto es, como si no debieran dirigirse á la reforma de las costumbres: como si ahora no debieran ser semejantes á los que predicaron los padres de la Iglesia, exhortando á sus

* *Esta plática, ó sermon, y las seis siguientes las predicó el Ilustrísimo Señor Climent en su Catedral de Barcelona.*

** *En el año 1767.*

sus oyentes al exercicio de las virtudes que practicaron los santos. Por consiguiente juzgo que no cumplen con la obligacion de su ministerio aquellos predicadores, que en el principio de sus sermones, como por ceremonia ó por fuerza, explican ó tocan un punto de doctrina christiana, y en el discurso de ellos no hablan palabra que merezca el nombre de palabra de Dios. De donde proviene, que de tales sermones, ni sacais instruccion, ni desengaño, ni provecho.

3. Pero esto no obstante debo confesar, amados Hermanos mios, que en aquellos dias en que la Iglesia nos acuerda algun misterio ó artículo de fe, es muy propio y preciso que sus ministros le expliquemos con la claridad posible. Y así esta mañana no puedo dexar de explicaros el séptimo artículo del símbolo de los apóstoles ó del credo: *Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos*, segun nos enseñó Jesu-Christo en el evangelio que habeis oido. Y para su mejor inteligencia debo haceros presente, que este mundo se ha de acabar; y aunque no sabemos el quando, creemos que á su fin precederán muchas tristes señales; ántes habrá guerras, hambre, pestes, terremotos, y otras innumerables calamidades: que vendrá el Ante-Christo, y moverá contra la Iglesia una persecucion mas cruel, que quantas ha padecido hasta ahora; y que llegádo el último dia se obscurecerán el sol y la luna, se conmoverán las estrellas, se trastornará toda la naturaleza. Los ángeles irán por toda la redondez de la tierra, clamando con una voz mas aguda y espantosa que la de una trompeta: Levantaos muertos: venid á juicio; y al instante, en un abrir y cerrar de ojos, nuestros cuerpos, que entónces estarán reducidos á polvo, por el infinito poder de Dios se formarán de nuevo, y uniéndose cada uno á su propia alma, volveremos á vivir, resucitaremos.

4. Luego llevados al valle de Josafat, veremos venir á Jesu-Christo hijo de Dios y del hombre, sentado en un trono de nubes con gran magestad y poder. Puestos así en su presencia todos los hombres, juzgará el Señor á todos, vi-

vivos y muertos, esto es, buenos y malos: haciendo ver patentes en un instante, y de un modo que no podemos alcanzar, todas las obras buenas de unos, y todas las malas de otros. Inmediatamente mandará á sus ángeles, que separen á los buenos de los malos, poniendo á estos á su mano izquierda, y colocando á aquellos á su diestra. En fin vuelto hácia los buenos, con semblante y voz cariñosa les dirá nuestro Redentor y nuestro juez Jesu-Christo: Venid benditos de mi Padre á poseer el reyno que os está destinado desde el principio del mundo. Y despues vuelto hácia los malos, con semblante y voz ayrada les dirá: Apartaos de mí malditos, id al fuego eterno que está preparado para los diablos. Así pronunciada la sentencia, concluido el juicio, miéntras que baxarán los pecadores con los demonios al infierno, subirán los justos con Jesu-Christo, y con los ángeles á ser eternamente felices en el cielo.

5. Esto, amados Hermanos mios, dicho en pocas palabras, á mi entender, basta á instruiros de lo que sucederá al fin del mundo. Pero resta satisfacer los deseos que sin duda tendreis de saber, porque quiere Dios juzgar en aquel dia pública y universalmente á todos los hombres. ¿No es cierto, me direis, que apénas morimos comparecemos en el tribunal de Jesu-Christo, quien nos toma estrecha cuenta de quanto hemos hecho, dicho, ó pensado, hasta de la mas mínima palabra ociosa, y que en su vista nos declarará merecedores de un premio eterno ó de una eterna pena? ¿No es esta sentencia irrevocable y executiva? ¿Pues para qué á mas de este juicio particular es menester otro juicio universal?

6. Son muchas las razones que alega el angélico doctor Santo Tomas [1] en prueba de que es necesario el juicio universal. La primera, porque siendo nuestros cuerpos instrumentos ó cómplices de muchas obras buenas, y de muchas obras malas que hacemos, deben reunidos á nuestras almas por la resurreccion universal tener su merecí-

[1] *S. Thom. 3. p. q. 59. a. 5.*

recido premio ó castigo. La segunda, porque algunas obras así buenas como malas tienen tracto sucesivo, dexan efectos buenos ó malos que durarán hasta el fin del mundo; y mereciendo ó desmereciendo en razon de ellos los que las hicieron, no podrán hasta entónces recibir cumplido el premio ó el castigo. Por exemplo los apóstoles convirtieron á muchos, estos á otros, y así irá aumentándose el mérito de los apóstoles y de sus sucesores hasta el último dia, en que el Señor les dará el premio proporcionado. Y este mismo juicio debemos formar de todos los justos, que con sus buenos libros, y buenos consejos y buenos exemplos edifican, y edificaron á sus próximos. Al contrario los heresiarcas, los autores de libros lascivos, los pecadores escandalosos no solo son responsables ó culpados en sus errores y pecados propios, sino que tambien son cómplices en los errores y pecados que han cometido y cometerán aquellos á quienes pervirtieron y escandalizaron hasta el fin del mundo. Y por consiguiente es preciso que entónces en un juicio universal se dé á unos el premio y á otros el castigo correspondiente.

7. La tercera razon de la necesidad de este juicio universal se funda en que comunmente los hombres perversos y malvados son en el mundo los mas atendidos, honrados y ricos, miéntras que los justos y hombres de bien están oprimidos, pobres y despreciados: tanto que Job, David, y otros profetas viendo la felicidad de los unos, y la miseria de los otros, se explicaron asombrados, y David llegó á proferir [1]: Luego en vano he justificado mi corazon, he lavado mis manos entre los inocentes, he mortificado mis pasiones, y he castigado continuamente mi cuerpo. A la verdad, amados Hermanos mios, dificilmente podríamos tapar la boca á los ateistas y deistas, que negando la providencia de Dios, burlándose de su justicia se atreven á decir con aquel impio [2], que Dios se pasea por lo mas elevado del cielo, y no se cuida de las cosas de la tierra: dificilmente, digo, podríamos manifestar ser justísima la divina providencia, si no hubiese de llegar el dia, en que tro-

[1] *Ps. LXXII. v. 13.* [2] *Job. XXII. v. 14.*

trocada la suerte de los hombres se han de ver pública y patentemente exâltados los justos, y abatidos los pecadores. Y esto sucederá en el dia del juicio universal; cuya consideracion debe servir de gran consuelo á los que os hallais en este mundo pobres y afligidos, y debe servir de freno á la soberbia de los que os mirais ricos y opulentos.

8. Ultimamente es muy conforme á razon y justicia que Jesu-Christo recobre públicamente el honor y la soberanía, que intentaron quitarle públicamente los pecadores, quando vino al mundo para redimirlos; y que tome entera satisfaccion y justa venganza de las afrentas y oprobrios que injustamente le hicieron. Y pues que los pecadores sacrílegamente se constituyeron jueces de Jesu-Christo, Jesu-Christo ha de ser el juez de los pecadores; y ya que Jesu-Christo compareció como reo en el tribunal de los pecadores: los pecadores deben comparacer como reos en el tribunal de Jesu-Christo; y deben ser condenados á las penas que hicieron padecer á Jesu-Christo. Así discurria San Agustin, y esto es lo que pienso, amados Hermanos mios, manifestaros esta mañana, con el mas verdadero deseo de vuestro espiritual aprovechamiento.

ASUNTO.

9. Quizás extrañareis, Hermanos y amados Feligreses mios, que indistinta y generalmente atribuya á los pecadores las penas que sufrió Jesu-Christo en su pasion sacrosanta. Mas no debeis extrañarlo; porque si bien parece que solos los judíos y Pilatos juzgaron y condenaron al Señor: en verdad los pecados que cometieron y cometerán los hombres hasta el fin del mundo fueron la causa de sus tormentos: por lo que decia San Pablo, que cada vez que ofendemos gravemente á Dios, afrentamos y crucificamos de nuevo á su unigénito hijo Jesu-Christo. Así que hablaré con vosotros, pecadores, hablando de los que juzgaron y atormentaron á nuestro Redentor. Y si el primer tormento que sufrió el Señor fue el de haber sido preso y llevado entre los iniquos jueces Anas, Cayfas y Pilatos:

en

en desagravio y castigo de esta atroz injuria, hará compadecer á los pecadores en su presencia; y este será el primero y el mas terrible de sus suplicios. Ni el sol eclipsado, ni la luna ensangrentada, ni la tierra conmovida, ni trastornado todo el órden del universo, causará, Dios mio, el espanto que vuestra formidable presencia. Vos, Señor, que sois el aliento de los mártires, la alegria de los justos, la bienaventuranza y el paraíso de los santos, sereis mi desaliento, mi tristeza, mi infierno, si muero en desgracia vuestra. ¡Ay! quisiera entónces apartar de Vos mi vista; pero á pesar mio habré de veros, como os vió San Juan en el Apocalipsis.

10. *Ví*, dice este evangelista profeta, ví á Jesu-Christo en forma de un hombre; pero no de un hombre lleno de dulzura, como le habia visto en la tierra, sino de un hombre áspero, fiero, que respiraba venganzas. *Ví*, que sus ojos centelleaban rayos de furor. *Ví*, que de su boca salia una espada de dos filos, con que cortaba las cabezas mas fuertes, como si fueran tiernos pimpollos. Ví á sus pies á los héroes, conquistadores y monarcas. Me acerqué mas, y ví su vestido bañado de la sangre que vertian sus llagas, y le irritaba contra los pecadores que le hirieron con crueldad. Me llegué mas cerca, y descubrí que echaba y oprimia duramente en un lagar á aquellos infelices. Ví, y al verlo me caí como muerto: *Et cum vidissem cécidi tanquam mortuus* [1]. Pues si este efecto causó una vision espiritual de Jesu-Christo, juez del mundo, y en un discípulo amado, que no tenia para que temerle: ¿qué será de vosotros, pecadores, que clara y corporalmente le mirareis en aquel dia justamente irritado contra vosotros? Atónitos direis con el profeta: Apartadnos, Señor, de vuestra presencia: arrojadnos quanto ántes al infierno: mas queremos arder entre sus llamas, que veros ayrado: *Recede á nobis* [2].

11. Bien comienza Christo señor nuestro á vengarse de la injuria que le hicieron los hombres obligándole á comparecer en presencia de Pilatos, y de otros jueces iniquos;

[1] *Apoc. 1. v. 13. & s.* [2] *Job. XXI. v. 14.*

quos; y con igual rigor continuará castigando las calumnias y falsos testimonios que le levantaron en aquellos tribunales; porque hará patentes todos los delitos que verdaderamente cometieron. Ahora con el engaño, y á beneficio de las tinieblas que obscurecen nuestros entendimientos, facilmente lograis confundir los vicios con las virtudes: de suerte que no distinguimos la hipocresía de la devocion, la supersticion de la piedad, el amor propio de la caridad, la venganza de la justicia. Pero entónces en aquel dia del Señor, claro como una mañana serena, se disiparán las sombras, y se verán todas las cosas como son en sí: *Dies dómini sicut mane expansum* [1].

12. Yo creia que eclipsado el sol, y obscurecida la luna seria aquel dia una lóbrega noche, con cuya capa cubririan los pecadores sus culpas. Y ahora reparo que San Juan [2] nos dice que en falta de la luz de los astros despedirá el Señor una luz triste, pero resplandeciente, eterna, inmensa é infinita, como él mismo. Por ser eterna hará ver los delitos que cometisteis en todos tiempos, quando muchachos, quando jóvenes, quando viejos. Por ser inmensa hará ver los que cometisteis en todas partes, en la calle, en la casa, y en el templo. Por ser infinita hará ver no solo el mal que hicisteis, sino el que quisisteis ó pensasteis hacer, y segun toda su extension y gravedad. Nada podrá resistir á la eficacia de tanta luz: nada podrá ocultarse á los ojos de un juez tan ilustrado.

13. Aunque nuestro corazon sea en sentir del sabio, un abismo profundo, cuyos senos obscuros son otros tantos asilos á nuestras culpas: con todo el mismo Dios, que al principio del mundo disipó las tinieblas del primer abismo, al fin disipará las del abismo de nuestro corazon; y luego entrará dentro á investigar sus senos y dobleces: [3] *Abyssum & cor hóminis investigabit.* Allí encontrará que son á lo ménos vanidad y profusion las galas que llamais decente adorno: que es pasion torpe la que creeis ser un afecto honesto: que son lascivos esos deseos que teneis de con-

[1] *Joel. II. v. 2.*
[2] *Apoc. I. v. 16. IV. v. 5. &c.*
[3] *Eccli. XLII. v. 18.*

concurrir á las diversiones profanas con el fin de ver, ser vistas y amadas de los hombres. Hallará el Señor, que fue maledicencia lo que queriais que fuese zelo ó compasion: que fue usura el préstamo que pareció obra de misericordia. Y con aquel gran gusto que teneis de encubrir vuestras faltas, cesará del todo, ó por mejor decir se trocará en la mas cruel desesperacion.

14. Y no se contentará Jesu-Christo con ver vuestras culpas para juzgarlas y castigarlas; sino que os las hará ver á vosotros mismos con todo el horror que se merecen; para que ya que por ellas os hicisteis semejantes á las bestias, lo seais á las que vió San Juan junto al trono del supremo juez, llenas de ojos á la parte de afuera y de adentro: [1] *In circuitu & intus, plena sunt óculis.* Vereis juntas todas vuestras culpas interiores y exteriores, pensamientos, palabras, obras, cuya espantosa vision os amedrentará. Del mismo modo que un hombre entre las tinieblas de la noche está muy sosegado junto á las culebras, y luego al amanecer dispertando, ve con asombro que le acometen para morderle: así tambien en la noche de esta vida como que duermen en vuestra conciencia los pecadores, y despues al rayar el dia del juicio vereis que os muerden y atormentan. Y aun para mayor confusion vuestra aquella misma luz divina hará ver á todas las criaturas.

15. Bien sabeis que Pilatos mandó sacar á Christo Señor nuestro á un balcon, para que fuera objeto á la burla ó la lástima de los judíos. Pues el Señor en satisfaccion de esta afrenta hará padecer á los pecadores otra igual, exponiéndolos á los ojos de todo el mundo. ¿Visteis dirá, á esa muger, ántes tan vana, tan aplaudida y estimada en el mundo? Veísla ahí afeada, hedionda, abominable. ¿Visteis á este hombre, que ántes por sus riquezas, nobleza y empleos representó en el mundo el papel mas autorizado? Veísle ahí reducido á la mayor miseria, condenado al mas afrentoso suplicio: *Ecce homo.* ¿No es verdad, amados Hermanos mios, que dexariais de cometer

[1] *Apoc. IV. v. 8.*

ter muchas culpas, si supierais que habian de publicarse, y que solo la confianza de que quedarán ocultas os da aliento para cometerlas? Pues valga la fe, y la razon. Si perseverais en vuestros pecados, Dios los manifestará en el dia del juicio, no á una ciudad, no á un reyno, sino á todo el mundo, á todas las criaturas: las quales en lugar de teneros lástima, harán burla de vosotros, y clamarán justamente como clamaron los judíos con impiedad contra el Redentor: *Tolle, crucifige.*

16. Los ángeles custodios clamarán: Justicia, gran Dios: esos infames no hicieron caso de nuestra asistencia y ayuda, ni da vuestra gracia: [1] *Curávimus Babilonem & non est sanata.* Los santos clamarán: Justicia, Señor: esos insolentes se rieron de nuestra piedad, y tuvieron por locura nuestra penitencia: [2] *Exurge Deus, júdica causam tuam: memor esto improperiorum tuorum.* Los idólatras clamarán, Justicia justo Juez: esos ingratos malograron las luces de la fe. ¡Ah! si nosotros las hubiéramos tenido no nos condenáramos: *Exurge Deus.* Los demonios clamarán: Justicia Señor: esos hombres cometieron innumerables culpas, y á nosotros por una sola nos condenasteis. Justicia: *Exurge Deus.* En fin todas las criaturas á una voz pedirán justicia contra los pecadores. ¡Qué dolor para los infelices, verse en su infidelidad abandonados y insultados de todo el mundo! Pero justo castigo de haber abandonado é insultado ellos á su Criador.

17. Otra de las penas mas sensibles que padeció Jesu-Christo en su pasion sacrosanta fue la de verse pospuesto á Barrabas, infame ladron, cruel homicida; y no será la menor de las que sufrirán los pecadores en el dia del juicio la de verse pospuestos á muchos, á quienes en el mundo fueron preferidos. ¡Qué tormento será para los ricos, ver á los pobres destinados á coronarse en el cielo! ¡Qué tormento para los sabios, ver á los ignorantes en el número de los elegidos! ¡Qué tormento para los grandes, ver á los pequeñuelos, ó á sus propios criados, sentados á la

[1] *Jer. LI. v. 9.* [2] *Ps. LXXIII. v. 22.*

la diestra, y favorecidos del Señor, miéntras ellos se miran á la izquierda aborrecidos y condenados á un suplicio eterno! ¡O mudanza de la diestra del altísimo! puedo exclamar, como exclamó el real profeta, al contemplar una mudanza tan admirable como la de los hijos de Josef: [1] *Hæc est mutatio déxteræ excelsi.*

18. Llegó Josef á sus dos hijos Manases y Efrain á la casa de su padre Jacob [2] para que les echara su bendicion; y habiendo puesto á Manases á la derecha como á primogénito, y á la izquierda á Efrain como á segundo: el santo patriarca por inspiracion divina, cruzando los brazos, puso su mano derecha sobre la cabeza de Efrain, y la izquierda sobre la de Manases: con que se trocó la suerte, y quedó pospuesto en la bendicion el que se creia preferido. Pues lo mismo sucederá en el dia del juicio. Los felices del mundo, que estuvieron á la derecha de la fortúna, se hallarán á la izquierda del soberano: los que se reputaron infelices ocuparán el primer lugar, y serán bendecidos del Señor: *Hæc est mutatio déxteræ excelsi.* Grandes, sabios, ricos, si preveis inevitable tan fatal mudanza ¿cómo vuestra grandeza, vuestra sabiduría, y vuestras riquezas no os humillan, ántes que os desvanecen?

19. Finalmente en el dia del juicio hará Jesu-Christo que la misma cruz que fue su patíbulo, sea el suplicio de los pecadores. ¡Qué desamparo! Yo pensaba que aunque toda la naturaleza me abandonara, la cruz del Señor seria mi refugio; y que puesto á los pies de ese adorable leño aplacaria la divina justicia, por mas irritada que estuviera contra mis culpas. Mas ¡ay! ¡qué notable es la diferencia, que se encuentra entre la cruz del monte calvario, y la del valle de Josafat! Aquella fue señal de misericordia, y esta será una señal de justicia: aquella fue la salvacion de los pecadores, y esta será su condenacion: aquella abrió las puertas del cielo, y esta abrirá las del infierno.

20. La cruz del Señor será el fiscal mas severo contra vosotros pecadores. ¿Qué excusa podreis alegar, que os jus-

[1] *Ps. LXXVI. v. 11.* [2] *Gen. XLVIII. v. 12. & s.*

justifique en su presencia? ¿Direis que ignorabais que fuera tan enorme la gravedad del pecado mortal? *Tunc apparebit signum filii hóminis.* Luego aparecerá la cruz para convencer que fue inexcusable vuestra ignorancia: pues sabiais que el hijo de Dios habia muerto en ella por satisfacer á su eterno Padre la ofensa de una culpa. ¿Direis que vuestra flaqueza no pudo resistir á las tentaciones del demonio? *Tunc apparebit signum filii hóminis.* Luego aparecerá la cruz para confundir vuestra malicia, echándoos en rostro la sangre que derramó Dios crucificado, para mereceros gracias y auxilios poderosos.

21. ¡Quanto siento, Fieles mios, dexar en vuestros ánimos impresa una tan terrible idea de la cruz del Salvador! ¿Pero qué? ¿Habia de lisonjearos con vanas esperanzas? ¿habia de proponérosla como un asilo seguro en aquel dia tremendo de la ira, quando lo será del mismo modo que lo fue el tabernáculo para Joab? Así como este infeliz abrazado con la ara fue muerto por órden de Salomon [1]: así vosotros, pecadores, á vista de la cruz oireis la terrible sentencia con que Christo os condenará á un fuego eterno: *Ite maledicti in ignem æternum.* Y este será el último lance que concluya la tragedia del juicio.

22. ¿Qué efecto ha causado en vuestros corazones, Fieles mios, la triste narracion que habeis oido de mi boca? ¿No temeis comparecer reos en la presencia de aquel juez severo inexôrable? ¿No os confunde la vergüenza de que todo el mundo vea vuestros delitos? ¿No os aturden las voces con que todas las criaturas clamarán venganza contra vosotros? ¿No os aflige el pensar que sereis pospuestos á los que teneis por infelices en el mundo? ¿No os amedrenta que la cruz del Salvador ha de ser vuestro fiscal? ¡O insensibilidad deplorable! Dispertad del letargo de la culpa, y atemorizados del eco de aquella voz con que el Señor pronunciará la terrible sentencia de condenacion, aborreced los pecados, única causa de vuestra desgracia, y de que Jesu-Christo que vino á salvaros haya de venir á condenaros.

No,

[1] *III. Reg. II. v. 28. & e.*

23. No, dulcísimo Jesus, no queremos que os hagais violencia á Vos mismo. Solo por no veros airados entónces, lloramos ahora amargamente nuestras culpas. Ahora confesamos con verdad que somos miserables pecadores. Ahora clamamos nosotros contra nosotros mismos, justicia: sed severo en castigarnos en este mundo como seais piadoso en premiarnos en el otro: confundidnos ahora, como entónces nos eleveis á vuestra derecha. Así os lo pedimos puestos al pie de la cruz en que fuisteis muerto por nosotros. En su presencia os decimos: que nos pesa de haber pecado: os prometemos no pecar mas: os pedimos misericordia, &c.

PLÁTICA CXXII.

Ó SERMON DE LA DOMINICA PRIMERA DE ADVIENTO.

Cœlum & terra transibunt: verba autem mea non præteribunt. Luc. XXI. v. 33.

1. * Considerando que no todos vosotros, amados Hermanos mios, habreis leido mi carta preliminar á la retórica del venerable maestro Fr. Luis de Granada, que poco ha se imprimió de mi órden en esta ciudad, juzgo que será muy útil, y aun necesario haceros saber, que en en ella reconocí y confesé la obligacion que tengo de predicar en esta santa Iglesia la divina palabra, no estando legítimamente impedido. Y aunque tal vez os parecerá, que he tenido legítimos impedimentos para excusarme de cumplir esta obligacion; con todo temo ser culpado á los ojos de Dios, en su severísimo tribunal. A lo ménos, dado caso que otras precisas involuntarias ocupaciones me disculpen de no haber predicado por mí mismo, no sé á la verdad como disculparme de no haber encargado á algunos sabios zelosos ministros del Señor, que suplieran mi fal-

* *En Barcelona en el año de 1770.*

falta. Porque los sacrosantos Concilios [1], no solo declararon que los Primados, Arzobispos y Obispos están obligados á predicar por sí mismos en sus Iglesias todos los domingos y fiestas solemnes, quando no están legítimamente impedidos; sino que tambien declararon, que quando lo están deben valerse de otros, para que prediquen en dichos dias.

2. Y es de advertir, amados Hermanos mios, que los Concilios no impusieron esta obligacion á los obispos, sino que enseñaron habérnosla impuesto el mismo Dios, eligiéndonos pastores de su Iglesia. Y con justa razon: porque así como los pastores están por su oficio obligados á apacentar sus ganados: así los obispos estamos tenidos á dar el pasto espiritual á las ovejas, que el Señor encargó á nuestro cuidado. ¿Y no es la divina palabra el pasto mas saludable y mas necesario? Con este conocimiento los apóstoles, de quienes somos sucesores los obispos, se desprendieron de otros cuidados, para dedicarse principalmente á la predicacion de la divina palabra. De ahí se infiere, que esta obligacion, ó esta ley no es eclesiástica sino divina; y por consiguiente inviolable é imprescriptible. Son pues, amados Hermanos mios, justos mis temores; mayormente no pudiendo servirme de disculpa la vulgar disculpa de que nunca se ha hecho. Ya porque sé, que no es así, constándome, como me consta, que San Paciano y San Olaguer en esta Iglesia, y todos los santos obispos en las suyas predicaron la divina palabra. Ya porque siendo, como dixe, esta obligacion ó esta ley divina, su inobservancia, aunque sea de muchos siglos, no basta á derogarla ó abolirla.

3. Sin embargo yo á nadie culpo: ántes bien venero á todos mis predecesores, y confieso que estoy muy léjos de imitar el zelo y acierto, con que gobernaron esta santa Iglesia. Pero juzgo que dexando de predicarse en ella los domingos y fiestas solemnes, no pudiera dexar de culparme á mi mismo, conociendo que no tengo los motivos que aquellos sin duda tuvieron, para eximirse de esta obligacion. Hasta ahora, si he de decir lo que siento, me ha

[1] *Conc. Trid. ses. v. c. 2.*

ha detenido el miedo de dar un nuevo pretexto, para que algunos digan, que soy amigo de novedades. Sabe Dios que no lo soy: ántes bien os aseguro, amados Hermanos mios, que solamente quisiera poder corregir aquellos abusos, que son verdaderas novedades, introducidas de algunos años á esta parte, y contrarias á las antiguas loables costumbres de los primeros buenos christianos. Así que sabiendo quan exâctos fueron los obispos y presbíteros de aquellos dichosos siglos en cumplir la obligacion que tenian de predicar la divina palabra: depuesto todo miedo, he resuelto predicar en esta santa Iglesia, no estando legítimamente impedido; y estándolo, que prediquen por mi encargo, y en mi lugar los que son cooperadores mios en este sagrado ministerio.

4. Pero no lograré el fin de vuestro aprovechamiento espiritual, que me he propuesto, si vosotros, amados Hermanos mios, no oís la divina palabra los domingos y fiestas solemnes. Ni sé como podreis disculparos en el tribunal de Dios, si dexais de oirla, no estando legítimamente impedidos. Porque el mismo Concilio de Trento [1], que declaró estar los Obispos y Párrocos obligados á predicar la divina palabra, declaró tambien que vosotros estais obligados á oirla. La obligacion es mutua, habiéndonosla impuesto Dios por vuestro respecto, y para provecho vuestro. Lo cierto es que estiman poco á sus almas los que no procuran alimentarlas con la divina palabra, que es su principal sustento, y es el medio ó instrumento mas ordinario y general, de que siempre se ha valido Dios para llamar y traer á los hombres á su conocimiento, á su amor, y á su servicio.

5. Así nos lo dió á entender Christo señor nuestro en aquella parábola de la viña: para cuyo cultivo, dice, envió el padre de familias operarios, ó jornaleros, en todas las horas del dia. Porque, en sentir de los santos padres, esta parábola significa, que Dios en todos tiempos, desde el principio del mundo hasta su fin, no ha cesado ni cesará de enviar predicadores, que enseñen las verdades de la fe,

[1] *Ses. XXIV. v. 4.*

fe, y exhorten á la observancia de la divina ley. En efecto segun leemos en los sagrados libros, Enoch séptimo nieto de Adan, y Noe fueron maestros y predicadores de la verdadera religion. A estos se siguieron, durante la ley natural, Abraan, Isaac, Jacob, y los demas patriarcas; y despues de escrita y promulgada la ley por Moyses, envió Dios muchos profetas, para que reprehendieran al pueblo de Israel sus pecados, y le reduxeran al cumplimiento de la misma ley.

6. En fin quando llegó la plenitud de los tiempos, segun escribia San Pablo á los de Galacia [1], Dios envió á su unigénito Hijo, para que redimiera á los hombres, y les enseñara el camino del cielo. Y el mismo apóstol decia á los Hebreos [2]: Habiendo hablado Dios de muchas maneras á nuestros padres por sus profetas, en estos últimos dias nos habló en su Hijo, por quien hizo los siglos, constituyéndole su universal heredero. Y el mismo Señor dixo [3]: ¿Para qué nací, para qué vine al mundo, sino para dar testimonio de la verdad? Y aun no contento con esto eligió doce apóstoles, y setenta y dos discípulos, para que predicaran por todo el mundo la verdad que les habia enseñado. A mas próvido y benévolo dispuso, que á sus apóstoles sucedieran los obispos, y á sus discípulos los presbíteros, imponiéndoles la obligacion de predicar su divina palabra hasta el fin del mundo.

7. Creeré, amados Hermanos mios, que lo que acabo de decir, basta á persuadir á qualquier hombre christiano la obligacion y necesidad que tiene de oir la divina palabra. Porque sabiendo que Dios nada hace superfluo, ni en el órden de la naturaleza, ni en el de la gracia; sino que todas las cosas son mas ó ménos necesarias: ¿cómo á vista del gran cuidado, que Dios ha tenido y tiene de enviar predicadores de su divina palabra, puede dudarse, que es justo y necesario oirla? Yo os supongo á todos vosotros, amados Hermanos mios, convencidos de esta verdad. Pero temo, que muchos de los que no me oyen, piensan de otro

[1] *Gal. IV. v. 4.*
[2] *Heb. I. v. 1. s.*
[3] *Joan. XVIII. v. 37.*

otro modo; pues apénas oyen en el discurso del año uno ú otro sermon, y se atreven á decir: ¿Qué puede decirnos el predicador, que nosotros no sepamos? Y estos son aquellos mismos que no leen un libro, ó solamente leen algunos perniciosos libros de novelas, y comedias; mas no las obras del V. Granada, ni otras de sólida piedad; ni siquiera leen un catecismo: de modo que llegan á olvidarse de los rudimentos de la doctrina christiana, que aprendieron en sus primeros años. ¿Y esto no obstante presumen saber todas las verdades evangélicas, que enseñan los predicadores? ¡Ah infelices sabios presumidos, christianos en el nombre sin fe, y sin religion!

8. Quizá, amados Hermanos mios, habreis oido á estos mismos aquel adagio vulgar en nuestra lengua: *Fes be, y no fasses mal, que altre sermó no t' cal.* Adagio de que se vale el demonio, para inducir á algunos christianos á que presuman excusarse de la obligacion de oir la divina palabra; aunque, si bien se mira, este mismo adagio los acusa y condena. Porque yo concedo, que la perfeccion christiana consiste en hacer bien, y no hacer mal. Mas fingiendo, que me oyen los que no oyen la divina palabra, les pregunto: ¿Para hacer bien y no hacer mal, no es menester que sepais el bien que debeis hacer, y el mal que debeis evitar? ¿Y cómo podeis saberlo, si no oís á los ministros de Jesu-Christo, que instruidos en la doctrina de su evangelio, enseñan el bien que deben hacer, y el mal que deben evitar los buenos christianos, verdaderos discípulos del Señor? Yo os pregunto mas: ¿Qué vosotros haceis todo el bien que Dios nos manda hacer? ¿Le amais mas que á vosotros mismos, y amais á vuestros próximos, como á vosotros mismos? ¿Adorais al Señor en su templo con la reverencia debida á su suprema magestad? ¿Santificais sus fiestas con obras de devocion y de piedad? ¿Honrais á vuestros padres? ¿Socorreis á vuestros próximos necesitados? ¿Y dexais de hacer el mal que Dios prohibe? ¿No jurais por su santo nombre con falsedad, ó en vano? ¿No injuriais á vuestros próximos con obras ó con palabras? ¿No les quitais sus bienes con robos ó con usuras?

¿No

¿No cometeis mil torpezas? ¿No mentis? Si no quereis mentir ahora mismo, habreis de confesar, que no haceis el bien que Dios os manda, y que haceis el mal que Dios os prohibe.

9. Pero digan lo que quieran esos infelices, que vosotros, amados Hermanos mios, por poca reflexion que hagais, conocereis que los que no oyen la divina palabra, son los mas relajados en sus costumbres, los mas viciosos y escandalosos. Y al contrario reconozco, y con singular complacencia confieso, que vosotros, que teneis la paciencia de oirme, y el gusto de oir á otros predicadores de la divina palabra, sois los que haceis bien, y no haceis mal: sois devotos, humildes, modestos, caritativos: sois bienaventurados, como declaró Jesu-Christo por el evangelista San Lucas: *Beati qui audiunt verbum Dei, & custodiunt illud.* Así que, deseando que continueis á oir la divina palabra, y que la oigais con la debida atencion y reverencia, para que sea eterna vuestra felicidad ó bienaventuranza, os diré lo que decia á sus feligreses el mas eloqüente de los santos padres: Si quando se leen ó se publican, decia el Chrisóstomo, las cartas de los reyes de la tierra, todos las oyen con gran silencio y atencion ¿con quánta mayor atencion debeis oir las cartas del Rey de los cielos? Si todos nosotros, decia, congregados en el campo, viésemos que se abrian los cielos, y que venia baxando hácia la tierra una carta ¿con qué ansia desearíamos saber lo que contenia, y las nuevas que nos traía del cielo? ¿Pues qué son los evangelios, prosigue el Chrisóstomo, sino cartas escritas por el mismo Dios, y enviadas del cielo á la tierra por su unigénito Hijo, para enseñar á los hombres el camino de la tierra al cielo? Y esto no obstante, sabiendo los hombres que estas cartas se abren, y se leen en los templos, ¿han de ser tan insensatos, y estólidos, que dexen de venir corriendo á oirlas?

10. Con semejante energía suelen los demas Santos Padres ponderar la obligacion y necesidad que teneis de oir la divina palabra, y de oirla con la mayor reverencia. Uno de ellos no reparó en decir: *Interrogo vos, fratres,*

vel sorores, dicite mihi, quid vobis plus esse videtur, Verbum Dei, an Corpus Christi? Si verum vultis respondere, hoc útique dicere debetis, quod non sit minus Verbum Dei, quam Corpus Christi; & ideo quanta sollicitudine observamus quando nobis Corpus Christi ministratur, ut nihil ex ipso de nostris mánibus in terram cadat, tanta sollicitudine observemus ne Verbum Dei quod nobis erogatur, dum aliud aut cogitamus, aut lóquimur, de nostro corde depereat; quia non minus reus erit qui verbum Dei negligenter audierit, quam ille qui Corpus Christi in terram cádere negligentia sua permiserit. [1]

11. Me parece, amados Hermanos mios, que no se puede decir mas, aunque se puede decir mucho sobre este asunto. Y me persuado, que teniendo presente la justa resolucion, que os he manifestado, de que todos los domingos y fiestas solemnes se predique en esta Santa Iglesia la divina palabra, no tendreis á mal que me haya detenido en exhortaros á que vengais á oirla. Porque si no vinierais, seria inútil mi tal qual trabajo, y el que tendrán mis Cooperadores en el ministerio de la predicacion, y se frustraria mi deseo de vuestro espiritual aprovechamiento. Pero vuestra bondad y la misma experiencia me hacen esperar, que vendreis con freqüencia á oir la palabra de Dios. Y si la oís, como es razon, con la debida reverencia, ó á lo ménos con aquel respeto y temor, con que los vasallos oyen las palabras de sus reyes, yo os prómeto de parte de Dios la asistencia de su divino Espíritu. Porque, preguntado el Señor por Isaias: ¿En quién descansará mi Espíritu? responde: En los que tiemblen al oir mis palabras.

12. Pues si siempre, amados Hermanos mios, debeis oir la palabra de Dios con respeto y con temblor, nunca es mas justo que en este dia, en que Jesu-Christo por boca de sus evangelistas nos da noticia del tremendo juicio final, con voces ó palabras, que hacen temblar á las colunas de los cielos. Solamente las señales, que precederán al

[1] *S. Cæsar. int. opera S. Aug. Serm. ccc. in Apend. T. v. c. 504.*

al juicio, horrorizan. Bramará, dice el Señor, el mar enfurecido: se obscurecerán el sol y la luna: caerán las estrellas del firmamento: temblará la tierra: se desquiciarán los montes: luego tocarán los ángeles roncas desapacibles trompetas, llamando á los hombres á juicio; y al oirlas, las almas de los bienaventurados baxarán del cielo, y las de los condenados subirán del infierno, y uniéndose á sus cuerpos, resucitarán todos, y serán llevados al valle de Josafat. Entónces allí congregados veremos venir á Jesu-Christo sentado en un trono de nubes resplandecientes, circuido de todos sus ángeles, y con toda la inmensa gloria, que corresponde á su infinito poder y magestad. Luego el Señor hará ver patentes á cada uno de nosotros, y á todos los circunstantes todas las obras buenas que hicieron los buenos, y todas las obras malas que hicieron los malos, de un modo, á la verdad incomprehensible, pero tan claro, que ninguno podrá dexar de conocerlas y confesarlas. Y en su conseqüencia el Señor, soberano juez de vivos y muertos, mandará á sus ángeles, que separen á los buenos de los malos; y pasando á la parte de pronunciar la última definitiva sentencia, con semblante y voz cariñosa dirá á los buenos colocados á su mano derecha: Venid benditos de mi Padre á poseer el reyno, que os está destinado desde el principio del mundo. Y despues vuelto hácia los malos, puestos á su mano siniestra, con rostro y voz airada, les dirá: Apartaos de mí malditos, id al fuego eterno, que está preparado para los diablos. Inmediatamente se executará esta sentencia: los malos baxarán al infierno; y los buenos subirán con Jesu-Christo y los ángeles, á ser eternamente felices en el cielo.

13. Lo que acabais de oir, amados Hermanos mios, es lo mismo que dixo Jesu-Christo á sus discípulos poco ántes de su pasion y muerte. Y aunque el Señor sabia muy bien, que sus discípulos creian quanto les decia: con todo en esta ocasion, para obligarlos mas á que creyeran con la mayor firmeza la fin del mundo, la resurreccion de la carne, y el juicio universal, segun nos refieren San Lu-

cas, San Mateo, y San Marcos [1], añadió esta fuerte aseveracion: El cielo y la tierra faltarán, mas no faltarán mis palabras: *Cœlum & terra transibunt; verba autem mea non transibunt.* Porque conoció nuestro divino maestro, que los hombres tendrian gran dificultad, y la mayor repugnancia en creer, que despues de muertos habian de resucitar para ser juzgados y sentenciados á una eterna pena, ó á una eterna gloria.

14. En efecto, segun leemos en el sagrado libro de los Hechos apostólicos [2], predicando San Pablo á los idólatras atenienses, quando empezó á hablarles de la resurreccion y del juicio, unos se burlaron, otros interrumpieron su discurso; y fueron muy pocos los que con San Dionisio Areopagita le creyeron. Asimismo hablando el Apóstol [3] del juicio futuro con el presidente de Judea Felix, este aturdido y pasmado le despidió, diciéndole: Basta, yo te llamaré otro dia: no con el fin de oirle, sino de ver, como dice San Lucas, si le podria sacar algun dinero. Y lo propio sucedió á los demas apóstoles, y á quantos predicaron el evangelio á los infieles.

15. No hay duda, que estas verdades exceden la capacidad del entendimiento humano, y aparecen increibles á los que no están ilustrados con las luces de la fe. Pero comprehendo que la mayor dificultad ó repugnancia en creer el juicio futuro no estuvo, ni está tanto de parte del entendimiento, como de parte de la voluntad de los gentiles. Porque los discípulos de Epicuro, entregados á los deleytes, no creian ni querian creer, que el alma fuese inmortal, y por consiguiente que habian de ser juzgados despues de su muerte. Y los demas gentiles, sin cuidarse de lo que habia de suceder despues de su muerte, solamente procuraban satisfacer su vanidad, su ambicion, su gula, su lascivia y las demas pasiones, de que estaban dominados. Así todos oian con horror á los que les predicaban el juicio futuro.

Yo

[1] *Luc. XXI. v. 33. Mat. XXIV. v. 36. Mar. XIII. v. 31.*

[2] *Act. XVII. v. 32.*

[3] *Ib. XXIV. v. 25.*

16. Yo tengo por cierto, amados Hermanos mios, que todos vosotros creeis esta verdad con el entendimiento, mas no puedo decir que la creeis con la voluntad los que estuviereis encenagados en los vicios: ántes al contrario, quisierais que jamas llegara el dia, en que Dios hubiera de juzgarnos. Porque así como los ladrones y homicidas quisieran que no hubiera justicia en la tierra: así tambien los pecadores quisierais que no hubiera justicia en el cielo. Y así como son, mas que temerarios, locos los que roban y matan en presencia del rey ó de los ministros de su justicia, con la certeza de que los han de prender y ahorcar: así no puedo dexar de confesar, que somos locos y mas que locos, los que ofendemos á Dios, no una, sino muchas veces, sabiendo que el Señor nos está mirando, y que nos ha de juzgar y sentenciar. Que los ateistas y deistas, que no creen que hay Dios, ó no creen que se cuide de nosotros, no le teman, y vivan esclavos de su apetito, no causa admiracion: obran conseqüentes á lo que piensan; pero que los christianos, que creemos que hay un Dios, que nos ha de juzgar, le ofendamos con desenfreno, causa asombro; y le causó tan grande al real profeta, que no reparó en decir que le faltaban los pies [1], ó se caia aturdido, viendo la paz y serenidad con que vivian los pecadores.

17. No pudiendo pues, amados Hermanos mios, atribuir vuestros pecados á la falta de la luz de la fe en vuestros entendimientos, debo atribuirlos con Jeremías [2] á la falta de consideracion de las verdades de nuestra fe, y singularmente del juicio final. Porque si cada dia pensarais que puede ser el último de vuestra vida: que inmediatamente despues de vuestra muerte el Señor os juzgará en un juicio particular: y que muriendo en desgracia suya, condenados en este juicio particular á un suplicio eterno, comparecereis en el juicio universal á ser el objeto de la ira de Dios, y de la burla y escarnio de todos los ángeles, y de todos los hombres: si todos los dias pensarais lo que os ha de suceder en ambos juicios, y para decirlo con las pa-

[1] *Ps. LXXII. v. 3.* [2] *Jerem. XII. v. 11.*

palabras del profeta, lo repensarais en vuestra voluntad ó corazon, de modo que os poseyerais del mas justo miedo: yo aseguro, que luego luego os arrepentiriais de vuestras culpas, procurariais huir de las ocasiones de cometerlas, y estariais siempre vigilantes, y prevenidos para comparecer en el tribunal de Dios, que quando ménos penseis os llamará á juicio.

18. Con este conocimiento de ser la meditacion del juicio, así particular como universal, el medio mas eficaz para infundir en nuestros corazones el santo temor de Dios, Jesu-Christo le anunció muchas veces en el discurso de su predicacion, y se valió de diferentes símiles ó parábolas, para que quedara mas impreso en la memoria de sus discípulos. Y con este mismo fin la Iglesia nuestra madre en dos domingos consecutivos, en el pasado y en este, nos acuerda lo que del juicio final escribieron los evangelistas San Mateo y San Lucas. Y amas si bien se repara, la Iglesia en las festividades de los apóstoles, de los mártires, confesores, y vírgenes canta aquellos evangelios, en que nuestro divino maestro declaró que ha de juzgarnos, y ha de darnos el premio ó el castigo, correspondiente á nuestras buenas ó malas obras.

19. Yo quisiera, amados Hermanos mios, poner delante de vuestros ojos una viva imágen de lo que será, y hace formidable aquel juicio. Pero no siendo razon que abuse de vuestra paciencia, ni que falte á la palabra, que os di en el primero de mis sermones, de no ser prolixo, concluiré rogándoos dos cosas. La primera, que oigais la divina palabra, teniendo presente lo que os he dicho de la utilidad y obligacion que teneis de oirla. La segunda, que todos los dias al dispertaros, y siempre que os sintiereis acosados de alguna tentacion, considereis que el Hijo de Dios, que vino misericordioso á redimiros, os juzgará, y quizá hoy mismo, justiciero, y os tomará estrecha cuenta de todas vuestras obras, palabras, deseos y pensamientos. Suene continuamente á vuestros oidos, como á los de un San Gerónimo, la ronca desapacible trompeta, que os llamará á juicio. Comparad la sentencia, que el Señor pronun-

nunciará á favor de los buenos con la sentencia que pronunciará contra los malos. ¿No deseais, que con rostro y voz apacible os diga: Venid benditos de mi Padre á poseer el reyno, que os está preparado desde el principio del mundo? ¿Quereis que con rostro y voz airada os diga: Id malditos al fuego eterno, que está preparado para vosotros, y para los diablos?

20. No, amabilísimo Jesus. Nos estremecemos solamente de pensar en el peligro de veros y oiros enojado, de estar eternamente en compañía de los demonios, separados de vuestra amable compañía, de la de vuestra santísima madre, y de la de todos los ángeles y santos del cielo. Y penetrados del mas justo dolor de haber irritado vuestra justicia con nuestras culpas, las aborrecemos y detestamos de lo íntimo del corazon: prometemos perder mil vidas ántes que ofenderos, y os rogamos, Señor, que exerciteis ahora en nosotros vuestra justicia, para experimentar en el dia de nuestro juicio vuestra misericordia. Castigadnos, dulcísimo Jesus, ahora segun lo merecen nuestros pecados, con afrentas y trabajos, para que asistidos de vuestra gracia merezcamos conseguir entónces la honra y felicidad de reynar con Vos, con el Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

PLÁTICA CXXIII.

Ó SERMON DEL PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO.

Tunc videbunt filium hóminis venientem in nube cum potestate magna, & majestate. Lucæ. XXI. v. 27.

1. * Hoy se cumple un año que os hice saber, amados Hermanos mios, que todos los domingos y fiestas solemnes predicaria en esta santa Iglesia la divina palabra, ó que estando legitimamente impedido, encargaria á otros ministros del Señor, y coadjutores mios, que la predicaran,

* *En Barcelona en el año de* 1771.

ran, en cumplimiento de la obligacion, que Dios me impuso, eligiéndome, sin merecerlo, Prelado ó Pastor vuestro. Pero si bien el justo concepto que he formado de vuestra piedad, y la experiencia de la bondad, con que habiais venido á oir mis sermones, me hacian esperar que continuariais en venir á oirme, y á oir á los que predicarian por encargo mio: con todo sabiendo, que algunos pronosticaban, que con el tiempo se iria disminuyendo el concurso, llegué á concebir algun miedo, de que mi resolucion, ó providencia no babia de producir la utilidad que deseaba. Por esto al mismo tiempo que en este dia confesé la indispensable obligacion que tengo de predicar, ó de procurar que otros prediquen en esta santa Iglesia la divina palabra: os hice presente, amados Hermanos y Feligreses mios, la que vosotros teneis de oirla: demonstrándoos con los testimonios de la Sagrada Escritura, y del Santo Concilio de Trento, que es mutua recíproca la obligacion que tenemos, yo de predicar la divina palabra, y vosotros de oirla.

2. Y gracias á Dios aquellas palabras mias, ó por mejor decir, aquellas palabras de Dios, proferidas por mi boca, hicieron en vuestros corazones la impresion que deseaba: pues, falsificados aquellos tristes pronósticos, no solo vinisteis á oir los sermones que prediqué el año pasado en los domingos y festividades de este mes, sino que habeis venido á oir los que se han predicado en el discurso de este año en esta santa Iglesia; y con tal freqüencia, que puedo con verdad decir, que en vez de disminuirse se ha aumentado mas y mas de cada dia el concurso. Gracias á Dios, vuelvo á decir, que os ha inspirado los santos deseos de oir su palabra. Gracias á vosotros, amados Hermanos mios, que dóciles habeis obedecido y cooperado á sus divinas inspiraciones. Y aunque privada y particularmente he dado gracias á los predicadores que me han ayudado á llevar la principal carga de mi ministerio, con todo debo darlas, y las doy pública y generalmente á todos.

3. Es imponderable el gozo que me cabe, y el que he tenido quantas veces he baxado á esta santa Iglesia en el

el discurso de este año; porque he oido predicar la divina palabra con pureza, explicar las verdades evangélicas con claridad, reprehender los vicios con acrimonia, exhortaros al exercicio de las virtudes con energía, enseñaros y conduciros por el camino del cielo con zelo. No he oido sutiles intrincados discursos, frívolos vanos conceptos, ni lengua que no entendais todos. Igualmente ha sido singular mi gozo al veros, amados Hermanos mios, silenciosos, atentos, compungidos: claras señales de que os instruían y aprovechaban los sermones que oíais. Y aunque no puedo negar, que he tenido gran consuelo en la visita de las parroquias de mi obispado; viendo la alegría, y atencion, con que me han recibido y tratado aquellos feligreses mios, el respeto y docilidad con que han oido mis exhortaciones, tomado mis consejos, y obedecido mis órdenes: con todo no ha sido menor el consuelo que me han dado las alegres noticias, de que los predicadores continuaban en anunciar en esta Iglesia la divina palabra con igual zelo, y de que vosotros continuabais en oirla con igual piedad.

4. En verdad me sucede lo mismo que á San Flaviano. Este insigne Patriarca de Antioquia encargó á San Juan Chrisóstomo, Presbítero de su Iglesia, que predicase en ella la divina palabra: lo que jamas se habia visto en el Oriente, pues el Chrisóstomo fue el primer presbítero que predicó en él la divina palabra: y hasta entónces solos los obispos, sucesores de los apóstoles en la dignidad, y en el ministerio de la predicacion, la habian predicado. Pero advertid, amados Hermanos mios, que así como el conocimiento que tengo de mi pequeñez no me permite compararme con aquel obispo grande por su santidad y sabiduría: así tampoco me atrevo á comparar á los presbíteros que han predicado en esta santa Iglesia con San Juan Chrisóstomo. Jamas por la misericordia de Dios, puedo decir con San Pablo [1], he sido lisonjero. Mi comparacion pues, bate ó se vierte entre el acierto de la eleccion que hizo San Flaviano del Chrisóstomo para substituto suyo, y el acier-

[1] *I. Thes. II. v. 5.*

acierto de las elecciones que yo he hecho de predicadores para substitutos mios: entre el gozo que tuvo San Flaviano de ver el gusto y el provecho con que sus feligreses oian los sermones de su presbítero, y el gozo que yo tengo de ver y saber el gusto y provecho con que vosotros oís los sermones de mis presbíteros.

5. Mas así como San Flaviano, no obstante la satisfaccion que tenia del desempeño de San Juan Chrisóstomo, una que otra vez hablaba desde su trono pontifical á sus feligreses: así tambien yo, no obstante la satisfaccion que tengo del desempeño de mis presbíteros, y coadjutores en el ministerio de la predicacion, una que otra vez he de hablaros desde esta cátedra: y he de hablaros con la abertura, con que hablaron los antiguos obispos á sus feligreses, manifestando con franqueza sus sentimientos, hasta los sucesos prósperos ó adversos de sus personas ó familias, y dándoles razon de lo que habian hecho, y de lo que pensaban hacer: al modo que los padres hablan con sus hijos. Porque contemplo, que este modo de hablar ó de predicar, digámoslo así, de confianza y de cariño, fuera de que tiene el apoyo en el exemplo que nos dieron los santos padres, hace mayor impresion en los ánimos de los oyentes.

6. Así que no tengo reparo de deciros, amados Hermanos mios, que he suspendido la visita, y me he restituido á esta ciudad, para asistir á los exámenes de los curatos vacantes, y para conferir los sagrados órdenes en las próximas témporas: como tambien porque he tenido presente, que el Concilio de Trento encarga á los obispos que residan en su Iglesia catedral en este santo tiempo del adviento. Y como el Concilio no nos exhorta á una residencia puramente corporal, sino á una residencia espiritual, ó digámoslo así, ministerial, con el fin de que exercitemos las funciones propias de nuestro ministerio pastoral: juzgo, amados Hermanos mios, ser muy puesto en razon, que os predique en este primer domingo de adviento, uno de los mas solemnes que celebra la Iglesia.

7. Los que me oisteis los años pasados, bien sabeis, que

que el asunto de mi sermon ha de ser el juicio final y universal, que creemos y confesamos en el símbolo de los apóstoles, diciendo: Desde allí, desde los cielos, en donde está sentado Jesu-Christo Señor nuestro á la diestra de Dios Padre, ha de venir despues del fin del mundo á juzgar á los vivos y á los muertos, esto es, en sentir de algunos santos padres, á los que vivirán al fin del mundo, y á los que ántes murieron: ó segun entienden otros, á los buenos que gozan de la vida de la gracia, y á los malos espiritualmente muertos por el pecado. A todos, amados Hermanos mios, á todos, sin excepcion de personas, de sexôs, ni de edades nos ha de juzgar Jesu-Christo con todo el rigor de su justicia. Así lo creeis y confesais todos; pero no me atrevo á decir, que todos os acordais de esta verdad infalible, ni que la meditais con la freqüencia y reflexîon que debierais. Y como de la falta de la memoria, y meditacion del juicio proviene la falta del temor de Dios, y la falta del temor de Dios es la causa de que le ofendais: para que temais á Dios, y dexeis de ofenderle, he resuelexhortaros esta mañana á la memoria y meditacion del juicio. Oidme con atencion, os ruego, persuadido de que, si logro mi intento, este sermon bastará á asegurar la salvacion que os deseo.

ASUNTO.

8. No puede negarse, amados Hermanos mios, que serán formidables y espantosas las guerras, las hambres, las pestes, los terremotos, y las demas señales que en la tierra, en el mar, en el sol, en la luna y estrellas precederán, segun refiere el evangelista San Lucas, al fin del mundo. Pero como, si bien nadie sabe, como declaró Jesu-Christo [1], el dia del fin del mundo, con todo nos parece muy verosimil, que no hemos de verle, y por consiguiente que no hemos de padecer aquellos males, su noticia no causa en nuestros ánimos el miedo que causa y debe causar el juicio universal, en que Christo Señor nuestro ha

[1] *Mar. XIII. v. 32.*

ha de juzgarnos despues del fin del mundo. Porque ciertamente con nuestros oidos hemos de oir la ronca desapacible trompeta, con que los ángeles nos llamarán á juicio. Nuestras almas imediatamente ô baxarán del cielo, ó subirán del infierno á unirse con estos nuestros cuerpos. Así vivos resucitados saldremos del sepulcro, y seremos llevados al valle de Josafat. Allí con nuestros propios ojos veremos venir á Jesu-Christo hijo de Dios y del hombre, sentado en un resplandeciente trono de nubes, con gran magestad y poder. Luego empezará el juicio, en que el Señor nos hará ver de un modo claro, pero incomprehensible, todas las obras buenas de unos, y todas las obras malas de otros. Y mandando á sus ángeles, que separen á los buenos de los malos, y coloquen á aquellos á su mano diestra, y á estos á su siniestra, vuelto hácia los buenos con semblante y voz cariñosa les dirá: Venid benditos de mi Padre á poseer el reyno que os está preparado desde el principio del mundo: y vuelto hácia los malos con rostro y voz airada les dirá: Apartaos de mí malditos, id al fuego eterno que está preparado para los diablos. Así pronunciada la sentencia, concluido el juicio, ó subirémos con Jesu-Christo, y con los ángeles al cielo, ó baxarémos con los demonios al infierno.

9. ¿Quién, amados Hermanos mios, quién no tiembla, no se estremece al considerar lo que acabais de oir, y lo que todos hemos de ver? Es imposible, que dexe de temer á Dios, y que se atreva á ofenderle, quien continuamente piensa que ha de juzgarle. Así lo declaró el Espíritu Santo por boca del Eclesiástico [1], diciendo: En todas tus obras acuérdate de tus novísimos, y nunca jamas pecarás. Porque bien sabeis, que nuestros novísimos ó postrimerías son quatro, muerte, juicio, infierno, y gloria. El Espíritu Santo junta á los quatro novísimos: porque realmente están entre sí unidos, siguiéndose á la muerte el juicio, y al juicio el infierno ó la gloria: y declara que la memoria de todos ellos es un remedio universal, eficacísimo, infalible contra los pecados: pues no dice el Espíritu

[1] *Eccli. VII. v. 40.*

ritu Santo: Acuérdate de tus novísimos, y tal vez no pecarás, ó no pecarás hoy ó mañana, sino que absolutamente dice: Nunca jamas pecarás: *In ómnibus opéribus tuis memorare novísima tua, & in æternum non peccabis.*

10. Pero aunque el Eclesiástico habla de todos los novísimos juntos ó en general, ciertamente de qualquiera de ellos en particular se verifica su sentencia. Porque, empezando por la muerte, ¿no es su memoria un remedio eficacísimo contra los vicios y pecados? ¿Quién, pregunta San Agustin, pensando en que ha de morir, y en que ha de morir quando ménos piense, pone su amor y su aficion en las riquezas, honras ó deleytes, que hoy ó mañana se han de acabar con la muerte? ¿No vemos, que los avaros, los ambiciosos, y singularmente los lascivos no solo no piensan, sino que no quieren pensar en la muerte; siendo como dixo el Eclesástico [1], amarga su memoria á los que viven una vida deliciosa y licenciosa? Yo aseguro, que si se acordaran de la muerte en todas sus obras ó acciones, como nos manda el Espíritu Santo: *In ómnibus opéribus tuis memorare novíssima tua*, no serian avaros, ambiciosos, ni lascivos.

11. Esto no obstante comprehendo, que la muerte en tanto nos es temible, y su memoria provechosa, en quanto creemos, que á la muerte se sigue el juicio. Porque si creyésemos, que nuestra alma no es inmortal, que separada del cuerpo, no ha de comparecer en el tribunal de Dios, ser juzgada y sentenciada, sino que es mortal, y perece con el cuerpo: solamente pudieran temer y sentir la muerte los que viven una vida feliz, favorecidos de la naturaleza y de la fortuna; mas no debieran ni pudieran sentir la muerte los que viven una vida infeliz y miserable, ó porque les falta la salud, ó porque les falta lo necesario para vivir con alguna comodidad: ántes al contrario se darian ó se desearian la muerte, considerándola como término de todos sus males. En efecto San Agustin [2] refiere, que en su tiempo algunos, sin duda ateistas ó materialistas, se mataban ahorcándose ó arrojándose al mar ó á las lla-

[1] *Eccli. XLI. v. 1.* [2] *S. Aug. Trac. LI. in Joan.*

llamas. Y actualmente en las provincias, en que se propaga como un cáncer el ateismo y materialismo: quiero decir en las provincias, en que cada dia se aumenta el número de los que niegan la existencia de Dios, y la inmortalidad del alma, sabemos que son muchos los que se quitan la vida, ó por librarse del mal que padecen, ó por evitar el mal que les amenaza.

12. Ciertamente causa la mayor lástima y horror, que unos hombres, por otra parte capaces, y que se precian de filósofos, lleguen á persuadirse, que son semejantes á los brutos, para vivir y morir como brutos. Pero supuesto el bárbaro error en que están estos pretensos filósofos, de que su alma es material y mortal, no es de extrañar, que se quiten la vida sin temor de la muerte. Porque, como dixe y vuelvo á decir, en tanto la muerte nos es temible á los que tenemos la dicha de ser christianos, en quanto creemos, que despues de nuestra muerte Jesu-Christo ha de juzgarnos y setenciarnos á un eterno suplicio ó á una eterna gloria. Y de la fe y consideracion, así de este juicio particular, como del juicio universal, en que Jesu-Christo á las penas, que padecen los condenados en el infierno, añadirá la ignominia y afrenta de hacer patentes á todo el mundo sus maldades, nace el santo temor de Dios.

13. Con este conocimiento San Basilio, exponiendo estas palabras del salmo 33: Venid, hijos, escuchadme, yo os enseñaré el temor de Dios; para enseñarnos y para infundir en nuestros corazones este santo temor, nos pone delante de los ojos todas las circunstancias del juicio, que le hacen formidable: nos exhorta á que quando el demonio nos tienta á cometer algun pecado, pensemos en que hemos de comparecer en el tremendo tribunal de Jesu-Christo; y nos asegura, que con esta consideracion pondremos un freno á nuestro apetito. En los mismos términos que San Basilio se explican San Gerónimo, San Agustin, San Próspero, San Bernardo, y todos los santos padres. Y algunos en prueba de esta verdad alegan el testimonio de su propia experiencia. San Gerónimo dice: Quan-

tas

tas veces pienso en el dia del juicio, se estremece mi cuerpo. Y no pensaba una ú otra vez, sino siempre, pues añade: Que coma, que beba, que haga qualquier otra cosa, siempre me parece que suena á mis oidos aquella terrible trompeta: Levantaos muertos, venid á juicio. Y San Agustin en el libro de sus confesiones [1] declara, que la memoria y el miedo del juicio era el que le sacaba libre del profundo de los deleytes sensuales en que se veia sumergido. De donde debeis inferir, amados Hermanos mios, que aquellos santos padecieron las mismas vehementes tentaciones que nosotros padecemos, y que las vencieron con la memoria del juicio.

14. Así que no podeis dudar, que con la memoria del juicio vencereis todas las tentaciones, como con ella las vencieron los santos. Pero esta memoria ha de ser continua. En todas vuestras obras, no en una ó en otra, debeis acordaros del juicio, segun el precepto del Espíritu Santo: *In ómnibus opéribus tuis memorare novíssima tua.* Acaso me direis: ¿Siempre hemos de tener puestos los ojos de la consideracion en la justicia de Dios, nunca hemos de pensar en su misericordia? El temor de la divina justicia ¿no ha de dar lugar á la confianza en la divina misericordia? No pretendo tal, amados Hermanos mios, solamente pretendo, que el temor de la divina justicia preceda á la confianza en la divina misericordia. Quando os sentís poseidos del temor del juicio, y en fuerza de este temor sentís haber ofendido á Dios, y proponeis no ofenderle, debeis, segun nos enseña el santo Concilio de Trento, alentaros con la esperanza de alcanzar de la divina misericordia el perdon de vuestras culpas. Pero si en vez de temer la justicia de Dios, perseverais en ofenderle, y le ofendeis con la esperanza en su misericordia; vuestra esperanza no es virtud, sino una loca vana presuncion, un nuevo agravio que le haceis á Dios, tomando á su bondad por pretexto para ofenderle.

15. Sin embargo de que salta á los ojos esta verdad, son innumerables los christianos que pecan de confiados en la

[1] *S. Aug. lib. VI. Confes. c. 16.*

la misericordia de Dios: innumerables los que no quieren oir hablar del juicio, del infierno, ni de la justicia de Dios, y no se les cae de la boca, que es infinita la misericordia, como si no fuera tambien infinita su justicia: son tantos, que para cada uno que se condena de desesperado, hay millares que se condenan de confiados. Por eso San Agustin encargó á los ministros evangélicos, que no hablemos tanto de la misericordia de Dios como de su justicia. Y por consiguiente debo decir con San Pablo [1]: Procurad obrar vuestra salvacion con miedo y con temblor. Ni tengo reparo de repetir una y otra vez con el Eclesiástico: En todas vuestras obras acordaos del juicio, para que penetrados del santo temor de Dios, nunca jamas le ofendais: *In ómnibus opéribus tuis memorare novíssima tua, & in æternum non peccabis.*

16. Y á mas de lo dicho, tengo en apoyo de mi designio el doméstico respetable exemplar del apóstol valenciano San Vicente Ferrer. Quien, como sabeis amados Hermanos mios, tomó el juicio por tema de todos sus sermones. Todos los que predicó en esta santa Iglesia (que fueron muchos) los empezó diciendo: *Timete Deum, & date illi honorem, quia venit hora judicii ejus.* Temed á Dios, dadle el honor que le es debido: porque viene, se acerca la hora de su juicio. ¡Y con qué vehemencia proferia estas palabras! ¡con qué viveza pintaba los horrores del juicio! Diriais, que de su boca, como de la de Elías, salian rayos y truenos que aterraban á los pecadores. De modo, que unos se imaginaban hallarse delante del tribunal de Jesu-Christo: otros entre los temblores de su cuerpo pensaban, que se hundia la tierra para tragarlos. Ocasion hubo en que al pronunciar San Vicente aquel *Timete Deum*, todos se cayeron en el suelo como muertos. Ocasion hubo en que, segun el mismo Santo refiere, siendo setenta mil sus oyentes, fueron setenta mil los arrepentidos.

17. Mas ¡Ay! que esta misma noticia de los admirables efectos que causaban los sermones, que del juicio predicaba San Vicente, me aflige y me confunde. Porque reconoo-

[1] *Philip. II. v. 12.*

conociéndome destituido de las virtudes, de que estuvo adornado San Vicente, no puedo esperar, que mis voces, ni mis palabras tengan la eficacia, que tuvieron las suyas. Solamente puede consolarme la esperanza, de que siendo vosotros, amados Hermanos mios, devotos de aquel gran Santo, que amó á esta ciudad con la mayor ternura, os aprovechareis de su doctrina como se aprovecharon vuestros mayores. San Vicente os dice, y yo en su nombre, y en fuerza del tierno amor que os tengo, os ruego, que temais á Dios: porque se acerca la hora de su juicio. Quizá hoy mismo alguno de nosotros será juzgado, y sin quizá, sin duda algunos ó muchos de los que nos hallamos en este templo dentro de un mes, ó dentro de un año compareceremos en el tribunal de Dios. Esta consideracion, amados Hermanos mios, ha de ser continua, para que sea continuo el temor de Dios. Si quereis pues (que sí querreis) temer á Dios, y oir de su boca la sentencia de salvacion, resolveos á pensar todos los dias y á todas horas en la estrecha cuenta que el Señor ha de tomaros quando ménos penseis.

18. Y ahora mismo pensemos, amados Hermanos mios, quál seria nuestra suerte, ó nuestra desgracia, si Dios ahora mismo nos llamara á juicio. Y reconociendo, que el Señor por su infinita bondad suspende la execucion de su justicia, y el castigo que merecemos por nuestras culpas, postrados á sus pies atemorizados, y arrepentidos, digámosle: ¡O amabilísimo Jesus! sentimos en lo íntimo de nuestro corazon, haberos ofendido: os pedimos perdon: prometemos nunca mas ofenderos: os damos las mas humildes gracias por la misericordia que exercitais en nosotros indignos pecadores; y os rogamos que misericordioso nos dispenseis los auxilios de vuestra gracia: para que perseverando constantes en vuestro servicio hasta la muerte, merezcamos, que en aquel dia, y en el del juicio universal pronuncieis una sentencia favorable, y tengamos la dicha de subir con vos al cielo, á cantar vuestras misericordias por toda una eternidad. Amen.

PLÁTICA CXXIV.

Ó SERMON DEL NACIMIENTO DEL SEÑOR.

Natus est vobis hodie Salvator. Luc. II. v. 11.

1. * Me ha parecido, amados Hermanos mios, que ninguna ocupacion, ningun trabajo podia excusarme de subir á este púlpito á predicar del nacimiento de nuestro Señor Jesu-Christo. Pues tanto ó mas ocupados que yo estuvieron los santos obispos, y padres de la Iglesia; y esto no obstante leemos en sus obras muchísimos sermones predicados en este dia. Y aunque no tuviéramos á la vista esos exemplares tan autorizados, una ligera noticia de nuestra religion bastaria á convencernos, que quanto mas solemnes son las festividades de la Iglesia, tanto mas de justicia piden que sus ministros las solemnizen con la predicacion de la divina palabra. Porque ¿no instituyó la Iglesia las fiestas, para que las santifiquemos, y para que demos á Dios el culto que le es debido? ¿Y cómo santificamos las fiestas, sino santificándonos á nosotros mismos con el exercicio de las virtudes? ¿Y cómo, decia S. Agustin, damos á Dios el culto interior espiritual que nos pide, sino con actos de fe, esperanza y caridad? ¿Y acaso nos santifican, excitan nuestros entendimientos y voluntades á los actos de fe, esperanza y caridad, el adorno de los altares, la multitud de las luces, la armonía de las voces y de los instrumentos músicos? Bien pueden estas cosas atraer la atencion de los ojos y de los oidos. Mas si no pasan de ahí, como sucede muchas veces, son, segun enseña Santo Tomas, unos cultos inútiles: son, como decia San Bernardo, la corteza de nuestra religion.

2. La divina palabra, amados Hermanos mios, es la que os instruye en las verdades de la fe, que creemos, en la

* *En Barcelona en el año de 1770 el dia de la Natividad del Señor.*

la grandeza del premio ó bienaventuranza, que esperamos, y en la infinita bondad de Dios, á quien debemos amar sobre todas las cosas, en correspondencia del amor que nos tiene, y de los inefables beneficios que nos hace. ¿Mas con quienes hablo? ¿Por ventura con aquellos, que llevados del espíritu del mundo van ahora por esas calles, ostentando su vanidad con las costosas lucidas galas que compraron? ¿con los que luego saciarán su gula con exquisitos sabrosos manjares que previnieron? ¿con los que despues mal emplearán la tarde, y la noche en juegos y diversiones profanas? No por cierto. Esos, ni me oyen, ni me oyeron los domingos pasados. Hablo con vosotros, amados Hermanos mios, para fortaleceros en la resolucion que habeis hecho de oir la divina palabra: con vosotros que traidos del espíritu de Dios recibisteis dignamente á Jesus sacramentado, y ahora venís á contemplarle recien nacido.

3. Aprovechándome pues de esta ocasion tan oportuna, os doy, amados Hermanos mios, el parabien del nacimiento de nuestro divino Redentor; y os anuncio las pascuas tanto mas felices y alegres, quanto mas colmadas de la divina gracia estén vuestras almas. Y para contribuir en quanto pueda á vuestros christianos piadosos deseos de celebrar dignamente la festividad del nacimiento del Señor, os referiré breve y sencillamente lo que dice el evangelista San Lucas. Porque el nacimiento del Señor es uno de aquellos grandes asuntos, que no pueden engrandecerse con los adornos de la eloqüencia. Es un suceso, que como decia el mas insigne prelado de Valencia Santo Tomas de Villanueva [1], para conmover los afectos de vuestro corazon basta referirle y contemplarle. Y así oid con atencion os ruego, y al mismo tiempo id contemplando lo que os voy diciendo.

[1] *S. Th. Villan. in die Natal. Dom. Conc. 1. init*

ASUNTO.

4 En cumplimiento del edicto que mandó publicar el emperador Cesar Augusto, para que todos los vasallos del romano imperio dieran el nombre en las ciudades ó villas de donde eran originarios, salen de Nazareth hácia Belen María señora nuestra, y San Josef; y con ellos deben empezar á salir las lágrimas de nuestros ojos, representándosenos las incomodidades y trabajos á que se exponen en el viage que emprenden. Porque ¿una Vírgen que apénas habia salido de los umbrales de su casa: una Vírgen tierna en la edad, delicada en el cuerpo, y preñada de nueve meses, en lo mas rigoroso del invierno va á pie por un áspero montuoso camino? ¿A quien no ha de mover á lástima un espectáculo tan triste? Angeles del cielo ¿no os ha mandado Dios, que seais guardias de vuestra soberana Reyna? ¿Cómo la dexais ir sola? ¿No os ha mandado que la lleveis en palmas, para que no tropiece? ¿Cómo sufrís que las piedras hieran sus pies, que las zarzas embarazen sus pasos? ¿Cómo no baxais del cielo á cumplir con vuestro encargo y ministerio? No penseis que en la tierra hay quien supla vuestras veces; porque los pasageros desapiadados en lugar de aliviarla la atropellan, y su amado esposo ni aun consolarla puede; porque penetrado de dolor no acierta á hablar.

5. Pareciera increible este desamparo, amados Hermanos mios, si aun no fuera mayor el que voy á referiros. Llegan Josef y María á Belen, y quando esperaban descansar de las fatigas del camino en alguna de las posadas de aquella ciudad, no la encuentran. ¡Inopinado fatal golpe, capaz de quebrantar el ánimo mas esforzado! Tocan á las puertas de las casas de sus parientes y conocidos, y no abren: á las de los corazones, y no responden. Suplican, ruegan, cuentan sus angustias, y en vano. Ciérrase la noche. Crece la obscuridad y el horror, y perdida la esperanza de hallar en aquella desapiadada ciudad abrigo, salen á buscar en el campo algun rústico albergue. No encuen-

cuentran si no pegada al muro una angosta desapacible gruta, caballeriza de dos bestias. ¿Este es, ó Dios mio, el hospedage que tienes prevenido á tu madre? ¿Una cueva ha de ser el palacio de esta real princesa? ¿El estiércol y las pajas han de ser la alfombra de sus pies? ¿Las telarañas han de ser los tapices y colgaduras? ¿El duro suelo ha de ser la silla, la mesa y la cama? ¿Estas son las prevenciones para tu parto? ¿Un pesebre ha de ser tu cuna? ¡O buen Jesus! ¿Quién puede maldecir su suerte? ¿Quién puede quejarse de su fortuna, por adversa que sea? Mortales, ¿quien puede ser mal sufrido en los trabajos, viendo á la reyna de los cielos, á la madre de Dios, y al mismo Dios reducidos á una estrechez, á una miseria inaudita? Entrad, amados Hermanos mios, os ruego en esa cueva. Ahí aprendereis paciencia. Ahí aprendereis á tener lástima y compasion de los pobres, empezando á tenerla de Jesus, de María, y de Josef pobres y afligidos.

6. Pero sin salir de ella se han de trocar los afectos de vuestro corazon, amados Hermanos mios. La tristeza ha de dar lugar á la alegría; pues ya se acerca la hora mas sagrada, y mas feliz para el mundo, la hora del parto de María. No son sus anuncios las ansias, las congojas, los dolores que en este trance experimentan las hijas de Eva en castigo del pecado de Adan. El purpúreo color que hermoséa su rostro, el fervor que siente su pecho, las delicias que inundan su alma, son en sentir de los santos padres las señales con que conoce la madre la proximidad de su parto. Puesta de rodillas, levantados los ojos al cielo, toda entregada en manos de Dios aguarda su beneplácito. Quando veis ahí que da á luz un niño hermoso, á un pequeñuelo infante y Dios inmenso, sin menoscabo de su virginidad. ¡O parto admirable! ¡O estupendo parto! ¿Quién oyó, quién vió prodigio semejante? ¡Una madre vírgen! ¡un hijo sin padre en la tierra! Yo no sé puesto en aquella cueva, á qué parte volverme, diré con Santo Tomas de Villanueva [1]: ¿*Quo me vertam, Fratres*? Porque se ha transformado en un espacioso teatro de estupendas

[1] *S. Th. Villan. in die Natal. Dom. Conc. 1. ante med.*

das maravillas, que arrebatan mi atencion. Allí miro al gran patriarca San Josef atónito y asaltado de contrarios afectos: al ver á Jesus nacido se alegra, al mirarle entre las pajas se entristece: ni se aparta cariñoso, ni se acerca reverente, inmóvil le adora. Allí veo á María señora nuestra anegada en gozo, y en sus brazos descubro al niño Dios. Parece que estoy viendo, como la madre le envuelve, le arrulla, le halaga y le acaricia, y como el hijo con pueriles graciosos ademanes le agradece la fineza. ¿Quáles serian los impulsos de sus tiernos corazones? La humildad de la madre la arrojaba á los pies de su hijo, y de su criador: la dignacion del hijo cruzaba los brazos con su cuello, levantaba el rostro, paraque con dulces ósculos le bebiera por la boca un océano de gracias. ¡Qué delicias! Desfallece el ánimo: la voz se anuda á la garganta. Volvamos á la historia.

7. Pero si he de acabar de contaros todo lo que nos refiere San Lucas, no sé de qué medio valerme; pues cada una de sus cláusulas merece una oracion entera, y cada noticia que nos da en ellas conmueve á la mas torpe lengua á que prorumpa en las mas valientes expresiones. Porque ¿cómo diciéndoos que María señora nuestra no tiene otro lugar que un pesebre en donde reclinar á su amado hijo, puedo dexar de declamar contra la delicadez de tantos y tantas, que jamas hallan bastantemente blanda, y bien mullida su cama? ¿Cómo diciéndoos, que las bestias que se apacientan en aquel pesebre reconocen y reverencian á su criador, puedo dexar de culpar la villana ingratitud de los hombres, que le ofenden? [1] *Bos cognovit possessorem suum, Israel autem me non cognovit.* El buey me conoce recien nacido, dice el Señor por Isaías, ¿y vosotros no me conoceis? ¿Vosotros por quienes vengo al mundo, por quienes padezco tantas penas? Ya que pecando os asemejasteis á los brutos: *símilis factus est illis*: asemejaos siquiera en la reverencia, que ahora me tributan: no seais mas brutos que los mismos brutos.

8. ¿Cómo diciéndoos, que los pastores al primer aviso,

[1] *Is. 1. v. 3.*

so, que un ángel les da del nacimiento del Señor, corren á Belen á adorarle, puedo dexar de quejarme de la dureza de tantos christianos, que insensibles á las voces del cielo, no solo no corren, pero ni aun se mueven á buscar al Señor, que los llama? ¿Cómo diciéndoos, que tras los pastores llegan los ángeles del cielo, que volando al rededor del recien nacido cantan la gloria de Dios en las alturas, y anuncian la paz al hombre en la tierra, puedo dexar de proponeros, amados Hermanos mios, en la persona de este niño unidas la divina y humana naturaleza? Es Dios, pues le adoran los ángeles: es hombre, pues yace en un pesebre. ¿Y puedo dexar de deciros, que para gozar la paz con Dios, que los ángeles publican, es menester que le tengais una buena voluntad, *hominibus bonæ voluntatis*?

9. Yo á fe mia os aseguro, amados Hermanos mios, que Jesus nos merece una buena voluntad en correspondencia de la buena voluntad que nos tiene. Porque en este pesebre está todo enamorado de nosotros. Quanto padece, lo padece por nuestro amor. Esas sus penas son primicias de las que ha de padecer toda su vida hasta morir en una cruz por redimirnos. ¡O dulcísimo Jesus! ¡O niño precioso! Tus lágrimas lavan las manchas de mis culpas, tus lloros son mi regocijo, tus pañales cubren mi desnudez. ¡O amable Jesus! te reclinas en un pesebre, para que yo me sienta en la gloria: sufres la compañía de los brutos, para que yo sea compañero de los ángeles, te alimentas de la leche virginal, para que yo guste de las delicias celestiales. Tu pobreza es mi patrimonio, tu flaqueza es mi esfuerzo, tu abatimiento es mi gloria. Todo quanto sufres es mio: mias son tus lágrimas, tus gemidos y sollozos son mios, el frio, que tienes es mio. Todo eres mio; porque lo expendes, y sacrificas en beneficio mio. Y yo soy todo tuyo, no tanto por haberme criado, como por haberme redimido, y haber comprado mi libertad á tanta costa.

10. No debiéramos, amados Hermanos mios, apartarnos de un pesebre en que está el niño Dios; porque con

con sus tiernas caricias atrae nuestras voluntades, y con su magisterio alumbra nuestros entendimientos. Es el pesebre una cátedra, desde donde enseña con el exemplo, quanto despues ha de enseñarnos con las palabras. Enseña humildad, obediencia, paciencia, misericordia, caridad, todas las virtudes. Persuade á todos, como decia San Pablo [1], que renunciando á las pompas y vanidades del siglo, y á los torpes deleytes de la carne, vivamos sobria y piadosamente. No escucheis pues al mundo y sus amadores, que intentan daros una doctrina del todo contraria á la de nuestro amado maestro. Y tapaos los oidos, por no oir esas voces venenosas lisonjeras, que os presenta, ó representa el mundo. Acercaos mas y mas al pesebre, inclinad la cabeza, y bebed las aguas de la fuente del Salvador: [2] *Haurietis aquas de fóntibus Salvatoris.* Aguas cristalinas, puras, limpias, aguas de virtud y de vida eterna. Ese niño Dios os convida, con los ojos os llama: Venid sedientos, dice, venid á las aguas: [3] *Sitientes venite ad aquas.*

11. Ya vamos, dulcísimo Jesus, ya vamos á sepultar en vuestra cuna nuestra vanidad, nuestra ambicion, todos nuestros pasados vicios, para renacer con vos humildes, sufridos, piadosos, puros. A vuestros pies arrojamos por despojos las riquezas, las galas, todos los gustos de este mundo. Ofrecemos en sacrificio nuestro corazon enternecido á los golpes de vuestros halagos y caricias. Y ofrecemos no apartarnos jamas de Vos, tierno, dulcísimo Jesus: ofrecemos no ofenderos jamas. Impresa en nuestra memoria vuestra fineza os amamos, y os amaremos reconocidos, por ser quien sois, niño Dios, hasta la muerte, para amaros eternamente, y veros en el cielo triunfante reynar con el Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

[1] *Ad Tit. II. v. 12.*
[2] *Is. XII. v. 3.*
[3] *Is. LV. v. 1.*

PLÁ-

PLÁTICA CXXV.

Ó SERMON DEL NACIMIENTO DEL SEÑOR.

Erat pater ejus & mater mirantes super his, quæ dicebantur de illo. Luc. II. v. 33.

1. * Tengo un singular gozo de saber, amados Hermanos mios, que la sencilla relacion del nacimiento de nuestro señor Jesu-Christo, que oisteis el mártes pasado, conmovió en vuestros corazones los mas tiernos, piadosos afectos; y me ha parecido que esta mañana debo hablaros del mismo asunto, para que no cese, ántes bien se aumente vuestro espiritual aprovechamiento. Ya porque San Lucas en el evangelio de este dia refiere, que San Josef y María santísima, padre y madre de Jesus, se admiraron de oir lo que de él se decia: *Erat pater ejus & mater mirantes super his, quæ dicebantur de illo.* Ya porque nunca bastantemente se medita el milagro que Dios obró, y el beneficio que nos hizo naciendo al mundo; y quanto mas se meditan, tanto mas nos mueven á la admiracion, y al agradecimiento; siendo como es el nacimiento de Jesu-Christo mayor milagro y mayor beneficio que todos quantos habia hecho Dios hasta entónces. Pues David, que empleó toda su vida en publicar las maravillas que el mismo Dios le habia enseñado desde sus primeros años, segun él propio dice [1]: y que aunque él no lo dixera, nos lo dieran á entender sus salmos, en que leemos repetidas las maravillas de Dios, casi digámoslo así, con prolixidad, y ciertamente de modo, que parece que el real profeta no sabia hablar de otro, y que una vez puesto á hablar no sabia dexarlo, ménos que no contara uno á uno todos los prodigios que Dios obró, para sacar á su pueblo de Egyp-

to,

* *En Barcelona en el año 1770 en la dom. infr. oct. Nat.*

[1] *Ps. LXX. v. 17. 18. & 19.*

to, para mantenerle quarenta años en el desierto, y para introducirle en la tierra prometida: David, digo, esto no obstante pidió á Dios, que no le desamparara hasta que consiguiera anunciar á la posteridad el nacimiento temporal de Jesu-Christo, reconociendo ser el mayor portento, el último esfuerzo de su omnipotente brazo: *Ne derelinquas me, donec anuntiem brachium tuum generationi, quæ ventura est.*

2. Porque ¿qué otro milagro, pregunta mi venerado arzobispo de Valencia Santo Tomas de Villanueva [1], deseaba anunciar el real profeta? ¿Acaso aguardaba ver segunda vez convertida el agua en sangre, las varas en culebras, las duras peñas en líquidos cristales? ¿Aguardaba ver dividirse el mar en calles, baxar el maná del cielo, desplomarse los elevados muros de Jericó? No por cierto. Nada de esto repetido pudiera por la novedad dar motivo á la admiracion. El milagro, responde el santo ilustrísimo de Valencia, que deseaba David ver y anunciar, era nunca visto, ni oido: era el mismo Dios, cubierto de carne humana, nacido de una vírgen, envuelto en pañales, reclinado en un pesebre. Milagro, segun decia el mismo real profeta, capaz de elevar á lo sumo el infinito poder del Altísimo: *Donec anuntiem potentiam tuam, usque in altíssima, quæ fecisti magnalia.*

3. Mas no vió David cumplidos sus deseos. Bien pudo á la escasa luz de la profecía descubrir y dar algunas señas del futuro nacimiento del Señor; pero la dicha de verle nacido, y la gloria de publicarlo se reservó para Simeon, venerable anciano, varon justo y timorato. Este fue quien, inspirado de Dios, se fue al templo de Jerusalen quando María y Josef llevaron á su hijo á presentarle en aquel templo; y tomándole en sus brazos, enagenado de gozo, prorumpió en aquel solemne cántico: *Nunc dimittis servum tuum Dómine, secundum verbum tuum in pace.* Ya venisteis, dixo, deseada luz de los gentiles, y gloria de tus israelitas. Gracias, Señor: os doy muchas gracias de que os habeis dignado visitar á todos los pueblos,

[1] *S. Th. Villan. in Nat. Dom. Conc. III. init.*

blos, segun teniais prometido. Cumpliste, Señor, tu palabra y mis deseos. Ya muero contento. Alegre voy al seno de Abraan, despues de haber visto con mis ojos á mi Salvador. Allá voy á dar á los patriarcas, profetas y justos las buenas nuevas de tu venida. Allá voy á aguardar en su compañía, que baxes triunfante á subirme á la gloria: *Quia viderunt óculi mei salutare tuum.*

4. Al oir esto fue quando María santísima y San Josef se admiraron: *Erat pater ejus & mater mirantes.* Ni podian ménos de admirarse; viendo que se hacia patente al mundo el nacimiento de su hijo, maravilla que tanto deseó publicar el real profeta. Y María señora nuestra de la admiracion pasó á la contemplacion de tan alto misterio. Conservaba María, dice el evangelista, todas estas palabras, y las contemplaba, no tanto en su entendimiento, como en su corazon ó voluntad: *María conservabat omnia verba hæc cónferens in corde suo.* Porque contemplando el nacimiento del hijo de Dios y suyo, admiraba el milagro, y reconocia el beneficio: de modo, que se encendia mas y mas en su corazon el fuego del divino amor. Y deseando, amados Hermanos mios, que vosotros sigais el exemplo que nos dieron María santísima y San Josef, os propondré esta mañana algunos de los muchos motivos que hacen al nacimiento del Señor digno de nuestra admiracion, y de nuestro agradecimiento.

Primera parte.

5. No fuera novedad que ahora los infieles hallaran ménos los milagros que obró Dios en otro tiempo. Porque ya siglos ha que preguntaron los gentiles á los christianos: ¿Cómo no se ven aquellas maravillas, que nos contais que sucedieron en el pueblo de Israel, y en los principios del pueblo christiano? ¿Qué se agotó el poder de vuestro Dios, que publicais ser infinito? ¿O se acabó aquella fe que os dixo que bastaba para hacer iguales ó mayores prodigios que los que él habia hecho? Pero lo mismo que respondieron entónces los santos padres pode-

mos responder nosotros. ¿No veis decian, como el labrador quando planta una rama ó un árbol en la tierra, para que prenda en ella, la cultiva y riega por algun tiempo, y que despues que echando profundas raices creció árbol frondoso, ya pone ménos trabajo, y ménos diligencia? Pues asimismo Dios al plantar en el mundo la fe que profesamos, la regó con la sangre de los mártires, y la cultivó con milagros; pero una vez arraygada y extendida no necesita de este cultivo, ni de aquel riego.

6. A la verdad dificilmente hubieran creido los hombres las verdades que creemos, y especialmente la de haber nacido Dios hecho hombre, si no hubiera sido tanta la abundancia, por no decir la profusion de milagros, con que el Señor las comprobó, y las hizo evidentemente creibles. Porque ¿quién habia de creer que salieran á luz en un compuesto unidas la naturaleza criadora y creada, impasible y pasible, inmortal y mortal, divina y humana? ¿No es, aunque natural, admirable é imperceptible el vínculo, y el modo con que en el hombre se une el espíritu á la carne, el alma al cuerpo? ¿No fuera un asombro que un ángel se uniera á una hormiga de suerte que el ángel fuese hormiga, y la hormiga ángel? Pues ¿que tiene que ver, quanto mas dista Dios del hombre, que no el alma del cuerpo, el ángel de la hormiga? ¿Y con todo Dios se hizo hombre, y nace Jesus hombre y Dios, Dios y hombre? ¡O misterio inefable! ¡ó estupendo milagro! No te creyera, si no fueran tantos los milagros que te hicieron creible y mas admirable.

7. Todo quanto se nos representa en el nacimiento del Señor es admirable, decia Santo Tomas de Villanueva [1]. Admirable la madre, admirable el hijo, admirable el parto, admirable el tiempo, admirable el lugar, admirable el obsequio. Admirable la madre. Vírgen y madre al mismo tiempo: no conoce varon y pare un hijo. ¡O Vírgen soberana! ¿A vista del milagro no desfalleceis de gozo y de admiracion? Es milagro. Admirable el hijo. Pequeñuelo infante, y Dios inmenso: niño de un dia, y Verbo del eter-

[1] *S. Th. Villan. in die Nat. Dom. Conc. 1. ant. med.*

eterno Padre. ¡Dulcísimo Jesus! ¿Te reclinas en un pesebre, y sustentas el orbe? Admirable el parto. Sin dolor, sin angustia, sin sobresalto. Admirable el tiempo. Una noche obscura transformada en hermoso dia: *Nox sicut dies illuminábitur* [1]. Admirable el lugar. Una gruta convertida en paraíso: una caballeriza de bestias, hecha palacio de ángeles. ¡O Belen ciudad de Judá! mas preciosidades y maravillas encierra esa cueva pegada á tus muros, que el célebre magnífico templo del rey Salomon.

8. Admirable el obsequio. Los brutos privados de razon, como si la tuvieran, conocen y se postran delante del niño Dios. Los ángeles dexan los cielos, para baxar á la tierra á hacer corte á su soberano. Los pastores interrumpen el sueño, para admirar el nacimiento del cordero sin mancha. Todos se mezclan, y juntos concurren á adorar á su criador. Los ángeles de suprema gerarquía no se desdeñan de estar en aquella cueva junto á los pastores, ni junto á las bestias: olvidados de su dignidad ponen toda su atencion en el recien nacido, y como mas ilustrados descubren en la baxeza de un pesebre á la magestad, en la debilidad de un niño al poder, entre pobres pañales á los tesoros de la divinidad; y atónitos admirados ya enmudecen, y ya prorumpen en cánticos armoniosos, con que anuncian gloria á Dios en las alturas, y paz al hombre en la tierra.

9. Todos los sucesos que acontecieron en aquella gruta, teatro de maravillas, fueron milagros accesorios, para que creyerais, A. H. M., y admirarais el principal y el mayor milagro, qual es el de haber nacido al mundo Dios hecho hombre. Milagro que debe obscurecer, borrar de vuestra memoria, y quitar la admiracion de todos los que hasta entónces habia obrado el Señor, segun el mismo dixo por Isaías: [2] *Priorum ne memineritis & antiqua ne intueámini.* Y en efecto ¿cómo cabe que os admireis de que ardiera una zarza sin quemarse, quando sabeis que pare María sin corromperse? ¿Cómo cabe que os admireis de que floreciera la vara de Aaron sin tener raices en la tierra, si veis

[1] *Ps. CXXXVIII. v. 12.* [2] *Is. XLIII. v. 18.*

veis que María vara de Jese sin concurso de varon produce á Jesus, hermosa flor del campo? ¿Cómo cabe que os admireis que Moyses surcara las ondas del Nilo en una débil canastilla de mimbres, quando mirais al Rey de los cielos reclinado en un angosto pesebre? ¿Cómo cabe que os admireis que una coluna de fuego, y otra de nube guiara á los israelitas por el desierto hácia la tierra de promision, quando estais viendo que la llama de la divinidad aparece con la nube de nuestra naturaleza para conducirnos á la gloria?

10. ¿Como cabe que os admireis que se parara el sol en medio de su carrera, para que Josue derrotara á los cinco reyes que sitiaban á Gabaon, quando creeis que el divino sol baxa del cielo á socorreros para que venzais á los demonios que os circuyen? ¿Cómo cabe que os admireis, de que el gran profeta Elías se doblara de suerte que aplicara sus ojos, su boca, sus manos, y sus pies á los de un niño que queria resucitar, quando estais mirando que el omnipotente y inmenso se estrecha á la pequeñez de un cuerpecito humano para dar vida á toda la naturaleza? ¿Cómo cabe... ¿Mas qué me detengo, diré con nuestro Santo ilustrísimo de Valencia [1], ¿qué me detengo? No bastaran muchos dias para referir obscureciendo y despreciando los prodigios que fueron el asombro de Israel. Todos ellos no fueron mas que sombras, que se desvanecieron al nacer la luz del Señor. Quedan en el olvido y antiquados, á vista de la estupenda novedad del nacimiento de Dios hombre: *Ecce nova facio omnia?* [2]

11. Mas permitidme, Oyentes mios, que haga algun reparo en aquella pequeña piedra que derribó la estatua de Nabuco, y fue símbolo misterioso de nuestro Dios recien nacido. Vió aquel monarca entre sueños una formidable estatua, cuya cabeza era de oro, el pecho y brazos de plata, el vientre y muslos de cobre, las piernas de hierro, y los pies en parte de barro. Vióla y se pasmó; y mucho mas al ver que una piedrecita desprendida del monte, dan-

[1] *S. Th. Villan. in die Natal. Dom. Conc. III.*

[2] *Is. XLIII. v. 19.*

dando en los pies de la estatua la reduxo á polvo, y que ella se convirtió en un monte que llenó toda la redondez de la tierra. Poseido del susto y de la curiosidad llamó á los sabios de su imperio, y entre ellos solo Daniel pudo descifrarle el sueño, diciéndole, que aquella estatua compuesta de quatro metales, era imágen de los quatro imperios, Asirio, Medo, Macedon y Romano, que habian de sucederse en el mundo, y acabarse.

12. Pero ni una palabra siquiera dixo el profeta de la piedrecita, que era sin duda lo mas admirable de aquel sueño, porque no consideró al soberbio Nabucodonosor, digno de conocer á Jesu-Christo, á quien ella representaba. Felices vosotros, Fieles mios, que habiéndose dignado Dios de revelaros sus mas arcanos misterios, creeis que aquella piedrecita es el divino Verbo, que desprendido del monte de la divinidad de su Padre, sin manos, sin fuerza alguna, esto es, sin ningunos méritos nuestros, voluntariamente baxó á la tierra á derribar la estatua del demonio, y á hacerse dueño de todo el mundo. ¿Y no os admirais? ¿No os admirais que un pequeñuelo infante nazca con poder bastante para arruinar la vanidad, y soberbia de los gentiles, y de todos los dioses de la gentilidad? ¿Que nazca á ser formidable y temible á los reyes y á todas las gentes? Admiróse Simeon al verle, y declaró que en cumplimiento de la profecía de Daniel, habia de ser la ruina de muchos: *Hic pósitus est in ruinam multorum.* Admiráronse Josef y María al oirlo: y sin pararse en una estéril admiracion de tanto prodigio, pasaron á contemplar el misterio: que es lo mismo que deseo que hagais vosotros.

Segunda parte.

13. Porque no quisiera, Señores, que fuerais como aquellos judíos que oyendo el sermon que les predicó la magestad de Christo en el templo, se admiraron; pero, segun dice San Agustin, no se convirtieron: *Mirabantur, sed non convertebantur.* No quisiera que fuerais como Faraon y sus ministros, que se pasmaron de los prodigios que obra-

obraba Moyses, mas no por eso quisieron dar á su pueblo la libertad que les pedia. No quisiera que fuerais como Saul, que quedó atónito y medio muerto al oir lo que le decia el alma de Samuel; pero no corrigió su mala vida. No quisiera, digo, que despues de haberme oido ponderar el milagro que obró Dios naciendo al mundo, os admirarais y no le contemplarais para agradecer y aprovecharos del beneficio. Seriais como aquellos á quienes el real profeta llama necios indisciplinados. Porque la admiracion, como dixo Aristóteles, fue madre de la filosofía: y realmente parece imposible que encontreis con una cosa extraordinaria y admirable, y que no os pareis á contemplarla, á ménos que no seais insensatos. ¿Qué estolidez pues fuera la vuestra, amados Hermanos mios, si poniendo la Iglesia nuestra madre delante de nuestros ojos el nacimiento de Jesu-Christo, no le contemplarais para conocer el modo con que nació, y el designio que tuvo en nacer al mundo? No: no ha de ser así. Contempladle muchas veces con la debida atencion, y fácilmente conocereis, que ama la pobreza, pues nace tan pobre: que se agrada de la humildad, pues nace en una caballeriza, y se manifiesta á los pastores: que ama los trabajos, pues nace en el mayor desabrigo y desamparo de los hombres. Y luego como filósofos, como christianos, ó como discípulos de Jesus, sacareis por conseqüencia: que debeis ser pobres de espíritu, humildes de corazon, y sufridos.

14. Asimismo conocereis, que nace para vuestro bien. Por vosotros nace, amados Hermanos mios, no por los ángeles, segun ellos mismos dixeron á los pastores: Os anuncio un gran gozo: porque hoy ha nacido para vosotros el Salvador del mundo. Porque vosotros necesitabais de que os remidiera de la esclavitud del demonio; y compadecido Dios de vuestra miseria quiso nacer hombre, para darse á sí mismo en precio de vuestra libertad, para dar entera satisfaccion á su justicia irritada por vuestras culpas. Y luego con este conocimiento direis con Santo Tomas de Villanueva [1]: Mas justo, Señor, me pareceis re-

di-

[1] *S. Th. Villan. in die Natal. Dom. Conc. III. post med.*

diéndome que condenándome. ¿Vos naceis para morir por salvarme? ¡Qué rigor! ¡Un inocente ha de padecer frio, hambre, sed, y la muerte por un pecador! ¡El dueño del mundo por un esclavo! ¡El Criador por una criatura! ¡Qué justicia es la vuestra! ¡Qué enormes son mis culpas! ¡Qué loco fui en ofenderos! ¡Qué infinito es vuestro amor, que os hace por tantos títulos mio! Vos sois, dulcísimo Jesus, precio de mi libertad, fiador de mis deudas. Naceis de vuestra madre para mí: *Puer natus est nobis*, Vuestro padre os da para mí: *Puer datus est nobis*. Todo sois mio, amor mio, gloria mia, niño hermoso, Dios mio.

15. Pero no basta explicarse con esta ternura, no basta contemplar con el entendimiento el modo y el designio con que nació Dios al mundo: es menester que tenga parte vuestra voluntad. Quiero decir, que así como vuestro entendimiento fixa su atencion, coloque tambien su afecto vuestra voluntad en Dios recien nacido. Porque no es este uno de aquellos asuntos que especulamos con gusto del entendimiento, pero con la mayor indiferencia de la voluntad. Quien averigua si los cielos son fluidos ó sólidos, si el ayre es grave ó leve, si las aguas de las fuentes traen ó no su orígen del mar, busca la verdad, no su bien, y así no se conmueve la voluntad. Pero el que nazca Dios hecho hombre, nos acarrea la mayor honra, la mayor dicha, el mayor bien; y por consiguiente nos impone la mas estrecha obligacion de corresponderle con nuestro amor.

16. Por eso María santísima, segun se explica el evangelista, conferia ó contemplaba este misterio en su corazon: *Cónferens in corde tuo.* ¡Ah! quán léjos están de imitarla los que se asemejan á los Efraitas, de quienes decia el profeta Oseas, que eran como las palomas engañadas que no tienen corazon: [1] *Ephraim columba seducta, non habens cor.* ¿Qué hicisteis, les preguntaré, de vuestro corazon? ¿Le dexasteis en el teatro, en la casa del juego, ó de los mas torpes deleytes? Mal podreis contemplar

[1] *Oseæ VII. v. 11.*

plar en vuestro corazon el nacimiento de nuestro Redentor: pues que no teneis corazon, ó le teneis manchado con torpes, vanos, ó ambiciosos deseos, incapaz de emplearse en la contemplacion de tan divino misterio.

17. Si por desgracia algunos de vosotros, amados Hermanos mios (oxalá no haya ninguno), perdisteis vuestro corazon, recobradle, y purificadle de terrenos depravados afectos, para ofrecerle al Señor en sacrificio. Venid á entregar á Jesus vuestro corazon limpio, en pago de la fineza con que Jesus os entregó todo su corazon. Venid como las hijas de Sion, humildes, castas, amables á los ojos del Señor: no como las hijas de Babilonia soberbias, lascivas, indignas de ponerse en su presencia: [1] *Egredimini Filiæ Sion.* Venid hijas de Sion, y vereis al mejor Salomon coronado con una diadema, no de oro, sino de carne, con que le coronó su madre en el dia de su desposorio con nuestra naturaleza: *Videte regem Salomonem in diadémate, quo coronavit eum mater sua.* Venid á acompañar á su padre y á su madre en la admiracion de verle depuesta la magestad, disimulado el poder, disfrazada la divinidad. ¡Qué maravilla! Venid á aprender humildad, mansedumbre y paciencia. Venid y vereis como derrama lágrimas por vuestras culpas. ¡Qué fineza! ¡No hagais llorar á vuestro niño Dios! ¡No, dulcísimo Jesus! Nuestras lágrimas enxuguen las vuestras. No lloreis, Señor: pues ya lloramos nosotros arrepentidos de haberos ofendido. Perdonadnos, &c.

[1] *Cant. III. v. 11.*

PLÁ-

PLÁTICA CXXVI.

6 SERMON DEL NACIMIENTO DEL SEÑOR.

Evangelizo vobis gaudium magnum quod erit omni pópulo: quia natus est vobis hodie Salvator. Luc. II. v. 10.

1. * Os anuncio un gozo grande, que lo será de todo el pueblo, porque hoy ha nacido para vosotros el Salvador, dixo un ángel á los pastores, que guardaban sus ganados en los contornos de Belen. Y este mismo gozo, amados hermanos mios, os anuncio en este dia, con el mas verdadero y eficaz deseo, de que Jesus ó el Salvador que ha nacido para vosotros, os comunique de lleno las gracias que comunicó á los pastores. Así hablándoos en estos términos conocereis, y debeis creer, que esta expresion mia no es un acto de ceremonia, ni de mundana política, sino una práctica christiana y muy piadosa, que trae su orígen de lo que dixo el ángel á los pastores, y nace del verdadero paternal amor que os tengo.

2. Y á la verdad no sé, quando la presente festividad del nacimiento de Christo Señor y salvador nuestro empezo á llamarse *Pascua*: ni quando empezaron á darse estas pascuas. Pero bien sé, que en los primeros siglos de la Iglesia los christianos en el dia de la Resurreccion del Señor, que es con toda propiedad la Pascua de la nueva ley de gracia, se congratulaban mutuamente, manifestando el mayor gozo y alegría. Y así como discurro, que por ser tan alegre la memoria del nacimiento del Señor, se dió el nombre de Pascua á este dia en que la celebramos: así juzgo, que por este mismo motivo se introduxo la costumbre de darse unos á otros estas fiestas ó pascuas.

3. Sin duda en su principio esta demostracion provino de la virtud de la religion, con que aquellos buenos christianos adoraban á Jesus, ó nuestro Salvador recien na-

* *En Barcelona en el año de* 1771.

nacido: y de la virtud de la caridad, con que mutuamente se amaban; y por consiguiente se deseaban aquel gozo, que San Pablo [1] coloca el segundo entre los frutos del Espíritu Santo, y Santo Tomas [2] enseña ser el primer efecto de la caridad, ó amor de Dios. Pero los demonios envidiosos del beneficio y del honor que Dios hizo á los hombres, haciéndose y naciendo hombre para redimirlos de la esclavitud de los mismos demonios, y sentarlos en las sillas que ellos perdieron por su soberbia, ya que no podian impedir que los christianos estuviesen alegres y gozosos en este dia, en que la Iglesia nos acuerda el nacimiento de nuestro Redentor, procuraron que la alegría y el gozo, que en algun tiempo fue santo y muy agradable á Dios, fuera profano y desagradable á sus divinos ojos.

4. Y en gran parte lograron los demonios su depravado intento. Porque ¿ quál es ahora el gozo de la mayor parte de los christianos? ¿Es aquel gozo, que anunció el ángel á los pastores? ¿El gozo con que debemos gozarnos en el Señor, segun una y otra vez nos dixo el Apóstol: [3] *Gaudete in Dómino: íterum dico gaudete*? ¿Es un gozo del espíritu, que, segun enseña Santo Tomas, proviene de la participacion y posesion de la divina gracia, y demás bienes espirituales que nos mereció Jesu-Christo naciendo? O al contrario, el gozo y alegría de muchos muchísimos christianos, ¿no es el gozo que da el mundo á sus amadores? ¿un gozo, no en Dios, sino en el demonio? ¿un gozo todo corporal, que nace de la posesion de los gustos del sentido? Vosotros, amados Hermanos mios, podeis facilmente decidir esta duda, si merece el nombre de duda, estando como estais oyendo, y viendo lo que dicen, y lo que hacen muchísimos christianos en estos dias. Porque ¿acaso, dándose las pascuas, toman en boca la gracia de Dios, ni el beneficio inefable que Jesus nos hizo en su nacimiento? Esas expresiones, dicen, no son políticas ni propias de nuestro estado: se quedan para que usen de ellas las monjas capuchinas en sus cartas. Así sola

[1] *Galat. v. v.* 22.
[2] *S. Th. II. II. q.* 28. *a.* 1.
[3] *Philip. IV. v.* 4.

lamente hablan de gustos, satisfacciones, y felicidades temporales; y quizá hablan, sin pensar en lo que ni de lo que hablan.

5. ¿Por ventura dexan de corresponder las obras á sus palabras? ¿Se descubre en ellos, y en ellas aquella modestia notoria, que dixo San Pablo ser la compañera ó la señal del gozo en el Señor? *Gaudete in Dómino... modestia vestra nota sit ómnibus homínibus.* Al contrario ¿no salta á los ojos la mayor profanidad é inmodestia, como si fuera circunstancia de la presente festividad? ¿Acaso en estos dias se exercitan en la humildad, en la mansedumbre, en la misericordia con los pobres, en la oracion, y en las demas virtudes? Al contrario ¿no sueltan las riendas á la vanidad, á la gula, á la lascivia, y á los demas vicios? ¿Oyen la palabra de Dios, confiesan arrepentidos sus culpas, reciben á Jesus sacramentado? A lo mas, para salvar las apariencias de christiano, de las veinte y quatro horas del dia emplean una en oir dos ó tres misas con la indevocion é irreverencia que acostumbran. Ya esta mañana se confabulan, y acuerdan juntarse por la tarde en el teatro, y por la noche en el bayle. ¿Así ¡qué horror! ¡qué lástima! de este modo piensan santificar este santísimo y sacratísimo dia del nacimiento de su Salvador? Mejor hicieran los hombres, les diré con San Agustin [1], trabajando en el campo, que estando en el teatro: mejor hicieran las mugeres hilando que baylando. Cuyas palabras alega Santo Tomas de Aquino [2] para resolver, que mas quebrantan el tercer mandamiento del decálogo, y que mas profanan los dias de fiesta los que pecan en ellos, que los que trabajan. Y yo no puedo dexar de decirles de parte de Dios, lo que el Señor dixo por boca de Isaías [3] á los judíos: Me son abominables vuestros inciensos: aborrezco, no puedo sufrir vuestras festividades: son iniquos vuestros cultos.

Bien

[1] *S. Aug. Lib. de dec. Chor. cap. 3.*

[2] *S. Th. II. II. q. 122. art. 4. ad 3.*

[3] *Isaiæ 1. v. 13. s.*

6. Bien habreis reparado, amados Hermanos mios, que no hablo con vosotros; ni pudiera hablar así sin haceros la injuria de confundiros con aquellos infelices, que christianos en el nombre, son gentiles en las obras, y aun peores que gentiles: pues Séneca, Plutarco y otros siendo gentiles, reprobaron y reprehendieron las profanas diversiones con que los gentiles solemnizaban las fiestas consagradas á sus falsos dioses. Pero de aquí adelante tendré el gusto y el consuelo de hablar con vosotros, que movidos del Espíritu Santo venís á este templo á adorar á Jesus recien nacido, y á oirme hablar de su nacimiento. Vosotros, carísimos Hermanos mios, os diré lo que decia San Pablo á los Filipenses [1]: Vosotros sois mi gozo, y mi corona: *Gaudium meum, & corona mea.* A vosotros os digo una y otra vez lo que el mismo Apóstol á los mismos Filipenses. Gozaos en el Señor: [2] *Gaudete in Dómino: íterum dico gaudete.* En fin á vosotros anuncio, y os deseo el gran gozo que anunció el ángel á los pastores. Y como, segun antes dixe con Santo Tomas, el gozo nace de la posesion del bien, y crece á medida de la grandeza del mismo bien: para que vuestro gozo sea grande, sea lleno, procuraré, en el modo que lo permita mi cortedad, y la magnitud del asunto, manifestaros el bien inmenso que os hizo el Salvador, nacido para vosotros. Si el año pasado os hablé del estupendo milagro que obró Dios, haciéndose y naciendo hombre para excitar vuestra admiracion: en este os hablaré del inefable beneficio que os hizo, para llenaros de gozo.

ASUNTO.

7. La Iglesia nuestra madre, gobernada por el Espíritu Santo, nos representa los misterios que celebra, ó como futuros, ó como presentes, para mejor conmover en nuestros corazones los afectos, que corresponden de deseo, ó de gozo. Así en los dias pasados del Adviento nos representó á Christo Señor y Salvador nuestro, como futuro, co-

[1] *Philip. IV. v. 1.* [2] *Ibid. v. 4.*

como si no hubiera nacido; y retrocediendo muchos siglos tomó de la boca de los profetas las palabras con que los antiguos patriarcas y justos manifestaron el deseo que tenian de que naciera. Ya es hora decian, ó gran Dios de Abraan, de Isaac y de Jacob, ya es hora de que la vara de Jesé produzca la hermosa flor del campo, y el fruto de la vida. Ya es hora de que las nubes lluevan al justo. Ya es hora de que se rasguen ó se inclinen los cielos, para que baxe á la tierra el Salvador. Acábese ya, ó gran Dios de los exércitos, la guerra, que por espacio de tantos siglos los descendientes de Adan os hacen rebeldes á vuestra magestad. Venga vuestro Hijo, mas fuerte que el demonio fuerte armado, á quitarle el cruel injusto dominio, con que tiranizó al mundo. Venga vuestro Hijo, Príncipe de la paz, á ajustarla entre vuestra divina magestad y los hombres, y á asegurarla para siempre, desposándose y uniéndose con nuestra naturaleza humana.

8. Con estos humildes, fervorosos ruegos, á los quales añadieron lágrimas y gemidos, manifestaron claramente los antiguos, sus deseos de que naciera el Salvador del mundo. Deseos tanto mas vivos y mas ardientes, quanto mas perfecto era el conocimiento que tenian de la absoluta extrema necesidad que habia de que naciese. Porque veian al mundo inundado de pecados: hecho, como decia San Agustin, un templo de ídolos, una region de tinieblas, un infierno de demonios. Dios, segun la expresion de San Pablo, por un oculto justo juicio, abandonó todas las gentes, dexándolas ir por el camino de la perdicion: pues todas idólatras adoraban á los astros, á los hombres mas viciosos, hasta á los brutos, y á las piedras. Y como la idolatría es madre de todos los vicios, todos los gentiles ó idólatras eran avaros, lascivos, soberbios ó ambiciosos, con gran complacencia del demonio, adorado como dios en todos los ídolos. Solamente en los angostos términos de Judea, segun decia David, era conocido y adorado el verdadero Dios, y aun allí estaba tan amortiguada la fe, tan despreciada la divina ley, habia tan pocos justos, que el mismo real profeta no reparó en decir, que habiéndose

pues-

puesto Dios á mirar desde el cielo, si entre los hijos de los hombres habia alguno que le fuese fiel, vió que todos le eran infieles: no halló siquiera uno que obrase bien: [1] *Non est qui faciat bonum, non est usque ad unum.*

9. Y lo que mas afligia el corazon de aquellos verdaderos israelitas, y les hacia desear la venida ó nacimiento de Jesu-Christo, Mesías prometido, era la consideracion de que no habia en la tierra remedio para los males, que os he referido en compendio. Pues ningun hombre particular, ni muchos, segun nos enseña Santo Tomas [2], podian curar la universal pestilente corrupcion del género humana. Ni todos los hombres juntos podian aplacar la indignacion de Dios, dándole una satisfaccion condigna, y qual en todo rigor de justicia se le debia dar por las ofensas que le habian hecho los mismos hombres. Porque, como sabeis, amados Hermanos mios, la ofensa en tanto es mas grave, en quanto es mas digna la persona á quien se hace, y en quanto es mas indigna la persona que la hace. Siendo pues infinita la dignidad de Dios, é infinita nuestra indignidad y baxeza, cada vez que gravemente le ofendemos, le hacemos una ofensa infinita: la qual solamente pudo satisfacer el mismo Dios Hijo de Dios hecho hombre, dando á su eterno Padre una satisfaccion de un valor ó estimacion infinita.

10. Con razon pues los patriarcas y los profetas ilustrados con las luces de la fe, desearon que llegara el dia del nacimiento del Mesías ó Redentor del mundo: así para bien general de todo el género humano, como para su propio bien particular. Porque aquellos justos aunque consiguieron por los merecimientos de Jesu-Christo, en quien creian, el perdon de sus culpas, y de las penas eternas del infierno: con todo no podian alcanzar la gloria celestial, habian de estar privados de ella en el seno de Abraan, hasta que Jesu-Christo abriera las puertas del cielo, cerradas por el pecado de Adan. ¿Quán justo pues era vuelvo á decir, y quán vivo seria su deseo, de que naciera el que ha-

[1] *Ps. XIII. v. 1.*

[2] *S. Th. III. p. q. 1. art. 2. ad. 2.*

habia de ser el Redentor suyo y de todos los hombres? Y si segun es el deseo que tenemos de poseer algun bien, así es el gozo de poseerle, ¿quán grande hubiera sido el gozo de aquellos israelitas, si hubieran visto nacido á su Salvador tan deseado? Y por consiguiente, ¿quál debe ser vuestro regocijo, amados Hermanos mios, en este dia, en que la Iglesia os propone á Jesus recien nacido?

11. Para que sea vuestro gozo qual debe ser, grande y universal, figuraos, amados Hermanos mios, que viviais ántes del nacimiento del Señor entre las tinieblas de la idolatría, esclavos del demonio, desheredados del cielo; y luego pensad, que un ángel os anuncia, que ha nacido Jesus, el Hijo de Dios hecho hombre para reconciliaros con su eterno Padre, dándole una superabundante satisfaccion por vuestras culpas, para alumbrar vuestros entendimientos con las luces de la fe, para sacaros de la esclavitud del demonio, para haceros por su gracia hijos adoptivos de Dios, y herederos de su reyno. Comparad, amados Hermanos mios, esta dicha con la anterior desgracia, y salgan de vuestros ojos las lágrimas en señal de vuestro gozo, así como lo fueron de su deseo y de su pena en los ojos de David, de Daniel, y de otros Santos de la antigua ley.

12. No hay duda, y todos confesais, amados Hermanos mios, que es inmenso é inefable el bien que nos hizo Jesu-Christo, naciendo para redimirnos de la esclavitud del pecado y del demonio, y merecernos su gracia y su gloria. Pero todavía resaltará mas este beneficio, y será mayor vuestra gratitud y vuestro gozo, si reparais en el modo con que nació y vino el Señor al mundo. Porque bien pudiera haber venido á redimirnos con la magestad y el poder, con que vendrá á juzgarnos. Mas no quiso sino venir pobre y humilde, tan oculta ó disimulada su soberanía, que, segun nos dice el evangelista San Juan, no le conoció el mundo, ni le conocieron sus propios paisanos, falsamente persuadidos de que habia de venir su Mesías, como otro Alexandro, á conquistar el mundo, y es-

table-

tablecer en Judea un imperio, que la hiciera rica, opulenta, y respetada de todo el orbe.

13. En realidad mirando las cosas con los ojos de la razon natural, os parecerá, amados Hermanos mios, increible, que el Señor que está en el cielo sentado sobre los querubines, que el mismo Dios, que crió al mundo porque quiso, y le mantiene porque quiere, viniese humilde, pobre, á ser desconocido y despreciado del mundo. Pero mirándolo con los ojos de la fe vereis, que convenia al designio que Jesu-Christo se propuso de establecer en la tierra un reyno todo espiritual, el reyno de las virtudes, desarraygando de los corazones de sus escogidos la soberbia, la vanidad, la avaricia, la ambicion, la ira y todos los vicios: convenia, digo, al logro de este designio que el Señor de las virtudes viniera humilde, manso, pobre, sufrido; para que así nos enseñara no ménos con su exemplo, que con su doctrina, humildad, mansedumbre, pobreza y paciencia. En efecto así la vida, como la muerte de Jesu-Christo fue un continuo exercicio de estas y de todas las virtudes en un grado mas que heroyco.

14. Para convenceros de esta verdad, amados Hermanos mios, bastará que atendais al nacimiento del Señor. Entrad en la cueva de Belen, y vereis que San Josef y María santísima, padre y madre de Jesus, fatigados de un largo y penoso viage, no hallando otro lugar en que hospedarse, se recogen, se meten en la caballeriza. Entrad en ella, y vereis que llegando la hora del mas feliz y admirable parto de María, nace Jesus. Acercaos, y vereis que el niño Dios llora con la amargura, con que segun dixo Salomon, lloramos todos los mortales al nacer. Acercaos mas, y vereis como su santísima madre le envuelve con unos pobres pañales, y le reclina en un pesebre. *Obstupéscite cœli super hoc*, diré con Geremías [1]. Pasmaos cielos al ver puesto entre dos bestias al que mirais circuido y adorado de millones de ángeles. Y pasmaos mas y mas al ver que los hombres y singularmente los christianos, á pesar de la fe con que creemos, que nuestro divino maestro

[1] *Jerem. II. v. 12.*

tro nace pobre, humilde, manso y sufrido, somos avaros, soberbios, mal sufridos.

15. ¿Quál puede ser la causa fatal, amados Hermanos mios, de que no nos aprovechamos del exemplo que nos dió Jesus, ni percibimos el fruto, ni tenemos el gozo espiritual que corresponde al beneficio que nos hizo en su nacimiento? No sé otra que la que señaló el mismo profeta [1], diciendo: *Nullus est qui recógitet corde.* La falta de consideracion es la causa de nuestra desgracia. No pensamos en el nacimiento de nuestro Redentor; ó si pensamos, es muy de paso, y lo que apénas basta para creerlo. No pensamos despacio, ó para decirlo con la frase de Geremías, no repensamos que Jesus, el Salvador nació hoy, segun dixo el ángel á los pastores, para nosotros, para nuestro bien, para que no fuésemos infieles ó infelices, como ciertamente lo hubiéramos sido, así como lo fueron mil ochocientos años atrás nuestros ascendientes: para que fuésemos fieles, y eternamente felices. ¡Qué beneficio!

16. Tampoco pensamos, como debemos pensar, esto es, con el corazon, segun dixo el profeta, en la humildad y pobreza, con que nació Jesus. ¡Qué exemplo! de ahí, de la falta de consideracion proviene, que ni aquel beneficio nos mueve al agradecimiento y al gozo; ni este exemplo nos mueve al desprecio de las vanidades, honras, riquezas y deleytes mundanos. Porque así como, decia San Bernardo, las mejores medicinas no sirven, si no se conocen y se toman: así tampoco no nos aprovechan los beneficios que Jesu-Christo nos hizo, y los exemplos que nos dió, si no los meditamos. Así pues como en el primer domingo de Adviento os rogué, amados Hermanos mios, que meditarais la severidad con que Jesus vendrá á juzgaros: así ahora os ruego que mediteis la bondad con que vino á redimiros. Y si, tomando mi consejo, meditasteis lo que os dixe del juicio, para que os penetrarais del santo temor de Dios: meditad esta tarde y en los dias siguientes lo que os he dicho del nacimiento del Señor, para llenaros de un santo gozo.

Así

[1] *Id.* XII. *v.* 12.

17. Así lo deseo: así os lo ruego, amados Hermanos mios. No oigais las voces halagüeñas con que el mundo, quiero decir con San Agustin, los mundanos amadores del mundo, enemigos de vuestras almas, os brindan con los placeres y torpes diversiones: oid á Jesus, que desde el pesebre os llama. Entrad con la contemplacion en aquel establo á acompañar á Jesus, María y Josef. ¡O amable dichosa compañía! Ved á Jesus desnudo, y compadecidos vestid á uno, ó á muchos pobres: pues el Señor os dice, que le vestís, vistiendo á los pobres. Reparad que el niño Dios llora, no tanto por el desabrigo que sufre, como por el desprecio con que le tratan, y los ultrages que le hacen los christianos: llora por la pena que le causan nuestras culpas: llora por el amor que nos tiene. ¿Y no os enternece su llanto, amados Hermanos mios? ¿Tendreis la crueldad de ofenderle y hacerle llorar? No, amabilísimo Jesus. Si vuestras lágrimas lavan las manchas de nuestras culpas, nuestras lágrimas enxugarán las vuestras. Lloramos amargamente nuestras culpas: nos pesa de lo íntimo del corazon de haberos ofendido: prometemos ántes morir que ofenderos, asistidos de vuestra gracia. Y vuestra misma gracia, ó dulcísimo Jesus, os decimos con vuestro apóstol San Pablo [1], vuestra infinita benignidad, patente á los ojos de nuestra fe, nos mueve á adoraros humilde, reclinado en un pesebre, á renunciar y negarnos á todas las vanidades y deleytes del siglo, y á esperar en vuestros merecimientos, que viviendo casta, piadosa y santamente, hemos de tener el gozo de veros reynar glorioso en el cielo con el Padre, y el Espíritu Santo, por todos los siglos. Amen.

[1] *Tit. II. v. 11. s.*

PLÁ-

PLÁTICA CXXVII.

Ó SERMON DEL NACIMIENTO DEL SEÑOR.

Evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo: quia natus est vobis hodie Salvator. Lucæ II. v. 10.

1. * Quantas veces San Juan Chrisóstomo, ó por hallarse ausente de Constantinopla, ó por estar legítimamente impedido, dexaba de predicar la divina palabra en aquella ciudad, los Constantinopolitanos manifestaban el mayor sentimiento, y el mayor alborozo, quando volvian á oirle: tal era el gusto, y el provecho con que le oian. Pero así como estoy tan léjos de asemejarme al Chrisóstomo en la virtud, sabiduría y eloqüencia, como lo está de asemejarse un pequeño arroyuelo al rio mas caudaloso: así estoy muy léjos de merecer de vosotros, amados Hermanos mios, iguales demostraciones de tristeza y de alegría. Esto no obstante sin ofensa vuestra, y sin hacer una notoria injuria á la verdad, no puedo negar que vuestra gran bondad suple la falta de mis méritos, y causa en vosotros los mismos afectos que observó el Chrisóstomo en los Constantinopolitanos: pues he visto y veo, que me habeis honrado, y me honrais con vuestra asistencia: tanto, que estoy para decir, que no fue mas numeroso el auditorio en la Iglesia patriarcal de Santa Sofia, de lo que ha sido, y lo es en esta catedral de Santa Cruz.

3. De ahí infiero, amados Hermanos mios, que vosotros quisierais que yo os predicara con mas freqüencia. Y yo os aseguro que quisiera poder complaceros: ya porque lo deseo en gran manera: ya porque soy, y siempre he sido de dictámen, que la primera y mas indispensable obligacion de los pastores de la Iglesia, sean obispos ó sean párrocos, es la de dar á sus ovejas el pasto de la divina palabra. Y con este conocimiento, mientras que por espacio de ocho años tuve el honor de ser párroco de una Iglesia,

* *En Barcelona en el año de 1774.*

sia, predique todos los domingos la divina palabra á mis feligreses. Y elegido, sin merecerlo, obispo de esta santa Iglesia, hice juicio que en vez de disminuirse, se doblaba esta obligacion, como que es la mas propia, y fue en los mejores siglos de la Iglesia privativa del ministerio episcopal. Pero al mismo tiempo me hice cargo, que no podria desempeñarla con igual exâctitud, considerando que serian muchas mas mis ocupaciones, y que seria mi salud ménos robusta que entónces.

3. En efecto no ignorais, amados Hermanos mios, que sobre las cargas regulares y ordinarias de un obispo, y de un obispo de Barcelona, han cargado otras muchas extraordinarias, impensadas é intempestivas, que no solo me han impedido predicar en esta Iglesia, sino que tambien me han hecho interrumpir y retardar la visita de las Iglesias de mi obispado. Por otra parte experimento, y no puedo dexar de experimentar, que con la edad se quebranta y debilita mi salud. Así por uno, y otro motivo, habiendo hecho el ánimo de predicar en algunas festividades, he habido de suspenderlo con harto sentimiento mio. Porque bien podeis creer, que hubiera deseado poder desprenderme, al modo que se desprendieron los apóstoles, de otros cuidados, para dedicarme principalmente como ellos á la predicacion de la divina palabra. Mas son otros los tiempos, son otras las ocupaciones de los obispos, y por lo mismo son muy otras las costumbres de los christianos.

4. Os hablo, amados Hermanos mios, con la franqueza y confianza con que los padres hablan á sus hijos, y con que el Chrisóstomo hablaba á los Constantinopolitanos; manifestándoles los motivos que habia tenido para dexar de predicarles por algun tiempo. Y así como consiguió el Chrisóstomo, que sus feligreses quedaran satisfechos: así tambien espero yo conseguirlo de vuestra bondad, mayormente viendo que os mostrais satisfechos del zelo, con que los sacerdotes del Señor en mi lugar y en mi nombre, os predican la divina palabra. Yo oigo sus sermones con singular gusto; y tengo un gozo imponderable

de

de ver que continuais en venir á oirlos con la misma, ó mayor puntualidad con que empezasteis luego que empezaron á predicarse en esta santa Iglesia.

5. En otra ocasion alabé vuestra piedad, os exhorté á la perseverancia, y os hice presente, que deseaba seguir el exemplo de San Flaviano. Este insigne patriarca de Antioquía, hallándose con corta diferencia en la edad en que yo me hallo, encargó á San Juan Chrisóstomo, presbítero de su Iglesia, que predicara en ella la divina palabra. Y aunque vió el admirable acierto y fruto con que el Chrisóstomo desempeñaba su encargo: con todo juzgó ser muy puesto en razon y muy justo, que sus ovejas una que otra vez oyesen la voz de su pastor. A su imitacion pues, no obstante la satisfaccion que tengo del desempeño de mis cooperadores en este ministerio, alguna vez he subido á este púlpito, y he juzgado que debia subir en este dia, en que la Iglesia celebra el nacimiento de nuestro Señor Jesu-Christo. Pues, fuera de que todos los santos obispos, y padres de la Iglesia predicaron este sagrado misterio en este dia á sus feligreses, segun es de ver en sus obras, siendo veinte y nueve los sermones, que leemos en las de San Agustin: fuera de esto, digo, es este dia verdaderamente grande, y tan grande, como el dia del juicio, al qual Joel, Sofonias y Malaquias llamaron por antonomasia dia grande; pero con la diferencia, de que aquellos profetas que llamaron dia grande al dia, en que vendrá el Señor á juzgar á los pecadores, tambien le llamaron dia amargo, terrible, horroroso, dia del furor y de la ira; y al contrario, este dia en que vino Jesus á redimir á los pecadores, debe llamarse dia dulce, alegre, apacible, dia del mayor gozo por los pecadores. Puesto que en uno de los tres evangelios que canta la Iglesia en este dia, nos refiere San Lucas, que luego que nació el Señor, un ángel se apareció á los pastores, y les dixo: Os evangelizo, os anuncio un gran gozo que lo será para todo el pueblo: *Evangelizo vobis gaudium magnum quod erit omni pópulo.* Y á mas de haber señalado el ángel la razon del gozo, diciendo: porque hoy ha nacido para vosotros el Salvador:

Quia

Quia natus est vobis hodie Salvator: añade el evangelista, que inmediatamente se juntó con el ángel una gran multitud ó tropa de la milicia celestial que cantaron: Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

6. Al oir la noticia del nacimiento del Salvador, y las armoniosas voces de los ángeles, ¿quán grande debió ser el gozo de aquellos dichosos pastores? Pues este mismo gozo, amados Hermanos y feligreses mios, os anuncio en este dia: el mismo gozo que anunció el ángel á los pastores: no el gozo sensual que prometen el mundo, el demonio y la carne á los soberbios, glotones y lascivos; sino un gozo espiritual que Dios promete, y da á los humildes, parcos y castos. Os anuncio este gozo, que, segun dice San Pablo [1], es uno de los preciosos frutos del Espíritu Santo, y segun enseña Santo Tomas, el primer efecto de la caridad ó de la paz de Dios con el hombre. Y para acomodarme al estilo comun, os anuncio, os doy las pascuas del nacimiento del Señor, con el mas verdadero deseo, de que las celebreis llenas de un christiano gozo, y de una verdadera felicidad. Y para que se logre mi deseo, pienso esta mañana rogaros, que sigais los pasos de los pastores, que vayais á Belen, que entreis en su portal, y veais á Jesus recien nacido, envuelto en unos pobres pañales, y reclinado en un pesebre. Quiero decir: pienso exhortaros, á que no contentos con creer, que Jesus nació de María vírgen ántes del parto, y en el parto y despues del parto, mediteis con la mayor atencion y devocion el inefable misterio del nacimiento del Señor. Y si logro mi intento, será cumplido vuestro gozo, y de solo este sermon sacareis tanto ó mas fruto que de quantos os he predicado. Comunmente decimos que los que creen todas las verdades que Dios ha revelado, y la Iglesia nos propone como reveladas, son buenos católicos; mas no son buenos christianos si á su fe no acompañan las buenas obras, el temor y el amor de Dios.

Y

[1] *Gal. v. v.* 22.

7. Y para que los hombres teman y amen á Dios, no basta que crean ser infinitamente justo, é infinitamente bueno, sino que es preciso que atenta y freqüentemente mediten su infinita justicia, y su infinita bondad. Y de la falta de esta meditacion proviene que son muchísimos los que gloriándose con el nombre de christianos, ni temen, ni aman á Dios, ni son verdaderamente christianos, pudiendo decirse ahora lo que en su tiempo dixo Jeremías: [1] Toda la tierra está asolada, esto es, todos los corazones de los hombres estan hechos un desierto inculto despoblado de virtudes, porque no hay quien piense, ni medite las mismas verdades que cree.

8. No hay duda, que la memoria y la meditacion de la muerte, del infierno, y del juicio es un remedio eficaz contra los pecados; habiendo dicho el Espíritu Santo por boca del Eclesiástico [2]: Acuerdate de tus novísimos, y nunca jamas pecarás. Porque esta meditacion infunde en nuestros corazones el temor de Dios, que contiene y refrena nuestras pasiones desordenadas. Sin embargo, en sentir de San Buenaventura, la contemplacion de la vida de nuestro Señor Jesú-Christo es la mas provechosa: porque es la que mas nos mueve al amor de Dios. Y si bien el temor de Dios, segun dixo David, es el principio de la sabiduría, esto es, de una vida christiana y virtuosa: en el amor de Dios consiste su perfeccion. Porque así como decia un poeta gentil, que no son absolutamente buenos aquellos que dexan de obrar mal, porque temen el castigo, sino aquellos que dexan de obrar mal, por amor de la virtud: así tambien, decia San Agustin, no pueden llamarse perfectos christianos los que solamente dexan de pecar, porque temen las penas del infierno, sino aquellos que dexan de pecar, porque aman á Dios.

9. Y de ahí infiere el mismo San Agustin, la ventaja que lleva la nueva ley ó alianza á la ley antigua: la qual era una ley de temor, y una ley de esclavos, que en tanto obedecen y sirven á sus amos, en quanto les temen; y al

[1] *Jerem. XII. v. 11.* [2] *Eccli. VII. v. 40.*

al contrario la ley nueva ó evangélica es una ley de amor, una ley de hijos que obedecen á su padre, porque le aman. Muy arriesgada está la obediencia, que se funda en el temor: muy buena, muy segura es la obediencia que estriba en el amor. Con razon pues, dixo el seráfico Doctor, que la contemplacion de la vida de Christo señor nuestro es sumamente provechosa: porque desde que nació de María señora nuestra, hasta que murió en una cruz, todas sus acciones, obras y palabras fueron otros tantos beneficios, y otros tantos merecimientos para nosotros. Todas se ordenaron á nuestro bien, fueron efectos y evidentes pruebas de su amor, de un amor infinito, inefable, que nos impele, nos apremia, ó para decirlo con la frase de San Pablo, nos estrecha á amar á nuestro amabilísimo bienhechor.

10. Fuera nunca acabar, es imposible referir uno á uno todos los beneficios que nos hizo Jesu-Christo en el discurso de su vida. No tienen número. Y no es menor la imposibilidad que encuentro, amados Hermanos mios, en haceros ver la grandeza, los excesos, digámoslo así del amor de Dios en su nacimiento. Es indecible é incomprehensible este misterio. ¡Un Dios hijo de Dios, nace hijo de una criatura! ¡un Dios inmortal nace mortal! ¡un Dios impasible nace pasible! ¡un Dios inmenso reducido á la pequeñez de un tierno niño! ¡un Dios que está sentado sobre un trono de Querubines, metido en un pesebre de bestias! ¡un Dios vestido de magestad y de gloria, medio desnudo, envuelto en unos pobres pañales! ¡un Dios que crió el orbe, y segun la expresion del profeta con tres dedos sostiene la redondez de la tierra, faxado de manos! ¡un Dios que crió el sol para que caliente la tierra, tritando de frio! ¡un Dios, que es la alegría de los ángeles, llora! ¿Y todo esto y mucho mas por el amor que nos tiene, para nuestro bien, para redimirnos de la esclavitud del demonio, y para abrirnos las puertas del cielo cerradas por el pecado de Adan? ¡Ah mortales! ¡qué duro es nuestro corazon, si no se enternece! ¡qué frio, si no se enciende en ardientes llamas del amor á Jesus!

11. Y aun resalta mas la fineza del amor de Dios en su nacimiento, si considerais, amados Hermanos mios, que el Señor, apénas nacido nos enseña con su exemplo, que es mas poderoso que todas las palabras, á exercitarnos en las virtudes, sin cuyo exercicio no podemos alcanzar el fruto de su venida ó nacimiento al mundo. Pues con su profunda humildad nos enseña á ser humildes: con su pobreza y desabrigo á despreciar riquezas, honras y deleytes: con su paciencia y mansedumbre á sufrir trabajos ó injurias: y con las lágrimas que derrama, nos enseña á llorar nuestros pecados, que fueron la causa de sus lágrimas. Ciertamente la gruta ó caballeriza de Belen, decia San Bernardo, es una escuela universal, en que el Señor de las virtudes no enseña todas las virtudes. Es una universidad, en que aprenden la ciencia de la salud los ignorantes y los sabios. Es el rio que vió Ezequiel, cuyas aguas en una parte llegaban hasta los tovillos, y en otra no se podian vadear: por una pasaban los corderos, y en otra nadaban los elefantes. Es el libro que vió el mismo profeta escrito por fuera y por dentro; para que lean lo de fuera los principiantes, y lo de dentro lo mas recóndito los perfectos. Todos, todos pueden aprovecharse en la ciencia de la salud con la meditacion de Jesus recien nacido.

12. Mas yo no me propuse, amados Hermanos mios, mostraros por extenso lo que debeis meditar en el nacimiento de Jesus Salvador nuestro; sino exhortaros á su meditacion, que es utilísima, y no extrañeis os diga ser en cierto modo necesaria. Porque todos tenemos necesidad y obligacion de orar, de hacer oracion. Y bien, quizá algunos me preguntareis: ¿Qué tenemos obligacion de meditar, de tener oración mental? ¿Qué no basta que rezemos las oraciones del Padre nuestro, Ave María, Salve y Credo, sin meditar, ni pensar en lo que rezamos? No, amados Hermanos mios, si vuestra oracion es puramente vocal, si á vuestra lengua no acompaña la mente, ó el entendimiento, no es oracion: porque la oracion, segun enseña el Angélico Doctor con San Juan Damasceno, es

la elevacion de la mente á Dios; y la mente no se eleva á Dios, sino con el pensamiento. Si voluntariamente distraidos no pensais en lo que decís, hablando con Dios, con la Vírgen ó con los Santos, en vez de un obsequio, les haceis la mayor injuria: mereceis que Jesu-Christo os diga lo que á los judíos: [1] Este pueblo con los labios me honra; pero su corazon está muy léjos de mí. Así que os aconsejo, que el tiempo que hasta ahora habeis empleado en rezar muchas oraciones, sin pensar en lo que rezabais, de aquí adelante le empleeis en rezar ménos con la debida atencion, pensando en lo que rezais.

13. Pero no me contento con esto: no me contento con que al decir en el credo: Jesu-Christo nació de María Vírgen, penseis de paso en su nacimiento; sino que deseo, que muy despacio lo mediteis. De otra suerte con dificultad creeré que amais á Jesus, y que le agradeceis los beneficios que nos hizo naciendo al mundo. Porque ¿qué marido ama como debe á su muger, qué muger ama segun debe á su marido, que no piense y tenga presente la hermosura ó bondad que le mueve á su amor? ¿Quién agradece los beneficios que recibe, y no se acuerda, no piensa en su bienhechor? Pues valga la fe y la razon. ¿Qué tiene que ver la hermosura de todas las criaturas con la infinita hermosura del niño Dios? ¿Qué aprecio merecen todos los beneficios que pueden hacernos los hombres, comparados con los beneficios que nos hizo nuestro Salvador? Ninguno.

13. Por conclusion, amados Hermanos mios, tomad el consejo, os ruego, que os da San Buenaventura. Si no estais exercitados en la oracion y meditacion, escoged, dice el Santo, un sabio director que os instruya. Si sabeis leer, buscad algun libro que contenga las meditaciones de la vida de Jesu-Christo, y distribuidlas en los diferentes dias de la semana. Y aunque no sepais leer, sola la noticia que teneis del nacimiento de Jesus, basta para asunto á vuestra meditacion. No la retardeis. Esta misma tarde léjos de las diversiones mundanas, de los bayles, juegos, come-

[1] *Math. xv. v. 8.*

comedias: segregados de los tabernáculos de los pecadores, preferid con David, estar en el atrio de la casa del Señor: retiraos á alguna Iglesia, ó á algun lugar de vuestras casas: imaginad que os hallais en la angosta cueva de Belen. Fixad los ojos de la consideracion en el niño Dios, reclinado en un pesebre, ó en los brazos de su santísima madre. Ved como esta soberana reyna le envuelve y desenvuelve con los mas pobres pañales: como le da el pecho: como le halaga, le acaricia, le besa, y al mismo tiempo le adora. Volved la vista al patriarca San Josef, que ya absorto y pasmado se retira, ya cariñoso se acerca, y tomando á Jesus en sus manos lo ofrece al eterno Padre víctima por nuestros pecados. No puede darse meditacion tan tierna, tan dulce, como la del nacimiento de Jesus. Por eso muchísimos Santos y Santas estuvieron como embelesados en esta meditacion, hallando en ella las mayores delicias, y alcanzando singulares favores.

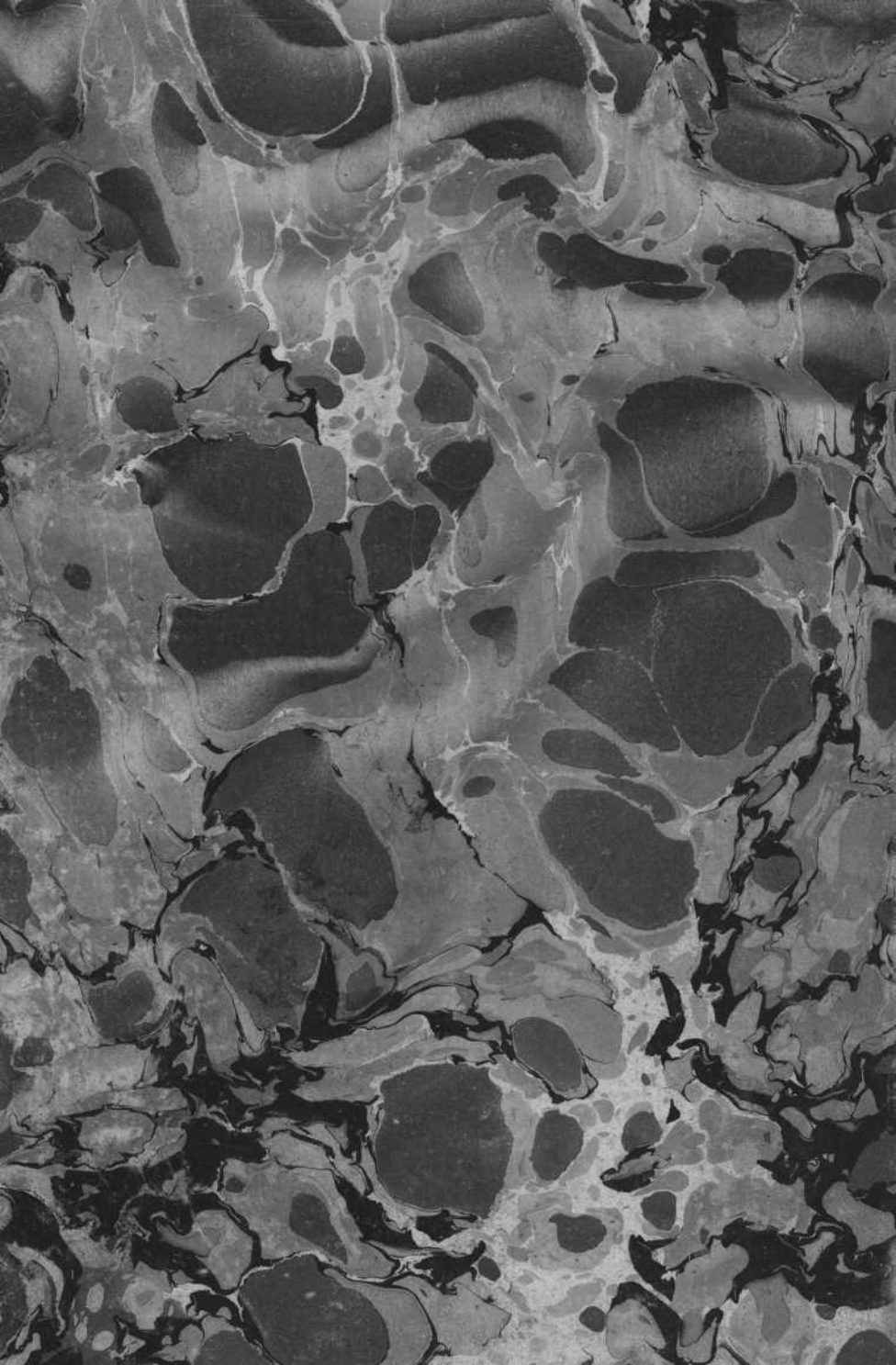
15. Si vosotros, amados Hermanos mios, deseais conseguir los consuelos espirituales que consiguieron los Santos, imitad su exemplo: dedicaos á la meditacion del nacimiento del Señor. Y si por vuestra desgracia, estais en desgracia de Dios, y venisteis á este templo con el deseo de recobrar su amistad y su gracia, y de adorar á Jesus recien nacido, ningun estímulo puede ser mas poderoso, para moveros al arrepentimiento de vuestras culpas, que la contemplacion del santo nacimiento del Señor. Porque si vieseis que un bárbaro cruel maltrataba á un tierno niño, ¿no os irritarais contra él, no os empeñariais en la defensa de aquel inocente? Pues ¿con quánta mas razon, habiendo vosotros, pecadores, ofendido gravemente al niño Dios, debeis irritaros, y tomar venganza de vosotros mismos, satisfacer los agravios hechos á Jesus con muchas lágrimas y ásperas penitencias? Por mas que el demonio os tiente, que el mundo os brinde con vanidades, la carne con torpes deleites, ¿os atrevereis á ofender al niño Dios? No, amabilísimo Jesus, no. Antes bien postrados á vuestros pies, arrepentidos lloramos amargamente nuestras culpas: con nuestras lágrimas deseamos enxugar

vues-

vuestras lágrimas: con gemidos de nuestro corazon os pedimos perdon de haberos ofendido: perdonadnos por vuestros infinitos merecimientos: imploramos vuestra misericordia: prometemos, dulcísimo Jesus, no ofenderos mas: prometemos amaros, serviros constantes hasta la muerte, para conseguir la dicha de veros reynar en el cielo con el Padre, y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

ERRATAS.

Pag.	23.	lin.	4.	ficio..... *lee* oficio.
	44.	l.	3.	falicita..... facilita.
	120.	l.	13.	quié..... qué
	144.	l.	22.	benecios..... beneficios.
	183.	l.	8.	enamoradada... enamorada.
	213.	l.	31.	murieron..... murieran.
	214.	l.	21.	la manos..... las manos.
	281.	l.	1.	nacer nacer.... nacer.
	292.	l.	6.	bienavensurados. bienaventurados.
	342.	l.	33.	aunciarnos..... anunciarnos.



CLIMENT
PLATICAS
DOMINICA

3

ANT
4